UN TROCITO DE CIELO PARA NATHAN LITTMAN

El Infierno de Nathan

Andrea Adrich

UN TROCITO DE CIELO PARA NATHAN LITTMAN

El Infierno de Nathan

Andrea Adrich

UN TROCITO DE CIELO PARA NATHAN LITTMAN

El Infierno de Nathan

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

NOTA DE LA AUTORA: Esta es una novela ficticia en su totalidad. Los nombres, las personalidades y las situaciones son producto de mi imaginación. Los lugares escogidos para el desarrollo de la trama, aún siendo reales, como el hotel Eurostars Tower Madrid, son utilizados ficticiamente para dar realismo a la historia. Nada más. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Gracias por comprar este ebook.

NOTA DE LA AUTORA

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 52
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

CAPÍTULO 1

Nathan embistió con fuerza una última vez. De su garganta brotó un gruñido gutural que ahogó apretando los labios mientras se corría. Cuando su cuerpo dejó de estremecerse, respiró hondo un par de veces para regular su agitada respiración y se dejó caer al lado de la esbelta silueta de Bárbara.

Nathan era poco dado a hablar, ni antes, ni durante ni después de follar, por lo que, tras un revolcón, resultaba inútil tratar de sacar de él gestos o palabras que tuvieran que ver con el afecto o algo semejante.

Había que ser práctica, pensó Bárbara. Con él siempre había que ser práctica.

—¿Cuándo te vas a España? —le preguntó.

—Mañana a primera hora —respondió Nathan en tono indiferente.

Se levantó y se sentó en el borde de la cama, de espaldas a Bárbara. Esta se incorporó a su vez, poniéndose de medio lado, y descansó la mano de dedos finos y uñas perfectamente pintadas en su hombro. Nathan no se inmutó a lo que pretendía ser una caricia.

—¿Cuándo regresarás?

—Dentro de un mes, ya te lo he dicho.

La voz de Nathan sonaba hosca a todas luces. No se molestaba en disimularlo. Detestaba que Bárbara le interrogara como si cobrara algún tipo de comisión por pregunta que le hiciera, y sobre todo lo detestaba cuando ya había respondido a esas mismas cuestiones con anterioridad. ¿Es que no le escuchaba? ¿O es que le gustaba que le

repitieran las cosas varias veces?

Al comprobar que Nathan se mantenía impasible a su contacto, Bárbara retiró la mano con resignación y cierta dignidad, y la llevó hasta la mesilla, de donde cogió la cajetilla de tabaco rubio y el mechero que había sobre ella.

Recostó la cabeza en el cabecero, extrajo un cigarrillo, se lo puso en la boca y lo encendió. Dio una profunda calada.

—No deberías fumar —dijo Nathan.

Había girado el rostro y la miraba por encima del hombro donde antes había estado su mano.

Bárbara exhaló la bocanada de humo con expresión airada. Sus rasgos perfectos y llenos de sofisticación, impolutos aunque acabara de tener un espectacular orgasmo y se hubiera estado retorciendo contra la almohada como un animal en celo, se nublaron con el aire blanquecino del cigarro.

—¿Lo dices porque te preocupa que pueda morir de cáncer de pulmón, o porque odias el olor a humo? —inquirió, no sin un matiz sarcástico.

Nathan guardó silencio. Apartó la vista de ella, arrastrando los ojos con lentitud, aburrido, y con gesto indolente se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño que tenía la habitación.

Bárbara lo siguió con la mirada hasta que su espléndido cuerpo de deportista de élite desapareció detrás de la puerta lacada.

Nathan no se caracterizaba por su buen carácter precisamente, pero aquella noche estaba especialmente malhumorado, especialmente irritable, pensó. Sacudió la cabeza, sonriendo con amargura para sí.

¿Por qué estaba con él?

La respuesta solo tardó unas décimas de segundo en aparecer en su mente.

Porque era asquerosamente rico y uno de los hombres más atractivos que conocía y, con diferencia, el mejor amante que había

tenido, y a esas alturas de su vida, ella poseía la suficiente experiencia para hacer tal afirmación. Nadie follaba cómo lo hacía Nathan Littman. Nadie lograba que te corrieras cómo lo hacía él. Pero llegar a su corazón era poco menos que una utopía. Lo impedía su pasado. Ese con el que no podía competir ninguna mujer, ni siquiera una maniquí de uno ochenta de estatura con medidas perfectas y cuerpo de escándalo. Ella lo sabía bien. Lo había intentado en numerosas ocasiones, y en todas había fracasado. Nathan Littman era inalcanzable emocionalmente.

¡Y eso resultaba tan frustrante!

Nathan se quitó el condón y lo tiró en la papelera. Se metió en la ducha, dio el grifo caliente y dejó que el chorro de agua se deslizara por su cuerpo, relajándole los músculos.

Respiró hondo.

Se acarició la cabeza, echándose el pelo mojado hacia atrás, como si con ese gesto quisiera arrastrar de su mente el particular tormento que lo asediaba como un monstruo de grotescas fauces. De día eran sus propios pensamientos los que lo martirizaban y de noche las pesadillas. Era angustioso pensar que después de tantos años seguían siendo protagonistas de sus madrugadas.

Ni siquiera el sexo conseguía satisfacerlo. Cada vez era más mecánico, más maquinal, más físico. A veces la adrenalina corría más rápida por sus venas cuando hundía el pie en el acelerador hasta alcanzar los 240 kilómetros en alguna carretera estatal con uno de sus descapotables.

Y tampoco los fármacos lograban que conciliara el sueño. El insomnio y las pesadillas eran más fuertes. Siempre eran más fuertes que cualquier medicamento, y ya había probado muchos.

Transcurrido un rato, cortó el grifo y salió de la ducha. Cogió una

toalla y se secó el cuerpo, al tiempo que contemplaba su rostro desdibujado por el vaho que empañaba el espejo. Con la mano abrió una cuchilla sobre la superficie y su propia cara apareció delante de él.

Acusadora.

Su piel denunciaba ligeramente el paso del tiempo en forma de livianas arrugas de expresión alrededor de sus ojos. Su mirada verde le observaba aún con reproche, con culpa. Todavía le resultaba difícil convivir con determinados sentimientos…

Ya no quedaba nada del Nathan Littman de antes. Nada, concluyó. Sus rasgos se habían endurecido del mismo modo que lo había hecho su corazón, llevándose por delante todo lo que era. Absolutamente todo. Tanto era así que ya no se reconocía. Era otro. Otro muy distinto al que un día fue.

Movió la cabeza levemente, negando.

Sería mejor que descansara un poco, al día siguiente le esperaba un largo viaje en avión hasta Madrid.

Terminó de secarse y abandonó el cuarto de baño. Bárbara se había dado la vuelta y dormía apaciblemente. Seguro que estaba enfadada.

¿Qué más da?, se preguntó Nathan.

Se había negado en rotundo a que lo acompañara a Madrid, aunque ella había insistido varias veces. Pero él no iba a España por placer, sino por negocios. No iba a hacer turismo y no tenía pensado perder el tiempo por estar pendiente de ella. Además, no eran pareja, no eran nada. Solo era la mujer de turno que satisfacía sus necesidades carnales.

CAPÍTULO 2

Daniela sacó el brazo de la sábana, alargó la mano y tanteó dónde estaba el despertador. Probó unas cuantas veces hasta que por fin dio con él y lo apagó de un manotazo. El sonido tañía estridente en sus oídos, tanto que parecía un taladro en las sienes.

¿Ya? ¿Tan pronto?, rezongó en silencio. La noche había sido demasiado corta.

Ahogó un gemido en la garganta.

—Cinco minutos más —dijo adormilada a la nada, sin molestarse en abrir los ojos—. Solo cinco minutos más…

Giró la cabeza sobre la almohada y durante un rato se permitió no pensar en que sus vacaciones habían terminado y que tenía que volver al trabajo.

Al trabajo…

El hotel Eurostars Madrid Tower y sus clientes de postín la esperaban de regreso con sus fastuosas puertas abiertas de par en par.

Después de haber estado una semana en Tenerife con Sergio, su novio, lo que menos le apetecía era volver al Eurostars.

—¡Porras! —masculló entre dientes, al ver en el despertador que en lugar de cinco minutos habían transcurrido veinte.

Saltó de la cama como si hubiera recibido un calambre y se puso en pie. Abrió el armario y se vistió con lo primero que pilló: unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta de tirantes rosa. No tenía tiempo para andar escogiendo modelito. Se sentó en la silla y rápidamente se abrochó las sandalias mientras farfullaba «porras,

porras» sin parar.

Salió de la habitación y corrió pasillo adelante hasta el cuarto de baño. En menos de cinco minutos hizo pis, se lavó la cara y se recogió la larga melena castaña en un moño informal que le quedó torcido por las prisas. No se molestó en maquillarse, ya se daría un toque de *gloss* en los labios cuando llegara al hotel.

En la cocina estaba su padre, sacando las últimas rebanadas de pan de molde del tostador, y Carlota, su hermana pequeña, que desayunaba sentada a la mesa mientras no le quitaba el ojo a *Harry Potter*.

Desde que había descubierto los libros del pequeño mago unos meses atrás, había devorado cada volumen no menos de diez veces. Tanto era así que las solapas y las páginas estaban desgastadas del múltiple número de lecturas por las que habían pasado. Pero no solo tenía los libros de Harry Potter, durante esos meses se había hecho con una extensa colección de bolígrafos, chapas, cuadernos, mochilas, camisetas, una taza en la que desayunaba y un montón de peluches y muñecos Funko. Dobby era su peluche preferido y con el que dormía todas las noches.

—Buenos días —saludó al entrar.

—Buenos días, cariño —respondió su padre.

—Buenos días —correspondió Carlota casi al mismo tiempo.

Daniela extendió una sonrisa en los labios cuando vio a su hermana inmersa en las aventuras del niño más famoso del mundo.

—¿Harry Potter? —le preguntó mientras cogía una tostada del plato que había sobre la mesa y le daba un bocado.

—Sí —afirmó la pequeña.

Apartó un segundo los grandes ojos azules del libro, miró a Daniela y le devolvió la sonrisa.

—¿Qué aventura toca esta vez?

Daniela dio otro mordisco a la tostada y masticó deprisa.

—El cáliz de fuego —respondió Carlota con un indisimulado brillo de entusiasmo en la mirada.

—Buena elección —apuntó Daniela. Tragó el bocado que tenía en la boca.

—¿No te vas a sentar a desayunar? —le preguntó su padre al reparar en la incipiente prisa que parecía tener.

—No puedo, papá. Me he… excedido un poco con los cinco minutos de más del despertador —se excusó Daniela, arrugando la nariz en un gesto infantil.

Samuel, como se llamaba el padre de Daniela, se giró y le dedicó una mirada a medio camino entre la resignación y la condescendencia. Negó para sí esbozando una leve sonrisa. Su hija mayor no tenía remedio.

—Al menos tómate el café con leche —dijo, poniéndole la taza en la mano.

Daniela se terminó la tostada, se llevó la taza a los labios y se bebió su contenido de un trago largo.

—Gracias, papá —le agradeció.

Extendió el brazo y la dejó ya vacía en el fregadero.

—¿Vendrás a comer esta semana? —le preguntó Samuel.

—Intentaré escaparme del hotel algún día —respondió Daniela, despidiéndose de su padre con un beso en la mejilla.

—Vale.

Se acercó a su hermana y le dio un beso de esquimal. Una tierna costumbre que había nacido entre las dos como un gesto de complicidad.

—¿Sabes que estás preciosa con ese pañuelo? —dijo—. El verde te sienta genial.

Carlota esbozó una sonrisa en los finos labios que enseguida ascendió hasta sus hermosos ojos azul claro.

—Tú siempre me dices que estoy preciosa —comentó con una ingenuidad adorable.

Daniela se derritió por dentro como un helado expuesto al sol. Carlota siempre conseguía llenarle el corazón de ternura.

—Porque lo eres —afirmó, guiñándole un ojo en un gesto cómplice —. Eres la niña más guapa del mundo —añadió.

La sonrisa de Carlota se amplió, iluminando su rostro.

No sabía si era la niña más guapa del mundo o no. La verdad es que tenía serias dudas de ello, pero le encantaba que su padre y su hermana le dijeran que lo era, aunque no fuera verdad. Sobre todo que se lo dijera Daniela, por quien sentía auténtica devoción. Daniela no podía evitar profesarle un sentimiento semejante a ella. Adoraba a su hermana pequeña por encima de todas las cosas.

De todas.

Sobre todo desde que le habían detectado leucemia unos meses atrás.

El diagnóstico cayó en la familia como un mazazo, un golpe brutal del que costó unos días reaccionar, más cuando su madre había fallecido de esa misma dolencia seis años antes, dejándoles a todos destrozados, e inundando el hogar de tristeza.

El mundo se derrumbó.

Y ahora le había tocado a Carlota…

Daniela se preguntaba cómo una niña de tan solo once años podía enfrentarse a algo tan terrible como un cáncer. Y extendía el interrogante al resto de los niños: ¿por qué tenían que pasar por algo así? ¿Por qué tenían que conocer tan pronto la parte oscura de la existencia? Los críos solo tendrían que preocuparse de jugar y de descubrir el mundo, no de dar batalla a la vida para no abandonarla cuando apenas se ha empezado a vivir.

Y pese a su indiscutible corta edad, Carlota luchaba contra esa terrible enfermedad con una entereza y una determinación dignas del

más valiente de los guerreros. Había perdido todo el pelo a causa de la agresividad de la quimioterapia, por eso cubría su cabeza con pañuelos de vivos colores que le regala Daniela —tenía una colección de más de cincuenta—, y su tez infantil se apreciaba pálida y macilenta, aunque los primeros días de verano estaban logrado que cogiera algo de color.

Daniela se quedó mirándola en silencio por espacio de unos segundos.

Su hermana era una superviviente nata, pensó con el pecho henchido de orgullo.

—Te quiero —le susurró con los ojos llenos de amor, ya en mitad de la cocina con la intención de marcharse.

—Y yo a ti, Dani —respondió Carlota.

Dani era como le llamaba todo el mundo, a excepción de su padre, que siempre utilizada su nombre de pila, al igual que su madre cuando vivía.

—Adiós, papá —se despidió Daniela.

—Adiós, Daniela —correspondió él—. Que te vaya bien en tu primer día de trabajo después de las vacaciones —le deseó.

—Gracias —bufó resignada Daniela, abandonando la cocina.

Cuando desapareció detrás de la puerta, Carlota le devolvió toda su atención al libro de Harry Potter.

CAPÍTULO 3

Daniela paró el motor de su Vespa Piaggio amarilla en la zona que el hotel tenía habilitada para tal efecto, al final de la flota de coches de lujo que la llenaba, y se apeó de ella precipitadamente mientras se quitaba el casco con prisa en las manos. Levantó el asiento y sacó la bolsa en la que llevaba el uniforme antes de correr hacia la entrada del Eurostars Madrid Tower.

Pasó de largo, sin detenerse un solo segundo, pero al escape comprobó que la Torre PwC (PricewaterhouseCoopers) en la que se albergaba el hotel, tenía la misma majestuosidad que antes de irse de vacaciones. Su fachada fragmentada y su recubrimiento doble en color negro incrementaban aquella sensación de verticalidad que desafiaba cualquier ley de la gravedad existente y que parecía amenazar con desplomarse de un instante a otro.

Solo he faltado quince días, se dijo Daniela a sí misma al tiempo que cruzaba las puertas giratorias. *No puede haber cambiado mucho. No es difícil adivinar que todo seguirá igual.*

—¡Dani! —la saludó Cris, una de las chicas que trabajaba en la recepción, cuando la vio entrar en el hotel a toda velocidad—. ¿Qué tal tus vacaciones? —le preguntó.

Daniela fue corriendo hasta ella. Cris era una treintañera morena de pelo rizado que trabajaba en el Eurostars desde que se había inaugurado en septiembre de 2008.

—Después te cuento… —respondió Daniela casi sin aliento—. Ahora solo te doy un beso y me voy. Llego tarde y ya sabes cómo es el señor Barrachina con la puntualidad —le explicó con voz atropellada.

—Vale —dijo Cris, echándose a reír.

Daniela le dio un beso en la mejilla casi a la carrera y sin detenerse enfiló los pasos hacia la habitación que tenía en el hotel y en la que se quedaba a dormir los días de trabajo.

Aunque los empleados residieran en Madrid o sus alrededores, la gerencia prefería que se alojaran en el hotel. Daniela pensaba que era una forma como otra cualquiera de disponer de los trabajadores las veinticuatro horas del día, por si le surgía un imprevisto a alguno de los ricos y petulantes clientes del Eurostars. La joya de la corona hotelera de Madrid era VIP en todos los sentidos, incluso en la disponibilidad de sus trabajadores en beneficio de sus huéspedes.

Consultó su reloj de muñeca antes de entrar en la habitación. Solo le quedaban tres minutos. ¡Tres minutos! No le daba tiempo. Le iba a caer la del pulpo con el señor Barrachina, el excelentísimo gerente del hotel. Era tan estricto con la puntualidad —y con lo que no era la puntualidad—, que a veces daban ganas de estrangularlo.

—Mierda… —masculló, sacando de la bolsa el uniforme de camarera de pisos.

Se lo puso rápidamente, dejó los pantalones y la camiseta de tirantes tirados sobre la cama y salió de la habitación. No sabía si era ella, pero tenía la sensación de que la falda del uniforme era todavía más corta que cuando se fue.

¿Será que habré crecido?, se preguntó con sorna mientras echaba a correr por el corredor.

No, era esa maldita falda, que parecía encoger unos centímetros cada día.

¿Dónde está la gente?, preguntó para sus adentros.

No había nadie por los pasillos, ni camareras, ni repartidores, ni botones, ni el señor Barrachina tocando las narices como era su costumbre. Todo estaba embebido en un silencio inusual y atípico, que casi daba miedo.

Dobló la esquina y al final del pasillo vio a Gustavo, uno de los

botones del hotel.

—¡Hey, Dani! ¿Qué tal tus vacaciones? —le preguntó Gustavo.

Una simpática sonrisa de oreja a oreja surcó el rostro de piel aceitunada del chico.

—Muy bien, Gus —respondió Daniela, sin apenas detenerse—. ¿Dónde está todo el mundo? —quiso saber.

—En el comedor del servicio. El señor Barrachina nos está reuniendo para hablar con nosotros.

Daniela contrajo las cejas en un gesto involuntario de extrañeza. Aquella respuesta no le gustó mucho. ¿Por qué el gerente del hotel los estaba reuniendo? ¿Había pasado algo grave?

—¿Ha ocurrido algo?

Gustavo se encogió de hombros. No tenía ni idea. Aunque, al igual que a Daniela, aquella reunión le suscitaba una ligera inquietud.

—No lo sé —dijo—. Con el personal de mantenimiento, botones y demás hablará después de hacerlo con las camareras de pisos.

—Gracias.

Gustavo alzó la mano para despedirse. Daniela imitó su gesto y emprendió el camino hacia el refectorio donde comía el personal del hotel. Las piernas apenas le daban de sí cuando entró.

CAPÍTULO 4

Susana —o Sú, como la llamaban—, compañera de trabajo y amiga, volvió el rostro hacia ella. Daniela cerró la puerta con todo el sigilo que fue capaz y caminó de puntillas hasta el grupo de camareras que esperaban impacientes lo que el señor Barrachina tuviera a bien decirles.

—Pensé que no llegabas nunca —le susurró impaciente Sú a Daniela cuando esta la alcanzó.

Daniela advirtió en los ojos castaños de su amiga el alivio que sentía al verla.

—Se me han pegado un poco las sábanas —se excusó Daniela, dándole un beso rápido en la mejilla a modo de saludo.

—Estás roja como un tomate.

—Es que no he parado de correr. He cometido cerca de quince infracciones de tráfico para llegar a tiempo. Se me va a salir el corazón por la boca —respondió Daniela, esbozando una ligera sonrisa —. ¿El señor Barrachina se ha dado cuenta de mi ausencia?

—No —negó Sú—. Todavía no *ha pasado revista*. No ha parado de hablar por teléfono desde que ha entrado.

Daniela se llevó las manos al pecho. Al final, aunque sin aliento, había llegado a tiempo y se había librado de una buena reprimenda por cortesía del excelentísimo gerente del hotel, tan meticuloso con la puntualidad… y con todo.

Sú lanzó un vistazo a su pelo.

—Será mejor que te quites ese moño mal hecho, si no quieres que el

señor Barrachina te eche a los perros —le aconsejó a Daniela, haciendo una mueca divertida con la boca.

—Con las prisas no me ha dado tiempo ni a peinarme —comentó Daniela, deshaciendo el moño y recogiéndose la larga cabellera en una coleta alta.

—Así está mejor —bromeó Sú—. ¿Qué tal las vacaciones? —curioseó en voz baja.

—Muy cortas, pero bien —respondió Daniela, resignada—. Oye, ¿sabes por qué aquí nuestro amigo Barrachina nos ha reunido? —dijo en tono de mofa.

—No lo sé —contestó Sú, alzando los hombros—. Pero seguro que no es para nada bueno —opinó.

El señor Barrachina, que hasta ese momento había permanecido de espaldas al grupo de camareras con el móvil pegado a la oreja como si fuese una prolongación de su brazo, se giró.

Él tampoco había cambiado nada, pensó Daniela. Seguía mostrando esa expresión antipática tan suya, esa expresión que parecía esculpida en su rostro como si este fuese de mármol, al igual que el rictus recto y sus característicos ojos negros de cuervo. El gerente del Eurostars era tan estirado como la torre en la que se ubicaba el hotel que dirigía.

—Buenos días —saludó en tono seco, guardándose el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

En su cara no se movió un solo músculo.

—Buenos días —respondieron las presentes a distintos tiempos.

El señor Barrachina reparó de inmediato en Daniela y le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Está bien, Daniela? —dijo.

Daniela levantó la vista.

—Sí —afirmó, transcurridos unos instantes en los que se preguntó por qué el señor Barrachina le había hecho aquel comentario, y de

paso ganaba unos segundos para tratar de sosegar la respiración y que no denotara que había llegado a la carrera.

—Es que está un poco… sofocada —observó el gerente con una mueca de suficiencia.

—Es que hace mucho calor —se adelantó a responder Daniela, controlando todo lo que podía la respiración, todavía algo agitada.

Y lo hacía. Hacía calor. Los cuarenta grados que estaban calentando los primeros días de julio transformaban Madrid en un horno gigante. Pero esa no era la razón de su sofoco.

El gerente se limitó a mirarla sin hacer ningún comentario más. Lo cual Daniela agradeció. Luego carraspeó en un intento por aclararse la garganta.

—El motivo por el que estoy reuniendo al personal del hotel es para comunicarles que esta tarde viene al Eurostars uno de los empresarios más importantes de EE.UU. Se llama Nathan Littman —comenzó a decir—. Se quedará aquí durante un mes, alojado en la Suite Ejecutiva Principal —les informó.

Sú farfulló en tono bajo un silbido de asombro. Ese tal Nathan Littman iba hospedarse en la habitación más cara y lujosa del hotel, no apta para bolsillos rotos.

—Les agradecería que extremaran las medidas de cordialidad, hospitalidad y complacencia con él —continuaba hablando el gerente—. Al parecer, tiene un carácter un tanto… —buscó una palabra adecuada. No quería que sonara a crítica. No hacia Nathan Littman—… especial —dijo finalmente. Introdujo el dedo índice por el rígido cuello de la camisa y lo movió ligeramente para aflojarlo—. Que ninguna olvide que es el huésped más importante que hemos tenido nunca. Hay que estar a la altura de sus expectativas.

Daniela y Sú intercambiaron una mirada en silencio. Ambas sabían a la perfección qué significaba exactamente ese «especial». Hombres intratables, hoscos; acostumbrados a chasquear los dedos y que el mundo se postrase a sus pies. A mandar sin ser replicados y a no

especular con la posibilidad de ser siquiera desobedecidos. Ególatras, petulantes, soberbios…

Las camareras lanzaron un resoplido al aire. Tendrían que armarse de paciencia, de mucha paciencia.

Mientras el señor Barrachina hablaba, Daniela lo observó. No sabía si eran imaginaciones suyas, quizá sí, pero lo notaba ligeramente nervioso y haciendo un intento poco hábil por disimularlo. ¿Por qué? ¿Tenía algo que ver su intranquilidad con ese importante empresario que iba a llegar por la tarde? ¿Quién era Nathan Littman para que pusiera nervioso al señor Barrachina de aquella manera? A él, que era imperturbable.

Que raro…, conjeturó con suspicacia. *No es la primera vez que viene un empresario importante al hotel. De hecho, son los clientes habituales. Hombres ricos, ejecutivos consumados, diplomáticos, personalidades de renombre… y peces gordos en general. ¿Quién es Nathan Littman?*, se preguntó.

El gerente continuó.

—Incido en que hagan la estancia del señor Littman lo más agradable posible porque, aparte de huésped, va a hacer una importante inversión en el Eurostars, ampliando el hotel con la adquisición del resto de plantas de la torre. O esperemos que la haga… —se le escapó decir como un pensamiento en alto.

El tono del señor Barrachina reflejaba un desesperado anhelo. Él más que nadie deseaba que Nathan Littman finalmente decidiera invertir en el Eurostars.

Un murmullo se extendió por toda la sala. Los rostros de las camareras se llenaron de sorpresa y una extraña inquietud comenzó a invadir el aire.

Vaya, así que ese es el motivo del nerviosismo del señor Barrachina, se dijo Daniela. *Ese tal Nathan Littman va a ser socio del hotel.*

Pero, ¿era solo por eso?

—Genial —masculló Sú con ironía—. Lo que nos faltaba.

—Daniela…

La voz del señor Barrachina tapó la de Sú y la de los distintos murmullos que deambulaban por la sala.

—Oh, no… —musitó Daniela en tono inaudible, al suponer lo que iba a decirle el gerente. Disimuladamente cruzó los dedos en su espalda, en un último intento de que la suerte la acompañara—. No, no, no…

—Usted se va a ocupar de atender personalmente al señor Littman —le informó el señor Barrachina.

¡Porras!

Las suposiciones de Daniela cristalizaron de golpe.

—¿Yo? —preguntó en voz alta—. Pero…

—No hay «peros» que valgan. Soy el gerente del Eurostars y lo que digo va a misa.

Durante unas décimas de segundos Daniela deseó sacarle sus ojillos de cuervo con una cuchara.

CAPÍTULO 5

—¡Estoy harta! —bufó Daniela, al tiempo que tiraba del carro de la limpieza por el suelo enmoquetado—. ¿Por qué siempre tengo que ser yo la que lidie con los empresarios especiales? —preguntó, enfatizando la palabra «especiales»—. ¿Es que el señor Barrachina no puede mandar a otra? ¿A Irene? ¿A Victoria?

—No, no puede mandar a otra, porque el señor Barrachina sabe que tú eres quien tiene mejor mano para tratarlos —le respondió Sú, intentando verle la parte positiva.

Un suspiró de frustración se escapó de los labios de Daniela.

—Tienes mucha paciencia, Dani —agregó su amiga, avanzando por el pasillo con el carro.

—Lo que tengo es mucho miedo a perder el trabajo. No están las cosas precisamente para engrosar la ya de por sí gorda lista del paro, y menos ahora, no puedo convertirme en un gasto para mi padre.

—A todo esto, ¿qué tal tu hermana? —se interesó Sú.

—Mejor —dijo Dani, dejando escapar una sonrisilla—. Sigue respondiendo bien al tratamiento, aunque no deja de ser muy agresivo para una niña de once años. Pero por lo menos la leucemia no sigue avanzando. Parece que se ha estancado.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Sú de todo corazón.

Sú había vivido junto a Daniela el proceso de la enfermedad de Carlota desde que se la habían diagnosticado y sabía todo el sufrimiento que le había causado y que le seguía causando a su amiga y compañera de trabajo. Carlota era la niña de los ojos de Daniela, un

pequeño ángel al que había cuidado desde que su madre había fallecido.

—Carlota es una campeona.

—Es más que eso, Sú —apuntó Daniela, sin ocultar el destello de orgullo que dejaba entrever en sus ojos azules cuando hablaba de su hermana pequeña—. Es una guerrera, una heroína… Ya viste con la fortaleza que se tomó la enfermedad y todo el proceso de la quimio y demás. Incluso nos daba ánimos a mi padre y a mí —sonrió.

—Tú también eres una guerrera —anotó Sú, pasando la mano de manera afectuosa por el hombro de Daniela—. Has estado ahí en todo momento.

—Bueno, si algo nos enseñó mi madre fue a ser fuertes, independientemente de las vicisitudes de la vida —dijo ella—. Y creo que es algo que me va a venir muy bien los próximos treinta días —agregó, tras un silencio.

—¿Lo dices por ese tal Nathan Littman? —preguntó Sú.

Daniela inclinó la cabeza, afirmando.

—Sí —respondió—. Creo que va a ser un mes muy largo.

—¡Venga! ¡Estás exagerando! —exclamó Sú—. Lo que pasa es que acabas de regresar de vacaciones y lo ves todo cuesta arriba. Pero en unos días volverás a meterte de lleno en la rutina.

—Espero que solo sea eso, porque algo me dice que el señor Littman va a darme más de un quebradero de cabeza.

—Hablas como si su llegada al Eurostars fuera a cambiarte la vida.

—¿Y acaso mi vida no va a cambiar si ese hombre me desquicia y tengo que terminar mis días en un *loquero*? —dijo Daniela con sarcasmo—. Ya has oído al señor Barrachina... Yo creo que lo ha suavizado, pero me da que Nathan Littman es realmente insufrible.

Sú carcajeó. Se llevó la mano a la boca para amortiguar el sonido de la fuerte risa.

—¡No te haces una idea de lo que te he echado de menos! ¡En serio

no te la haces! —dijo—. Esto ha estado muy aburrido sin ti.

—A ver si te ríes igual cuando me pongan una camisa de fuerza y estrelle mi cuerpo una y otra vez contra las paredes de una habitación acolchada.

—Para —le pidió Sú, que no podía dejar de reír—. Para, por favor…

Daniela se contagió de las carcajadas de Sú y terminó riendo con ella.

—Ahora en serio —dijo después—. ¿No has notado al señor Barrachina un poco… nervioso? —preguntó.

—La verdad es que sí. Para lo que es él, que parece que se ha tragado el palo de una escoba —anotó Sú—. Pero yo también lo estaría —dijo después—. El tío que viene esta tarde va a comprar el resto de plantas del edificio, y eso supone una inversión muy fuerte.

—Desde luego. No me quiero imaginar la pasta que tiene que costar… —apostilló Daniela, proporcionando a sus palabras un matiz de asombro—. Pero el señor Barrachina no las tiene todas consigo —teorizó, evocando en su mente la reunión que habían mantenido con él apenas veinte minutos antes—. Mientras hablaba, su voz sonaba anhelante, incluso diría que ansiosa, como si lo que más deseara en el mundo fuera que Nathan Littman adquiriera finalmente el resto de plantas del edificio.

—¿Tú crees?

—No sé, Sú… Pero juraría que hay algo más detrás de todo esto.

—¿Algo como qué?

Daniela se encogió de hombros.

—Son tonterías —dijo, quitándole importancia a los pensamientos que le pasaban por la cabeza. Sus labios se abrieron en una de sus genuinas y preciosas sonrisas—. Creo que las vacaciones me han dejado tocado el cerebro —se mofó de sí misma.

—Por cierto, ¿qué tal han ido las vacaciones? ¿Qué tal con Sergio? —le preguntó Sú.

—Muy bien —contestó Daniela, visiblemente entusiasmada—. Nos hacía mucha falta un viaje juntos, compartir tiempo a solas…

—Entonces, ¿está todo bien con él?

—Sí. Hemos venido de Tenerife con la relación renovada. Los días que hemos estado allí, Sergio ha vuelto a ser el mismo de antes, el que yo conocí. El Sergio del que me enamoré como una loca hace seis años.

—Todas las parejas tienen crisis. Es algo inevitable: la rutina, la convivencia, la monotonía… —opinó Sú—. Javier y yo tuvimos una muy fuerte hace un año. Pero, a pesar de lo mal que estuvimos, la relación al final salió fortalecida.

—A Sergio y a mí nos ha pasado lo mismo. Creo que hemos tenido nuestra primera crisis, pero la hemos superado —dijo en tono de ingenuidad—. Estos días juntos en Tenerife han sido nuestra salvación. Por fin todo vuelve a ser como antes.

CAPÍTULO 6

—¿Qué tal tu primer día de trabajo? —le preguntó Daniela a Sergio mientras paseaban por la Castellana.

Hundió la cuchara en la tarrina de helado de chocolate que estaba tomando y se la llevó a la boca.

—Un caos —respondió él de mala gana—. Estoy hasta los huevos de este curro.

—Eh, tranquilo —dijo Daniela—. Eso es porque es nuestro primer día después de vacaciones y lo vemos todo negro —añadió sonriente para animarlo.

—¿Tú también has tenido una mala mañana?

—Más que la mañana, voy a tener la tarde… y los próximos treinta días.

Sergio entrecerró los ojos, confuso porque no entendía qué quería decir Daniela.

—¿Por qué dices eso?

—Esta tarde viene al hotel un importante empresario norteamericano y el señor Barrachina me ha mandado a mí que lo atienda.

—Pero eso no es nada nuevo. No es la primera vez que te manda atender a un huésped —comentó Sergio.

Daniela clavó la cuchara en el helado y dejó escapar un leve suspiró.

—Sí, es cierto, pero esta vez es distinto —repuso—. El tipo este viene con la intención de invertir en el hotel. Va a comprar el resto de

plantas de la torre para ampliarlo y vamos a tener que tratarlo con guantes de seda.

—¡Joder! —exclamó Sergio—. ¿Sabes la pasta que tiene que costar eso? —preguntó con asombro.

—Sí, puedo hacerme una idea. Debe de costar una auténtica fortuna —apuntó Daniela, pero no le dio ninguna importancia. ¿Qué más daba lo que costara?—. El caso es que…

El teléfono de Sergio sonó, cortando la conversación. Sergio sacó el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros.

—Perdona, tengo que cogerlo —dijo.

—Claro.

—Dime… Sí… Ahora no puedo… Sí… Como quieras. Después te llamo. Adiós.

Sergio colgó y devolvió el teléfono al bolsillo de su pantalón.

—¿Todo bien? —se interesó Daniela, al ver que Sergio se había quedado pensativo.

—Sí. Era un cliente —respondió él escuetamente.

Daniela continuó contándole a Sergio lo que iba a suponer la llegada de Nathan Littman al Eurostars. Al mirarlo de reojo en un determinado momento, advirtió que él no le estaba prestando atención.

—Sergio, ¿hola? ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —le preguntó.

Serió volvió el rostro hacia ella. La expresión de su cara decía que no, que no había estado escuchando nada de lo que Daniela le había contado.

—Perdona, ¿qué decías? —repuso, al comprobar que de nada servía mentir y dar a entender que se había enterado de algo.

—¿De verdad estás bien? —insistió Daniela—. Desde que has recibido esa llamada estás…

—¡Ya te he dicho que sí, joder! —le cortó Sergio visiblemente enfadado.

—Vale… —murmuró Daniela.

Guardó silencio durante unos segundos. Quizá las cosas entre Sergio y ella no habían cambiado tanto como se pensaba. Quizá el viaje a Tenerife no había dado en el fondo el resultado esperado. Quizá todo seguía igual al fin y al cabo, y solo había sido demasiado optimista.

—Tengo que irme. Tengo que volver al trabajo —dijo con voz apagada.

El estómago se le cerró de golpe.

Tiró lo que le quedaba de helado en la papelera situada a su lado, sin mediar más palabras se dio media vuelta y enfiló el bulevar de la Castellana en dirección al hotel. El paseo había concluido.

—Dani, espera… —oyó decir a Sergio en tono suave.

Daniela no se giró y Sergio tampoco insistió mucho más. Su actitud desilusionó a Daniela. Últimamente Sergio se rendía demasiado pronto, como si todo le diera igual.

Hizo un gesto negativo con la cabeza y siguió su camino sin mirar atrás.

Llegó al hotel tan absorta en sus pensamientos que no advirtió el revuelo que había formado en su interior.

—¡Dani! ¡Dani!

La voz de Sú la sacó de sus cavilaciones. Levantó la mirada y observó que Sú y otras dos compañeras, Irene y Victoria, corrían hacia ella exaltadas de manera extraña.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—El señor Littman ya ha llegado —anunció Sú con el corazón latiéndole en la garganta.

—Es… —Irene comenzó a hablar, pero Sú se le adelantó.

—Muy joven —atajó excitada—. Y…

—Y muy guapo. —Ahora fue Irene quien interrumpió a Sú.

—Escandalosamente guapo —matizó Victoria, que hasta esos momentos se había mantenido callada.

—Y también muy alto —dijo Sú.

Daniela puso los ojos en blanco. Conocía a sus compañeras de trabajo y conocía a Sú. A veces eran muy dadas a la exageración en sus percepciones.

—Chicas, ¿no estaréis exagerando? —dijo.

—No, no, no… Te aseguro que no —intervino Sú—. Es… —No sabía con qué palabras describir a Nathan Littman—. ¡Joder, Dani! ¡Tienes que verlo!

Daniela miró a Irene y a Victoria alternativamente. Las dos afirmaron con la cabeza en silencio para corroborar lo que Sú acababa de decir.

—Sigo creyendo que seguro que no es para tanto —apuntó convencida—. Sé lo generosas que sois con…

—Qué no, Dani, qué no —cortó Sú—. Yo exagero un poco los orgasmos, pero es para que Javi…

—¡Sú! —la amonestó ligeramente Daniela, aunque no pudo contener la risa.

—Hablamos en serio —terció Victoria—. Pero parece tan… reservado —agregó.

—Y misterioso —añadió Irene.

—Nathan Littman es… —comenzó Sú.

—Daniela.

La voz severa y monocorde del señor Barrachina se escuchó al otro lado del pasillo. Todas las chicas giraron el rostro hacia él. Las sonrisas se desvanecieron de sus labios en cuestión de unas décimas de segundo.

—Dígame, señor —dijo Daniela.

Cuando el gerente la alcanzó, le preguntó con suficiencia:

—¿Todavía no se ha cambiado?

Daniela miró la hora en su reloj de muñeca.

—Aún faltan quince minutos para que comience mi turno —advirtió, por si el señor Barrachina no se había dado cuenta.

—Es igual —repuso él en el mismo tono de suficiencia que había utilizado antes—. Cámbiese y suba a presentarse al señor Littman, para ver si necesita algo. Ya sabe en qué habitación está —le ordenó.

Daniela bufó para sus adentros. ¿Qué narices le pasaba al señor Barrachina? Es cierto que era muy severo y exigente, pero nunca se había comportado así. La llegada de Nathan Littman al Eurostars estaba agriando aún más su carácter, si es que eso era posible.

—Sí, señor —dijo resignada, tratando de que no se le notara su malestar.

El gerente entornó sus ojos de cuervo y paseó una mirada inquisitiva por el resto de las chicas.

—Y ustedes, ¿no tienen trabajo que hacer? —les inquirió con malas pulgas.

Las mejillas de Sú, Irene y Victoria enrojecieron.

—Sí, señor —respondieron todas casi a la vez con voz atropellada.

En menos de lo que dura un parpadeo, las tres chicas se habían dispersado del lugar como si se hubiera anunciado el estallido de una bomba.

Daniela se giró sobre sus talones. Se disponía a irse a la habitación a cambiarse, pero la voz del gerente la obligó a detenerse. Se dio la vuelta de nuevo. El señor Barrachina estrechó los ojos, calculador, y se inclinó hacia ella.

—No se olvide de las recomendaciones que les he hecho esta mañana —dijo con aspereza, asegurándose de que sabía con qué clase de cliente iba a tratar.

—No se preocupe, que no se me olvidan —apostilló Daniela, sin disimular cierta molestia en sus palabras.

El gerente la recorrió de arriba abajo con la mirada de un modo que Daniela siempre había considerado ofensivo. Por fortuna, con el tiempo había aprendido a ignorarlas, igual que otras tantas cosas.

Ningún trabajo es perfecto, se repetía a modo de consuelo.

CAPÍTULO 7

Daniela alargó la mano y con el dedo índice apretó el botón de la planta 27, donde estaba ubicada la Suite Ejecutiva Principal. Una habitación de más de 80 metros cuadrados a todo lujo, que contaba con un amplio dormitorio, sala de estar, vestidor, zona de trabajo y un espacioso baño con jacuzzi, y que costaba la friolera de seis mil euros por noche. Con el dinero que cualquier mortal se compraría un piso, Nathan Littman se alojaría un mes en el Eurostars.

—Increíble… —susurró para sí.

Las puertas metálicas del ascensor se abrieron y Daniela emergió al pasillo. Mientras avanzaba hacia la Suite Ejecutiva Principal, sus pasos eran amortiguados por la vistosa moqueta gris que revestía el suelo.

Al llegar, la puerta de la habitación estaba entreabierta. Daniela llamó un par de veces golpeando ligeramente con los nudillos.

Silencio.

Llamó una tercera vez con más fuerza.

Más silencio.

Abrió un poco la puerta y asomó la cabeza con expresión cautelosa en el rostro.

—¿Señor Littman? —dijo a media voz.

Nadie respondió.

Daniela barrió con la mirada el perímetro de la lujosa suite que entraba en su campo de visión. No había ni rastro de Nathan Littman. Solo de las tres enormes maletas de piel que descansaban al lado del vestidor.

Escuchó un leve sonido, algo parecido a un murmullo, en la zona donde estaba la sala de estar. Durante unos segundos se debatió entre entrar o irse, pero si el señor Barrachina se enteraba de que no se había presentado ante su reverenciado señor Littman como le había ordenado, le caería una buena bronca.

Finalmente decidió entrar.

Con pasos precavidos fue avanzando por la estancia, guiada por el murmullo cada vez más nítido. Cuando llegó a la sala de estar, vio a Nathan Littman.

Se encontraba de pie, de espaldas a ella, mirando a través de las paredes acristaladas mientras hablaba por teléfono. El Paseo de la Castellana se extendía al otro lado permitiendo disfrutar de una panorámica espectacular. Las asombrosas vistas que ofrecía era uno de los mayores atractivos del Eurostars, aparte de la exclusividad de las habitaciones, la amplitud de los espacios y la elegancia.

Durante unos segundos, Daniela lo estudió detenidamente. Nathan Littman era alto, mediría alrededor de uno ochenta y ocho, y de hombros anchos. El torso se ceñía hacia una cintura estrecha y unas piernas largas y musculosas, según dejaba adivinar la fina tela de los pantalones. Daniela pensó que nunca había visto un hombre al que le quedara mejor un traje que a él. Por lo menos por detrás.

Carraspeó, aclarándose la garganta.

—Señor Littman… —volvió a decir, pero él no la oyó.

Daniela no entendía qué estaba diciendo, puesto que hablaba en inglés, pero no era difícil adivinar por el tono de voz, grave y severo, que estaba reprendiendo duramente a la persona que se encontraba al otro lado de la línea.

Carraspeó más fuerte para hacerse oír.

—Señor Littman… —dijo por cuarta vez.

En aquella ocasión surtió efecto.

Nathan se giró y clavó sus duros y penetrantes ojos en Daniela.

Durante unos instantes, ella se quedó paralizada. Nathan Littman era joven, como bien habían dicho las chicas, y guapo, muy guapo. Tenía el cabello moreno y los ojos, rodeados de un generoso abanico de pestañas, y a ratos de un verde oscuro extraño, se rasgaban ligeramente, proporcionándole un toque algo exótico, a lo que contribuía una nariz recta y unos labios rotundos y sensuales. La estudiada barba de dos días que cubría sus marcadas mandíbulas realzaba aún más su atractivo.

Pero no era para tanto… ¿O sí?

Sin dejar de mirar a Daniela, Nathan dijo a la persona con la que estaba hablando por teléfono:

—*Don´t hang up*.

«No cuelgues», significaba en castellano.

Las negras cejas que enmarcaban sus intensos e inteligentes ojos se arquearon en una mirada interrogadora. Pese a su ceño fruncido, Daniela pensó que pocas mujeres serían inmunes a su atractivo.

—¿No le han enseñado a llamar a la puerta? —le preguntó a Daniela con aspereza y un punto de irritación.

Su español era impecable, claro y modulado. Apenas había rastro de acento, de no ser por cierta suavidad al pronunciar las erres, pero que podía pasar totalmente desapercibida. El tono de voz seguía siendo severo y él seguía pareciendo intimidante. Aunque no lo parecía, lo era.

Daniela tragó saliva compulsivamente al advertir la dureza con la que la estaba mirando. En sus ojos yacía un matiz frío y acerado capaz de encoger al hombre más aguerrido.

Su porte era majestuoso, con una elegancia aristocrática. Un típico hombre de negocios.

Daniela estaba desconcertada. ¿Por qué el aire de seguridad que destilaba Nathan Littman le resultaba tan abrumador? No era la primera vez que trataba con alguien de su condición. De hecho, estaba más que acostumbrada a los hombres como él.

Carraspeó de nuevo. Estaba allí para cumplir la orden del señor Barrachina y no iba a permitir que la expresión dura de Nathan Littman la intimidara. Forzó una sonrisa de bienvenida.

—Lo siento, señor Littman —comenzó, intentando ocultar su nerviosismo y el temblor de las manos—. He llamado dos veces, pero no me ha oído —le explicó, ofreciéndole ahora una sonrisa limpia y cálida—. Y como la puerta estaba abierta... —Daniela frunció la nariz.

Nathan no se inmutó ante su explicación; continuaba mirándola con rostro impertérrito. Era muy estricto con las reglas. La gente siempre tenía que llamar a la puerta y nadie podía entrar hasta que él no diera permiso, aunque se ensangrentaran los nudillos golpeando.

—¿A qué ha venido? —preguntó con voz de fastidio—. Porque supongo que habrá venido a algo. No pensará quedarse ahí quieta como un muñeco de cera.

Daniela sintió el imperioso impulso de salir corriendo. De pronto se sentía como un conejillo asustado. Nathan la contemplaba en esos momentos con unos ojos fríos como el hielo. Esa mirada debía ser un arma letal cuando hiciera negocios.

Sin embargo, no se iba dejar amedrentar por él, por mucho que fuera un importantísimo empresario norteamericano y ella una simple camarera de pisos.

Respiró hondo.

—El señor Barrachina me ha mandado venir para que me presente y me ponga a su disposición. Me llamo Daniela Martín. Yo… soy la *kelly* —dijo, utilizando el término en inglés con el que se denominaba a las camareras de pisos—. La camarera de pisos —matizó.

—¿Qué le hace suponer que no sé lo que es una *kelly*? —inquirió borde Nathan.

¡Claro, qué tonta soy!, se dijo Daniela para sí misma con burla. *Este hombre es desesperante,* observó.

—Ya… —murmuró resignada. Lo mejor era cambiar de tema y acabar de una vez con aquella conversación—. Para cualquier cosa

que necesite, no tiene más que llamarme. Le atenderé con gusto —dijo siguiendo el protocolo.

Los segundos siguientes Daniela esperó en vano un cordial y cumplido «gracias», un rastro de cortesía, o algo que desmintiera que el hombre que tenía delante no era la persona más arrogante y antipática del mundo, pero no llegó.

—¿Ha terminado ya? —fue lo que dijo Nathan, que parecía todavía más fastidiado que al principio.

Daniela se quedó mirándolo en silencio unos instantes. Sí, definitivamente era el hombre más arrogante y antipático del mundo. Todo él rezumaba insolencia.

—Sí —respondió.

Daniela entendió que su presencia estaba molestando a Nathan Littman. Lo estaba molestando profundamente. Por fortuna eso tenía fácil solución.

—Que tenga buena tarde —le deseó con voz formal.

Nathan la miró con indiferencia.

En realidad a Daniela le importaba un pimiento que tuviera buena o mala tarde. De hecho, su parte diablilla deseaba que la tuviera mala, muy mala. Pero estaba trabajando y el gerente había indicado claramente que se extremaran las medidas de cordialidad, hospitalidad y complacencia con él. Había que tener contento al señor Littman.

Al tiempo que se daba la vuelta, escuchó como Nathan volvía a prestarle atención a la llamada de teléfono que estaba manteniendo antes de que ella entrara en la habitación, sin ni siquiera despedirse. No se sorprendió.

—*Keep going* —le ordenó el señor Littman a la persona con la que estaba hablando.

«Continúa».

Daniela respiró aliviada cuando por fin se vio fuera de la suite.

Menudo gilipollas arrogante, pensó para sus adentros.

CAPÍTULO 8

—¿Qué tal te ha ido con el bombón del señor Littman?

La pregunta en tono excitado de Sú hizo que Daniela se girara.

Después de abandonar la suite, había bajado a la salita que el personal del hotel utilizaba para descansar unos minutos y tomarse un café. Había cogido un vaso de cartón de la torre que había en la base de la máquina y lo había llenado de agua fría. Tenía la boca seca, como si llevara días sin ingerir ningún líquido.

—Por tu cara veo que no muy bien —observó Sú mientras Daniela daba un trago de agua.

—Fatal —respondió Daniela—. Es el tío más arrogante, petulante, antipático, pretencioso, soberbio, arrogante…

—Eso ya lo has dicho —le cortó Sú en tono de broma.

—Es que lo es —enfatizó Daniela—. Es arrogante al cuadrado —apuntó, aunque en su voz no había rastro de humor—. Solo pensar que va a estar aquí un mes…

Bufó de impotencia, dejando la frase suspendida en el aire.

—¿Tan malo es?

Daniela recostó la espalda en la pared y echó la cabeza hacia atrás.

—Peor —sentenció—. De esta me canonizan, ya lo verás —agregó.

Sú carcajeó.

—Bueno, no puedes negar que está cañón. Pero cañón, cañón.

—Sí, es muy guapo. Eso es innegable —reconoció Daniela. Alzó un

poco los hombros—. Pero, ¿de qué sirve eso si es insoportable? Yo ahora mismo lo veo como el hombre más feo del mundo.

Y era cierto. Es verdad que en un primer momento Nathan Littman la había impresionado. Era sumamente atractivo, eso saltaba a la vista de cualquiera. Habría que estar ciega para no verlo, pero la arrogancia y el exceso de soberbia que exudaba por cada poro de la piel, junto con el trato que le había dado, lo habían convertido de repente en un ser feo a sus ojos.

—¿Cuántos años crees que tendrá? —Sú seguía curioseando.

—No lo sé y no me importa —respondió Daniela.

—Yo creo que treinta y alguno —supuso Sú—. Tal vez treinta y tres o treinta y cuatro. Oye, ¿y estará casado? ¿Tendrá hijos? ¿Te has fijado si lleva anillo?

—No, no me he fijado si lleva anillo —respondió Daniela, aburrida de tener que estar hablando de Nathan Littman—. ¿Qué mujer en su sano juicio estaría con un hombre así? ¡Es intratable! Tendría que estar loca. Vivir con él tiene que ser un infierno.

En ese momento la puerta de la salita se abrió y entró Gustavo, el botones.

—Hola, chicas —las saludó, yendo directamente a la pequeña máquina de café que había en el rincón.

—Hola, Gus —dijo Sú.

—Hola —correspondió Daniela.

—¿A que adivino de quién estáis hablando? —señaló Gustavo, al tiempo que elegía un descafeinado. Sin dejarles responder, dijo—: de Nathan Littman.

—¿Tanto se nos nota? —apuntó Sú.

—No, es que es de la persona que está hablando todo el hotel. —Gustavo cogió el vaso del café y dio un sorbo—. Su llegada ha hecho que la gente esté nerviosa, exaltada, intranquila…

Daniela bufó de nuevo.

—¿Quién coño es ese tío para que todo el mundo esté así? —lanzó al aire—. Va a ampliar el hotel, sí, pero joder…

—No solo va a ampliar el hotel —afirmó Gustavo de pronto—. El asunto va más allá.

Daniela y Sú fruncieron el ceño y le dirigieron una mirada interrogativa.

—¿Más allá? —repitió Sú, confusa.

—¿Cuánto más allá? —preguntó Daniela con voz cargada de impaciencia, al tiempo que se erguía.

—Ha venido a reflotar el barco —soltó Gustavo.

—¿Qué…? —intervino Sú, haciendo una mueca caricaturesca con la boca—. ¿Qué barco, Gus? Habla claro, por Dios.

—Los rumores que corren de una esquina a otra del hotel dicen que el Eurostars está en caída financiera. Vamos, que está en la quiebra.

Daniela y Sú intercambiaron en silencio una mirada de asombro. Habían abierto los ojos como platos y las mandíbulas amenazaban con desencajarse y desplomarse hasta el suelo.

—¡¿Qué?! —gritaron a la vez, clavando después la mirada en Gustavo.

—Nathan Littman ha venido a rescatar el hotel de su bancarrota. —Gustavo hizo una pausa antes de seguir—. Si esos rumores son ciertos, ese tío nos tiene agarrados por los huevos.

Daniela sintió un escalofrío. El vaso de agua tembló en su mano.

—¿Estamos en las manos de Nathan Littman? —murmuró Sú.

—Pues estamos jodidos —aseveró Daniela con aprensión.

—¿Acaso es un ogro? —preguntó Gustavo, poniendo una nota de humor a aquel asunto.

—Algo así —respondió Daniela en tono serio—. Me han bastado diez minutos para saber que Nathan Littman no es un jefe benevolente.

—¿Es peor que el señor Barrachina?

Gustavo parecía sorprendido, porque ser peor que el gerente era difícil.

—Nathan Littman hace que el señor Barrachina parezca un angelito.

—¡Joder! —exclamó Gustavo.

—Me horroriza pensar que un día ese hombre pueda ser nuestro jefe.

—Eso, si cuando adquiera el Eurostars, no nos manda a todos a la puta calle —arguyó Sú.

Los tres intercambiaron miradas de preocupación.

—No me puedo creer que el hotel esté en la quiebra —murmuró Daniela.

—Por lo que parece, el señor Barrachina no es tan buen gerente como nos quiere hacer creer. Según me han dicho, ha dilapidado todos los beneficios que ha tenido el Eurostars —explicó Gustavo.

—Por eso está tan nervioso —cayó en la cuenta Daniela.

—No le faltan motivos —apostilló Sú.

—Esperad un momento, chicas —dijo Gustavo de pronto—. Quizá nos estamos adelantando. Ya sabemos cómo funciona esto de la rumorología. Es probable que hayan saltado las alarmas cuando el gerente ha anunciado esta mañana que el señor Littman iba a comprar el resto de plantas de la torre para ampliar el hotel. Tendemos a exagerarlo todo. ¿En serio creéis que el Eurostars puede estar en quiebra? —les preguntó, usando el sentido común.

Daniela se encogió de hombros.

—No sé… —dijo—. Tal vez tengas razón y solo sea una cadena de rumores.

No habían pensado en esa perspectiva, pero desde luego era alentadora.

—Esperemos que solo sea eso —arguyó Sú.

A ninguno le hacía gracia que Nathan Littman fuera el dueño del hotel. No después de lo que se decía de él.

CAPÍTULO 9

Nathan cortó el grifo y salió de la ducha. Asió una toalla, se secó el cuerpo con ella y se la sujetó a la cintura. Cogió otra y se la pasó por el pelo. Algunos mechones mojados le cayeron por la frente.

Cuando emergió a la lujosa habitación, el sol de poniente lanzaba rayos de luz escarlata que hendían las nubes algodonadas y proyectaban sombras rojizas sobre el perfil irregular de Madrid.

Apartó los ojos de las vistas que le regalaba estar a más de 100 metros de altura y se dirigió a la mesa de roble de la sala de estar para consultar el móvil. Al desbloquearlo, vio que tenía varias llamadas de Bárbara.

Nathan chasqueó la lengua, molesto.

¿Por qué tenía que llamarle? ¿Y varias veces? ¿Acaso no le quedaba claro lo que era para él? Un entretenimiento. Nada más. Alguien con quien pasar el rato.

—Si sigue comportándose como una novia voy a tener que hablar con ella —sentenció—. Es tan impertinente.

Dejó el teléfono de mala gana encima de la mesa; no tenía ninguna intención de devolverle las llamadas, y enfiló los pasos hacia una de las maletas. Una de piel negra. La abrió y extrajo de ella un traje azul marino. Metió la mano en el fondo y sacó una corbata plateada.

El viaje de Nueva York a Madrid le había agotado, pese a que lo había realizado en su jet privado, evitando así las engorrosas esperas y demás dilaciones de un viaje comercial al uso, aunque fuera en clase *business*. Pero la noche anterior, como ocurría la mayor parte de las noches, no había descansado.

Había dormido un rato —no más de cuarenta minutos—, tras follarse a Bárbara, pero después había pasado la madrugada sentado en el sillón del salón, mirando por la ventana, mientras el tedioso silencio se llevaba con él las horas, que transcurrían de manera parsimoniosa por el reloj.

Era el ritual de casi cada noche.

Y aunque estaba cansado, había organizado una reunión, junto con sus dos asesores, con el señor Barrachina y el equipo de administración del hotel. Tenía muchos puntos que discutir y otros tantos que aclarar. Había descubierto que la situación del Eurostars era mucho peor de lo que le habían hecho creer.

Se estaba ajustando la corbata frente al espejo cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

La cabeza de un hombre de mediana edad, de pelo moreno con abundantes hebras plateadas, asomó a la habitación.

—Señor Littman, la junta está lista. Lo están esperando —anunció con voz extremadamente formal.

El individuo era Richard Duncan, uno de los asesores de Nathan. Un tipo perspicaz y eficiente, considerado por algunos como el mejor experto en finanzas de EE.UU. Por supuesto, si era el más bueno en lo suyo, tenía que estar a las órdenes de Nathan. Y trabajando a su lado llevaba más de diez años.

—Voy —dijo Nathan con su habitual tono metálico.

Se echó un último vistazo en el espejo, para comprobar que la corbata había quedado perfecta, se giró sobre sus talones y caminó hacia su asesor con paso firme y seguro.

Cuando entró en la sala de juntas, los murmullos y las confidencias

que habían llenado el aire hasta que la puerta se había abierto cesaron de golpe, como si hubiera aparecido Atila.

El señor Barrachina hubiera jurado que por donde Nathan Littman pasaba no crecía la hierba, como sucedía con el rey de los Hunos.

Mientras avanzaba con una sonrisa cínica en la boca, Nathan observó los rostros serios de las personas sentadas alrededor de la enorme mesa. Trataban a toda costa de ocultarlo, pero en sus expresiones podía adivinarse la inquietud y el miedo que suscitaba la delicada situación en la que se encontraba inmerso el hotel.

Su nerviosismo podía tocarse.

Nathan sonrió para sí.

Le gustaba producir esa sensación de respeto, incluso de reverencia, que veía en esos momentos en los ojos angustiados de los hombres que tenía delante, y que contenían la respiración como si fuera un TEDAX y estuviera a punto de desactivar una bomba. Su futuro pasaba por sus manos, y tanto él como ellos eran plenamente conscientes de ese hecho.

En cuanto Nathan se sentó, entró en materia. No le gustaba perder el tiempo y mucho menos que se lo hicieran perder. Era una persona directa, que no tenía pelos en la lengua y a la que a veces le fallaban estrepitosamente las formas.

—¡No me joda, señor Barrachina! —ladró en un perfecto castellano, un idioma que dominaba a la perfección desde hacía muchos años.

Tiró un portafolio sobre la mesa. Este se deslizó hasta el sitio donde estaba sentado el gerente, que lo miró con asombro, intentando ocultar su alarma.

—Han intentado engañarme inflando las cifras —prosiguió Nathan en su perfecto papel de ejecutivo agresivo—. ¿Pensaban que no me iba a dar cuenta? Tengo los mejores asesores de EE.UU.

—Señor Littman… —comenzó a decir el señor Barrachina, tratando de explicarse, pero Nathan le cortó con voz acerada.

—El Eurostars está en una situación mucho más precaria de lo que me han hecho creer. ¡Está en bancarrota! —exclamó furioso—. ¿Cómo puede haber tenido pérdidas por una cuantía de veinte millones de euros en el último año? —Aunque la pregunta iba dirigida para el consejo de administración en general, Nathan no pudo evitar mirar al señor Barrachina, que palideció—. ¿Cómo tienen pensado hacer frente a las obligaciones de pago? El activo no alcanza a cubrir el pasivo exigible. Porque su activo está en un número rojo con muchos ceros. El hotel no tiene recursos económicos disponibles para hacer frente a nada. ¡A nada! Ni a facturas, ni a gastos, ni a sueldos…

Los ojos verdosos de Nathan brillaban con un destello de ira. No le gustaba que trataran de engañarle. No le gustaba en absoluto.

—Señor Littman… —La voz que se alzó era la de José Coch, uno de los accionistas mayoritarios del hotel—. Sentimos… Sentimos haberle mentido —dijo de forma conciliadora. Ya no servía de nada seguir con aquella farsa—. Sabemos que la situación del Eurostars es… delicada. —No quería reconocerlo, pero al final tuvo que hacerlo—. Pero eso no significa que no sea un negocio rentable. Usted mismo puede comprobar el alto margen de beneficios que ha tenido desde que se abrió.

—Son esos beneficios los que han hecho que me interese por este hotel —afirmó Nathan.

Los presentes parecieron respirar aliviados. ¿Eso significaba que iba a invertir capital en el Eurostars?

—Sé que este año de pérdidas ha sido debido a una malísima gestión y no a que el negocio no sea rentable —prosiguió.

—¿Entonces? —José Coch sonaba ansioso.

¿Qué iba a hacer al final Nathan Littman? Él era el único que podía permitirse reflotar el Eurostars. Nadie que no tuviera su fortuna se arriesgaría a invertir tanto capital en un hotel en bancarrota total. Tendría que hacerse cargo de pagar todas las deudas que había contraído el hotel los últimos doce meses.

—Sacaré al Eurostars de su insolvencia financiera —respondió Nathan finalmente, saboreando el momento. Estrechó los ojos y miró con intención a cada uno de los miembros de la ejecutiva—. Pero van a cambiar las cosas —agregó en tono impasible.

CAPÍTULO 10

Las alarmas saltaron en todos los miembros del consejo de administración.

El señor Barrachina levantó la cabeza. Todavía podían apreciarse en su piel restos de la lividez que le había arrancado el color del rostro unos minutos antes.

—¿A qué cambios se refiere? —se atrevió a preguntar. La voz le sonó algo chillona por la sorpresa.

—Quiero tener en mi poder el noventa por ciento de las acciones. El diez por ciento quedará para ustedes. —La respuesta salió de los labios de Nathan acompañada de una seguridad aplastante.

Varias exclamaciones ahogadas recorrieron la sala.

—Pero es prácticamente todo el hotel —arguyó José Coch, que había tomado el papel de portavoz del grupo junto con el señor Barrachina.

—Evidentemente desaparecerá el actual consejo de administración —continuó Nathan, obviando el comentario de José Coch.

Y se irán a la puta calle algunos empelados, pensó con malicia para sus adentros. *Como la muchachita esa que me ha interrumpido cuando estaba hablando por teléfono.*

El señor Barrachina intentó decir algo.

—Señor Littman…

—El dinero trae condiciones —le cortó Nathan en tono duro, mirándole de soslayo—. Si quieren que les saque del pozo en el que están metidos, tendrán que darme el noventa por ciento de las

acciones —repitió, por si no lo habían oído bien. Se recostó en el respaldo de la silla con actitud de suficiencia—. O lo toman o lo dejan. Esa es mi oferta. Y no quiero ser alarmista, pero tienen poco margen de decisión —concluyó, presionándoles. Y pese a que había un matiz de sarcasmo en sus palabras, su voz no daba cabida a otra opción.

Cabrón, pensó el señor Barrachina para sus adentros.

Nathan pareció leer su pensamiento, porque giró el rostro hacia él y lo miró con cinismo en los ojos.

—Me necesitan —aseveró impasible—. Todos y cada uno de ustedes.

—¡Es un hijo de puta! —bramó el señor Barrachina, dando vueltas de un extremo a otro de su despacho. Estaba desesperado—. ¡Un auténtico hijo de puta! —Se desabrochó la chaqueta, apoyó las manos en la cintura y se detuvo en seco en mitad de la estancia—. ¿Has visto cómo disfrutaba? ¿Lo has visto? Nos ha tratado como si fuéramos sus mascotas.

—¿Y cómo pensabas que nos iba a tratar? ¿Creías que iba a tener condescendencia con nosotros? —dijo José Coch de mala gana, descansando los codos en la mesa—. Nos tiene cogidos por los cojones y no es precisamente un hombre amable. Ya sabemos la fama que lo precede... Es un hueso muy duro de roer. —Lanzó al aire un suspiro de fastidio—. Estamos a su merced. No nos va a quedar más remedio que aceptar su oferta.

—¿Y darle el noventa por ciento del hotel?

—¡¿Y qué coño quieres que hagamos?!

—Pero eso es cederle el control total. ¿Qué vamos hacer nosotros con un miserable diez por ciento?

—Te repito de nuevo, ¿qué quieres que hagamos? En estos momentos, Nathan Littman es un mal necesario —dijo José Coch entre dientes—. ¿Quién crees que va a invertir en un hotel que está en la

quiebra? Tu mala cabeza y la mía nos han llevado hasta esta situación. Lo mínimo que podemos hacer es no poner «peros».

—El muy cabrón nos está dando las migajas.

—A Nathan Littman le gusta jugar, y le gusta ganar, por eso nos ha puesto la soga al cuello, y nos va a dejar respirar solo el aire que quiera que respiremos.

—¡Joder! —masculló el señor Barrachina, hastiado.

¿En qué lío se habían metido?, se preguntó. ¿Cómo habían llegado al extremo de que un empresario extranjero tuviera que invertir capital en el Eurostars hasta el punto de hacerse el dueño absoluto?

Sintió una punzada de angustia.

Todo su futuro se había ido por la borda. Sus vacaciones en yate, su mansión en la costa, sus viajes por el mundo…

—No nos queda otra opción más que claudicar, si al menos queremos mantener ese diez por ciento de las acciones para los miembros que actualmente integramos el consejo de administración —arguyó José Coch—. Es eso o nada.

El señor Barrachina sacudió la cabeza enérgicamente.

CAPÍTULO 11

Daniela resopló cuando vio las dos enormes y carísimas maletas de Nathan Littman ante ella. Nathan «El Todopoderoso», como le había apodado, le había dicho al señor Barrachina que mandara a una de las camareras que colgara su colección de trajes y corbatas en el vestidor, y que no se demorara en la tarea. Evidentemente el gerente del Eurostars se lo había ordenado a ella, como no podía ser de otro modo.

—Manos a la obra —se dijo con una sonrisa—. Esto es pan comido para ti, Dani —se dio ánimos a sí misma con buen humor.

Sin perder tiempo, se inclinó sobre la primera de las maletas y la abrió.

—Hostia puta… —susurró con una expresión de asombro en el rostro.

Realmente aquel despliegue de trajes y corbatas se podía calificar de colección. Sí, de colección de lujo, como quien colecciona exquisitos coches antiguos.

Solo un traje de estos cuesta más que mi Vespa, pensó Daniela.

Abrió la otra maleta. El contenido era de iguales características.

Miró las etiquetas por encima.

Había trajes de Armani, Valentino, William Fioravanti, Dolce & Gabbana… Incluso un par de ellos de la marca Brioni, famosa por vestir al espía más famoso del mundo desde 1995; a 007.

Daniela había leído en una ocasión en una revista de moda que un traje de esta marca podía llegar a costar 41.000 dólares. Casi había

saltado del asiento. Tuvo que repasar de nuevo la cifra porque pensó que se había equivocado, o que se trataba de una errata de la publicación.

Y si bien era cierto que los trajes caros abundaban entre los clientes habituales del Eurostars, no era menos verdad que pocos podían presumir de un Brioni. Y aún menos, de dos.

Acercó la mano y acarició la tela con la yema de los dedos. Era extremadamente fina y suave.

Lo sacó de la maleta, lo estiró sobre la cama y lo contempló durante unos segundos. Se notaba a tres leguas que era de altísima calidad y, por supuesto, exclusivo, algo distintivo de la marca. Abrió uno de los armarios del vestidor, completamente vacío hasta ese momento, y cogió una percha. Colocó con cuidado el caro traje en ella y lo colgó en la barra.

Mientras Daniela iba colgando los trajes y vaciando las maletas, le aguijoneó una punzada de curiosidad. Le hubiera gustado encontrarse algo más personal en el equipaje que solo ropa, pero con seguridad todo eso estaba en la tercera maleta, a la que desgraciadamente no tenía acceso.

—Qué pena… No podré chismorrearle nada a las chicas —se dijo traviesa. Sería una forma de vengarse del señor Littman.

Le había llegado el turno a las corbatas. Al igual que los trajes, parecían preciadas piezas de coleccionismo. Las tenía de todos los colores y texturas, y también eran de marcas caras, para no variar.

Fue cogiendo una por una y guardándolas en el corbatero de la manera que le habían enseñado cuando entró a trabajar en el Eurostars.

El truco residía en enrollarlas en lugar de doblarlas, dejando la parte ancha arriba. De este modo, mantenían su forma original y quedaban impecables y sin una sola arruga, lo que permitía que estuvieran listas para ser usadas en cualquier momento.

Enrolló esmeradamente la última de las corbatas que había en la

maleta. Una de seda de color gris marengo con rayas verdes. Con ella en las manos, le vino a la cabeza la cantidad de veces que había hecho aquello mismo. Habían sido tantas, que le salía de manera mecánica, aunque al principio le había costado lo suyo.

¿Cuántos años llevaba en aquel hotel? ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Seis?, se preguntó.

Desvió la mirada hacia los enormes ventanales y durante unos instantes dejó que sus ojos vagaran por la bella panorámica que se veía al otro lado de los cristales. Una enorme nube surcaba el cielo, con los bordes teñidos de un ámbar pálido.

Había empezado a trabajar como camarera de pisos en el Eurostars como algo temporal, mientras decidía qué quería hacer con su vida. Había terminado el instituto y le apetecía sacarse un dinerillo para sus gastos. Pero ese mismo verano le detectaron a su madre una leucemia que fue fulminante. Tres meses después falleció, dejando a Daniela confusa y sumida en una desgarradora sensación de soledad que tardó mucho en superar, pues su madre era también su mejor amiga.

Ahora entendía que el trabajo que desarrollaba en el hotel, aparte de distraerla, había supuesto una suerte de refugio para guarecerse del cruel golpe que le acaba de dar la vida.

Después, el tiempo había transcurrido sin ser consciente de él. Los días se habían convertido en semanas, las semanas en meses, los meses en años; y habían pasado tantos que había perdido la cuenta.

Hizo un cálculo rápido.

Seis. Seis años llevaba ya en el Eurostars.

—¿Aún no ha terminado?

La voz rigurosa de Nathan Littman la sacó de golpe de sus cavilaciones y la hizo volver al presente. Daniela no dudó una décima de segundo en interpretar su pregunta como una recriminación. Sonaba como tal.

Rodó los ojos hacia él.

Y allí estaba de nuevo aquel rostro de rasgos marcados y arrogantes que por momentos parecían tallados en mármol. Por su expresión parecía aburrido y fastidiado.

Seguro que mi presencia le resulta irritante, se dijo Daniela para sí.

—Sí, ya he terminado —respondió escuetamente, colocando la corbata que tenía en las manos en el hueco correspondiente.

Cerró el cajón del corbatero y se giró.

—Si no necesita nada más… —dijo, al tiempo que echaba a andar, dispuesta a marcharse.

Tenía unas ganas locas de salir de allí. Trataba por todos los medios de no sentirse intimidada por Nathan, pero le resultaba imposible.

—Espere… —le ordenó él.

Daniela se detuvo en seco. Nathan pasó a su lado y se dirigió directamente al armario. Lo abrió y durante un rato paseó la mirada por su interior, escrutando cómo estaba colocado cada uno de los trajes mientras se frotaba las manos pensando que encontraría algo de lo que quejarse.

—¿Va a ponerme nota? —se le escapó decir a Daniela, que antes de terminar la frase ya se estaba arrepintiendo de haberla dicho.

Maldijo en silencio.

¡Mierda, mierda y otra vez mierda!

Tenía que vigilar su espontaneidad. Sobre todo con tipos como Nathan Littman. Sobre todo con él. No era un hombre de bromas.

Nathan volvió la cabeza hacia ella con una lentitud deliberada y clavó los exóticos ojos verde oscuro en su rostro. Daniela se aferró a la tela de la falda del uniforme con fuerza. Su corazón se aceleró.

—¿Quiere que le ponga nota? —le preguntó él entre serio y sarcástico.

Daniela vaciló unos instantes antes de responder.

No quiero que me ponga nota, pero un «gracias», aunque sea solo por

cortesía no estaría mal, dijo para sus adentros.

—Solo era una broma —dijo a media voz tras tomar aire, a la vez que elevaba una oración al Cielo para que Nathan no se tomara su comentario a mal.

—¿Se cree graciosa, señorita Martín? —dijo él, cortante.

—No —se apresuró a negar Daniela. Carraspeó—. Si no necesita nada más… —volvió a decir, intentando ocultar su nerviosismo. Quería salir de aquella suite de una maldita vez.

Nathan miró a Daniela durante un rato más, alargando el momento bajo un silencio que a ella le resultaba ensordecedor. Sabía por qué lo hacía. Él era quien mandaba, quien tenía el poder. Solo saldría de allí si él así lo quería.

—Puede irse —dijo al fin Nathan.

Daniela respiró aliviada, se dio media vuelta sobre sus talones y enfiló los pasos hacia la puerta como si el suelo le quemara bajo los pies.

—Hasta mañana —se despidió mientras salía. Cerró la puerta sin hacer ruido.

Nathan introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y contempló a la nerviosa Daniela atravesar la suite. Cuando desapareció tras la puerta, se giró y devolvió su atención al armario. Los trajes estaban colgados de manera impecable. Tanto era así, que no había podido encontrar un solo motivo para protestar. Algo que había buscado desde el primer momento.

Abrió el cajón de las corbatas.

Enarcó una ceja en un gesto de ligera sorpresa. Las había ordenado por… ¿colores? Sí, estaban ordenadas por colores. Ni siquiera la asistente que tenía en Nueva York había hecho algo así alguna vez, pese a que llevaba trabajando para él años.

Algo se revolvió en su interior.

Solo había habido una persona a la que le gustaba ordenar las

corbatas de aquella manera tan especial y atractiva…

Nathan se volvió ligeramente y miró por encima del hombro la puerta por la que un minuto antes había salido Daniela.

CAPÍTULO 12

No podía respirar.

La aguda presión que sentía en el pecho lo estaba ahogando.

Echó un vistazo a su alrededor.

Todo era oscuro, frío, inquietante y extrañamente caótico. De pronto una carretera se abrió paso ante una espesura fantasmagórica, como su fuera una larga serpiente. ¿Estaba en un coche? ¿O era una habitación? No estaba seguro de que fuera una cosa u otra, pero el sitio en el que se encontraba era pequeño y cerrado, y apenas había oxígeno, o esa era la sensación que tenía.

Giró el rostro.

Espeluznantes hilos de sangre recorrían unos rostros que no lograba ver, pero que sabía a quién pertenecían. Gritó desesperado sus nombres. Primero uno. Luego otro. Pero no le salía la voz. Un líquido raro y cálido le inundó los pulmones, cortando sus alaridos de golpe.

Volvió a intentarlo. Nada. Su garganta se negaba a proferir sonido alguno.

No puede ser, no puede ser, no puede ser…, repetía sin cesar como un demente.

Alargó los brazos con la intención de abrazar los cuerpos ensangrentados que tenía al lado, pero cuando estaba a punto de tocarlos, se convirtieron en una masa gelatinosa hecha de sangre y vísceras que se deslizaba por sus manos de forma dantesca, desapareciendo poco a poco de su vista colmada de horror.

Abrió la boca

¡No, no, no!, quería gritar, mientras intentaba retener entre los dedos los cuerpos que se estaban deshaciendo macabramente ante su mirada de impotencia, pero nada salía de su garganta seca.

Nathan abrió los ojos de golpe, sobresaltado. Sus pupilas vibraban presas del terror que le recorría de la cabeza a los pies. Tenía el cuerpo cubierto de un sudor gélido que le bajaba por la espalda, y estaba temblando. El corazón le latía tan fuerte que parecía querer salírsele por la boca. Le costaba respirar. Le dolían todos los huesos y los músculos protestaban por la tensión a la que estaban sometidos en ese momento.

Pese al sofocante calor que hacía en Madrid, estaba muerto de frío.

El dolor de cabeza era tan agudo que amenazaba con estallarle, pero no le importaba. Al menos estaba despierto.

Se miró las palmas de las manos y después las giró. Estaban limpias.

—Solo ha sido una pesadilla… —se murmuró a sí mismo, haciendo un esfuerzo por respirar—. Solo una pesadilla…

Inhaló una profunda bocanada de aire tratando de tranquilizarse.

Se pasó las manos por el rostro, todavía atrapado entre las imágenes de la pesadilla. La grotesca visión se negaba a desaparecer de su mente y se empeñaba en permanecer en su cabeza como un recordatorio funesto.

Habían transcurrido muchos años desde que aquel suceso tuvo lugar, desde que aquel suceso cambió su vida para siempre. Le angustiaba sobremanera darse cuenta de que las imágenes, y lo que le hacían sentir, continuaban día tras día acechando su cerebro a la espera de cobrar vida cada noche. Puntualmente.

Ese era su infierno particular. Un tormento con el que tenía que convivir cada minuto de su existencia. Era el castigo que merecía por estar vivo.

Invadido por una sensación de impotencia, se levantó de la cama y a

oscuras, solo con la tenue claridad que entraba del exterior, fue hasta el cuarto de baño. Giró el grifo del agua fría, se mojó los dedos y se los pasó por la nuca para refrescarse. Apoyó las manos en el borde de mármol del lavabo, alzó el rostro y fijó los ojos en la dura imagen que le devolvía el espejo.

Respiró hondo y trató de no hacerse reproches. Fue imposible.

Un rato después se enderezó, apagó la luz y abandonó el cuarto de baño. Avanzó unos cuantos pasos por la habitación y se quedó un instante en el centro de la sala de estar, terminando de calmarse. Aún persistía un poco la opresión del pecho.

Volvió la cara hacia la enorme pared acristalada. A través del hueco que dibujaban en el centro las pesadas cortinas grises atisbó la oscuridad que se extendía en el cielo. Se acercó en silencio a los ventanales y miró al horizonte hasta donde le alcanzaba la vista.

Los centenares de luces que iluminaban Madrid teñían la bóveda celestial con un resplandor anaranjado, que se fundía con las sombras azul oscuro de la noche como si fuera un hermoso cuadro de Monet.

Nathan clavó los ojos en la imagen que el cristal le devolvía de su rostro. Aborrecía al hombre que tenía delante. Le aborrecía profundamente. El odio hacia sí mismo había crecido tanto a lo largo de los años que se había convertido en una mezcla de rabia y desprecio.

En ocasiones incluso se le había pasado por la cabeza desaparecer, acabar con todo de una puta vez, pero era demasiado cobarde para quitarse la vida. Además, eso no sería justo. Él tenía que vivir para expiar cada día lo que había hecho aquella fatídica noche.

—Te odio, Nathan Littman —aseveró, con una contundencia tal que ponía la piel de gallina—. Te odio.

Llevado por la rabia descargó un puñetazo contra el duro vidrio. Apretó los dientes para contener la furia que quemaba el interior de sus venas.

Después apoyó la frente en el cristal y expulsó todo el aire que tenía

en los pulmones. Se presentaba otra noche de largo insomnio. Otra vez daría la bienvenida al alba sin haber pegado ojo.

CAPÍTULO 13

La mañana estaba siendo muy ajetreada. Se percibía algo raro en el ambiente. Una especie de inquietud que tenía a todo el mundo al borde del síncope.

—¡Necesito un café doble, ya! —dijo Daniela, abriendo la puerta de la salita.

—Y yo —apostilló Sú, que iba detrás de ella.

Al entrar, vieron a Gustavo sentado en una de las sillas. Estaba cabizbajo, con los codos apoyados en las rodillas y el rostro entre las manos.

—¿Estás bien? —le preguntó Daniela.

Gustavo alzó la vista. La expresión de su cara se advertía apesadumbrada.

—Me han despedido —dijo disgustado.

—¿Cómo dices? —dijo Sú.

—Pero eso no puede ser —intervino Daniela en tono de incredulidad —, eres uno de los tíos más currantes del hotel.

—Pues al parecer el señor Littman no piensa lo mismo —apuntó Gustavo.

Daniela enarcó una ceja.

—¿Te ha despedido él? —preguntó.

—No directamente, pero el señor Barrachina me ha dicho que es uno de los mucho cambios que va hacer el señor Littman.

—¿Entonces es verdad? ¿Nathan Littman va a comprar el hotel? —preguntó Daniela al borde de un pasmo.

—Eso parece —dijo Gustavo.

Daniela resopló pensando en lo que se les venía encima.

—¿Ese cabrón nos va a despedir a todos? —lanzó Sú al aire.

—No lo sé —comentó Gustavo, encogiéndose de hombros—, pero desde luego que las cosas en el Eurostars van a empezar a ser muy diferentes a partir de ahora.

Daniela reflexionaba cuando reparó en que Gustavo la estaba mirando.

—¿Qué? —dijo.

—Estaba pensando que, como tú atiendes al señor Littman…

Daniela no le dejó terminar.

—No, no, no, ni se te ocurra sugerir lo que creo que vas a sugerir —atajó rápidamente—. Soy Daniela no la Virgen de Lourdes.

—Por favor, Dani, tú eres la única que tiene acceso a él. —La voz de Gustavo era suplicante.

—Pero porque soy la camarera de su habitación, no porque sea su amiga. Estás loco si piensas por un momento que Nathan Littman va a escucharme. Ese hombre no escucha a nadie y menos a una camarera de pisos.

—Dani, por favor…

—No me mires con cara de cordero degollado —le pidió Daniela.

Sú pasaba los ojos de uno a otro. Estaba segura de que ganaría Gustavo. Daniela era muy blanda en ese sentido. Era imposible pedirle un favor y que no te lo hiciera. Era puro corazón.

—Por favor… —seguía implorándole Gustavo—. Además, tienes la habilidad de caerle bien a todo el mundo.

—Te aseguro que a Nathan Littman, no.

—Por favor…

Daniela dejó caer los hombros en un gesto de total resignación, y suspiró.

—Está bien —accedió por fin.

Gustavo se levantó de la silla y se abalanzó sobre ella para darle un abrazo.

—Gracias, Dani. De verdad, muchas gracias —le agradeció—. Eres un cielo.

—Dámelas si consigo algo —puntualizó Daniela, deshaciendo el abrazo—. Pero con el señor Littman es imposible.

—Bueno, al menos Gustavo tendrá una oportunidad —intervino Sú.

Daniela maldijo. ¿Cómo había podido dejarse embaucar en algo que sabía que iba a ser un desastre? Porque intentar convencer a Nathan Littman de que no despidiera a Gustavo iba a resultar un desastre.

A medida que se aproximaba a la suite se arrepintió por enésima vez de haber aceptado la petición de Gustavo. El señor Littman la imponía demasiado. Su porte, su seguridad, su mirada acerada, su voz dura…

—Joder, tenía que haberme negado —masculló otra vez.

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Gustavo se lo había pedido con aquella cara de cordero degollado que se gastaba a veces, y ella no había podido negarse, no había tenido corazón para decirle que no, aunque supiera de antemano que iba a ser un fracaso total.

Consultó su reloj de muñeca.

Aquella mañana había ido unos minutos antes de que Nathan saliera de la suite, para poder comentarle el asunto de Gustavo. Por norma general, siempre esperaba a que se fuera a una de sus centenares reuniones, negociaciones, o lo que quisiera que hiciese, antes de empezar a arreglar la habitación; no le apetecía nada encontrárselo,

pero si quería hablar con él, no le quedaba más remedio.

Dejó el enorme carro de la limpieza en el pasillo y se colocó frente a la puerta. Respiró hondo un par de veces antes de llamar.

—Adelante —oyó la voz grave y seca de Nathan desde dentro de la habitación.

Daniela agarró el pomo y abrió.

—Buenos días, señor Littman —lo saludó.

—Buenos días —respondió él por compromiso.

Ni siquiera se volvió para mirarla; continuó inmutable poniéndose los gemelos frente al espejo de cuerpo entero que poseía la suite.

Daniela no sabía de qué modo abordar el tema. ¿Comenzaba con las tareas de limpieza y se lo comentaba como el que no quiere la cosa?

No, al señor Littman no le gusta que ande rondando por la habitación mientras está todavía dentro, se respondió a sí misma. *Tengo que decírselo ahora.*

Había ensayado mil y una formas de decírselo y en su cabeza parecía más fácil.

Vamos, Dani, ¿qué es lo peor que puede suceder? Es cierto que tiene un carácter de armas tomar, pero tampoco me va a morder… espero.

Notó como el corazón le aporreaba el pecho.

Un, dos, tres…, contó en silencio.

—Señor Littman, ¿puedo hablar un momento con usted? —dijo finalmente, haciendo acopio de valor.

La pregunta le salió de carrerilla.

CAPÍTULO 14

Nathan levantó los ojos y clavó una mirada gélida en Daniela a través del espejo.

—Sea breve, faltan cuatro minutos para mi próxima reunión —le dio como respuesta.

Daniela carraspeó para aclararse la garganta.

—Sí, seré breve —se arrancó a decir en tono suave. Se pasó las manos por el moño con un gesto nervioso—. De lo que quería hablarle es… Bueno… Quizá le parezca algo raro, pero…

Nathan se giró. Daniela enmudeció de golpe cuando lo vio de frente. Con su magnífico traje gris oscuro de corte impecable exudaba un poder y una sofisticación abrumadores.

—Dispone de menos de cuatro minutos para hablar conmigo, ¿y lo único que hace es empezar frases que no termina nunca? —dijo Nathan, con un viso de burla en la voz.

Daniela notó como se ruborizaba hasta la raíz del cabello. Carraspeó de nuevo. Hubiera dado cualquier cosa por beber un poco de agua para aliviar la sequedad de boca que sentía.

—Lo siento… Yo… Lo único que quería es… Bueno… —titubeó.

—Le quedan dos minutos —le advirtió Nathan, con un brillo divertido en los ojos.

Lejos de tranquilizarse, Daniela se puso más nerviosa. ¿Cómo era posible que fuera tan desagradable? ¿Acaso no tenía una pizca de deferencia? ¿De qué estaba hecho aquel hombre?

—Ayer despidieron a uno de los botones, Gustavo se llama —

comenzó con voz acelerada, tratando de aprovechar los dos minutos que le quedaban—. Es un buen chico y un buen trabajador. No se merece que le despidan porque…

—¿Es su novio? —cortó de repente Nathan.

Daniela contrajo las cejas. ¿A qué venía esa pregunta?

—¿Gustavo? No, no es mi novio —respondió.

—Entonces, ¿por qué intercede por él?

—Porque es mi amigo y un buen compañero de trabajo. Además, yo ya tengo… —súbitamente se interrumpió. Guardó silencio unos segundos antes de atreverse a decir un tanto a la defensiva—: Lo siento, pero creo que eso no es de su incumbencia.

Daniela no pensaba contarle si tenía novio o no. Si estaba sola o acompañada. Como le acababa de manifestar, no era de su incumbencia.

Nathan enarcó las cejas.

Vaya, la señorita de las mil sonrisas *no es tan sumisa como parece…*, pensó para sí mismo.

—¿Usted podría hacer algo? —le preguntó Daniela directamente.

—¿Por qué habría de hacer algo? —preguntó Nathan a su vez, con su voz fría y carente de emoción.

Daniela no percibió ni un ápice de indulgencia en sus gélidos ojos. Nathan no parecía concebir la posibilidad siquiera de pensárselo.

—Porque es un buen trabajador —repitió a la desesperada.

Nathan se adelantó un par de pasos hacia Daniela, que tragó saliva compulsivamente. Tuvo que alzar los ojos bastante para abarcarlo con la mirada, ya que era mucho más alto que ella. Intentó descifrar la expresión de su rostro, pero no consiguió saber qué podía estar pasando por su cabeza.

Esto va a ser divertido, se dijo Nathan a sí mismo.

—¿Sería usted mi premio si accedo a reincorporar a su amigo? —le

preguntó a Daniela.

Daniela se irguió como si hubiera recibido una bofetada en plena cara y lo observó atónita. Durante un instante le pareció no haberlo oído bien. Los exóticos ojos verde oscuro de Nathan la miraban burlones.

—¿Cómo…? ¿Cómo se atreve a insinuar algo semejante? —dijo cuando logró reaccionar. Hubiera querido dar rienda suelta a su rabia, pero no podía hacerlo. Tenía que morderse la lengua y tratar de mantener el tipo—. ¿De verdad cree que me prestaría a algo así? ¿Por quién me ha tomado?

Nathan no respondió, se limitó a mirar a Daniela y a observar la expresión de indignación que mostraba su rostro.

No tenía la intención de proponerle en serio algo así, ni nada parecido. No lo necesitaba. Con solo chasquear los dedos tendría una docena de mujeres a sus pies deseando que las follara. Pero había descubierto una diversión morbosa en las reacciones imprevisibles de aquella chica. Era como una niña pequeña enfadada.

Daniela negó con la cabeza. Le invadió una ráfaga de impotencia.

—La gente como usted ve el mundo de otro modo —dijo asqueada.

—Usted no tiene ni idea de cómo veo yo el mundo —apuntó Nathan con la calma de un maestro zen.

—Pero me lo imagino —atajó Daniela—. El grande se cree que puede pisotear al pequeño. Siempre es lo mismo. Con todos. Pero usted… —Se calló de golpe.

—Conmigo, ¿qué? —le ordenó continuar Nathan.

—Cuando creo que no puede ser más desagradable de lo que es, siempre haya el modo de superarse.

Un destello airado asomó a los ojos verdes de Nathan.

—Vaya, no me diga —dijo burlón—. ¿Piensa que estoy aquí para hacer amigos, o para hacer obras de caridad? —le preguntó, impasible como siempre—. No soy una ONG.

—No. Desde luego que no. Está aquí para hacer dinero y para hacernos la vida imposible —afirmó Daniela. No sabía qué le pasaba, pero tenía unas enormes ganas de escupirle a aquel hombre todo lo que se había estado guardando los días anteriores—. Pero, ¿tiene idea de lo ofensivo que resulta? —Sin esperar a que le respondiera, pues estaba segura de que no iba a hacerlo, Daniela dijo—: Disfruta incomodando a la gente, ¿verdad?

—Sí, es uno de los privilegios de ser rico —contestó con suficiencia Nathan para sorpresa de Daniela, que pestañeó un par de veces presa del asombro. ¿Cómo podía decir eso y quedarse tan tranquilo?

—No me lo puedo creer… —murmuró. La indignación empezó a ganarle la partida al miedo—. Es un amargado, un egoísta y un egocéntrico —continuó. Nathan la escuchaba sin decir nada, sin mover un solo músculo de su rostro anguloso—. Tiene todo para ser feliz pero está enfadado con el mundo; renegado con todos los que le rodean, por eso le gusta pasar por encima de los sentimientos de la gente sin importarle el daño que pueda hacerles. Es usted una persona horrible —sentenció.

Aquellas palabras escaparon de la boca de Daniela automáticamente.

La expresión de Nathan se ensombreció durante unos segundos. Acto seguido delineó una sonrisa felina en los labios que hizo que Daniela se arrepintiera de inmediato de haber hecho aquel último comentario.

Quizá se había extralimitado.

Era Nathan Littman.

De pronto experimentó una sensación de angustia.

Había metido la pata.

Nathan echó a andar lentamente y se aproximó a ella. Su semblante dejaba entrever una calma extraña. Daniela se movió incómoda en el sitio cuando se detuvo justo a su lado. Muy despacio, Nathan se inclinó sobre ella. Con satisfacción en los ojos comprobó como las pupilas de Daniela se dilataban por el miedo, dibujando un anillo azul

pálido en el borde del iris. Nathan sabía cómo intimidar a una persona. Claro que sabía. Es algo que hacía todos los días.

—Otra salida de tono como la que acaba de tener, señorita Martín, y me encargaré personalmente de que se vaya a la puta calle —le susurró con voz pausada y extremadamente fría, pegado a su oído. Daniela tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas—. Así hará compañía a su amiguito —añadió, al tiempo que se abrochaba el botón de la chaqueta del traje con un gesto presuntuoso.

Daniela intentó tragar saliva, pero no tuvo éxito. Tenía la boca seca.

Se estremeció.

CAPÍTULO 15

Daniela salió pálida de la suite de Nathan.

Sú, que estaba haciendo una de las habitaciones en el mismo pasillo, fue a su encuentro cuando la vio tan lívida como un panal de cera.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó en tono de visible preocupación. Daniela no contestó. En esos momentos no era muy consciente de la realidad que la rodeaba y tampoco era capaz de articular palabra—. ¿Qué ha pasado? —insistió Sú.

Daniela no se podía concentrar en las preguntas que le estaba haciendo su amiga. Lo que acababa de suceder en la Suite Ejecutiva Principal se agolpaba en su cabeza en forma de imágenes confusas.

—Dani… —la instó Sú, cada vez más alarmada.

—Detesto… Detesto a Nathan Littman. Lo detesto con todas mis fuerzas —habló finalmente Daniela. Lo dijo entre dientes, con toda la rabia que tenía acumulada dentro.

—Pero, ¿qué ha sucedido, cielo? —volvió a preguntarle su amiga.

—Le encanta hacer sentir mal a la gente. Disfruta con ello, Sú. Disfruta. Es una especie de… sádico, de maldito sádico —respondió Daniela con la voz entrecortada. Estaba al borde del llanto.

Se llevó las manos al pecho. Sentía una extraña opresión en él y respiraba agitadamente. La angustia había comenzado a recorrer su cuerpo de la cabeza a los pies y tenía la sensación de que en cualquier momento iba a empezar a hiperventilar.

—Tienes que tranquilizarte —le aconsejó Sú—. Ven —dijo.

Le tomó la mano, miró a derecha e izquierda del pasillo para

asegurarse de que no las veía nadie, y la introdujo en la habitación que acababa de limpiar.

—Si sigues así, te va a dar un ataque de ansiedad —opinó después.

Daniela la siguió hasta el interior del lujoso cuarto de baño alicatado con azulejos negros que poseía la suite. Sú dio el grifo del agua fría y con la mano le mojó un poco la nunca y la piel de las muñecas.

Daniela notó que le flojeaban las piernas y tuvo que recostarse en la pared para no caerse. El cuarto de baño daba vueltas a su alrededor. La frialdad de las losetas en su piel le alivió el ligero mareo que sentía.

Cerró los ojos durante unos instantes.

—Respira hondo, Dani —le indicó Sú, pendiente en todo momento de ella—. Venga respira hondo, cielo.

Daniela hizo lo que le indicó e inhaló un par de bocanadas de aire llenando sus pulmones. El ritmo de su respiración fue serenándose lentamente.

Transcurrieron unos segundos.

—¿Mejor? —le preguntó su amiga.

Daniela afirmó inclinando la cabeza un par de veces.

Más tranquila, le relató a Sú todo lo que había pasado, lo que Nathan Littman le había dicho y cómo finalmente la había amenazado con mandarla a la puta calle.

—¡Es un mamón! —exclamó Sú, indignada.

—Me lo ha hecho pasar fatal —apuntó Daniela, más relajada.

—Ya me imagino que ha tenido que ser horrible.

—No sabes cuánto. —Daniela se irguió—. Pensé que, por muy severo que fuera, sería humano, pero me he equivocado. Nathan Littman es como un puto robot. —Hizo una breve pausa—. Lo peor es que no he podido hacer nada por Gus —dijo disgustada.

—No te preocupes más por eso, Dani —se adelantó Sú, tratando de

animarla—. Tú lo has intentado. Pero es algo que no estaba al alcance de tu mano. Además, casi te juegas el puesto.

Daniela gimió de frustración.

—¿Sabes qué me ha dicho ese cabrón engreído? —dijo.

—Sorpréndeme.

—¿Qué si yo iba a ser su premio si reincorporaba a Gustavo?

Sú abrió los ojos de par en par.

—¡No me jodas! —exclamó—. ¿Crees qué…?

—No —cortó rápidamente Daniela, adivinando por dónde iba a llevar Sú el tema—. Al principio pensé que se trataba de un chantaje, pero solo lo ha hecho para intimidarme, para hacerme saber que él tiene suficiente poder para permitirse decir algo semejante. Le gusta ponerme nerviosa.

—¿Y lo consigue?

—Sí.

—Ese tío no tiene límite —comentó Sú.

—No, no lo tiene. —Daniela lanzó al aire un suspiro—. Qué largo se me va a hacer este mes —murmuró—. Qué largo.

—¿Cómo te ha ido con un el señor Littman? —Gustavo entró en la salita en cuanto vio llegar a Daniela—. ¿Has podido hablar con él?

Cerró la puerta a su espalda.

Daniela advirtió que sus ojos castaños le escrutaban el rostro con ansiedad e impaciencia. Durante unos segundos no supo qué decirle. ¿Cómo podía explicarle que había fracasado con el señor Littman, si la miraba como si fuera su tabla salvavidas? ¿Su única salvación? Su respuesta iba a decepcionarlo.

—Sí que he podido hablar con él… —se arrancó finalmente.

—Sabía que lo conseguirías —dijo Gustavo, con el principio de una sonrisa apareciendo en los labios —. ¿Y cómo ha ido?

Daniela tragó saliva antes de carraspear.

—No muy bien, la verdad —respondió, frunciendo la nariz de aquella forma que la fruncía ella.

—¿Por qué?

—Parece que no está dispuesto a cambiar de opinión —dijo.

—Entiendo —murmuró Gustavo.

Daniela se mordió el labio inferior al ver la desilusión que se reflejaba en su expresión.

—He hecho todo lo que he podido, pero…

—Lo sé, Dani. Lo sé —le cortó con suavidad Gustavo—. Lo sé...

Daniela intentó ofrecerle una sonrisa de consuelo pero no lo logró. Al menos no le contaría que Nathan Littman la había amenazado con despedirla también a ella cuando la conversación se le fue de las manos. No quería que Gustavo se sintiera peor de lo que ya se sentía.

Gustavo advirtió el malestar de Daniela y su intento de sonrisa.

—Sigues siendo un cielo, ¿eh? —bromeó, dejando a un lado su desilusión—. Muchas gracias —le agradeció sinceramente al cabo de unos segundos.

Daniela movió la cabeza para quitarle importancia.

En el fondo no había hecho nada, excepto ponerse a Nathan Littman en su contra, que no era poco. ¿En qué coño estaba pensando para enfrentarse a él y decirle todas aquellas cosas?

Gimió para sus adentros.

Sabía que su osadía iba a costarle cara.

CAPÍTULO 16

El calor de julio era asfixiante. Pese a que Daniela tenía la ventana abierta de par en par, le resultaba imposible conciliar el sueño. No corría ni una pizca de aire y por más que lo intentaba, no conseguía despegarse el pijama del cuerpo. Lo tenía adherido a él como si fuera una segunda piel.

Se giró en la cama una vez y otra más. A esas alturas había perdido ya el número de vueltas que había dado a lo largo de la noche.

—¡Maldito calor! —farfulló, volviéndose de nuevo bruscamente—. Me gusta el verano, no el infierno —se quejó.

Pero no era solo el sofocante calor de julio el que no le permitía pegar ojo. La discusión que había tenido lugar por la mañana con Nathan Littman no ayudaba nada, absolutamente nada, a caer en los brazos de Morfeo. Aún estaba vívida en su cabeza como si acabara de suceder escasos minutos antes.

Se puso bocarriba al tiempo que resoplaba frustrada y fijó la mirada azul cielo en el techo. Las sombras que entraban por la ventana proyectaban extrañas figuras sobre él.

Daniela se paró a pensar mientras las observaba. La idea de que se había excedido en sus palabras la mortificaba. No tenía que haber enfadado a Nathan Littman de aquella forma.

Todavía le producía escalofríos recordar su voz grave y profunda diciéndole que si volvía a tener una salida de tono como la que había tenido se encargaría personalmente de que se fuera a la puta calle.

Se lo dijo tan pegado al oído que pudo sentir su cálido aliento en la oreja y la peligrosa calma con que pronunciaba cada palabra.

Daniela se había quedado paralizada, sin atreverse a mover un solo músculo, sin atreverse siquiera a respirar, conteniendo el aire en los pulmones, como si cualquier movimiento, por nimio que fuera este, pudiera provocar que Nathan saltara sobre ella y la engullera como una bestia.

Solo cuando oyó sus pasos firmes y cadenciosos alejarse y abandonar la suite, se atrevió a respirar de nuevo.

—Mierda… —había susurrado con voz trémula.

Le temblaban las rodillas y sentía las piernas como si fueran de plastilina. Tuvo que esperar unos segundos antes de obligarse a sí misma a moverse y poder salir de la habitación, pálida como si acabara de ver un fantasma. Después Sú había ido a socorrerla.

Se dio de nuevo media vuelta en la cama y se aferró a la almohada.

¿Cómo podía Nathan Littman imponerla tanto? ¿Qué es lo que tenía que la ponía en aquel estado? ¿Era la apabullante confianza en sí mismo que exudaba por cada poro de la piel? ¿Era su porte altivo y arrogante? ¿Su hiriente sarcasmo? ¿O su mirada fría y acerada?

Era tan frío como la Antártida, y estaba a la misma distancia. Y le constaba que todo el mundo pensaba igual. Nadie se atrevía a acercarse demasiado a él por miedo a ser mordido. Claro, que no le extrañaba; tenía un carácter de los mil demonios. Siempre estaba dando órdenes y regañando a la gente.

Y luego estaba Sergio, que no le hacía ningún tipo de caso. Él también estaba ayudando con creces a que no fuera capaz de dormir.

No sabía en qué momento había cambiado su relación, pero sí sabía con certeza que las cosas entre ellos no eran como antes. Ni parecidas. El Sergio cariñoso y atento de años atrás había dado paso a un Sergio distante y desafectado, que la mayoría de las veces no la escuchaba. Ya ni siquiera le hacía el amor tan a menudo como antes, ni con tanta pasión.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sergio le estaba haciendo daño con aquella actitud de indiferencia que tenía hacia ella. Desde el día

que habían paseado por el bulevar de la Castellana solo habían intercambiado unos pocos WhatsApp insustanciales, más por compromiso que por otra cosa, y ni siquiera se habían visto. Ambos estaban demasiado ocupados con sus respectivos trabajos.

—Y sin embargo yo le quiero tanto —musitó Daniela en mitad del silencio de la noche, con la voz tomada por la emoción—. Estoy tan enamorada de él…

Las lágrimas comenzaron a rodar precipitadamente por sus mejillas.

Mientras lloraba, recordó cómo Sergio se había vuelto loco por ella y ella por él. Había sido un flechado. Sí, un flechazo de esos que parecen sacados de un relato romántico, o de una película de Hollywood, y no de una realidad científica como muchas teorías exponían.

Lo conoció en el bar al que habitualmente iba cuando salía de fiesta con sus amigas, al tirarle encima la copa de vodka con lima que se estaba tomando. Todo había sido fruto de un accidente, de un empujón fortuito que había hecho saltar la chispa entre ellos de inmediato, hacía ya seis años.

Daniela, poco dada a creer por aquel entonces postadolescente en el amor a primera vista, tuvo que morderse la lengua cuando se dio cuenta de que solo había necesitado un segundo para caer rendida a los pies de Sergio, de ese estudiante de informática de sistemas, jovial, con semblante fresco, de peinado desenfadado y sonrisa amplia que le hacía reír sin parar siempre que tenía ocasión.

Pero esa chispa que les había sacudido nada más verse en aquel bar, parecía ahora apagada o a punto de apagarse.

¿En serio la relación con Sergio estaba a un suspiro de terminarse? ¿Estaba agonizando? Esa era la dolorosa sensación que tenía Daniela. Que su amor daba las últimas bocanadas, como un pececillo al que dejas morir fuera del agua.

No, no podía ser, negaba una y otra vez. Estaba tan acostumbrada a él, que vivir sin su compañía le parecía algo imposible. Además… ¡Le

quería, joder! ¡Ella le quería!

Se enjugó las lágrimas que rodaban por su rostro con el dorso de la mano y consultó el despertador. Aún quedaban un par de horas para que comenzase la jornada laboral. Lanzó al aire un suspiro frustrado. No había logrado dormir nada en toda la noche. Se incorporó cansada y se sentó en el borde de la cama. Una película de sudor bañaba su cuerpo.

Decidió darse una ducha refrescante con la esperanza de que el agua arrastrara la angustia que sentía. Se levantó y se dirigió al cuarto de baño que poseía la habitación.

Abrió el grifo.

La presión le pareció maravillosa, y se quedó debajo del chorro durante un largo rato. Era agradable deshacerse del sudor. Mientras el agua resbalaba por su cuerpo y su cabeza, se vino abajo. Tenía demasiados frentes abiertos: Sergio, Nathan Littman, la enfermedad de Carlota, y ahora, con la llegada de «El Todopoderoso», el inminente peligro que corría su puesto de trabajo en el Eurostars.

Apoyó el cuerpo en la pared alicatada, dejó que la espalda se deslizara lentamente por los azulejos fríos y se quedó acurrucada en un rincón del cubículo de la ducha, con los brazos rodeándose las piernas y la barbilla recostada en las rodillas. Lo único que quería era olvidarse del mundo durante una temporada, o que el mundo se olvidara de ella. Pero no podía permitírselo.

CAPÍTULO 17

—¿Hoy has elegido el rosa?

Daniela se acercó a Carlota y, frente al espejo del cuarto de baño, terminó de atarle el pañuelo alrededor de la cabeza.

—Sí, me gusta mucho el rosa —respondió su hermana.

—A mí me gustas mucho tú —afirmó Daniela. Carlota sonrió—. Sabes que te quiero, ¿verdad? —le preguntó, intercambiando una mirada con ella a través del espejo.

—Sí, lo sé. Yo también te quiero a ti —dijo Carlota con su sonrisa infantil.

Daniela se inclinó y le dio un beso en la cabeza. Nunca perdía la oportunidad de decirle a su hermana pequeña cuanto la quería. A veces, incluso la llamaba por teléfono simplemente para decírselo. Aunque no lo reconocía, en el fondo le daba pavor pensar que en cualquier momento pudiera pasar algo… como pasó con su madre.

—¿Lista? —le preguntó después.

Carlota asintió con un ademán afirmativo.

—Lista —dijo sin perder la sonrisa.

—Vamos.

Daniela cogió el bolso y las llaves y salió de casa con su hermana.

Carlota tenía revisión en la consulta de oncología del hospital de La Paz y Daniela había cambiado el día con Sú para poder llevarla, ya que su padre no podía por motivos de trabajo.

Subieron al vagón del metro. Carlota se sentó en el único asiento

que quedaba libre y Daniela se quedó de pie a su lado, agarrada a la barra.

—¿Sigues con El cáliz de fuego? —le preguntó, cuando Carlota sacó de la mochila uno de sus adorados libros de la saga de Harry Potter.

—No —negó la pequeña—. Ahora estoy con La orden del Fénix —dijo con los ojos brillantes.

Daniela sonrió.

Al echar un vistazo a su alrededor se dio cuenta de que algunos pasajeros le lanzaban miradas furtivas a su hermana. Era presumible la enfermedad que padecía y eso suscitaba curiosidad en unas personas y algo que parecía lástima en otras. Pero a Carlota no le importaba que la mirasen. Los últimos meses se había acostumbrado a ser el blanco de los ojos de los desconocidos y tanto su padre como Daniela le habían dejado claro que no tenía que dar importancia a esas miradas. Lo que le pasaba no era nada de lo que tuviera que avergonzarse, que en un tiempo pasaría y que antes de que se diera cuenta volvería a tener ese precioso pelo rubio que la caracterizaba.

Mientras Carlota leía la siguiente aventura de Harry Potter, ajena a las miradas de los viajeros, Daniela se sumió en sus pensamientos. No podía evitar sentirse aliviada por no tener que ver a Nathan Littman. Hacía dos días que no coincidían. Había tratado de evitarlo por todos los medios posibles, sorteando las horas en que se lo podía encontrar en la habitación, y lo había conseguido con éxito, aunque le había tocado hacer auténticos malabares. No quería tentar más su suerte ni jugarse un despido. Bastante larga era ya su lista de preocupaciones en esos momentos como para añadir otra más.

Nathan entró en la suite y se topó con que la estaba limpiando una chica de estatura media, con el pelo moreno recogido en una coleta baja.

Cuando Sú sintió unas pisadas a su espalda se giró.

Nathan Littman estaba a solo unos metros de ella, regio como un general frente a un soldado raso.

En los días que llevaba en el hotel no había tenido la oportunidad de verle tan cerca. ¡Era guapísimo! Mucho más de lo que le había parecido de lejos. La definición de guapo en el diccionario debería llevar su foto al lado.

La luz de media mañana resaltaba sus contundentes rasgos y su semblante varonil, dando auténtico significado a la palabra atractivo. Una podía pasarse horas contemplándolo, como si fuera el David de Miguel Ángel. Habría que estar ciega para no darse cuenta de que resultaba un hombre de lo más seductor y que cualquier mujer caería rendida a sus pies.

Desprendía arrogancia y dureza por cada poro y lucía una expresión en el rostro que habría sido suficiente para hacer huir a un ejército entero.

Sú notó como el corazón comenzaba a latirle con rapidez.

—Buenos… Buenos días —lo saludó.

—¿Por qué no ha venido su compañera? —preguntó Nathan en tono autoritario, sin ni siquiera molestarse en saludarla.

—¿Daniela? —preguntó a su vez Sú, nerviosa. Sin darle tiempo a responder dijo—: No ha venido.

—¿Me va a responder lo mismo que yo he dicho, o es que no ha entendido la pregunta? —dijo Nathan.

Sú se quedó pasmada. Tragó saliva. Cuando logró reaccionar, contestó.

—Le he cambiado mi día libre porque tenía que ir al médico… Ha ido a llevar a su hermana pequeña, Carlota. Tiene… Tiene leucemia, cáncer —titubeó en tono acelerado, por si Nathan no entendía lo que significaba «leucemia» en español—, y hoy tenía revisión, para ver si todo va bien. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: La vida de

Daniela no es fácil, ¿sabe?

Sú era de esas personas que soltaban palabras a modo de metralleta en las ocasiones en que se ponía nerviosa, sin pensar en si lo que decía era adecuado o no, si correspondía o no. Aquella era una de esas ocasiones.

Nathan la observaba con ojos imperturbables, incluso aburridos. ¿Era cosa suya, o esa chica hablaba demasiado rápido? Parecía que le habían dado cuerda. ¿Eran así todas las españolas? Suspiró molesto para sus adentros. ¿Qué le importaba a él si la vida de la otra camarera de pisos era fácil o difícil?

—Dese prisa en limpiar y váyase —atajó con fastidio—. No me gusta tener a gente molestando en la suite mientras trabajo.

Sin esperar a que Sú abriera la boca, Nathan se adentró con indiferencia en la habitación y se dirigió a la zona de trabajo que la estancia tenía habilitada para ello.

¡No se puede ser más borde!, pensó Sú.

Terminó rápidamente de recoger el cuarto de baño, lo único que le quedaba ya por limpiar y, sin despedirse, pues no se atrevió, salió de la suite poco menos que escandalizada. Todo lo que le había contado Daniela sobre Nathan Littman era cierto, incluso se había quedado corta. Ahora no le extrañaba que la otra mañana le hubiera hecho llorar y la hubiera dejado al borde de un ataque de ansiedad.

En presencia de ese hombre daban ganas de salir corriendo. Nathan Littman sacaría de quicio a una piedra.

—Joder… —masculló en voz baja al tiempo que empujaba el carro de la limpieza pasillo adelante.

No era un pensamiento malicioso, ni mucho menos, pero agradeció en silencio que fuera Daniela quien tuviera que encargarse de atenderlo, aunque no pudo evitar compadecerse de ella.

CAPÍTULO 18

La noche sudaba serenidad, la brisa corría suave entre los árboles y llenaba la atmósfera de un agradable olor a pino. La calma del lugar y del momento invitaba a hablar.

—Siento mucho lo que pasó el otro día —dijo Sergio, al tiempo que tomaba asiento en un banco del parque por el que Daniela y él estaban paseando.

Daniela se sentó a su lado y frunció la nariz.

—Sergio, quizá deberíamos hablar… —comenzó con cierta inseguridad. Había estado reflexionando acerca de la situación y había llegado a la conclusión de que lo mejor era coger el toro por los cuernos—. Desde hace un tiempo las cosas entre nosotros ya no son como antes. Tú… no pareces el mismo…

—Lo siento, de verdad. Lo siento mucho —se adelantó a disculparse Sergio—. Es el puto curro, Dani. Me estoy volviendo loco.

Daniela no esperaba aquella respuesta. Estaba preparada para enfrentarse a otro tipo de argumento más escabroso, más doloroso, pero le alivió escuchar que todo se trataba de una mala época en el trabajo.

—¿Por qué no lo dejas y buscas otra cosa? —le sugirió a Sergio.

—Porque tal y como están actualmente las cosas en España, eso es poco menos que un suicidio —respondió él con pesimismo.

—No es necesario que lo dejes de inmediato. Puedes ir buscando algo y cuando lo encuentres, los mandas a tomar por culo —dijo Daniela—. Sergio, eres un buen informático. Uno de los mejores.

Aunque las cosas están mal, no creo que tardes mucho en dar con otro curro. Las empresas se te van a rifar —dijo en tono animado.

Sergio acercó su rostro al de Daniela y apoyó la frente en la suya. Una tenue sonrisa afloró a sus labios.

—Gracias por animarme, Dani —le agradeció—. Gracias…

—Te he echado de menos, Sergio —le confesó Daniela en un arranque de sinceridad.

—Lo siento, cariño. Lo siento mucho.

—Necesito que vuelvas a ser el de antes, el Sergio de siempre; aquel al que le tiré una copa encima una noche de marcha.

Sergio lanzó una risilla al evocar en su cabeza el momento.

—Lo seré. Te lo prometo. Lo seré —dijo en tono suave.

Salvó los centímetros de distancia que separa sus bocas y besó a Daniela, que correspondió con efusividad. Había estado unos días sin verlo, demasiados para ella, y necesitaba sentirlo cerca, necesitaba sentirlo suyo.

Después de un rato, Sergio se separó.

—¿Qué tal está Carlota? ¿Qué os ha dicho el oncólogo? —le preguntó a Daniela.

—Bien. Por suerte la leucemia parece que se ha detenido, pero todavía no está fuera de peligro —respondió ella—. En unos días tiene que hacerse unos análisis para ver cómo están los índices tumorales.

—Seguro que todo va ir bien —dijo Sergio—. Carlota es muy fuerte.

—Es verdad. Ojalá pronto le den el alta definitiva.

—Bueno, cuéntame qué tal en el hotel con el riquillo ese —se interesó Sergio, refiriéndose a Nathan.

Daniela irguió la espalda y bufó sonoramente.

—¿Tan horrible es? —preguntó Sergio.

—Peor que horrible. A veces me dan ganas de atropellarlo con el

carro de la limpieza —dijo Daniela.

Sergio lanzó una carcajada.

—Venga, no será para tanto —bromeó.

—Te aseguro que sí que lo es, y encima casi me he jugado el puesto de trabajo.

—No me jodas, ¿por qué?

—Han despedido a Gustavo, uno de los botones. Traté de interceder por él ante el señor Littman, porque según parece, va a convertirse en el nuevo dueño del Eurostars, y se me fue la mano…

Sergio enarcó una ceja. Conocía a Daniela, sabía que era paciente y tranquila hasta que se le calentaba la cabeza. Entonces ya no había quién la frenara.

—¿Qué le dijiste? —le preguntó.

—De todo un poco —abrevió Daniela, que no quería entrar en detalles. Recordar el semblante severo de Nathan Littman seguía haciendo que se estremeciera.

—Dani, tienes que tener cuidado —le aconsejó Sergio, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. Esa gente no se anda con tonterías.

—Lo sé, lo sé… Créeme que lo sé. Estoy acostumbrada a tratar con ellos, pero es que el señor Littman es… —apretó los dientes y volvió a lanzar al aire un bufido—… insoportable.

—Piensa que solo va a estar un mes. Después se irá y no volverás a verlo.

—No será así, si finalmente compra el hotel.

—No te preocupes por eso. Seguro que delegará en alguien o dejará al señor Barrachina. No creo que se quede en Madrid.

Daniela se inclinó y apoyó la cabeza en el pecho de Sergio.

—Ojalá —murmuró con anhelo en la voz.

El móvil de Sergio sonó, rompiendo la magia del momento. Lo

extrajo del bolsillo trasero de su vaquero y consultó la pantalla para ver quién lo llamaba.

—Tengo que cogerlo —dijo—. ¿Mañana te paso a buscar al hotel y nos tomamos algo? —preguntó a Daniela al tiempo que se levantaba del banco con prisa.

—Sí, claro. ¿Te vas? —dijo ella con el ceño fruncido por la extrañeza.

Se enderezó en el asiento.

—Me he acordado de que tengo que terminar unas cosas para un cliente —se excusó Sergio.

Se inclinó y le dio un beso rápido en los labios.

—Hasta mañana —se despidió sin mucho más protocolo.

—Hasta mañana —musitó Daniela.

Se mordió el labio inferior y contempló a Sergio alejarse del parque con ligereza en los pies mientras respondía a la llamada de teléfono.

—¿Te vas a quedar a dormir conmigo? —le preguntó Carlota a Daniela cuando esta regreso a casa.

—¿Quieres que me quede a dormir contigo?

—Sí, sí, sí… Por favor, por favor, por favor… —le pidió su hermana con expresión angelical en el rostro.

Daniela dejó escapar una risilla.

—Está bien, me quedaré —accedió de buen grado.

—¡Bien! —gritó encantada Carlota, con una gran sonrisa en la boca.

Se lanzó a su hermana. Daniela la estrechó entre sus brazos, se agachó y depositó un tierno beso sobre el pañuelo que envolvía su cabeza.

—¿Se ha ido Sergio? —le preguntó su padre, que en esos momentos apareció en el salón.

—Sí. Tenía que terminar un trabajo para un cliente —respondió Daniela, irguiendo la espalda.

Carlota cogió a su hermana de la mano y tiró de ella.

—Vamos a jugar a la habitación —dijo, acaparando su atención.

CAPÍTULO 19

—Gracias otra vez por cambiarme el día —le agradeció Daniela a Sú.

—No fue nada —dijo Sú—. Por cierto, ¿qué tal está tu hermana?

—Bien. Todavía tenemos que estar muy pendientes de la enfermedad, pero sigue estable.

—Eso es lo más importante: que todo vaya bien.

—¿Qué tal te fue? —preguntó después Daniela, cambiando de tema.

—Fatal —respondió Sú sin pensárselo dos veces.

Daniela se acercó a la máquina de café y sacó uno corto con leche. Necesitaba algo de cafeína antes de ponerse a conquistar el mundo. Lo cogió y dio un ligero sorbo.

—¿Coincidiste con él? —dijo.

—Sí. Estaba terminando de limpiar el cuarto de baño de su suite cuando llegó.

—¿Te fuiste de la habitación antes de las doce como te dije? El señor Littman no llega nunca antes del mediodía.

—No pude. Iba con retraso y me lo topé de cara. —Sú miró a su amiga—. Siento decirte esto, Dani, pero no me gustaría estar en tu pellejo.

—Gracias, Sú —ironizó Daniela, recostándose en el borde de la mesa de la salita.

Sopló un poco el café para que se enfriara.

—Lo siento, pero es que ese hombre es… no sé… No te lo vas a creer, pero salí acojonada de la habitación. ¿Cómo es posible que imponga tanto?

—Te aseguro que te creo. Yo ni siquiera soy capaz de comportarme con normalidad delante de él.

Daniela suspiró con abatimiento.

—Dani, si eres capaz de aguantar este mes a sus órdenes, estarás preparada para ser monje budista —dijo Sú en tono serio—. ¿Te has fijado en esa mirada laxante que tiene?

—¿Mirada laxante? —repitió Daniela.

—Sí, una mirada de esas que hacen que te cagues. Yo me cagué viva.

Daniela estaba en esos momentos bebiendo un sorbo de café y tuvo que taparse rápidamente la boca con la mano para no escupirlo. Después de tragárselo, soltó un par de carcajadas.

—No solo me he fijado en ellas, también las he sufrido —dijo entre risas.

—Sí, tienes razón. Pero, oye, es indiscutible que está cómo quiere —añadió Sú, sin poder evitar hacer el comentario—. Todo lo que tiene de hijo de puta lo tiene de guapo. El calentamiento global es por su culpa.

—¡Porras! —exclamó de pronto Daniela mirando el reloj. Dio un respingo y se incorporó—. Tengo que empezar a hacer las habitaciones ya, si no quiero encontrarme con el señor Littman después. No lo he visto desde que amenazó con despedirme y quiero seguir sin verlo.

—Pero queda más de un cuarto de hora para que empiece nuestra jornada laboral.

—Es igual. Prefiero empezar cuanto antes.

Daniela se bebió el café de un trago y tiró el vaso en la papelera.

—Luego nos vemos —dijo.

—Hasta luego.

Daniela consultó su reloj de muñeca mientras empujaba el carro de la limpieza hacia la suite de Nathan. Eran las once. Iba bien de tiempo.

Detuvo el carro frente a la puerta, hizo girar el pomo con la mano y la abrió. Desde el umbral, barrió el perímetro de la habitación con la mirada y aguzó el oído tratando de escuchar algo.

Silencio.

—No hay moros en la costa —murmuró para sí, aliviada.

Al entrar, Daniela observó que la cama estaba apenas deshecha, al igual que los días anteriores. Parecía que el señor Littman no había dormido en ella, o que solo había estado un rato. No tardó en presuponer que sería uno de esos hombres que arañaban horas de sueño para trabajar.

Después de ordenar minuciosamente la habitación, se puso los cascos en los oídos y se internó en el cuarto de baño. Una estancia eminentemente elegante —pese a que fuera solo un cuarto de baño—, con las paredes recubiertas de minúsculos azulejos negros y grises, ducha y un jacuzzi del tamaño de una piscina, equipado con todo lujo de detalles.

Al ritmo de la canción *Can´t stop the feeling* de Justin Timberlake comenzó a limpiar.

Estaba animada.

El oncólogo había dicho que Carlota seguía estable y se había reconciliado con Sergio.

La vida le parecía en esos momentos maravillosa.

Y aunque no sabía inglés, más que las palabras o frases que todo el mundo conocía, se arrancó a cantar. *Can´t stop the feeling* era una de

sus canciones preferidas y se sabía la letra de memoria.

—*So just dance, dance, dance, come on. All those things I should do to you. But you dance, dance, dance. And ain´t nobody leaving soon, so keep dancing.*

Antes siquiera de ser consciente de ello, estaba bailando, cantando y limpiando a la vez, al ritmo del último hit de Justin Timberlake.

—*Can´t stop the feeling* —se lanzó a los graves sin ningún pudor—. *So just dance, dance, dance. Can´t stop the feeling. So just dance, dance, dance…* —Enfatizó cada palabra mientras movía las caderas—. *Come on…* —gritó en pleno subidón de adrenalina.

—*Ohhh, it´s something magical…*

Movió un hombro y después otro a la vez que salpicaba un chorro de limpiacristales en el espejo y pasaba la bayeta enérgicamente.

—*It´s in the air, it´s in my blood, it´s rushing on…* —seguía cantando.

Se giró sin dejar de bailar para coger un paño seco y continuar con la tarea.

El corazón se le paró de golpe.

Parpadeó un par de veces para asegurarse que lo que estaba viendo no era una alucinación.

No, no lo era.

CAPÍTULO 20

Nathan estaba de pie frente a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y sus impresionantes ojos verdes fijos en ella, observándola con la misma intensidad que si estuviera a solo unos centímetros de su rostro. A Daniela no le gustaba ser el objeto de aquella penetrante mirada. La intimidaba demasiado.

Un violento golpe de rubor le ascendió por el cuello hasta las mejillas.

Maldición, maldición y maldición.

Justin Timberlake seguía sonando en sus oídos a través de los auriculares, pero ella ya no lo oía. Tiró ligeramente del cable de los cascos y se los quitó.

Sintió como se le formaba un nudo en el estómago.

—Señor Littman… —consiguió murmurar en un hilo de voz, después de unos segundos de absoluto silencio.

Carraspeó y desvió la mirada.

Todo en él resultaba hipnótico: su rostro, su porte, su actitud, sus fascinantes ojos…

Nathan continuaba mirándola fijamente.

¡Mierda! ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué está tan callado, mirándome como un juez a punto de dictar sentencia?, se preguntó Daniela angustiada.

Se humedeció nerviosa los labios.

—Ya… Ya he terminado —habló de nuevo, impaciente.

Necesitaba romper la mudez que reinaba en el cuarto de baño o iba a desmayarse.

Temía que de un momento a otro Nathan arremetiera contra ella. Tenían terminantemente prohibido ponerse los cascos para escuchar música mientras limpiaban las habitaciones. Era una de las primeras normas que el señor Barrachina le había dejado claras cuando entró a trabajar, y ella se la acababa de pasar por el arco del triunfo. Y delante de Nathan Littman.

El silencio no presagiaba nada bueno.

El corazón le latía tan rápido por la ansiedad, que podía escuchar su tronar en las sienes. Fuerte. Acelerado. Sonoro.

No ha sido una buena idea. No lo ha sido, se reprochó a sí misma. *Solo a mí se me ocurre ponerme a escuchar música, a cantar y a bailar mientras limpio las habitaciones. Si antes se estaba pensando despedirme, ahora lo va a hacer*, se lamentó.

Nathan abrió la boca para decir algo, pero una voz masculina sonó a su espalda, interrumpiéndolo.

—Nathan…

Detrás de él apareció un hombre casi tan alto como Nathan, quizá un par de años mayor, pero joven. Era rubio, atractivo, con una leve barba perfectamente recortada y dueño de unos pequeños ojos grisáceos que miraron a Daniela no sin cierta curiosidad.

Se trataba de Nicholas Baumann, el otro asesor financiero que había acompañado a Nathan a Madrid para llevar a cabo las negociaciones con el consejo de administración del Eurostars.

Nathan apartó los ojos de Daniela y volvió el rostro hacia él.

—*We need you at the meeting* —dijo Nicholas en inglés.

«Te necesitamos en la junta».

—*I go* —respondió serio Nathan.

«Voy».

Daniela aprovechó el *impasse* para girarse, coger rápidamente los achiperres de limpieza que había dejado en la encimera de mármol contigua al lavabo, y abandonar el cuarto de baño como si le fuera la vida en ello. De hecho, tenía la sensación de que le iba la vida en ello. Por lo menos, el puesto de trabajo.

Debía irse de allí cuanto antes.

Daniela pensaba que quizá desapareciendo de la vista de Nathan, él se olvidaría de que la había visto bailar y cantar en el cuarto de baño de su suite.

Nathan no se apartó de la puerta. Se quedó donde estaba y Daniela tuvo que pasar por el estrecho hueco que había entre su formidable cuerpo y el marco de madera.

Salió al pasillo casi corriendo, como si la persiguieran todos los demonios del infierno. El corazón le aporreaba el pecho. Empujó el carro, dejando escapar un largo suspiro de alivio, y avanzó por la galería hacia el ascensor sin saber a qué Santo darle las gracias por haber propiciado aquella oportuna interrupción.

—¿Estabas echándole la bronca a la camarera de pisos? —preguntó Nicholas a Nathan en el idioma anglosajón.

Aparte de su asesor financiero era además su amigo y, aunque también tenía que lidiar con el carácter malhumorado e insufrible de Nathan y con su temperamento irascible, podía permitirse alguna que otra licencia en aras de la amistad y la confianza que les unía desde hacía años.

—No —negó Nathan.

—Pero, por la expresión angustiada de la pobre chica, ibas a echársela —supuso Nicholas, que lo conocía como a la palma de su mano—. Iba a caerle una buena.

Nathan se giró sin contestar.

—Eres temible —comentó Nicholas.

Nathan siguió manteniendo silencio. Fue hasta la mesa y cogió una carpeta de tapas marrones que había sobre ella.

—Vamos —indicó a Nicholas cuando lo alcanzó.

¡Por fin la jornada había acabado!

A Daniela el día se le había hecho tan largo que tenía la sensación de que no iba a terminar nunca.

Miró el reloj. Las manecillas marcaban las nueve y media de la noche.

Tenía que cambiarse rápido. Sergio estaría esperándola en la puerta del hotel y no quería hacerlo esperar. Estaba ansiosa por verlo. Irían a cenar a un restaurante chino, darían una vuelta por ahí y acabarían haciendo el amor en el coche de Sergio.

Pensar en ello hizo que una oleada de calor le ascendiera por las piernas. Excitada por la emoción, corrió a la habitación, se dio una ducha rápida y se vistió con algo casual.

CAPÍTULO 21

Nathan estaba reunido con Richard Duncan, su otro asesor, en una de las salas que el Eurostars tenía ubicada en la planta baja. Era una estancia con moqueta gris, paredes revestidas de madera y estilosas lámparas de diseño.

—Señor Littman, ¿cree que aceptarán? —le preguntó Richard a Nathan mientras redactaba el documento con las condiciones que Nathan quería que el consejo de administración cumpliera.

—No les queda más remedio que aceptar. Estén de acuerdo o no. Les parezca justo o no —respondió él en tono determinante—. El Eurostars está al borde de la quiebra y yo soy su única salvación —añadió, con la suficiencia de quien sabe que tiene la sartén por el mango.

Nathan descruzó las piernas con un movimiento elegante, echó hacia atrás la silla, se levantó con aire regio y enfiló los pasos hacia los ventanales de la sala. Llevó la mirada al cielo. El atardecer se estaba convirtiendo en noche y comenzaba a caer sobre Madrid con su manto azul oscuro. Una luna llena comenzaba a despuntar con un brillo plateado en lo alto.

Un movimiento le hizo bajar la vista.

Daniela apareció en su campo de visión al otro lado de los cristales.

Llevaba un vestido corto de color blanco, de estilo ibicenco, que resaltaba su piel, bronceada por el sol de las playas tinerfeñas en las que recientemente había pasado las vacaciones. El pelo castaño, que normalmente llevaba recogido en un moño o una coleta cuando trabajaba, caía suelto en cascada sobre su espalda. Era la primera vez

que Nathan la veía vestida con ropa de calle y no con el uniforme de corte de sirvienta que exigía el hotel.

Nathan contempló con los ojos entornados como Daniela echaba a correr y se abalanzaba alegre a los brazos de un chico joven, alto, con peinado desenfadado y sonrisa Profidén, que le rodeó la cintura con las manos y la besó apasionadamente.

—Tenemos que concretar las concesiones, señor Littman —dijo en esos momentos Richard Duncan.

—Ahora no —atajó Nathan sin quitar la vista de la escena que se estaba desarrollando delante de sus ojos.

—Pero tiene que estar listo para…

—He dicho que ahora no —repitió Nathan. Su tono de voz no admitía discusión posible—. Vete —le ordenó de pronto al asesor.

Después de unos segundos en los que Richard Duncan no entendía a qué venía ese repentino cambio de humor de su jefe, dijo:

—Sí, señor.

El hombre de mediana edad se levantó de la silla con actitud resignada, atravesó la sala de reuniones y salió de ella sin decir nada.

Tras el leve ruido que hizo la puerta al cerrarse, la estancia se quedó sumida en un silencio sepulcral.

Nathan se sorprendió al descubrir que no había apartado sus ojos de Daniela desde que había aparecido en su campo de visión, hasta que se había subido al coche de ese chico con el que se había besado y, finalmente, se había ido.

La pelota de goma golpeó la pared bruscamente. Nicholas pilló el rebote por los pelos. Nathan corrió hacia su izquierda y volvió a dar un golpe tan fuerte que el sonido llenó la pista de squash, dejando un eco detrás de ellos.

Nicholas iba de un lado a otro del recinto, tratando de coger los rebotes de Nathan, pero era incapaz de seguir su trepidante ritmo.

Con el corazón en la boca, se dio por vencido y dejó ir la pelota.

—¿Qué coño te sucede? —le preguntó a Nathan.

Estaba sofocado y tenía la respiración visiblemente agitada.

—Nada —respondió él.

—Estás jugando con rabia, Nathan, ¿qué te pasa? —insistió.

—No me pasa nada.

Nathan se dio la vuelta, abrió la bolsa de deporte que estaba apoyada en un banco de madera y metió la raqueta de mala gana en ella. En silencio, se dirigió a los vestuarios de la selecta pista de squash que tenía el Eurostars.

—¿Has pasado mala noche? —dijo Nicholas mientras entraba en el vestuario detrás de él.

—Yo siempre paso malas noches —respondió Nathan.

—Entonces, ¿necesitas follar?

—No, no necesito follar.

Nathan estaba sudoroso por la paliza que se había dado en el partido de squash. Se desnudó y se metió en la ducha.

—Podrías llamar a Bárbara... Estoy seguro de que mañana a primera hora la tendrías aquí —sugirió Nicholas con un matiz de burla en la voz, al tiempo que entraba en el cubículo de la ducha de al lado.

—No voy a llamar a Bárbara. No la quiero aquí —contestó Nathan con desdén.

Se echó un poco de gel en las manos, hizo espuma y se enjabonó el cuerpo.

—Podemos contratar un par de prostitutas de lujo —dijo Nicholas mientras el agua le caía por la cabeza y se pasaba las manos por el pelo.

La mirada de Nathan lo fulminó.

—Jamás he pagado para echar un polvo —dijo.

—Lo sé. También sé que normalmente son las mujeres las que se te insinúan y que tú solo tienes que elegir la que quieres, pero siempre hay una primera vez, y las prostitutas de lujo…

—Nicholas, ya te he dicho que no necesito follar y menos con una puta —le cortó Nathan con aspereza.

—Vale, me ha quedado claro. Pero no puedes negar que te pasa algo.

Nathan maldijo en silencio debajo del chorro de agua. Nicholas tenía razón, aunque no lo quisiese reconocer. Le pasaba algo. Sin embargo ni siquiera él mismo conseguía identificar qué era. Pero fuera lo que fuera, la partida de squash no había logrado librarle del exceso de energía que llevaba sintiendo todo el día.

CAPÍTULO 22

—¡No sabes las ganas que tengo de pillar mi día de descanso! —exclamó Daniela, recostándose en la pared. Resopló con agotamiento —. Estos días están siendo estresantes.

—¿Sobredosis de Nathan Littman? —bromeó Sú.

—Sí —afirmó Daniela—. Ya estoy saturada de él. Lo que significa que ya estoy hasta las narices de él. Pero por suerte, mañana voy a pasar un día maravilloso con Sergio —dijo entusiasmada, cambiando el tono de voz y el ánimo. Los ojos azul claro le brillaban con un destello alegre—. Nos vamos a ir a la sierra; a respirar aire puro y recargar las pilas. Sergio también está pasando una mala época en el curro.

—Os va a venir genial a los dos.

—Ya lo creo. No veo la hora de que llegue. Haremos un picnic en la orilla de la laguna de Peñalara y por la noche contemplaremos las estrellas desde el búnker de Cabeza Líjar —dijo Daniela con cierto aire de ensoñación.

—Qué envidia me dais —comentó Sú.

—Tienes que convencer a Javi para ir a la sierra. Ya veréis que…

Daniela se calló de repente cuando vio a Nathan aparecer en el pasillo. Enderezó su figura de golpe, como si acabara de recibir un calambre. Nathan se acercó a ella con paso firme y seguro.

—Quiero hablar con usted —le dijo directamente a Daniela.

¿Es que este hombre no sabe saludar?, se preguntó Sú.

Va a despedirme, fue el pensamiento que pasó por la cabeza de

Daniela. *Joder, va a despedirme.*

—Venga conmigo —le ordenó Nathan.

Sin esperar respuesta, se giró con semblante serio.

Daniela echó a andar detrás de él mientras intercambiaba una mirada con Sú. A esas alturas, a sus ojos asomaba una expresión de preocupación. Se sentía como una vaca de camino al matadero.

Nathan la guió por el pasillo, dejando una estela de perfume en el aire. Se detuvo ante una puerta de madera, giró el picaporte para abrirla y entró en una de las salas de reuniones que el hotel tenía en esa misma planta.

El trayecto hasta que llegaron lo hicieron en completo silencio.

—Entre —le indicó Nathan a Daniela, abriendo la puerta y cediéndole el paso, aunque estaba muy lejos de ser un gesto caballeroso o de cortesía.

Daniela se adelantó unos cuantos pasos y se adentró en la sala.

Nathan la contempló de espaldas mientras cerraba la puerta. Estaba visiblemente nerviosa y, aunque trataba de ocultarlo, no lo conseguía. Y, sin saber bien el motivo, eso le producía cierto morbo.

—Sé lo que va a decirme —dijo de pronto Daniela, dándose la vuelta hacia él.

Tenía las mejillas sonrojadas y se restregaba los dedos de forma impaciente.

—¿Lo sabe? —preguntó Nathan.

—Sí, lo sé —respondió Daniela.

Nathan avanzó unos metros.

—Y, según usted, ¿qué voy a decirle? —le preguntó con voz pausada.

—Va a… despedirme, ¿verdad? —comenzó Daniela insegura. Después las palabras brotaron de su boca en torrente, como si tuviera que decirlo todo enseguida porque le quemara la lengua—. Se lo he

puesto en bandeja. Primero con la discusión que tuvimos y después por el modo en que me pilló en el cuarto de baño de su suite —dijo, con la vista fija en el suelo y el rostro ardiendo.

Imaginar lo que Nathan debía estar pensando de ella después de haber hecho el más soberano de los ridículos delante de él le hacía morirse de vergüenza. Finalmente se atrevió a levantar la vista. Nathan la miraba con ojos escrutadores.

—Si está enfadado por lo que le dije, le ruego que me perdone —continuó Daniela, sin tomar casi aire—. Estoy arrepentida. Nunca debí decirle todas aquellas cosas. Le juro que no volveré a hacerlo...

—¿No va a parar de hablar? —le preguntó Nathan.

El tono autoritario con que pronunció aquellas palabras hizo que Daniela se callara de inmediato.

—Lo siento —se disculpó—. Ya me callo.

—Eso está mejor —apuntó Nathan.

Daniela se alisó la falda del uniforme con las manos y contuvo la respiración en los pulmones.

—No voy a despedirla —dijo Nathan.

¿No?, repitió Daniela para sus adentros.

Sintió un profundo alivio. Hubiera saltado de alegría, pero eso no le hubiera gustado nada al señor Littman, con la poca sangre que le corría por las venas. Ese hombre era como una piedra.

—Mañana va a tener lugar una reunión muy importante en el hotel y quiero que usted se encargue de atender a los ejecutivos que van a participar en ella.

Daniela arrugó ligeramente la nariz con una mueca de disgusto.

—Señor Littman, mañana es mi día de descanso —se atrevió a decir, tratando de no tartamudear. No quería quedar como una tonta.

—¿Y qué? —fue la contestación de él.

Que quiero descansar, se dijo Daniela en silencio. *Y que tengo planes.*

—¿No puede hacerlo alguna de las otras chicas? Irene, Sú, Victoria… —sugirió.

—No —negó tajante Nathan—. Se lo estoy mandando a usted.

Daniela dejó caer los hombros y suspiró quedamente con resignación. De nada serviría seguir debatiendo. Delante de Nathan Littman se sentía expuesta, demasiado consciente de su imponente físico y del poder que ostentaba dentro del hotel.

El constante mal humor de este hombre tiene que ser diagnosticable, pensó en su interior.

Nathan miró a Daniela por espacio de unos segundos sin decir nada. Advirtió en su rostro una expresión de decepción. Sabía que tenía planes. Sabía que había quedado con su novio para ir a pasar el día a la sierra. Le había escuchado cuando se lo decía a la otra camarera. Y era eso, precisamente, por lo que quería que fuera ella y no otra persona la que se encargara de atender a los miembros que iban a formar parte de la reunión.

—Esté lista a las ocho en punto —indicó autoritario, sin dar lugar a ninguna posible réplica.

Cualquier esperanza que hubiera albergado Daniela de que Nathan cambiara de opinión, se hizo añicos en ese mismo instante.

Daniela pegó una patada a la papelera de la salita que el hotel tenía habilitada para los empleados.

Bufó de frustración.

—Hey, ¿qué pasa, cielo? —le preguntó Sú, que entraba en la sala en esos momentos.

—Nathan Littman me ha jodido los planes. Mi día con Sergio se ha ido a la mierda —respondió enfadada Daniela.

—¿Por qué?

—Mañana tiene una reunión muy importante y quiere que me encargue de atender a los miembros que van a venir —respondió, poniendo voz pija.

—¿Y no lo puede hacer otra? ¿Irene, Victoria, o incluso yo?

—Eso mismo le he preguntado yo y me ha soltado un «no» tan grande como una catedral. ¡Puñeteros ejecutivos y sus puñeteras reuniones! —ladró Daniela con rabia.

—Cualquiera diría que lo ha hecho a propósito —comentó Sú.

—No me extrañaría. Ese hombre tiene una seria animadversión hacia el mundo en general; no le gusta que nadie sea feliz —afirmó Daniela—. Es un cenizo. —Hizo una pequeña pausa para dejarse caer sobre una silla—. ¿Te acuerdas cuando te dije en broma que Nathan Littman iba a volverme loca?

—Sí —dijo Sú.

—Pues a este ritmo se va a hacer realidad. Voy a acabar loca de atar, Sú. Te lo juro.

—Cálmate, Dani…

—¡Necesitaba este día para estar con Sergio! ¡Joder, lo necesitaba! —le cortó Daniela, conteniendo las lágrimas de rabia que amenazaban con rodar por sus mejillas—. Nuestra relación no está pasando por un buen momento y… ¡Mierda!

Alzó la mano y con el índice y el pulgar se pinzó el puente de la nariz. Resopló.

—Piensa que al menos no te ha despedido. Cuando ha dicho que quería hablar contigo, te juro que he pensado que te iba a dar puerta —dijo Sú.

Daniela se soltó la nariz y respiró profundamente.

—Yo también lo he pensado —apostilló—. Estaba segura de que me iba a despedir.

—Ya habrá otros días para ir con Sergio a la sierra —trató de animarla su amiga—. Lo importante es que sigues en plantilla.

Daniela se echó hacia atrás, recostando la espalda en el respaldo de la silla y lanzó al aire un suspiro colmado de resignación.

CAPÍTULO 23

Antes de entrar en la sala de juntas en la que iba a tener lugar la reunión, Daniela se tomó unos segundos para respirar hondo. Estaba malhumorada, pero trató de poner buena cara. No tenía otra opción. Aunque Sergio había mostrado cierta indiferencia al hecho de tener que haber aplazado los planes, a ella le seguía reventando que el señor Littman se hubiera empeñado en fastidiarle el día de descanso.

Tomó el pomo de la mano, lo giró y finalmente entró. Echó un vistazo fugaz al interior de la sala, recorriendo el perímetro con los ojos.

Mientras empujaba el carrito con las bebidas, los vasos y demás cosas, con la mirada buscó a Nathan entre la docena de hombres trajeados y con porte de suficiencia que había en la estancia. No le resultó difícil. Dada su altura, superaba sin esfuerzo a los individuos que lo rodeaban, más bajos y más mayores que él, a excepción del hombre que les había interrumpido cuando Nathan la sorprendió cantando en el cuarto de baño de su suite. Nicholas era el único que lo igualaba en juventud y casi en estatura.

Nathan la miró con los ojos entornados por encima del hombro de un tipo entrado en carnes con quien estaba manteniendo una conversación que parecía estar desarrollándose en términos poco amistosos, según se presumía por la expresión grave de su cara.

Daniela intentó sostenerle la mirada. Quería hacerle entender de alguna forma que estaba molesta, que aunque estaba allí, a las ocho en punto, tal y como se lo había ordenado, no le dejaba de fastidiar que le hubiera estropeado su día en la sierra con Sergio. Sin embargo, la intensidad con la que la observaba Nathan la obligó a bajar la vista.

Nathan dejó de atender los argumentos que le estaba dando su interlocutor y contempló a Daniela mientras colocaba cuidadosamente las botellas de agua y los vasos de cristal sobre la mesa.

Sabía que estaba enfadada. La sempiterna y genuina sonrisa que siempre había dibujada en sus labios se había convertido en una mueca seria y pobre. Y la forma en que lo había mirado al entrar… como una niña pequeña que se cruza de brazos y frunce la boca para que sus padres vean que está enojada.

Sí, *La chica de las mil sonrisas* estaba enfadada.

Pero él era el jefe, y no le apetecía que se fuera con su noviecito a pasar el día a la sierra.

—Esos uniformes hacen volar la imaginación, ¿no es cierto? Sobre todo si a quien lo lleva le queda tan bien como a esa muchachita.

La voz claramente lujuriosa de Jonas Matiland, uno de los copropietarios del resto de plantas de la torre PwC, donde estaba alojado el hotel, sacó a Nathan de sus pensamientos.

—Deberían ser más cortos, ¿no cree? —comentó después en tono de malicia, sin apartar los ojos del cuerpo de Daniela—. Cuando sea el dueño de todo esto, acórteles las faldas unos centímetros —agregó—. Le aseguro que no le faltaran clientes.

Nathan apartó los ojos de Daniela y giró el rostro hacia él con un movimiento deliberadamente lento. Los ojos de Jonas Matiland rezumaban una lascivia que a Nathan se le antojo repugnante.

—Señor Matiland, no estamos aquí para hablar de lo corto o largo que tendrían que ser los uniformes de las camareras del hotel. Esto no es un prostíbulo.

Nathan pronunció aquellas palabras con una seriedad tan sobrecogedora que Jonas Matiland se sintió ciertamente intimidado. Carraspeó y sin decir nada más, se giró y se fue a sentar a una de las sillas.

Nathan le dedicó una mirada llena de repulsión. ¿Acaso se había creído que aquello era un club de carretera?, pensó para sus adentros.

Justo antes de que diera comienzo la reunión, Jonas Matiland alzó el brazo e hizo una seña a Daniela con la mano.

Daniela se acercó.

—Dígame —dijo con una sonrisa afable dibujada en los labios.

—Tráigame otra botella de agua —respondió Jonas Matiland.

—Ahora mismo —dijo Daniela, solícita.

Matiland entornó los ojos y la siguió con la mirada hasta que estuvo de regreso.

Aquella chica era preciosa.

Tenía cara de ángel, con esos ojos azul cielo y los labios rosados, y con ese uniforme de corte de sirvienta, había conseguido que se le pusiera dura como una piedra solo con mirarla.

Daniela se sentía incómoda. Ese hombre no le gustaba y el modo en que la miraba mucho menos.

Cuando fue a dejar la botella de agua en la mesa, notó como la mano de aquel baboso trepaba clandestinamente por su pierna, tratando de alcanzar el interior de los muslos.

El roce de sus dedos le produjo una náusea.

¿Qué demonios se ha creído?

Llevada por un impulso, le dio un manotazo, obligándole a apartar su asquerosa mano de ella.

Se giró hacia él. Bajó la mirada, ya que Jonas Matiland estaba sentado en esos momentos y ella permanecía en pie.

—No se le ocurra volver a tocarme —dijo con los dientes apretados y la cara descompuesta.

Matiland se hizo el sorprendido.

—¿De qué habla, señorita? —preguntó en un español con un marcado acento.

—De que me ha metido mano —replicó Daniela, defendiendo su argumento—. ¿Acaso se cree que soy una puta y que estoy a su disposición?

—No es un puta, solo es una sirvienta —alegó el hombre en tono despectivo.

—No soy una sirvienta —le refutó Daniela de inmediato—. Aunque le sirvo, no soy una sirvienta —repitió—. Es mi trabajo, y mi trabajo no me define, como a usted tampoco le define su traje de mil…

El discurso de Daniela se vio interrumpido cuando unos dedos largos y firmes rodearon su antebrazo. Daniela giró el rostro.

Era Nathan.

Sus ojos verdes echaban chispas.

CAPÍTULO 24

Nathan tiró de ella y la arrastró por la estancia hasta que la sacó de la sala de juntas. Daniela trató de zafarse de él, pero Nathan la agarraba como si su mano fuera de acero.

Cuando salieron al pasillo, la llevó lo suficientemente lejos como para que ninguno de los miembros de la reunión pudiera oírlo, la soltó y se giró bruscamente hacia ella. La mirada fría y dura como el metal que le dirigió provocó que a Daniela se le erizara el vello.

—¡¿Qué cojones está haciendo?! —le preguntó con voz extremadamente seca, sin ocultar su enfado.

La expresión del rostro de Nathan expresaba tanta ira que Daniela pensó que la fulminaría allí mismo.

—¡Defenderme! —respondió ella.

—¿Defenderse? —El tono de Nathan era de burla—. *¡Fuck*! —exclamó en inglés—. *What I lacked* —masculló con malas pulgas.

«¡Joder! »

«Lo que me faltaba».

—Ese hombre me estaba manoseando y no se lo iba a permitir. No soy una puta —dijo Daniela.

—¿Sabe quién ese hombre? —le preguntó Nathan en tono caustico.

—Me da igual quién sea —respondió Daniela—. Me ha humillado. Nunca me he sentido más humillada en mi vida. Nadie se merece que le traten así.

Nathan dejó pasar el aire entre los dientes, exasperado.

—¡Esto le va a costar muy caro! —ladró enfurecido, sin hacerle el menos caso.

Daniela sintió que su corazón se saltaba un latido. Sabía lo que significaban esas palabras. Lo sabía perfectamente. Había cagado sobre la cagada. Era la segunda vez que se enfrentaba al señor Littman, y él no iba a perdonárselo.

No dejes que te intimide, Dani, se dijo para sus adentros.

Se obligó a respirar. El mal ya estaba hecho, y no iba a dejar que nadie pisara su dignidad, ni siquiera Nathan Littman.

—Puede hacer lo que quiera —dijo al cabo de unos segundos.

Nathan se acercó a ella de dos zancadas. Daniela retrocedió un paso por la rabia que transmitió su movimiento. Notó como un hilo de sudor frío se deslizaba por su espalda.

—Necesita recibir una lección de respeto —clamó Nathan con actitud amenazadora.

Los ojos de Daniela se llenaron de lágrimas. Se sentía indignada e impotente. ¿Cómo se atrevía a afirmar algo así?

—¿Una lección de respeto? ¿Yo? —repitió, tratando de ahogar un sollozo que pugnaba por salir de su garganta. Se obligó a mantener el tipo—. Ese hombre me ha humillado, me ha despreciado, me ha tratado como una furcia, ¿y soy yo quien necesita recibir una lección de respeto? —Dejó escapar una sonrisa burlona—. Usted es igual que él —afirmó con la voz temblorosa. Estaba a punto de llorar—. Uno de esos hombres podridos en dinero que se cree que todas las mujeres somos unas putas y que pueden hacer con nosotras lo que quieran. Que estamos en este mundo para servirles.

El rostro de Nathan adoptó una expresión sombría. Daniela casi pudo escuchar cómo apretaba los dientes.

—Tenga cuidado con sus palabras —le advirtió Nathan en tono acerado.

—¿Acaso lo que estoy diciendo es mentira? —refutó ella—. ¿Acaso

no es uno de esos…?

—Usted no sabe lo que yo pienso de las mujeres —la interrumpió Nathan.

—No es difícil adivinarlo, créame —se mofó Daniela—. Solo hay que escucharle. Hubiera preferido que me hubiera dejado sobar por ese riquillo de ahí dentro… —Daniela señaló con el índice a la puerta —…, con tal de que su puñetera reunión fuera bien. Es asqueroso, ¿sabe? Muy asqueroso. —Guardó silencio unos instantes. Trató de que la barbilla no le temblara y trató de reprimir el llanto, pero finalmente las lágrimas rodaron por sus mejillas. Se regañó a sí misma por llorar, pero no pudo contenerse más—. Me repugnan los hombres como usted —dijo.

Aquel último comentario salió como una bala de su boca. Sin pensarlo. Sin darle una vuelta en la cabeza. Pero, ¿qué más daba ya lo que dijera?, pensó. Estaba todo perdido. El señor Littman la echaría. Del despido no se iba a librar ni con un milagro de la Virgen de Lourdes.

Nathan bufó con desdén.

—Me importa una puta mierda lo que piense de mí —aseveró haciendo gala de una indiferencia brutal.

Su rostro mostraba una expresión gélida.

—Lo sé. A usted no le importa nada ni nadie, y menos lo que piense una simple camarera de hotel como yo —dijo Daniela con una seguridad que no sentía—. No me sorprende… —musitó después—. Es demasiado miserable para pensar en alguien que no sea usted mismo.

A aquellas últimas palabras tampoco les había dado una vuelta en la cabeza. Quizá debería haberse mordido la lengua y no haber echado más leña a un fuego que estaba a punto de deflagrar.

Nathan la miró de un modo extraño. Su ira iba creciendo por momentos. ¿Quién se creía esa puta niñata que era? Podría hundirla con solo hacer una llamada. ¡Solo una llamada! No necesitaba más. Y se lo iba a demostrar.

La rabia lo cegó.

Se inclinó ligeramente hacia adelante, apretando las mandíbulas, y dejó el rostro a escasos centímetros de la cara de Daniela, que tragó saliva con dificultad. Nathan vio con satisfacción como se movió su garganta.

—Voy a acabar contigo, camarerita —siseó, cambiando el tratamiento y tuteándola por primera vez.

Daniela dio un respingo y pestañeó un par de veces, conmocionada por la dureza del comentario. Lo miró con el corazón latiéndole a mil por hora dentro del pecho. Nathan tenía las pupilas extremadamente dilatadas y le vibraban de furia.

—Y cuando lo haga —siguió hablando él en tono peligrosamente pausado, saboreando cada palabra mientras le dirigía una mirada implacable—, no va a ver lugar en esta ciudad donde te contraten.

Daniela se quedó paralizada por la intensidad de la mirada de Nathan y el desdén que torcía sus labios. Las entrañas se le helaron ante el tono despectivo que había utilizado. Durante unos segundos no supo qué hacer o qué decir y sintió que una mano invisible le estrangulaba la garganta. Se le secó la boca y el pulso se le aceleró tanto que tuvo la sensación de que le estallarían las venas.

Cuando fue capaz de reaccionar, estuvo segura de que Nathan Littman llevaría a cabo su amenaza y de que no le resultaría difícil hacerlo. Tenía el suficiente poder para acabar con ella como si fuera simplemente una cucaracha molesta.

—Nathan, te estamos esperando.

La voz de Nicholas sonó a su espalda, rompiendo afortunadamente la tensión del momento. Nathan se irguió en toda su estatura pero sin dejar de mirar a Daniela ni un solo segundo. A ella le pareció más alto que nunca, o quizá es que ella había encogido hasta convertirse en un *diminuto*, uno de esos seres animados sacados de las novelas infantiles de John Peterson. El caso es que se sentía tan frágil como una figurita de cristal de bohemia. Se sentía frágil y a ratos ridícula.

—No puedo seguir con esta conversación ahora —dijo Nathan mientras se estiraba la chaqueta con actitud chulesca. Su habitual expresión altiva había acudido de nuevo a su rostro perfecto—. Pero ya hablaré con usted después —concluyó áspero, devolviéndole el protocolario tratamiento que había utilizado siempre con ella.

Se giró sobre sus talones.

Daniela apretó con fuerza los labios para no romper a llorar como una niña pequeña y siguió con la mirada como Nathan se alejaba de ella con su acostumbrado aire arrogante.

Se quedó sola en el pasillo, con la respiración contenida en los pulmones y la garganta quemándole como si tuviera fuego. Tenía el corazón metido en un puño y le temblaban las piernas. Estiró el brazo y se apoyó en la pared de al lado con la palma de la mano para no caerse.

Transcurrió un buen rato hasta que fue capaz de reaccionar. Como buenamente pudo se secó las lágrimas que humedecían sus mejillas. Sorbió por la nariz.

—Capullo —farfulló.

Como un autómata se dio media vuelta y caminó pasillo adelante sin saber muy bien dónde iba. Estaba aturdida. Tenía la sensación de que acababa de salir de un huracán.

CAPÍTULO 25

—¿Por qué no salimos a dar una vuelta esta noche? Me han hablado muy bien de la fiesta madrileña —le preguntó Nicholas a Nathan cuando por fin concluyó la interminable jornada de reuniones que habían mantenido a lo largo día.

—No tengo ganas de fiesta —dijo Nathan en tono serio, recogiendo los documentos que había encima de la enorme mesa ovalada de la sala de juntas.

—Venga, vamos a celebrar que la Torre PwC, incluido el Eurostars, va a ser tuya en unos días —trató de convencerlo Nicholas—. Vas a ser dueño absoluto del tercer rascacielos más alto de España —añadió.

Nathan lo pensó durante unos segundos mientras introducía los papeles en su carísimo maletín de cuero negro. Quizá no era tan mala idea salir a tomar algo y despejarse. Los últimos días hasta él mismo tenía que reconocer que estaba de un humor de perros. No alcanzaba a saber el motivo, pero estaba más insoportable de lo normal.

Daniela apareció en su casa por sorpresa.

Necesitaba hablar con alguien de todo lo que había pasado. Necesitaba desahogarse. Había llamado a Sergio poco después de tener la discusión con Nathan. Él había respondido con prisa, arguyendo con desinterés que no podía hablar en esos momentos pero que la llamaría en un breve rato.

El breve rato se había convertido en minutos, los minutos en horas,

las horas en toda una mañana y la mañana había dado lugar a la tarde sin que Sergio diera señales de vida. Así que Daniela se fue a buscar el amparo de su padre cuando empezó a caer la noche, pues la habitación del hotel le parecía más silenciosa y más vacía que nunca.

—Ya, cariño. No llores más —dijo su padre, acariciándole la cabeza con ternura.

Intentaba animarla de alguna manera, pero Daniela era un mar de lágrimas imposible de consolar.

—Si vieras el modo en que me ha tratado, papá —sollozó, hundiendo la cara en las manos—. Como si no valiera nada, como si fuera un felpudo —habló entre los dedos.

Por décimo tercera vez volvió a enjugarse el rostro con el pañuelo de papel —había gastado ya más de un paquete y medio—, pero no conseguía contener las lágrimas, y de nuevo rompió a llorar estrepitosamente, dando rienda suelta a la impotencia, la rabia y la indignación que tenía dentro.

—Ese hombre es un cabrón. Un cabrón engreído —dijo con furia—. Y ese otro que pretendía manosearme…

—Daniela, cálmate. No sirve de nada que te pongas así. Ya ha pasado —dijo Samuel.

—No quiero volver allí, papá. No quiero volver al Eurostars.

Apoyó los brazos en la mesa y dejó caer la cabeza sobre ellos.

Samuel nunca había visto así a su hija mayor. La había visto llorar rota de dolor cuando murió su madre y unos meses atrás cuando habían diagnosticado la leucemia a Carlota, pero nunca con aquella rabia, con aquella exasperación que la consumía por dentro.

Ese tal Nathan Littman la había tratado tan mal que la había hecho llorar.

Maldito riquillo, maldijo para sus adentros mientras apretaba los puños con fuerza. *De buena gana…*

Dejó el pensamiento suspendido en su cabeza.

¿Qué corazón tenía ese hombre para hacer daño tan gratuitamente a una persona del modo que se lo había hecho a Daniela?

Las palabras de Nathan resonaban en la cabeza de Daniela una y otra vez, como un eco atronador, como el rugir de una tormenta. Recordar su voz seria, fría y casi violenta, le seguía produciendo escalofríos. Había sido tan cruel, tan brutal…

«¡Esto le va a costar muy caro!»

«Voy a acabar contigo.»

«Y cuando lo haga, no va haber lugar en esta ciudad donde te contraten.»

¡Dios santo, había tanta frialdad en sus palabras y tanto desprecio en sus ojos!, pensó Daniela en silencio.

El nudo que tenía en la garganta era tan fuerte que amenazaba con estrangularla.

—Deja ese trabajo y busca otra cosa —le dijo Samuel, sentándose a su lado—. Las cosas están mal, pero no tienes por qué aguantar ninguna vejación más. ¡Hostias, no estamos en la Edad Media! ¡Estamos en el siglo XXI! —añadió presa de la indignación.

Esa opción era algo que Daniela había estado barajando durante las largas horas de todo aquel día. Era lo mejor, y la única solución, porque ese trabajo, desde que Nathan Littman estaba en el hotel, le estaba acortando la vida.

Asintió a la propuesta de su padre.

—Sí, mañana mismo voy a hablar con el señor Barrachina para presentarle mi renuncia. No quiero estar en el Eurostars ni un día más. No quiero ver nunca más a Nathan Littman. No quiero, no quiero, no quiero… —repitió entre sollozos una vez y otra al tiempo que movía la cabeza de derecha a izquierda, negando con vehemencia.

—No volverás a verlo, no te preocupes —se adelantó a decir su padre con voz comprensiva—. Ahora vete a dormir, Daniela. Tienes que descansar, se te ve agotada.

Daniela se levantó de la silla.

—Tienes razón. Estoy que me caigo —dijo.

Se inclinó, abrazó por el cuello a su padre y le dio un beso.

—Gracias, papá.

—Descansa, cariño —se despidió su padre, blandiendo una leve sonrisa en los labios.

Daniela se dirigió a la habitación de su hermana. Mientras caminaba por el pasillo consultó el móvil. No había ni rastro de Sergio en la pantalla: ni una llamada, ni un WhatsApp, ni un mensaje. Nada.

Se preguntó con escepticismo si habría estado tan ocupado como para no devolverle la llamada que le había hecho por la mañana. Ni siquiera su voz al borde del llanto parecía haberle preocupado.

No quiso pensar en ello. Bastante tenía ya encima. Mañana sería otro día.

Entró en la habitación de su hermana, se acercó a la cama y la contempló durante un rato en silencio. La imagen de Carlota tranquilamente dormida, sin que su cabeza estuviera cubierta por ninguno de los coloridos pañuelos que se ponía de día y abrazada a su inseparable peluche Dobby, exhalaba una ternura tan desbordante que Daniela sintió que se le encogía el corazón.

Se agachó y depositó un beso en su frente. La piel estaba suave y tibia. Al leve contacto, Carlota abrió los ojos. Pestañeó un par de veces, ligeramente confusa.

—Perdona, mi amor, no quería despertarte —susurró Daniela, pasándole la mano por la delicada mejilla.

—No pasa nada —dijo Carlota con voz somnolienta. Giró el rostro hacia Daniela—. Quédate a dormir conmigo, Dani —le pidió.

Daniela sonrió.

—Hazme un hueco —dijo en voz baja.

Carlota se echó a un lado. Daniela apartó la sábana y se metió en la

cama.

—¿Has llorado? —le preguntó Carlota, preocupada, al ver que tenía los ojos rojos y brillantes.

—No, mi niña —mintió Daniela, haciendo un esfuerzo por que su hermana no notara su tristeza—. Es que se me ha metido un poco de jabón en los ojos cuando me estaba lavando la cara—. Duérmete —murmuró.

Le pasó el brazo por la cintura y la abrazó.

—Te quiero, Dani —dijo Carlota antes de cerrar los ojos.

Se acurrucó contra el cuerpo de Daniela.

—Y yo a ti, pequeña.

CAPÍTULO 26

Cuando Nathan y Nicholas cruzaron la calle, los porteros que custodiaban las puertas negras y doradas de la discoteca Gabana Club les dieron la bienvenida.

Nicholas había elegido la que era considerada como la mejor discoteca de Madrid. Un lugar de ambiente selecto que exigía *dresscode* elegante cada una de sus noches. Tal y como le habían dicho, antes de irse de la capital «experimentar Gabana era necesario».

—¿Qué te parece? —le preguntó a Nathan.

—No está mal —respondió él, echando un vistazo en derredor.

Pidieron unas copas a la camarera y se acomodaron al final de la barra. Al ser un día de diario, la discoteca no estaba concurrida, lo que Nathan agradeció. No le gustaban las masas de gente ni las aglomeraciones. Le ponían de mal humor.

Nicholas alzó su copa y mientras bebía, se percató por encima del borde de cristal, que había un par de mujeres sentadas en la mesa de al lado que eran incapaces de quitarles los ojos de encima. Parecía que ya habían decidido quién se quedaría con quién, porque una de cabello rubio no paraba de mirarlo a él y la de pelo moreno había clavado la vista en Nathan y lo estaba desnudando con los ojos.

—Vaya… creo que nos hemos convertido en el centro de atención de las mujeres que están sentadas en la mesa que hay a tu izquierda —dijo Nicholas, apoyando la copa sobre la barra.

Nathan rodó los ojos con pereza y se encontró con la mirada escrutadora de una mujer morena, cuyo pelo liso y cortado por los hombros, enmarcaba un rostro excesivamente maquillado, para su

gusto.

Deslizó la vista hacia abajo. El escote dejaba poco a la imaginación.

—¿Qué te parece? —le preguntó Nicholas.

—Tiene los pechos operados —aseveró Nathan—. ¿Por qué le da a todas las mujeres por operase las tetas? Son tan antinaturales al tacto… —añadió, sin ocultar un viso de desagrado en la voz.

Nicholas se encogió de hombros.

—Con las tetas operadas o no, esa tía vendería su alma al diablo por follarte esta noche.

Nathan sonrió con una mueca lobuna.

—Lo que no sabe es que el diablo soy yo —dijo entornando los ojos.

Las dos mujeres no se demoraron mucho en acercarse a ellos. Mientras Alicia, como así se llamaba la morena, trataba por todos los medios que tenía a mano de seducir a Nathan, golpes de melena incluidos, él contemplaba con indiferencia la gente que llenaba la discoteca.

De pronto una persona en la pista llamó su atención y le hizo clavar la mirada en ella. Solo lo había visto una vez, pero estaba seguro de que se trataba del novio de Daniela.

Aguzó la vista. Uno de los focos le daba de lleno en el rostro.

Sí, era el novio de Daniela.

Nathan vio como agarraba a una chica de la cintura, la atraía hacia él y la besaba apasionadamente. Daniela… Aunque no le había visto la cara, pues la oscuridad aterciopelada de la discoteca no se lo permitía, tenía que ser ella. Era delgada, y llevaba el pelo oscuro recogido en un moño alto. Sí, era ella.

Nathan contrajo las mandíbulas involuntariamente.

Que pronto se le ha pasado el lloriqueo de esta mañana, pensó mientras contemplaba cómo se besuqueaba con su novio.

Un raro desasosiego comenzó a crecer en su interior.

—¿Estás bien? —le preguntó Nicholas.

Nathan no se molestó en girar el rostro hacia él, continuaba con la mirada fija en Sergio y Daniela.

—Sí —respondió seco.

—Pues como sigas apretando así la copa te va a estallar en las manos —comentó Nicholas.

Nathan se sorprendió al comprobar que lo que decía Nicholas era cierto. Apretaba tan fuerte la copa que parecía tener la intención de romperla. Cuando aflojó los dedos, le dolían de la presión que había estado ejerciendo.

Frunció el ceño levemente.

¿Qué cojones era lo que le tenía así? ¿En esa tensión casi constante? ¿Por qué no era capaz de identificarlo? ¿Acaso le jodía ver a la camarera de pisos del hotel besándose con su novio?

Sacudió la cabeza intentando olvidarse de la conjetura que acababa de hacer. ¡Eso era imposible!

Cuando volvió a centrar su atención en la pista de la discoteca, la chica que estaba con Sergio se dio la vuelta y comenzó a contornearse contra sus caderas de manera provocativa. En ese instante, Nathan comprobó que no se trataba de Daniela.

Clavó los ojos en ella y la observó detenidamente.

No era Daniela quien estaba con Sergio.

¿El hijo de puta le estaba poniendo los cuernos?

Ver que no era Daniela fue toda una sorpresa. ¿Estaba sintiendo un extraño alivio al comprobar que no era ella?

No, no, no…, se negó reiteradamente a sí mismo.

Quizá Nicholas tuviera razón y necesitaba follar.

—Joder, es espectacular —dijo Alicia, la mujer que Nathan había conocido en Gabana Club, al entrar en la suite del Eurostars.

Los ojos le iban de un rincón a otro, fascinada por la elegancia y el lujo que la rodeaba. Era lo más impresionante que había visto jamás. Aquel empresario norteamericano era perfecto para dar el braguetazo de su vida. Lo que siempre había estado buscando.

Quizá si jugaba bien las cartas y aprovechaba la ocasión…

Nathan no hizo ningún comentario. Se giró de improviso sobre sus talones y, mirando a Alicia con ojos lobunos, le dio un pequeño empujón, haciéndole caer encima de la cama.

Mientras la observaba, se deshizo el nudo de la corbata, tiró de ella y dejó que resbalara por su cuello. Alicia le contemplaba a su vez expectante, con expresión ansiosa en el rostro. Sin duda, ese hombre era uno de los tíos más atractivos que había visto en su vida. Era imponente, y había algo que lo hacía incluso intimidante, pero no iba a perder la oportunidad de follar con él. No se conocía un hombre así todos los días.

Nathan se inclinó sobre Alicia con el sigilo de un tigre y sin darle tiempo a reaccionar, cogió los bordes laterales del vestido y tiró de ellos. Un par de botones delanteros salieron disparados hacia el suelo.

¡Joder!, exclamó Alicia para sus adentros, con los ojos muy abiertos.

Nathan vio el asombro en sus ojos pardos. Pero eso era lo que quería, ¿no? A ese Nathan era al que había buscado desde que lo había visto en la discoteca. Y era el Nathan que él iba a mostrarle. Iba a darle lo que quería de él. Exactamente lo que quería de él. Iba a follarla duro.

Le asió las manos, se las puso por encima de la cabeza de un movimiento seco y la inmovilizó con el peso de su cuerpo.

Alicia le siguió con la mirada cuando inclinaba la cabeza hacia ella. Buscó su boca con la intención de besarlo; se moría por probar sus labios, pero él esquivó el gesto. Nathan giró el rostro y lo hundió en su cuello.

Alicia gimió.

Intentó besarlo en la boca un par de veces más a lo largo de los intensos preliminares, pero ninguna de las dos veces lo consiguió. ¿Qué le pasaba a ese hombre? ¿Por qué no quería que lo besara en la boca? ¿Qué clase de excentricidad era esa?, se preguntó extrañada mientras Nathan se ponía el condón.

Sin embargo pronto dejó de hacerse preguntas. Justo cuando Nathan le dio la vuelta, la colocó a cuatro patas delante de él y, sujetándola de las caderas, la penetró de una manera tan salvaje que la hizo gritar y volver a la realidad de golpe.

Una punzada mezcla de dolor y placer le recorrió las entrañas.

Nathan volvió a clavarse en ella. Deslizó la mano derecha hasta su nuca, le cogió la mata de pelo negro y tiró de él, obligándola a arquear el cuello y a echar la cabeza hacia atrás. En esa posición dominante, la embistió como un animal cuatro, cinco, seis veces más… hasta que se corrió mientras lanzaba al aire un aullido ahogado.

Ella se dejó ir unos segundos después entre escandalosos gemidos de placer.

CAPÍTULO 27

¿Por qué nada consigue que me deshaga de este desasosiego?, se preguntó Nathan mientras dejaba que el chorro de agua caliente de la ducha le cayera por la cabeza. *Acabo de echar un polvo. Eso debería ser suficiente para calmarme, aunque solo sea durante un rato.*

—Maldita sea —masculló entre dientes, al reconocerse a sí mismo que no había dejado de pensar en Daniela desde que había tenido lugar la discusión.

Había sido un enfrentamiento muy duro. Demasiado. Sobre todo para ella, y él se había comportado como… un puto cabrón. Así es como se había comportado con esa chica, como un puto cabrón.

Sabía que decía la verdad respecto a Jonas Maitland. Él mismo había visto el modo repugnante en que la había mirado en la sala de juntas, cuando había hecho el desatinado comentario de los uniformes. Entonces, ¿por qué diablos se había puesto así? ¿Hecho un basilisco?

Se había levantado de la silla como una fiera cuando había advertido el revuelo que se estaba formando al otro lado de la mesa y que Daniela era la protagonista. De inmediato adivinó el motivo de la discusión. Sin pensárselo dos veces, fue hacia ella, la agarró del brazo y tiró de él para sacarla de allí. Le había hervido la sangre.

Repasó mentalmente la bronca que había tenido lugar después en el pasillo, al tiempo que el agua resbalaba por su cuerpo desnudo. Rememoró cada una de las palabras que se habían dicho; cada gesto… Y las lágrimas de Daniela deslizándose por sus mejillas.

Incluso él le había amenazado con acabar con ella como si fuera un

capo de la mafia. ¿Había llegado a ese extremo? ¡Por Dios, era poco más que una niña! ¿Qué años tenía? ¿Veintidós? ¿Veintitrés?, se preguntó.

—¿Qué puñetas estás haciendo, Nathan? —se recriminó con rabia—. ¡*Fuck*! —exclamó.

Dio un puñetazo en los azulejos de la ducha.

Él siempre había condenado ese tipo de comportamientos deplorables de los hombres. Pero Jonas Maitland había humillado y menospreciado a Daniela y él lo había consentido.

Terminó de quitarse el jabón del cuerpo, cortó el grifo del agua de mala leche y salió de la ducha.

Daniela tenía razón, pensó mientras, apoyado en el lavabo con las manos, contemplaba su imagen en el espejo del cuarto de baño. Él no era diferente al bastardo de Maitland. Era un ser ruin, un rastrero. Era un miserable, como le había dicho Daniela. Aparte de un puto cabrón.

Los brazos se le tensaron, marcándosele cada músculo. Contrajo las mandíbulas con fuerza.

¿En qué clase de persona se había convertido? ¿En qué clase de hombre?

—En uno tan despreciable como Jonas Maitland —se respondió a sí mismo en voz baja—. En uno al que odio con toda mi alma.

Su mirada reflejaba un profundo desdén.

Cuando emergió a la suite, con una toalla atada a la cintura, Alicia le esperaba despierta sobre la cama, con la cabeza recostada en el codo y las piernas abiertas, en una posición claramente provocativa.

—Será mejor que te vayas —dijo Nathan en tono metálico.

Alicia entornó los ojos con una expresión a medio camino entre la incredulidad y el asombro.

—¿Es una broma? —le preguntó.

—No suelo bromear —respondió Nathan sin mover un solo músculo.

—No me puedes echar de este modo —se quejó ella.

—Lárgate —le dijo Nathan, sin que su tono de voz admitiera réplica alguna.

Alicia se levantó de la cama lanzándole una mirada furibunda, cogió la ropa de mala gana y se vistió lo más rápido que pudo, ante un Nathan indiferente que se había dado la vuelta, ofreciéndole la espalda, y que tenía la mirada perdida en un punto impreciso del paisaje que le regala la madrugada madrileña.

Antes de que Alicia abandonara la habitación, Nathan extrajo la cartera del bolsillo de su pantalón, sacó un billete de doscientos euros y lo tiró sobre la cama.

—Para que pagues el taxi y te compres un vestido nuevo —dijo.

Alicia lo miró con desdén, pero se inclinó, extendió la mano y cogió el billete.

Aparte de un buen polvo, al menos sacaré un vestido nuevo, se dijo para sí.

En silencio, se dio media vuelta y con todo el aire de dignidad que le permitían las circunstancias, enfiló los pasos hacia la puerta. El portazo que dio fue la única despedida.

Nathan se preguntó a qué venía tanta indignación en su rostro, como si esa mujer se hubiera pensado que era tan tonto para no darse cuenta de que era la típica cazafortunas. A las mujeres como ella las olía a kilómetros, y a esta la había calado desde el minuto uno. Una marioneta deslumbrada por su poder y su dinero, a la que podría manejar a su antojo, y a él no le gustaban las marionetas.

CAPÍTULO 28

El día siguiente amaneció con una tormenta en el horizonte. El aire era cálido y la promesa de lluvia auguraba una atmósfera pegajosa de insufrible bochorno.

Daniela se levantó de la cama con sumo sigilo para no despertar a Carlota. Le dio un beso en la frente antes de abandonar la habitación y fue a la cocina. Cogió la jarra de café recién hecho que había dejado su padre y se sirvió un poco en una taza. Necesitaba por lo menos un mínimo de cinco litros para deshacerse del atontamiento que invadía su cerebro.

No había pegado ojo. Cuando no había estado dando vueltas en la cama, había estado mirando el móvil, buscando una respuesta de Sergio que no llegaba nunca, y sino sus sueños se habían plagado de imágenes de la discusión que había mantenido con Nathan Littman. Su mente se empeñaba en evocar su mirada inquisitiva, el desprecio y la indiferencia impresos en sus palabras, la expresión amenazante…

Sintió una punzada de angustia en la boca del estómago.

Afortunadamente todo eso se iba a acabar aquella misma mañana.

Daniela cogió del aparador del pasillo el casco de la Vespa y salió a la calle. Alzó los ojos y miró al cielo. Frunció el ceño. Era una de esas mañanas grises y lluviosas en las que uno preferiría quedarse en la cama y no salir de ella en todo el día.

Si se daba prisa quizá no le pillara la tormenta.

Corrió hasta el lugar donde tenía aparcada la Vespa Piaggio, se apresuró a ponerse el casco y se subió en ella. Le quitó la pata de cabra con el pie y la arrancó. Dio un par de acelerones para que

entrara en calor.

Unos minutos después estaba sorteando coches y callejeando por Madrid en dirección al Eurostars. A mitad del trayecto, las nubes se cerraron en el cielo y comenzó a caer una tromba de agua.

—¡Porras! —farfulló Daniela, chasqueando la lengua.

El cielo estaba tan oscuro que parecía que se había hecho de noche.

Daniela aceleró la moto para tratar de avanzar más deprisa. Iba a terminar calada hasta los huesos. Pero la lluvia, que era torrencial en esos momentos, estaba retrasando la circulación y provocando un montón de atascos.

Llegó al Eurostars envuelta en una cortina de agua que apenas le dejaba algo de visibilidad. Aparcó la Vespa a continuación de la fila de motos que había estacionadas y se apeó de ella.

Se quitó el casco y lo iba a guardar en el pequeño maletero, pero el cierre estaba atascado y no podía abrirlo. Las gotas de lluvia le golpeaban con fuerza en la cara y el cuerpo.

—¡Maldita sea! —se quejó mientras trasteaba con la cerradura, tratando de abrirlo—. Se tenía que atascar precisamente ahora ¡Ahora! ¡No había otro momento! ¡Porras, porras y porras!

Se estaba calando. Una ráfaga de viento agitó su largo pelo.

De pronto, la lluvia dejó de golpearle, aunque seguía cayendo torrencialmente a su alrededor. ¿Entonces? ¿Por qué no se estaba mojando? ¿Qué pasaba? Confusa, levantó el rostro y vio el borde de un enorme paraguas de color negro sobre su cabeza. Cuando se giró, se topó con los ojos verdes y sombreados por las largas y densas pestañas de Nathan Littman. El corazón le dio un vuelco.

—Señor Littman… —pudo articular únicamente, debido a la sorpresa.

En esos momentos el cierre del maletero de la Vespa cedió y se abrió de golpe. Daniela aprovechó la interrupción para guardar el casco en su interior. Entonces fue consciente de que le temblaban las manos.

—No hace falta que me resguarde con su paraguas —dijo cuando cerró el maletero.

—Está empapada de la cabeza a los pies —fue la respuesta de Nathan, que se mantenía estoicamente de pie sujetando el paraguas.

A Daniela no le quedó más remedio que girarse y comenzar a andar con él.

—Eso… Eso es problema mío —tartamudeó. Aunque hizo todo lo posible para que su voz sonara firme, no lo consiguió.

—Qué graciosa está cuando trata de hacerse la dura —dijo Nathan, con media sonrisa asomando a los labios.

Daniela levantó una ceja y lo miró de soslayo. Parecía que la situación o su azoramiento le estaban divirtiendo.

¿Qué? ¿Hacerme la dura? ¿Se está burlando de mí?

Apartó la mirada y siguió caminando. ¿Por qué Nathan Littman tenía que tener una sonrisa tan atractiva?

—Me alegra saber que le resulto graciosa —ironizó.

—No se ofenda.

La voz de Nathan era pausada y tenía un matiz sarcástico.

—Con usted resulta difícil no sentirse ofendida —dijo Daniela, sin ni siquiera girar el rostro para mirarlo.

Nathan bajó la vista y se quedó observándola. Daniela podía sentir sus ojos fijos en ella, como si fueran de fuego. Aprovechando que habían llegado a la puerta giratoria del hotel y que Gus estaba apostado a un lado esperando la llegada de algún cliente, lo saludó para así cortar lo que fuera a decirle Nathan.

—Hola, Gus.

—Buenos días —respondió él, serio.

Desde que sabía que iba a ser despedido —le quedaban ya solo unos días—, Gustavo estaba serio y circunspecto. En esos momentos Daniela le entendía mejor que nadie. En unas horas ella estaría en las

mismas circunstancias que él.

Finalmente Nathan y ella entraron en el hotel.

—Buenos días, Cris —saludó Daniela a la recepcionista.

—Buenos días, Dani —correspondió ella en tono excesivamente formal y con una rigidez extraña en el rostro.

Daniela se dio cuenta de que la gente no actuaba con normalidad delante de Nathan Littman. No se sorprendió. A ella le pasaba igual. A veces ni siquiera era capaz de proceder con coherencia en su presencia.

Aunque nadie se atrevía a comentarlo en alto, ya era *vox populi* que iba a comprar el Eurostars, que se convertiría en el nuevo dueño, y eso hacía que los empleados actuaran con una formalidad impostada cuando estaba delante. Todo el mundo lo encontraba intimidante y se echaba a temblar en su presencia. Algo con lo que él parecía estar muy cómodo.

—Quiero hablar con usted —dijo Nathan, al tiempo que plegaba el paraguas.

—No tenemos… nada de qué hablar —objetó Daniela, sacudiéndose las gotas de lluvia de la ropa—. Solo voy a hablar con el señor Barrachina y será para decirle que dejo mi puesto de trabajo. No voy a permitirle que me humille más —concluyó.

Escuchar que iba a renunciar a su puesto de trabajo no le gustó demasiado a Nathan, aunque no lo demostró.

—Antes de hablar con el señor Barrachina suba a mi habitación, quiero hablar con usted —repitió en tono autoritario.

—Ya le he dicho que no…

—Por favor —cortó Nathan a Daniela con suavidad.

La voz de Nathan sonaba desconocida. Daniela alzó la vista. Había algo extraño en el fondo de sus ojos. Algo que no había visto nunca. Algo que hacía que fuese muy difícil decirle que no; imposible, de hecho.

Y antes de que pudiera negarse, estaba asintiendo con la cabeza. Daniela no lograba comprender por qué aquel hombre la desarmaba tan fácilmente. ¿Era su mirada hipnotizadora? ¿El poder que emanaba? Todo en Nathan Littman resultaba abrumador; su porte solemne, su magnética mirada, sus elegantísimos trajes hechos a medida…

—Está bien —accedió a medio tono.

—Espéreme en la suite. Iré en diez minutos. Tengo que ocuparme de un asunto.

CAPÍTULO 29

Daniela se miró en el espejo de cuerpo entero de la habitación de Nathan. Se alisó el pelo medio mojado con la mano, tratando de mejorar su aspecto. Estaba hecha un desastre. Tenía la melena y la ropa empapada y la falta de sueño habían acentuado unas ojeras de color violáceo debajo de sus ojos. Cualquiera hubiera dicho que acababa de venir de recoger un paquete de droga en algún tugurio de mala muerte.

Dejó de insistir. Era imposible arreglar nada. Además, el cansancio estaba a punto de desembocar en un intenso dolor de cabeza.

Dio una vuelta por la habitación. Había estado en ella centenares de veces, pero en esos momentos parecía haber adquirido otra dimensión más grotesca, más lúgubre. Que el cielo estuviera teñido de negro ayudaba a alimentar esa sensación.

¿De qué quería hablarle Nathan? Estaba segura de que iba a terminar con la discusión del día anterior y a ponerla en su sitio. Pero ya le había dejado claro que iba a irse del hotel, así que no tendría ningún sentido. Y si lo que quería era volver a humillarla del modo que lo había hecho el día anterior, no le iba a dejar. Hasta ahí no estaba dispuesta a llegar.

Se abrazó a sí misma mientras contemplaba Madrid envuelta en la atmósfera melancólica que le confería el gris de la tormenta. Más allá de los interminables edificios y de las Torres Kio se extendía una cadena de montañas que delineaba el horizonte con una silueta irregular. Aún más desdibujada en esos momentos por las cortinas de agua.

Hacía un calor bochornoso, pero Daniela sentía escalofríos. Pensar en enfrentarse de nuevo a Nathan Littman, a su voz acerada, a su mirada amenazante…

Respiró hondo tratando de tranquilizarse.

—Cálmate, Daniela —se dijo—. Tú ya has tomado una decisión. Ya no te debes a él.

Y aún todo, tenía el estómago encogido por la ansiedad y la excitación.

Dio otra vuelta por la habitación. Al pasar cerca de la cama, se percató de que el aire olía raro. Inhaló profundamente. Era perfume. De mujer.

¿Nathan había pasado la noche con una mujer? Se giró hacia la cama. Estaba totalmente desvencijada, con las sábanas tiradas por el suelo. Nada que ver con los días anteriores, en los que apenas estaba deshecha.

Sí, definitivamente había pasado la noche con una mujer. Eso, o había cruzado un tornado la habitación.

Pensar en esa posibilidad le produjo una sensación rara. El subconsciente la traicionó y se sorprendió preguntándose cómo haría el amor el señor Littman. ¿Sería apasionado? ¿O frío?

No podía imaginarse a Nathan Littman siendo tierno, cariñoso, romántico, ni nada de esas cosas. Era un hombre demasiado duro para sentimentalismos.

No creo que haga el amor, se respondió a sí misma. *Hacer el amor no es la expresión correcta. El amor no tiene nada que ver. Follar es la palabra más apropiada. Aunque sea más cruda.*

Nathan abrió la puerta y entró en la suite.

Daniela se encontraba frente a los ventanales, de espaldas a él. Su silueta menuda se recortaba contra el fondo gris del cielo. El largo

cabello castaño caía suelto y mojado sobre los hombros rectos.

No se giró. La tormenta que sacudía Madrid se llevaba todos los sonidos, amortiguando los pasos de Nathan, que aprovechó el momento para observarla.

Presumió que estaba nerviosa, porque no dejaba de apretarse los brazos.

Carraspeó.

Daniela se dio la vuelta.

—No le he oído llegar —dijo algo sobresaltada.

—Siéntese —indicó Nathan, adentrándose en la habitación.

—Prefiero quedarme de pie —repuso Daniela.

Nathan la miró durante un rato más. No era difícil adivinar que no había dormido mucho, porque se percibía el cansancio en su rostro ovalado y unas ligeras ojeras violáceas bajo los ojos azules.

Daniela trató de imaginarse qué podía estar pensando Nathan. Pero no lo sabía. Ojalá lo supiera. Ojalá pudiera leer sus pensamientos.

—Como quiera —dijo Nathan al cabo de unos segundos.

En ese instante, unos nudillos golpearon la puerta.

—Adelante —dio permiso Nathan.

La puerta se abrió y Richard, el asesor de Nathan, asomó la cabeza por ella.

—Señor Littman…

—Ahora no —le cortó Nathan.

—Es que…

—¿No puedes solucionarlo tú?

—Sí, bueno… —titubeó el asesor.

—Entonces, ocúpate de ello, Richard.

—Sí, señor —asintió servicialmente el asesor.

Richard inclinó ligeramente la cabeza antes de desaparecer y cerrar la puerta, dejando la suite en silencio. Nathan giró el rostro y le devolvió su atención a Daniela. Sus ojos verdes se posaron en ella de nuevo. Daniela lo miraba impaciente.

—Tenemos que hablar de lo que pasó ayer.

Daniela se movió incómoda en el sitio.

—Señor Littman, ya está todo claro —dijo imprimiendo firmeza a su voz y tragándose el miedo que la atenazaba—. He tomado una decisión y no voy a darle el gusto de que me despida. No…

—Quiero pedirle disculpas —la interrumpió Nathan.

Durante un segundo Daniela pensó que la mandíbula se le caería al suelo. Parpadeó un par de veces, atónita. Tenía que haber escuchado mal. Sí, tenía que ser eso. O una broma. ¿Dónde estaba la cámara oculta?

—No estuve acertado —continuó Nathan—. Siempre he condenado ese tipo de comportamientos. Me parecen repugnantes. No quiero que piense de mí lo que no soy —concluyó.

¿Desde cuándo le importa al señor Littman lo que yo piense de él?, se preguntó extrañada Daniela.

—No sé qué decir… —apuntó. Realmente se había quedado sin palabras.

—Dígame si acepta mis disculpas —dijo Nathan.

—Sí, claro que sí —respondió Daniela cuando pudo reaccionar.

—Espero que reconsidere lo de renunciar a su puesto de trabajo.

—Bueno, supongo que las circunstancias ahora son otras… —titubeó Daniela.

Se quedó callada, todavía sin saber qué decir. Pensaba que Nathan iba a reprenderla de nuevo y estaba preparada para defenderse. Pero por alguna razón que no terminaba de entender, le había pedido disculpas por su comportamiento del día anterior, y eso era lo que menos se esperaba. La había descolocado por completo.

La manga de la camiseta resbaló por su hombro derecho, dejándolo al descubierto. Nathan deslizó la mirada y la posó en él.

Daniela carraspeó nerviosa.

—Será mejor que me vaya a cambiar, sino entraré tarde —atajó, arrugando la nariz. De ese modo respondía afirmativamente al deseo de Nathan y rompía el contacto visual con él.

—Antes dese una ducha caliente. Está empapada y puede resfriarse —le aconsejó Nathan de pronto.

Su voz sonaba templada, muy lejos de la dureza y la suficiencia con la que hablaba habitualmente.

Daniela no salía de su asombro. ¿Ahora se estaba preocupando de que no cogiera un resfriado?

—Sí, lo haré —dijo obediente, blandiendo una sonrisa amplia y genuina en los labios, que hizo que se le iluminara la cara.

CAPÍTULO 30

Nathan no perdió de vista a Daniela hasta que abandonó la suite. Resultaba inexplicable, pero era la primera vez en días que había conseguido relajarse.

Frunció el ceño.

¿Qué le estaba pasando?, se preguntó mientras introducía las manos en los bolsillos del pantalón. ¿Y qué tenía que ver aquella chica en su estado?

Estaba descolocado.

El día que la había sorprendido bailando y cantando *Can´t stop the feeling* de Justin Timerlake en el cuarto de baño mientras limpiaba, se había quedado observándola en silencio sin poder apartar los ojos de ella. Era tan entrañable que le había atrapado.

Había ido a la suite a recoger unos documentos para una reunión y se la había encontrado allí. Se había quedado extrañamente cautivado por su espontaneidad y por la naturalidad que emanaba, lejos de la tensión y la rigidez con que se comportaba cuando él estaba delante. Ella no habría actuado así si hubiera sabido que estaba allí, y eso era precisamente lo que le había llamado la atención, que nunca la había visto así; siendo ella misma. Y se la veía tan cándida, tan sincera, tan genuina…

Estaba risueña, alegre, y se movía divertida de un lado a otro al ritmo de la canción de Justin Timerlake, chapurreando un inglés armonioso aunque con un marcado acento. Aquello había hecho que sonriera involuntariamente para sus adentros. Daniela poseía una extraña mezcla de belleza e inocencia. De pronto, era como una

bocanada de aire fresco.

Cuando finalmente se giró y se topó con él, abrió los ojos como una niña pequeña a la que acaban de encontrar haciendo una travesura. Nathan pudo comprobar como sus mejillas se sonrojaban violentamente y como después demudaba la expresión de su rostro y volvía a adoptar esa rigidez pétrea. Y comprobó que la magia del momento se esfumaba con su sola presencia, como si él hubiera ensombrecido la escena.

Se había dado cuenta de que le gustaba observarla cuando ella ignoraba que estaba cerca. De eso modo podía verla siendo ella misma. Sin formalidades, sin protocolos, sin miedos…

Pero no solo era eso.

¿Qué sentía cuando la veía con su novio? Era extraño, pero tenía que reconocer que no le gustaba. La noche anterior, cuando creía que se estaba besando con él en la pista del Gabana Club casi había reventado el vaso de cristal que tenía en la mano. ¿Por qué cojones le ocurría eso?

Que la idea de estar celoso se le pasara por la cabeza lo desconcertó. Esa, al igual que otras tantas emociones, era algo que no sentía desde hacía años, como si se le hubieran olvidado.

Era imposible que estuviera celoso. Imposible.

Aunque una cosa tenía clara: el novio de Daniela no era una persona de su agrado. No le había hecho nada, pero le caía mal. Sobre todo desde que había visto que la estaba engañando con otra chica. Pensar que le estaba poniendo los cuernos le resultó irritante.

—Hay que ser poco hombre… —masculló a media voz.

En cuanto Sú vio a Daniela, salió a su encuentro.

—¡Dios mío, Dani! ¿Te has visto? Estás calada hasta los huesos —

exclamó, inspeccionándola de arriba abajo con la mirada—. Pareces un perro mojado.

—Gracias, Sú —dijo ella, sarcástica.

—¿Qué te ha dicho el señor Barrachina? —le preguntó su amiga en tono impaciente.

—Al final no he hablado con él.

—¿No? ¿Por qué?

Daniela alzó la vista.

—¿Me creerías si te digo que el señor Littman me ha pedido disculpas?

—¿El señor Littman? ¿El mismo señor Littman que tiene a todo el hotel acobardado? ¿El mismo señor Littman que te mira y hace que te cagues por la pata abajo? —dijo Sú. Daniela asintió varias veces con la cabeza—. ¡No me jodas! —profirió Sú totalmente flipada—. ¿Se ha disculpado por lo que pasó con el mamarracho que trató de meterte mano en la reunión?

—Sí —afirmó Daniela. Hizo una mueca con la boca—. No se ha extendido mucho, la verdad. Ha sido parco en palabras. Pero sí, se ha disculpado. Me ha dicho que ese tipo de comportamientos le parecen repugnantes y que no estuvo acertado.

—Bueno, aunque no se haya extendido mucho, menos es nada. Al menos se ha disculpado.

Daniela se metió un par de mechones mojados detrás de las orejas.

—Sí, también me ha dicho que no quiere que piense de él lo que no es.

—Alucinante. ¿Desde cuándo a ese hombre le importa lo que piense la gente?

Daniela se encogió de hombros.

—Eso mismo he pensado yo —comentó.

—La verdad es que se pasó tres pueblos, Dani —señaló Sú—. Debió

de tratar el tema con más tacto. Sobre todo, siendo algo tan delicado, y no ponerse contigo como un energúmeno.

—Pues sí, pero ya sabes cómo es.

—Sí, implacable.

—Pero no solo se ha disculpado —volvió a hablar Daniela—. Cuando estaba aparcando la moto, me ha resguardado con su paraguas para que no me mojara, porque en esos momentos estaba cayendo toda el agua del Atlántico y del Pacífico a la vez.

—¡¿Qué me dices?! ¡¿En serio?! —gritó Sú.

Daniela se llevó el índice a los labios.

—Shhh… —la silenció—. Nos van a oír y nos va a caer la bronca del siglo —murmuró—. Sí, en serio —dijo después—. Yo sí que he flipado en colores cuando le he visto. Parecía un guardaespaldas.

—No, si al final va a ser un príncipe azul —observó Sú.

—Sí, sí, un príncipe azul… —se mofó Daniela—. Si hay un hombre en el mundo más alejado de ser un príncipe azul ese es Nathan Littman. Te lo aseguro.

Ambas se echaron a reír, tapándose la boca con la mano para que no les oyeran.

En esos momentos Sú pareció caer en algo. La expresión de su rostro se esponjó.

—¿Ya no vas a hablar con el señor Barrachina? —le preguntó a Daniela.

Daniela hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No —respondió.

—¿Entonces, no te vas del Eurostars?

Daniela movió la cabeza, negando otra vez.

—No —dijo, delineando una sonrisa en los labios—. Bueno, por ahora no —matizó con un viso de broma en la voz.

Sú se lanzó a ella y la abrazó.

—¡No sabes cuánto me alegro, cielo! —dijo sin ocultar su entusiasmo—. No me imaginaba aquí sin ti. Te lo juro. Esto sería una pesadilla.

Daniela se separó.

—¡Deja de exagerar, Sú! —dijo riéndose.

—No estoy exagerando. El Eurostars sería el mismísimo averno sin ti. Demonio incluido —dijo Sú, refiriéndose a Nathan.

Daniela puso los ojos en blanco y echó la cabeza hacia atrás teatralmente.

—Me voy a duchar antes de coger un resfriado —repuso, dándose por vencida.

—¿Te veo a la hora del café?

—Espero haber acabado con las habitaciones para entonces. —Consultó su reloj de muñeca—. De momento, voy con retraso. Así que me piro.

Dio un beso rápido a Sú a modo de despedida y echó a correr hacia la habitación antes de que el señor Barrachina la pillara.

—Hasta luego —dijo al vuelo.

—Hasta luego —correspondió Sú.

CAPÍTULO 31

Daniela cada vez estaba más desconcertada con la actitud de Sergio. Él le había pedido perdón por su comportamiento, alegando que era culpa del trabajo, pero no estaba mucho por la labor de cambiar, según estaba comprobando.

Le había surgido un viaje de trabajo de improviso y se había ido a Castellón durante una semana sin ni siquiera despedirse de ella, excepto por unas escuetas palabras que habían intercambiado en una llamada de teléfono que no había durado más de un par de minutos.

Ya no sabía qué pensar, y lo que le decía el sentido común no le gustaba. No le gustaba nada.

Daniela entró en la suite de Nathan dispuesta a limpiarla como cada mañana. Se quedó sin aire cuando lo vio ataviado solo con el pantalón del traje. Le caía ligeramente por las caderas, confiriéndole un toque muy sugestivo.

Tenía el torso desnudo, dejando a la vista unos músculos definidos con una perfección casi de estatua de Miguel Ángel. Estaba de espaldas, mirando a través del enorme ventanal, con un brazo apoyado en el cristal a la altura de la frente. Aunque no podía leer la expresión de su cara, parecía vagamente distraído, cabizbajo, absorto en sus pensamientos o en sus recuerdos.

Nathan Littman era arrogante e insufrible, pero también

tremendamente sexy.

—Perdón —dijo Daniela con un ligero rubor en las mejillas. La voz le salió algo titubeante por la sorpresa—. Pensé que la habitación estaba vacía… —se excusó con palabras atropelladas—. Ya me voy, no quiero molestarle —añadió deprisa.

Nathan giró el rostro.

—No me molesta… —dijo.

Aunque sea extraño, no me molestas, continuó la frase para sus adentros.

Durante un instante Daniela tuvo la sensación de que incluso Nathan se había sorprendido de haber dicho eso y en el tono suave en el que lo había hecho.

Nathan volvió a girarse hacia la ventana y volvió a perder la mirada en un punto indeterminado de la nada. Fuera hacía un día precioso, con un cielo desnudo de nubes y de un azul radiante. Parecía querer disculparse por la tromba de agua que había caído el día anterior.

¿Qué le pasaba?, se preguntó Daniela. No estaba como otros días. En el fondo de sus exóticos ojos verdes descansaba un sentimiento que ella no supo interpretar. ¿Era tristeza? ¿Desolación? ¿Melancolía?

—Las vistas son preciosas, ¿verdad? —le comentó tímida, al percibir su estado de apatía.

Al ver que Nathan no respondía de inmediato, Daniela se arrepintió de haberle preguntado. Su espontaneidad debía resultarle insoportable.

Su sola presencia normalmente lo habría irritado, pero la mirada limpia de los ojos azul cielo de Daniela de pronto lo desarmó. Tal vez podía bajar la guardia por una vez.

—Sí, lo son —respondió con voz neutra al cabo de unos segundos.

Daniela soltó el aire de los pulmones, aliviada. Permaneció un momento en silencio.

—Quizá hay ciudades con *skylines* más bonitos —se animó a decir,

hablando con rapidez. Respiró hondo y continuó de forma más lenta —. Pero desde el Eurostars, la visión de la totalidad de los edificios de Madrid es preciosa. Aquí no contamos con muchas construcciones que permitan ver este maravilloso panorama urbano.

—Madrid es una ciudad fascinante —dijo Nathan.

—¿Había estado antes?

—Sí. Siempre he tenido negocios aquí.

—Y… ¿le gusta España? —se atrevió a seguir con la conversación, temiendo que en cualquier momento Nathan pudiera responderle de manera desdeñosa.

Nathan se dio la vuelta hacia ella y se quedó mirándola. Sin saber el motivo, se descubrió escrutando sus rasgos en busca de una reacción determinada. Daniela, por su parte, intentaba concentrarse en su rostro, pero los ojos se le iban inevitablemente al torso musculado. Así que acabó bajando la vista.

—Puede ordenarme que me calle cuando quiera —bromeó, tratando de desviar la atención.

Levantó la mirada, sonriendo, y a Nathan le pareció que su rostro era el más angelical del mundo. La larga melena castaña, que llevaba recogida en una coleta alta, enmarcaba unos rasgos suaves y delicados. Tenía una barbilla pequeña y redonda y unos labios exquisitamente dibujados.

—No voy a ordenarle que se calle —repuso—. Y sí, me gusta España.

Un silencio cargado de un extraño significado gravitó sobre sus cabezas. Algo incómoda, Daniela se colocó detrás de la oreja un mechón que se le había soltado de la coleta y carraspeó.

—Será mejor que me ponga a trabajar —dijo, antes de girarse para ir a buscar el carro.

—Señorita Martín…

La voz de Nathan hizo que Daniela se detuviera en seco. Se giró con

expresión insegura.

—Dígame —dijo.

—El día que nos conocimos no fui muy amable con usted —comenzó Nathan—. ¿Cree que podríamos empezar de nuevo con mejor pie? —le preguntó.

¿Estaba hablando en serio?, se preguntó Daniela. ¿Nathan Littman estaba siendo… cordial con ella?

A Daniela se le secó la boca.

—Bueno… podemos intentarlo —respondió, y sin darse cuenta sonrió.

Nathan dio un paso hacia ella y alargó el brazo, ofreciéndole la mano.

—Soy Nathan Littman —se presentó en tono profundo y seductor.

Daniela no pudo evitar fijarse en que sus dedos eran largos y elegantes, con unas uñas perfectamente recortadas; y la palma era ancha y fuerte.

Estiró su brazo y le estrechó la mano como si fuera la primera vez que se vieran. El roce de los dedos la hizo estremecer y su corazón se aceleró. Durante una fracción de segundo se quedó atrapada en la mirada de Nathan, que en esos momentos estudiaba su rostro con detenimiento.

—Yo soy Daniela Martín —dijo algo intimidada.

—Es un placer conocerla, Daniela.

Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila. Y en sus labios, cada sílaba de su nombre sonaba como una melodía extremadamente dulce, como un poema. ¿Cómo podía una sola palabra escucharse con tanta sensualidad?

—El placer es… es mío —correspondió Daniela, tratando de apartar de su mente lo que su nombre en boca de Nathan había provocado en ella.

CAPÍTULO 32

Daniela no sabía bien qué etiqueta ponerle a lo que había pasado con el señor Littman. Cuando salió de la suite, se recostó en la pared del pasillo, y permaneció allí, en pie, inmóvil, durante un par de minutos, preguntándose qué acababa de suceder, a qué se había debido aquella extraña situación. Después había estado el resto de la mañana pensando en ello y no lograba concentrarse en nada que no fuera su voz amable y su torso desnudo, cuya imagen se empeñaba en no abandonar su mente.

—¿Qué me está pasando? —se preguntó desconcertada.

Sacudió la cabeza intentando deshacerse de Nathan.

Dejó el carro en el cuarto de la limpieza y bajó corriendo a tomarse un café. Sú se encontraba hablando con Irene en la parte trasera del hotel, mientras disfrutaban de un poco de sol.

—Hola, chicas —las saludó.

—Hola, Dani —respondieran ellas casi al mismo tiempo.

—¿Qué tal la mañana? —les preguntó.

—La mía no ha estado mal —dijo Irene.

—La mía fatal —saltó Sú—. El matrimonio de la 1567 es más pesado que una vaca en brazos. He tenido que colocar las toallas del baño unas diez veces para que quedaran exactamente como querían ellos. ¡A veces pienso que este trabajo va a acabar conmigo!

Daniela reprimió una risilla.

—Paciencia —le aconsejó Irene. Dio una última calada al cigarrillo que se estaba fumando, tiró la colilla al suelo y la pisó—. Os dejo,

tengo que seguir. Hasta luego.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Daniela sacó el móvil de uno de los bolsillos del uniforme y consultó la pantalla. Dejó escapar un suspiro al ver que no tenía nada de Sergio, ni tan siquiera un triste WhatsApp. Era frustrante.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sú.

Daniela guardó el teléfono y se recostó en la pared.

—No sé nada de Sergio desde que se fue a Castellón —respondió.

—¿Y de eso, hace…?

—Dos días.

—Seguro que está muy ocupado —sugirió Sú.

—¿Tanto como para no tener tiempo de mandarme un puto WhatsApp? —ironizó Daniela. Guardó silencio unos segundos antes de decir—: Empiezo a olerme que hay gato encerrado… O gata, que es peor.

Sú bufó.

—Venga, Dani. No me puedo creer que albergues en la cabeza la idea de que Sergio te engaña —dijo.

—Es que ya no sé qué pensar, Sú —prorrumpió ella—. Te juro que ya no sé qué pensar…

—Que está hasta arriba de curro —propuso Sú.

—Cuando alguien quiere sacar tiempo para hablar con su pareja, lo saca, aunque esté trabajando las veinticuatro horas del día. —Daniela chasqueó la lengua—. Estoy cansada de este tema, de estar así con Sergio, de que pase totalmente de mí… Su indiferencia me está matando.

La voz se le quebró. Sú la abrazó.

—No te preocupes, cielo —la consoló—. Seguro que solo es una

mala época.

—Yo no creo que se trate solo de una mala época.

—¿Y qué vas a hacer?

—Empezar a tomar las decisiones que llevo tiempo postergando —respondió Daniela intentando contener las lágrimas.

Sú le cogió el rostro y le dio un beso en la frente. Le dolía mucho ver a Daniela así. No se merecía lo que le estaba haciendo Sergio.

—Cuéntame, ¿cómo te ha ido hoy con Nathan «El Todopoderoso»? —dijo sonriente, cambiando de tema a propósito. No quería ver llorar a Daniela. Aunque, como un instante después pensó, quizá hablar del señor Littman no era lo más idóneo. Él también había hecho llorar a Daniela, incluso casi llegó a tener un ataque de ansiedad por su culpa.

—Raro —respondió Daniela.

—¿Raro? —repitió Sú ceñuda.

—Sí, raro. —Daniela arrugó la nariz—. No sé… Todo es un poco raro. Está… —buscó la palabra adecuada— … amable —dijo.

—¿Amable? —Sú parecía escéptica—. El señor Littman no conoce la amabilidad. No la conocería ni aunque le diera de lleno en las narices.

—Ya lo sé —repuso Daniela—. Pero estos últimos días está amable. Hoy hemos tenido una breve conversación sin que me haya enseñado los dientes.

—Quizá quiera acallar su conciencia. Contigo se ha portado como un capullo.

Daniela alzó los hombros.

—Quizá… ¿Sabes qué? Hoy estaba extraño... Como triste. Es la primera vez que he visto sufrimiento en el fondo de sus ojos.

—Bueno, todos tenemos días malos, días en los que estamos bajos de ánimo —comentó Sú—. Incluso el señor Littman tendrá su corazoncito. Aunque sea pequeño como un guisante.

—Creo que se trata de algo más que de un día de bajón. Tengo la

sensación de que Nathan Littman esconde algo.

—¿Crees que habrá matado a alguien y que lo que esconde es un cadáver?

—¡Sú, estoy hablando en serio! He visto un destello de tristeza en sus ojos. Es como si llevara sobre sus espaldas el peso de una pena o de una culpa, no sé…

En esos momentos el teléfono de Daniela sonó, interrumpiendo la conversación. Lo sacó rápidamente del bolsillo con la esperanza de que fuera Sergio. No pudo evitar sentirse un poco desilusionada cuando vio en la pantalla que era su padre.

Descolgó.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Qué tal todo por casa? ¿Carlota está bien? —preguntó Daniela en tono de alarma.

—Sí, está bien. Daniela, mañana tiene que ir al médico para que le realicen los análisis de los índices tumorales. He tratado por todos los medios de que mi jefe me diera la mañana libre para poder llevarla, pero me ha sido imposible. Estamos muy liados y se ha negado en rotundo. ¿Puedes llevarla tú?

—Yo también tengo que trabajar, pero le puedo pedir un par de horas libres al señor Barrachina.

El padre de Daniela respiró aliviado al otro lado de la línea.

—Es a las once, ¿verdad? —preguntó Daniela.

—Sí, a las once.

—No te preocupes, papá. Iré a recoger a Carlota y la llevaré a hacerse los análisis —dijo Daniela.

Había notado la voz de su padre intranquila por no poder llevar a su hermana al hospital y quería tranquilizarlo. Ella se encargaría de todo.

CAPÍTULO 33

Daniela se pasó las siguientes horas de la mañana buscando al señor Barrachina, pero no dio con él. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Afortunadamente se lo encontró a media tarde cuando iba de camino a la recepción del hotel a dar un recado a Cris, la recepcionista.

—Señor Barrachina… —le llamó. El señor Barrachina se giró—. ¿Puedo hablar con usted?

El gerente la miró de arriba abajo con sus pequeños ojos de cuervo.

—Serán solo un par de minutos —dijo Daniela, al ver que guardaba silencio.

—Dígame —respondió el señor Barrachina con apatía.

—Quería pedirle dos horas libres mañana por la mañana. Mi hermana tiene que ir al médico para que le hagan unos análisis y mi padre no puede llevarla.

El gerente entornó la mirada.

—Señorita Daniela, ¿usted se ha creído que esto es un patio de escuela, donde se puede faltar cuando se quiera? —le preguntó.

—No es porque quiera —argumentó Daniela, templada—. Es por una causa de fuerza mayor. Son unos análisis muy importantes para ver cómo están los índices tumorales…

—No me importa de qué sean los análisis que tienen que hacer a su hermana. Ya le he dicho que esto no es un patio de escuela —le cortó el señor Barrachina.

—Pero solo serán un par de horas —se adelantó a decir Daniela para

ver si podía convencerlo. El tono de voz se escuchaba con una nota de desesperación—. Las recuperaré cuando quiera.

El gerente sonrió de forma lasciva para sus adentros. A él se le ocurría una muy buena forma de que recuperara esas horas. Lástima que Daniela no fuera una de esas mujeres dispuesta a pasar por la piedra.

—Ni un par de horas, ni un par de minutos —atajó en tono serio.

—Por favor… —le rogó Daniela.

El señor Barrachina no se negó a sí mismo que le gustaba verla así, implorándole. Se la imaginó suplicándole que la follara. La imagen que se conjuró en su mente hizo que se le pusiera dura. Se recompuso.

—Apáñeselas como pueda con su hermana, no es mi problema —dijo—. Pero mañana la quiero ver aquí.

Los ojos de Daniela se humedecieron. ¿Qué iba a hacer si no le daba dos horas libres para llevar a Carlota a hacerse los análisis? Su padre no podía.

Apretó los labios con fuerza para no llorar. No le daría ese gusto al señor Barrachina. Antes de que las lágrimas comenzaran a rodar por sus mejillas, se dio media vuelta en silencio y se alejó de allí.

El gerente apartó la mirada de Daniela solo cuando ella dobló la esquina de uno los pasillos. Cuando se giró, dispuesto a irse, se encontró con Nathan Littman. ¿De dónde había salido?, se preguntó. Estaba a solo un par de metros de él.

—¿Cree que esa es forma de tratar a una empleada? —aseveró Nathan con gravedad en la voz.

—Señor Littman, si no manejamos a los trabajadores con mano dura, terminan perdiéndonos el respeto —alegó el gerente.

—Por favor, solo le ha pedido un par de horas para llevar a su hermana al médico —alegó Nathan en tono serio.

—Se empieza pidiendo un par de horas y se sigue…

—¿Me está llevando la contraria, señor Barrachina? —le cortó

Nathan con suficiencia y sin ningún tipo de pudor.

El gerente maldijo en su interior. Estaba entre la espada y la pared. Detestaba tener que bajarse los pantalones y sobre todo delante del hijo de puta de Nathan Littman. Aquel hombre le caía francamente mal. Maldito el día en que se interesó por el Eurostars. Casi era mejor que el hotel se hundiera en la miseria a tener que lidiar con él.

No le quedaba más remedio que claudicar, sino el consejo de administración le cortaría la cabeza. Él era el principal culpable de que el Eurostars estuviera en aquella tesitura tan delicada.

—Oh, no, no… —negó en tono condescendiente—. Lo que digo es que…

—Quiero que vaya hablar con la señorita Martín y que le diga que puede tomarse la mañana libre —dijo Nathan.

—¿La mañana entera? —repitió el señor Barrachina frunciendo el ceño—. Pero ella solo necesita un par de…

—Y no solo le va a decir que tiene la mañana libre —continuó Nathan, obviando al gerente—, también le va a pedir disculpas, y le va a decir que puede cogerse todos los días que necesite para acompañar a su hermana al médico.

El gerente no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo iba él a pedirle disculpas a una empleada?, se preguntó indignado.

—Pero, yo no puedo rebajarme a una…

—Hágalo —le ordenó Nathan en un tono de voz que no aceptaba objeción—. Si no lo hace, me veré obligado a tomar medidas contra usted —añadió—. Y le garantizo que no serían muy agradables.

El señor Barrachina contrajo las mandíbulas. Le hervían los pulmones de la rabia contenida.

—Sí, señor —accedió a media voz.

Nathan se estiró los puños de la camisa en un gesto que dejaba muy claro quién tenía el poder, y echó a andar. El señor Barrachina apretó las manos cuando pasó a su lado.

Aborrecía a Nathan Littman. Solo por llevarle la contraria y dejarle mal le había ordenado que pidiera disculpas a Daniela.

Lanzó al aire un gruñido ahogado.

CAPÍTULO 34

Nathan sacó la tarjeta-llave de la suite, abrió la puerta y entró. Las luces de los alógenos se encendieron automáticamente. Avanzó por la habitación mientras se deshacía de la chaqueta y se desanudaba la corbata para sacársela por la cabeza. Tiró ambas cosas sobre el sillón.

El teléfono le vibró dentro del bolsillo del pantalón. Lo extrajo y comprobó que Bárbara lo estaba llamando. Aquella era una de las tantas veces que había intentado ponerse en contacto con él. Descolgó la llamada y se acercó el móvil al oído al tiempo que resoplaba de fastidio.

—Bárbara, ¿qué quieres? —habló en inglés, sin molestarse en saludarla.

—Veo que no estás de buen humor —respondió ella.

—¿Qué quieres? —repitió él.

—Saber cómo estás, Nathan. No sé nada de ti desde que te fuiste a España.

—Creo que te he dejado claro en todo momento qué clase de relación tenemos —dijo Nathan, seco—. Y esta llamada sobra, Bárbara.

—Sé que tipo de relación tenemos —dijo ella en tono de resignación.

Sé que solo es sexual…, se respondió en silencio.

—Simplemente quería saber cómo te encuentras. Si estás bien… —continuó.

—Estoy bien —se adelantó a decir Nathan.

La escuchó resoplar y después llegó hasta su oído el susurro de una voz masculina.

—Tengo que dejarte —dijo Bárbara a modo de despedida. De repente parecía tener prisa.

Nathan dio por finalizada la llamada sin pronunciar más palabra. Colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa de roble de la sala de estar.

No era difícil suponer quién podía ser esa voz susurrante. Bárbara no era mujer de un solo hombre. Ni siquiera lo era cuando estaba con él. Eso es algo que había sabido desde el principio y esa había sido precisamente la razón que lo había empujado a mantenerla en el tiempo a su lado, aunque solo fuera para follar.

Se acercó al inmenso ventanal y lanzó un vistazo por los cristales. Estaba empezando a oscurecer. Movió el cuello de un lado a otro para desentumecerlo. Cuando lo enderezó de nuevo, se recreó en la hermosa panorámica que le regalaba la ciudad.

Apagó las luces y con el *skyline* de Madrid reflejado en sus ojos, se sentó en el sofá y se sumergió en las sombras de la suite.

Daniela tenía razón. Las vistas desde el Eurostars eran preciosas. De postal cosmopolita. Quizá no eran tan impresionantes como las que él estaba acostumbrado a ver en Nueva York, en Chicago o en Miami, pero eso no les restaba belleza a estas.

Daniela…

Evocó el momento en que él había alargado el brazo para presentarse de nuevo. Daniela tenía la piel tan suave como el terciopelo. Al sentir el roce de los dedos había notado como una corriente de sensualidad lo recorría. Daniela se había sonrojado y Nathan había percibido que le temblaba la mano.

Y, por alguna razón, eso le encantó.

No podía evitar que le gustara verla azorada. Eso le confería un toque más inocente, si cabía. Le gustaba la candidez que emanaba porque era el concepto más opuesto a él.

De repente, la imagen de Pedro Barrachina apareció traicioneramente en su mente, haciéndole apretar los dientes. No sabía el motivo, pero no iba a permitirle que tratara a Daniela del modo en que la había tratado.

Escuchó la conversación por casualidad cuando iba a salir del hotel y decidió esperar a que concluyera para ver cómo actuaba el señor Barrachina. Había dejado a Daniela al borde del llanto, suplicándole que le diera libre un par de horas de la mañana siguiente.

Sus pensamientos se detuvieron en seco.

¿Acaso no había hecho él cosas parecidas centenares de veces con sus empleados? ¿Acaso no había actuado él del mismo modo con Daniela? ¿Cayendo sobre ella como un depredador?

Sí, claro que lo había hecho. Pero eso había sido antes.

¿Antes de qué?, se preguntó.

Antes de que la sonrisa de Daniela comenzase a transmitirle una paz de la que no disfrutaba desde hacía años. Desconocía qué estaba pasando, pero lo único que sabía era que su ingenuidad y su vulnerabilidad despertaban en él el deseo de protegerla, de cuidarla…

Estaba tan desconcertado con todo aquello…

Daniela aferró la pequeña mano de Carlota y le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

La enfermera ató la goma alrededor de su pálido brazo y se dispuso a extraerle la sangre.

—¿Preparada, preciosa? —le preguntó a Carlota con voz cariñosa.

Carlota afirmó con la cabeza.

La enfermera clavó la aguja en la vena con sumo cuidado. Unos segundos después la sangre brotó llenando un par de tubos de cristal. Carlota no se inmutó.

—¿Sabes que eres muy valiente? —comentó la enfermera mientras retiraba la goma de su brazo.

Carlota se encogió de hombros. Ella no sabía si era valiente o no. Ella lo que sabía es que tenía que hacerse unos análisis para tratar de ponerse bien.

—Es una campeona —intervino Daniela, orgullosa de su hermana, al ver cómo aguantaba de manera estoica el protocolo de los análisis. Ni siquiera los adultos soportaban con tanta serenidad la presencia de una jeringuilla como lo hacía Carlota.

La enfermera cogió una piruleta y se la tendió junto con otra sonrisa.

—Gracias —dijo Carlota con voz dulce, tomándola de su mano.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó Daniela a su hermana al salir del hospital.

—¿No tienes que ir a trabajar? —dijo ella.

—Hasta esta tarde no. Tengo toda la mañana libre. Así que las próximas horas podemos hacer lo que quieras.

A Carlota se le iluminaron los ojos. No había mejor plan que pasar la mañana con Daniela.

Hicieron de todo un poco. Se fueron de compras, dieron un paseo por El Retiro y se comieron un enorme helado de cucurucho mientras inmortalizaban los momentos con unos cuantos *selfies* que se hicieron entre risas. Pero todo en su justa medida para que Carlota no acusara el cansancio, ya que la leucemia la debilitaba mucho y rápidamente, y eso la obligaba a tener que dosificar la energía, aunque ella siempre sacaba fuerzas de flaqueza, pero a veces la enfermedad podía más.

CAPÍTULO 35

¿Qué estaba pasando últimamente? ¿Se habían alineado los planetas de alguna forma rara para que, de pronto, a todo el mundo le hubiera dado por ser aceptablemente amable?

Daniela no salía de su asombro. El señor Barrachina, del que hubiera jurado que se había dado un golpe en la cabeza que le había hecho cambiar de opinión, se había disculpado con ella y, finalmente, no solo había accedido a darle las dos horas libres que le había pedido, sino toda la mañana. Y también le había dicho que disponía de todos los días que necesitara para llevar a su hermana al médico. Lo había hecho de forma seria y circunspecta, como si le costara sobremanera que las palabras salieran de sus labios, pero tampoco iba a ser de otro modo porque el señor Barrachina no era la alegría de la huerta, ni una persona comprensiva. Y aquel cambio era de lo más extraño. Pero eso era lo de menos. Lo de más era que había podido acompañar a Carlota a hacerse los análisis y que después había pasado una mañana maravillosa con ella.

—No me lo puedo creer —dijo Sú, cuando Daniela le contó cómo habían sucedido las cosas—. *El ojos de cuervo* pidiendo disculpas y dándote la mañana libre… —agregó.

—Inexplicable, ¿verdad?

—Y tanto.

En esos momentos, la puerta de la salita se abrió y entró Cris, la recepcionista.

—Hola, chicas —las saludó—. ¿Qué os contáis?

—Estamos hablando de la buena acción del día del señor Barrachina

—se adelantó a contestarle Sú.

—¿Qué buena acción del día? —preguntó Cris, frunciendo ligeramente el ceño.

—Ayer le pedí un par de horas para llevar a Carlota al médico y no me las dio —comenzó Daniela—. Aparte me trató fatal —matizó—. Pero a última hora de la tarde me buscó para pedirme disculpas y, para mi sorpresa, me dijo que me tomara toda la mañana libre.

—¿Y creéis que esa buena acción es obra del señor Barrachina? —dijo Cris, llenando su tono de voz de sarcasmo.

—¿No es así? —cuestionó Daniela.

Cris hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No —dijo—. Fue el señor Littman.

Las cejas de Daniela se fruncieron hasta casi formar una sola. Su expresión era de visible desconcierto.

—A ver, a ver, a ver, cuéntame eso —la apremió a Cris en tono impaciente.

—Yo estaba en la recepción cuando tú estuviste hablando con el señor Barrachina y también cuando el señor Littman lo abordó a él. No escuché vuestra conversación porque estaba atendiendo a un cliente, pero sí pude oír la que mantuvieron ellos.

—¿Y qué pasó? —terció Sú, que no se molestaba en disimular que estaba tan ansiosa por saber qué había pasado como lo estaba Daniela.

—El señor Littman le dijo *a nuestro queridísimo gerente* —se mofó al nombrarlo—, que si esa era forma de tratar a una empleada.

—¿Entonces el señor Littman escuchó la conversación que habíamos tenido el señor Barrachina y yo?

—Según parece, enterita.

—Vaya… —murmuró Daniela, que de pronto no sabía qué pensar.

—Fue el señor Littman el que le dijo… Bueno, más bien le ordenó, que te pidiera disculpas.

—¿En serio? —Daniela estaba pasmada.

—En serio —le confirmó Cris—, y también le dijo que te diera la mañana libre y todos los días que necesitaras para acompañar a tu hermana al médico.

—Hostia puta —farfulló Daniela.

—¡Si hubierais visto al señor Barrachina…! ¡Estaba acojonado! —exclamó Cris, deleitándose al recordar el estado en que había notado que se encontraba el gerente—. Nunca le había visto así, y ya sabéis que trabajo en el Eurostars desde que se inauguró. Os juro que tenía el rostro descompuesto. —Rio.

—Es normal. El señor Littman es capaz de hacer retroceder a un regimiento de soldados —comentó Sú.

—Es verdad. No sabéis el morbo que me dio verlo así, amonestando al señor Barrachina, poniéndolo en su sitio, como si fuera el hombre más poderoso del mundo —apuntó Cris. Dejó pasar el aire entre los dientes.

Daniela y Sú la miraron con las cejas enarcadas.

—¿Qué queréis que os diga? A mí ese respeto que infunde me pone. Me pone mucho —dijo Cris en respuesta a sus miradas—. Incluso alguna vez creo que he mojado la braga. —Carcajeó—. La erótica del poder, creo que lo llaman…

—Eso es porque tú no le tienes que sufrir, ¿verdad, Daniela? —dijo Sú.

Pero Daniela no escuchaba, estaba sumergida en sus pensamientos. Había sido el señor Littman y no el señor Barrachina quién realmente le había dado la mañana libre. El señor Barrachina le había pedido disculpas porque Nathan se lo había ordenado. ¿Por qué había sacado la cara por ella?

—Dani… Dani… —la llamó Sú, al ver en su rostro una expresión ausente.

Daniela reaccionó a su voz.

—¿Sí? —farfulló.

—Cris dice que el respeto que infunde el señor Littman la pone mucho, mucho, y yo le he dicho que eso le pasa porque ella no tiene que sufrirlo como tú —le explicó Sú.

—¿Tan malo es? —le preguntó Cris a Daniela con escepticismo.

—Muchas veces me dan ganas de hacerme el haraquiri —bromeó Daniela.

—¡Joder! —exclamó Cris, echándose a reír.

—Nathan Littman está encantado de conocerse —apostilló Sú—. Aunque estoy totalmente de acuerdo contigo. A mí también me pone. —Daniela miró a Sú y levantó una ceja en un gesto de interrogación— … Un poquito —agregó después Sú, haciendo el gesto de «un poquito» con el dedo índice y pulgar.

Daniela sacudió la cabeza, sonriendo.

CAPÍTULO 36

—Hola.

—Hola.

—Al fin me coges el teléfono —le dijo Daniela a Sergio después de proferir un escueto saludo en tono monocorde—. Pensaba que estabas muerto.

—Ya te dije que iba a estar ocupado —dijo Sergio, seco.

Daniela respiró profundamente y puso los ojos en blanco. Estaba hasta las narices de escuchar siempre la misma excusa, sonaba como un puñetero disco rayado.

—¿Tanto como para no tener ni siquiera cinco minutos para llamarme? ¿Ni siquiera cinco minutos, Sergio? —le reprochó.

—Dani, no tengo el ánimo para estar escuchando tus recriminaciones —soltó él.

Daniela lanzó al aire un bufido de frustración.

—Lo que me faltaba por oír —farfulló con voz apenas audible—. Nunca tienes ánimo para nada —dijo en alto.

Sergio permaneció un par de segundos en silencio, sopesando lo siguiente que iba a decir.

—Será mejor que te llame en otro momento, cuando estés de mejor humor —repuso.

—Puedes hacer lo que quieras —atajó Daniela.

A continuación escuchó los tonos monótonos y repetitivos del teléfono. Sergio había colgado. Lentamente, Daniela se apartó el móvil

de la oreja y se quedó mirándolo un rato con abandono. Empezó a ver la pantalla borrosa cuando los ojos se le humedecieron. Una lágrima cayó sobre el cristal. Daniela se apresuró a pasar el pulgar para quitarla. Pero enseguida cayó otra y otra más, hasta que tiró el teléfono a un lado de la cama y se desplomó sobre el colchón. Giró el rostro y lo hundió en la almohada mientras empezaba a asimilar la situación. Unos segundos después rompió a llorar desconsoladamente.

Unos brazos femeninos abrazaron por detrás el torso desnudo de Sergio.

—¿Otra vez tu novia? —le preguntó una chica de pequeños ojos marrones y pelo castaño largo, que le caía suelto por los hombros.

—Sí —respondió Sergio, guardándose el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿No sería mejor que la dejaras? —sugirió la chica, apoyando el rostro en su espalda.

Sergio se encogió de hombros en silencio. Dejar o no dejar a Daniela era algo en lo que no iba a pensar en esos momentos. Se giró hacia la chica con la que se había ido a pasar una semana a Castellón.

—¿Dónde lo habíamos dejado? —dijo.

—Aquí —susurró ella, lanzándose a su boca.

Sergio la cogió por la cintura y enredó los labios con los suyos en un beso apasionado.

Alguien golpeó la puerta de la habitación de Daniela.

—Dani, soy Sú. ¿Estás bien?

Daniela se incorporó, se enjugó la cara con un gesto rápido de las manos y se encaminó hacia la puerta. Antes de abrirla respiró hondo.

—Cielo, ¿qué pasa? —le preguntó Sú—. Te he sentido llorar desde mi habitación y…

Daniela se echó a sus brazos sin decir nada y dio rienda suelta a su llanto.

—¿Las cosas no van bien con Sergio? —intuyó Sú, frotándole la espalda.

—No —sollozó Daniela, moviendo la cabeza contra el hombro de Sú—. Sergio ya no me quiere. Ya no me quiere —aseveró.

—Tranquilízate, Dani —dijo su amiga, intentando consolarla

Deshizo el abrazo.

—No puedo —negó Daniela. Sorbió por la nariz—. No… —se interrumpió súbitamente. No podía hablar.

Sú entró en la pequeña habitación y cerró la puerta a su espalda. Cogió de las manos a Daniela y la llevó hasta la cama, donde ambas se sentaron.

—Mándale a tomar por culo —prorrumpió Sú, cansada de ver a Daniela en aquel estado por culpa de Sergio.

Daniela alzó los ojos. Los tenía vidriosos e irritados de tanto llorar.

—No es tan fácil —alegó.

—¿Por qué? —preguntó Sú, encogiéndose de hombros.

—Porque le quiero —aseveró Daniela—. Porque le quiero con toda mi alma. Porque imaginarme mi vida sin Sergio es… ¡Joder! ¿Qué hago yo sin él?

—Pero, cielo, ¿no ves cómo estás?

Daniela se quedó pensativa un momento.

Sí, sí sabía cómo estaba: mal. Muy mal. Entre unas cosas y otras apenas dormía por las noches y lloraba muy a menudo. Así es como estaba. Ese era su estado actual.

Daniela pasó el plumero por la mesilla para quitar el polvo. Sobre la superficie de madera había una novela con el título en inglés, de un autor desconocido para ella. Por la imagen de la portada tenía pinta de ser un thriller. Desde luego no era romántica. No se imaginaba a Nathan Littman leyendo novelas de amor, se dijo para sí con sarcasmo.

Sin querer dio un golpe con el mango del plumero en el libro, lo que hizo que se desplazara. Debajo de él apareció la caja de un medicamento. Sin pensárselo la cogió y leyó la marca comercial: *Ambien*.

No le sonaba de nada. Normal, teniendo en cuenta que se trataba de una marca estadounidense.

¿Para qué será?, se preguntó.

Dio la vuelta a la caja para ver si obtenía alguna respuesta pero le fue imposible. Todo estaba escrito en inglés.

—Buenos días.

La voz ligeramente con acento de Nicholas hizo que Daniela se sobresaltara. Rápidamente dejó la caja que tenía en la mano sobre la mesilla, colocó el libro encima tal y como se lo había encontrado y se giró sobre sí misma.

—Siento haberla asustado —se disculpó Nicholas.

—Oh, no se preocupe —dijo Daniela.

Vaya, es el hombre que nos interrumpe oportunamente siempre al señor Littman y a mí. Debería darle las gracias por las dos veces que me ha salvado el culo, pensó antes de decir en voz alta: —Enseguida me voy de la habitación para no molestarlo.

—No, no... No hace falta que se vaya. Solo he venido a buscar una carpeta —se adelantó a aclararle Nicholas en tono cordial—. Puede seguir con su trabajo.

Daniela se sorprendió de la cercanía que mostraba aquel hombre

rubio de pequeños ojos grises. Nada que ver con el señor Littman. Nicholas pareció leerle el pensamiento.

—Supongo que a eso es a lo que le tiene acostumbrada Nathan —comentó con una sonrisa, al tiempo que se dirigía hacia el escritorio, donde Nathan le había dicho que estaba la carpeta que había ido a buscar.

—Sí, bueno… —Daniela se rascó el cuello. No quería hablar de más —. Su jefe es algo… difícil de llevar. —Arrugó la nariz.

—Sí, a veces no es fácil —comentó Nicholas, afable, cogiendo una carpeta de color azul pálido de una pila de documentos que había sobre el escritorio.

Si solo fuera a veces, se dijo Daniela para sus adentros.

—Usted le conocerá mejor, claro…

—Antes no era así —dijo Nicholas, poniendo voz al pensamiento que en esos momentos estaba pasando por su cabeza.

Se dio la vuelta hacia Daniela.

—¿Era peor? —bromeó ella, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja.

Nicholas perfiló una sonrisa en sus labios.

—No —negó—. Era un hombre maravilloso. Una de las mejores personas que podías conocer.

Daniela levantó las cejas, sorprendida. No sabía qué clase de respuesta se iba a encontrar, pero esa desde luego no.

—¿De verdad? —La pregunta salió de su boca de forma automática.

—Sí —afirmó Nicholas.

—¿Y qué… qué pasó para que cambiara? —se atrevió a indagar Daniela aguijoneada por la curiosidad.

Nicholas abrió la boca para hablar, pero en ese instante Nathan apareció en la suite con su majestuoso porte, interrumpiéndolo. Al darse cuenta de que estaban hablando, entornó los ojos, suspicaz, y

pasó la mirada de uno a otro alternativamente.

—Pensé que te habías perdido por el camino —dijo serio, dirigiéndose a Nicholas.

—Tranquilo. Tengo el camino perfectamente aprendido —bromeó él.

Nathan se quedó mirándolo en silencio durante unos segundos.

—Vamos —indicó sin mediar más palabra.

Nicholas echó a andar en dirección a Nathan. Antes de que lo alcanzara, Nathan giró el rostro hacia Daniela, que permanecía de pie con el plumero en la mano.

—Buenos días —la saludó.

—Buenos días, señor Littman —respondió ella, esbozando una breve sonrisa.

Nathan y Nicholas salieron de la habitación bajo la atenta mirada de Daniela, que no apartó los ojos de ellos hasta que sus figuras desaparecieron tras la puerta.

Las palabras de Nicholas comenzaron a resonar en su cabeza como un disco rayado. ¿El señor Littman no había sido siempre un cabrón? ¿Un capullo integral? ¿Antes era un hombre maravilloso? Le costaba horrores imaginarse a Nathan siendo amable, cordial, gentil, sin esa nota de frialdad que siempre estaba presente en sus ojos, sin el acero de sus palabras. ¿Qué le había hecho cambiar y convertirse en una persona reservada, arrogante, altiva e insensible? ¿En una persona totalmente opuesta?

Daniela sacudió la cabeza. ¿Qué más le daba a ella cómo fuera antes Nathan Littman?, ¿o qué le había hecho cambiar? No era un asunto de su incumbencia.

Yo solo tendré que sufrirle un par de semanas más y después no volveré a verle.

CAPÍTULO 37

—Nathan… Nathan…

La voz de Nicholas lo devolvió a la realidad.

—¿Dónde estás? —le preguntó—. Porque aquí no.

No, no estaba allí. No estaba en la reunión con sus asesores financieros. Estaba pensando en Daniela. Dudaba si eran imaginaciones suyas, o si realmente había percibido sus ojos irritados y vidriosos. Los últimos días la expresión de su rostro se había apagado y la sempiterna sonrisa que ofrecía se veía atenuada por una sombra. Nathan se preguntó si la culpa de ese cambio la tendría el hijo de puta de su novio. ¿Se habría enterado Daniela de que la estaba engañando con otra chica?

O quizá estaba así por su hermana…

Nathan recordó que una de las compañeras de Daniela, la camarera que hablaba tanto, le había comentado que su hermana tenía leucemia. ¿Habría empeorado? A lo mejor la visita al médico había arrojado malas noticias…

—Será mejor que dejemos la reunión para otro momento —dijo.

—Señor Littman, ¿está bien? —se interesó Richard, el otro asesor, adelantándose a la pregunta que iba a hacer Nicholas.

—Sí —respondió Nathan al tiempo que se incorporaba de la silla—. Dejadme solo —les ordenó.

—¿De verdad te encuentras bien? —insistió Nicholas.

—Ya he dicho que sí. Simplemente quiero estar solo.

Nicholas lo miró durante unos instantes.

—Como quieras —accedió.

Tampoco podía oponerse. Era una orden, y si Nathan decía que quería estar solo, había que dejarle solo.

Al llegar a la habitación, se encontró dando vueltas por ella como un león enjaulado. Necesitaba algo. Pero no sabía qué era. Nada había cambiado. Todo estaba bien. Y, sin embargo, necesitaba algo.

Tardó un largo rato en darse cuenta de qué.

Necesitaba ver a Daniela.

Por la mañana, había percibido que tenía los ojos irritados y vidriosos, como si hubiera estado llorando durante mucho tiempo. Y otra vez le asaltó ese desconcertante deseo de protegerla.

Tenía que saber si estaba bien.

Levantó el puño de la camisa y consultó su lujoso Rolex. Las agujas afiligranadas de color dorado marcaban las nueve pasadas. Pediría que le trajera la cena a la suite y podría verla.

—Es una pregunta tonta, pero, ¿estás bien, Gus? —se interesó Daniela al ver el rostro apagado del botones.

Él negó sacudiendo la cabeza.

—Llevo unos días pateándome Madrid buscando curro y no hay manera de encontrar nada —se lamentó—. Siempre hay alguien que tiene más experiencia, o más estudios, o… —Resopló, agobiado.

Daniela sintió casi como propia la desesperación de Gustavo. El despido había sido un duro golpe del que no se había recuperado

aunque ya habían pasado unos días desde que el señor Barrachina le había dado la noticia.

—Acabarás encontrando algo. Eres un trabajador excelente —lo animó Daniela—. Ya verás que cuando menos te lo esperes, te sale un trabajo.

—Eso espero —suspiró Gustavo, al tiempo que se pasaba la mano por el pelo—. Porque no tengo mucho paro y Madrid no es una ciudad barata. —Hizo una breve pausa—. ¿Y tú estás bien? —preguntó a Daniela—. Últimamente tampoco tienes muy buena cara. ¿Estás triste por algo?

Daniela hizo una mueca con la boca.

—No es nada —respondió, quitando importancia.

—¿Tu hermana está bien?

—Sí, sí…

—Si hay que matar a alguien, no tienes más que decírmelo —bromeó Gustavo.

Daniela rio.

—Tranquilo, todo está bien.

—Vale… Tengo que irme —dijo el botones, retirando la silla y levantándose de la mesa. Había terminado de cenar en el salón y tenía que continuar con su turno.

Irene entró en esos momentos.

—Daniela, el señor Littman ha pedido que se le suba la cena a la suite —dijo—. La comanda ya está en la cocina, solo tienes que recoger lo que ha pedido.

—Gracias, Irene —respondió ella.

Daniela tocó a la puerta con los nudillos y esperó que Nathan le

diera permiso.

—Adelante —le oyó decir desde dentro.

Antes de abrir y entrar en la habitación con el carro de la comida, se estiró el uniforme.

—Buenas noches, señor Littman —lo saludó.

Nathan sintió un extraño placer al ver a Daniela.

—Buenas noches —respondió él.

—Le traigo la cena.

—Gracias.

Nathan observó a Daniela mientras disponía las cosas en la mesa. La expresión de su rostro aparecía más serena y los ojos ya no se veían rojos ni con ese brillo que ceden horas de llanto. Aquello tranquilizó a Nathan en cierta manera.

Entretanto, Daniela dudaba si darle las gracias por haber intercedido por ella, para que el señor Barrachina le diera la mañana libre para llevar a su hermana al médico. Lo más lógico era agradecérselo, pero si lo hacía, tendría que darle explicaciones sobre cómo se había enterado y eso descubriría a Cris, la recepcionista, y podría suponer un serio problema para ella. Escuchar conversaciones ajenas no estaba bien.

No, lo mejor será que no diga nada, pensó para sí.

—¿Está bien?

La pregunta imprevista de Nathan la sacó rápidamente de sus cavilaciones. Levantó la vista y se lo encontró frente a ella, al otro lado de la mesa, esperando su respuesta.

—Sí, estoy bien —respondió.

—Si tiene algún problema con el trabajo en el hotel puedo encargarme de resolverlo —se ofreció Nathan, a quien la respuesta de Daniela no le había convencido mucho.

Daniela lo miró descolocada. ¿Otra vez se estaba preocupando por

ella? ¿O se trataba de una trampa?

—No, no, todo está bien.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

¿Por qué la miraba así?, se preguntó Daniela. ¿Y por qué últimamente parecía que se preocupaba por ella? ¿O todo tenía truco? ¿Y por qué no podía dejar de mirarlo como una boba?

Carraspeó nerviosa.

¿Y por qué siempre terminaba carraspeando nerviosa?

—Le dejo para que cene tranquilo —dijo, rompiendo el contacto visual con él.

Se disponía a marcharse, pero, sin saber de dónde sacó el arrojo, se dio la vuelta.

CAPÍTULO 38

—Señor Littman… ¿puedo hacerle una pregunta? —se atrevió a decir en un impulso.

—Es retórico, ¿no? Porque me la va a hacer de todos modos —dijo él, percibiendo en el rostro de Daniela la inquietud de un niño pequeño a punto de confesar una travesura.

El tono de Nathan no era ni mucho menos de enfado, ni duro, era más bien indulgente.

—Solo si quiere que se la haga —puntualizó Daniela, con un adorable sonrojo en la cara.

—Quiero. Dígame.

Daniela se aclaró la garganta.

—¿Se acuerda de Gustavo, el chico que iba a… a despedir? —comenzó cautelosa—. ¿El que trabaja como botones?

—Sí —afirmó Nathan, metiendo las manos en los bolsillos de los pantalones.

Daniela arrugó la nariz y blandió una leve sonrisa en sus labios. Siempre era mejor pedir las cosas con una sonrisa.

Vaciló unos segundos.

—¿Cabría la posibilidad… bueno… de que se replantease su despido? —preguntó, sin dejar de sonreír.

Se quedó callada un momento, temiendo haber metido la pata. Su corazón se aceleró vertiginosamente.

Me va a caer la del pulpo, se lamentó para sus adentros.

Se tranquilizó al advertir que la expresión de Nathan se suavizaba ligeramente. Incluso le pareció ver un ademán condescendiente en su rostro, pero tal vez se lo había imaginado.

—¿No se rinde nunca? —dijo él.

Daniela se preguntó si en la voz de Nathan había una nota de admiración o era una loca idea suya.

—Si la causa es injusta, no —contestó, tratando de sonar firme.

—Ya veo.

Nathan la estudió en silencio durante un largo rato. Le gustaría ser más duro con ella. El despido de ese chico era una decisión que él había tomado y nadie tenía por qué rebatírsela, pero Daniela no se lo ponía fácil. Menos aún con la expresión inocente con que lo miraba. Sus ojos lo desarmaron.

Daniela creyó entrever un rayo de esperanza al no obtener una negativa rotunda, así que insistió.

—¿Entonces? ¿Al menos se lo va a pensar? —dijo en tono suave—. ¿Aunque solo sea pensárselo?

Nathan no podía negar que tenía agallas. Ni sus ejecutivos más agresivos se atrevían a pedirle las cosas dos veces, o a llevarle la contraria. Terminaban amedrentándose como corderitos delante de él.

—Respóndame algo —comenzó Nathan.

Oh, oh…, se dijo Daniela, temiendo que fuera a soltarle uno de sus sarcasmos.

Se le puso el corazón en la garganta. Tragó saliva.

—Si accedo a readmitir a su amigo en su puesto de trabajo, ¿sonreirá?

Daniela frunció un poco el ceño. Algo en el tono de voz de Nathan cuando le preguntó eso hizo que se derritiera por dentro.

—Hace días que no la veo sonreír de la manera que usted sonríe —explicó Nathan, al ver la expresión de desconcierto de Daniela.

—Bueno… si readmitiera a Gustavo me sentiría muy feliz —dijo Daniela, pasándose la mano por el cuello en un gesto nervioso—. Él está mal… Ha buscando trabajo estos días y no ha encontrado nada. España no está en un buen momento…

Nathan se dio cuenta de que Daniela evitaba hablar con él de lo que realmente la preocupaba y que lo ocultaba detrás del despido de Gustavo. Pero como fuera, quería verla sonreír, y si admitiendo de nuevo a ese chico lo lograba, iba a hacerlo.

—Dígale a su amigo que no está despedido, que mantiene su puesto —dijo Nathan, atento a su reacción.

La expresión de Daniela se esponjó y una sonrisa radiante iluminó su rostro, haciendo que Nathan sintiera un extraño calor en su interior.

—¿Lo dice en serio? —preguntó un tanto escéptica—. ¿No es… una broma?

—Sí, lo digo totalmente en serio.

Daniela se llevó la mano a la boca.

—Oh, Dios. Gracias, señor Littman. Muchas gracias —le agradeció con las palabras llenas de ilusión—. Voy a decírselo a Gustavo. Madre mía, se va a llevar la sorpresa de su vida.

—Vaya —la animó Nathan, haciendo una seña con la mano.

—Gracias de nuevo. Muchas gracias —volvió a decir Daniela de camino a la puerta.

Nathan no pudo evitar sonreír cuando Daniela salió de la suite. Era extraño, pero quería verla feliz. Quería verla sonreír con la calidez con la que lo hacía cuando la conoció. No recordaba la última vez que alguien le había sonreído así.

Daniela era *La chica de las mil sonrisas*. Cada día tenía una distinta, y todas ellas le gustaban.

—¿Me gusta esta chica? —se preguntó de pronto, visiblemente desconcertado—. No, no es posible. Hace años que no…

Era imposible. Hacía años que no era capaz de sentir nada por nadie, excepto odio, rabia, animadversión…, incluso por sí mismo. Pero no ocurría eso con Daniela. A ella quería protegerla, cuidarla, que nada enturbiara su sonrisa… ¿Por qué esa chica despertaba esos sentimientos en él? ¿Por qué su presencia se había convertido en un bálsamo de paz en su particular infierno? ¿Por qué ella era la única persona con la que deseaba ser como el Nathan de hace años? ¿El Nathan sensible al que él mismo había olvidado y del que no quedaba nada en su interior? ¿O sí…? ¿Se podía rescatar aún algo del antiguo Nathan?

—No —negó rotundo, sacudiendo enérgicamente la cabeza de izquierda a derecha—. Ha pasado demasiado tiempo… y sigo estando lleno de dolor y resentimiento.

Daniela se recorrió el hotel de un extremo a otro buscando a Gustavo. Estaba que no cabía en sí de alegría. ¡No iban a despedirlo! ¡Finalmente no iban a despedirlo!

—Tengo que decírselo ya, tengo que decírselo ya… —repetía, corriendo por los pasillos y preguntando por él a todos los empleados que se encontraba por el camino.

—¿Has visto a Gus? —le preguntó excitada a Cris, que se encontraba detrás del ordenador de admisión, en el vestíbulo del hotel.

—Acaba de bajar. Ha estado subiendo las maletas de unos clientes. Está en la puerta —respondió la recepcionista, alzando los ojos por encima de la pantalla del PC—. Dani, ¿ocurre algo? —quiso saber ella a su vez, al ver a Daniela en el estado de exaltación en el que se encontraba.

—Sí, al final no van a despedirlo —dijo Daniela al vuelo, echando a correr hacia la salida.

Cris abrió la boca y la expresión de su rostro se llenó de asombro.

Iba a decir algo, pero Daniela ya estaba fuera del hotel.

—¡Gus! —exclamó Daniela.

—¿Qué pasa? ¿Está todo bien? —preguntó él, extrañado.

—Todo está mejor que bien —respondió Daniela optimista, parándose frente a él y dando un pequeño saltito—. He estado hablando con el señor Littman sobre tu despido…

—¿Y? —la apremió Gustavo con impaciencia.

—¡No va a despedirte! ¡Puedes seguir trabajando en el Eurostars!

Gustavo se quedó paralizado, sin saber qué decir, asimilando lo que Daniela acababa de anunciar. Su rostro pasó de la sorpresa a la incredulidad en un segundo.

—¿Qué…? ¿Qué estás diciendo? —consiguió balbucear—. ¿Es en serio? ¿No estás gastándome una broma?

—Ni de coña te gastaría una broma así —repuso Daniela—. No soy tan bruja —añadió en tono socarrón.

Gustavo reaccionó y llevado por el entusiasmo del momento, la cogió de la cintura y la levantó en volandas.

—¡Eres la puta hostia, Dani! ¡La puta hostia! —gritó, dándole vueltas.

Daniela rió.

—Para, Gus, para —le pidió entre risas—. Voy a marearme.

Gustavo hizo lo que le dijo.

—Perdona, perdona… —se disculpó, depositando a Daniela en el suelo—. Es que estoy… ¡Joder! Me has salvado la vida. —Volvió a abrazarla. Estaba exultante—. Gracias. Mil gracias, Dani. No voy a vivir lo suficiente para agradecerte lo que has hecho por mí.

—No es nada —apuntó ella con humildad, al tiempo que se bajaba la falda del uniforme, que se le había subido por culpa de las vueltas que le había dado Gustavo.

—No sé cómo voy a pagarte esto… —dijo Gustavo.

—Basta con que un día me invites a una cerveza —propuso Daniela, restándole importancia al tema.

—Eso está hecho.

Un Audi A8 gris metalizado se detuvo frente a ellos y un señor de mediana edad, con el pelo medio canoso y vestido con un traje de chaqueta negro, se bajó de él. Miró hacia Gustavo y le hizo una señal.

—Enseguida voy, señor —dijo solícito Gustavo, acompañando sus palabras con una sonrisa que no podía borrar de los labios—. El deber me llama, preciosa —añadió, volviéndose hacia Daniela.

—Yo también tengo que volver al trabajo —señaló ella, contagiada por la alegría de Gustavo.

—Te veo luego —se despidió él.

—Hasta luego —correspondió Daniela.

—Y de nuevo gracias. Gracias, gracias… —susurró el botones al tiempo que echaba a andar hacia el Audi A8—. Eres un cielo, Dani.

Daniela negó con la cabeza y mientras veía alejarse a Gustavo, suspiró satisfecha. Después se giró y entró de nuevo en el Eurostars.

CAPÍTULO 39

Los pensamientos de Daniela se repartían a ratos entre Sergio y Nathan. No entendía a ninguno de los dos. Tenía la sensación de que con ambos se estaba perdiendo algo, que algo se le escapaba de las manos. El uno prácticamente la ignoraba y el otro había empezado a dispensarle una atención que era, cuando menos, extraña. Era el señor Littman, y el señor Littman no era amable con nadie.

—¿Qué leches está pasando? —se preguntó presa de la confusión.

El teléfono sonó, devolviéndola a la realidad. Tenía claro que no iba a ser Sergio, aunque se moría de ganas de que la llamara, pero había dejado claro con su actitud que estaba lejos de querer arreglar las cosas con ella.

Miró la pantalla.

Era Samuel, su padre.

—Hola, papá —respondió—. Dime…

—Hola, cariño.

—¿Está todo bien?

—Acaban de llamar del hospital.

—¿A estas horas?

—Sí, mañana por la mañana tenemos que ir a hablar con el médico de Carlota.

—¿Ocurre algo con sus análisis? —preguntó Daniela con alarma en la voz.

—No lo sé, Daniela —contestó su padre con desaliento—. Pero me

temo que algo no va bien.

Daniela sintió un mareo. Todo daba vueltas lentamente.

¿Cómo era posible?

—¡No, joder, no! —exclamó impotente—. Otra vez no. Otra vez no.

Dio una patada a una papelera y se recostó en el capó de un coche antes de llevarse las manos al rostro y echarse a llorar.

—Ya, Daniela —dijo su padre—. No sirve de nada enfadarnos.

—Pero es que no es justo. No es justo —sollozó Daniela.

—Ya lo sé. Ya sé que no es justo.

Su padre hablaba con la voz tomada por la emoción. El oncólogo les había dado la peor de las noticias que les podía dar. Los índices tumorales de Carlota se habían disparado. Lo que significaba que la leucemia había dado la cara de nuevo y estaba haciendo de las suyas. Su pequeña tendría que someterse otra vez a la agresividad de la quimioterapia y la radioterapia.

Daniela sintió que se rompía de dolor cuando escuchó aquello de boca del médico. Pensar que Carlota tendría que pasar una vez más por todo lo que suponía un tratamiento tan violento le llenó de angustia.

¡Solo era una niña de once años! ¡De once años! Su cuerpo menudo, y debilitado como se encontraba ya a esas alturas, no lo soportaría. ¿Por qué la vida era tan cruel? ¿Tan injusta? ¿No había sufrido su hermana ya bastante? ¿No era ya suficiente?

—¡Joder! —volvió a maldecir Daniela.

—Tenemos que volver a casa —dijo su padre, tratando de poner algo de cordura a todo aquello—. Tenemos que hablar con Carlota y decirle que en unos días… —La voz de Samuel se quebró.

Daniela se irguió y abrazó a su padre. Algunas personas que pasaban por la calle les miraban con curiosidad, preguntándose cuál era la causa del dolor de sus lágrimas, pero ellos las ignoraron.

Los siguientes días fueron una vorágine. A Carlota comenzaron de nuevo a darle el ciclo de quimioterapia, al que la llevaba Daniela, ya que a su padre le resultaba imposible por motivos laborales. Al parecer, los jefes no se apiadaban de los empleados que tenían hijos gravemente enfermos, ni siquiera para concederles unas horas libres para llevarlos al hospital a recibir un tratamiento tan severo como la quimio.

Y entre unas cosas y otras, y el estrés galopante que arrastraba, Daniela no pegaba ojo. Las horas de insomnio se acumulaban en su cuerpo como si de una colección de chapas se tratara. Lo que hizo que perdiera casi tres kilos y que el moreno que había cogido en Tenerife diera paso a una tez pálida en la que las ojeras se pronunciaban un poco más oscuras cada día.

—Voy a terminar pareciendo un mapache —se decía cuando veía su desastroso rostro reflejado en algún espejo.

CAPÍTULO 40

El vaso resbaló de las manos de Daniela y cayó al suelo. Afortunadamente estaba vacío y la alfombra amortiguó el golpe, lo que evitó que se rompiera.

—Lo siento —se apresuró a decir, mirando a Nathan con aprensión.

Se agachó rápidamente y lo recogió.

—No se preocupe, es solo un vaso —dijo Nathan al advertir en el rostro de Daniela su expresión de temor.

En otro momento la hubiera regañado, pero algo se lo impidió. Quizá el aire de ingenuidad o de desamparo que percibía en ella y que le hacía, inexplicablemente, querer mimarla un poco.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—Sí —respondió Daniela poco convencida, dejando el vaso encima del carro.

Nathan ladeó la cabeza, sabía que no estaba siendo sincera. No le había pasado desapercibida la pérdida de peso que había sufrido los últimos días, así como la palidez del rostro y las ojeras que oscurecían la piel de sus ojos.

—¿Segura? —insistió.

Daniela levantó la vista y sintió que la mirada verde de Nathan, que en esos momentos la escrutaba con detalle, podía leerle el pensamiento.

—Últimamente no duermo mucho. Eso es todo —confesó al fin.

Y, sin saber por qué, se sintió algo avergonzaba. Aunque en realidad

sí que lo sabía: estaba despistada, no daba una y no se le dejaban de caer las cosas de las manos. Parecían pies. No recordaba haber estado tan agotada, física y mentalmente, en su vida. Estaba exhausta y sin fuerzas. Y esas eran las razones por las que se pasaba las horas de los últimos días reparando los desastres que dejaba tras de sí.

—¿Hay algo que le preocupe?

—No, nada… importante.

Nathan enarcó una ceja en un gesto de incredulidad. Otra vez estaba mintiendo.

—¿Por qué no va a dormir un poco? —le sugirió a Daniela.

—¿Ahora?

—Sí.

—No, no… —negó ella reiteradamente—. No puedo. El señor Barrachina me mataría si se enterara.

—El señor Barrachina no le va a decir nada. Yo me ocupo de él.

—No puedo. Mi habitación sería el primer lugar donde me buscaría si no me encontr…

—Quédese aquí —atajó Nathan.

Las cejas de Daniela se contrajeron en un gesto de sorpresa.

—¿Aquí? —jadeó.

—Sí.

—¿En su suite?

—Sí.

—Eso es una mala idea.

—¿Por qué? Aquí el señor Barrachina nunca la va a buscar y yo tengo ahora una reunión que va a durar el resto de la tarde, así que va a estar tranquila. Nadie va a molestarla. Me encargaré personalmente de que nadie lo haga.

—Es igual, no es correcto… Usted es cliente del hotel. Además,

tengo trabajo que hacer.

—También me ocuparé de eso, no se preocupe. Le doy la tarde libre. —Daniela abrió la boca para replicar, pero Nathan le cortó—. Está agotada, no hay más que verla —le dijo con suavidad.

Nathan la observó durante unos segundos. Llevaba recogido el pelo con una coleta alta, pero tenía varios mechones sueltos y sus ojos azules parecían enormes en contraste con su piel pálida.

—Tiene que descansar. Le vendrá bien dormir un poco —le aconsejó.

¿La estaba mirando Nathan Littman con ternura?, se preguntó Daniela. No. Por supuesto que no. ¿O sí? Era la primera vez que algo parecido a la ternura asomaba a su mirada siempre dura y fría.

—Señor Littman, no…

—Duerma —dijo él en un cierto tono de autoridad.

—Pero… —Daniela trató de protestar con voz débil y aguda.

—No es opcional. Es una orden —sentenció Nathan.

Daniela sabía que aquello no era correcto, aunque fuera una orden del señor Littman, pero, ¿podía hacer otra cosa? Si declinaba el ofrecimiento probablemente se enfadaría, y en el fondo tenía que reconocer que agradecía el gesto; se caía de sueño y estaba agotada.

Se mordió el labio inferior y asintió cohibida.

Nathan esbozó una ligera sonrisa.

—Bien —apostilló, satisfecho de haberse salido con la suya—. Utilice la cama. Estará más cómoda.

—Gracias —le agradeció Daniela a media voz.

—Descanse.

¿Había pronunciado Nathan el «descanse» en tono dulce? No, tenían que ser imaginaciones suyas. Todo aquello tenía que ser imaginación suya.

Nathan cerró la puerta sin hacer ruido y Daniela se quedó sola en la

suite. El silencio lo inundó todo, llenando cada rincón. Durante unos segundos permaneció inmóvil, sin saber qué hacer. No iba a dormir en la cama del señor Littman, eso lo tenía claro, aunque él se la hubiera ofrecido y estuviera limpia, puesto que ella misma había cambiado las sábanas por la mañana. Pero no era correcto. No, no era correcto en absoluto.

Se giró sobre sí misma y enfiló los pasos hacia la sala de estar que poseía la habitación. Se sentó en el sofá de diseño y suspiró. Al principio le dio apuro tumbarse, pero finalmente el profundo cansancio que tenía la venció y se quedó dormida en cuanto apoyó la cabeza en el cojín, mientras se preguntaba de dónde sacaba Nathan esos ramalazos de comprensión.

Unas horas después, y tras una reunión que parecía no terminar nunca, Nathan regresó a la suite. Le supuso una agradable sorpresa encontrarse a Daniela dormida en el sofá.

Se acercó a ella sigilosamente, tratando de no hacer ruido. No quería despertarla.

El sol ámbar del crepúsculo caía sobre su rostro, dulcificando aún más sus rasgos. Nathan la contempló en silencio durante un rato. Irradiaba un aura de paz contagiosa.

¿Cómo no me he dado cuenta de lo especial que es?, se preguntó entre sorprendido y apesadumbrado. *¿De lo guapa que es? ¿Del rostro angelical que tiene? ¿Cómo he estado tan ciego?*

Poseía una imagen tan limpia.

Llevado por un impulso que no pudo controlar, se inclinó hacia ella y alargó el brazo hasta que las yemas de sus dedos rozaron débilmente su mejilla. ¡Dios santo, su piel era tan suave!

Algo cálido y agradable se instaló en su estómago.

Deslizó la mano por el rostro y repasó la línea de la mandíbula. Se

sorprendió preguntándose cómo sería besarla en los labios.

Era una pregunta curiosa y desconcertante, teniendo en cuenta que hacía años que no daba un beso en la boca a una mujer.

CAPÍTULO 41

Daniela se sentía ligeramente descansada. Hacía días que no dormía así. Hacía días que no dormía. Fue a moverse pero algo a su espalda se lo impidió. Abrió los ojos de inmediato, extrañada, y pestañeó un par de veces intentando orientarse.

No estaba en la cama de la habitación del hotel. Los ventanales que ocupaban la pared desde el suelo hasta el techo frente a ella tampoco eran los de su habitación. No. Definitivamente no.

Entonces cayó en la cuenta de que estaba en la suite del señor Littman. Giró la cabeza de golpe y se encontró con los enigmáticos ojos de Nathan, que la miraba sentado desde el sillón de enfrente con las piernas elegantemente cruzadas. Daniela sintió que el corazón le daba un vuelco. Su magnífica silueta se recortaba contra el cielo negro. La noche se había desplomado sobre Madrid.

¿Qué hora era?

Oh, Dios mío… ¿En qué momento me he dejado convencer para quedarme a dormir aquí?, murmuró para sus adentros.

Nathan se encontraba trabajando en unos documentos, pero a Daniela le pareció que no les estaba prestando demasiada atención.

—¿Ha podido dormir? —se preocupó.

Daniela se incorporó, todavía un poco adormilada. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía una manta echada por encima. ¿La había arropado Nathan?

—Sí —afirmó a su pregunta. Hizo una breve pausa para apartar la manta y dejarla a un lado. Hacía mucho calor—. ¿Cuánto tiempo lleva

ahí? —preguntó con su tono más decisivo.

—Desde que he llegado —respondió Nathan.

—¿Y cuándo ha llegado?

—Hace un rato.

Podía ser un poco más específico, pensó para sí Daniela.

—Me alegro de que haya podido descansar —añadió Nathan después.

Daniela apretó los labios y lo miró durante unos segundos. Su expresión era suave y reconfortante y parecía sincero.

—Gracias —le agradeció de corazón, metiéndose detrás de las orejas los mechones de pelo que se le habían soltado de la coleta—. Por… Bueno, por preocuparse de mí —dijo con un ligero sonrojo en las mejillas.

—Daniela, ¿hay algo que le preocupe? —le preguntó Nathan en tono suave—. Si es algo relacionado con el hotel o con el señor Barrachina puedo encargarme…

—No, no, no… —se apresuró a aclararle Daniela, interrumpiéndolo —. No tiene nada que ver con el hotel, no… —súbitamente se calló. Se mordió el labio inferior. No quería hablar con el señor Littman de lo que le preocupaba. La lista era muy larga. Pero él estaba decidido a que se lo contara.

—¿Es por su hermana?

Daniela frunció el ceño.

—Un día le pregunté a una compañera suya por qué usted no había venido y me dijo que había ido al médico con su hermana, que tiene leucemia —le aclaró Nathan cuando reparó en la expresión de desconcierto de su rostro.

A Daniela se le llenaron los ojos de lágrimas. Negó imperceptiblemente para sí y respiró hondo. No quería llorar. Se mordió el labio inferior con más fuerza. No quería llorar.

—No quiero molestarle, señor Littman —dijo, haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas.

Nathan dejó la pila de papeles a un lado, se levantó del sillón, dio un par de zancadas y se sentó junto a Daniela, que siguió su movimiento con la mirada.

—Llámame Nathan —dijo—, y tutéame, por favor.

Nathan quería darle confianza, romper con la distancia que él mismo había marcado con su trato descortés y casi cruel hacia ella. De otro modo no conseguiría que Daniela se sincerara. Le temía y esa era una emoción que no quería que sintiera. Ella no.

—Y usted puede… —Daniela arrugó la nariz y se corrigió—, y tú puedes llamarme Dani. Así es como me llaman mis seres queridos y mis amigos.

—Muy bien, te llamaré Dani —convino Nathan. La miró durante unos instantes—. Cuéntame qué te pasa, Dani —dijo a continuación con voz firme pero suave—. ¿Tu hermana está bien?

Daniela inhaló una profunda bocanada de aire. No sabía si Nathan Littman era la persona apropiada o no para contarle lo que le pasaba, pero necesita desahogarse con alguien. Sú estaba de vacaciones y Sergio no se molestaba en escucharla. Ni siquiera se habían visto a su vuelta de Castellón, y eso que sabía que lo estaba pasando muy mal con la recaída de Carlota.

Se sentía tan sola...

—No. —Hizo un gesto negativo con la cabeza. Cogió aire profunda y cansadamente—. Mi hermana no está bien —se arrancó a decir al fin —. Hace unos meses le detectaron leucemia, le dieron varios ciclos de quimioterapia y radioterapia y la enfermedad se frenó, pero ha vuelto a dar la cara.

Hizo una pausa y apretó los labios para contener el llanto. Nathan percibió el esfuerzo que estaba haciendo para no llorar.

—Le han empezado a dar de nuevo quimioterapia —continuó Daniela al cabo de unos segundos.

—La quimioterapia es un tratamiento que da buenos resultados —intervino Nathan, proporcionándole esperanzas.

—Sí, pero es muy agresivo. Demasiado agresivo —repuso Daniela—. Mi hermana solo tiene once años. Es una niña… Solo es una niña de once años —dijo con voz trémula—. A veces dudo que su cuerpecito vaya a aguantarlo —añadió con un nudo en la garganta.

—Los niños son muy fuertes. Mucho más de lo que podemos imaginar.

—Es verdad, mi hermana lo es. Es tremendamente fuerte. ¿Si la vieras…? —Daniela empezó a hablar con más confianza y naturalidad, como si Nathan fuera un amigo de toda la vida—. Pero ha recibido mucha quimioterapia en poco tiempo y su cuerpo está muy maltratado. —Chasqueó la lengua, impotente—. Le estaba empezando a nacer de nuevo el pelo. Se le cayó todo con los anteriores ciclos, y ahora otra vez…

Daniela no pudo reprimir el llanto durante más tiempo. La situación de su hermana le dolía en lo más profundo del alma.

—Estoy aterrada —confesó en un arranque de sinceridad, con el corazón encogido en un puño—. Completamente aterrada. Mi madre murió de la misma enfermedad hace seis años y bueno… no puedo evitar pensar que Carlota…

Nathan tuvo que contenerse para no secarle él mismo las lágrimas que rodaban por sus mejillas pálidas. Estaba conmovido de un modo especial con su relato. Casi podía palpar su dolor.

—No tienes que pensar eso. Tienes que tener esperanza. Seguro que se recupera. El mundo está muy adelantado. La medicina avanza cada día… —dijo.

—Sí, pero la medicina no pudo salvar a mi madre. —Daniela sonaba pesimista.

Sorbió por la nariz y se enjugó el rostro con las manos.

—Pero tu hermana no es tu madre. No se tiene por qué repetir la historia —refutó Nathan, que quería consolarla de alguna manera.

Daniela alzó la vista.

De pronto fue consciente de que Nathan estaba cerca, demasiado cerca. Su cuerpo irradiaba un calor tibio y desprendía un suave aroma a perfume de hombre. Empezó a ponerse nerviosa por el efecto que le estaba produciendo y su proximidad no le estaba sirviendo de ayuda para tranquilizarse. Respiró profundamente. Trató de calmarse, pero respirar a un ritmo normal era difícil sentada junto a Nathan Littman. Su cercanía resultaba abrumadora.

Antes de que Daniela pudiera reaccionar, Nathan elevó su enorme mano y le acarició un mechón de pelo que se le había soltado de la coleta, que en esos momentos estaba medio deshecha. El dolor que se reflejaba en sus ojos azules atravesó como una daga su duro corazón.

Daniela se quedó mirándolo, incapaz de moverse, deseando que se detuviera y, al mismo tiempo, que siquiera deslizando la mano por su pelo. Al ver la intensidad con la que la observaba Nathan, supo que lo más apropiado era apartar la mirada.

Antes de que bajara la vista, el sonido de una melodía llenó la habitación. Era el teléfono de Nathan.

Nathan retiró los ojos de Daniela a regañadientes. ¿Quién cojones le estaba llamando? ¿No podía haber escogido otro momento?

Alargó la mano hacia la mesita auxiliar y cogió el móvil.

—*What the fuck do you want, Richard?* —le preguntó en inglés con malas pulgas.

«¿Qué cojones quieres, Richard?».

—*Not now, we´ll talk about it tomorrow* —respondió a lo que dijo su asesor.

«Ahora no, lo hablaremos mañana».

Daniela no entendía lo que estaba diciendo, pero por el tono hosco y severo que utilizaba, era fácil presumir que no se trataba de nada amable.

Aliviada por la interrupción, se levantó con el propósito de irse.

—Espera —se apresuró a decir Nathan, al entrever sus intenciones. Cortó la llamada con su asesor de forma abrupta—. Espera —repitió.

—Es tarde. Tengo que irme —se excusó Daniela.

Sin dar tiempo a que Nathan pudiera decir nada, murmuró una breve despedida y se dirigió hacia la puerta.

CAPÍTULO 42

Daniela echó a correr y no se detuvo hasta que no llegó a su habitación. Cerró la puerta rápidamente y recostó la espalda contra ella. Apretó los párpados y se quedó así durante un rato. El corazón le aporreaba las costillas como si dentro tuviera lugar una danza de tambores. Durante unos segundos se sintió como noqueada.

—¿Qué acaba de pasar? —musitó, abriendo los ojos—. ¡Joder!, ¿qué acaba de pasar?

Resopló agobiada, al tiempo que se pasaba la mano por la cabeza.

Avanzó unos metros por la estancia, se inclinó y encendió la lámpara de la mesilla. Una luz ambarina lo anegó todo de un resplandor tenue y cálido. Después se dejó caer en la cama.

—No entiendo nada. Absolutamente nada.

Había sido un error dormir en la suite de Nathan. Sí, había sido un

gran error, y había sido un error desahogarse con él y también había sido un error dejar que se acercara a ella del modo en que se había acercado.

Fijó la mirada en el techo.

¿Dónde había quedado la frialdad con la que la miraba antes? ¿Sus malos modales? ¿Su indiferencia? ¿Incluso su crueldad? ¿Dónde había quedado su expresión caustica?

Decenas de preguntas volaban por su cabeza y a ninguna se atrevía a darle respuesta. Y tampoco se atrevía a pensar en lo que acababa de pasar en su suite, ni en la corriente de placer que le había recorrido la espalda cuando Nathan había acariciado su mechón de pelo mientras la miraba con aquella intensidad hipnótica.

Empezó a sentirse sofocada. Se levantó, se dirigió a la ventana y la abrió de par en par. Una brisa ligeramente fresca entró y le refrescó el rostro, algo que Daniela agradeció.

Se giró y cogió el móvil cuando este sonó. Era Sú.

—Llevo toda la tarde llamándote —dijo Sú alegre, cuando Daniela cogió el teléfono.

Daniel permaneció unos segundos en silencio.

—He estado… dormida.

—¿Dormida?

—Sí.

—¿No trabajabas?

—Sí.

—¿Entonces?

La voz de Sú se escuchaba extrañada.

Daniela pasó a narrar a su amiga lo que había sucedido con Nathan.

—¡Dani, ese tío está colgado por ti! —exclamó ella cuando Daniela terminó el relato.

—¿Colgado por mí? —repitió Daniela con incredulidad—. Sú, ¿has fumado marihuana?

—Sí, sí, marihuana… —se mofó su amiga.

—Pues entonces el sol de Torrevieja te está quemado las neuronas del cerebro.

—Vamos, Dani…

—Sú, estamos hablando de Nathan Littman. ¡Nathan Littman! —cortó Daniela de inmediato—. ¿Te has olvidado de cómo es? ¿Te has olvidado de que ese hombre es un borde insufrible? ¿Un capullo integral? ¿Que odia a todo el mundo? A-to-do-el-mun-do —recalcó sílaba por sílaba.

—A todo el mundo menos a ti —matizó Sú con voz divertida y doble intención.

—No, no, no… —negó reiteradamente Daniela.

—¿Entonces, qué explicación le das?

—Bueno… no sé… —Daniela se encogió de hombros—. Supongo que sintió compasión por mí cuando le conté lo de mi hermana…

—Oh, Dani, no me creo que me vengas con esa excusa —le cortó Sú al otro lado del teléfono—. Nathan Littman es cualquier cosa menos compasivo, y tú mejor que nadie lo sabes.

—Ya, pero…

—¡Ese tío está colgado por ti!

—Que eso no es posible, Sú.

—¿Por qué?

—Porque no. Dudo que se haya colgado por alguien en su vida.

Al terminar aquella frase, le vinieron a la cabeza las palabras de Nicholas. Esas que decían que el señor Littman había sido distinto antes, que había sido un hombre maravilloso en otra época. ¿Habría estado enamorado de alguna mujer en aquel entonces?

Las divagaciones de Daniela se esfumaron cuando volvió a escuchar

la voz de Sú al otro lado del teléfono.

—De todas formas, ¿qué más da? —le preguntó. Hizo una pausa—. A no ser que… Dani, ¿te gusta el señor Littman?

Daniela movió la boca como si no pudiera respirar.

—¡¿Qué?! —casi gritó—. Sú, en serio, ¿estás fumando marihuana?

Sú estalló en un coro de carcajadas.

—Cielo, no te culparía —apuntó, tratando de no descojonarse más —. Ese hombre es, de lejos, el tío más atractivo del mundo —dijo en tono exagerado.

—Supongo que Javi no te estará escuchando —comentó Daniela con una risilla.

—Oh, no, no. Ha bajado al bar del hotel a comprar tabaco —contestó Sú—. Pero no desvíes el tema. Venga, respóndeme.

—A mí no me… —Daniela se mordió el labio inferior. Un silencio llenó súbitamente la línea.

La sonrisa desapareció de la expresión de Sú, que se tornó circunspecta.

—Dani, ¿te gusta Nathan Littman? —le preguntó con voz seria, al ver que lo que había dicho en broma quizá no lo fuera tanto.

Más silencio.

—¿Dani? —la instó Sú.

—No lo sé… —respondió ella al fin, en un suspiro que sonó dramático. Y sus palabras comenzaron a salir de su boca sin freno—. No sé qué me pasa con él, Sú. No lo sé. Me cuida, se preocupa por mí y me escucha, que es mucho más de lo que me da Sergio…

—Cielo, conmigo no tienes que justificarte —se apresuró a decir Sú, comprensiva—. Sergio se está dedicando a perderte.

—Pero es que…

Daniela dejó caer la espalda sobre la pared. Sonaba apesadumbrada.

—Pero es que nada. No se te ocurra sentirte culpable. Sergio se está comportando como un gilipollas. Si te pierde, lo tendrá bien merecido.

—Estoy muy confundida, Sú. Muy confundida.

Daniela suspiró de nuevo.

CAPÍTULO 43

Nathan terminó de beberse de un sorbo el whisky que le quedaba en el vaso y lo depositó sobre la barra.

—Ponme otro —le exigió al camarero, que de inmediato cogió la botella de Bruichladdich, un prestigioso whisky de cuarenta años a la altura del Eurostars y sus clientes.

—Aquí tiene, señor —dijo al tiempo que le llenaba el vaso del líquido ámbar.

Daniela…, musitó Nathan para sus adentros.

Dio un trago.

La imagen de Daniela mientras dormía no se le iba de la cabeza. Parecía estar tatuada en los pliegues de su cerebro.

No había podido quitarle los ojos de encima ni un solo segundo, pese a que había tratado de concentrarse en los documentos que tenía delante.

Pero era imposible.

Imposible no admirar la línea elegante que trazaba su esbelto cuello y la delicada curva de su mandíbula.

Había deslizado la mirada hacia el rostro. Tenía esa inocencia e indefensión que tienen las personas cuando están dormidas, y en Daniela acentuaba aún más su dulzura. Esa dulzura que lo turbaba tanto. Pero no era lo único que lo turbaba…

Se había preguntado cómo encajaría él en su cuerpo menudo. Eso había provocado que se moviera en el asiento, incómodo.

Hasta ese momento no había sido consciente de que la deseaba.

Quería follarla.

Sí, quería follarla.

En su mente se dibujó la silueta de su cuerpo colocado a cuatro patas. Él detrás, clavándose en ella, embistiéndola una y otra vez. Deslizándose hasta el fondo mientras enrollaba la larga melena alrededor de su mano y tiraba de su cabeza para controlar sus movimientos; su rostro dulce hundido en la almohada gimiendo su nombre mientras se corría…

Hacía años que no experimentaba una imagen erótica tan poderosa como la que en esos momentos se había esbozado en su mente.

Si fuera mía la despertaría y lo haría realidad. Ahora mismo, había pensado mientras la contemplaba con los dientes apretados.

—Nathan, contrólate —se había dicho a sí mismo, al advertir la peligrosa dirección que estaban tomando sus pensamientos.

—Al fin te encuentro. —La voz de Nicholas sonó a su espalda, arrastrándolo a la realidad.

Antes de que se girara, Nicholas se sentó a su lado en un taburete.

—¿Qué le sirvo, señor? —preguntó el camarero en cuanto lo vio.

—Lo mismo que a él.

—Enseguida.

El camarero puso un par de cubitos de hielo en un vaso, vertió dos dedos de whisky y lo deslizó hasta Nicholas.

—Gracias —agradeció él. —Volvió el rostro hacia Nathan—. Este es el último lugar donde te hubiera buscado. Gracias a que un empleado del hotel te ha visto entrar. ¿Estás bien? —le preguntó después.

—Sí —respondió Nathan.

Se llevó el vaso a los labios y bebió.

—Te conozco desde hace muchos años, Nathan, y sé que te ocurre algo. ¿Has tenido malas noticias de algún negocio? —preguntó.

Nathan mantuvo silencio un momento.

—Estoy confundido —comenzó.

—¿Por qué?

Nicholas sorbió un trago de whisky.

—No sé qué siento por Daniela, la camarera de pisos —soltó.

Nicholas arqueó las cejas.

—¿Sientes algo por ella? —dijo extrañado.

Nathan alzó los hombros.

—Sé que la deseo… De eso estoy seguro, porque no hay un solo rincón de la suite en el que no haya imaginado follándomela.

Pero Nicholas sabía que había algo más; Nathan no se ponía así solo porque deseara follarse a una tía, no. Había algo más…

—Pero no es solo deseo…. —prosiguió Nathan, como si hubiera leído el pensamiento de su asesor y amigo. Hizo una pausa para dar un sorbo del whisky y reflexionar en silencio—. Ella despierta en mí… cosas que hace años que no siento; emociones que he olvidado. Estoy totalmente desconcertado, porque sin saber cómo me he vuelto muy protector con ella, y ese instinto es algo que no se ha revelado en mí en años… con nadie. No quiero verla mal, no quiero que sufra, no quiero que nada ni nadie le haga daño. No quiero hacerle daño.

—¿Por qué habrías de hacerle daño? —dijo Nicholas.

Nathan dio un nuevo trago a su whisky.

—Porque tengo demasiados demonios en mi interior —respondió—. No soy la persona que era, Nicholas. Tú lo sabes bien —se sinceró con su amigo—. Y no sé si lo seré algún día… El hombre en el que me he convertido, el hombre que soy ahora no me gusta, y mucho menos me gusta para Daniela. Ella es luz, y yo desde hace mucho tiempo soy oscuridad. Ella es el cielo y yo el infierno. —Hizo una pausa—. Ella es tan auténtica, Nicholas, tan *naíf* —añadió—. Me he dado cuenta de que cuando estoy delante actúa totalmente diferente a como es en realidad. Deja de ser espontánea, natural; deja de sonreír.

—¿Y eso te extraña? —intervino Nicholas en tono distendido—. Todo el mundo lo hace. La gente te teme, Nathan —bromeó.

Nathan levantó la vista y miró a su amigo.

—No quiero que Daniela me tema —repuso—. No quiero que conozca al Nathan en el que me he convertido.

—Entonces sé el Nathan que eras antes —dijo Nicholas, serio.

—No… No puedo —negó Nathan.

—¿Por qué?

—Porque aquel Nathan murió. Murió para siempre.

Nicholas tomó aire.

—¿Por qué te niegas a ser feliz? —le preguntó—. Han pasado muchos años desde aquello. Date un respiro, date una oportunidad…

Nathan sacudió la cabeza de un lado a otro, negando.

—La culpa no me deja —dijo—. Me sigue devorando por dentro…

—Tú no tuviste la culpa —le cortó Nicholas.

—Sí, sí la tuve.

Nicholas suspiró con actitud vencida. Hablar con Nathan de ese tema era como darse cabezazos contra la pared. ¿Por qué no escuchaba? ¿Por qué se empeñaba en culparse una y otra vez? ¿Por qué no se deshacía de una vez de ese nudo de dolor y sufrimiento?

—No puedes recriminarte toda la vida por lo que pasó. Si lo haces, nunca vas a ser feliz.

—Yo no merezco ser feliz —sentenció Nathan.

CAPÍTULO 44

Daniela empujó el carro de la limpieza hasta el cuarto donde los guardaban una vez que terminaban de arreglar las habitaciones. Estaba colocándolo en el hueco que quedaba libre entre otros dos, cuando la voz profunda de Nathan la sobresaltó.

—Daniela…

Daniela dio un pequeño respingo por la sorpresa. Se giró sobre sí misma y se encontró con los intensos ojos de Nathan clavados en ella. Estaba de pie bajo el marco de la puerta, ocupando todo el hueco y bloqueando la salida. Llevaba un traje ajustado color berenjena a juego con la corbata y una camisa negra.

—Señor Littman… —murmuró nerviosa.

Qué guapo está. ¿Por qué tiene que ser tan guapo?, se preguntó, mientras luchaba contra las hormigas que habían comenzado a corretear por su estómago.

Nathan ladeó la cabeza frunciendo ligeramente el ceño.

—Nathan —corrigió a Daniela en tono suave.

—Lo siento, es la costumbre —repuso Daniela, sonriendo con timidez.

—¿Estás bien? —le preguntó Nathan.

—Sí, sí, estoy bien.

—¿Y Carlota está bien?

Daniela no pudo evitar sorprenderse al comprobar que se acordaba del nombre de su hermana.

—Sí, bien. Gracias.

Nathan inspeccionó a Daniela durante unos segundos. Su rostro seguía reflejando cansancio y el color violáceo de sus ojeras no había remitido un ápice. Seguía sin dormir.

—Ayer te fuiste tan rápido que no me dio tiempo de decirte que puedes tomarte libre los días que necesites para acompañar a tu hermana a darse los ciclos de quimioterapia —dijo.

La cara de Daniela se esponjó y sus ojos azules destellaron un brillo cristalino.

—No sé qué decir… —titubeó.

—No hace falta que digas nada —apuntó Nathan.

Daniela se rascó la nuca.

—Gracias, Nathan —le agradeció, transcurridos unos instantes.

A Nathan le gustó cómo sonaba su nombre en los labios de Daniela. Lo había pronunciado de una manera clara y suave, como si en cualquier momento las letras se pudieran romper en mil pedazos.

¿Cómo sonaría en pleno éxtasis, mientras hago que se corra?, se preguntó.

Su entrepierna se sacudió ante aquel pensamiento. No lograba deshacerse de la imagen en la que se clavaba con fuerza en lo más profundo de Daniela. Su deteriorado deseo sexual había despertado de forma sorprendente con una fuerza inexplicable, como un tornado que se lleva todo por delante.

—Tengo que volver al trabajo —dijo Daniela.

Dio un paso hacia adelante, pero Nathan no se apartó de la puerta y por más que Daniela calculó las dimensiones del escaso hueco que quedaba libre, y pese a que era menuda, no había forma de salir a menos que Nathan se quitara.

Y Nathan no tenía intención de apartarse. En ese momento la miraba fijamente, debatiéndose entre dejarla ir, o acorralarla contra la pared y follarla allí mismo. La había estado estudiando y había notado

como sus pupilas se dilataban, oscureciendo sus preciosos ojos azul cielo, y como sus labios se entreabrían con un deseo inconsciente. Estaba acostumbrado a tener ese efecto en las mujeres. Pero mientras en las demás le era totalmente indiferente, en Daniela le parecía muy interesante.

Daniela carraspeó mientras notaba como los insondables ojos verdes de Nathan le atravesaban hasta la médula. Tuvo la sensación de que la estaba desvistiendo con la mirada. El corazón le trepó hasta la garganta.

¿Por qué la miraba como un gato hambriento un plato de comida?

Daniela sabía que tenía que irse, pero su cuerpo era incapaz de moverse. Sus piernas se negaban a responder a la orden de su cerebro.

Lo intentó de nuevo.

Nada.

Lo único que hacía era mirar a Nathan con la respiración contenida, mientras él seguía batallando internamente sobre si seguir a su sentido común o a su instinto animal.

De pronto Daniela se sintió frágil y débil, como si los ojos de Nathan Littman pudieran arrebatarle la voluntad y hacer con ella lo que se le antojara.

Nathan pareció haber tomado ya una decisión.

Dio un paso hacia adelante, acortando la distancia entre ellos.

—Dani, el señor Barrachina quiere hablar contigo.

La voz cantarina de Cris resonando en el pequeño cuarto hizo que Daniela recuperara el sentido de la realidad. Alzó la mirada por encima del hombro de Nathan y vio la cara de su compañera de trabajo ligeramente sofocada. Él no se molestó en girarse.

—Voy —dijo Daniela a la recepcionista, al tiempo que echaba a andar con las piernas temblorosas.

Nathan se apartó de la puerta solo en el momento en que Daniela lo alcanzó. Pero se retiró lo justo para que pudiera salir, lo que la obligó

a ponerse de lado para poder pasar entre el marco de la puerta y él. De esa manera tuvo que rozarlo.

—Hasta luego, señorita Martín —se despidió Nathan con una nota de mordacidad en la voz, como si supiera algo que Daniela ignorara.

—Adiós, señor Littman —dijo ella, con la respiración contenida.

Nathan la siguió con la mirada hasta que se unió a su compañera de trabajo.

Daniela y Cris guardaron silencio hasta que llegaron al ascensor. Segundos que Daniela aprovechó para intentar recomponerse.

—Joder, tía, ¿he interrumpido algo? —le preguntó Cris, dentro ya del cubículo.

—No, no… —negó Daniela, aunque en su fuero interno tenía la intuición de que sí, de que había interrumpido algo, pero no sabía muy bien el qué. ¿O sí lo sabía?

—¿Hay algo entre el señor Littman y tú? —preguntó Cris a bocajarro.

—¡¿Estás loca?! ¡No! —negó enérgicamente Daniela, poniendo cara de horror.

Para disimular el sonrojo que ardía en sus mejillas y esquivar la mirada curiosa de Cris, dirigió el rostro al panel de los botones de los pisos y apretó con el índice el de la planta baja.

—He visto cómo te miraba, Dani, y deja que te diga que ese tipo de miradas solo significan una cosa.

Daniela levantó la vista. Cris mantenía las cejas enarcadas en un gesto de conclusión.

—¿Ah, sí? —dijo Daniela, expectante.

—Sí.

—¿Y qué significa?

—Que te quiere echar el polvo de tu vida —contestó Cris, como si fuera algo evidente.

—Deja de flipar, Cris —la amonestó Daniela—. Estamos hablando de Nathan Littman.

—¿Y qué? ¿Crees que porque sea un borde no folla? Me juego el cuello a que ese tío se tira a todo bicho viviente. Solo hay que ver lo guapo que es… y la pasta que tiene —añadió.

Daniela sintió un ligero alivio cuando las puertas del ascensor se abrieron. Era la mejor excusa para terminar con la conversación.

—Voy a ver qué quiere el señor Barrachina —dijo, saliendo del pequeño receptáculo—. Hasta luego —se despidió de Cris.

—Hasta luego —dijo ella.

CAPÍTULO 45

Daniela se sentó en la silla de la terraza de uno de los bares que poblaban los alrededores del Eurostars. Sergio se acomodó frente a ella después de ir a pedir dos cervezas a la barra.

Hacía una noche maravillosa.

—¿Qué tal te ha ido en Castellón? —le preguntó Daniela.

—Bien —respondió él.

Daniela asintió ante su escueta respuesta.

—Y a ti, ¿qué tal en el Eurostars? —dijo Sergio.

—Bien. Todo bien —contestó Daniela.

El camarero se acercó a ellos, colocó un par de cervezas delante de cada uno y dejó entre medias un cuenco con frutos secos.

—¿Has vuelto a tener problemas con el riquillo ese? ¿Cómo se llamaba…? ¿Nathan Littman? —preguntó Sergio cuando el camarero se alejó.

—No, no he vuelto a tener problemas con él —dijo Daniela con voz neutra.

No quiso alargar más la respuesta. No sabía por qué, pero le resultaba extraño hablar de Nathan con Sergio.

Cogió el botellín, se lo llevó a los labios y dio un trago. La cerveza le refrescó la garganta, aunque no consiguió refrescarle los ánimos. Sergio y ella actuaban como un par de extraños. El rato que estaban juntos se limitaban a matar el tiempo. Era absurdo.

El pitido de un WhatsApp sonó en el teléfono de Sergio, que de

inmediato se llevó la mano al bolsillo y lo extrajo. Consultó la pantalla y respondió. Los minutos siguientes nada parecía importarle, excepto la conversación que estaba manteniendo vía WhatsApp con quién quisiera que estuviera hablando.

Daniela paseó la mirada en derredor y contempló la terraza del bar. Varias parejas se relajaban entre risas cómplices tomando algo en las distintas mesas. Durante unos instantes deseó que Sergio y ella pudieran hacer lo mismo: relajarse y reír cómplices como hacían antes. Pero sabía que ya no era posible. Las circunstancias de su relación habían cambiado de forma drástica y la indiferencia es lo que parecía predominar por encima de todo.

Aburrida, sacó su móvil del bolso y se puso a juguetear con algunas de las aplicaciones que tenía descargadas en él mientras Sergio seguía a lo suyo.

Daniela trató que la cerveza le cundiera, alargando el momento de que se le terminara. El último trago estaba caliente, tanto como lo estaría un cuenco de caldo de pollo. Observó el botellín de Sergio; estaba lleno. Ni siquiera había dado un sorbo.

Negó con la cabeza.

Metió el teléfono en el bolso, se lo echo al hombro y se levantó de la silla.

—Me voy —dijo.

Sergio alzó los ojos.

—¿Tan pronto?

Daniela bufó para sí. ¿En serio le estaba haciendo esa pregunta? ¿De verdad? ¿No era ridículo después de no hacerle ni puto caso?

—Mañana tengo que llevar a Carlota al hospital para que le den la quimioterapia —zanjó Daniela en tono seco. No tenía ánimo para discutir, y no iba a discutir, bastantes quebraderos de cabeza tenía ya.

Sergio se levantó para despedirse con un beso, pero Daniela se giró y, sin decir nada más, puso rumbo al hotel, dejando a Sergio con su

móvil.

Daniela se detuvo en la explanada donde se erigían las Cuatro Torres Bussines Area, el complejo de rascacielos más importante y espectacular de Madrid, situado en el distrito de Fuencarral-El Pardo. Alzó los ojos y repasó con la mirada cada una de las siluetas que se recortaban contra el cielo negro. La panorámica era impresionante. Si de día las vistas eran maravillosas, de noche el *skyline* madrileño, como se llamaba a la visión total o parcial de los edificios o estructuras de la ciudad, se multiplicaba por diez, y la CTBA contribuía en gran medida a ello.

Mientras sus ojos se perdían en la visión que tenía ante ella, se sintió minúscula frente a esas cuatro construcciones de semblante sobrio y altura imposible. Se sintió pequeña como una hormiga.

Bajó la cabeza y suspiró.

—Soy una tonta —musitó cuando reparó en que estaba especialmente sensible.

Echó a andar y se dirigió a la entrada del hotel. Saludó a Rubén, el hombre que se encargaba de la recepción durante el turno de noche y enfiló los pasos hacia su habitación sin percatarse de que Nathan estaba sentado en uno de los sofás de color negro del vestíbulo y que seguía su movimiento con la mirada.

Daniela se metió en la ducha. Necesitaba relajarse. Sin embargo, su cabeza no estaba dispuesta a dejar de dar vueltas a algunas cosas.

El último comentario que había hecho Cris antes de salir del ascensor, afirmando que Nathan se tiraría a todo bicho viviente, no le había gustado.

Quizá no le había gustado porque sabía que tenía razón. Nathan Littman era guapo, muy guapo y rico, muy rico… Y el dinero atraía a algunas mujeres como la miel a las moscas. De todas formas, aunque no tuviera un céntimo, también se tendría que quitar a las féminas a patadas; era imposible que su atractivo pasara desapercibido. Solo había que ver el revuelo que se había montado entre las empleadas del hotel a su llegada. Todas babeaban por él.

Y también sabía que Cris tenía razón porque ella misma había comprobado una mañana que Nathan había pasado la noche con una mujer.

Se paró a pensar mientras el agua casi frío le empapaba el pelo y el cuerpo. Se pasó las manos por la cabeza, echándose la melena hacia atrás.

¿Para eso la quería a ella? ¿Para follarla y nada más? ¿Para pasar un buen rato a su costa?, se preguntó, patentizando cierta indignación.

—Yo no soy el juguete de nadie —se respondió con rabia. Cogió el bote de gel del estante, lo abrió y vertió un poco en la esponja—. A eso es debido su cambio de actitud conmigo —conjeturó rápidamente, comenzando a frotarse los hombros—. A eso es debida su preocupación por mí, su interés por lo que me pasa… Desconfía de los halagos y de las palabras bonitas, recuerda que el hombre acaricia el caballo solo para montarlo —se dijo a sí misma.

Negó con la cabeza.

—¿Qué cojones hago pensando en algo así? ¿Qué más me da a quién se folle Nathan Littman? ¿Qué artimañas utilice? ¿O que quiera algo conmigo? ¡Joder, tengo novio!

Blandió una sonrisa amarga en los labios y soltó una risilla de burla que iba dirigida a sí misma.

—Mi relación con Sergio está muerta —reconoció con pesar, y admitir aquello le produjo un profundo dolor. Sergio era todo para ella—. A *mi novio* le interesa más su móvil, y quién quisiera que estuviera al otro lado, que yo. Eso es algo que vería hasta un ciego.

Como también vería un ciego que Nathan Littman no me es indiferente.

Aquella certeza hizo que resoplara agobiada.

CAPÍTULO 46

Cortó el grifo, salió de la ducha y se puso el albornoz blanco que colgaba de la percha que había detrás de la puerta del cuarto de baño. Cogió una toalla y se enrolló el pelo mojado en ella, formando un turbante en lo alto de su cabeza.

Durante unos segundos se contempló en el espejo de marco verde colgado en la pared. La superficie estaba ligeramente empañada, lo que hacía que su rostro de rasgos suaves se viera envuelto en una suerte de neblina que lo dulcificaba aún más. Entre toda aquella maraña de pensamientos era inútil negar lo evidente: que Nathan Littman la atraía.

Pero era tan evidente como peligroso. Extremadamente peligroso.

Era jugar con fuego. Y si se le ocurría jugar con fuego, acabaría con quemaduras de tercer grado.

Suspiró de forma exagerada.

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta de la habitación la arrancó de sus pensamientos. Daniela dio media vuelta, dejó atrás el cuarto de baño y caminó descalza hasta la puerta, al tiempo que se apretaba el cinturón del albornoz alrededor de la cintura.

Quitó el pestillo y abrió sin pararse a preguntar quién era. Daba por hecho que sería alguna de las chicas que vendrían a contarle algún cotilleo de última hora. Cuando vio quién era la persona que estaba al otro lado, se le cortó la respiración.

—Nathan…

Parpadeó un par de veces, perpleja. Tenía que ser una alucinación.

Sí, tenía que estar alucinando. No era posible que estuviera allí. Pero después de unos segundos, Nathan seguía en la puerta, de pie, a un metro escaso de ella, con su semblante sobrio y magnífico.

Maldita sea, ¿por qué tengo que estar en albornoz?, se regañó Daniela.

No era un atuendo con el que le gustaba que la viera. Y menos un hombre como él. El albornoz era una prenda muy poco elegante.

—No deberías abrir la puerta sin preguntar antes quién es —dijo Nathan.

—Sí… bueno… Pensé que sería alguna de las chicas del hotel, que son las únicas que vienen a verme aquí —se justificó Daniela, con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

Tragó saliva al darse cuenta que Nathan estaba esperando que le dejara pasar.

—¿Puedo pasar? —se adelantó a decir él.

Daniela sonrió nerviosa.

—Sí, sí, pasa —respondió. Se hizo a un lado y le dejó el camino libre.

Nathan dio un par de pasos y se adentró en la habitación. Daniela cerró la puerta a su espalda. La mirada de Nathan recorrió el perímetro de la estancia mientras Daniela, a la expectativa detrás de él, se mordía el labio inferior.

No era a lo que Nathan estaba acostumbrado. Estaba amueblada con una cama de noventa centímetros, un armario, una mesilla y una coqueta en la que había una pequeña televisión plana de 21 pulgadas. Era un lugar sencillo, lleno de color y con un exceso de cosas ocupando cualquier espacio, lo que daba aspecto de desordenado. Aunque era comprensible teniendo en cuenta que el cuarto era bastante pequeño.

La habitación de Daniela era… como ella, concluyó Nathan: cálida, acogedora, interesante… Con personalidad.

Nathan se sintió cómodo allí, como se sentía cómodo con Daniela.

—Siento el desorden —se disculpó ella.

Menos mal que Nathan seguía de espaldas, así no podía ver cómo ardían sus mejillas.

—No te preocupes —dijo él.

—¿A qué… debo tu visita? —preguntó Daniela.

Nathan se giró hacia ella.

—Quería verte —respondió rotundo.

En silencio, la recorrió con la mirada de arriba abajo. Daniela aguantó el escrutinio todo el tiempo que pudo antes de apartar la mirada. Era incapaz de soportar la promesa de placer que encerraban sus penetrantes ojos verdes. Acalorada, volvió a apretarse el cinturón del albornoz.

—Te he visto cruzar el vestíbulo y me ha parecido que estabas… disgustada —habló de nuevo Nathan.

Daniela levantó lentamente los ojos. Nathan seguía con la mirada fija en ella.

—Estoy bien —contestó sin dar más explicaciones.

—Me gustaría creer que es así —apuntó Nathan con escepticismo.

Intentó apartar la vista de Daniela, pero no podía. Pensar que debajo del albornoz estaba completamente desnuda hizo que una ola de calor comenzara a reptar por su cuerpo.

—Nathan… —empezó Daniela—, agradezco tu preocupación por mí, pero no entiendo… —Su voz se fue apagando. Estaba demasiado nerviosa.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le preguntó Nathan pausadamente.

Dio un paso firme hacia adelante. Un aroma a vainilla le inundó las fosas nasales, embriagándole.

—¿Es vainilla a lo que hueles? —curioseó, sonriendo con un toque de malicia.

—Sí, mi gel de ducha es de vainilla —contestó ella de forma mecánica, sin pensar siquiera la respuesta, ya que en esos momentos el cerebro no le funcionaba correctamente. Era como si hubiera sufrido un cortocircuito.

Trató de ignorar la cercanía de Nathan y el tono sensual en el que le hablaba, pero no lo consiguió.

—Dime, Dani, ¿qué no entiendes? —le preguntó Nathan, retomando el tema anterior.

—Tu cambio de actitud conmigo…, que te preocupes por mí…, que me cuides…

—Me gusta hacerlo. Me gusta preocuparme de ti —repuso Nathan de lo más natural. Se acercó otro paso, acortando la distancia entre ellos. Daniela tragó saliva, pero no se movió—. Me siento muy protector contigo.

—Ya, pero ¿por qué? —fue lo único que alcanzó a decir Daniela, con una especie de balbuceo.

Le dirigió una mirada por debajo de la línea de las pestañas y se sonrojó al ver que él la estaba mirando como si quisiera darle un mordisco.

—Ya te lo he dicho… —comenzó él—. Me gusta. Me hace sentir bien, y hace mucho tiempo que no me siento bien.

Nathan pronunció las palabras con tanta suavidad que durante un segundo Daniela se preguntó si no estaba soñando.

Sin que Daniela fuera consciente del movimiento, Nathan asió el cinturón del albornoz y tiró de él, atrayéndola hacia sí.

Daniela sintió como un torrente de electricidad le subía por los pies hasta instalarse en su entrepierna. Se le aceleró el pulso.

—Nathan… —susurró, sorprendida por el envite.

—No digas nada —siseó él a escasos centímetros de su rostro—. Dani, no digas nada —repitió.

Se quedaron así unos instantes, mirándose el uno al otro.

CAPÍTULO 47

—Daniela, déjame hacerte todo lo que llevo días imaginándome —murmuró Nathan con deseo, inclinándose sobre ella.

Daniela pensó que iba a besarla en la boca, estaba preparada para ello, esperándole con los labios entreabiertos y el aliento entrecortado, sin embargo, Nathan giró el rostro y lo enterró en su cuello.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Daniela cuando notó sus labios suaves contra la piel.

Dejó escapar un gemido.

Con un movimiento hábil, Nathan empezó a desanudarle el cinturón del albornoz. En esos momentos Daniela cayó en que estaba completamente desnuda y que si conseguía desatarlo…

Ya era tarde.

La prenda se abrió por el medio, dejando a la vista parte de su cuerpo. El deseo de Nathan creció como la espuma al ver su desnudez. Introdujo las manos por el albornoz abierto hasta apoyarlas en la cintura de Daniela y la apretó contra él, disfrutando de la tibieza y suavidad de su piel.

Daniela se estremeció.

Nathan deslizó las manos hasta sus nalgas y presionó sus caderas contra la pelvis de Daniela para que notara su erección.

—¿Ves cómo me pones? —le susurró en el oído con voz voluptuosa—. ¿Lo ves?

El corazón de Daniela latía tan violentamente que no podía oír sus propios pensamientos. Pero de pronto, se tensó. Su cuerpo se puso

rígido.

¿Qué estoy haciendo?, se preguntó angustiada.

Sentir la dureza de Nathan en su vientre fue una especie de señal de alarma. Lo que le hizo reaccionar de golpe.

Tenía que parar aquello; detenerlo.

Trató de ignorar las sensaciones que le provocaban los besos de Nathan, pero era imposible. Sus labios eran como agujas eléctricas clavándose en su cuello.

Milagrosamente, consiguió dar un paso atrás y apartarse. En ese instante dejó de sentir las manos de Nathan sobre su cuerpo, aunque el ardor con que la había acariciado seguía en su piel.

—No… No puedo hacer esto —masculló.

Azorada y con un visible rubor en las mejillas, cogió los extremos del albornoz y se apresuró a taparse con él.

—Dani…

—No, Nathan, no… no puedo... —le frenó, titubeante. Fue un susurro, pero rebotó en cada rincón de la pequeña habitación—. Yo tengo pareja y no… no se merece que le haga esto. No está bien. Esto no está bien —se justificó nerviosa, atándose de nuevo el cinturón alrededor de la cintura.

Nathan esbozó para sí una sonrisa burlona.

Menudo novio, pensó en silencio.

Un hijo de puta que la engañaba. Debería decírselo. Pero no podía. Es algo que le haría mucho daño, y él no quería hacerle daño. Confiaba en que el tiempo le quitara la venda de los ojos y pusiera a ese cabrón en su lugar. Aunque si esa era la razón por la que Daniela no quería estar con él, quizá sí que terminara contándoselo.

—Por favor… —murmuró Daniela, dándole a entender con su tono de voz que se fuera.

Avergonzada por lo que acababa de suceder entre ellos, era incapaz

de mirarlo a los ojos. De modo que desvió la vista hacia la puerta, rezando para que Nathan se fuera. Si volvía a mirarlo, temía lanzarse a sus brazos y continuar donde lo habían dejado. Cuando estaba cerca de él perdía el control totalmente y tenía miedo de terminar cometiendo una locura.

Nathan se quedó mirándola pensativamente durante unos segundos, consciente de su respiración entrecortada y su nerviosismo. Daniela se mantenía cabizbaja, mordiéndose el labio inferior con tanta fuerza que estaba a punto de hacerse sangre.

Sin decir nada, Nathan dio media vuelta y enfiló los pasos hacia la puerta. La abrió y se fue.

Solo cuando salió de la habitación, Daniela se atrevió a levantar la cabeza. El silencio le inundó los oídos. Era lacerante. Se apoyó en la pared, como si las fuerzas le hubieran abandonado de repente, cerró los ojos y respiró hondo, intentando calmarse. Estaba temblando.

—Es una locura —murmuró—. Una puta locura.

Nathan no se molestó en meterse en la cama. Sabía que no iba a pegar ojo. Iba a ser otra de esas madrugadas de invariable insomnio, y además no quería enfrentarse a las pesadillas que puntualmente invadían sus noches y sus sueños. No tenía fuerzas para ello. En esos momentos no.

Extrajo dos cápsulas de *Ambien* (Zolpidem), las nuevas pastillas que le había recetado el médico para combatir el insomnio, y las mantuvo unos segundos en la palma de la mano mientras las observaba, pero finalmente las tiró a la papelera y dejó la caja sobre la mesilla. ¿Para qué cojones se las iba a tomar, si no iban a dar ningún resultado? Era como ingerir un par de M&M´s (emanems).

A cambio ordenó que le subieran un vaso, una cubitera con hielo y una botella de whisky, y se retrepó en el sofá de la sala de estar de la

suite.

Nada más de subir a la habitación había tenido que darse una ducha de agua fría para bajar la erección que palpitaba en su entrepierna. La más bestia que había tenido en años.

Dio un trago de whisky y apretó los dientes tratando de controlar la sensación de frustración que le corría por las venas. Deseaba a Daniela, simple y llanamente, la deseaba como hacía tiempo que no deseaba a una mujer, como había deseado a… Sus pensamientos se frenaron en seco antes de que el nombre llegara a su mente.

Se revolvió en el sofá.

El deseo de tocarla, de acariciarla, de hacerla suya, era abrumador, tanto que no lo soportaba. El Nathan en el que se había convertido los últimos años no soportaba el efecto que Daniela producía en él. Porque lo hacía sentir vulnerable y detestaba sentirse así.

—Me voy a volver loca —dijo Daniela, echada sobre la cama.

Las sensaciones que había despertado Nathan en ella no podían ser naturales. Eran demasiado intensas.

Demasiado abrumadoras.

Demasiado devastadoras.

Demasiado…

—¡Joder!

Se dio media vuelta y se aferró a la almohada.

No podían tener nada. No podía permitir que ocurriese nada. Nada de nada. Nathan estaba jugando y ella tenía novio. Y desde luego no tenía ninguna intención de ser una simple distracción. De ninguna manera. Aunque Sergio no estuviera en su vida ella nunca sería la distracción de ningún hombre.

Y pese a que estos pensamientos revoloteaban por su cabeza, no podía evitar estremecerse al revivir los besos que le había dado en el cuello, la cercanía, las caricias...

Pero había sido un error. Un gran error.

Ella no iba a tener una aventura con Nathan Littman. No.

Además, él se iría a finales de mes. Sería una locura embarcarse en un rollo que no iba a llevarla a ningún lado y que podría hacer mucho daño a Sergio.

—Maldita sea, ¿cómo he llegado a este punto? —se preguntó.

A Daniela le daba miedo la intensidad de lo que sentía. No era una simple atracción física, eso lo tenía claro, y sabía que, si se dejaba llevar, acabaría sufriendo.

Tenía que pararlo y no seguir alimentándolo. A no ser que quisiera tener más problemas en su vida. Cosa que no deseaba.

CAPÍTULO 48

Alguien golpeó la puerta.

—Adelante —dio permiso Nathan.

Richard, el asesor de Nathan, abrió la puerta de la suite y se asomó.

—Buenos días, señor Littman.

—Buenos días —respondió él, mirándolo a través del espejo.

—Le traigo el informe que me pidió —dijo Richard, nada más de entrar en la habitación.

—¿Has incluido todas las condiciones que te dije? —le preguntó él, serio.

—Sí —afirmó el asesor.

—Bien. —Nathan hizo una pausa para ponerse los gemelos en los puños de la camisa—. Ya está todo claro —prosiguió—. Así que esta misma semana quiero que el asunto del Eurostars quede cerrado. No estoy dispuesto a perder más tiempo con este tema. Estoy empezando a cansarme —añadió con fastidio.

—No se preocupe. Esta semana lo cerraremos definitivamente —dijo el asesor.

—No quiero excusas —advirtió Nathan en tono severo.

—No habrá excusas —apuntó Richard.

Aunque la negociación del Eurostars se cerrara por fin, Nathan no lograba deshacerse de la desazón que lo carcomía por dentro. Había ido a España por una razón concreta; comprar el Eurostars, pero ahora era lo que menos le importaba. Había otra preocupación en su cabeza:

Daniela. Su tentación española.

¿Qué voy a hacer contigo, Dani?, se preguntó en silencio, ajustándose el nudo de la corbata frente al espejo. *¿Qué voy a hacer contigo?*

Richard, totalmente ajeno a lo que pasaba en esos momentos por la cabeza de su jefe, abrió la agenda y pasó a enumerarle los compromisos que tenía ese día.

—En quince minutos tiene la reunión con Carlos Rull y José Manuel Quintín, los directores del banco —le informó.

—Eso también tiene que estar listo ya —dijo Nathan, tratando de centrarse en la conversación con su asesor.

—Lo estará —asintió Richard—. No se preocupe.

—¿Nicholas está con ellos?

—Sí, lo están esperando.

Nathan se estiró la chaqueta y se dio la vuelta.

—Entonces vamos —indicó.

Richard asintió.

Daniela sacó un café doble de la máquina, echó un par de azucarillos en él y se lo bebió de un trago sentada a la mesa de la salita destinada al personal.

—Te vas a subir por las paredes —comentó Gustavo, que estaba sentado frente a ella, devorando un donuts de chocolate.

Daniela alzó la mirada.

—Necesito tres litros de café como mínimo para despertarme —dijo.

Gustavo ladeó la cabeza.

—¿No has dormido bien? —le preguntó, aunque a juzgar por la expresión de agotamiento de su rostro la respuesta era evidente.

Dio un bocado al donuts.

—No —negó Daniela, moviendo a la vez la cabeza.

—La verdad es que se te ve cansada.

—Sí, bueno… No está siendo una buena época.

Gustavo alargó la mano y le acarició el brazo afectuosamente.

—Tu hermana se va a poner bien, Dani —dijo—. No puede ser de otro modo.

Daniela sonrió para agradecerle sus palabras de ánimo. Gustavo se metió en la boca el último trozo de donuts que le quedaba y se levantó.

—Me voy a seguir currando —anunció mientras se limpiaba la mano con una servilleta de papel—. Luego te veo, guapa —se despidió.

Arrugó la servilleta hasta hacerla una bola y la tiró a la papelera, encestándola a la primera.

—Hasta luego —correspondió Daniela.

Cuando Gustavo salió de la salita, Daniela se fue hacia la máquina y se sacó otro café solo. Mientras se lo bebía, consultó su reloj de muñeca: todavía quedaban diez minutos para que comenzara su turno.

Se sentó a la mesa a esperar, apoyó la barbilla en la mano y dejó escapar un suspiro.

No se podía sacar a Nathan de la cabeza. La atracción que sentía por él se había transformado, sin saber cómo, en algo extrañamente fuerte, aunque le daba demasiado miedo analizar exactamente en qué. Prefería no pensar en ello.

Tenía que alejarse de él. Era lo más apropiado para cortar de raíz lo que quisiera que estuviera sintiendo. Pero, ¿cómo? ¿Cómo, si trabajaba para él? ¿Si ella era la encargada de ocuparse de su suite? Podría evitarlo algunos días, pero no todos. Al final acabarían encontrándose, sobre todo si él hacía por que se encontraran.

—Mierda —se lamentó.

¿Cómo iba a soportar su presencia los días que le quedaban por estar en Madrid? ¿Si su cuerpo había comenzado a reaccionar con una mínima mirada?

—Oh… Su mirada… —exhaló.

Resultaba tan cautivadora, tan hipnótica…

Y sus manos…

De inmediato, los pensamientos de Daniela se fueron por otro camino. Otro camino que no deberían seguir.

Resopló.

Aquello iba a ser más difícil y más duro de lo que podía imaginarse.

CAPÍTULO 49

—¡Cuéntamelo todo! —chilló Sú por el teléfono, sin disimular ni su entusiasmo ni su asombro.

—Ya te lo he contado —dijo Daniela.

—Pero no me has dicho cómo besa. ¿Besa bien? —curioseó Sú.

—No lo sé… —murmuró Daniela.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Estabas tan flipada que no te diste cuenta?

—No, Sú —respondió Daniela—. Es que no me besó.

—¿No? —repitió Sú como un eco.

—No. Bueno, sí me besó, en el cuello, pero no en la boca —aclaró Daniela, dejando entrever un viso de extrañeza en la voz.

Esto no se lo confesaría a nadie, pero ella anhelaba que la besara… en los labios. Así es como empezaban las cosas, ¿no? Los rollos, las noches de pasión, las aventuras… Pero Nathan se había decantado por el cuello.

—Quizá es uno de esos hombres fetichistas —comenzó Sú—. Ya sabes… hombres que tienen fijación por una prenda, una parte del cuerpo…

—Sé lo que significa fetichista —le cortó Daniela.

Se dio media vuelta y miró por la ventana de su cuarto. Las vistas no tenían nada que ver con las que ofrecían las habitaciones de los clientes en plantas más altas. Los cuartos de los empleados daban a la parte trasera del hotel, donde varios maceteros con flores en tonos

chillones proporcionaban color al espacio; y donde a los fumadores se les permitía dar rienda suelta a su vicio.

—Era por si acaso… —apuntó Sú, a medio camino de dejar escapar una risilla.

¿Nathan Littman fetichista?, se preguntó Daniela para sus adentros. *A saber… Es un hombre tan misterioso…*, se respondió después de pensarlo unos segundos.

—Te dije que ese tío estaba colgado por ti —volvió a hablar Sú—. ¿Vas a dejar a Sergio?

—¡¿Qué…?! ¡¿Qué coño estás diciendo, Sú?! —inquirió Daniela con un manifiesto tono de enfado—. No, claro que no. ¿Estás loca? ¿Cómo puedes pensar que voy a dejar a Sergio solo porque…? ¡Joder, no!

—Está bien. Cálmate, o te va a dar un jamacuco —dijo Sú con voz tranquila.

—Es que no me creo que me lo preguntes así, como quien te pregunta si quieres café o té.

Daniela se giró bruscamente.

—Dani, cielo, tú misma has reconocido que tu relación con Sergio no está atravesando un buen momento y que es hora de tomar decisiones —le recordó Sú.

—Ya… Pero eso no significa que lo vaya a dejar —refutó Daniela.

—Pues sería una opción que deberías plantearte en serio.

—No te lo tomes a broma.

—No me lo tomo a broma. Solo intento que reacciones.

—¿Que reaccione? Me estás diciendo que deje a Sergio y que…

—Que te líes con el señor Littman —le cortó Sú.

—¿Pero no te das cuenta de que es una locura? ¿Una puta locura? —preguntó Daniela.

—No es ninguna locura. A veces hay que dejar ir a ciertas personas de tu vida, para que otras mejores entren —afirmó Sú, plenamente

convencida de lo que decía. Daniela pensó en silencio que en algunas ocasiones su amiga poseía la sabiduría del mismísimo Buda—. Además, estás empezando a sentir algo por ese hombre. ¿Me equivoco?

—Y aunque así fuera, ¿qué? —Daniela se dejó caer en la cama—. Nathan solo busca un juguete con el que distraerse en Madrid.

—Eso no lo sabes. ¿O acaso se lo has preguntado?

—Sú, no hace falta preguntárselo. —Daniela se giró y se puso bocabajo. Apoyó el codo en el colchón y siguió hablando—. Nuestros mundos son totalmente opuestos —dijo—. Él es un rico empresario norteamericano y yo una camarera de pisos. Ese tipo de hombres nos quieren para pasar un rato y poco más.

—Hay un montón de historias de amor protagonizadas por hombres ricos con mujeres que no lo son tanto.

—¿Ah, sí? Dime una.

—Los reyes que actualmente reinan nuestro país —respondió Sú.

—Ya, bueno… —titubeó Daniela.

—¿Quién se lo iba a decir a Letizia Ortiz, que pasaría de ser presentadora de telediarios a reina de España? —cortó suavemente Sú a Daniela—. ¡Reina de España! Nada más y nada menos.

—Deja de flipar —fue lo único que dijo Daniela.

—Y podría seguir poniéndote ejemplos de todas las monarquías europeas: Guillermo y Kate Middleton, Haakon de Noruega y Mette-Marit —continuó Sú, obviando el comentario de Daniela—. Y también hay casos en los que ellas son las que tienen el poder; Victoria de Suecia y el que era su entrenador personal, Daniel Westli…

Daniela puso los ojos en blanco. Ese tipo de historias era algo que uno concebía en otros, o en una película, o en un libro, pero que resultaría inimaginable en la vida real. Por lo menos en la suya.

—Ya, Sú —la interrumpió con voz apática—. No sabía que estabas tan puesta en la prensa rosa —se burló.

—¿Prensa rosa? —dijo Sú—. Esto es cultura. Por cierto, ¿he nombrado a Georgina Rodríguez? —agregó.

—¿Quién narices es Georgina Rodríguez? —preguntó Daniela.

—La actual novia de Cristiano Ronaldo. Una dependienta mileurista que compartía piso en Madrid, y fíjate, ahora está saliendo con el futbolista más rico y famoso del panorama.

—¿Y dices que es cultura? —ironizó Daniela, indiferente a su comentario.

—Por supuesto —atajó Sú.

—Sí, sí, cultura…

El tono de voz de Daniela seguía sonando desalentado aunque intentaba disimularlo.

—Venga, Dani, no seas tan pesimista —trató de animarla su amiga.

—No es cuestión de pesimismo, es que estoy muy confundida. No estoy pasando por una situación fácil. Me siento atraída por Nathan, no lo voy a negar; sería estúpido por mi parte hacerlo, pero quiero a Sergio.

—No es una situación fácil, eso está claro. Pero hazte una pregunta: ¿quieres a Sergio, o crees que le quieres? Porque a mí lo que me parece a estas alturas es que lo que prima en ti es la costumbre. La sensación de que lo quieres, porque es lo que has estado haciendo todo este tiempo. Llevas muchos años con él y a veces eso ocurre.

Daniela se quedó reflexionando unos segundos sobre aquellas palabras. Quizá Sú tuviera razón. Las cosas entre Sergio y ella habían cambiado mucho. Tal vez solo creyera que lo quería, como había dicho su amiga.

Resopló.

—No sé qué pensar… —murmuró.

—No te agobies, Dani —dijo Sú, al percibir su estado—. Deja que las cosas sigan su curso.

Daniela hizo una mueca con la boca, poco convencida del consejo de Sú. No podía dejar que las cosas ocurrieran sin más. Tenía la sensación de que todo aquel asunto estaba a punto de escapársele de las manos y, si eso ocurría, el daño que podría causar a Sergio y el que se podría causar a sí misma sería terrible.

—Cielo, tengo que dejarte. Javi y yo vamos a bajar a cenar —anunció Sú—. Hablamos en otro momento, ¿vale?

—Vale —asintió Daniela—. Pasadlo bien —les deseó.

—Gracias. —Sú hizo una pequeña pausa—. Dani…

—¿Sí?

—Haz lo que te diga el corazón, así nunca te vas a equivocar —concluyó Sú—. A veces hay que dejarse llevar por él, arriesgarse y saltar al vacío.

Daniela colgó la llamada, dejó el móvil sobre la mesilla y se tumbó en la cama. Se preguntó con escepticismo si hacer lo que decía el corazón era garantía de algo; si el corazón no cometía errores. Ella no estaba convencida de tal afirmación, ni de atreverse a saltar al vacío.

CAPÍTULO 50

Nathan daba vueltas por la suite como un tigre de bengala metido en una jaula. Llevaba dos días sin ver a Daniela. Nadie le quitaba de la cabeza que ella había estado evitándole a propósito. Pero hasta ahí había llegado. Iba a buscarla por todo el hotel hasta encontrarla, aunque tuviera que buscarla debajo de las piedras.

Se giró y enfiló la puerta con pasos determinantes.

Los ojos de cuervo del señor Barrachina miraban a Daniela con expresión de amonestación.

—Lo siento —se disculpó ella—. No volverá a suceder.

—Eso espero —apuntó él—. No quiero volver a oír una sola queja de ningún cliente y mucho menos del matrimonio de la 1567. Ellos son clientes asiduos del hotel. No nos podemos permitir perderlos. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Daniela.

Daniela no podía creerse que el matrimonio de la habitación 1567, una pareja en vías de la vejez, se hubiera quejado al gerente por que les faltara una toalla en el baño. ¡Una toalla! Ya había oído a Sú, encargada de limpiar su suite, quejarse de ellos, y antes de irse de vacaciones le había advertido que eran más pesados que una vaca en brazos. Y lo eran. Daniela había podido comprobarlo. Pero nunca imaginó que tanto.

—Si vuelvo a recibir una queja, tomaré medidas —sentenció el señor Barrachina—. Los problemas personales se dejan fuera del…

—Señorita Martín, por fin la encuentro.

La voz ligeramente sarcástica de Nathan se escuchó a su espalda, interrumpiendo de golpe la conversación. Pedro Barrachina, con la palabra en la boca, alzó la vista por encima del hombro de Daniela, que en ese instante se giraba hacia Nathan.

—¿Podemos hablar un momento? —le preguntó Nathan cuando llegó a su altura.

—Mi turno ha terminado ya, señor Littman —respondió Daniela.

El señor Barrachina volvió el rostro hacia ella y la taladró con la mirada. Daniela quiso que la tragara la tierra. ¿Cómo se le había ocurrido decir eso? ¿Y encima delante del gerente?

—Quiero hablar con usted —dijo Nathan en un manifiesto tono de autoridad. Daniela iba a decir algo, pero él no se lo permitió—. Ahora —ordenó pausadamente, vocalizando cada letra y sin dejar posibilidad a otra opción.

—¿Tiene alguna queja de Daniela, señor Littman? —le preguntó el señor Barrachina, dispuesto a caer de nuevo sobre ella si la respuesta de Nathan era afirmativa.

—No, ninguna —contestó Nathan, mirando a Daniela con el principio de una sonrisa en las comisuras de los labios. Ignorando al gerente, se echó a un lado—. ¿Vamos? —dijo.

—Sí —respondió Daniela a media voz.

—A mi suite —musitó Nathan en su oído cuando pasó a su lado.

Daniela giró la cara y abrió la boca para replicar. ¿A su suite? ¿Es que no podían hablar en otro sitio? Había una decena de salas de reuniones en el Eurostars que quedaban mucho más cerca que su suite. ¿No podían hablar en una de ellas? La idea de estar a solas con él le provocaba una mezcla de miedo y excitación.

—A mi suite —repitió Nathan, no dejándole otra opción más que

obedecerle.

Daniela apretó los labios y asintió en silencio.

—Buenas noches, señor Littman —se despidió Pedro Barrachina en tono adulador cuando Nathan se llevó a Daniela con él.

Nathan no se molestó en contestar. Comenzó a andar detrás de Daniela, vigilando cada uno de sus pasos como si fuera su guardaespaldas.

Daniela se tensó al sentirlo tan cerca, tanto que podía oler su caro perfume. Se esforzaba por ignorarlo y por ignorar el efecto que tenía sobre ella, pero tendría que ser de piedra para conseguirlo. Y él lo sabía.

Sí, seguro que lo sabe, afirmó Daniela, tratando de controlar la respiración.

Lo miró de reojo mientras intentaba convencerse de que podría caminar a un ritmo normal, aunque las piernas le temblaban tanto que temía que no respondieran a las órdenes que le daba su cerebro.

Nathan parecía estar disfrutando con el momento y con las reacciones que provocaba en ella. Sí, lo disfrutaba. De pronto Daniela se sintió estúpida y algo molesta. ¿Se estaba burlando de ella?

Aceleró el paso y siguió andando un poco más deprisa hasta llegar a la zona de los ascensores, donde se detuvo. Nathan se adelantó a sus intenciones, estiró el brazo por delante del suyo y apretó el botón. Las manos estuvieron a punto de rozarse.

Daniela cerró los ojos y lanzó al Cielo una plegaria para que el ascensor tuviera gente y no tener que subir solos.

Porras, está vacío, se lamentó, cuando las puertas se abrieron y vio que no había absolutamente nadie en su interior. Dios parecía estar en huelga, porque no la había escuchado. Pero, ¿de qué se sorprendía? Nunca la escuchaba. Siempre hacía oídos sordos a sus peticiones.

—¿Problemas con el señor Barrachina? —le preguntó Nathan a Daniela dentro del ascensor.

—No —respondió ella.

—No parecía muy contento —observó Nathan.

Un brillo de diversión asomaba a sus ojos verdes. Le gustaba que Daniela estuviera tan cohibida. La timidez le parecía atractiva, especialmente la suya. Le hacía sentir poderoso.

—El señor Barrachina nunca está contento —repuso Daniela. Aunque parecía estar refiriéndose también a él.

—Si tienes algún problema con él puedes decírmelo, me encargaré de solucionarlo.

—Todo está bien. Ya has hecho bastante por mí.

Daniela bajó la mirada.

—Puedo hacer mucho más. Solo tienes que pedírmelo.

Nathan «El Todopoderoso», se dijo Daniela.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó, rompiendo el silencio que se había instaurado en el ascensor.

Levantó la vista y se encontró con la exótica y penetrante mirada de Nathan sobre ella.

¿Por qué es tan guapo? Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan guapo?

Nathan enarcó las cejas y observó a Daniela mientras la estudiaba.

—No estamos en la suite —dijo con la voz teñida de sorna.

Daniela se gritó a sí misma que se callara. Jugara a lo que jugara Nathan, había ganado. Él siempre ganaba.

CAPÍTULO 51

Daniela esperó al lado de Nathan mientras él pasaba la tarjeta-llave por la ranura y abría la puerta de la suite.

No podía evitar estar nerviosa.

—Pasa —le indicó Nathan, dejándole entrar en primer lugar.

Las luces alógenas se encendieron automáticamente cuando Daniela se adentró en la habitación. A su espalda sintió como Nathan cerraba la puerta.

Al llegar a la mitad de la estancia respiró hondo y se giró hacia él. Nathan la observaba con detenimiento.

—¿Puedo preguntar ahora de qué quieres hablar? —dijo, porque fue lo único que se le ocurrió para romper el silencio. Se obligó a que su voz mostrara seguridad. No quería que Nathan creyera que tenía poder sobre ella; aunque lo tenía, más de lo que le gustaría.

—Puedes —contestó él en tono tranquilo.

Daniela esperó unos segundos a que Nathan le respondiera, pero él no tenía intención de seguir hablando hasta que ella no hiciera la pregunta.

¿A qué está jugando?, se dijo Daniela, molesta.

—¿De qué quieres hablar? —lanzó de nuevo, dando continuidad a la conversación.

Mientras Daniela esperaba la contestación, Nathan admiró en silencio su belleza; sus ojos azul cielo, su boca rosada y carnosa y su rostro lleno de ingenuidad, y observó cómo se humedecía los labios con expresión inquieta. Aquel simple gesto podría hacer que perdiera

el control sobre sí mismo.

—De ti —respondió rotundo. Dio un par de pasos hacia adelante, acercándose a Daniela—. Hace dos días que no te veo —añadió.

—He estado ocupada; apenas tengo tiempo. Entre el trabajo, el tratamiento de mi hermana… —se excusó ella poco convencida.

—Yo creo que me has estado evitando —afirmó Nathan sin titubear.

Daniela miró a un lado y a otro, nerviosa, hasta que por fin sus ojos se atrevieron a posarse en Nathan. La intensidad con la que él la miraba en esos momentos le disparó el pulso. ¿Por qué tenía que mirarla así?

Ojalá no la mirase de ese modo.

Daniela trató de engañarse a sí misma diciéndose que el calor de sus mejillas se debía al bochorno que hacía en Madrid y no a la mirada de Nathan Littman, pero terminó rindiéndose a lo evidente.

Le resultaba muy difícil controlar su atracción por él, era consciente de que solo tendría que pasar unos segundos a solas para perder el control. Tenía que evitar que eso ocurriera, o estaría perdida.

Intuyendo por qué derroteros iba a ir la conversación, y en lo que derivaría, dijo:

—Será mejor que me vaya.

—No quiero que te vayas —atajó Nathan—. No quiero que te vayas a ninguna parte. Y tú no quieres irte —afirmó.

Daniela se movió incómoda en el sitio. Al levantar los ojos y ver que Nathan iba hacia ella, quiso protestar, pero no pudo; las palabras no salían de su boca.

Dio un paso hacia atrás. Él siguió caminando, obligándola a atravesar la pequeña distancia del hall, hasta que se topó con una de las paredes que dividían las distintas estancias de la suite.

Mientras se acercaba, Nathan comprobó que los preciosos ojos azules de Daniela se oscurecían y que la expresión de su rostro se volvía dulce e inquieta a la vez.

Había llevado allí a Daniela para hablar con ella, pero en esos momentos tuvo la certeza de que no iba a ser capaz de seguir sus buenas intenciones y que, en cambio, sucumbiría al irrefrenable deseo que sacudía su entrepierna.

—No quieres irte, ¿verdad, Daniela? —le preguntó cuando finalmente la alcanzó. Aunque no era una pregunta sino una aplastante afirmación.

Daniela no pudo controlar el violento tronar de su corazón cuando comprobó que Nathan se había detenido solo a unos centímetros de ella. Sus cuerpos estaban casi pegados.

El sentido común clamaba que saliera de allí antes de que fuera demasiado tarde, pero las piernas no le respondían.

—Tengo novio… —farfulló.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo Nathan con aire de suficiencia.

Daniela reparó en el brillo desafiante que se reflejaba en sus ojos verdes y que se mezclaba con algo más que no se atrevió a descifrar, pero que podía ser deseo.

—Esto… Esto no está bien —la última parte de la frase salió de su boca como un murmullo. Daniela se regañó por ser un libro abierto para Nathan.

—Eso tampoco responde a mi pregunta —se adelantó a decir él.

Daniela carraspeó, nerviosa. Le temblaban las piernas como a un cordero recién nacido.

—Yo… no sé lo que quiero.

—Yo creo que sí lo sabes, Dani. Lo sabes igual que lo sé yo.

Nathan habló en su boca. Sentir su aliento en los labios hizo que los sentidos de Daniela se dispararan en mil direcciones.

—Nathan… —susurró con voz estrangulada.

—Me gusta cómo pronuncias mi nombre. —Nathan ladeó la cabeza

y le dedicó una mirada cargada de lujuria—. Y no te niego que me gustaría escucharlo en otro momento... —dejó la frase suspendida en el aire.

—¿En otro momento? ¿En qué momento? —preguntó Daniela, presa del desconcierto.

—Mientras te corres, por ejemplo —dijo Nathan en tono sensual.

Un violento golpe de rubor sacudió las mejillas de Daniela. Aquellas palabras la perturbaron tanto como la excitaron.

—Nathan, yo… —murmuró, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban.

—Me muero por escuchar cómo gritas mi nombre mientras hago que te corras —le cortó suavemente Nathan.

Y pensar en ello hizo que su miembro se endureciera.

—Cuando estoy cerca de ti no soy capaz de controlarme. No sé lo que me pasa contigo… —murmuró Daniela sin apenas aliento—. Tengo miedo de… —Su voz se fue apagando.

—¿De qué? —la provocó Nathan para que terminara la frase—. ¿De qué tienes miedo?

—De cometer una locura —respondió ella.

—Quiero que cometas esa locura, Daniela, que te dejes llevar…

Antes de que le diera tiempo a pensar y, quizá, a salir corriendo, Nathan la aferró por la cintura y la atrajo hacia sí de un envite, atrapándola con la calidez de su mirada. Notó como el cuerpo de Daniela se tensaba bajo sus manos.

Daniela se esforzó por ordenar sus pensamientos; su mente iba a mil por hora. En esos momentos era vagamente consciente de que tendría que protestar, decir algo, pero era incapaz de hacerlo. De cerca, Nathan rezumaba tanta virilidad que le estaba provocando un cortocircuito cerebral, si es que algo así podía suceder. Sentía su proximidad en cada célula de su cuerpo. Era casi como un dolor.

Nathan levantó la mano para acariciar la cara de Daniela. Estaba

desesperado por tocarla, desesperado por recorrer con la lengua cada centímetro de su cuerpo, desesperado por follarla… Se inclinó y, aunque ella esperaba que la besase, él comenzó a depositar pequeños besos en su escote. ¿Qué pasaba?, se preguntó Daniela. ¿Por qué no la besaba en la boca?

Se puso de puntillas e intentó besarlo, pero él echó la cabeza hacia atrás.

Ligeramente frustrada y desconcertada, apoyó las plantas de los pies en el suelo y lo miró con expresión de extrañeza. Nathan alzó la vista y vio en sus ojos claros el anhelo de un beso, el anhelo de unir sus bocas, de probarse los labios... Lo había visto muchas veces en muchas mujeres, que se preguntaban porque Nathan Littman no las besaba en la boca, pero no se lo había permitido a ninguna.

Durante unos segundos se mantuvo inmóvil, observando la boca rosada y carnosa de Daniela y su respiración entrecortada. Guiado por un impulso alzó una mano y rozó su labio inferior con el pulgar. Lo presionó con suavidad, haciendo que se separase ligeramente y, tras un momento de vacilación y como si fuera atraído por un potente imán, se inclinó hacia adelante y finalmente juntó sus labios con los de Daniela.

Sintió como ella temblaba.

CAPÍTULO 52

Fue un leve roce; dulce, cálido, suave. Un tanteo con el que Nathan quería probar cómo se sentía. Hacía años que, por propia elección, no besaba en la boca a una mujer. Exactamente desde…

Se separó unos centímetros.

Daniela alzó la mirada hacia el atractivo rostro de Nathan. Sus ojos se encontraron y se mantuvieron la mirada mientras el tiempo parecía haberse detenido.

—Nathan… —susurró Daniela, suspirando.

Pronunció su nombre con miedo, como si Nathan se fuera a esfumar en cualquier momento, como si supiera lo que estaba pasando por su cabeza; sus dudas, su incertidumbre. Lo pronunció como si quisiera retenerlo…

Nathan leyó en el rostro de Daniela que deseaba besarlo otra vez, y, para su sorpresa, él también deseaba besarla. Se inclinó de nuevo y regresó a su boca con más fuerza.

Firme, salvaje, ardiente.

Sus lenguas se unieron y comenzaron una danza apasionada. Daniela sintió que se le licuaban los huesos. Durante unos segundos la cabeza le dio vueltas. Tuvo que agarrarse a los fuertes brazos de Nathan para no caerse. La presión que ejercía sobre sus labios y después su lengua recorriendo cada rincón de su boca la enloquecieron.

Nathan la sujetó por la nuca y profundizó más el beso, si es que eso era posible. El impacto fue tan placentero, tan insólito, que sintió que

estaba en una especie de trance. Oyó como Daniela gemía levemente y se oyó a sí mismo gemir mientras saboreaba sus labios, dedicándoles todo el tiempo del mundo.

Apretó más su cuerpo contra el de Daniela y notó como sus pezones se endurecían bajo la fina tela del uniforme. Tuvo que hacer un esfuerzo para ir despacio, para no arrancarle el vestido y devorarla como le pedía el instinto, que le gritaba que le diera la vuelta, la inclinara sobre la mesa y la embistiera por detrás como un animal salvaje. Pero la pizca de sensatez que le quedaba le decía que tenía que ir con cuidado; no quería asustarla más de lo que ya estaba.

A ella no.

Se apartó de la boca de Daniela para dejarle que tomara un poco de aire y deslizó los labios por su mandíbula hasta llegar al cuello, cubriéndola de besos llenos de pasión.

—*My heaven*… —susurró en ingles de forma inconsciente.

«Mi cielo…»

Bajó las manos y las introdujo por el interior de la falda del uniforme. Poco a poco fue levantando el borde de la tela para tocar sus muslos. Daniela sentía las manos de Nathan como si fuera hierro al rojo vivo. Le quemaban la piel allí donde la acariciaban.

¡Fuck!, exclamó Nathan para sus adentros con los dientes apretados, al comprobar que la piel de Daniela era tan suave como se la había imaginado.

El deseo comenzó a bombear en torrente por sus venas.

Los dedos treparon hasta el elástico de la braguita y pasó varias veces el índice por sus ingles con una lentitud agónica. Quería sensibilizar la zona, hacer crecer el deseo y las ganas de Daniela. Durante un rato la torturó, jugueteando con sus dedos pero sin tocarla el clítoris. Supo que estaba surtiendo efecto cuando comprobó los intentos que hacía Daniela por separar las piernas encerradas en la falda.

Sonrió para sí y siguió martirizándola un poquito más.

Daniela se deshacía en suspiros mientras movía las caderas buscando la fricción de la mano de Nathan. Su impaciencia crecía por momentos, tanto que empezaba a ser insoportable.

Al verla en ese estado, Nathan supo que ya la había torturado suficiente.

Arrastró la falda por sus muslos, se la subió hasta las caderas y Daniela pudo separar las piernas para proporcionarle un mejor acceso.

Bajó de nuevo la mano, la introdujo en el interior de la braguita y con el dedo corazón comenzó a trazar círculos sobre su clítoris. Primero en una dirección y después en la otra, haciendo que Daniela se estremeciera. Nathan notó como las yemas se le empapaban con su humedad y eso le envileció.

—¿Te gusta? —le preguntó en la boca.

—Sí —jadeó Daniela.

—¿Sí? —repitió él con suficiencia.

—Sí —farfulló Daniela sin aliento.

Nathan aceleró el movimiento de sus dedos mientras una de las manos subía hasta un pecho de Daniela y lo apretaba. Ella dejó escapar un gruñido que se transformó en un gemido de placer.

Daniela ya no pensaba, lo único que hacía era absorber las sensaciones que viajaban por su cuerpo y que era incapaz de controlar.

Nathan continuaba acariciándole el clítoris con movimientos sensuales y excitantes. Daniela se retorció contra él. Se aferró a sus poderosos hombros y echó la cabeza hacia atrás, al borde del clímax.

Su respiración comenzó a acelerarse hasta que se convirtió en un coro de gemidos.

—Di mi nombre —le pidió Nathan contra sus labios, incrementando más aún las caricias—. ¡Di mi nombre, Dani! ¡Dilo! —le exigió cuando ella estaba a punto de sumergirse en ese lugar de no retorno—. ¡Venga, dilo!

—¡Nathan! —gritó Daniela en un gemido, mientras su cuerpo se tensaba y sus terminaciones nerviosas estallaban en el orgasmo más intenso de su vida—. Oh, Nathan.

Las piernas le flojearon y se hubiera caído de no ser porque Nathan la sujetó por la cintura.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó.

Instintivamente alzó la mano y le acarició la mejilla con suavidad.

—Sí —susurró Daniela, afirmando al mismo tiempo con la cabeza.

Sonrió débilmente. Dios, ni siquiera tenía fuerzas para sonreír.

—Bien, porque todavía no he acabado contigo —aseveró Nathan, dirigiéndole una mirada lobuna.

CAPÍTULO 53

Los ojos verdes de Nathan abrasaron los de Daniela, que sintió como su deseo crecía de nuevo con fuerzas renovadas. ¿Cómo era posible? La atracción que sentía por ese hombre la sobrepasaba.

¿Y Sergio? ¿Dónde quedaba él en todo esto?, se preguntó.

La rueda había empezado a girar y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Y pese a que una vocecita interior le advertía que aquello era muy peligroso, no estaba segura de querer huir.

La imagen de Sergio desapareció de su mente cuando Nathan la agarró de las nalgas y sin esfuerzo la levantó en vilo. Daniela enroscó las piernas en torno a su cintura y dejó que la llevara hasta la mesa de la sala, donde la sentó. Le abrió las piernas y se metió entremedias de ellas.

Daniela alzó la vista y se quedó mirándolo. ¿Era Nathan Littman el que estaba entre sus piernas? ¿El mismo Nathan Littman borde e insufrible que el primer día la trató con la mayor descortesía y suficiencia del mundo?

No. Era otro Nathan. Otro que no conocía. Otro que era apasionado, amable, dulce, que se preocupaba por ella y que la cuidaba. ¿Era el Nathan que tenía delante ese hombre maravilloso del que un día había hablado Nicholas? ¿Quién era el auténtico? ¿El bueno o el malo? ¿El ángel o el demonio?

Ladeó la cabeza con los ojos entornados y en silencio le acarició suavemente el rostro, como si sus rasgos estuvieran escritos en braille y quisiera grabarlos en sus dedos. Pasó las manos por sus pómulos, sus sienes, su nariz y las deslizó hasta sus angulosas mandíbulas

oscurecidas por la barba perfectamente recortada.

Sin saber por qué, quizá fruto de los nervios, sus labios esbozaron una sonrisa. Él se la devolvió mientras dejaba que le tocara la cara. Le gustaba sentir la suavidad de sus manos sobre la piel.

Atacada por la timidez y con las mejillas azoradas, Daniela bajó la cabeza. Nathan apoyó los dedos en su barbilla y la obligó a levantar el rostro hacia él.

—No me prives de tu sonrisa, Dani —le dijo, mirándola fijamente a los ojos—. Nunca me prives de tu sonrisa…

Se inclinó hacia adelante y la besó.

Daniela se regañó. No debería dejarse llevar así… Pero quería dejarse llevar. Deseaba dejarse llevar y no volver; no volver nunca más de ese lugar al que la transportaba Nathan.

Después de un rato saboreándose de nuevo, Nathan se separó y, con dedos ansiosos, comenzó a desabrocharle los botones del uniforme. Se lo quitó y lo tiró al suelo. En silencio deslizó la mirada por el cuerpo de Daniela, deleitándose en cada curva.

—Eres preciosa, Daniela —le dijo—. Preciosa…

Llevó las manos hasta su cabeza y con gesto impaciente le deshizo la coleta. La larga melena de Daniela cayó en cascada por su espalda y sus hombros. Ella sintió el pelo deslizándose a ambos lados de su rostro como si fuera una suave manta.

—Mucho mejor así —ronroneó seductor Nathan, acariciándole algunos mechones—. Me gusta suelto.

Se inclinó, hundió la nariz en el frondoso pelo castaño y aspiró con fuerza.

—¡Dios, qué bien hueles! —exclamó cuando el aroma floral del champú le inundó las fosas nasales.

Después le agarró firmemente las caderas y le pegó a su miembro para que notara su erección. Daniela lanzó al aire un suspiro de placer cuando sintió la dureza de Nathan contra su vientre.

—Desnúdame —le pidió Nathan con la voz encendida.

Daniela alzó las manos, cogió la corbata que rodeaba su cuello, la desanudó con dedos temblorosos y se la quitó, dejándola a un lado. Con la ayuda de Nathan le sacó la chaqueta del traje y después, uno a uno, fue desabrochándole los botones de la camisa. Intentaba hacerlo deprisa, pero los nervios no se lo permitían. Parecía que tenía los dedos con artrosis.

Respiró aliviada cuando por fin llegó al último botón. Tiró del borde de la camisa para tratar de sacarla del pantalón. Gimió de frustración al no conseguirlo. Se sintió torpe y estúpida. Las comisuras de Nathan se elevaron formando una sonrisa indulgente.

—Tranquila —le dijo con suavidad. Cogió la camisa y se la quitó él mismo—. Ya está.

Daniela arrugó ligeramente la nariz.

Porras, no era tan difícil, refunfuñó para sus adentros.

—¿Sabes que me encanta ese gesto? —susurró Nathan.

—¿Qué gesto? —preguntó Daniela, confusa, sin poder quitar los ojos de su torso desnudo.

—Cuando arrugas la nariz.

—Oh… —dijo, sorprendida por el comentario de Nathan. Sabía que arrugaba la nariz porque la gente se lo decía, pero nunca se hubiera imaginado que Nathan se hubiera fijado en algo así—. La mayoría de las veces no soy consciente de que lo hago —explicó, levantando la mirada.

—Por eso me gusta, porque es un gesto natural en ti —apuntó Nathan, al tiempo que traviesamente le quitaba el sujetador.

Sin decir nada, se inclinó y pasó la punta de la lengua por uno de sus pezones, que se endureció de inmediato. Daniela jadeó mientras Nathan succionaba y mordisqueaba sus pechos. Una corriente de placer viajó a lo largo de su cuerpo hasta instalarse en el vértice de sus piernas.

—Por Dios, Nathan —musitó.

Introdujo los dedos entre sus mechones de pelo negro y le acarició la cabeza.

Nathan se separó, se desabrochó el cinturón y se quitó el pantalón y el bóxer, liberando su poderosa erección. Daniela se quedó fascinada al ver su miembro. Levantó la vista de inmediato cuando se percató de que llevaba demasiado tiempo mirándolo. Nathan sonrió complacido.

Daniela no pudo evitar ponerse roja.

Nathan se giró en silencio y se dirigió a la mesilla sin que ella pudiera quitarle los ojos del trasero. Era perfecto. Nunca había visto un culo igual.

Nathan inclinó un poco el torso, abrió el cajón superior y sacó un preservativo. Sin dilación se volvió y Daniela pudo disfrutar en ese momento de la magnificencia de su cuerpo completamente desnudo. Realmente tenía una figura increíble.

Mientras Nathan avanzaba hacia ella como un felino hacia una gacela, Daniela se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no hacía el amor con Sergio. La rutina parecía haberse instalado en su relación de pareja, y él ni siquiera se molestaba ya en tocarla.

Nathan se colocó de nuevo entre las piernas de Daniela, rompió el envoltorio de plata y desenrolló el preservativo a lo largo de su miembro. Con la punta de los dedos, deslizó las braguitas por sus piernas y se las quitó. Cuando dejaron de estorbarle, pasó el brazo izquierdo por la parte baja de su espalda y con la derecha guió a Daniela para que se tumbara sobre la mesa. Quería continuar el periplo por su cuerpo. Le acarició los pechos, estrujándolos bajo sus manos, los costados, la tripa, las caderas… Los muslos, que se mantenían rodeando su cintura como un candado. Nathan no quería dejar un solo centímetro de su piel sin tocar, sin explorar, sin sentir en las yemas de los dedos.

Ansiaba poseerla, ansiaba estar dentro de ella.

Se aferró a sus nalgas con fuerza, tanteó la entrada de su vagina, y

de un solo movimiento la penetró profundamente. Después se quedó completamente quieto, observando su reacción.

Daniela se estremeció y dejó escapar una especie de gemido. Nathan supo que estaba más preparada para él de lo que había pensado. Salió y volvió a entrar en su interior de un único embate.

Daniela se estremeció de nuevo; sentía como una descarga eléctrica le atravesaba el cuerpo con cada embestida de Nathan.

—Oh, si… —suspiró.

Nathan comenzó a moverse al tiempo que le estimulaba el clítoris con el pulgar. Verla retorcerse de placer fue una de las cosas más excitantes que había contemplado en su vida. Una ola de calor abrasador lo recorrió de arriba abajo.

Empujado por el placer, fue aumentando la velocidad de los movimientos. Daniela elevó las caderas para amoldarse al ritmo de sus envites.

—No aguanto más… —masculló con voz quebradiza—. Nathan, no puedo más...

Nathan sintió como un violento placer escalaba en su interior y lo transportaba a ese lugar del que no volvería. Introdujo las manos por la espalda de Daniela y la incorporó. Buscó su boca con desesperación, y mientras sus labios se devoraban mutuamente, fundiéndose en un intenso beso, notó como los músculos de Daniela se contraían alrededor de su miembro, presagio de un orgasmo. Un par de envites después estaba convulsionándose entre sus brazos.

Nathan se aferró a las nalgas de Daniela, clavando las yemas en ellas, y se corrió mientras un rugido casi animal salía de su garganta.

Se mantuvieron así, aferrado el uno al otro, un rato, mientras trataban de regularizar unas respiraciones que apenas eran capaces de contener los pulmones.

Nathan alargó la mano y le retiró un mechón de pelo de la frente, colocándoselo detrás de la oreja. Durante unos segundos contempló su rostro. Tenía el pelo enmarañado, las mejillas sonrojadas y una ligera película de sudor hacía que le brillara la piel.

Daniela sonrió débilmente.

—¿Ya… ya has terminado conmigo? —le preguntó a Nathan.

Él sonrió seductoramente al tiempo que la cogía en brazos.

—Ah… —gimió Daniela fruto de la sorpresa.

Pasó los brazos por su cuello.

—Cuando termine contigo te aseguro que no podrás moverte —aseveró Nathan con picardía mientras la llevaba a la cama.

CAPÍTULO 54

Nathan contemplaba en silencio a Daniela desde la sala de estar. Poco después de que se quedara dormida entre sus brazos, se había levantado, incapaz de conciliar el sueño, y se había sentado en el sofá, como cada noche, a esperar que la madrugada pasara lo más rápidamente posible y que el día llegara.

Extrañamente aquella noche era distinta. No quería que el tiempo pasara rápidamente; quería detenerlo; quería pararlo en ese mismo instante, en cualquier instante. Siempre que estuviera ella: Daniela.

El sexo con ella de pronto había vuelto a tener sentido. Ese sentido que había perdido. No había sido un acto automático o mecánico como lo era con otras, incluida en esas otras, Bárbara.

No.

Con Daniela no había tenido prisa, ni había sido duro. Había sido muy apasionado, sí, esa era su naturaleza, pero no duro, como era con otras mujeres con las que solo pretendía satisfacer una necesidad fisiológica.

Y besarla… besarla en la boca había sido uno de los placeres más deliciosos que había experimentado en los últimos años. El contacto con sus labios había desatado un torrente de sensaciones. Sensaciones que había olvidado que era capaz de sentir. El sabor a néctar de su boca le había resultado excitante e irresistible. Hacía tanto que no besaba a una mujer de ese modo…

Se preguntó cuántas veces más tendría que follarla para sentirse saciado de ella. Cuántas veces más tendría que besarla.

El recuerdo del cuerpo de Daniela entre sus brazos hizo que se le

tensaran los hombros. Se levantó y, llevado por el instinto, se aproximó a la cama y se sentó a su lado. Durante unos instantes permaneció quieto, sin hacer ruido, mirándola. Estaba tumbada bocabajo, desnuda, y la sábana apenas cubría sus nalgas y la parte baja de su espalda. El resto de su cuerpo estaba al descubierto.

Acercó la mano a su rostro y acarició su mejilla. Daniela se movió lánguidamente entre las sábanas, profundamente dormida, y Nathan, por algún motivo incomprensible, se permitió esbozar una leve sonrisa en los labios. Se sintió fascinado por ella y por lo que le hacía sentir. ¿Cómo era posible que simplemente contemplarla le transmitiera tanta paz? ¿Qué le infundiera esa tranquilidad, tan anhelada como poco habitual en él?

Aquella placidez era adictiva.

Mientras deslizaba el dedo índice por su espalda, a través de la línea de la columna vertebral, cayó en la cuenta de que Daniela era la única persona capaz de dominar a sus demonios, la única capaz de apaciguarlos. Era una bocanada de aire fresco; un trocito de cielo en su particular infierno.

Daniela abrió un ojo y después otro. Pestañeó un par de veces. La habitación estaba todavía oscura, excepto por el resplandor lechoso de la luna que se filtraba por los ventanales. Ni siquiera había amanecido, pensó.

Detrás de ella notó un vacío. La cama era demasiado grande como para no notarlo. Miró por encima de su hombro y comprobó que Nathan no estaba a su lado. Se giró un poco y con la mano palpó las sábanas. No estaban calientes, así que concluyó que no se había levantado solo para ir al servicio.

Se incorporó y vio el contorno de su silueta recortada contra el azul oscuro de la noche. Estaba sentado en el sofá, sumido entre las sombras. Su rostro se giraba hacia los ventanales, desde donde

observaba las impresionantes vistas.

A Daniela le pareció una de las estampas más melancólicas que había visto jamás. Se preguntó qué era lo que lo llevaba a ese estado taciturno, ¿por qué detrás de la dureza que habitaba en sus ojos se escondía un halo de tristeza tan profundo?, ¿qué había pasado en su vida tan doloroso como para haberlo hecho cambiar de carácter y convertirlo en un hombre arrogante y antipático? ¿En un hombre que parecía estar consumido por una lucha emocional interna tan fuerte que lo mantenía en vela la mayor parte de las noches?

Daniela se acordó de la caja de *Ambien* que había encontrado una mañana encima de la mesilla. Había consultado en Internet para qué se utilizaba y había leído que era el nombre comercial que tenía en EE. UU. el Zolpidem, un fármaco para tratar el insomnio y los trastornos del sueño.

Demasiadas preguntas, se dijo, negando para sí.

Era una tentación difícil de resistir no ir hasta él, pero estaba completamente desnuda. Lanzó una miradita a su alrededor mientras se mordía el labio inferior.

El uniforme se encontraba en el suelo en la otra punta de la suite. No quería ir hasta allí. Le parecía que estaba demasiado lejos para ir desnuda. Volvió a echar un vistazo en derredor y de pronto encontró la solución. Tiró del cubrecama negro, ese que tantas veces ella misma había colocado a los pies de la cama, salió de las sábanas y se envolvió el cuerpo con él.

Atravesó la elegante suite sigilosamente y se dirigió hacia Nathan.

—Hola —murmuró con voz suave, de pie, al lado del muro que dividía el dormitorio y la sala de estar.

Nathan giró el rostro. Sus ojos verdes se encontraron con los de Daniela, que lo miraba con una timidez infinita.

—Hola —correspondió.

Solo tenía puesto el bóxer.

—¿No puedes dormir? —le preguntó Daniela.

Nathan negó ligeramente con la cabeza.

—Deberías irte a la cama. Son solo las dos y media de la madrugada —le dijo a Daniela.

—No quiero irme a la cama —repuso ella.

—Entonces, ¿qué quieres? —quiso saber Nathan.

—Quedarme contigo —respondió Daniela, tanteándole. Cabía la posibilidad de que fuera una idea que no le gustara. De hecho, estaba convenida de que no le iba a gustar. Nathan no quería que se le molestara. Eso era algo que había aprendido el mismo día que le conoció.

Nathan la observó unos segundos, mientras se debatía internamente entre mandarla de nuevo a la cama, levantarse y follarla allí mismo, contra la pared, o dejarla que compartiera con él aquel momento. Optó por lo último, ya la follaría después.

Le tendió la mano, invitándola a que se acercase.

—Ven —susurró.

Daniela se apretó con fuerza el cubrecama sobre el pecho, caminó hasta él y tomó su mano al tiempo que sonreía. La mano de Nathan era firme y suave, aunque ya había podido comprobarlo unas horas antes mientras recorría su cuerpo con ellas.

—¿Siempre ofreces una sonrisa a la gente? —le preguntó Nathan, pegándose al respaldo del sofá para hacerle un hueco a su lado.

Daniela se tumbó delante de él.

—Mi madre nos decía que todas las personas que conocemos están librando una batalla con la vida de la que no sabes nada. Que tenemos que ser amables. Siempre —comenzó a decir, acurrucándose contra el cuerpo de Nathan—. No sabemos por lo que está pasando la gente con la que nos cruzamos. Por eso una sonrisa y un poco de empatía nunca vienen mal. Además, es gratis —bromeó, entrelazando sus dedos con los de Nathan.

Nathan reflexionó acerca de esas palabras. Eran muy ciertas. Él libraba su propia batalla interna y tenía que admitir el bien que le hacía la sonrisa de Daniela. Esa sonrisa de la que no quería que lo privase.

—Tu madre era una mujer muy sabia —comentó en tono de sumo respeto.

Lejos de rechazar el cariñoso gesto de Daniela, apretó los dedos de su mano menuda con los suyos.

—Sí, lo era —musitó Daniela orgullosa, dejándose envolver por el calor que le ofrecía la mano de Nathan.

—¿Cuántos años tenías cuando murió?

—Dieciocho.

—Eras una niña… —anotó Nathan—. ¿Y tu hermana?

—Cinco.

—La has cuidado todos estos años, ¿verdad?

—Sí, junto con mi padre.

—Eres muy generosa.

—¿Por qué?

—Porque tú también tienes tu particular lucha con la vida y aún eso, siempre ofreces una sonrisa a los demás, incluso a mí.

—Bueno, fue el legado que me dejó mi madre —dijo, restándole importancia. Sonreír no le costaba ningún trabajo.

—Eso no te quita mérito. Eres una persona muy especial, Dani —afirmó Nathan.

Daniela guardó silencio mientras asimilaba el halago. Porque eso había sido un halago, ¿no?

CAPÍTULO 55

—Señorita Martín, ¿por qué no duerme un poco? —le preguntó Nathan a Daniela, jugando con el tratamiento.

—No tengo sueño —respondió ella—. Además, usted tampoco va a dormir, ¿verdad, señor Littman? —se aventuró a decir.

—Yo duermo muy poco.

Daniela sopesó si preguntarle por qué, que cuál era la razón de su insomnio casi crónico. No quería pecar de indiscreta, con Nathan había que tener cuidado porque era muy reservado, pero reconocía que le picaba la curiosidad. Finalmente se decantó por preguntárselo.

—¿Por qué? —Y para no sonar como una entrometida, añadió—: ¿No me irás a decir que eres un vampiro? —bromeó.

Nathan rió.

—Puede —dijo con malicia.

—¿Ese es tu secreto?

¿Había hecho esa pregunta en voz alta? Sí, la había hecho en voz alta. ¿Cómo podía su subconsciente traicionarla de esa manera?

Mierda, masculló para sus adentros. *No debería haber dicho eso. No lo debería haber dicho. A veces tendría que coserme la boca*, se lamentó.

Apretó los labios. A sus palabras le siguió un extraño y débil silencio que inundó la sala y la hizo tensarse. No se atrevió a mirar a Nathan. Seguro que había advertido con qué intención estaba hecha esa pregunta, lejos de la broma de si era un vampiro o no.

Lo sintió acercarse a su oído y se le aceleró el pulso.

—No, mi secreto es este —le susurró Nathan con voz sensual.

Pasó el brazo por su cintura, metió la mano por debajo del cubrecama con el que Daniela tenía envuelto el cuerpo y la dirigió hacia su entrepierna. Daniela gimió de placer cuando Nathan introdujo un dedo en su interior. Lo sacó y lo metió una y otra vez. Después sintió que la penetraba con dos dedos. Jadeó.

—Muévete, Dani —le pidió Nathan contra su mejilla—. Muévete.

Daniela se aferró a su poderoso brazo y comenzó a mover las caderas para seguir su ritmo. Jadeó excitada. Cerró los ojos mientras Nathan, con la mano que tenía libre, le pellizcó el pezón con el índice y el pulgar y tiró de él.

—¡Dios! —exclamó.

—Esto no ha hecho más que empezar, *my heaven* —dijo Nathan.

Daniela se dejó arrastrar por la voluptuosidad de sus palabras y por aquel «mi cielo» musitado en inglés, que hacía que se le erizara el vello. El aliento de Nathan era como una caricia.

Nathan inclinó la cabeza y le mordisqueó el lóbulo de la oreja antes de lamerlo. Daniela se estremeció. ¿Cómo era posible que la excitara de aquella manera casi irracional? ¿Con solo tocarla? Nathan le hacía sentir cosas que no había sentido antes, ni siquiera con Sergio.

Sergio…

El nombre se le fue de la cabeza cuando Nathan dijo:

—¿Quieres más?

—Sí —susurró Daniela.

—No te he oído —dijo Nathan, mientras la torturaba con la mano.

—Nathan…

—Dani, no te he oído. ¿Quieres más? —repitió la pregunta, pegado a su oído.

—Sí, quiero más.

—¿Qué quieres? Dime qué quieres. ¿Quieres que te folle?

—Sí… sí…

—Pídemelo. Si quieres que te folle, pídemelo.

Daniela estaba a punto de llegar al final. No daría tiempo a que la penetrara si seguía excitándola de esa manera.

—Fóllame, Nathan. Fóllame… por favor.

Nathan tiró del cubrecama y dejó el cuerpo de Daniela al descubierto. Alargó la mano hasta la mesita que había al lado del sofá y cogió un preservativo. Daniela fue vagamente consciente de cómo rasgaba el envoltorio a su espalda y se lo ponía.

Nathan le agarró la nalga, la inclinó un poco hacia él, le levantó la pierna con la rodilla y la penetró lentamente desde atrás.

—Oh, sí… —gimió Daniela.

Nathan le sujetó el muslo con la mano y comenzó a moverse dentro de ella a un ritmo tan lento que resultaba casi doloroso. Mientras la penetraba, buscó su boca y la besó apasionadamente, devorando sus labios. Daniela sintió que se derretía como la cera de una vela.

Nathan Littman iba a volverla loca de placer.

Los jadeos y los gemidos de ambos empezaron a llenar el silencio. Daniela no aguantaba más. Iba a correrse. No podía contenerse más tiempo. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron mientras Nathan seguía dentro de ella, cada vez más hondo, hasta que perdió por completo el control y se dejó ir entre los fuertes espasmos que la sacudían. Casi seguidamente notó que Nathan estallaba dentro de ella con un rugido seco que dejaba escapar de su garganta.

—¡*Fuck!* —farfulló entre dientes en inglés, mientras su orgasmo daba los últimos coletazos—. *Oh, fuck*…

Se inclinó y apoyó la frente en la cabeza de Daniela, que trataba de recomponerse, aunque no lo lograba. Los pulmones parecían querer salírsele por la boca. Exhausta, se dejó caer ligeramente sobre Nathan. Si contenía la respiración, podía sentir los fuertes latidos de su corazón en la espalda. Cerró los ojos y disfrutó de la sensación.

Y, sin apenas darse cuenta, el sopor y el agotamiento hicieron que cayera en un profundo sueño envuelta en sus brazos. Él percibió que el ritmo de su respiración se había pausado y supo que se había quedado dormida. Suspiró profundamente y salió de ella despacio para no despertarla. Estiró el brazo y cogió el cubrecama para arroparla.

CAPÍTULO 56

Daniela se movió lánguidamente y de inmediato notó que algo no le dejaba estirarse. Abrió los ojos y parpadeó con pereza. Eran los brazos de Nathan, que le rodeaban el cuerpo.

¿Estaría dormido o estaría despierto?, se preguntó, mientras reparaba en que se encontraban en el sofá donde unas horas antes habían estado follando como locos.

El poco espacio con el que contaban les había obligado a dormir completamente pegados. Menos mal que la suite tenía un excelente sistema de refrigeración para acometer las calurosas noches del verano madrileño, sino tendrían que haber ido a despegarlos del suelo con una espátula, porque estarían derretidos como un helado.

Analizó la respiración y vio que era regular y apacible. Se giró despacio hacia él. Tenía el cuerpo dolorido, y no era de extrañar, Nathan era extremadamente apasionado y por si fuera poco estaba bien dotado. ¡Virgen Santa! ¿Cómo no iban a dolerle todos los huesos?

Sonrió cuando al volverse comprobó que estaba dormido. Se sintió extraña tumbada al lado de Nathan Littman. Sobre todo teniendo en cuenta la descortesía con la que la trató el día que el señor Barrachina le ordenó que fuera a presentarse a él.

Pero había cambiado tanto con ella.

La noche se estaba despidiendo y los aterciopelados rayos de color malva que se colaban por los ventanales y que daban paso al amanecer, le permitieron ver sus rasgos con total nitidez. Su rostro estaba suelto, relajado, no con el ceño fruncido y ese aire atormentado que lo acompañaba de manera sempiterna.

Nunca lo había visto tan vulnerable.

Hasta ese momento solo lo había visto embutido en sus impecables y carísimos trajes, haciendo gala de ese semblante arrogante y duro que se gastaba y rodeado de un aura de liderazgo y seguridad en sí mismo que intimidaba a la gente.

Sin embargo, Daniela ahora estaba segura de que detrás de esa pose, de ese físico perfecto, de la mirada acerada, había un hombre atormentado y a ratos melancólico. Y eso, para bien o para mal, formaba parte de su atractivo. Eso lo volvía misterioso… y humano.

Me gustaría tanto ayudarte, dijo en silencio.

Pero Nathan no estaba por la labor de hablar de lo que quisiera que lo atormentara. Lo había intentado con la broma del vampiro, preguntándole que si ese era su secreto, pero él había utilizado el sexo para desviar el tema, como una especie de catarsis que exorcizara sus demonios internos, y lo había conseguido.

Pasó la mirada por el relieve de sus marcadas mandíbulas y la deslizó hasta la línea de su boca. Sus labios eran perfectos, e invitaban al pecado. Antes de que pudiera detenerla, su mano, como si tuviera voluntad propia, se acercó a ellos y los acarició suavemente.

En esos momentos Nathan abrió los ojos de golpe y le mordió los dedos mientras semejaba un rugido. Daniela gritó, fruto del susto. Dio un respingo que la puso al borde del sofá. Se hubiera caído al suelo de no ser porque Nathan, con unos reflejos envidiables, le rodeó la cintura con el brazo, la aferró con fuerza y la levantó.

—Has estado cerca —bromeó Nathan con una carcajada.

—¡Nathan! —murmuró Daniela en tono de reproche—. He estado a punto de caerme —añadió fingiendo enfado.

—Jamás te dejaría caer —dijo Nathan, parando de reír y dando solemnidad al momento.

Se acercó a su rostro y la besó.

Daniela siguió el movimiento de su cuerpo cuando Nathan saltó por

encima de ella ágilmente y se puso en pie.

—¿Adónde vas? —le preguntó expectante.

—A desayunar —respondió Nathan en tono enigmático.

—¿A desayunar?

—Sí.

Sin desvelar nada más, se inclinó, tomó a Daniela en brazos y se dirigió con ella a la larga mesa que había en la sala de estar.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Daniela con expresión de desconcierto.

En respuesta a su mirada de curiosidad, Nathan la sentó en el borde, acercó una silla y se acomodó tranquilamente frente a ella.

—Ay Dios mío, el desayuno soy yo —murmuró Daniela sorprendida, cuando entendió lo que quería hacer Nathan.

Nathan se limitó a esbozar media sonrisa sin despegar los labios. En sus ojos brillaba un destello travieso que hablaba por sí solo. Sin perder más tiempo y en completo silencio, le abrió las piernas con suavidad.

—Quiero disfrutarte, quiero saborearte… —susurró con voz sensual —. Quiero que te corras en mi boca, Dani.

Virgen Santa, suspiró Daniela para sus adentros al escuchar aquellas palabras.

Nathan se aferró a sus muslos, inclinó la cabeza y hundió la boca en su sexo. Daniela se echó hacia atrás, conteniendo el aliento en la garganta, y arqueó la espalda para darle mejor acceso al sitio al que quería llegar.

Cuando Nathan rozó su clítoris con la lengua, Daniela soltó el aire de los pulmones y dejó escapar un suspiro de placer. La segunda vez se arqueó más aún, cerró los ojos y se quedó quieta para que Nathan disfrutara de ella todo lo que deseara.

Nathan estuvo dándole placer durante un largo rato. Oírla gemir le

excitaba, tanto que a esas alturas ya tenía el miembro duro como una piedra y dispuesto a embestir, pero primero estaba Daniela.

Le apretó los muslos con fuerza, empujó su cuerpo contra su boca y aceleró el movimiento de la lengua. Daniela se mordió el labio inferior mientras un torrente de calor se instalaba en su entrepierna como si fuese lava de volcán.

—Por Dios, Nathan… —jadeó al borde del abismo.

Iba a estallar en millones de pedazos.

Nathan continuó con su tarea hasta que un intenso orgasmo sacudió las entrañas de Daniela. El placer del momento hizo que ella introdujera las manos en el pelo de Nathan y apretara su cabeza contra su sexo, instante que él aprovechó para meter la lengua en su interior y saborearla.

—Ahhh… —jadeó Daniela mientras se retorcía de un lado a otro como un animal al que tuvieran inmovilizado y no le dejaran moverse.

CAPÍTULO 57

El sol entraba a raudales por las paredes acristaladas, ni siquiera las cortinas grises que estaban a medio echar eran capaces de contenerlo. Daniela y Nathan se encontraban tumbados en la cama. Habían acabado allí haciendo el amor de nuevo.

Nathan enredó sus piernas con las de Daniela.

—Suéltame, señor Littman, algunas personas tenemos que trabajar para vivir —dijo Daniela.

—Señorita Martín, se le olvida que en solo unas horas seré el dueño absoluto del Eurostars —señaló Nathan, atrayéndola hacia él.

—Por eso mismo, no quiero quedar mal ante el nuevo jefe. Me han dicho que tiene muy mal genio —bromeó Daniela.

—Así que mal genio, ¿eh?

—Sí, y que es gruñón y antipático.

—¿Y también es gruñón y antipático? —repitió Nathan.

—Sí, eso me han dicho —dijo Daniela, sonriente.

Nathan le cogió el rostro con la mano. Después de mirarla unos segundos a los ojos, se acercó y le rozó la nariz con la suya.

—Dani, siento mucho el modo en que te he tratado todo este tiempo. He sido muy duro contigo —le dijo, dejando atrás la broma y hablando en tono serio—. Soy consciente de lo difícil que puedo ser.

—No tiene importancia —susurró ella.

—Sí la tiene. No soy ciego a mi carácter.

—Tranquilo, todo está bien.

—No, no todo está bien. Tú vida no está siendo fácil y yo he contribuido a ello. No me mido.

La expresión de Nathan se ensombreció.

—Nathan, no te tortures con eso —dijo Daniela, que no le gustaba verlo así. Alzó la mano y se la pasó por la mandíbula—. Todo está bien. Bueno, no te voy a negar que te he maldecido unas mil veces todos estos días —rió con dulzura, tratando de arrancarle una sonrisa a Nathan—, pero todo está bien… De verdad —añadió unos segundos después.

Sin apartar su mirada de Daniela, Nathan metió más la pierna derecha entre las suyas, y de un movimiento rápido se colocó encima ella. Sus pupilas se dilataron hasta casi ocultar el iris verde oscuro.

—Tengo que irme —dijo Daniela al advertir sus intenciones.

—Shhh… —susurró Nathan, que no estaba dispuesto a dejarla marchar sin antes volver a follarla.

Estaba preciosa, con el rostro rosado y la larga melena esparcida alrededor de su cabeza como un abanico.

—Te lo digo en serio, Nath…

Nathan se inclinó y apretó sus labios contra los de Daniela para hacerla callar. No quería que se fuera. Todavía no…

De inmediato Daniela se vio envuelta en su poderoso magnetismo y supo que estaba perdida; total e irremediablemente perdida. Ya no había vuelta atrás.

Nathan dejó caer su peso sobre ella despacio y la besó profunda y apasionadamente, arrasando su boca con la lengua y saboreando cada rincón donde llegaba. El corazón de Daniela comenzó a latir con fuerza, bombeando sangre por todo su cuerpo a una velocidad de vértigo.

Nathan susurró algo en inglés y aunque Daniela no lo entendió, supo que eran palabras suaves, calientes, y con un punto de desesperación

que provocó que su excitación se disparara.

Voy a tener que aprender inglés, se dijo para sí con una sonrisa, mientras se dejaba llevar de nuevo por la desbordante pasión de Nathan.

—Ya, Nathan, tengo que irme —dijo Daniela—. Tengo que darme una ducha y cambiarme el uniforme.

Se desenmarañó de él y salió de la cama. Nathan la observó con los ojos entornados como se dirigía desnuda a por su ropa, esparcida por el suelo de la suite.

Daniela era exquisita.

Todavía había tantas cosas que quería hacerle.

Había tantas cosas que tenía que enseñarle.

Sintió una sacudida en su miembro.

Contrólate, Nathan, por Dios, contrólate, se ordenó.

Si no se controlaba, no la dejaría salir de la habitación en todo el puto día.

Daniela podía sentir su intensa mirada en su cuerpo. Se inclinó para recoger la blanca camisa de Nathan, se giró y se la tiró a la cara para que dejara de mirarla. Nathan la cogió al vuelo.

—Buenos reflejos, señor Littman —dijo Daniela con una sonrisa.

Nathan no se inmutó, seguía mirándola como si tuviera la intención de saltar sobre ella y devorarla en cualquier momento. La intensidad de su mirada hizo que Daniela se ruborizara.

Cogió rápidamente la ropa interior y el uniforme del suelo y se vistió a la velocidad del sonido. Nathan la intimidaba demasiado.

—Me voy —anunció.

De pronto deseaba escapar de los ojos de Nathan. Sin decir nada más, se dio media vuelta y enfiló los pasos hacia la puerta. Aferró el pomo y abrió.

Nathan salió corriendo de la cama y de unas pocas zancadas la alcanzó. Levantó la mano y de un golpe seco que dio por encima de la cabeza de Daniela, cerró la puerta.

—¿Te vas a ir sin despedirte? —le preguntó en tono serio, al tiempo que le daba la vuelta hacia él y la empujaba contra la madera, dejándola atrapada con su cuerpo.

Daniela gimió por la sorpresa, sin saber qué decir. La impetuosidad de Nathan la dejó muda.

Nathan le cogió el rostro entre las manos y la besó con tanta pasión que Daniela sintió que le falta la respiración.

—Nathan tengo… tengo que irme —dijo casi como una súplica, echando la cabeza para atrás y tomando aire.

—No vuelvas a tratar de irte sin despedirte antes de mí —le advirtió él pegado a su boca.

Atrapó su labio inferior con los dientes y tiró de él. A Daniela se le debilitaron las rodillas.

—Está bien… —murmuró.

—¿Qué tienes que hacer antes de irte? —le preguntó Nathan.

—Despedirme —respondió ella obediente, hablando con un hilo de voz.

—Eso es —dijo él, fingiendo severidad con una mirada divertida en los ojos—. ¿Y cómo tienes que despedirte de mí?

—Con… un beso.

—Muy bien.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Daniela.

—Sí —le dio permiso Nathan, dando un paso para atrás.

Daniela se giró sobre sí misma mientras rezaba para que las piernas

no le fallaran. Le temblaban tanto que temió que no fueran capaces de sostenerla en pie.

—Adiós —musitó como despedida antes de abandonar la suite.

CAPÍTULO 58

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó Irene a Daniela cuando estaban preparado los carros de la limpieza para empezar la jornada laboral.

Daniela frunció el ceño.

—¿Qué? —murmuró, aterrizando en la realidad.

—¿Te preguntaba que si estás bien? —repitió Irene.

—Sí —afirmó Daniela—. ¡Porras! —exclamó, al ver que el agua estaba rebosando del cubo de la fregona. Se inclinó y cortó rápidamente el grifo—. ¡Maldita sea! —dijo cuando el agua encharcó sus zapatos.

Irene rio.

—Si no fuera porque estás con Sergio, diría que estos despistes es porque te acabas de enamorar —dijo entre risas.

Daniela giró el rostro para que Irene no viera como sus mejillas se teñían de rojo, delatándola.

—¿Que me acabo de enamorar? Qué tontería… —masculló de espaldas a ella mientras, para disimular los nervios, colocaba el cubo de la fregona en el carro.

No estaba enamorada de Nathan Littman, pero desde luego estaba muy tontorrona con él. La noche que habían pasado juntos había sido… Ni siquiera era capaz de encontrar palabras para describir cómo había sido. Cualquier calificativo se quedaría corto. Le dolía todo el cuerpo, incluso músculos que no sabía que existían.

De pronto sintió vergüenza. Tenía novio; estaba con Sergio. Y le había engañado. ¡Joder, nunca había hecho algo así! Nunca le había

sido infiel. Un sentimiento de culpa se apoderó de ella. Tenía que hablar con él; tenía que contarle lo que había sucedido. Aunque estaba segura de que a Sergio no le importaría lo más mínimo. Él no le hacía caso y además, estaba convencida de que ya no estaba enamorado de ella. Quizá por eso había acabado fijándose en Nathan. Sergio la había descuidado y eso…

—¿Vamos? —le preguntó Irene, empujando su carro.

—Sí —asintió Daniela con la cabeza.

El día lo pasó como si estuviera subida en una nube, sin poner los pies en el suelo ni un solo segundo. Lo único que hacía era pensar en Nathan y revivir en su mente cada una de las veces que habían hecho el amor la noche anterior.

Cuando entró en la habitación para limpiarla, no pudo evitar ruborizarse. Solo unas horas antes había estado allí, en esa misma cama que ahora estaba totalmente deshecha y con las sábanas por el suelo.

—Oh, Dios… —murmuró, esbozando una sonrisa pícara en los labios.

Miró hacia la sala de estar, en el sofá aún estaba el cubrecama que había utilizado para envolverse el cuerpo, la silla en la que Nathan se había sentado para… para *desayunar*.

Se mordió el labio inferior. Se estaba excitando al evocar en su mente cómo Nathan había hecho que se corriera. Sacudió la cabeza y pensó en otra cosa.

Resultaba tan raro.

Se acordó de la escena que tuvo lugar el día que lo conoció. Nathan estaba de espaldas, reprendiendo a alguien por teléfono. Ella lo llamó varias veces, pero él no la oyó. Y cuando se dio la vuelta y la vio allí, la fulminó con la mirada…

Daniela sintió un pequeño escalofrío al recordarlo. Sus ojos expresaban tanta dureza; imponía tanto.

Y, sin embargo, Nathan podía ser muy dulce. Muy apasionado y muy dulce, y también cruel, a veces. Era como el doctor Jekyll y el señor Hyde. Y tenía un secreto, un secreto del que no quería hablar.

—¿Qué será lo que oculta? —se preguntó mientras cogía el cubrecama, lo doblaba y lo colocaba sobre la cama—. ¿Y por qué no quiere hablar de ello? Es tan hermético, tan reservado…

Nathan se introdujo en el ascensor y apretó con el índice el botón de la planta 27. Cuando salía de él, vio a Daniela que entraba en el cuarto de la limpieza que había en esa planta. Aceleró el paso y la alcanzó cuando iba a cerrar la puerta. La agarró de la cintura y la empujó dentro.

—Nathan… —dijo Daniela, sorprendida, al darse la vuelta y ver que era él. El corazón le dio un brinco—. ¿Qué haces aq…?

No le dio tiempo a terminar la pregunta, Nathan se abalanzó sobre ella, la puso contra la pared y la besó como si se fuera a acabar el mundo. Con mano hábil, subió la mano por su muslo y la deslizó por debajo de la falda del uniforme. Gimió cuando le tocó la nalga.

—No podemos hacerlo aquí —se apresuró a decir Daniela, al ver que Nathan estaba dispuesto a llegar al final.

—¿Por qué no? —susurró él con suficiencia, tratando de alcanzar de nuevo la boca de Daniela.

—Porque no; podrían pillarnos —dijo ella, echándose hacia atrás.

—¿Crees que nos despedirían? —bromeó Nathan.

—¡Nathan! —dijo Daniela tratando de amonestarlo, aunque lo hizo con poca convicción, ya que su boca no pudo evitar delinear una sonrisa traviesa—. Ya… —añadió, apoyando las manos en su pecho y

apartándolo.

Nathan dio un paso hacia atrás, ladeó la cabeza y entornó los ojos.

—Señorita Martín, ¿me va a dejar con las ganas de usted? —le preguntó, fingiendo autoridad.

Daniela sintió que se derretía por dentro. Se enderezó intentando ocultar el efecto que Nathan tenía sobre ella. Debía parar aquello, pese a que estaba al borde de arder por combustión espontánea.

—Sí, señor Littman —respondió, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja—. Alguna de las chicas puede entrar en cualquier momento —explicó, usando la poca sensatez que le quedaba para controlar la situación.

Nathan resopló con algo que podía parecer resignación.

—Ahora tengo una reunión y me están esperando —dijo estirándose la chaqueta del traje—, sino no se iba a librar… —añadió, mostrando una mirada lobuna—. Pero esta sesión frustrada de sexo no va a quedar así.

Daniela apretó los labios.

—Terminaré a las diez, quiero que me espere en la habitación —indicó Nathan.

—Pero… —iba a protestar Daniela.

—A las diez, señorita Martín —atajó Nathan, sin dar opción a réplica. En su voz había una nota sensual, que a Daniela no le pasó desapercibida.

—No sé si podré ir… —repuso ella—. He quedado con mi… —súbitamente se calló. No se atrevía a pronunciar la palabra «novio». En esos momentos Sergio estaba tan lejos de serlo.

Y realmente no sabía si podría ir. Sergio y ella habían quedado para verse a la salida del trabajo.

Nathan sintió una inesperada punzada de celos. Daniela había quedado con el imbécil de su novio. Notó como la sangre le hervía en el interior de las venas. Durante unos segundos mantuvo las

mandíbulas contraídas. No sabía exactamente qué tipo de relación mantenían o en qué punto se encontraban, excepto que él estaba con otra, pero le reventaba pensar que pudiera tocarla, besarla, o… Se obligó a controlarse. Consciente de que no podía reclamarle nada a Daniela, y de que si lo hacía podía crear un problema entre ambos, sus labios se elevaron en una sonrisa cautivadora, sabiendo el efecto que tendría en ella.

—Date la vuelta —le ordenó Nathan. Daniela frunció las cejas, desconcertada—. Date la vuelta —repitió antes de que ella pudiera decir algo.

—¿Qué…? ¿Qué pretendes? —preguntó Daniela mientras se giraba contra la pared.

—Ahora lo verás —respondió Nathan con una sonrisa maliciosa.

Coló habilidosamente las manos en la falda del uniforme, asió el elástico de las braguitas y se las bajó lentamente por las piernas, recreándose en la acción y saboreando la expectación y la tensión que notaba en los músculos de Daniela.

—Nathan… —protestó ella, atónita.

—Shhh… —la silenció Nathan, al tiempo que se incorporaba con las braguitas de color verde claro en la mano.

—Joder, no puedes…

—Si quieres recuperar tus preciosas braguitas, estate a las diez en mi suite —le cortó entre tajante y divertido—. En punto.

El cálido aliento de Nathan rozando su oído hizo que a Daniela se le pusiera la piel de gallina. Cuando se giró de nuevo hacia él, con una expresión mezcla de vergüenza y asombro dibujada en la cara, vio como se guardaba sus braguitas en el bolsillo derecho del pantalón.

—Nathan, no puedes dejarme sin bragas —protestó al tiempo que se alisaba la tela de la falda.

—Ya lo he hecho —se burló él.

Sin dejar de mirar a Daniela, se colocó los puños de la camisa.

—Sea puntual, señorita Martín. Soy muy estricto con las horas y no me gusta que me hagan esperar.

Con un gesto de estudiada chulería y sin dejar tiempo a Daniela para que pudiera replicar, se dio media vuelta, caminó hacia la puerta despacio, llenando con el sonido de sus zapatos el silencio, la abrió y salió del cuarto, ante la atenta mirada de Daniela, que le siguió con los ojos hasta que su esbelta y aristocrática figura desapareció tras la puerta.

Cuando se quedó sola se dio cuenta de que aquel asalto, bajada de bragas incluida, había hecho que se humedeciera. Estaba empapada.

—Joder… —masculló ligeramente sofocada.

Resopló.

CAPÍTULO 59

Daniela miraba el móvil con indecisión. Había quedado con Sergio pero quería ver a Nathan. Después de un largo rato abrió el WhatsApp y comenzó a escribir una excusa para cancelar la cita con su novio. Antes de terminar la frase, borró todo el texto. Volvió a intentarlo y de nuevo volvió a borrar el mensaje que había escrito.

—¿Por qué es tan difícil? —se preguntó.

Era difícil porque se trataba de algo más que de una simple excusa; era una decisión que tenía que tomar. O Sergio o Nathan. Tenía claro con quién de los dos quería estar esa noche, pero el deber y la moral le hacían dudar.

¿Qué le esperaba en su cita con Sergio? Dar un paseo o estar sentados en una terraza frente a una cerveza que se acabaría calentando mientras ambos le prestaban más atención al móvil que al otro. Sergio se pondría a *whatsappear* con quién quisiera que *whatsappeara* siempre que quedaban, y ella seguro que estaría pensando en Nathan y en todo lo que le habría hecho durante la noche.

El pulso se le aceleró. Algo semejante a centenares de patas de insectos comenzó a hormiguear en su estomago.

—Estoy loca —se dijo, cuando por fin tuvo claro lo que iba a hacer.

Pedro Barrachina tragó saliva con dificultad mientras introducía el dedo índice entre el cuello y la camisa y trataba de aflojarla. De

pronto sentía que se ahogaba; le faltaba el aire.

—Señor Littman, ¿no quiere pensárselo otra vez? —preguntó.

Nathan sonrió con mordacidad.

—¿Pensármelo? No tengo nada que pensar, señor Barrachina —respondió determinante. Inclinó el torso hacia adelante—. Las condiciones son estas —dijo, señalando con el dedo el contrato que estaba encima de la mesa—. Como les he venido diciendo en las sucesivas reuniones que hemos tenido durante todo este mes: o lo toman o lo dejan —sentenció, recostando la espalda en la silla—. Es mi única y última palabra.

Los miembros que formaban el consejo de administración del Eurostars se miraron entre ellos. Nathan observó a Pedro Barrachina. Sudaba copiosamente, tanto era así, que tenía marcados los cercos de las axilas. Aquel hombre no le gustaba. No es que los demás le cayeran bien, pero al menos tenían cierta humildad ante la situación. Una humildad de la que Pedro Barrachina carecía. Pese a que él era quien había llevado el Eurostars a la bancarrota total, seguía haciendo gala de una arrogancia recalcítrate.

Pero él se encargaría de bajarle los humos.

Y menos aún le gustaba el modo en que miraba a las empleadas, especialmente el modo en que miraba a Daniela. Algo que no le había pasado desapercibido.

—Pero es que las condiciones son draconianas —saltó el señor Barrachina a la desesperada—. Hasta usted, señor Littman, tiene que reconocerlo.

Nathan cruzó las piernas y apoyó el tobillo en una de ellas en un gesto sumamente pausado.

—Señor Barrachina, se lo voy a decir por última vez —comenzó con voz seria—, no voy a transigir en ninguna de las condiciones que he puesto en el contrato. En ninguna. Sean o no sean draconianas. Voy a invertir mucho capital en este hotel y por tanto las normas las pongo yo. Todas y cada una de ellas las pongo yo.

—Está bien —intervino José Coch, al ver que la conversación se les podía ir de las manos y perder la única oportunidad de salvar el Eurostars—. Firmaremos, señor Littman —aceptó en nombre de todos.

—Pero es que es injusto —exclamó el señor Barrachina.

Alguien dio un puñetazo en la mesa.

—¡Pedro, basta! —le ordenó un hombre de mediana estatura, con el pelo prácticamente blanco, peinado con la raya al lado, que rondaría los sesenta años y que se levantó de la mesa como un resorte—. No compliques las cosas… más —dijo, taladrándole con la mirada.

Nathan observaba la escena con los brazos cruzados como si fuera el espectáculo de un circo. Hacía mucho tiempo que no se divertía tanto. Aquel grupo de hombres eran en esos momentos unos títeres en sus manos. Era él quien manejaba los hilos y podía hacer con ellos lo que le diera la gana. Podía moverlos como si fueran simples piezas de ajedrez.

Se incorporó de nuevo, extrajo del interior del bolsillo de la chaqueta una pluma y se la tendió a José Coch.

—¿Firmamos? —preguntó con una sonrisa ladina rasgando sus labios.

José Coch asintió con la cabeza al tiempo que cogía la pluma de la mano de Nathan. Quitó el capuchón, acercó el contrato y se inclinó para plasmar su firma en él.

Uno a uno, los miembros del consejo de administración fueron dejando su rúbrica en el contrato. El último fue Pedro Barrachina, a quien no le quedó más remedio que claudicar, pese a que firmó los documentos con los labios apretados. Hizo un garabato de forma expedita y tiró la pluma sobre la mesa.

Nicholas cogió el contrato y la pluma y se lo tendió a Nathan, que esperaba impaciente cerrar el trato de una vez por todas. Echó su rúbrica en el espacio correspondiente y después pasó la mirada por el consejo de administración.

—Bien, señores —dijo Nathan en tono de satisfacción, guardando el

contrato en una carpeta de cuero—. Para mí es un placer ser el nuevo dueño del Eurostars. A partir de hoy empieza una nueva etapa para este hotel —añadió mientras se levantaba de la silla—. Antes de volver a Nueva York les haré saber los primeros cambios que tengo previsto hacer.

—¿No puede adelantarnos algo, señor Littman? —preguntó José Coch, impaciente.

—Lo siento, señores, pero tengo prisa —respondió Nathan.

Nicholas lo miró extrañado. Nathan nunca dejaba las cosas a medias. Le gustaba tener todo perfectamente controlado. Era la primera vez que no dejaba todos los cabos atados.

—¿A qué viene esa prisa? —le preguntó cuando abandonaron la sala de juntas.

—He quedado con Daniela. O eso espero…

—¿Cómo que eso esperas?

—Había quedado para verse con su novio. Así que será él o yo —dijo Nathan mientras caminaban hacia el ascensor.

—Yo apuesto por ti —bromeó Nicholas.

Nathan lo miró de reojo.

—Gracias por la confianza —ironizó.

Al llegar a la planta 27 se separaron. Nicholas había vuelto a quedar con la chica que había conocido en Gabana el día que fue con Nathan y él se dirigió a la suite. Estaba impaciente por ver por quién se había decantado esa noche Daniela.

No podía negar que quería ser el elegido; deseaba pasar la noche con ella. Lo deseaba por encima de cualquier otra cosa. Durante la reunión no había podido evitar que su imaginación coqueteara con la idea de lo que le haría cuando terminara la jornada laboral de aquel día.

A medida que caminaba hacia la suite, introdujo la mano en el bolsillo derecho del pantalón y acarició las braguitas de Daniela.

Sonrió travieso.

Antes de llegar consultó el Rolex de su muñeca. Las agujas pasaban de las once. Chasqueó la lengua con visible fastidio. Había tratado de concluir antes la reunión; a las diez, cuando había dicho a Daniela que estuviera en la suite, pero había sido imposible. No podría reprocharle que se hubiera cansado de esperarlo y se hubiera ido.

Sacó la tarjeta-llave del bolsillo y la pasó por la ranura de la puerta.

CAPÍTULO 60

Un calor reconfortante se propagó a lo largo de su cuerpo cuando vio a Daniela en la suite. Una leve sonrisa escapó de sus labios.

Estaba echada sobre la enorme cama, de espaldas a él. Cansada de esperarlo, el sueño se había apoderado de ella y se había quedado dormida.

—Mi cielo… —musitó.

Bajó la intensidad del resplandor que emitían las luces, dejando la estancia embebida en una semipenumbra aterciopelada e íntima, y se acercó a ella sigilosamente, con pies de gato, para no despertarla.

Se quitó la chaqueta y se tumbó a su lado. Apoyado en el codo izquierdo, la observó. Se quedó unos minutos así, quieto y en silencio, disfrutando de su belleza y bebiendo la paz que transmitía con todos los sentidos. Esa paz que tanto necesitaba y ansiaba y que solo encontraba cuando estaba con Daniela. Quería mirarla durante toda la eternidad, que nada interrumpiera aquel momento casi místico.

—Mi cielo… —repitió, acariciándole la mejilla con extrema dulzura. Lanzó al aire un suspiro melancólico—. ¿Es posible que me esté enamorando de ti? —murmuró, pasándole la mano por la mandíbula.

Sintió un pellizco en el corazón.

No sabía si estaba enamorado, pero sí era consciente de que los sentimientos que Daniela despertaba en su interior eran prácticamente nuevos para él. Hacía muchos años que no sentía algo semejante por nadie. Exactamente siete años, cuatro meses y diecisiete días, cuando su corazón se congeló y ya nunca volvió a ser el mismo.

Deslizó la mirada por su cuerpo de formas menudas. Estaba descalza; llevaba puesto un short vaquero y una camiseta suelta blanca con unas florecitas de muchos colores.

Le levantó la camiseta, se inclinó y le besó la tripa.

Daniela abrió los ojos y dibujó una sonrisa somnolienta en los labios cuando vio a Nathan.

—Se ha retrasado, señor Littman —dijo fingiendo reproche.

—Lo sé. Lo siento —se disculpó él—. Han surgido ciertos problemillas con la ejecutiva del hotel.

—¿Y los has podido solucionar? —se interesó Daniela.

—Sí, soy el nuevo dueño del Eurostars —respondió Nathan sin más, mientras seguía dándole besos a lo largo de la tripa.

Daniela sintió una especie de vértigo al escuchar aquellas palabras. Sabía que Nathan estaba allí para comprar el hotel, ese era su cometido, para eso había ido a Madrid, pero no podía dejar de pensar que ahora era su jefe. Su jefe.

—Y oficialmente eres mi jefe —dijo sin poder contenerse.

Nathan sonrió y continuó besándola sin hacer ningún comentario. Tenía otras cosas más importantes que hacer.

Alzó la cabeza, metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo las braguitas de Daniela.

—Creo que esto es tuyo —bromeó, mostrándoselas a ella.

—¿Las has tenido todo el tiempo en el pantalón? —le preguntó Daniela con un matiz de perplejidad en la voz mientras las cogía.

—Es donde mejor podían estar —comentó Nathan—. Además, han hecho que la reunión no sea tan tediosa —añadió con picardía.

—Dios santo, esto me recuerda a cierta trilogía erótica… —comenzó a decir Daniela.

—Shhh… —la silenció Nathan con impaciencia.

Le levantó más la camiseta, introdujo los dedos por los aros del

sujetador y lo deslizó hacia arriba. Los pechos de Daniela quedaron a la vista. Durante unos segundos observó su forma. Eran pequeños y redondos y el pezón poseía un ligero tono sonrosado que lo hacía delicioso.

—Son perfectos —susurró, como si mantuviera un diálogo consigo mismo.

Sintió que una marea de calor le barría el cuerpo cuando, al rodearlos con sus manos, percibió la suavidad de la tibia piel bajo las yemas.

Pasó los pulgares por ellos haciendo que se endurecieran. Se agachó y los lamió. Después se metió uno en la boca y, ávidamente, tiró de él con los dientes. El cuerpo de Daniela reaccionó al instante y dejó escapar un gruñido de placer mientras arqueaba la espalda hacia Nathan.

Tras juguetear con el otro pezón, Nathan se apartó un poco para mirarla a los ojos, como si así quisiera asegurarse de que estaba allí. Daniela sonrió.

—¿Sabes que tu sonrisa es capaz de llenar de luz toda la suite? —le dijo Nathan con voz envolvente.

Daniela amplió el gesto, dejando ver las dos filas de dientes. Estaba algo ruborizada; no terminaba de acostumbrarse a los halagos de Nathan.

Nathan buscó desesperadamente sus labios. De pronto besarla se convirtió en una necesidad. Daniela enredó los dedos en su pelo negro y durante un largo rato se exploraron las bocas con tanta intensidad que perdieron la noción del tiempo. El mundo desapareció a su alrededor. Solo estaba el uno para el otro. Nada más.

—Dime qué te gusta, Dani. Dime qué quieres que te haga… —le preguntó Nathan, complaciente, al tiempo que le desabrochaba el botón del *short* vaquero y se lo quitaba junto con la camiseta.

Quería darle todo el placer del mundo, acariciarla sin parar; besarla, explorarla, arrancarle la ropa y hundirse profundamente en ella, oírla

gritar su nombre mientras se corría…

Daniela sintió que se licuaba por dentro con aquellas palabras.

—Lo que quieras, Nathan —murmuró, abandonada en el deseo—. Hazme lo que quieras…

Nathan siseó algo ininteligible. Que Daniela se entregara a él de esa forma no hizo más que incrementar su deseo. El calor comenzó a acumulársele en la parte baja del vientre. La tensión en su pene era tan intensa que le resultaba doloroso. Durante unos segundos tuvo la sensación de que iba a explotar.

Deseaba penetrarla ya, pero se obligó a mantener el control. No podía perder la cabeza de aquella manera tan irracional.

Le separó las piernas con la rodilla y se colocó entre ellas. Puso la mano en su muslo y fue arrastrándola lentamente hacia abajo hasta llegar al pie. Lo alzó y se lo llevó a la boca. Uno a uno fue besando los dedos.

—Mmmm… —Daniela suspiró de placer.

Nathan hizo lo mismo con el otro pie sin apartar la mirada de ella, que lo observaba con el asombro pintado en el rostro.

Cuando terminó, los apoyó en la cama, se puso en pie y comenzó a desvestirse mientras los ojos azules de Daniela observaban cada uno de sus movimientos sin ocultar que estaba disfrutando de las vistas. Contempló el modo en que elegantemente se desabotonaba la camisa y descubría su ancho pecho. Alzó la vista y se perdió en el verde oscuro de su mirada mientras él desanudaba la corbata y la dejaba caer al suelo.

Daniela notó como era arrastrada por una ola de deseo cuando vio como Nathan se llevaba las manos al cinturón, lo desabrochaba y bajaba la cremallera del pantalón. La hebilla emitió un destello plateado al librarse de la prenda. Después se deshizo del bóxer.

Las pupilas de Daniela se dilataron al contemplar su gloriosa erección. Nathan se subió a la cama, cogió la mano de Daniela y la guio hasta su miembro erecto.

Daniela se sintió un poco intimidada pero quería complacerlo. Así que rodeó el tenso pene con los dedos y empezó a recorrerlo de arriba abajo una y otra vez, apretándolo ligeramente en la punta y aflojando la caricia al continuar el recorrido.

Nathan dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió.

—¡Joder! —exclamó entre dientes.

Llegado un momento, Nathan aferró la mano de Daniela, apartándola de su miembro, y se la acercó a los labios. Se inclinó y besó la palma con suavidad. Ya era suficiente. Si le permitía continuar, se correría en ese mismo instante, y tenía otros planes.

Con los ojos fijos en los de Daniela, la agarró de los tobillos y tiró de ella. Se sentó sobre sus propios muslos, después le separó las piernas y las colocó sobre ellos, de tal manera que su pelvis quedaba pegada al sexo de Daniela.

A Nathan le encantaba esa posición. Podía disfrutar de la visión del cuerpo de Daniela en todo su esplendor. Podía ver su rostro, sus pechos, su abdomen y tener acceso directo a su clítoris para estimulárselo.

Deslizó las manos por debajo de su espalda, la cogió por las caderas y le levantó la pelvis. Daniela abrió las piernas por completo, las dejó descansar sobre sus muslos y las enredó en su cintura sin decir nada. Su pelo se desparramó sobre la almohada al tiempo que se arqueaba contra Nathan.

Nathan cogió un preservativo y se lo puso. Cuando estaba listo, la penetró suavemente mientras observaba su reacción. Al ver que gemía de placer, salió y se hundió en ella profundamente, más de lo que Daniela hubiera imaginado nunca.

Nathan ahogó un gruñido cuando sintió el cálido interior de Daniela alrededor de su miembro. La sensación era maravillosa. Pocas veces había experimentado algo semejante.

—Nathan… —gimió ella, mordiéndose el labio inferior.

—Daniela… —musitó él con voz rasposa.

Nathan aferró con fuerza las caderas de Daniela y comenzó a moverse frenéticamente dentro de ella. Cuando notó que sus músculos se tensaban bajo sus manos, le flexionó las piernas por las rodillas, se inclinó sobre ella, sujetándolas con su pecho, acercó el rostro al suyo y la besó tan apasionadamente que Daniela sintió que se mareaba. En un arrebato, Nathan le mordió la lengua, arrancando un gruñido de su garganta.

La presión del cuerpo de Nathan contra el suyo, las largas y profundas embestidas, su olor a hombre y aquella mirada que le traspasaba el alma, le produjeron una serie de oleadas de placer que culminaron en un fortísimo orgasmo que la sacudió como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica. Gimió en la boca de Nathan.

Con una profunda embestida final, Nathan se vacío dentro de Daniela mientras gritaba su nombre con tanta fuerza que hizo vibrar el aire.

Cuando su cuerpo dejó de estremecerse, se dejó caer sobre ella jadeante.

—¿Estás bien? —le preguntó a Daniela, apartándole un mechón de pelo de la cara.

Daniela estiró las piernas, le dolían y las tenía entumecidas.

—Nunca he estado mejor en mi vida —respondió, tratando de recuperar el aliento.

Nathan sonrió. Aquella respuesta le pareció conmovedora.

CAPÍTULO 61

Nathan se tumbó al lado de Daniela, metió la mano por debajo de su espalda, la agarró y la arrastró con él para que apoyara la cabeza sobre su pecho. Mientras introducía los dedos entre los mechones de pelo y la acariciaba, se sumió en un silencio sepulcral.

—¿Estás bien? —le preguntó Daniela.

—Sí —respondió él.

Pero Daniela sabía que mentía. Se incorporó un poco para poder mirarlo. No quería resultar indiscreta, pero tenía la necesidad de que Nathan supiera que podía confiar en ella. De hecho, le encantaría que confiara en ella, que le contara eso que ocultaba con tanto celo y que hacía que pasara las noches en vela.

Carraspeó ligeramente para aclararse la garganta.

—Nathan, sé que hay algo que te preocupa —comenzó, utilizando un tono de voz suave—. No tienes que contármelo si no lo deseas —se apresuró a decir—, pero quiero que sepas que puedes confiar en mí, que… Bueno, que estoy aquí para lo que necesites.

Nathan se movió incómodo. Daniela advirtió que la expresión de su rostro se ensombrecía.

—No hay nada que contar —dijo.

—Nathan, sea lo que sea…

—Ya te he dicho que no hay nada que contar —la interrumpió Nathan, endureciendo un poco la voz.

Daniela supo que era el momento de dejar la conversación.

—Está bien... Lo… Lo siento —se disculpó.

Respiró hondo para esconder la sensación de desilusión que experimentó. Sin embargo fue en vano, porque Nathan reparó en ella.

—Vamos a ducharnos —dijo con voz seductora.

Cogió la mano de Daniela y tiró de ella para sacarla de la cama. Daniela lo miró unos segundos. ¿De nuevo hacía uso del sexo y de su atractivo sexual para lograr que se olvidara del tema? ¿Por qué siempre hacía lo mismo?, se preguntó. Suspiró con frustración. Pero, imposible resistirse a su magnetismo, se dejó arrastrar por él.

Entraron juntos en el elegante y sofisticado cuarto de baño de pequeños azulejos negros y se dirigieron directamente a la ducha. Sin soltar a Daniela de la mano, Nathan dio el grifo y con un empujón suave la introdujo en el cubículo. Después entró él, taponando el hueco de la puerta.

—¿Crees que voy a salir corriendo? —bromeó Daniela. Tuvo que levantar la cabeza unos centímetros para poder mirarlo mientras el agua comenzaba a empaparle el pelo.

—Por si acaso —dijo Nathan con los ojos entornados.

Pegó un golpecito con el pie a la puerta de cristal para cerrarla.

—Ya no le tengo miedo, señor Littman —bromeó Daniela, esbozando una sonrisa traviesa en los labios—. Su expresión de ogro ya no me asusta.

Nathan dio un paso hacia adelante, acortando la distancia que lo separaba de ella. En esos momentos entró en el espacio del chorro de la ducha.

—¿Está segura, señorita Martín? —preguntó mientras el agua se deslizaba por su torso perfectamente torneado.

Su voz sonó tan severa y profunda que Daniela se estremeció. Sin embargo sabía que solo era una pose para intimidarla.

—Completamente segura —respondió, alzando la barbilla y tratando de aparentar seguridad en sí misma.

—¿Le he dicho alguna vez que está muy graciosa cuando trata de hacerse la dura? —dijo Nathan, sarcástico, al advertir su gesto.

Sí, claro que se lo había dicho, recordó Daniela. La mañana que cayó el diluvio universal y él la resguardó bajo su paraguas. El primer día desde que había llegado a Madrid en el que él había sido algo parecido a amble con ella. Pero, ¿él se acordaba? Nathan Littman no tenía pinta de ser de los hombres que se quedaran con ese tipo de detalles. Él era mucho más frío que todo eso. O lo era…

—¿Le parezco graciosa? —repuso Daniela.

—Me parece que las españolas tenéis mucha gracia —apuntó Nathan con doble intención. Sin apartar la mirada de ella, dijo—: Gírate. —Al ver que dudaba, repitió—: Dani, gírate.

Finalmente Daniela hizo lo que le pidió.

Nathan cogió el bote de gel del estante y vertió un poco en la palma de su mano. Al tiempo que frotaba para hacer espuma, observó a Daniela: su expectación podía palparse.

Con ternura, fue enjabonándole el cuerpo. Empezó por los hombros y los brazos. Deslizó las manos llenas de gel sobre los pechos, y se detuvo un rato en ellos, recreándose en su tersura y su redondez. Puso especial cuidado en el vértice de sus piernas. El sexo terminaba siendo duro y no quería que una caricia más fuerte de lo normal le hiciera daño.

—Eres perfecta —dijo con voz grave y espesa.

Daniela echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el pecho de Nathan. Cerró los ojos, dejó escapar un suspiro y disfrutó del roce de su cuerpo desnudo mientras el fresco aroma a mandarina del gel le embriagaba las fosas nasales.

—Te deseo, Nathan —musitó sin poder contenerse.

—Mi cielo… —susurró Nathan contra su cuello.

Le lamió el lóbulo de la oreja y ella gimió.

Inmediatamente después, la erección de Nathan se manifestó de

modo implacable en la parte baja de la espalda de Daniela. En ese instante él se separó, contrayendo las mandíbulas.

—Daniela, si no sales ahora mismo de la ducha, no seré responsable de mis actos —dijo en tono rasposo.

Daniela se giró entre sus brazos. Alzó los ojos y lo miró. Algunos mechones de pelo le caían mojados por la frente y las gotas de agua resbalaban por su rostro de rasgos angulosos, aumentando su atractivo.

—No quiero que seas responsable de tus actos —repuso.

No quería que Nathan se contuviera por ella. No quería que se refrenara. Lo quería como era: apasionado e impulsivo, incluso con ese toque melancólico que descansaba en el fondo de sus exóticos ojos verdes.

—¿No es demasiado pronto para un segundo asalto? —le preguntó Nathan con suavidad.

Daniela movió la cabeza, negando.

—No —respondió, segura de lo que decía.

Nathan tomó su cara entre las manos.

—Eres increíble —afirmó—. Absolutamente increíble.

Se inclinó sobre ella y la besó. Daniela se sintió invadida por una ola de orgullo. Era una tonta, pero no pudo evitarlo. Sin soltarla, Nathan apoyó la frente en la suya.

—Haces pedazos mi control, Dani —jadeó a ras de su boca—. No sé cómo, pero lo haces pedazos.

Nathan le dedicó una mirada como si fuera la única mujer del mundo, y Daniela sintió que los huesos se le fundían como si se tratara de cera. Deseaba ser la única mujer para él, pero no solo en ese momento, sino para siempre.

Para siempre…

Y volvieron a hacerlo allí, de pie, con tanta fogosidad que parecía no

haber un mañana, como si se fuera a acabar el mundo.

Cuando Daniela dejó caer exhausta la espalda contra la pared alicatada, Nathan la cogió en brazos como si no pesara más de lo que pesa una pluma y la sacó de la ducha. La envolvió con ternura en el albornoz y la llevó hasta la cama.

CAPÍTULO 62

El agudo y desgarrador grito llenó la habitación.

Daniela abrió los ojos de golpe, sobresaltada y aterrorizada a un tiempo. El corazón comenzó a latirle a una velocidad de vértigo.

¿Qué…?

Desorientada, se incorporó en la cama y giró el rostro. Nathan estaba sentado a su lado. Por lo que le dejaba ver el resplandor plateado de la luna que entraba a través de los ventanales, respiraba agitadamente, como si los pulmones no dieran de sí para abarcar todo el aire que requerían.

Alargó la mano y con dedos temblorosos encendió la luz de la lámpara de noche. Cuando volvió de nueva la cara hacia Nathan, se dio cuenta de que estaba lívido, la piel le brillaba con una película de sudor y su mirada estaba perdida en un punto infinito de la nada.

—Nathan… —lo llamó.

Puso la mano en su hombro. Al contacto, Nathan giró el rostro hacia ella con tanta violencia que Daniela se sobrecogió. La miraba pero no parecía verla.

—Soy yo —musitó con voz dulce.

Su voz hizo reaccionar a Nathan. Entornó los ojos y la observó durante unos instantes, escrutándola. Entonces reparó en su preciosa mirada azul. Azul como cielo. La expresión de su rostro se suavizó cuando reconoció sus rasgos.

—Daniela… Eres tú —dijo.

—Sí, soy yo, Nathan —repitió Daniela.

Nathan frunció el ceño, desconcertado.

—Has tenido una pesadilla —se adelantó a decir Daniela, intentando tranquilizarlo.

—Sí…, una pesadilla… —murmuró Nathan mecánicamente, pasándose la mano por la cabeza. Miró a Daniela durante unos segundos más—. Abrázame —le pidió de pronto.

Daniela no pudo evitar sorprenderse por su petición. En esos momentos Nathan se veía tan vulnerable, tan indefenso, incluso tan inseguro, que no parecía él.

Se inclinó y lo estrechó entre sus brazos. Nathan se aferró a ella. La apretó tan fuerte contra él que Daniela creyó que no podía respirar.

Nathan salió del cuarto de baño y se dirigió de nuevo a la cama. El amanecer empezaba a despuntar en el horizonte con un abanico de tonalidades púrpuras, y bañaba la habitación de una luz tenue y acogedora.

Se tumbó, pasó el brazo alrededor de la cintura de Daniela y la atrajo hacia sí mientras evocaba en su mente la pesadilla de aquella noche. Cada vez eran más violentas, más macabras, más espantosas, y cada vez le dejaban peor cuerpo.

¿Qué habría pensado Daniela? Había percibido su cara de conmoción al verlo en el estado en el que se encontraba, cuando el aturdimiento de la pesadilla había hecho que ni siquiera la reconociera.

Fuck, masculló en silencio, molesto.

No quería involucrar a Daniela en sus pesadillas, no quería involucrarla en su oscuridad, en su tormento. Tenía que protegerla de todo eso.

La abrazó contra su cuerpo con fuerza. Sentirla entre sus brazos,

sentir su calor, su respiración pausada; oler su suave aroma, era lo único capaz de tranquilizarlo; lo único que lo alejaba de las pesadillas; el único bálsamo que calmaba los demonios que poblaban su particular infierno.

Después de un rato, se incorporó sobre ella y le pasó un dedo por la mejilla. Daniela se movió.

—¿Estás despierta? —murmuró Nathan en su oído.

Daniela abrió los ojos.

—Ahora sí —respondió, girándose hacia Nathan. Se miraron.

Nathan tenía el rosto relajado y el pelo ligeramente revuelto, dándole un toque jovial y acentuando su atractivo.

—Buenos días —dijo Nathan con voz suave.

—Buenos días.

Nathan se inclinó y la besó despacio, deleitándose en sus labios y en el momento. Con fuerza, la agarró de la cintura y la subió sobre él. Daniela se acomodó a horcajadas en sus caderas. Nathan elevó los brazos y le apartó los largos mechones de pelo que le caían por la cara.

—Seguro que estoy hecha un desastre —dijo Daniela.

—Estás perfecta —apuntó Nathan, repasando los rasgos de su rostro con la mirada. Quería aprendérselos de memoria.

En silencio, sonrió, dejando ver sus dos filas de dientes blancos y perfectos.

—¿Sabes que estás muy guapo cuando sonríes? —le dijo Daniela—. Tu sonrisa es una de las más bonitas que he visto en mi vida.

—Eso mismo pienso yo de la tuya —comentó Nathan, acariciándole el vientre—. Eres «la chica de las mil sonrisas» —añadió.

—¿«La chica de las mil sonrisas»?

Daniela frunció el ceño.

—Sí, tienes mil sonrisas diferentes, y todas son genuinas y preciosas.

Me rindo ante ellas, Dani. Ante cada una de ellas.

—Oh…

Nathan amplió la sonrisa en sus labios cuando vio el asombro mezclado con cierto sonrojo en la expresión de Daniela. Era tan sencillo sorprenderla; tenía todavía tanta ingenuidad…

—¿Has dormido algo después de… la pesadilla? —le preguntó Daniela.

—Sí —mintió Nathan, acariciándole los muslos—. Gracias —le agradeció.

Daniela movió la cabeza ligeramente, negando.

—¿Tienes pesadillas a menudo?

La pregunta salió de sus labios antes de que pudiera frenarla.

Joder, a veces mi boca parece un dique roto, se lamentó para sus adentros.

—Señorita Martín, ¿no cree que quiere saber demasiado? —dijo Nathan.

Daniela arrugó la nariz y se ruborizó.

—Bueno, quiero saber cosas de ti, Nathan. —Se encogió de hombros—. Yo te he contado lo de mi hermana y lo de mi madre… Me gustaría que me hablaras de ti.

—Ahora no, Dani.

—¿Por qué no? —insistió ella, testaruda.

—Mi vida es muy complicada —dijo Nathan.

—¿Y qué es lo que la complica?

Daniela trataba de sonsacarle algo, aunque fuera mínimo; algo que hiciera que entendiese su hermetismo, su mal genio; ese cambio drástico que Nicholas le había dicho que había sufrido. ¿Por qué había pasado de ser un hombre maravilloso a uno arrogante, reservado y sin corazón? ¿Qué lo había provocado?, se preguntó. Pero Nathan era un hueso duro de roer.

—No es el momento —respondió Nathan.

—Nathan, no quiero curiosear por curiosear, solo quiero saber algo más de ti, por qué…

—Ya, Dani —le cortó Nathan, y aunque utilizó un tono indulgente, dejaba claro que la conversación terminaba ahí—. Hay mejores cosas en las que gastar el tiempo —añadió con voz lasciva.

Se incorporó, cogió su rostro entre las manos y la besó, rodando la lengua por su boca. Pero Daniela echó la cabeza hacia atrás.

—No quiero que utilices el sexo para evadir el tema —se quejó.

Se quitó de encima de Nathan y se tumbó de lado, dándole la espalda.

Nathan frunció el ceño.

—No te enfades —dijo.

—No me enfado —repuso Daniela—. Si no quieres hablar de ti, está bien, no hables, pero no lo evites siempre con el sexo. Sé que hay algo, Nathan. Lo veo en el fondo de tus ojos. —Hizo una pausa para tomar aire—. Joder, yo… yo solo quiero… Me gustaría que confiaras en mí, poder ayudarte —añadió con frustración.

Nathan se inclinó sobre ella.

—Ya me ayudas, Dani.

Daniela giró el rostro para mirarlo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? —le preguntó ella, confusa.

—Estando aquí, estando conmigo… —contestó Nathan. Pasó el brazo por su cintura y la giró hacia él para tenerla de frente—. Tu sola compañía ya me ayuda. No sabes cuánto...

—Ya, pero…

—Dani, me siento muy cómodo contigo, y normalmente no me siento cómodo con nadie.

El tono de voz de Nathan sonaba tan franco que desconcertó a Daniela. Lo miró a los ojos. La luz sedosa del amanecer hacía que se

vieran más claros de lo habitual. En esos momentos él la miraba con tanta dulzura que se le encogió el corazón. Incluso se atrevió a pensar que había un matiz de desamparo en su expresión siempre dura, como un niño que busca la protección de sus padres.

Se sintió extraña y contrariada. ¿Realmente Nathan la necesitaba tanto como lo pedían sus ojos?

CAPÍTULO 63

—He pedido que nos traigan el desayuno —dijo Nathan cuando Daniela salió del cuarto de baño envuelta en una toalla.

Habían vuelto a follar después de aquella conversación y las primeras luces del amanecer habían abandonado ya el cielo. El sol lucía luminoso como un medallón.

—¿Aquí? ¿A la suite? —preguntó a su vez Daniela con expresión de horror.

—Sí —respondió Nathan como si nada.

—Pero, Nathan, ¿cómo se te ocurre? Nadie me puede ver aquí —se quejó Daniela, abriendo los brazos de par en par.

En esos momentos tocaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones —se oyó decir al otro lado.

—¡Mierda! —exclamó Daniela al reconocer la voz de Irene.

Corrió hasta el cuarto de baño para esconderse. Al entrar, nerviosa y con prisa, se tropezó y se dio en la rodilla con la puerta. Nathan escuchó el golpe seco, un gritito y como maldecía entre dientes.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó con un toque de alarma en la voz, caminando hacia la puerta de la suite.

Daniela sacó el brazo e hizo un gesto con la mano, enseñándole el pulgar hacia arriba para indicar que sí, que estaba bien, aunque en realidad se estaba cagando en todo el santoral.

Nathan movió la cabeza y una sonrisa se coló en sus labios.

—Buenos… Buenos días, señor Littman —dijo Irene con voz

temblorosa cuando Nathan abrió la puerta.

—Buenos días —respondió él en tono formal.

—Le traigo dos desayunos tal y como ha pedido —anunció Irene.

—Pase —le indicó Nathan.

Nathan dio un paso hacia atrás para cederle el paso. Irene empujó el carrito y se adentró en la habitación.

—Déjelos en la mesa —ordenó Nathan.

Irene se acercó hasta la mesa y empezó a depositar en ella las tazas. En el cuarto de baño, Daniela agudizaba el oído tratando de escuchar qué ocurría en la suite. Oyó la voz nerviosa de Irene y el escandaloso ruido de una taza que parecía que se acababa de caer sobre el platillo. No le extrañaba que Irene estuviera atacada de los nervios. Seguro que le estaban temblando las manos. Nathan Littman podía ser tan intimidante… Ella misma lo había comprobado, y había pasado, y todavía pasaba, por esos estados.

¿Qué pensaría su compañera de trabajo si supiera que uno de esos desayunos era para ella? Sintió una punzada de vergüenza y se sonrojó.

Cuando escuchó que la puerta se cerraba, asomó la cabeza y miró a un lado y a otro para comprobar que no había moros en la costa.

—Ya puedes salir del cuarto de baño —le dijo Nathan en tono divertido.

Daniela terminó de abrir la puerta, accedió a la habitación y respiró con visible alivio.

—Tu compañera de trabajo, la que ha traído el desayuno, ¿es tartamuda? —le preguntó Nathan a Daniela.

—No, Nathan, no es tartamuda.

—Pues tartamudeaba.

—Es normal que tartamudeé.

—¿Por qué?

—Porque la gente te encuentra… intimidante —respondió Daniela como algo obvio—. Entre otras cosas… —musitó después para sí.

Nathan caminó hasta ella con pasos largos y elegantes. Al alcanzarla, la cogió por la cintura.

—Y tú, ¿me encuentras intimidante? —le preguntó, con el rostro a escasos centímetros del suyo.

—Si me miras así, sí —confesó Daniela.

Nathan sonrió sin despegar los labios mientras se acercaba a su boca y la besaba.

—Será mejor que repongamos fuerzas —dijo. Se separó de Daniela y se dirigió a la mesa. Daniela se pasó la lengua por los labios para retener su sabor—. No sé qué te gusta, así que he pedido un poco de todo —comentó—. ¿Cómo prefieres el café?

—Con leche y dos cucharadas de azúcar, por favor —respondió Daniela mientras, embelesada, le observaba trastear con la jarra de la leche y las tazas.

El sonido del teléfono móvil de Nathan llenó el silencio que había en la suite. Nathan dejó lo que estaba haciendo, se giró y se dirigió a la mesilla, donde tenía el móvil.

—Discúlpame —le dijo a Daniela, que asintió con la cabeza.

Mientras Nathan hablaba con Nicholas, Daniela disfrutó de las vistas que ofrecía la habitación. Después se dio media vuelta y paseó los ojos por el perímetro de la estancia. ¿Quién le iba a decir a ella que un día acabaría durmiendo en la suite más lujosa del Eurostars? ¿Y al lado de Nathan Littman, el hombre más guapo y más apasionado que había conocido? Aunque en realidad, dormir, dormir, había dormido poco, pensó con el amago de una sonrisa en los labios.

Vio la chaqueta del traje que Nathan se había puesto el día anterior echada en el respaldo de una de las sillas. Entornó los ojos y se preguntó que pensaría si la viera con ella. Sonrió traviesa. Se dirigió hacia la silla con pasos resueltos y la cogió. Se quitó la toalla, la dejó caer a un lado y se la puso.

En cuanto la tela rozó su piel sitió un escalofrío. Olía a Nathan. Su característico aroma penetró en sus fosas nasales. Abrochó el botón y se miró por encima. Le quedaba grande pero el resultado era muy sexy. A duras penas le tapaba los glúteos y el escote en pico se abría tanto que casi no le cubría los pechos.

CAPÍTULO 64

Cuando Nathan entró en la sala de estar de la suite y vio a Daniela con su chaqueta puesta, el aliento se le atascó en la garganta.

Al sentir sus pisadas, Daniela se giró hacia él.

A Nathan se le agrandaron los ojos de deseo. Le echó una mirada de arriba abajo. Jamás hubiera pensado que la chaqueta del traje de un hombre pudiera resultar tan sexy puesta en una mujer.

—He cogido prestada tu chaqueta —dijo Daniela con voz dulce—. Espero que no te importe.

—No me importa —repuso Nathan mientras se acercaba a ella como un ser autómata.

Daniela lo vio llegar a ella con la respiración contenida en los pulmones. Pensaba que Nathan la follaría allí mismo, contra el cristal de los ventanales. Sin embargo la cogió de la mano y dijo:

—Será mejor que desayunemos antes de que se quede frío.

Tiró de ella y la guio en silencio hasta la mesa. Daniela se sentó en una de las sillas sin decir nada. Nathan le acercó la taza con el café que le había preparado. Después se acomodó frente a ella.

Daniela frunció el ceño. Deseaba abalanzarse a los brazos de Nathan y cubrirle con un millón de besos, pero no se atrevió. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué de pronto estaba tan silencioso? ¿Le había molestado que se pusiera su chaqueta? ¡Joder, solo era una chaqueta! Aunque tenía que reconocer que era una chaqueta muy cara. Bueno, seguro que terriblemente cara. ¿O no tenía nada que ver con la chaqueta y quizá había recibido malas noticias por teléfono?

—Nathan, ¿está todo bien? —le preguntó.

—Date prisa en tomarte el desayuno —la apremió él, sin apenas mirarla.

—¿Por qué?

Nathan levantó la mirada y tamborileó los dedos sobre la mesa. Respiró hondo. Daniela empezó a preocuparse en serio. La expresión de Nathan había cambiado. Se veía sobria y ligeramente nerviosa.

—Estoy aguantándome las ganas que tengo de follarte ahora mismo, Dani —respondió él impaciente. Daniela abrió los ojos de par en par —. No es normal lo que me sucede contigo. No es normal que quiera follarte a todas horas y no es normal tener una erección solo por verte con la chaqueta de mi traje puesta. No soy capaz de controlarme y eso me desespera. Es como si fueras un puto vicio. Así que, por favor, termínate el desayuno rápido para poder... —se cayó súbitamente y apretó las mandíbulas.

Daniela advirtió el ejercicio de contención que estaba haciendo Nathan para controlarse.

—Vale —dijo—. Me lo terminaré rápidamente.

Cogió la taza y dio un trago largo de su café con leche.

—¿Prefieres un croissant o tostadas? —le preguntó Nathan cambiando de tema.

—Tostadas —respondió Daniela a media voz.

Tenía la sensación de que en cualquier momento Nathan caería sobre ella. Asió las solapas de la chaqueta y se tapó un poco más.

Nathan le pasó el plato de las tostadas.

—Gracias —dijo Daniela. Cogió una, se la llevó a la boca y le dio un mordisco—. Espero no mancharte la chaqueta —bromeó, tratando de aliviar la tensión sexual que se cernía sobre ellos.

Y aunque lo dijo en tono socarrón, esperaba no mancharla, solo esa chaqueta valía su sueldo de medio año.

Nathan la miró por debajo de la espesa línea de pestañas negras. Eran tan largas, pensó Daniela.

—Si cae una gota de café o una miga en ella, te daré una buena azotaina —le advirtió Nathan.

Un brillo extraño destelló en los ojos de Daniela.

—¿Azotes? —repitió—. No suena mal… —se le escapó decir, poniendo voz a sus pensamientos.

Nathan entornó los ojos en un gesto ladino y volvió a mirarla. Le ardía la mirada. Daniela tragó saliva.

No ha sido el comentario más apropiado, se dijo para sí.

—Será mejor que me termine el desayuno —dijo, bajando la cabeza y concentrándose en la taza de café que tenía delante. Desde luego, no estaba facilitándole las cosas a Nathan.

—¿Has terminado? —le preguntó Nathan a Daniela cuando vio que daba el último sorbo de café.

Estaba realmente ansioso. Le hervía la sangre de deseo.

—Sí —afirmó ella, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Ven —le ordenó.

Daniela retiró la silla, se levantó, rodeó la mesa y se dirigió a Nathan, que la miraba como un animal hambriento. Tomó la mano que le tendía y se sentó a horcajadas encima de él. La dureza de su miembro, atrapada en la fina tela del pantalón del pijama, le rozó el sexo desnudo, arrancándole un suspiró de placer.

No hubo tiempo para preámbulos. Nathan se bajó un poco el pantalón, lo justo para liberar su erección, agarró a Daniela por la cintura y la hizo descender para deslizarse lentamente en su interior. Daniela echó la cabeza hacia atrás y gimió con fuerza cuando lo tuvo completamente dentro.

—Dani, muévete —le pidió Nathan con voz gutural.

Daniela afianzó los dedos de los pies en el suelo y comenzó a moverse arriba y abajo. Nathan metió la mano entre la chaqueta, le sacó un pecho, se inclinó sobre él y lo lamió como un loco, intercalando succiones y pequeños mordiscos que hicieron gemir a Daniela.

—Así, mi cielo, así… —susurró Nathan—. Sigue moviéndote así.

Daniela se aferró a sus hombros y aumentó el ritmo, llevada por las fibras nerviosas, que le pedían más y más hasta alcanzar el clímax. Nathan la sujetaba con firmeza por las caderas para ayudarla en los movimientos mientras ambos se miraban fijamente a los ojos, advirtiendo en el otro el deseo que danzaba en las pupilas.

—Nathan… —jadeó Daniela.

—Córrete, Dani. Córrete…

No le costó mucho. Sus palabras, llenas de sensualidad, la hicieron llegar rápidamente al orgasmo. Daniela se tensó y arqueó la espalda al sentir la primera sacudida recorriendo su cuerpo. Siguió moviéndose, hasta que vino otra sacudida y otra y otra y otra más.

—Ah, Dios… —gimió—. Ah…

Su cuerpo se agitaba incontrolablemente una y otra vez encima de Nathan mientras gritaba de placer.

Nathan estalló casi al mismo tiempo. Clavó los dedos en las caderas de Daniela tratando de sofocar las convulsiones que recorrían su cuerpo, a la vez que contraía las mandíbulas y ahogaba un gruñido de placer que amenazaba con quemarle la garganta.

Daniela se inclinó hacia él y lo abrazó. Nathan le rodeó la espalda con sus brazos. Daniela cerró los ojos y se quedó quieta, extasiada, intentando restablecer el ritmo regular de su respiración. Su cerebro se negaba a funcionar. Durante un rato no fue capaz de moverse, ni capaz de decir nada ni hacer nada salvo disfrutar del agradable calor que la envolvía. Apenas fue consciente de que Nathan todavía seguía dentro de ella y de que la apretaba con fuerza contra él porque quería

sentir cada centímetro de su piel pegado a su cuerpo.

CAPÍTULO 65

Mientras Daniela se vestía, Nathan advirtió que estaba más seria de lo normal.

—Estás muy callada, ¿te encuentras bien? —le preguntó.

Daniela arrugó la nariz.

—No puedo evitar pensar en Sergio —se arrancó a decir al cabo de un rato, al tiempo que se ponía la camiseta—. No me siento bien haciendo esto… —confesó, aunque ya era demasiado tarde. El mal ya estaba hecho.

—No quiero que pienses en eso ahora, Dani —le dijo Nathan—. No quiero que pienses en nada.

Excepto en mí, dijo para sus adentros con aire posesivo.

A Nathan se le revolvieron las tripas. Sergio no se merecía que Daniela perdiera un solo segundo pensando en él. No con lo que él sabía. Tuvo que morderse la lengua para no contarle que su novio la engañaba con otra, que no tenía que sentirse culpable. Pero tenía que tener cuidado con esa información, ya que podía volverse en su contra si no la manejaba correctamente.

—Estoy confundida —dijo Daniela—. Tengo que ordenar mi cabeza.

No iba a darle una charla a Nathan, ni a contarle cuáles eran sus expectativas respecto a él. Su mes en el Eurostars concluía y en un par de días volvería a Nueva York. No había dicho que fuera a hacer lo contrario, que fuera a quedarse. Y ella se había entregado a él en algo parecido a un arrebato de locura, arrastrada por la irrefrenable atracción que ejercía sobre ella, y no había pensado en las

consecuencias… hasta ahora.

Hizo una pausa y respiró hondo.

—Las cosas no van bien entre nosotros, pero… no deja de ser mi novio —dijo.

—¿Le quieres? —le preguntó Nathan.

Daniela se quedó unos segundos en silencio, reflexionando sobre la pregunta que le había planteado Nathan.

¿Le quiero?

Se encogió de hombros.

—No puedo decir que no le quiero, pero tampoco puedo decir que sí —respondió.

Cogió las sandalias, se sentó en el sofá y comenzó a abrochárselas.

—Daniela, Sergio no te merece —aseveró Nathan.

Daniela alzó la vista.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó ceñuda.

—Porque es lo que creo —contestó Nathan después de unos segundos—. ¿Te cuida? ¿Te protege? ¿Se preocupa por ti?

Daniela se mordió el labio. Sabía la respuesta de todas esas preguntas, pero no se atrevió a decirla en alto.

—¿No me respondes? —insistió Nathan.

—Si me haces esas preguntas es porque conoces la respuesta —dedujo Daniela—. Lo que ignoro es cómo has llegado a esas conclusiones.

—Dani, si no estuvieras mal con tu novio, jamás te hubieras enredado conmigo —afirmó Nathan—. Estoy seguro de que ni siquiera te hubieras fijado en mí.

—Es difícil no fijarse en ti —bromeó Daniela, dejando entrever su timidez en una débil sonrisa.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Yo no estoy tan segura de que no me hubiera fijado en ti.

—Pero yo sí.

Al ver la expresión abatida de Daniela, Nathan se acercó a ella, tiró de su mano, haciendo que se levantara del sofá, y pasó los brazos por su cintura. Daniela alzó la mirada y la fijó en sus ojos verdes mientras se dejaba abrazar.

—A mí no me hubieras prestado atención si te fuera bien con Sergio —le dijo Nathan—. En este tiempo te he conocido lo suficiente como para saber que lo que ha hecho que te acerques a mí es la fricción que hay en tu relación con él. Es en esa brecha en la que yo he podido entrar, por la que me he colado. Eres una de las personas más íntegras que conozco. —Nathan guardó silencio durante unos segundos para que Daniela reflexionara sobre sus palabras. Después dijo—: Sergio te está perdiendo, Dani. Y no se está dando cuenta de que ese va a ser el mayor error de su vida.

Un error, por supuesto, que él tenía pensado aprovechar.

Daniela lo abrazó y apoyó la cabeza en su pecho, sintiendo como el cuerpo de Nathan la envolvía. Lanzó al aire un suspiro. Nathan le acarició la cabeza protectoramente, y Daniela deseó que el mundo que había fuera de aquella habitación no existiera. Que Nathan y ella pudieran quedarse encerrados en su particular burbuja sin que nadie les molestara.

Transcurrido un rato en el que ninguno de los dos dijo nada, Daniela se separó dando un paso hacia atrás.

—Tengo que irme —anunció.

—Te doy el día libre —se apresuró a decir Nathan—. Dani, quédate. Nos quedaremos en la habitación todo el día —añadió insinuante.

Daniela no puedo evitar valorar su proposición durante unos instantes. Quedarse con Nathan en la habitación, encerrados durante todo el día era una tentación, pero había que ser coherente. Ya había sido demasiado inconsciente con todo ese asunto.

—Nathan, no puedo —se negó finalmente, tirando de los últimos

flecos de sensatez que le quedaban.

—Soy tu jefe, puedes hacerlo si así lo quiero. Si te lo ordeno.

Daniela esbozó en los labios media sonrisa con aire condescendiente. De pronto Nathan se veía como un niño pequeño que, impaciente, desea algo a toda costa y les ofrece a sus padres todo tipo de razones para que accedan a dársela.

—No puedes ordenarme eso —lo contradijo.

—¿Por qué?

—Porque no. Levantaríamos sospechas y ya tengo bastantes problemas y bastantes quebraderos de cabeza. Además, eso te convertiría en un jefe irresponsable —bromeó.

Nathan se quedó mirándola un rato largo, sopesando su argumento. No quería crearla un problema.

—Está bien —accedió—, quedaremos a comer.

Daniela hizo una mueca con la boca.

—No es una buena idea —dijo en tono suave, declinando la sugerencia.

—No tenemos que ir a un restaurante de Madrid, iremos a uno que esté fuera, incluso en otra provincia —trató de convencerla Nathan.

—Nathan, por favor… —le pidió Daniela.

Nathan soltó el aire de los pulmones.

—Te veré entonces esta noche —dijo tajante—. Me da igual si has quedado con Sergio o con el papa. Te quiero esta noche para mí.

Daniela supo que no se podía negar. Nathan no le permitiría negarse, y ella tampoco quería decir que no, pero no era fácil.

—Haré lo que pueda —murmuró.

—No, Dani —se apresuró a decir él con expresión seria—. Esta noche te quiero aquí.

CAPÍTULO 66

—Hola, cariño —saludó Samuel a Daniela al coger el teléfono.

—Hola, papá. ¿Qué tal estás?

—Bien, hija. ¿Y tú?

—Bien. Tomándome un café en el descanso de media mañana. Papá, ¿qué tal está Carlota?

—Bien… ya sabes cómo es: siempre está bien.

—¿Está por ahí?

—Está en su habitación. ¿Quieres hablar con ella?

—Sí. Dile que se ponga.

—Ahora mismo. ¡Carlota! —exclamó su padre al otro lado de la línea—, Dani quiere hablar contigo.

Daniela escuchó unos pasos ligeros a la carrera y se imaginó a su hermana corriendo por el pasillo para coger el teléfono.

—Hola, Dani —dijo Carlota.

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás? —le preguntó Daniela cariñosamente.

—Bien.

—¿Estás cansada?

—Un poco, pero estoy bien.

Su entereza y su ánimo son admirables, pensó Daniela para sus adentros. Seguro que se sentía más cansada de lo que decía y dejaba ver. Se le notaba en la voz, que sonaba débil y algo apagada.

—¿Qué estás haciendo? —se interesó por ella.

—Viendo una película de Harry Potter —respondió Carlota.

Daniela sonrió. Lo que sentía su hermana por la saga del niño mago más famoso del mundo solo se podía calificar como pura devoción.

—¿Sabes que el mes que viene va a haber una exposición aquí en Madrid de los objetos, el atrezo, el vestuario y los escenarios que han inspirado las películas de Harry Potter? —le dijo Daniela a Carlota, siendo consciente de que esa noticia iba a darle una alegría.

—¿Lo dices de verdad, Dani? —preguntó Carlota con asombro.

—Sí. Se llama Harry Potter *The Exhibition* —detalló Daniela.

—¿Y cuándo es? ¿Cuándo es? —dijo su hermana impaciente.

—A mediados de septiembre. Todavía falta un mes y medio, pero estaré pendiente de las entradas. En cuanto salgan a la venta compraré un par de ellas para ir a verla juntas. Tendré que andarme lista, porque seguro que se agotan en pocas horas.

Carlota dio un pequeño gritito.

—¿En serio vamos a ir juntas a verla? —dijo entusiasmada.

—Por supuesto. Te lo prometo —afirmó Daniela.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! ¡Qué bien! —dijo Carlota, dando pequeños saltitos en el sitio.

Daniela se contagió de la alegría de su hermana y rio.

—Oye, antes de que se me olvide, dile a papá que hoy voy a comer a casa.

—¿Vas a venir?

—Sí, hace un par de días que no os veo y quiero pasar un ratito contigo y con él.

—Creo que tenemos macarrones con tomate —le informó Carlota con complicidad.

—Échales un ojo para que no se le quemen —dijo Daniela en tono

de broma—. Conoces a papá, y ya sabes que a veces se le va mano con el grill.

—Lo haré —dijo Carlota entre risas.

—Nos vemos luego, mi amor. Un beso.

—Un beso.

Cuando terminó la jornada matinal, Daniela se cambió rápidamente de ropa, cogió el casco de su Vespa Piaggio y salió corriendo de la habitación. Iba a toda velocidad por el pasillo cuando una mano de dedos estilizados y elegantes salió a su paso, la interceptó aferrándola por el brazo y tiró de ella, llevándola contra la pared. Daniela soltó un grito por la sorpresa.

—¿Dónde vas con tanta prisa? —le preguntó Nathan, pegado a su boca.

Antes de que Daniela tuviera tiempo de responder, Nathan le sujetó el rostro entre las manos y la besó. En un arrebato de pasión le mordió la lengua y tiró ligeramente de ella. Le encantaba hacer eso.

—A comer —contestó Daniela, cuando Nathan se retiró unos centímetros para dejarla tomar aire. Daniela sentía los latidos del corazón en la garganta.

Nathan bajó la vista hasta el casco.

No va a comer en el hotel, conjeturó en silencio.

Los celos revolotearon en su interior cuando pensó que tal vez se fuera a ver con Sergio.

—¿Has quedado con Sergio? —dijo directo. El tono de voz le salió más serio de lo que pretendía.

—No…

—¿Con alguna amiga? —se adelantó a preguntar después, casi sin

dejar que Daniela terminara de hablar.

—No, Nathan, voy a comer con mi padre y con mi hermana. Hace dos días que no veo a Carlota y quiero saber cómo se encuentra.

Nathan pareció sentirse aliviado.

—¿Cómo está? —se preocupó.

—He hablado con ella antes y aunque intenta hacerse la fuerte, se le nota en la voz que está cansada.

—Es normal. La quimioterapia la agotará —comentó Nathan—. Pero seguro que pronto se recupera. Ya lo verás —añadió con voz suave, acariciándole el rostro.

Daniela cerró los ojos durante un instante mientras Nathan pasaba la mano por su mejilla. Le sentaban tan bien los ánimos que le daba.

—Me voy, que luego tengo que volver, y si no me doy prisa no me da tiempo —dijo, enderezándose.

—Tranquila, si llegas tarde no va a pasar nada —apuntó Nathan, cómplice.

Daniela sonrió.

—Gracias, pero prefiero entrar a trabajar puntualmente.

—Creo que eres la única persona que pudiéndose beneficiar de la condescendencia que le ofrece su jefe, y contigo la mía es mucha, no lo hace —observó Nathan, extrañamente sorprendido.

—Es que yo soy única —bromeó Daniela, haciendo un mohín con los labios y tirándole juguetonamente de la corbata—. Me voy.

Agarró a Nathan de las solapas de la chaqueta, se puso de puntillas y le dio un beso corto en los labios. Después echó a andar antes de que se le ocurriera retenerla, y sabía que sería muy capaz de hacerlo.

—Te veo esta noche —dijo Nathan—. A las diez. Sea puntual, señorita Martín —añadió con voz sedosa.

No se le pasó por la cabeza la posibilidad de no verla unas horas más tarde, de no tenerla entre sus brazos, de no disfrutar de su cuerpo.

Daniela volvió a sonreír a modo de despedida, pero no dijo nada.

—Claro que eres única —murmuró Nathan mientras la veía alejarse por el pasillo—. Si no lo fueras no me tendrías cómo me tienes, ni habrías conseguido en mí lo que has conseguido. —Daniela desapareció finalmente tras la esquina. Nathan movió la cabeza—. Ay, Dani, Dani… ¿Qué voy a hacer contigo?

CAPÍTULO 67

Nathan consultó la hora en su lujoso reloj de muñeca mientras comenzaba a dar muestras de impaciencia. Las manecillas doradas señalaban las diez y veinte. Chasqueó la lengua y se levantó de la silla molesto, dejando sobre la mesa un vaso con un sorbo de whisky y el portátil abierto con el informe en el que estaba trabajando.

—¿Dónde diablos está Daniela? ¿Y por qué no ha venido? —se preguntó.

Empezaba a odiar el poder que tenía el reloj para regir sus encuentros.

Caminó hasta los ventanales y se paró frente a la cristalera. La noche llegaba lentamente sobre Madrid con sus tonalidades azul oscuro.

De pronto se vio atacado por los celos. ¿Habría quedado con Sergio? Cerró la mano en un puño. Esa idea no le gustaba nada. Solo pensar que Sergio pudiera estar disfrutando de su compañía hacía que se le retorcieran las tripas. Contrajo las mandíbulas.

Daniela era suya.

Era su bálsamo.

Su cura.

Su tabla salvavidas.

Su trocito de cielo.

Se giró sobre sus talones y comenzó a dar vueltas por la habitación. Su rostro presentaba el ceño fruncido y una expresión de pocos amigos. Estaba enfadado. Necesitaba ver a Daniela y ella no se había

presentado.

Se acercó a la mesa, cogió el vaso de malas maneras y dio el último sorbo que le quedaba de whisky.

—Tal vez esté en su habitación —conjeturó.

Sin pensárselo dos veces, cogió la tarjeta-llave de la suite, que descansaba sobre la mesa, y con pasos resueltos puso rumbo hacia el cuarto de Daniela.

Por el camino se encontró con una par de empleados del hotel que lo saludaron formalmente con ese respeto que producía su solemne presencia.

Al llegar a la zona de las habitaciones, se dirigió directamente a la de Daniela. Se detuvo frente a la puerta y llamó con los nudillos.

Silencio.

Volvió a golpear.

No obtuvo ninguna respuesta.

No había nadie, ni tampoco salía luz de la rendija que poseía la puerta. Durante unos segundos permaneció quieto, mirando la superficie de madera, como si quisiera que saltara por los aires en mil pedazos.

—Está con Sergio —farfulló.

La rabia llenó sus venas.

Se dio media vuelta y se fue.

—¿Ha visto a la señorita Martín? —le pregunto a Rubén, el hombre encargado de la recepción en el turno de noche.

—¿A Dani? —dijo él a su vez, para asegurarse de que estaba preguntándole por Daniela.

Nathan asintió con impaciencia haciendo una leve inclinación de cabeza.

—No, señor Littman —negó Rubén detrás del mostrador—. ¿Necesita algo? Si puedo ayudarle yo… —se ofreció.

—No —dijo seco Nathan, cortándole.

Y sin mediar más palabras ni despedirse se giró y volvió a la suite.

Cuando entró de nuevo en la estancia, el silencio cayó sobre su cabeza. Las dos noches anteriores el aire de la suite se había llenado de las risas de Daniela, de su voz suave, de sus jadeos, de sus gemidos de placer…

¿Cómo era posible que la echara de menos de aquella forma tan bestial?, se preguntó al tiempo que cerraba la puerta con un golpe del pie.

Avanzó unos pasos.

—¿Qué cojones estoy haciendo? Me estoy comportando como si estuviera obsesionado. —Nathan se pasó las manos por la cabeza y metió los dedos entre los mechones de pelo—. Necesito saber dónde está Daniela a todas horas. Saber qué hace, con quién… —Hizo una pausa y se sentó en el borde de la cama—. ¿Qué estás haciendo conmigo, Dani? ¿Qué coño estás haciendo conmigo? —Apoyó los codos en las rodillas y se frotó la cara con las manos. Jamás le había pasado algo semejante.

Daniela entró por las puertas giratorias del hotel arrastrando los pies como si fueran de plomo y no pudiera con ellos.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó Cris al verla llegar con rostro abatido—. Tienes muy mala cara. Parece que acabas de venir de la guerra.

—Vengo del hospital —respondió Daniela con voz cansada—. Hemos estado toda la noche allí.

—¿Qué ha ocurrido?

—Tuvimos que llevar a Carlota de urgencias porque se desmayó.

Cris se llevó las manos a la boca.

—Dios mío… —masculló—. ¿Está bien? —se interesó.

—La han dejado ingresada. Tiene las defensas muy bajas y eso le ha producido una anemia. Va a estar hospitalizada hasta que se recupere —respondió Daniela con la voz llena de tristeza.

—Cuanto lo siento, Dani.

Cris salió de detrás del mostrador de recepción y la abrazó.

—Gracias —dijo Daniela—. Muchas gracias. —Después de unos segundos, se separó y dijo—: Voy a cambiarme para empezar a trabajar, sino llegaré tarde.

—Vale —asintió Cris.

CAPÍTULO 68

Estaba terminantemente prohibido llevar el móvil encima mientras trabajaban, pero Daniela necesitaba tenerlo con ella por si su padre llamaba desde el hospital con cualquier emergencia o contratiempo. Así que lo escondió entre las toallas limpias del carro de la limpieza para que nadie lo viera.

Mientras limpiaba las lujosas habitaciones del Eurostars, pensó que podría hablar con Nathan para pedirle que le diera libre los tres días que la ley concede cuando se tiene un familiar cercano ingresado en el hospital. Tenía que estar con Carlota hasta que se recuperara de la anemia y saliera de La Paz.

Cuando entró en la suite estaba vacía. Aunque no dejaba de pensar en su hermana, no pudo evitar conjurar en su mente la imagen de Nathan al oler en el aire la fragancia de su colonia. Le hubiera gustado encontrarlo allí para explicarle por qué no había acudido la noche anterior a su cita de las diez. Su padre la había llamado media hora antes para decirle que iba de camino a las urgencias de La Paz porque Carlota se había desmayado.

Ya no había pensado en nada. Solo en salir corriendo y llegar cuanto antes al hospital para ver cómo estaba su hermana. Había llamado a Sergio para contarle lo que había pasado y para que le hiciera compañía un rato en la sala de espera mientras atendían a Carlota, pero él había alegado con indiferencia que al día siguiente tenía que madrugar.

Daniela se acercó hasta el escritorio y se puso a ordenar los libros que había sobre él. Pensar en Sergio no serviría de nada. Las cosas estaban quedando muy claras. Tampoco sabía exactamente por qué lo

había llamado, supuso que lo había hecho por inercia. Eran muchos años junto a él y algunos comportamientos emergían de forma mecánica.

Al coger uno de los libros para colocarlo en la pila que estaba haciendo, se cayó al suelo lo que parecía una fotografía.

Daniela se agachó y la tomó entre las manos. De pronto sintió como si un puño invisible le pegara un golpe en el estómago. Los dedos le temblaron y los latidos del corazón comenzaron a aporrear con fuerza sus costillas mientras contemplaba la imagen desvaída que plasmaba la instantánea.

Trató de maldecir, pero su garganta no profería sonido alguno. Las pupilas se agrandaron intentando abarcar lo que veían.

Nathan sonreía feliz, con los ojos henchidos de amor, al tiempo que sostenía en brazos a un bebé que no tendría más de un año. Daniela no pudo evitar reparar en que la niña tenía sus mismos ojos verdes y su preciosa sonrisa.

—No puede ser… —alcanzó a musitar—. No puede ser —repitió.

Notó una intensa opresión en el pecho y comenzó a respirar con dificultad.

Al lado de Nathan se encontraba una mujer muy guapa, de rasgos sofisticados, con el pelo rubio ceniza largo y ondulado, y los ojos de color gris claro, a la que Nathan agarraba por la cintura cariñosamente mientras ella lo miraba enamorada. La escena dejaba entrever a una familia feliz. Muy feliz.

Daniela sintió que se mareaba cuando su cabeza empezó a atar cabos. Tuvo que apoyarse en el borde del escritorio para no caerse. Darse cuenta de lo que significaba aquella foto le produjo un vacío interior, como si acabaran de arrancarle todos los órganos del cuerpo.

—Está casado… Nathan está casado y tiene una hija. Una hija… —dijo. La voz emergía de sus labios en un hilo débil y ahogado. La burbuja en la que había estado envuelta los dos últimos días saltó en mil pedazos.

En esos momentos un manotazo le arrebató la foto de las manos. Daniela se sobresaltó y dio un respingo.

—¡¿Quién te has creído que eres para husmear en mis cosas?! —le gritó Nathan con el rostro desencajado. Sus atractivos rasgos se habían deformado en una mueca llena de ira—. ¡No tienes ningún derecho a inmiscuirte en mi vida! ¡¿Me oyes?! ¡Ninguno!

Daniela lo miró con el corazón latiéndole en las sienes. Le iban a estallar. Los ojos de Nathan se veían oscuros, como si una sombra los hubiera poseído, y una vena le palpitaba en la frente. Tragó saliva y se obligó a decir algo.

—Yo no… —titubeó—. La foto se ha caído cuando iba a colocar uno de los libros en el escritorio. Yo… Yo solo la he recogido del suelo —intentó explicarse, llena de frustración.

La expresión de Nathan se había vuelto dura y fría. Daniela sitió como su cuerpo se estremecía de la cabeza a los pies.

—Vete de aquí —le ordenó él sin atender a su explicación. Daniela no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Pero, Nathan, por favor…

—¡Qué te vayas! —vociferó de nuevo él.

Nathan tenía los ojos enturbiados por la rabia y parecía no percibir el tono suplicante de Daniela. Al ver que no se movía del sitio —no podía porque se había quedado petrificada—, la cogió del brazo bruscamente y tiró de ella.

Daniela trastabilló del impulso mientras Nathan la arrastraba fuera de la suite. En esos momentos no quería verla, no quería saber nada de ella. Solo la quería fuera de allí.

Nathan la soltó cuando salieron de la habitación y la dejó ahí, en mitad del pasillo. Daniela giró el rostro y vio como Nathan cerraba la puerta sin contemplaciones a un escaso metro y medio de ella. Sobrecogida por el desdén con el que la había tratado, permaneció un rato inmóvil, con la barbilla temblorosa y los ojos arrasados en lágrimas. Se frotó el brazo de arriba abajo. Nathan le había hecho

daño cuando la había agarrado.

No se veía la cara, pero en ese instante reflejaba una expresión mezcla de incredulidad y desconcierto.

¿Qué acababa de suceder?

Cuando fue capaz de dar la orden a su cerebro de que sus piernas se movieran, reaccionó y corrió hasta el cuarto de la limpieza. Se encerró en él como si fuera un refugio. Recostó la cabeza en la pared, entre dos carros, y dejó que su cuerpo resbalara hasta caer finalmente en el suelo. Se rodeó las rodillas con los brazos y hundió la cara entre ellas.

—He sido una idiota —murmuró.

Un segundo después rompió a llorar desconsoladamente, golpeada por la brutal realidad que le había mostrado aquella fotografía.

CAPÍTULO 69

—Joder, Dani, no me puedo creer lo que me estás contando —dijo Sú con incredulidad en la voz.

—Yo tampoco, pero es verdad. Nathan Littman ha resultado ser un hijo de puta —aseveró Daniela entre lágrimas—. Más de lo que ya era.

—Casado y con una hija… —farfulló Sú a través del teléfono.

—Sí, casado y con una hija —repitió Daniela—. ¿Quién me iba a decir a mí que lo que ocultaba era una familia? ¡Una familia! Me siento como una estúpida… ¿Cómo he podido caer en sus redes?

—No seas tan dura contigo misma, cielo. Nos podría haber pasado a cualquiera —dijo Sú.

—Sí, pero me ha pasado a mí —apuntó Daniela con voz desolada, sintiéndose tonta. Hizo una pausa para sorberse la nariz—. Han sido los dos días más intensos de mi vida, Sú. ¿Cómo voy a ser capaz de olvidarlos? ¿De olvidarme de Nathan? —se preguntó con un deje de desesperación.

—Eres una persona muy fuerte. Lo superarás, como todo. No lo dudes —la animó Sú.

Daniela suspiró compungida mientras se enjugaba las lágrimas que resbalaban por sus demacradas mejillas con un pañuelo de papel que no había soltado en toda la mañana, desde que había visto la fotografía y Nathan la había sacado de su suite sin modales.

Sú supo que era el momento de cambiar de tema.

—¿Qué tal está tu hermana? —se interesó.

—Por ahora van a suspender la quimioterapia hasta que se recupere

de la anemia. Tiene el sistema inmunológico muy débil y las defensas extremadamente bajas —respondió Daniela—. A la pobre le pasa de todo. No es poco la leucemia, que encima tiene que hacer frente ahora a una anemia. La vida es una puta mierda —se quejó con amargura.

—Ya verás que en cuanto le traten la anemia, se va a sentir con las fuerzas suficientes para afrontar de nuevo la quimio. Esto es solo una mala racha.

—Yo ya no sé qué pensar. Las cosas no dejan de complicarse más y más… Mi vida ya tenía bastantes problemas como para añadir uno más. Solo a mí se me ocurre liarme con Nathan Littman. ¡Joder!

—Ya, Dani. Deja de castigarte.

—Es que esto es muy gordo, Sú. Nathan no es solo un cliente del hotel, ahora es el dueño del Eurostars. Es nuestro jefe.

—Lo bueno es que no tendrás que verlo. Él solo ha venido a España un mes para llevar a cabo la compra del hotel, pero va a regresar a Nueva York.

Sí, mañana se va, se dijo Daniela para sus adentros. Sentía una mezcla de alivio y desilusión.

—Pero vendrá de vez en cuando… —dijo en voz alta.

—Pues el día que venga, las chicas y yo nos encargaremos de que no le veas. Te cambiaremos el día para que lo tengas libre, o ya veremos qué hacemos… Tenemos muchos recursos, así que tranquila, ¿vale?

—Vale —resopló Daniela—. Tengo muchas ganas de verte, Sú —añadió después, suspirando.

—Y yo a ti, cielo, y muchas ganas de darte un achuchón —apuntó Sú.

—Tengo que dejarte, he de hablar con el señor Barrachina. ¿Te llamo luego y hablamos?

—Puedes llamarme cuando quieras. O mejor, ¿por qué no quedamos mañana por la tarde y nos tomamos un café? Javi y yo regresamos a Madrid hoy por la noche. Ya se nos han acabado las vacaciones.

—Eso es estupendo —dijo Daniela—. No que se os hayan terminado las vacaciones, que eso es una jodienda, sino que podamos tomarnos un café —aclaró después.

Sú lanzó al aire una carcajada.

—No sabes cuánto te he echado de menos —le dijo a Daniela.

—Y yo a ti —respondió ella.

El vaso se estrelló contra la pared haciéndose añicos. El estrepitoso ruido llenó el silencio. Nathan observó con la mirada cargada de ira como el whisky resbalaba formando hilos por los caros paneles de madera mientras apretaba los dientes con tanta fuerza que amenazaban con romperse de un momento a otro.

—¿Qué he hecho? ¿Cómo he tratado a Daniela de ese modo tan deplorable?, se reprochó enfadado consigo mismo por haber manejado la situación con tan poco tacto.

Se apoyó en la pared, cansado, y dejó que la espalda se deslizara por ella hasta terminar sentado en el suelo. Levantó los brazos y se pasó las manos por la cabeza. De pronto sentía que le faltaba el aire, como si la suite fuera demasiado pequeña, pese a sus más de ochenta metros cuadrados, y no tuviera suficiente oxígeno.

Había perdido el control cuando había entrado en la habitación y había visto a Daniela observando la fotografía. Se había excedido en su reacción, pero no quería que se enterara de aquella manera. Eso haría que realizara preguntas y él no estaba preparado para responderlas. Todavía no. ¿Pero iba a estarlo algún día?

Nunca había tenido que enfrentarse a una situación parecida.

Se tapó la cara con las manos rememorando el momento.

Le había gritado como un loco, diciéndole que quién se creía que era para husmear en sus cosas y después la había cogido del brazo y la

había echado de la habitación sin atender a su explicación.

—¡Joder! ¡Soy un miserable! —exclamó, asqueado consigo mismo.

Recordar el rostro lleno de desconcierto y de decepción de Daniela le encogió el corazón. Sobre todo la decepción que asomaba a sus cristalinos ojos azules. No era difícil imaginarse a qué conclusión había llegado.

Arrepentirse ahora de su comportamiento no lo conduciría a nada. Podía seguir preguntándose durante horas por qué se había portado como un cabrón y no encontraría una respuesta que consiguiera tranquilizarlo.

CAPÍTULO 70

—Gracias, señor Barrachina —le agradeció Daniela.

Salió de su despacho cerrando la puerta a su espalda. Sin perder tiempo, se dirigió a su habitación. Lo primero que hizo al entrar fue coger la mochila, ponerla sobre la cama y abrirla. Después se fue al armario y pilló al azar algunas prendas: un par de pantalones vaqueros cortos, tres camisetas y un vestido. Sacó el cajón superior con prisa y extrajo de él algunas mudas. Se giró y lo metió todo en la mochila sin mucho cuidado.

Fue al cuarto de baño e introdujo en el neceser el cepillo de dientes, el dentífrico y algunas otras cosas necesarias para pasar tres días fuera. Al salir, se encontró de bruces la elegante figura de Nathan en mitad de la habitación. El corazón le brincó dentro del pecho. En un primer momento se quedó paralizada, pero después logró reaccionar.

—¿Cómo has entrado? —le preguntó sin disimular su tono de enfado.

—La puerta estaba abierta —respondió Nathan.

—La próxima vez tengo que asegurarme de cerrarla —masculló Daniela para sí, metiendo el neceser en la mochila.

—¿Te vas?

—Han ingresado a Carlota en el hospital. Me voy a coger los tres días que la ley concede cuando tienes un pariente cercano hospitalizado…

—¿Qué le ha ocurrido a tu hermana? —le cortó Nathan con un toque de alarma en la voz.

—No te importa —le espetó Daniela—. Ni lo que me pase a mí ni lo que le pase a mi hermana te importa. Tú ya tienes otras cosas y otras personas de las que preocuparte —le reprochó. Y dicho esto, siguió hablando—. El señor Barrachina tiene el justificante del médico que le he entregado. Puedes pedírselo a él —concluyó en tono formal, casi frío, mientras seguía metiendo cosas en la mochila.

—Dani, puedes cogerte los días que quieras para estar con Carlota. Una semana, dos, un mes… Lo que quieras, ya lo sabes —dijo Nathan.

—No voy a cogerme más de lo que me corresponde por ley. No quiero ningún trato de favor. Soy una empleada más.

—No eres una empleada más.

—¿A qué has venido? —dijo Daniela cortante, sin dejar de hacer el pequeño equipaje.

—A hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo. Ya está todo claro.

—Dani, las cosas no son lo que parecen —dijo Nathan.

—Qué viejo es eso —se burló Daniela, ahogando una carcajada en la garganta—. No es lo que parece… —rio con amargura—. ¿No se te ha ocurrido algo más original?

—No es una excusa.

Daniela giró el rostro hacia Nathan como si hubiera recibido un latigazo en el cuello. Una mezcla de rabia e indignación la inundó.

—¡Estás casado! —estalló sin poder contenerse—. ¡Casado! —repitió, escupiendo cada sílaba. Sentía su corazón latir con tanta violencia que apenas podía hablar—. Y por si eso no fuera suficiente tienes una hija. Una hija de poco más de un año. —Mantuvo silencio unos segundos mientras intentaba reprimir las lágrimas—: Ese es tu secreto, ¿no? ¿Que estás casado y tienes familia? A eso era debido tu silencio, por eso no me querías contar nada, por eso no hablabas…

El nudo que se formó en su garganta le impidió seguir hablando. Notó el sabor amargo de las lágrimas.

Miró a Nathan.

Bajo la tenue luz anaranjada del atardecer, que realzaba sus facciones masculinas, estaba irresistible. Aunque su rostro era una máscara impenetrable. ¿Qué estaría pensando?

Iba vestido con un traje marrón oscuro y rezumaba una sofisticación casi insultante. En ese momento Daniela se dio cuenta de que pertenecían a mundos diametralmente opuestos. Pero lo más angustiante era darse cuenta de que lo único que le había interesado de ella era pasar un buen rato. Lo último que podía querer un hombre como Nathan Littman es tomarse en serio a una camarera de pisos.

—Eres un miserable —le dijo Daniela a Nathan. Tomó aire, evitando por todos los medios llorar—. Un maldito miserable. Los hombres como tú no valéis nada, aunque tengáis todo el dinero el mundo.

El rostro de Nathan se ensombreció.

—Daniela, las cosas son más complicadas que todo eso…

Daniela no pudo contener el torrente de palabras que brotaba de su boca.

—No me hagas reír —comenzó de nuevo—. He sido una ingenua al olvidar que somos de dos mundos totalmente distintos. Supongo que conmigo querías probar algo diferente, que lo ibas a tener más fácil que con otras… Soy una simple camarera de pisos y tú un hombre rico, poderoso, acostumbrado a tener el mundo a sus putos pies.

—No hables así, Dani. Tú no eres una simple camarera —intervino Nathan. Buscó en su rostro alguna señal de condescendencia, pero no la encontró. Solo había dolor y decepción.

Daniela ignoró su comentario y continuó. No tenía ninguna intención de escucharle. No después de saber qué clase de hombre era.

—Estos días me has hecho creer que era espacial para ti, cuidándome y preocupándote por mí, pero lo único que querías era una chica con la que entretenerte mientras estabas en Madrid. Echar cuatro putos polvos…

Nathan se acercó a ella de un par de zancadas y le sujetó el rostro entre las manos.

—¡No, no, no…! —se apresuró a decir en su boca en tono impotente—. No, Dani, las cosas no son así. Tú me importas, me importas mucho. Más de lo que te puedas imaginar.

Daniela le asió las manos y las apartó de su cara de un tirón. Dio un paso hacia atrás para liberarse del contacto de Nathan mientras lo empujaba.

—¡Déjame! —le exigió, apuntándole con el dedo índice—. No quiero que me toques, Nathan. No quiero que me beses. No quiero nada de ti. ¡Nada!

Aquellas palabras llenas de rabia fueron para Nathan un bofetón en pleno rostro.

—Dani, no hagas esto… Por favor… —suplicó.

Daniela se separó un par de metros de él, como si su cuerpo le quemara. No quería tenerlo cerca. Nathan vio el dolor en su rostro, aunque hacía todo lo posible por tratar de ocultarlo. Él deseaba hablar, contarle la verdad, pero no le salían las palabras. De pronto tenía miedo. Un miedo extraño que lo paralizaba.

—Por favor nada. No eres más que un niño mimado que cree tener derecho a todo aquello que se le antoje.

—Sabes que no soy así.

—No, no sé cómo eres. No te conozco —le contradijo Daniela con la voz quebradiza—. No sé qué Nathan eres. Si el que me cuida, me protege, el que se preocupa por mí, o el frío y arrogante que me saca a patadas de su habitación.

—Lo siento, Dani. Siento mucho haberte tratado así. No era mi intención. De verdad… —Nathan sonaba afectado—. Me ofusqué. No pensaba con claridad. También estaba molesto porque no te presentaste anoche en la habitación como habíamos quedado; pensé que estabas con Sergio.

—No estaba con Sergio, estaba en urgencias con mi hermana. Mi padre me llamó a las nueve y media para decirme que se había desmayado y que iba camino del hospital.

—Lo siento —volvió a disculparse Nathan. Soltó un leve suspiro—. No era mi intención hacerte daño…

—¡Pues lo has hecho! —lo acusó Daniela, interrumpiéndolo. Rio con amargura—. Al principio me he preguntado por qué te has puesto como una furia conmigo, cuando era yo quien debería enfadarse. No entendía nada. Ahora lo sé. Te has puesto así porque te he descubierto, porque he pillado tu mentira, tu treta, y porque eso significa que se te ha acabado el chollo conmigo.

—Daniela, las cosas no son así. Yo no te he mentido…

—¿Ah, no? ¿No son así? Dime entonces que las personas que aparecen en esa foto no son tu mujer y tu hija. ¡Dímelo, Nathan! ¡Dímelo! —le gritó.

Sus palabras se estrellaron contra un denso muro de silencio. Nathan se mantuvo callado los segundos siguientes, con el rostro inexpresivo. Alzó la cabeza y vio en los ojos de Daniela el brillo húmedo de las lágrimas. Sabía que tenía que contarle la verdad, no dejar que pensara lo que no era. Sabía que tenía que decir algo. Pero no se atrevió. No estaba preparado para confesarle su verdadero secreto, el peso que llevaba sobre su espalda desde hacía seis años, cuatro meses y diecinueve días. Tenía miedo de que Daniela le juzgara, de que creyera que era un monstruo, de que lo culpara como se culpaba él todos los días. Nunca se había enfrentado a su pasado de aquella forma, ni a una persona que le importara tanto como Daniela.

Ante su silencio, Daniela se giró dando un bufido.

Quien calla otorga, pensó para sí con decepción.

Cerró la cremallera de la mochila rápidamente, se la echó al hombro y caminó con paso decidido hacia la puerta. Ya estaba todo claro.

—Eres un jodido cabrón —le dijo a Nathan con desprecio al pasar a su lado. Sus miradas se encontraron unos instantes—. Solo espero

perderte de vista para siempre —concluyó directa.

Él se mantuvo de pie, sin decir nada, pese a que una vocecita interior le aconsejaba que tenía que decirlo todo. Dejó caer los hombros en un gesto abatido y esperó a que los pasos de Daniela dejaran de oírse en el pasillo.

CAPÍTULO 71

Daniela abrió la puerta con sumo cuidado y entró en la habitación. Su padre, que estaba sentado en un sillón azul de escay situado junto a la ventana, se llevó el dedo a los labios para indicarle que no hiciera ruido. Daniela se acercó a la cama en silencio y comprobó que Carlota estaba dormida.

—¿Qué tal ha pasado la tarde? —preguntó en voz baja.

—La mayor parte de ella ha estado dormida —respondió su padre en el mismo tono bajo—. Está agotada.

Samuel entornó los ojos y observó unos segundos a Daniela.

—Cariño, ¿estás bien? —le preguntó preocupado—. ¿Va todo bien en el hotel?

—Sí, papá, todo está bien —mintió ella.

Daniela trató de hacer de tripas corazón, pero la voz le salió inevitablemente desinflada, como un globo al que se le acaba de escapar el aire.

—Entonces, ¿por qué has llorado? —insistió su padre—. Tienes los ojos rojos.

Por tantas cosas, se dijo Daniela para sus adentros. *Por la enfermedad de Carlota, por el engaño de Nathan, por la relación con Sergio, por mí…*

Respiró hondo intentando controlar la emoción. No quería llorar. Su padre se levantó y le acarició los hombros afectuosamente.

—Carlota va a salir de esta, Dani. Es una niña muy fuerte —le dijo, intuyendo que la recaída de su hija pequeña era lo único que tenía mal a Daniela.

Daniela consiguió componer una débil sonrisa, giró el rostro en un intento de que su padre apartara la atención de ella, y se quedó un rato mirando a Carlota. Su hermana tenía la piel del rostro exageradamente pálida, los labios estaban juntos sin color, los ojos se veían hundidos en el cráneo y una vía en la mano izquierda la conectaba con un gotero del que colgaba una bolsa de suero.

Verla en ese estado de fragilidad, de vulnerabilidad extrema, hizo que los ojos se le humedecieran. Incluso parecía más menuda de lo que era, como si su cuerpecito fuera muy pequeño en comparación con la cama ortopédica del hospital.

Se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente. Al contacto con sus labios, Carlota se despertó.

—¿Qué tal estás, princesa? —le preguntó Daniela, dándole un cariñoso beso de esquimal, como era la costumbre entre las dos.

Carlota esbozó una amplia sonrisa al verla.

—Bien —contestó con la voz debilitada.

Daniela apoyó la mochila en un hueco de la cama y abrió la cremallera.

—Te he traído los libros de Harry Potter que me pediste —le dijo a Carlota, extrayendo un par de tomos y ofreciéndoselos.

Samuel ayudó a Carlota a incorporarse.

—Gracias, Dani —le agradeció su hermana, tomando los libros entre las manos.

Daniela volvió a meter la mano en la mochila.

—Y de camino aquí… te he comprado un muñeco *funko* de Hermione —dijo, sacando una caja de cartón con uno de esos muñecos con la cabeza enorme, caracterizado del personaje de la saga.

Los ojos de Carlota se iluminaron con un destello de alegría.

—Este no lo tengo —apuntó entusiasmada. Dejó a un lado de la cama los libros y cogió el *funko*—. Oh, es muy bonito —dijo embelesada, mirándolo detenidamente.

—Mira, papá —dijo, enseñándoselo—. ¿A qué es muy bonito?

—Sí —comentó su padre—. Voy a tener que poner otra estantería en tu habitación para dar cabida a toda la colección —bromeó.

Carlota y Daniela rieron.

—Me encanta, Dani —dijo Carlota, volviendo la vista a su hermana —. Muchas gracias.

Levantó los brazos para abrazar a Daniela. Daniela se inclinó y la estrechó contra ella, sin apretarla en exceso. Carlota estaba tan delgada que parecía que iba a romperse de un momento a otro.

—Me alegro de que te haya gustado, mi amor —dijo.

—¿Te vas a quedar conmigo esta noche? —le preguntó Carlota.

—Sí, y además me han dado tres días libres en el trabajo para poder estar contigo.

—¿De verdad?

Daniela asintió sonriente.

—De verdad.

—¡¿Cómo se puede ser tan incompetente?! —ladró Nathan por el teléfono. Maldijo entre dientes.

Nicholas y Richard intercambiaron una mirada sin entender qué pasaba.

—Lo siento, señor Littman… —se disculpó el hombre con el que hablaba.

—¡¿Lo sientes?! —le cortó de golpe Nathan—. Que lo sientas no va a cambiar las cosas, ni va a hacer que no pierda diez millones de dólares. Te dejé claro las indicaciones que quería que siguieras respecto a ese inmueble. ¿Por qué cojones no has seguido mis órdenes, Steven?

—Señor, yo…

Nathan bufó irritado y el hombre llamado Steven enmudeció de inmediato en el otro lado de la línea.

—En cuanto llegue a Nueva York, date por despedido —aseveró.

—Pero, señor Littm…

A Steven no le dio tiempo a decir nada más, Nathan colgó la llamada, dejándole con la palabra en la boca. Se dio la vuelta hacia sus asesores.

—Richard, que preparen mi jet privado para volver a Nueva York esta misma tarde —le ordenó sin titubear—. Tengo que estar allí antes de que este imbécil arruine por completo la venta del Edificio Porttman y me haga perder más dinero.

—Sí, señor —dijo solícito Richard.

El asesor se giró y se apresuró a ir hacia la puerta de la suite.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó Nicholas a Nathan cuando se quedaron a solas.

—Los Wesland han desestimado nuestra oferta de venta.

—Pero, ¿por qué? Si estaba prácticamente cerrada.

—Eso es lo que quiero que me explique Steven antes de echarlo a la puta calle —rugió Nathan—. No es más que un incompetente. Me ha hecho perder diez millones y un buen negocio.

—¿Y que vas a hacer?

—Volver a Nueva York de inmediato.

CAPÍTULO 72

Daniela aparcó la Vespa, se quitó el casco y enfiló los pasos hacia la entrada del Eurostars. Aunque eran poco menos de las nueve de la mañana, hacía un calor sofocante.

—Hola, Cris.

—Hola, Dani. ¿Qué tal tu hermana? —le preguntó la recepcionista.

—Un poquito mejor —respondió Daniela.

—Me alegro mucho.

—Voy a cambiarme.

—Vale.

Daniela se puso el uniforme en la habitación y fue a la salita del personal para tomarse un café. Un par de minutos después entró Sú.

—Buenos días, cielo —la saludó.

—Buenas —correspondió Daniela.

—¿Qué tal está Carlota?

—Poco a poco, pero mejor.

—Es una campeona. Tu hermana es muy fuerte y mejorará —comentó Sú—. ¿Y tú, Dani? ¿Qué tal estás?

—Bien —mintió Daniela, forzando una sonrisa.

Sú no le creyó, pero Daniela era demasiado orgullosa para dejar entrever su dolor.

—Ya se ha ido —le informó. No hizo falta que Sú pronunciara su nombre para que Daniela supiera que se refería a Nathan—. Y sus dos

asesores también —añadió.

Daniela se mordió el labio inferior y asintió levemente con la cabeza. Experimentó un flujo de sentimientos encontrados: una mezcla de alivio y al mismo tiempo desilusión.

—Al fin todo ha acabado —dijo a media voz.

No quería saber nada más. Si había dejado dicho si iba a volver a Madrid o cuándo tenía pensado hacerlo. Lo único que quería pensar es que había regresado a Nueva York y que todo había terminado. A pesar de lo enfadada que estaba con Nathan y consigo misma, no podía negar la fuerte atracción que sentía por él. Había sido un error escuchar al corazón, y aún más, perder el control hasta el punto de caer en sus redes y liarse con él. Había sido una tonta. Una verdadera tonta. ¿En qué momento se le había ocurrido pensar que Nathan la tomaría en serio?

—No seas tan severa contigo misma —dijo de pronto Sú.

Daniela frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—Te conozco, Dani, y sé que te estás juzgando de una manera muy dura. Por eso te he dicho que no seas tan severa contigo misma.

—Es que he sido una tonta, Sú. Joder, me siento tan estúpida… —se lamentó ella, sentándose en una de las sillas de la salita y apoyando el rostro en la mano con expresión apática—. Solo a mí se me ocurre…

En esos momentos la puerta se abrió y entraron Irene y Victoria. Después de un intercambio de saludos entre las cuatro, Irene preguntó:

—¿Es cierto que ya se ha ido el señor Littman?

—Sí —afirmó Sú.

—Se le va a echar de menos —comentó Victoria con voz pícara, al tiempo que se acercaba a la máquina de café y se sacaba uno con leche y azúcar—. No todos los días se puede disfrutar de un macizorro como él, aunque no he tenido la suerte de verlo de cerca.

—Yo una mañana le llevé el desayuno y cuando lo vi no paré de tartamudear hasta que salí de la habitación. Estaba acojonada. Ese hombre impone demasiado —dijo Irene—. Además creo que había pasado la noche con una tía porque pidió dos desayunos.

—¿Y no viste cómo era? —cotilleó Victoria.

—No, supongo que estaba en el cuarto de baño cuando entré.

—Ese hombre tiene que pasar cada noche con una, incluso con dos, o con tres… —rio Victoria—. Él se lo puede permitir, porque vaya planta que se gasta el cabrón.

Daniela miró de reojo a Sú disimuladamente. ¿Qué pensarían Irene y Victoria si supieran que era ella la persona que había pasado esa noche con Nathan Littman?

—La que más le va a echar de menos es Dani —dijo Irene—. Servir a ese hombre es poco menos que un deporte de riesgo, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —respondió Daniela con voz apagada—. Lo es.

—Afortunadamente su reinado de terror ha terminado —bromeó Irene.

—A quien también se va a echar de menos es a su asesor —apuntó Victoria, cambiando de tema.

—Ah, sí. Ese tal Nicholas. Estaba de toma pan y moja —comentó Irene.

Daniela se levantó de la silla. No se encontraba con fuerzas para continuar con la conversación de Irene y Victoria.

—Voy a empezar mi jornada —dijo.

—Voy contigo —se apresuró a decir Sú.

—Que la mañana os sea leve, chicas —se despidieron Irene y Victoria.

—Igualmente —dijo Sú, mientras salía de la salita junto a Daniela.

Mientras Daniela limpiaba las habitaciones de la planta 27, tuvo que resistir la tentación de entrar en la Suite Ejecutiva Principal, la suite que había ocupado Nathan. Estuvo aguantándose las ganas todo lo que pudo, pero a última hora de la mañana se dejó arrastrar por el impulso, que tuvo más fuerza que su voluntad.

Introdujo la tarjeta-llave maestra por la ranura, abrió la puerta y entró con pasos cautelosos, como si en su interior fuera a encontrarse a Nathan con su expresión impasible en el rostro.

Se adelantó hasta el centro de la habitación y miró a su alrededor. No había nada; ni su portátil sobre el escritorio, ni los libros, ni las carpetas con documentos, ni en la mesilla la novela que se estaba leyendo... Nada. Solo un ligero aroma de su colonia en el ambiente que la abofeteó en la cara cuando impregnó sus fosas nasales.

Los pasos le llevaron como una autómata hasta el vestidor. Los elegantísimos trajes y las camisas que ella misma había colgado el primer día, habían desaparecido. Extendió la mano y, despacio, abrió el cajón de las corbatas. No había ninguna.

Nathan no iba a volver. Y aunque no había nada, todo le recordaba a él.

De pronto una sensación de vacío la invadió. Miró de nuevo a su alrededor, desolada. Lo que sentía por Nathan Littman era mucho más fuerte de lo que creía, y eso la asustó. El vacío se volvió insoportable, hasta dar paso a un frío abrumador, pese a que en el exterior los termómetros rondaban los cuarenta grados.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y la garganta se le cerró. Vencida por el llanto, se dejó caer de rodillas en el suelo.

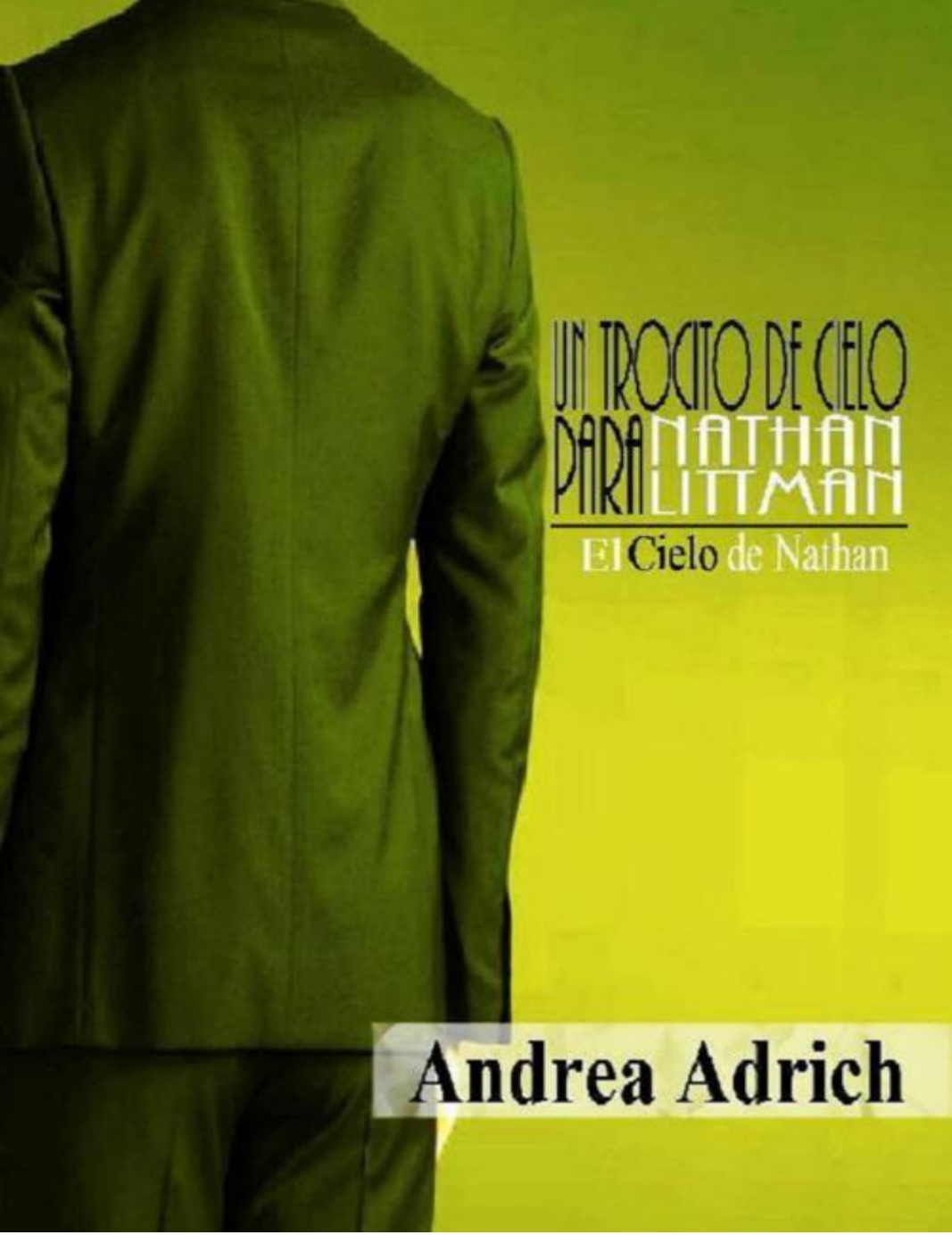
¿Se había enamorado de Nathan?

La respuesta le produjo un escalofrío. Agachó la cabeza y dio rienda suelta a las lágrimas. Le dolía haber descubierto que Nathan era un hombre sin escrúpulos que solo había estado con ella para divertirse. Y lo único que quería hacer era olvidarse del mundo y llorar.

Sú, que la había oído sollozar desde el pasillo, entró en la suite y fue hacia ella. En silencio se sentó a su lado y la rodeó con los brazos.

—No llores, cielo. No llores… —trató de consolarla, estrechándola contra su cuerpo cariñosamente—. Todo va a ir bien, Dani. Todo va a ir bien.

Daniela no dijo nada, se limitó a desahogar su dolor en silencio entre los brazos de Sú.


UN TROCITO DE CIELO
PARA NATHAN LITTMAN
El Cielo de Nathan
Andrea Adrich

UN TROCITO DE CIELO PARA NATHAN LITTMAN

El Cielo de Nathan

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

NOTA DE LA AUTORA: Esta es una novela ficticia en su totalidad. Los nombres, las personalidades y las situaciones son producto de mi imaginación. Los lugares escogidos para el desarrollo de la trama, aun siendo reales, como el hotel Eurostars Tower Madrid, son utilizados ficticiamente para dar realismo a la historia. Nada más. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Gracias por comprar este ebook.

NOTA DE LA AUTORA

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 52
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81

Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Epílogo.

CAPÍTULO 1

Nathan abrió la botella de whisky, la inclinó y vertió dos dedos del líquido ámbar en el vaso con hielos que descansaba sobre la licorera. Lo cogió y se dirigió con él hacia los ventanales.

Al otro lado de los cristales que se proyectaban desde el suelo al techo de su ático en la última planta del Time Warner Center, el complejo situado en uno de los extremos de Columbus Circle, los centenares de edificios de Nueva York se extendían de izquierda a derecha, recortados contra el cielo azabache, formando una panorámica cosmopolita formidable. De fondo, podían divisarse los árboles de Central Park. La noche estaba serena y el silencio, a más de 210 metros del suelo, era casi total.

Con una de las manos en el bolsillo del pantalón, Nathan se preguntó qué pensaría Daniela si pudiera contemplar aquellas vistas.

—Dani… —susurró con anhelo, dando un sorbo al whisky.

Apretó las mandíbulas.

De pronto sintió un poderoso deseo de verla.

El sonido del timbre rompió el hilo de sus pensamientos y la imagen de Daniela se desvaneció de su cabeza. Miró el reloj de mala gana. ¿Quién sería? No esperaba a nadie, y menos a esas horas. Se giró sobre sí mismo, dejó el vaso encima de la mesita auxiliar y se dirigió a la puerta, dando la espalda a las vistas.

Cuando abrió, la esbelta y sofisticada figura de Bárbara apareció al otro lado del umbral. Llevaba puesto un ajustado vestido negro de encaje que dejaba al descubierto sus largas piernas y subrayaba su generoso escote de pechos artificiales. La melena rubia caía suelta y lisa sobre los hombros.

—¿Qué haces aquí, Bárbara? —le preguntó Nathan en tono seco.

—Hola —dijo ella. Nathan no se molestó en saludarla—. ¿No me vas a dejar pasar?

Nathan le dedicó una mirada de aburrimiento. Sin decir nada, se dio media vuelta con actitud apática y se adentró de nuevo en el elegante ático en el que vivía en la Gran Manzana, dejando que Bárbara hiciera lo que quisiera. Bárbara optó por entrar, pero Nathan hubiera preferido que se fuera.

—Pensé que me avisarías cuando regresaras de España —dijo Bárbara—. He tenido que enterarme por uno de tus empleados de que ya estabas aquí.

Nathan se giró hacia ella.

—Bárbara, ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que no tengo que informarte de nada? Ni de cuando voy ni de cuando vengo —repuso con malas pulgas.

Bárbara suspiró. Nathan no había cambiado un ápice, tampoco esperaba que fuera de otro modo. Nathan no cambiaba por nada ni nadie. Quizá en Madrid no le había ido tan bien como esperaba, pensó.

—¿Cerraste el negocio del hotel? —quiso saber.

—Sí, el Eurostars ya es mío —respondió Nathan sin mostrar ningún tipo de entusiasmo en la voz.

¿Por qué demonios estaba de ese humor? ¿Qué lo tenía así, tan irascible? Era como si su estancia en el continente europeo le hubiera sentado mal. Estaba peor que nunca.

Bárbara se acercó a él por detrás y le pasó las manos de forma sensual por el torso desnudo, acariciando con los dedos los músculos definidos.

—¿Por qué no nos divertimos un poco y celebramos tu nuevo negocio? —le sugirió, hablándole provocativamente en el oído.

Nathan agarró las manos de Bárbara y se deshizo de su abrazo.

—Si estás aquí para que te folle, puedes irte por donde has venido —le soltó con desdén, volviéndose hacia ella.

—¿Puedo preguntar qué te pasa? —explotó Bárbara.

—No, no puedes.

—Pero, Nathan…

—¡Quiero estar solo! —gritó él, cortando de golpe sus palabras—. ¡Quiero estar solo! —repitió—. ¿No te has parado a pensar que si no te he avisado de que ya estaba en Nueva York es porque tal vez no quiera verte, que no quiera ver a nadie? ¿Es tan difícil de entender?

—Estás más insoportable que nunca —inquirió Bárbara, que no esperaba ese tipo de recibimiento. Nathan tenía mal carácter, pero siempre habían sabido divertirse juntos.

Nathan apoyó una mano en la cadera y con el dedo índice y el pulgar de la otra se pinzó la nariz. ¿A qué venía todo aquel drama?

—Lo mejor es que te vayas, Bárbara —dijo sin preámbulos mientras respiraba hondo.

—¡Estoy harta de ti! —exclamó ella.

—¿Y quién cojones te ha mandado venir? ¿Quién? —le reprochó Nathan—. ¿Te he llamado yo? ¿Te he dicho yo que vinieras?

—No eres más que un puto gilipollas —farfulló Bárbara.

—Eso no es ninguna novedad, querida —apuntó Nathan, cargando su comentario de todo el sarcasmo que fue capaz.

Bárbara apretó los labios. ¿Cómo podía ser Nathan tan

impertinente?

Sin pensarlo, dio un paso hacia adelante y levantó la mano dispuesta a darle un bofetón, pero él, con un movimiento ágil, paró el golpe a mitad de camino, aferrándole la muñeca.

Tiró de Bárbara, acercándola a él. Sin soltarla, se inclinó sobre ella hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—No se te ocurra volver a intentar pegarme —le dijo con los dientes apretados.

Bárbara tragó saliva compulsivamente. La severidad con que la miraba Nathan y el músculo que se movió en su cara cuando contrajo las mandíbulas, provocó que se estremeciera de los pies a la cabeza.

Un impulso la hizo lanzarse a él para tratar de besarlo en la boca. Jamás había probado el sabor de sus labios. Jamás. Nathan no la había besado nunca y se moría por un beso suyo.

Nathan se echó hacia atrás, sin que Bárbara pudiera siquiera rozar su boca.

—Y no se te ocurra volver a intentar besarme en la boca —le advirtió con una expresión de ira en los ojos. Se enderezó en toda su estatura—. Lárgate —le ordenó, dándole un pequeño empujón para separarla completamente de él. Le soltó la muñeca. No quería tenerla cerca.

—¡Maldito hijo de puta! —bufó Bárbara con rabia—. ¡Vas a morirte solo, Nathan Littman! ¡Es lo que te mereces!

Ya sé que es lo que me merezco, se dijo él para sí.

—¡Qué te largues! —le ladró de nuevo a Bárbara.

Bárbara dio un golpe de melena, indignada, se giró sobre sus talones con actitud digna y enfiló los pasos hacia la puerta.

—Ojalá te pudras en el infierno —masculló, mirando hacia atrás y dirigiéndole a Nathan una mirada de desprecio antes de salir y dar un portazo.

—Ya estoy en el infierno —dijo Nathan a media voz—. Ahora más que nunca estoy en él.

CAPÍTULO 2

Cuando Bárbara abandonó el ático y el silencio lo inundó todo de nuevo, Nathan se dirigió otra vez a los ventanales. Apagó las lámparas y dejó que la oscuridad, solo rota por el resplandor de las luces multicolor que emitían los edificios de la Gran Manzana, lo envolviera.

No quería pensar en nada ni en nadie que no fuera Daniela. Desde que había vuelto a Nueva York hacía ya más de veinte días, se alimentaba de su recuerdo; de lo que había vivido con ella en el mes que había durado su estancia en Madrid, de las dos noches de explosivas sesiones de sexo y extenuante pasión que habían compartido y de la maravillosa sensación que le había producido besarla en los labios. Era algo que no se podía sacar de la cabeza: el extasiante sabor de su boca. Pero tampoco podía olvidarse de lo cobarde que había sido al no confesarle la verdad; al dejar que pensara lo que no era. Quizá él se merecía que Daniela creyera que era capaz de engañarla, de hacer algo así.

Un anhelo apesadumbrado lo invadió, haciéndole recordar cuánto la echaba de menos. Mucho más de lo que pensaba. Mucho más de lo que en el fondo le gustaría.

Lanzó al aire un suspiro mientras hacía girar el whisky en el vaso.

—No he sido más que un cobarde —se reprochó. Levantó la vista y clavó los ojos en su rostro reflejado en el cristal—. Eres un cobarde, Nathan Littman —añadió con odio hacia sí mismo.

La cara que le devolvía el vidrio de los ventanales mostraba una expresión burlona, satírica. Una recriminación silenciosa que estaba dispuesto a torturarlo. No se merecía menos.

La imagen de Daniela saliendo de su cuarto y dejándolo solo en él acudió a su mente. Su expresión de dolor y de decepción era algo que le dolía profundamente. Le había hecho daño. Al principio con su actitud insolente y después con su silencio. ¿Pero de qué se sorprendía? Siempre hacía daño a las mujeres, porque no podía darles lo que ellas querían.

Repasó mentalmente la última conversación que había tenido con Daniela. Sus palabras eran como afiladas hojas de cuchillo clavándose en su pecho.

«Eres un jodido cabrón», le había dicho. «Solo espero perderte de vista para siempre.»

Dio el último sorbo que le quedaba de whisky.

—Daniela… —murmuró.

Respiró hondo. Pronunciar simplemente su nombre le dolía. Tanto como pensar en la posibilidad de que pudiera estar con Sergio. La idea de que él o cualquier otro hombre pudiera tocarla, de que pudiera disfrutar de su sonrisa, esa que había conseguido adorar, esa que durante unos días le había pertenecido, le dolía como un puñetazo en el estómago.

Recordó la primera vez que vio su sonrisa: genuina, sincera y llena de inocencia.

Los dedos se cerraron con fuerza alrededor del vaso, hasta que el cristal se hizo añicos. Un fino hilo de sangre rojiza brotó del corte que se había hecho en la palma de la mano.

—*¡Fuck!* —farfulló con los dientes apretados.

Extrajo un pañuelo blanco del bolsillo y se limpió la herida.

Y en ese momento todo lo que sentía por Daniela le cayó de golpe sobre la cabeza como una pesada losa. Se dio cuenta de que sin ella le faltaba algo, como si desde que hubiera dejado Madrid, le hubieran amputado una parte del cuerpo. El recuerdo de su sonrisa se había convertido en un extravagante mantra que se negaba a salir de su mente, y necesitaba comprobar qué sentía al volver a verla.

—¿Qué diablos hago aquí? —se preguntó—. Tendría que estar en Madrid —añadió después.

Estas arreglando el despropósito que ha liado Steven con la venta del Edificio Porttman, le susurró una vocecita interior.

Ese era el motivo que le había obligado a regresar a Nueva York, sino hubiera sido por eso, se hubiera quedado en España.

Nathan lanzó al aire un suspiro.

Conseguiría cerrar finalmente la venta en unos días y después volvería a Madrid. Tenía que ver a Daniela; lo necesitaba casi tanto como respirar.

Carlota caminó en pijama y con los pies descalzos hasta el sofá, con el peluche de Dobby —del que no se separaba nunca— debajo del brazo.

—Dani, ¿qué te pasa? —le preguntó a Daniela con voz preocupada cuando reparó en que estaba llorando. Se sentó a su lado y sin decir nada, la abrazó.

Daniela le pasó la mano por la cintura y la estrechó contra sí mientras que con la otra se apresuraba a enjugarse las lágrimas. No

quería que Carlota la viera llorar, aunque ya era demasiado tarde.

—Nada, mi amor —respondió.

—No quiero que estés triste, Dani —dijo Carlota.

—Estoy bien. Es que tengo un día un poco tonto —se excusó Daniela, haciendo un esfuerzo para que sus labios dibujaran una sonrisa.

—Yo me voy a poner bien —comentó Carlota de pronto, tratando de animar a su hermana.

Daniela dejó escapar una débil sonrisa.

—Claro que te vas a poner bien, cariño. Ahora que tu sistema inmunológico tiene un ejército de defensas nuevas dispuesto a protegerte, te volverán a dar la quimioterapia y la leucemia remitirá —apuntó Daniela.

—Entonces, ¿por qué lloras? —insistió Carlota.

—Por cosas de mayores —repuso Daniela con voz suave, intentando restar importancia a sus lágrimas—. Pero no quiero que te preocupes, mi amor. Todo está bien, ¿vale? —le dijo, dándole un toquecito cariñoso en la nariz.

Carlota asintió ligeramente con la cabeza, sin embargo, no creía a Daniela. Solo tenía once años, pero sabía perfectamente que estaba mintiendo. Su hermana llevaba muchos días sumida en una tristeza que intentaba disimular pero que no siempre conseguía. Aquella era una de esas veces, y también sabía que no le contaba nada para protegerla.

—Dani, te quiero mucho, mucho —le dijo, apretándose contra ella.

Daniela le acarició la cabeza con ternura.

—Y yo a ti, mi amor. Y yo a ti. No sabes cuánto…

CAPÍTULO 3

Nathan garabateó su firma en el papel de forma expedita mientras sonreía de satisfacción para sus adentros. Dejó la pluma sobre la mesa, se levantó y extendió el brazo hacia el individuo de mediana edad con aspecto de monje que se encontraba sentado frente a él.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, señor Littman —se adelantó a decir el hombre, al tiempo que le estrechaba la mano a Nathan.

—Igualmente —correspondió él en tono serio—. Si me disculpa, tengo que irme —dijo.

El hombre inclinó la cabeza.

—Richard, encárgate de tratar los detalles del contrato con el señor Wesland —ordenó Nathan.

—Sí, señor —dijo el asesor.

La venta del Edificio Porttman finalmente se había llevado a cabo gracias a un poco de mano izquierda. Nathan ya no tenía nada que hacer en Nueva York.

—Nos vamos a Madrid —le anunció a Nicholas mientras abandonaban la sala de juntas en la que habían estado encerrados toda la mañana.

—¿Vas a volver al Eurostars? —le preguntó Nicholas.

—Sí.

—Pensé que ibas a mandarme a mí solo.

—Sabes que iba a hacerlo, que había pensado en ti para que gestionaras ese hotel. Pero las cosas han cambiado, Nicholas.

—Esas cosas que han cambiado, ¿no tendrán por casualidad nombre de mujer? —le preguntó él con intención.

—Por supuesto, tienen un precioso nombre de mujer: Daniela —especificó Nathan.

Nicholas blandió una sonrisa en los labios.

—Haces bien en ir a por ella, Nathan. No lo dudes. La vida es corta —dijo a modo de consejo—. Por cierto, ¿te encuentras bien? —añadió, señalando la mano que Nathan tenía vendada.

—Sí. Solo ha sido un… pequeño accidente doméstico —respondió.

Nicholas sonrió de nuevo.

—No eras consciente de tu propia fuerza —comentó, adivinando a qué había sido debido el corte de la mano de Nathan.

—No mucho —admitió Nathan.

El semáforo cambio a verde y Daniela puso en marcha su Vespa Piaggio amarilla. Mientras callejeaba por las calles de Madrid camino del Eurostars, la asolaba un torbellino de pensamientos, como cada día de las últimas ¿tres semanas? ¿Cuatro? Desde que Nathan se había ido tenía la sensación de haber perdido la noción del tiempo. Apenas era consciente del día en el que vivía.

Las horas transcurrían parsimoniosamente reprochándose una y otra vez la torpeza que había cometido al liarse con él. ¿En qué demonios había estado pensando? Conocía sobradamente a los hombres como Nathan; sabía de qué iban; sabía qué buscaban; sabía que ese tipo de gente te da una patada en el culo, más tarde o más temprano, en cuanto dejas de ser la novedad.

Después de las semanas que habían pasado seguía sintiéndose como un ingenuo conejillo que había caído en una trampa. Una trampa mortal de la que había tenido que salir huyendo con unas heridas que parecía que no iban a cicatrizar nunca. Nathan la había dejado dolida y sola.

¿En qué momento había dejado de tener los pies en el suelo y se había aferrado a un sueño sin sentido? ¿En qué momento se le había pasado por la cabeza que Nathan y ella…? No se atrevió a terminar la frase. Le daba vergüenza pensar que en algún rincón de su mente había albergado la idea de que Nathan podía quererla para algo más que para echar cuatros polvos. Se había permitido soñar, y al despertar se había encontrado con una pesadilla.

Pero para Nathan Littman solo había sido una más de la larga lista de mujeres que seguramente habían caído en sus redes. Y eso había herido su amor propio y su corazón. Sería estúpido negar que a esas alturas su corazón no estaba hecho pedazos. ¿Por qué se había dejado arrastrar tan ciegamente por el deseo de aquella manera?, se reprochó. Había sido una ingenua y una tonta al olvidar que pertenecían a mundos tan dispares. ¿Cómo había sido tan necia de caer bajo su hechizo? Nathan no iba a volver, así que más le valía aprender a vivir con ello y rezar para que el dolor que sentía disminuyera con el tiempo y la librara de la sensación de que había cometido el peor error de su vida liándose con él.

Es duro darse cuenta de que alguien no es como creías que era, pensó.

Un fuerte bocinazo la sacó de golpe de sus pensamientos. Cuando reaccionó, vio que un coche se abalanzaba sobre ella. Por suerte pudo frenar antes de que la moto colisionara contra él.

El corazón le latía en la garganta.

—¡Mira por donde vas! —le gritó enfadado el dueño del coche con

el que había estado a punto de chocarse—. ¡No ves que tienes el semáforo en rojo!

—Lo siento —dijo Daniela a través del casco—. Lo siento mucho…

El hombre negó con la cabeza al tiempo que le dedicaba una mirada asesina y mascullaba lo que Daniela creyó que sería un improperio.

Con el pulso a mil por hora se desvió hacia la derecha y paró la moto en una zona de carga y descarga mientras trataba de tranquilizarse. Se quitó el casco un momento y respiró hondo. Estaba muy nerviosa.

—Por Dios, Dani, ten cuidado, un día te va a pasar un coche por encima —se amonestó a sí misma mientras chasqueaba la lengua.

Inhaló un par de bocanadas de aire más para calmarse y consultó el reloj. Eran casi las cuatro.

—¡Porras, voy a llegar tarde! —exclamó, poniéndose el casco rápidamente—. El señor Barrachina me va a matar.

Echó un vistazo a su alrededor y cuando no pasaba ningún coche, arrancó la Vespa y se incorporó de nuevo a la densa circulación que llenaba las calles de Madrid.

Estacionó la moto en el aparcamiento del hotel y al deshacerse del casco, una oleada de aire caliente le golpeó el rostro mientras lo guardaba en el maletero y se dirigía hacia la entrada del Eurostars. El sol caía a plomo sobre la ciudad. Madrid se estaba convirtiendo en un pequeño infierno.

Cuando traspasó las puertas giratorias y se internó en la recepción, notó de inmediato que el ambiente estaba enrarecido. Había demasiado silencio, como si en la atmósfera flotaran una calma y una especie de tensión extraña.

—Dani, tenéis reunión en la sala de juntas del fondo del pasillo —le anunció Cris en tono serio antes de que Daniela le preguntara.

Cris iba a decirle algo más, pero en esos momentos un cliente se acercó al mostrador y tuvo que atenderlo.

¿Otra reunión?, pensó Daniela para sus adentros, echando a correr hacia la sala. No podía perder tiempo. *¿Qué narices querrá decirnos ahora el señor Barrachina? ¿Va a leernos otra vez la cartilla?*

Últimamente estaba más insoportable que nunca y lo único que hacía era dar voces y reprender a los empleados, incluso por las cosas más insignificantes, con sermones que no acababan nunca y en los que

casi daba tiempo a echarse una siesta.

De pronto un pensamiento le asaltó, llenando su cabeza de incertidumbre. ¿Sería para anunciar que Nathan Littman volvía al hotel?

No, no, no… Por favor, no…, suplicó Daniela en silencio, alzando una plegaria llena de angustia al Cielo.

La idea de volver a ver a Nathan le causaba un profundo desasosiego. No estaba preparada mentalmente para enfrentarse a él.

Se detuvo en seco delante de la puerta de madera maciza de la sala de juntas, alargó el brazo, tomó el pomo con la mano y lo hizo girar. Cuando entró sintió que el corazón se le detenía de golpe. Desesperada, miró a su alrededor buscando un lugar en el que esconderse.

CAPÍTULO 4

—No es posible… —masculló con voz apenas audible al tiempo que negaba imperceptiblemente con la cabeza—. Joder, no es posible…

No era el señor Barrachina el que los había reunido, sino Nathan. El latido del corazón se le disparó. Sentía como si alguien le estuviera aporreando el pecho.

¿Qué hace aquí?, se preguntó para sí. *¿Qué coño hace aquí y por qué nadie me ha avisado de que venía?*

Durante unas décimas de segundo tuvo el imperioso deseo de darse la vuelta y salir corriendo. Pero ese comportamiento sería ridículo, así que se limitó a cerrar la puerta.

Actúa con normalidad, como si fuera el señor Barrachina, se ordenó.

Pero notaba que le temblaban las piernas como si fueran de gelatina, y todo lo que había querido olvidar durante el último mes, regresó a su mente como el seco repiqueteo de una ametralladora.

Al escuchar el sonido de la cerradura, Nathan levantó la vista por encima de las cabezas de las camareras que esperaban su discurso.

Y allí estaba.

Daniela.

Su trocito de cielo.

Su preciosa chica española.

La chica de las mil sonrisas.

Igual de sexy, igual de tentadora.

De repente sintió un extraño placer al verla, y al cruzar la mirada con ella, notó que unos dedos le pellizcaban el corazón.

Se fijó en su rostro y lo examinó durante unos segundos como si no lo hubiera visto nunca antes. Su expresión reflejaba una sorpresa súbita. Supuso que de verlo allí. Se había asegurado muy bien de que nadie estuviera al tanto de su llegada, ni siquiera los miembros del antiguo consejo de administración, incluido el señor Barrachina. De todas formas, él ya no les debía ninguna explicación.

Daniela estaba preciosa.

Llevaba un vestido corto de aire veraniego de color azul cielo, exactamente como la tonalidad de sus ojos, y unas sandalias planas de corte griego con unas tiras que ascendían cruzadas por sus piernas. El pelo se deslizaba suelto, liso y sedoso a ambos lados del rostro, acentuando el sonrojo escarlata que teñía sus mejillas.

—Bienvenida, señorita Martín —dijo Nathan con cierto tono de

complicidad—. La estábamos esperando.

Daniela carraspeó presa de los nervios; consciente de que todas las miradas, incluida la de Nathan, por supuesto, estaban posadas en ella. La garganta se le secó.

—Pase —la animó Nathan, haciendo un gesto con la mano, al ver que no se movía del sitio.

Vamos, Dani, haz algo o di algo, pero no te quedes aquí parada como una tonta, se ordenó. *Vamos, vamos, vamos.*

Cuando sus piernas lograron por fin reaccionar a las instrucciones que les daba el cerebro, sumido en esos momentos en una especie de anestesia, avanzó por la enorme sala de suelo enmoquetado hasta alcanzar al resto de sus compañeras.

—Siento haber llegado tarde —se disculpó, al tiempo que se colocaba en el extremo de la fila, al lado de Sú, y se esforzaba por mantener la compostura.

Los rostros de las chicas se giraron hacia Nathan, esperando expectantes su reacción. Conociendo su carácter irascible, la bronca que le iba a caer a Daniela iba a ser de dimensiones estratosféricas. A ninguna le gustaría estar en su pellejo en esos momentos.

—Después hablaré con usted de su impuntualidad —fue la respuesta de Nathan, con una expresión en el rostro entre cínica y divertida.

Daniela se limitó a apretar los labios y a bajar la mirada.

Nathan advirtió que estaba más delgada que cuando se fue. Había perdido unos cuantos kilos más en estas semanas, haciendo que sus pómulos parecieran más altos y afilados, la piel presentaba una palidez mortal y las ojeras bajo los ojos no habían desaparecido, por el contrario, se veían más profundas que antes.

Estaba claro que no había comido ni dormido mucho durante el mes que había transcurrido.

Y él había contribuido a ese estado, sin duda. De pronto se sintió culpable.

Cuando terminara la reunión se encargaría de ella.

Se apoyó en la mesa de madera que había en la sala de juntas y aferró el borde con las manos. Quería acabar cuanto antes.

—Comencemos… —dijo.

Sú se inclinó hacia Daniela.

—¿No has visto mis cien llamadas? —le preguntó al oído en tono confidencial.

—No —negó Daniela.

—¿Y mis doscientos WhatsApp?

—Tampoco. Vengo a la carrera. Casi me he dado contra un coche

por saltarme un semáforo.

Sú abrió los ojos de par en par con expresión de alarma.

—¡¿Qué?! —farfulló con voz extremadamente baja—. Dani, ¿estás bien?

—En estos momentos no mucho, la verdad —confesó, mirando de reojo a Nathan.

—Lo siento, cariño. He intentado avisarte por todos los medios…

—No es tu culpa, Sú —dijo Daniela.

—Pero de lo del coche, ¿estás bien? —insistió Sú.

—Sí, solo ha sido un susto. Por suerte he podido frenar a tiempo.

La voz grave y seria de Nathan sonó en la sala, acallando los tímidos murmullos que viajaban de un extremo a otro.

—Como ya sabrán… —se arrancó a decir—, desde hace un mes soy el nuevo dueño del Eurostars, y con mi llegada da comienzo una nueva etapa para el hotel —continuó—. Se va a llevar a cabo una importante ampliación de este y en unos días empezarán las correspondientes obras…

Daniela apenas se atrevía a mirarlo. Incluso desde esa distancia se veía imponente, con el rostro duro e intransigente, la mandíbula marcada y los ojos tan intensos como insondables.

El Nathan que tenía a solo unos metros era el Nathan millonario, poderoso y solitario, el Nathan insufrible, frío e impertérrito que había conocido al principio. El Nathan que tenía el rostro impenetrable de un general.

Resultaba extraño, pero era como si la dimensión de todo su poder la estuviera golpeando por primera vez.

Había intentado preparase para ese encuentro desde que Nathan había abandonado el hotel, hacerse a la idea de que un día sucedería, pero no estaba sirviendo de nada para aguantar estoicamente el impacto de verlo de nuevo, desempeñando su papel de jefe.

Lo miró de arriba abajo.

Iba impecablemente vestido con un traje sastre negro y una camisa del mismo color, dándole un toque elegante y sofisticado. Se había olvidado de lo atractivo que era y de lo bien que le quedaba el color negro. Su altura y su porte seguían siendo imponentes, y seguía irradiando poder y arrogancia por cada poro de la piel, y por lo que dejaban entrever las expresiones de las caras de sus compañeras de trabajo, no era la única que lo pensaba.

—Daría todos los ahorros de mi vida y un ojo de la cara por estar una noche con este tío. Follar con él tiene que ser la rehostia —oyó comentar a Victoria.

—Yo daría los dos —rio disimuladamente Irene—. No te lo vas a

creer, pero a mí, verlo en esa pose autoritaria me hace mojar braga… —dijo

Daniela puso los ojos en blanco.

Nathan miró a Irene y a Victoria con rostro severo cuando vio que estaban cuchicheando.

—Señoritas, cuando yo hablo, ustedes se callan —las amonestó—. ¿Dónde están sus modales?

Los rostros de ambas camareras se encendieron por la vergüenza.

—Lo… Lo sentimos, señor Littman —se adelantó a decir Irene, a quien apenas le salía la voz.

Daniela intuyó que en esos momentos tanto a Irene como a Victoria les tenían que estar temblando las piernas. Estaban ante el Nathan más insufrible que podías conocer.

Después de aquello Nathan continuó con su discurso y Daniela reparó en la curiosidad que despertaba en otro corrillo de camareras que ocupaban el extremo de la fila y que lo miraban con ojos golosos. ¿Pero de qué se extrañaba? Ella era la primera que había sucumbido a su encanto. ¿Cómo no se había dado cuenta de que estaba cayendo en la trampa más vieja del mundo?

Estaba sumida en todos esos pensamientos cuando Sú llamó su atención.

—Ya ha terminado —la informó.

Daniela reaccionó a su voz. Alzó los ojos y vio que las camareras comenzaban a desfilar en corro hacia la salida. Echó a andar y trató de colarse en el grupo que habían formado, como si así su presencia le fuera a pasar desapercibida a Nathan. Sin embargo, su intento se frustró.

—Señorita Martín… —la llamó Nathan—. Espere un momento. Quiero hablar con usted —dijo en tono formal.

Daniela sintió que un escalofrío le recorría de los pies a la cabeza.

Mierda, masculló para sí.

Se detuvo en seco y contempló impotente como una a una las chicas iban abandonando la sala de juntas. Todas menos ella. Intercambió una mirada muda, pero llena de significado, con Sú, cuando pasó a su lado. No quería quedarse a solas con Nathan. Le daba miedo. Sintió una mezcla de anticipación, preocupación, excitación y otras tantas cosas más.

Se movió en el sitio impaciente.

Cuando salió la última de las chicas, Nathan se adelantó con paso seguro y terminante y cerró la puerta. Después se giró hacia Daniela.

Al fin estaba a solas con ella.

Sus miradas se encontraron, pero Daniela apartó la suya de

inmediato. Carraspeó. Necesitaba romper de alguna forma el tenso silencio que gravitaba sobre sus cabezas. Con Nathan tan cerca volvía a sentirse indefensa, vulnerable, expuesta a él, como un animalillo acorralado. Intentó mantener los nervios a raya, pero no le resultaba nada fácil. Mucho menos sintiendo como Nathan la recorría de arriba abajo con la mirada. Tragó saliva para tratar de aliviar la sequedad de la garganta, e intentó no sentirse impactada por su presencia.

Era hora de enfrentarse a Nathan. El momento que tanto había estado temiendo, había llegado. No podía seguir retrasando lo inevitable.

CAPÍTULO 5

—¿Cómo estás, Dani? —le preguntó Nathan con voz suave.

A Daniela le pareció que había pronunciado su nombre como si acariciara cada letra con la lengua. Sintió que la piel se le erizaba. Se regañó a sí misma por permitir que un pequeño detalle como ese, que con toda probabilidad era fruto de su imaginación, la turbara tanto.

No te ruborices, Dani; no hagas que te tiemble la voz, se ordenó. *No consientas que Nathan se dé cuenta de cómo te afecta su presencia.*

Daniela soltó el aire que estaba reteniendo de forma inconsciente en los pulmones. Bajó la mirada y entrelazó las manos para impedir que le temblaran.

—Bien, gracias —respondió en tono neutro, luchando por parecer serena, aunque tenía el corazón desbocado.

Nathan advirtió los esfuerzos que hacía para aparentar indiferencia, para fingir que su presencia no le estaba afectando… Siempre le había producido una infinita ternura que Daniela tratara de hacerse la dura con él, pero percibió que estaba temblando y observó que el rubor de sus mejillas no había desaparecido desde que lo había visto.

—Has perdido peso —apuntó.

Daniela suspiró agobiada. La repentina y sorpresiva presencia de Nathan estaba empezando a asfixiarla. Le faltaba el oxígeno. De repente, sintió unas abrumadoras ganas de llorar.

—Si he perdido peso o no, no es algo que te importe —respondió a la defensiva.

Daniela lo miraba con la misma cautela en los ojos que si se encontrara a solas en una habitación con una serpiente venenosa dispuesta a picarla.

Nathan continuó como si no la hubiera oído.

—¿Sigues durmiendo poco? —se preocupó.

Sus ojos azules parecían más oscuros por la falta de sueño. Daniela no contestó. Se limitó a mantener silencio mientras balanceaba la pierna derecha, nerviosa.

—¿Hace cuánto que no comes decentemente? —continuó Nathan con su interrogatorio.

Se la veía demasiado frágil, demasiado menuda, demasiado vulnerable, y le dolía enormemente haber contribuido a su dolor; a que estuviera en aquel estado; a que la sonrisa hubiera desaparecido de sus labios. ¿Qué podía hacer para aliviarla?

—No es problema tuyo, Nathan —refunfuñó Daniela, retirándose nerviosa un mechón de pelo tras la oreja.

¿Qué le importaba si dormía poco o mucho?, ¿o desde cuándo no hacía una comida decente? ¿Qué narices le importaba a él lo que le ocurriera? Se preguntó si realmente estaba preocupado por ella. Nunca sabía lo que estaba pensando ni si lo que decía era verdad, y la mayoría de las veces tenía la amarga sensación de que no lo conocía en absoluto.

Nathan notó que se excitaba al oír cómo Daniela pronunciaba su nombre. Formó un puño con las manos para reprimir el impulso de acariciarle el rostro.

—Dani, no hagas que me enfade —le advirtió en tono serio.

Daniela bufó, intentando no dejarse intimidar por su voz grave. ¿Quién se había creído Nathan que era para venir como si no hubiera pasado nada?

—¡Eres… imposible! —exclamó al borde de la desesperación. Nathan estaba logrando que perdiera el control.

—¿Qué significa eso? —preguntó él.

—¡Qué te detesto!

—No sabía que las españolas fuerais tan exageradas —dijo Nathan con sorna.

—Ni yo que los norteamericanos fuerais tan desquiciantes —repuso Daniela.

—No será para tanto —se mofó Nathan, mirándola de forma burlona.

—Sí, te aseguro que sí que es para tanto.

—No cambies de tema y contesta a mi pregunta, Daniela: ¿hace cuánto que no comes decentemente? —le preguntó de nuevo Nathan.

Daniela puso los ojos en blanco.

—¡Qué no te importa! —dijo terca, manteniéndose en sus trece.

—Dani, si te comportas como una niña, te voy a tratar como a una niña.

Indignada por su tono autoritario, Daniela lo miró con ojos centelleantes. Vio la advertencia que brillaba en el fondo de la mirada de Nathan.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir con eso? —balbuceó, desconcertada.

—Vamos.

—¿Adónde?

—Al restaurante. Tienes que comer algo.

Daniela tragó saliva.

—Para que te enteres, no pienso ir al restaurante contigo. Ni al restaurante ni a ninguna otra parte.

—No era una pregunta —dijo Nathan, vehementemente.

—Pero…

Nathan se adelantó un par de pasos y, despacio, se inclinó para mirarla cara a cara. Daniela le devolvió la mirada con toda la compostura que su extrema cercanía y su característico olor limpio y masculino le permitían, y tragó saliva. La luz de los ventanales iluminaba su atractivo rostro de nariz recta y mandíbula angulosa.

—Si no vas por las buenas, te llevaré yo por las malas —dijo Nathan.

Daniela se acordó de que tenía que parpadear. Se había quedado perpleja. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda al ver un brillo burlón en los ojos de Nathan.

—¿Qué se supone que vas a hacer? —dijo, mirándolo desafiante. Pero su pregunta quedó suspendida en el aire.

Nathan sonrió lobuno y antes de que Daniela pudiera protestar, la cogió por las piernas, la levantó en vilo y se la cargó al hombro como si fuera un saco de plumas. Iba a demostrarle que mandaba él, y que tenía que aceptarlo.

—Voy a llevarte al restaurante, aunque tenga que obligarte —dijo.

—Nathan, he dicho que no voy a ir contigo a ninguna parte —se quejó Daniela—. Bájame. Maldita sea, bájame.

—Te equivocas, Dani. Vas a venir conmigo al restaurante —refutó él, con la misma tranquilidad con la que podía leer la lista de la compra.

Al ver que Nathan no tenía ninguna intención de bajarla y que se disponía a salir de la sala de juntas con ella al hombro, empezó a ponerse nerviosa. ¿Qué pensarían sus compañeros de trabajo? Se moriría de vergüenza si alguien la viera de esa guisa. Sería el cotilleo del mes.

¡Porras!, masculló en su fuero interno.

—Espera. Nathan, espera... Vamos a hablar de esto —dijo con voz entre angustiada y conciliadora, a medida que Nathan avanzaba por la estancia y se acercaba a la puerta—. Espera…

—Si te bajo, ¿vas a ir por tu propio pie al restaurante? —le preguntó Nathan.

—Sí —afirmó Daniela.

—¿Segura?

Daniela puso los ojos en blanco.

—Sí, Nathan, sí. Pero bájame.

Nathan se paró justo antes de abrir la puerta y dejó a Daniela en el suelo. La miró con rostro severo.

—Más te vale que me estés diciendo la verdad —la amenazó.

Daniela lo taladró con la mirada. ¿Por qué siempre se tenía que salir con la suya?

—Después de ti —indicó Nathan, dejándola pasar en primer lugar.

Daniela abrió la boca para protestar, pero apretó los labios de golpe ante la mirada fulminante que recibió de los ojos inquisitivos de Nathan. Con toda la dignidad que fue capaz de reunir, se estiró el vestido y salió por el hueco de la puerta con expresión molesta en el rostro.

CAPÍTULO 6

El trayecto hasta el restaurante, situado en la planta 30, lo hicieron en silencio. Mientras el ascensor subía, Daniela se negó a mirar a Nathan, así que no apartó la vista del panel de los números de los pisos. Él, en cambio, no le quitó el ojo de encima y aprovechó el tiempo para estudiar su cara.

Al ver el cansancio y las marcas de dolor que surcaban su rostro de rasgos suaves, sintió un profundo desasosiego.

No podía mirarla sin querer acariciarla, besarla... Deseaba extender los brazos, estrecharla contra su cuerpo y decirle que no se preocupara, que todo iba a salir bien. Pero estaba completamente seguro de que su gesto no sería bien recibido por Daniela. En esos momentos había demasiadas cosas que los separaban. Un abismo insalvable que él mismo se había encargado de abrir.

El restaurante era un lugar de ambiente exclusivo y glamuroso, con lámparas que colgaban del techo a distintas alturas como esferas brillantes y enormes jarrones de flores secas que daban un toque de color, añadiendo belleza y atractivo, y donde se servían delicatesen y platos clásicos de la gastronomía mediterránea.

—Siéntate —le indicó autoritario Nathan a Daniela, señalando una mesa situada en un rincón, al lado de los enormes ventanales desde los que se podía divisar el Paseo de la Castellana en una panorámica inigualable. Nathan se acomodó frente a ella con expresión seria.

No quería ser duro con Daniela, pero no le quedaba otro remedio. El estado en el que se encontraba resultaba alarmante. Tenía que obligarla a comer algo.

Daniela miró en derredor ciertamente cohibida. Apenas había gente, solo un par de matrimonios que estaban terminando de comer mientras compartían conversación. De inmediato se percató que los camareros del restaurante le dirigían miradas entre interrogantes y confusas. ¿Qué pensarían al verla compartir mesa con el nuevo dueño del Eurostars? Chasqueó la lengua para sí.

A Nathan parecía no importarle.

Antes de que parpadeara, Germán, uno de los camareros, se acercó a la mesa.

—Buenas tardes, señor Littman —lo saludó con suma formalidad.

—Buenas tardes, Dani —dijo después.

—Hola —correspondió Daniela con un ligero sonrojo en las mejillas. En esos momentos quería que le tragara la Tierra. No sabía

dónde meterse.

—Traiga una carta —le ordenó Nathan a Germán en su acostumbrado tono serio.

—¿Solo una? —preguntó el camarero con extrañeza.

—Sí.

—Enseguida.

Germán se alejó y Nathan y Daniela se quedaron solos. Daniela ni siquiera lo miraba. Había sumergido la vista en la impresionante panorámica que ofrecía el Eurostars a 30 pisos de altura. Él, en cambio, se recostó en la silla y la estudió con detenimiento. El cabello largo le caía liso sobre los hombros y los ojos le brillaban azulísimos iluminados por la luz del sol. Daniela notó que su mirada la escrutaba, divertida, como si toda aquella situación le hiciera gracia.

Seguro que se la hacía. Nathan tenía un humor muy negro.

—Aquí tiene, señor Littman.

La voz de Germán sacó a Daniela de su mundo, aunque siguió mirando por los ventanales.

Nathan asintió antes de coger la carta y abrirla.

—Qué prefieres, ¿carne o pescado? —le preguntó a Daniela, al tiempo que echaba un vistazo al menú.

—No tengo apetito —repuso ella. Tenía un nudo en la boca del estómago.

—Dani, ¿no vas a mirarme? —le preguntó de pronto Nathan.

Tras una leve vacilación, Daniela giró el rostro hacia él y se encontró sus exóticos ojos verdes clavados en ella. La boca se mantenía en una expresión dura y seria.

—No tengo apetito —repitió, para que le quedara claro.

—Así está mejor —dijo Nathan, sin disimular un matiz de sarcasmo en el tono de voz.

Cerró la carta y la deslizó hasta el sitio de Daniela.

—Si no pides tú, pediré yo por ti —le advirtió.

—No tengo hambre —murmuró Daniela.

—No empecemos otra vez —dijo Nathan.

Daniela suspiró crispada. Se sentía como una colegiala amonestada por el director por haber hecho una fechoría. Tuvo que morderse la lengua para no responder con un comentario mordaz.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó, poniendo especial cuidado en que nadie pudiera oírlos.

—Porque me preocupas, Daniela —respondió Nathan con calma—. Has perdido mucho peso.

¿Preocupado? ¿Por mí? Daniela sonrió con amargura.

—¿Y a ti que más te da? —le reprochó sin poder contenerse.

La conversación se interrumpió cuando Germán volvió para tomarle nota de la comanda.

—¿Has decidido lo que quieres, Dani? —le preguntó.

—Sí, unos espaguetis a la carbonara, por favor —dijo ella.

Cogió la carta y se la tendió a Germán, que se la colocó debajo del brazo. Daniela no necesitaba verla, se sabía de memoria los platos.

—¿Usted quiere algo, señor Littman? —le preguntó Germán a Nathan.

—No, yo ya he comido con unos clientes —respondió él, sin apartar la mirada de Daniela.

Cuando el camarero se alejó lo suficiente para que no la oyera, Daniela dijo: —No entiendo por qué crees que puedes venir y decirme lo que tengo que hacer, o cuándo o qué tengo que comer. ¿O lo haces como pago para limpiar tu conciencia? —se le escapó decir.

Daniela se sentía dominada por la rabia. ¿Quién se creía Nathan que era para meterse en su vida?

Nathan pasó por alto su pregunta y sonrió, tratando de resultar conciliador. Se echó hacia atrás, se recostó en la silla y estiró las piernas mientras la miraba fijamente con los ojos entornados.

—Ya te he dicho por qué lo hago: porque me preocupas —dijo.

Daniela intentó controlar los nervios, pero le era muy difícil si Nathan la miraba de aquella forma.

—No necesito que nadie se preocupe por mí —dijo, alzando ligeramente la barbilla.

Ver que Daniela respondía como si tuviera que defenderse de él le rompía el corazón. Le dolía que hubiera perdido la naturalidad y la espontaneidad que la caracterizaba. Daniela volvía a comportarse con la impostura y la rigidez con que lo hacía al principio, cuando le temía. La poca o mucha confianza que había conseguido se había ido al traste. No podía esperar lo contrario ni tampoco podía culparla. Daniela creía que era un cabrón.

Y quizá tenía razón.

—Permíteme que discrepe —dijo Nathan.

Daniela abrió la boca para darle réplica, pero en ese instante llegó Germán con su plato de espaguetis a la carbonara y la interrumpió.

—Aquí tienes —le dijo a Daniela, colocándolo delante de ella con amabilidad y una sonrisa.

—Gracias.

Nathan abrió la botella de agua y llenó la copa de Daniela mientras el camarero se alejaba y volvía a dejarlos solos.

—Buen provecho —le dijo.

Daniela pudo detectar una nota de diversión en los ojos de Nathan

y en las comisuras de sus labios. Negó para sí. Nathan estaba de buen humor, pensó molesta. Nada que ver con ella.

Miró el plato.

¿Dónde iba a meter esos espaguetis si tenía el estómago cerrado por los nervios?

CAPÍTULO 7

Cogió el tenedor, enrolló la pasta alrededor de él y, bajo la atenta mirada de Nathan, que no apartaba los ojos de ella, se lo llevó a la boca.

—No sé por qué dejo que hagas esto —murmuró Daniela, poniendo voz a sus pensamientos, con la vista fija en el plato.

Aunque Nathan tenía que reconocer que le hacía gracia que Daniela fuera tan testaruda, no estaba dispuesto a ceder un ápice en su cometido.

—Sí lo sabes, Dani —afirmó con seguridad. Acercó su rostro al de Daniela con una expresión de determinación que hizo que a ella se le cortara la respiración—. Porque alguien tiene que cuidar de ti —dijo con voz envolvente.

¿Por qué mierda tiene que utilizar ese tono tan suave?, se preguntó Daniela.

—No te preocupaste de mí cuando te largaste a Nueva York al día siguiente de… de descubrir tu mentira, actuando como si no significara nada para ti —se le escapó decir con acidez a modo de acusación.

¡Maldita sea!, farfulló para sus adentros. *¿Es que no te puedes estar callada, Dani?,* se reprochó.

—Tuve que irme. Uno de mis asesores, un inepto —enfatizó Nathan, apretando los dientes—, metió la pata en la venta de un edificio y me hizo perder diez millones de dólares. Regresé para recuperar la venta.

Diez millones de dólares…, repitió Daniela sin poder evitar asombrarse. *Eso es mucho dinero.*

No lo reconoció en alto, pero no le extrañó que hubiera salido pitando. Guardó silencio unos segundos. Al ver que Daniela no pronunciaba palabra, Nathan dijo con cierta ironía: —¿Sergio lo hace? ¿Sergio cuida de ti?

Daniela jugueteó con los espaguetis, moviéndolos de un lado a otro del plato, mientras trataba de ignorar la mirada de Nathan.

—¿Daniela? —dijo Nathan, instándola a responder.

—Sergio y yo no estamos juntos. Nos hemos dado un tiempo —fue la respuesta de Daniela, que contestó de forma mecánica, sin pensarlo.

Las cejas de Nathan se fruncieron.

—¿Qué quiere decir que os estáis dando un tiempo? —quiso saber en tono impaciente, al advertir que la expresión de su rostro no

revelaba nada.

—No es asunto tuyo —se apresuró a decir Daniela. Levantó los ojos, arriesgándose a mirarlo—. ¿No tienes que ir a alguna reunión? —le preguntó, tratando de desviar el tema.

Cogió la copa de agua y dio un trago largo. Tenía la garganta seca.

—Sí, tengo que reunirme dentro de un cuarto de hora con el arquitecto que se va a encargar de hacer la reforma del hotel —contestó Nathan.

Daniela respiró aliviada. Solo tendría que estar con Nathan un cuarto de hora más.

—Pero no voy a ir —añadió Nathan, haciendo añicos las ilusiones de Daniela.

Porras…

—No deberías faltar a tu cita, no está bien —dijo con una nota de reproche.

—No me voy a mover de aquí hasta que no te termines los espaguetis. Tengo que asegurarme de que comes, vas a acabar enfermándote —anotó Nathan, tajante.

Al contemplar los ojos prudentes y los labios temblorosos de Daniela, sintió una explosión de calor en su interior.

¿Por qué a pesar de todo, en el fondo, me gusta que esté pendiente de mí? ¿Por qué me gusta tanto que me cuide?, se regañó Daniela en silencio. *Esto no está bien. No está bien.*

Eres masoquista, respondió una vocecilla en su cabeza.

No pudo evitar centrar la mirada en los labios rotundos y definidos de Nathan y recordar como aquella boca había recorrido cada centímetro de su piel, haciéndola estremecer. Una oleada de calor se apoderó de su entrepierna.

¡Joder!

—Nathan, ya te he dicho que no es necesario que te preocupes por mí —repitió Daniela por enésima vez, ignorando el deseo que latía entre sus piernas.

Nathan apretó la mandíbula y recorrió a Daniela con los ojos lentamente.

—¿Piensas seguir discutiendo toda la tarde? —dijo, ligeramente exasperado.

Daniela lo miró con rostro nervioso y luego apartó los ojos.

—No —negó en un hilo de voz, al ver la expresión seria de Nathan.

Nathan la seguía imponiendo cuando sacaba a pasear su carácter.

Daniela continuó comiendo los espaguetis a la carbonara en silencio mientras él la vigilaba atentamente.

—¿Qué tal está Carlota? —le preguntó.

Daniela fijó los ojos en el plato. ¿Realmente le preocupaba cómo se encontraba su hermana? ¿O era una estrategia para apuntarse un tanto con ella?

—Bien —respondió escuetamente.

—Nathan…

La voz de Nicholas sonó en esos momentos en el restaurante. Daniela alzó los ojos y se encontró con su figura al lado de la mesa.

—Buenas tardes —saludó a Daniela en tono amable.

—Buenas tardes —correspondió ella.

—Nathan, el arquitecto está a punto de llegar —le informó.

—Nicholas, atiéndelo tú. Ahora estoy ocupado —añadió, mirando a Daniela.

Nicholas miró a uno y a otro, alternativamente.

—De acuerdo, como quieras.

—Yo ya he acabado —intervino Daniela, consciente de que Nathan no iba a acudir a su cita con el arquitecto por su culpa.

Apartó el plato de ella.

—Aún no has acabado, termínatelo todo —dijo Nathan. Giró el rostro ligeramente y dirigió su mirada hacia Nicholas—. Nicholas, ve a atender al arquitecto —le ordenó.

—Por supuesto —respondió él.

Se giró sobre sí mismo con el inicio de una sonrisa sagaz en los labios, enfiló los pasos hacia la salida y abandonó el restaurante.

—Tienes que ir con el arquitecto —murmuró Daniela.

—Termínate los espaguetis —le ordenó Nathan, acercándole de nuevo el plato.

Daniela se metió en la boca los dos últimos bocados de pasta que quedaban.

—Así me gusta —dijo Nathan, sin disimular su satisfacción.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa que a Daniela le pareció irresistible y que acabó desarmándola. Siempre que estaba delante de Nathan se sentía y se comportaba como una adolescente.

—No has contestado a mi pregunta —dijo Nathan serio, retomando el tema de Sergio.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué significa que Sergio y tú os estáis dando un tiempo? —Nathan arqueó las cejas con gesto impaciente.

Daniela tardó unos segundos en responder. Se retiró un mechón de pelo de la cara.

—Que estamos replanteándonos la relación —murmuró en tono pausado.

Tras obligarse a apartar los ojos de Nathan, comenzó a juguetear nerviosamente con la servilleta.

—¿Estáis juntos?

—No.

Nathan no pudo evitar sentirse satisfecho y sonreír. Al menos no estaban juntos.

Antes de que pudiera frenar sus palabras, Daniela dijo:

—Pero eso no significa que vaya a volverme a liar contigo, si es lo que pretendes. —El rostro de Nathan se ensombreció—. Lo que ocurrió entre nosotros fue un error. Un enorme error que no tengo intención de repetir.

Daba igual lo amable que fuera Nathan con ella. En el fondo carecía de cualquier tipo de cortesía o encanto, excepto cuando pretendía acostarse con una mujer. Además, estaba casado; tenía esposa y una hija, y sería mejor que no se le olvidase. Como tampoco podía olvidarse de que ella solo había sido una más de tantas y de que la había engañado a propósito para llevarla a la cama. Espoleada por el orgullo, agregó, fingiendo indiferencia, y rezando para que el temblor de su voz no la delatara: —Además, no has significado absolutamente nada para mí, aunque supongo que te dará lo mismo…

Nathan se inclinó sobre ella hasta dejar el rostro a unos cuantos centímetros del suyo. Daniela pestañeó un par de veces seguidas.

—¿Estás segura de que no he significado absolutamente nada para ti? —repitió, rozándole los labios con el aliento.

Daniela notó como su voz acariciadora la paralizaba. Los latidos del corazón se le dispararon. Estaba a punto de llorar. Temiendo que pudieran verlos, echó la cabeza hacia atrás.

—Vete a la puta mierda —soltó, haciendo gala de una determinación que no tenía, pero que trató de simular.

Tiró la servilleta sobre la mesa, echó la silla hacia atrás y se puso en pie con una expresión mezcla de rabia e indignación dibujada en el rostro.

Tenía que alejarse de Nathan. Necesitaba poner la mayor distancia posible entre ellos. A ese hombre le resultaba muy fácil herirla.

—No tengo por qué aguantar esto… —dijo en tono trémulo, dándose media vuelta con paso decidido.

Nathan se quedó allí sentado, contemplando en silencio como Daniela se marchaba, mientras apretaba los puños con fuerza.

CAPÍTULO 8

Sú vio entrar a Daniela en la salita que tenían los empleados para descansar unos minutos y corrió hacia ella como una loca.

—Dani… —la llamó.

Daniela giró el rostro. Sú entró en la salita y cerró la puerta a su espalda con gesto de confabulación, como si fuera a hablar del proyecto de la bomba atómica.

—Estaba deseando verte. ¿Qué ha pasado con Nathan? ¿Te ha regañado por llegar tarde? —se apresuró a preguntarle a Daniela, sin apenas tomar aliento.

Daniela cogió un vaso de cartón y se sirvió un poco de agua. Seguía teniendo la garganta seca, pese a que se había bebido casi medio bidón de la máquina.

Negó con la cabeza.

—¿Entonces? —dijo impaciente Sú.

—Me ha obligado a ir al restaurante del hotel y a comer un plato de espaguetis —respondió Daniela.

A Sú se le desencajó la mandíbula.

—¡¿Qué-me-es-tás-con-tan-do?! —silabeó.

Daniela separó una de las sillas de la mesa y se dejó caer en ella.

—Se ha percatado de que he perdido peso y dice que voy a caer enferma —le explicó Daniela—. Al principio me he negado a ir con él a cualquier parte, pero me ha cogido y me ha cargado en su hombro… ¡Sú, estaba dispuesto a llevarme así al restaurante! ¡Así! ¡Sin importarle que nos pudieran ver! ¿Te imaginas lo que habría pensado la gente si nos hubieran visto de esa forma?

—No puedes negar que el tío se preocupa por ti —comentó Sú—. Y que no le importan lo más mínimo ni la reputación ni las apariencias.

Daniela se mordió el labio inferior.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —dijo.

—¿Qué?

—A ti te lo puedo contar, porque sé que no me vas a juzgar…

—Claro que no te voy a juzgar, soy tu amiga —la animó Sú.

—No debería, lo sé. Nathan tiene familia, pero no puedo negar que en el fondo me gusta que se preocupe por mí, que me cuide… —confesó Daniela.

Chasqueó la lengua, molesta. Estaba enfadada consigo misma. ¿Cómo podía estar pensando en él cuando sabía que la había engañado? ¿Que tenía esposa e hija? ¿Que la había utilizado solo para

divertirse?

Se pasó los dedos por el pelo. Sentía el corazón tan pesado como si fuera de plomo.

—¿Qué me está pasando, Sú? ¿Qué me ocurre? —preguntó vencida, apoyando la barbilla en la mano y dejando escapar un profundo suspiro.

—¿No lo sabes, Dani? —dijo a su vez Sú, como si la respuesta fuera algo obvio. Se sentó frente a ella—. Lo que ocurre es que estás enamorada de Nathan Littman.

Daniela se enderezó en la silla y reflexionó sobre las palabras de Sú.

La sola idea de estar enamorada de Nathan la estremeció de los pies a la cabeza.

Pero quizá eso explicara por qué seguía sin poder resistirse a él. Lo intentaba, pero cuando lo tenía delante se sentía tan débil… Lo había intentado durante la comida, pero le había costado horrores mantener el tipo. ¿Qué futuro le esperaba con él?

Ninguno.

—La verdad es que me alegro de que te haya obligado a comer —dijo Sú, entrecomillando «obligado» con los dedos—. Has adelgazado mucho, Dani. Al final vas a pillarte una anemia.

—Lo sé, lo sé, pero es que no tengo apetito —respondió Daniela—. Estoy con tanto estrés y lo de Nathan me ha… me ha jodido tanto que este mes todavía no me ha bajado la regla.

Sú abrió los ojos como platos y le lanzó a Daniela una mirada de alarma.

—¿Tienes un retraso?

Daniela sonrió.

—Tranquila, mi retraso es debido a todo lo que tengo encima. No estoy embarazada —negó, suponiendo lo que estaba pasando por la cabeza de Sú—. Aunque mis relaciones sexuales con Sergio eran más bien escasas, no he dejado nunca de tomarme la píldora. Lo que menos me apetecería ahora mismo sería tener un hijo, ni de Nathan ni de Sergio.

Sú se llevó las manos al pecho y respiró aliviada. Durante un segundo se había temido lo peor.

—No vuelvas a darme un susto así —bromeó.

Daniela soltó una risilla, pero después su expresión se ensombreció.

—No sé qué voy a hacer, Sú —murmuró.

—¿A qué te refieres?

—Por lo visto, Nathan tiene pensado quedarse en el hotel…

—¿Y qué pasa con su mujer y su hija? —interrumpió Sú.

Daniela se encogió de hombros.

—No lo sé —murmuró—. Solo sé que, con Nathan en el Eurostars, mi estancia aquí se va a volver insoportable. Insoportable —resopló, pasándose la mano por el pelo. Hizo una pequeña pausa—. Creo que tengo que ir pensando en buscar otro trabajo.

—Pero, Dani… —comenzó Sú.

—No puedo quedarme —le cortó Daniela con suavidad—. Con Nathan aquí va a ser una tortura. Será imposible trabajar sin involucrarme personalmente. No sabes lo que me cuesta mantener la compostura delante de él. Cuando está cerca de mí no soy muy racional que digamos… De hecho, es como si mi cerebro sufriera un cortocircuito.

—La verdad es que te entiendo. Tiene que ser muy duro.

Daniela lanzó al aire un suspiro.

—Maldita la hora en que se me ocurrió liarme con Nathan —se lamentó—. Ya tenía encima bastantes problemas. No debí haberme buscado otro más, y menos de esta envergadura. Ahora es mi jefe y los juegos de poder entrarán a formar parte del asunto, y eso complicará aún más las cosas. —Habló de carrerilla. Guardó silencio y cerró los ojos unos instantes antes de decir—: Estoy jodida, Sú.

—Tranquila —dijo ella, al advertir en el rostro de Daniela la expresión de agobio que mostraba.

—Esto no ha hecho más que empezar —apuntó Daniela—. Sea lo que sea lo que busca Nathan, no está dispuesto a darse por vencido.

CAPÍTULO 9

Nathan abrió la puerta y entró en el despacho, en cuyo interior se encontraba Nicholas hablando animadamente con el arquitecto. Nathan se acercó a ellos haciendo resonar sus pasos en el suelo.

—Buenas tardes —saludó.

—Buenas tardes —contestaron ambos casi al tiempo.

Cuando los alcanzó, Nathan extendió el brazo hacia el arquitecto y le tendió la mano.

—Nathan Littman —se presentó a él.

El hombre se levantó de la silla. Era joven, alto, tanto como Nathan, y de porte elegante. Alargó la mano y se la estrechó a Nathan con firmeza.

—Jorge Montenegro —dijo.

—Un placer conocerle, señor Montenegro —se adelantó a decir Nathan.

—Igualmente, señor Littman —dijo Jorge Montenegro.

—Por favor, vuelva a tomar asiento —le pidió Nathan, señalando la silla con un ademán que hizo con los dedos.

—Os dejo solos —intervino Nicholas, incorporándose.

Su función, atender al arquitecto encargado de diseñar la ampliación del Eurostars mientras Nathan se ocupaba de Daniela, había concluido.

—Gracias, Nicholas —dijo Nathan.

Él asintió con una leve inclinación de cabeza.

Nathan rodeó el escritorio, se desabrochó el botón de la chaqueta y se sentó en el sillón de cuero que hasta hacía unos minutos había ocupado Nicholas.

—Perdone el retraso, señor Montenegro —se disculpó Nathan—. Pero me ha surgido un imprevisto de última hora que he tenido que solucionar —se excusó, con la imagen de Daniela en la mente.

—No se preocupe —apuntó Jorge en tono afable.

—Como ya le habrá comentado mi asesor —comenzó Nathan, entrando en materia—, el Eurostars va a ampliarse. El resto de las plantas de la torre van a pasar a formar parte del hotel y me gustaría que usted se encargara de ello. Sé que es uno de los mejores arquitectos del país y, con esa fama que lo precede, es el profesional idóneo para llevar a cabo el proyecto.

—Le agradezco la confianza —señaló Jorge Montenegro.

—Huelga decir que no habrá ningún tipo de discusión en cuanto a

los honorarios —continuó hablando Nathan con voz formal—. Le pagaré lo que me pida. Sea el precio que sea. No tengo ningún problema cuando el trabajo lo vale y, por lo que he podido ver, el suyo es meritorio. —Hizo una breve pausa antes de seguir—. Pero sí hay algo en lo que quiero incidir, y es que me gustaría que la ampliación estuviera lista antes de meternos de lleno en el otoño. Para ello, voy a contratar varias cuadrillas de hombres para que trabajen las veinticuatro horas del día y así avanzar la obra más rápidamente. —Enarcó una ceja en un gesto interrogativo—. No sé si el tiempo supone un problema para usted.

—En este caso no, puesto que la construcción ya está hecha. Mi trabajo se centrará en rediseñar la estructura interior, y eso ahorra mucho tiempo —le explicó Jorge con profesionalidad.

—Entonces, ¿cree que podremos reinaugurar el Eurostars en las fechas en las que lo tengo previsto? —preguntó Nathan.

—Con toda seguridad, sí —afirmó Jorge, con un convencimiento aplastante—. Además, contaré con la ayuda de mi hermano pequeño. Él también es arquitecto.

Nathan se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en el escritorio.

—Estoy al tanto de ello. Me he informado también sobre su trayectoria —apuntó—. Sé que su hermano se encargó del diseño de la nueva sede que los directores de *O´Neil Enterprise Consulting* hicieron en la Quinta Avenida de Nueva York —comentó.

—Así es —corroboró Jorge.

—Un buen trabajo.

—Gracias. Entre los dos, tendrá el proyecto de la ampliación del Eurostars listo para la próxima semana.

—Pues no se hable más —concluyó Nathan, satisfecho.

Jorge Montenegro era un profesional eficiente y resuelto, y nada le gustaba más a Nathan Littman que una persona con esas características. Sobre todo, si iba a trabajar para él, que exigía lo mejor de cada uno de sus empleados, y si alguno no daba el cien por cien en su trabajo, si no cumplía sus expectativas, era despedido de inmediato, sin contemplaciones. Pero estaba convencido de que había hecho la mejor elección al confiar el proyecto de la reforma del Eurostars en aquel arquitecto.

—Lo dejo en sus manos —añadió.

Jorge asintió.

—Necesito que me facilite los planos de la torre, tanto los exteriores como los interiores, para estudiarlos —le pidió—, y que me especifique cómo quiere el diseño de las nuevas habitaciones.

—Quiero que las habitaciones y las suites de las nuevas plantas

sigan la línea de las ya existentes —respondió Nathan—. Me gusta la elegancia, el amplio espacio y la modernidad —agregó—. En cuanto a los planos, los tengo aquí mismo —dijo, señalando un largo cilindro de cartón que permanecía recostado en la pared.

—Perfecto —apostilló Jorge.

—¿Le parece que echemos un vistazo al hotel? —sugirió Nathan.

—Sí, por supuesto.

Nathan se levantó del sillón de cuero.

—Bien, vayamos.

Nathan salió del despacho seguido por Jorge, al que guio a través del hotel, enseñándole las principales habitaciones, para que se forjara una primera idea de cómo quería que fuera encaminado el diseño de las nuevas plantas.

El gesto del señor Barrachina se torció cuando vio a Nathan.

—Señor Littman, no… no sabía que iba a venir. No ha avisado —dijo, con un ligero deje de reproche en la voz.

Nathan entornó los ojos. ¿Había una recriminación velada en sus palabras? ¿Quién cojones se creía que era para recriminarle a él nada?

—Señor Barrachina, no necesito avisar mi llegada —le contestó en tono acerado—. Puedo ir y venir al Eurostars las veces que me plazca y cuando me plazca sin tener que anunciarlo, y mucho menos sin tener que anunciárselo a usted. ¿O acaso se le olvida que soy el dueño del hotel? —le preguntó.

El señor Barrachina contrajo las mandíbulas y se estiró la chaqueta de su arranciado traje con las manos, en un intento por controlar la rabia que había comenzado a viajar por sus venas. ¿Es que Nathan Littman no iba nunca a dejar de recordarle que era el dueño del Eurostars?

Es como un puto grano en el culo, masculló para sus adentros.

—No, no, claro que no se me olvida —se obligó a decir al cabo de unos segundos—. Sea bienvenido.

Nathan le dirigió una mirada suspicaz. ¿Por qué ese hombre le gustaba cada vez menos?, se preguntó.

—¿Y… cuánto tiempo tiene pensado quedarse? —curioseó el señor Barrachina, esperanzado de que Nathan solo se quedara en Madrid unos días.

—De eso tampoco tengo que informarle —le espetó Nathan sin ningún miramiento. Hizo una breve pausa y endureció más la

expresión de su rostro—. Y ahora vuelva a su trabajo, me imagino que tendrá muchas cosas que hacer —ironizó, haciéndole ver claramente quién tenía el poder y quién mandaba sobre quién.

—Que tenga un buen día —murmuró Pedro Barrachina, arrancándose las palabras de entre los dientes.

Nathan sonrió para sí mismo, satisfecho, al notar cierto temblor en su voz. A ver si ese hombre entendía de una vez por todas cómo estaban las cosas y quién manejaba los hilos.

CAPÍTULO 10

—¿Qué te ha parecido Jorge Montenegro? —le preguntó Nicholas a Nathan.

Cortó con el cuchillo y el tenedor un trozo de entrecot y se lo llevó a la boca.

—Es un buen profesional; es un hombre eficiente y responsable —dijo Nathan. Cogió la copa de vino y dio un sorbo—. Le he comentado los plazos en los que quiero que esté lista la reforma y me ha dicho que no hay ningún problema. Va a trabajar con su hermano para tener el proyecto del diseño interior la próxima semana —le explicó, dejando la copa sobre la mesa.

—Yo también creo que es un buen arquitecto —opinó Nicholas—. Además, su trayectoria es impecable.

—Sí, tanto su hermano como él, tienen un excelente currículum.

—Tienen que tenerlo si has decidido que trabajen para ti —observó Nicholas.

Conociendo como conocía a Nathan, y su grado de exigencia, los hermanos Montenegro le tenían que haber parecido muy buenos, si al final se había decantado por ellos para que se encargaran del diseño de la reforma del Eurostars.

Nathan no hizo ningún comentario al respecto. Se mantuvo en silencio mientras se metía un trozo de lasaña en la boca. Nicholas advirtió un halo de preocupación en sus ojos verdes.

—¿Qué tal te ha ido con Daniela? —se interesó, intuyendo que su encuentro con ella podía tener algo que ver.

Nathan hizo una mueca con los labios.

—Dani me preocupa —dijo con voz de alarma—. Está demasiado delgada. Ha perdido mucho peso durante este mes que no la he visto. Aparte de que está pálida y sigue teniendo ojeras…

—Me he dado cuenta —apostilló Nicholas.

—Se la ve triste, apagada y tiene los ojos brillantes, como si hubiera llorado mucho —supuso Nathan—. Pensar que yo he contribuido a que esté en ese estado me jode. Me jode mucho —se lamentó. Chasqueó la lengua—. He tenido que traerla al restaurante y obligarla a comer algo porque intuyo que llevaba días sin ingerir un alimento consistente. Cuando la miro tengo la sensación de que se va a romper en cualquier momento. Y, por si fuera poco, está a la defensiva conmigo y no me deja que la ayude; no me deja que la proteja —murmuró con frustración.

Eso era lo que más le jodía, que Daniela se negaba a recibir su ayuda.

—Bueno, es normal —observó Nicholas.

—Sí, supongo que lo es.

—Nathan, Dani se piensa que la has engañado.

—Lo sé —gruñó Nathan con malas pulgas, soltando el cuchillo y el tenedor sobre el plato.

El ruido del metal contra la porcelana hizo que algunos clientes se giraran hacia él. Nathan echó la espalda hacia atrás y se recostó en el respaldo del asiento. Exhaló una bocanada de aire para tratar de tranquilizarse.

—Soy como el caballo de Atila, por donde paso no vuelve a crecer la hierba —afirmó.

—No seas tan duro contigo —señaló Nicholas.

—Pero es que es cierto, Nicholas. —La voz de Nathan estaba bañada con una nota de exasperación—. Es cierto. Sabía que iba a hacer daño a Daniela, lo sabía. Como también sé que no le convengo. No quiero arrastrarla a mi oscuridad, a mi infierno. No quiero que cargue con mis miedos… Y no quiero que se enfrente a mis demonios, no se lo merece.

—Entonces cuéntale la verdad —atajó Nicholas.

—Para eso necesito tiempo.

—No creo que cuentes con mucho.

Nathan levantó los ojos y miró a Nicholas con aprensión. Él tampoco estaba convencido de que contara con mucho tiempo. Daniela iba a negarse a estar con él mientras creyera que estaba casado y que tenía una hija.

—¿Ya están todas las entradas agotadas? —preguntó Daniela a la chica con la que hablaba por teléfono.

—Sí.

—¿Todas? —repitió con incredulidad.

—Sí.

—¿Está segura?

—Sí, señorita.

—Pero si solo hace dos horas que las han puesto a la venta…

—Lo siento —se disculpó la chica.

Daniela colgó la llamada y se quedó un rato mirando la pantalla del móvil con expresión de frustración en las líneas del rostro.

—No me lo puedo creer… —masculló, pasándose la mano por la frente—. No voy a poder llevar a Carlota a la exposición de Harry Potter —se dijo agobiada—. Está tan ilusionada…

Imaginarse la cara que pondría su hermana cuando le dijera que finalmente no podrían ir a la exposición de Harry Potter le rompía el corazón. Carlota se conformaría, porque ella siempre se conformaba, pero sabía que se desilusionaría.

Se giró bruscamente y pegó una patada a la papelera de la salita del personal.

—¡Joder, qué mierda de tuerto me ha mirado! —exclamó.

Se dejó caer contra la pared mientras lágrimas de impotencia comenzaban a resbalar por sus mejillas, trazando surcos de humedad sobre su piel.

—Quizá en la reventa…

Estás loca, Dani, no puedes permitirte pagar dos entradas al precio que se venden en las reventas. No cuentas con ese dinero, la amonestó una insidiosa vocecilla interior.

Suspiró, vencida.

Abrió la puerta de la salita del personal y salió de ella. Se iba enjugando el rostro cuando se topó de frente con Nathan.

—Dani, ¿qué te ocurre? —le preguntó él, sin disimular su tono de alarma en la voz.

CAPÍTULO 11

—Nada —contestó ella, secándose más rápidamente el rostro con las manos.

No quería que Nathan la viera llorar. ¿Por qué tenía que estar precisamente allí? ¿Por qué tenía que habérselo encontrado en ese momento, con lo grande que era el hotel y lo largo que era el día?

Puta mierda…

—Dime qué te pasa. ¿Por qué estás llorando? —insistió Nathan.

—No es nada importante, Nathan. No es responsabilidad tuya.

—Da igual que no sea responsabilidad mía. ¿Qué ocurre? Dímelo. ¿Es algo relacionado con el hotel?

—No, no es nada relacionado con el hotel. —Daniela dejó caer los hombros—. Es… es una tontería.

—No es una tontería si te tiene así. Dani, dime qué te pasa —la exhortó él en tono serio. Estaba empezando a preocuparse.

Daniela levantó la mirada hacia Nathan. En su rostro se reflejaba una expresión mezcla de tristeza, agobio y cansancio. Él sintió que se le encogía el corazón. ¿Por qué ver llorar a Daniela le afectaba tanto? Era algo superior a sus fuerzas.

Daniela sabía que, llegado a ese punto, tenía que contarle a Nathan lo que le pasaba, sino no la dejaría en paz. Era un hombre muy persuasivo.

Lanzó al aire un suspiro de resignación.

—Había prometido a Carlota llevarla a la exposición que va a haber en Madrid de las películas de Harry Potter —comenzó—. Hace un par de horas que se han puesto las entradas a la venta, pero acabo de llamar para comprar dos y ya está todo completamente agotado. ¡Todo! —exclamó desesperada, abriendo los brazos de par en par—. Mi hermana no ha parado de hablar de ello desde que se lo anuncié hace más de un mes, y ahora no voy a poder llevarla.

Las palabras le salían de la boca como un torrente.

—No te preocupes, algo podremos hacer —la tranquilizó Nathan.

Se acercó a ella y le acarició el brazo en un gesto consolador.

Daniela clavó la mirada en él.

Nathan «El Todopoderoso».

—No, Nathan, no. No quiero que hagas nada —le cortó—. No es tu problema. Es el mío, y si no puedo llevar a Carlota a la exposición de Harry Potter, no la llevo y punto —dijo tajante.

Segura de que Nathan iba a rebatir su argumento, echó a andar y

se fue pasillo adelante.

¿Por qué mierda me lo he tenido que encontrar?, refunfuñó para sus adentros.

Nathan la contempló con los ojos entornados y los labios apretados mientras se alejaba.

La terquedad de Daniela estaba empezando a sacarle de sus casillas. Él podía hacer lo que le diera la puta gana. Si le apetecía preocuparse de ella, lo haría, y si le apetecía hacer algo para solucionar ese problema con las entradas de la exposición de Harry Potter, lo haría también.

Y lo iba a hacer.

Claro que lo iba a hacer.

Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y extrajo el teléfono móvil de él. Tenía un conocido en el Ayuntamiento de Madrid. Él haría algo. Buscó el número en su larga lista de contactos y lo llamó.

—Señor Littman, buenos días —dijo una voz masculina al otro lado de la línea.

—Buenos días —correspondió Nathan.

—¿Qué tal está?

—Bien.

—Me alegro. ¿A qué debo su llamada?

Nathan no se anduvo por las ramas. No le gustaba perder el tiempo.

—Necesito que me consigas dos entradas para la exposición de Harry Potter que va a tener lugar en Madrid —dijo.

—Creo que las entradas ya están agotadas. Va a ser todo un éxito —comentó el hombre.

—Sí, por eso te llamo. Necesito sí o sí un par de entradas. Sobra decir que pagaré por ellas lo que sea. Lo que sea —enfatizó—. Tú solo consíguemelas —le ordenó.

—Eso está hecho, señor Littman.

—Las quiero para mañana por la mañana. A primera hora.

—Para mañana por la mañana a primera hora las tendrá, no se preocupe.

—Llámame cuando las tengas —dijo Nathan.

—Por supuesto.

Nathan colgó la llamada y se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Voy a enseñarle quién manda aquí, señorita Martín, y cómo se hacen las cosas —farfulló.

Sonrió para sí mismo.

A veces había que jugar sucio.

CAPÍTULO 12

A la mañana siguiente, aprovechando su jornada de descanso, Daniela se fue a pasar el día con Carlota.

—Cariño, ven —le dijo Daniela a su hermana en tono suave.

Alargó la mano para que se la cogiera.

—Siéntate —le pidió, llevándose a Carlota al sofá.

Carlota se sentó con su peluche Dobby en el brazo y Daniela imitó su gesto, acomodándose a su lado.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlota, con su voz infantil cargada de dulzura.

Daniela respiró hondo para imbuirse algo de valor. ¿Cómo le iba a decir a su hermana que no podían ir a la exposición de Harry Potter, tal y como se lo había prometido, si la miraba con aquella carita?

—Mi amor, al final… —Suspiró—… al final no vamos a poder ir a la exposición de Harry Potter —se arrancó a decir.

El rostro de Carlota se aflojó, desilusionada.

—¿Por qué? —preguntó.

—No he podido conseguir entradas —respondió Daniela—. Ayer cuando llamé ya estaban agotadas… Intenté llamar antes, pero no pude por el trabajo. Lo siento —se disculpó apenada.

Carlota se quedó unos segundos en silencio.

—No importa, Dani —dijo, blandiendo una inocente sonrisa en los labios—. Quizá podamos ir otro año…

Daniela sonrió débilmente.

—¿Estás bien? —preguntó a Carlota.

Carlota asintió con la cabeza varias veces.

—Sí —afirmó.

—¿Qué te parece si nos vamos a desayunar por ahí? —propuso Daniela, tratando de alegrar a su hermana.

—Sí, por fi… —respondió Carlota.

—Voy a buscar el bolso y nos vamos.

—Vale.

Daniela se levantó del sofá y se internó en el pasillo en dirección a su habitación. En esos momentos sonó el timbre de la puerta.

—Carlota, ¿puedes abrir tú? Seguro que es la señora Carmen, la vecina —dijo Daniela desde la otra punta de la casa.

—Sí.

Carlota enfiló los pasos hacia la puerta sin soltar a Dobby, y abrió. Poco a poco fue levantando la mirada hasta que alcanzó con los ojos

el rostro del señor que esperaba en el umbral.

—Hola —la saludó Nathan con su voz más dulce.

—Hola —dijo Carlota—. Tú no eres la señora Carmen —añadió con una ingenuidad adorable.

—No —negó Nathan, sin poder evitar sonreír—. Tú tienes que ser Carlota.

—Sí —afirmó ella apretando el peluche contra su cuerpo—. ¿Y tú?

—Yo me llamo Nathan. ¿Está tu hermana? —le preguntó.

Carlota inclinó la cabeza, asintiendo.

—¿Qué haces tú aquí?

La voz apenas audible de Daniela se escuchó detrás de Carlota. Nathan alzó la vista y se encontró con su rostro de rasgos suaves. Daniela lo miraba desde el pasillo como si no se pudiera creer que estuviera allí, con las mejillas teñidas de rubor por la sorpresa.

—Buenos días, Dani —la saludó.

—Buenos días, Nathan.

Cuando Daniela fue capaz de reaccionar, bajó la mirada hasta Carlota.

—Mi amor, ¿por qué no vas a tu habitación a coger la chaqueta? —le dijo con voz cariñosa.

—Vale.

Carlota dio media vuelta sobre sus talones y salió corriendo hacia su cuarto. Cuando su figura menuda se perdió en el pasillo, Daniela giró el rostro hacia Nathan.

De pronto le temblaba todo el cuerpo y tenía el corazón desbocado dentro del pecho.

—¿Qué haces aquí, Nathan? —repitió.

El tono era serio.

—He venido a traerte esto.

Nathan abrió un poco la chaqueta del traje gris marengo que llevaba puesto y sacó un sobre blanco del bolsillo interior. Daniela cerró los ojos durante unos instantes, intuyendo lo que podía contener.

No puede ser…, gimió para sus adentros.

Nathan le tendió el sobre. Daniela lo cogió y con dedos temblorosos levantó la solapa y sacó lo que había en su interior. Sus suposiciones se materializaron de golpe.

Dos entradas para la exposición de las películas de la saga de Harry Potter.

Nathan «El Todopoderoso», dijo para sí.

Soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

—No tenías que haberte molestado, son solo unas entradas —dijo,

con los ojos fijos en los tickets.

—Sé que no son solo unas entradas, Dani, sé que es un pedacito de felicidad para tu hermana —repuso Nathan.

Y era cierto. Aquellas entradas eran un pedacito de felicidad para Carlota.

—¿Cómo las has conseguido? —quiso saber Daniela—. Estaban agotadas.

—Hay gente que me debe favores —repuso Nathan, sin dar mayor importancia al asunto.

Daniela asintió de manera casi imperceptible.

—Gracias —le agradeció a media voz, al cabo de unos segundos.

Después un silencio espeso cayó sobre ellos.

Nathan estudió un momento el rostro de Daniela. La sorpresa del principio por verlo en su casa había dado paso a una expresión de abatimiento que no supo muy bien cómo interpretar. Estaba convencido de que no hubiera aceptado las entradas de no ser porque se trataba de Carlota, y por ella era capaz incluso de tragarse su orgullo.

Daniela alzó la vista y se encontró con los intensos ojos verdes de Nathan clavados en ella. Durante un rato se quedaron mirando el uno al otro.

—Ya estoy lista, Dani —dijo Carlota, que en esos momentos apareció en la escena—. Me he puesto esta chaqueta verde, a juego con el pañuelo.

Daniela se giró hacia ella y le sonrió.

—Estás preciosa, cariño —la piropeó, dando normalidad a la situación.

Cuando se volvió hacia Nathan, él la miraba como si no la hubiera visto nunca.

—Nos vamos a desayunar —dijo.

Nathan apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Pasadlo bien —dijo a modo de despedida.

—Gracias.

Daniela cerró los ojos, inhalando aire profundamente.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó Carlota.

—Sí —afirmó Daniela, tratando de sonar convincente.

Sin embargo, era mentira. No, no estaba bien. La visita de Nathan había conseguido desestabilizarla. Como siempre que lo tenía cerca.

Después de un encuentro con él, le costaba recomponerse.

—¿Quién era ese señor? —dijo Carlota.

—Un… Un amigo —respondió Daniela, que no sabía muy bien qué decir—. Nos ha conseguido dos entradas para la exposición de Harry Potter. Ha venido a traérmelas —añadió.

Carlota se detuvo en mitad de la acera y volvió el rostro infantil hacia su hermana.

—¿Lo dices en serio, Dani? —preguntó.

Carlota tenía los ojos iluminados por la felicidad.

—Sí, cariño —corroboró Daniela.

La sonrisa de Carlota la animó. No podía evitar sentirse también feliz al ver el efecto que la noticia había tenido en ella. La pequeña se lanzó a Daniela y la abrazó por la cintura.

—Ese señor tiene que quererte mucho si ha conseguido entradas cuando estaban agotadas —apuntó Carlota con la ingenuidad de una niña de once años.

Daniela pasó la mano por su cabeza y la acarició.

Quererme mucho…, resonó en su mente como un eco. *No estoy segura de que Nathan Littman pueda querer a alguien.*

CAPÍTULO 13

Nathan giró el sillón de cuero hacia la ventana para admirar el paisaje que le regalaba Madrid embebida en la acaramelada luz del atardecer.

Mientras contemplaba como los colores escarlatas del crepúsculo teñían el cielo azul, hizo un repaso mental del encuentro con Daniela, desde que había preguntado a una de las camareras, la que les llevó el desayuno a la habitación después de la noche que habían pasado juntos, hasta que se había marchado de su casa.

La estuvo buscando por el hotel para darle las entradas, pero no la había encontrado. Así que le preguntó a Irene.

—¿Ha visto a la señorita Martín?

—¿La señorita… la señorita Martín? —repitió Irene, ceñuda.

Trataba de no tartamudear, pero la expresión dura de Nathan no ayudaba.

—A Daniela —especificó Nathan.

—¿Daniela?

¿Qué diablos le pasa a esta chica? ¿Tiene que repetirlo todo dos veces?, se preguntó Nathan con fastidio.

—Sí, Daniela, ¿es que no he pronunciado su nombre con la suficiente claridad?, ¿o es que usted tiene un problema de comprensión? —dijo en tono irritado.

—Perdón, señor Littman —se disculpó Irene—. ¿Se… se refiere a Dani?

Nathan tomó aire, armándose de paciencia.

—Sí —dijo.

—Hoy es su día de descanso —contestó Irene.

Ante aquella respuesta Nathan supuso que Daniela habría ido a ver a su hermana. Siempre que tenía un hueco libre iba a visitarla.

Se dirigió al despacho del señor Barrachina sin dilación y le pidió los currículums de los empleados que trabajaban actualmente en el hotel. Entre ellos estaría el de Daniela y en él podría obtener su dirección.

Pedro Barrachina le facilitó la carpeta de los currículums de mala gana, como si aún no le hubiera entrado en la cabeza que Nathan Littman era el dueño del Eurostars y, por tanto, su jefe.

Nathan lo dejó pasar porque tenía prisa, pero ya se ocuparía de él en otro momento.

Llegó al barrio en el que vivía Daniela guiado por el GPS de última

generación que traía incorporado su Audi R8 Spyder, el coche que había mandado traer desde Nueva York, escogido de su lujosa flota de vehículos de alta gama.

Cuando se bajó de él tras quitarse el cinturón, miró en derredor. Era un barrio humilde situado en el distrito de Usera. Echó un vistazo rápido al papel en el que había apuntado la dirección y buscó el número 4 de la calle Evangelios.

El piso era un bajo al que se accedía a través de un patio cercado por una verja de color verde, enclavado entre dos bloques de poca altura. Rosas de varias tonalidades trepaban por las enredaderas que llenaban los maceteros que bordeaban el sendero de cemento.

Cuando llamó al timbre no se había detenido a pensar quién podría abrirle la puerta. Había dado por hecho que lo haría Daniela. Sin embargo, fue Carlota.

Su imagen infantil, menoscabada por la leucemia, le produjo un sentimiento extraño. ¿Cómo podía luchar una niña contra una enfermedad tan grave? ¿Cómo era posible que nada pudiera protegerla de la parte más oscura de la vida?

Al verla con un pañuelo verde atado alrededor de la cabeza y abrazada a un peluche de Dobby, le había invadido una inmensa ternura. En esos momentos Nathan pensó que hubiera dado toda su fortuna con tal de haber conseguido una entrada para que Carlota pudiera ver la exposición sobre la saga de las películas de Harry Potter.

Ella le miraba con los ojos llenos de dulzura, y aquello le había encogido el corazón.

Pese a la piel pálida y el rostro desmejorado, Nathan pudo comprobar que Carlota guardaba un extraordinario parecido con Daniela. Ambas compartían el mismo color de ojos, esa tonalidad que ofrece el cielo cuando está totalmente despejado, y que las dos poseían la misma insólita dulzura en los rasgos.

Carlota era preciosa; como una muñequita; como Daniela.

—Daniela… —murmuró, dejando que cada sílaba del nombre llenara su boca. Exhaló un poco de aire—. ¿Qué estás haciendo conmigo?

Había visto como su rostro se llenaba de sorpresa al verlo allí, plantado en el umbral de su puerta, y el rubor que teñía lentamente sus mejillas pálidas.

Estaba anocheciendo y las sombras púrpuras de la noche habían empezado a colarse alargadas en el despacho, proporcionando una luz difusa.

Nathan se levantó del sillón y se dirigió a la licorera. Abrió la

botella de whisky y en un vaso se echó un par de dedos del líquido ámbar. Cogió el vaso y se acercó de nuevo a los ventanales.

Se había quedado embelesado contemplando la dulzura con la que Daniela trataba a Carlota. La delicadeza con la que la cuidaba. Jamás había visto tanto amor en unos ojos, como en los ojos con los que Daniela miraba a su hermana. Nathan no dudo un solo instante en pensar que el día que Daniela tuviera hijos sería la mejor madre del mundo.

CAPÍTULO 14

Daniela y Sú se encontraban en el patio trasero del hotel, tomándose un café que habían sacado de la máquina mientras hacían tiempo para entrar a trabajar en el turno de tarde.

Hacía un día espléndido, con un cielo despejado y un sol radiante que emanaba un calor tibio característico de los primeros días de septiembre.

—¿Te lo puedes creer, Sú? —dijo Daniela, que estaba apoyada en una de las enormes jardineras con flores del jardín. Su amiga permanecía recostada en la pared, moviendo el café—. Se presentó en mi casa con dos entradas. ¡En mi casa! Me quedé perpleja. Tuve que pestañear varias veces porque pensé que se trataba de una alucinación, o de una especie de holograma.

—Me encantaría haberte visto la cara por un agujerito —dijo Sú.

Daniela esbozó una sonrisilla.

—¿Cómo coño habrá conseguido las entradas? —lanzó al aire—. Estaban completamente agotadas.

Daniela parecía indignada o asombrada, o ambas cosas a la vez.

—Oh, Dios Santo, ¡qué desalmado! ¡Mira que presentarse en tu casa con dos entradas! ¿Quieres que le pegue una paliza? —ironizó Sú.

—¿De qué lado estás? —la amonestó Daniela.

Así me resulta muy difícil odiarle, pensó. Pero eso no lo dijo en alto.

Se llevó el vaso de cartón a los labios y dio un sorbo al café.

—Del tuyo siempre, Dani —dijo Sú—. Simplemente creo que no es para tanto. A mí me parece un gesto de lo más tierno. Sobre todo, viniendo de Nathan Littman —añadió—. Además, si te sirve de consuelo, no creo que le haya costado mucho conseguirlas. Este tipo de gente tiene contactos hasta en el infierno. Una llamadita y… ¡listo!

—No quiero que Nathan me haga favores. Ni grandes ni pequeños —atajó Daniela, rotunda—. No quiero deberle nada —repuso, ligeramente agobiada. Guardó silencio unos segundos antes de decir —: Estoy segura de que lo hace para eso, para tenerle que estar agradecida eternamente. Si sigue así voy a tener que convertirme en su esclava.

Sú carcajeó ruidosamente.

—¡Venga ya, Dani! —exclamó—. Yo no creo que lo haga para eso —la contradijo—. Lo hace porque quiere cuidarte, protegerte y que estés bien… Vamos, lo que hace cualquier hombre enamorado.

Daniela giró la cabeza como si acabara de recibir un calambre en

el cuello.

—¿Qué estás insinuando? —dijo.

—¿No ha quedado claro?

—¿Enamorado? ¿Nathan Littman? ¿De mí? —dijo Daniela con escepticismo, mirando a su amiga con el ceño fruncido. Sú afirmó reiteradamente con la cabeza a modo de respuesta—. En serio, Sú, ¿tú fumas marihuana a escondidas?

Sú estalló en un coro de risas.

—¿Por qué no? Se comporta como tal.

—¿Se te olvida que está casado y que tiene una hija?

—¿Y eso que cojones tiene que ver? Tú también estabas saliendo con Sergio y al final has acabado locamente enamorada de él.

—¡Yo no estoy…! —Daniela no terminó la frase. ¿Qué iba a decir? ¿Que no estaba enamorada de Nathan? Ya no podía engañar a nadie ni tampoco se podía engañar a sí misma—. Bueno, sí, un poquito —reconoció a media voz—. Pero no es lo mismo —se adelantó a decir—. Yo no tengo una hija. Además, jamás me liaría con un hombre casado; jamás me metería entremedias de un matrimonio; es rastrero y mezquino. —Negó con la cabeza—. Por nada del mundo estoy dispuesta a ser la amante de Nathan Littman; ni su amante, ni su querida, ni su diversión cuando venga a Madrid —concluyó.

Dio un último trago al café y tiró el vaso en la papelera, situada a su lado.

Sú miró el reloj.

—Hora de empezar a currar —anunció.

Imitando el gesto de Daniela, se bebió lo que le quedaba de café y lanzó el vaso vacío a la papelera.

—Vamos —dijo Daniela. Sú la siguió.

Cuando entraron en el hotel, una duda asaltó a Daniela.

—Me pregunto cómo conseguiría mi dirección.

—La dirección no lo sé, pero lo que sí sé es que estuvo preguntando por ti para ver si te encontraba.

—¿Y por qué sabes eso?

—Porque me lo ha dicho Irene —respondió Sú—. Ya que a ella le preguntó si te había visto y, por cierto, lo debió de hacer con su acostumbrada bordería, porque Irene se cagó viva. Seguro que Nathan Littman le dedicó una de sus miradas laxantes —dijo socarronamente—. Ese hombre no cambia. Sigue teniendo un carácter del demonio —apostilló.

—A veces, Nathan puede ser tremendamente irritante —anotó Daniela.

—Yo te creo cuando me dices que contigo es amable y tal, pero me

cuesta horrores imaginármelo, de verdad. Parece que en su cuerpo conviven dos Nathan diferentes —comentó Sú.

Daniela se mordió el labio mientras avanzaban por el pasillo.

—Sí, es como si fueran dos hombres distintos —le dio la razón a Sú.

Sú giró el rostro y la miró.

—Solo tú eres capaz de domar al dragón —dijo en tono de broma, aunque permitía entrever un toque de admiración en sus palabras.

Daniela dejó escapar un suspiro.

CAPÍTULO 15

—Daniela.

La voz seca y autoritaria del señor Barrachina hizo que Daniela se detuviera en seco. Puso los ojos en blanco.

—Dígame… —dijo, girándose hacia él.

—¿Dónde se había metido? Llevo buscándola un buen rato —la regañó el señor Barrachina, clavando en ella sus negros ojos de cuervo.

—Estaba atendiendo a los clientes de la habitación 1415 —le explicó Daniela.

El señor Barrachina ni siquiera se molestó en escuchar su respuesta.

—El señor Littman la espera en su suite. Suba para ver qué quiere —le ordenó.

A Daniela le dio un vuelco el corazón. Solo escuchar su apellido hacía que se le contrajera el estómago. ¿Qué quería Nathan?

—Ahora mismo voy —murmuró.

El señor Barrachina la miró de arriba abajo antes de darse media vuelta y desaparecer por el largo pasillo.

Mientras el ascensor la llevaba a la planta 27, Daniela trató de regular la respiración. Estaba muy nerviosa. Le temblaban las piernas.

¿Siempre va a ser así?, se preguntó en silencio. ¡*Mierda!*, exclamó molesta al darse cuenta de que sí, de que siempre iba a ser así.

Se paró frente a la puerta y antes de llamar respiró profundamente. No quería estar allí. No quería que Nathan estuviera al otro lado.

Suspiró quedamente.

Alzó la mano para tocar la puerta, pero esta se abrió antes de que pudiera llamar. Nathan apareció de repente en su campo de visión. Imponente e increíblemente guapo como siempre. Sintió la sangre latiéndole en las venas como un tambor. De pronto se le cerró la garganta.

—Buenas tardes —dijo Nathan.

—El señor Barrachina me ha dicho que querías verme —dijo Daniela, tratando de contener los nervios.

—¿No vas a saludarme? —le preguntó Nathan—. ¿O es que te has olvidado de tus modales? —anotó, con media sonrisa sarcástica delineada en los labios.

Daniela lo miró de reojo y resopló para sus adentros.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes —la saludó de nuevo Nathan.

Después se hizo a un lado y se apartó de la puerta.

—Pasa —dijo.

—Nathan, tengo muchas cosas que hacer.

—Pasa —repitió él, ignorando su comentario.

Daniela entró finalmente en la suite tras pensárselo durante unos segundos. Al pasar por su lado, Nathan inhaló su aroma dulce y femenino. ¿Por qué tenía que oler siempre tan bien?

Cuando Daniela se vio en mitad de la habitación, todo lo que había vivido allí dentro con Nathan cayó de golpe sobre ella. Sacudió la cabeza en un intento de huir de aquellas imágenes y olvidar que los dos habían sido devorados por un deseo tan intenso que casi había estado a punto de consumirlos.

—¿Hay algo en la suite que no esté a tu gusto? —le preguntó a Nathan en tono neutro.

Nathan metió las manos en los bolsillos del pantalón mientras observaba a Daniela y pensaba si iba a mantener siempre una actitud tan formal e impersonal hacia él.

—Dani, no estás aquí en calidad de camarera de pisos—dijo.

Nathan se preguntó qué haría Daniela si la tomaba por la cintura, la atraía hacia él y la besaba. ¿Se resistiría o, en cambio, le correspondería? Dios, tenía tantas ganas de besarla y de morderle la lengua y tirar de ella de esa manera que tanto le gustaba…

—¿Entonces, para qué me has llamado? —dijo Daniela, cortando el hilo de sus pensamientos.

—¿Estás comiendo bien? —quiso saber Nathan, que se plantó delante de ella.

Daniela levantó la mirada.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó en tono molesto, ignorando su pregunta.

—¿Jugando? —repitió Nathan.

—Sí, jugando.

—No estoy jugando.

—¿Ah, no? ¿A qué viene entonces tu preocupación por mí? ¿Lo de las entradas? ¿Preguntarme si como o no como bien? —le inquirió Daniela.

—¿Te lo tengo que decir otra vez? —dijo Nathan, cruzándose de brazos—. Porque estoy preocupado por ti. Necesitas que alguien te cuide y esté pendiente de ti.

Daniela rezó en silencio para que Nathan dejara de mirarla del modo en que lo estaba haciendo. Su intensa mirada verde hacía que la sangre se le espesara en las venas como si fuera miel.

—No tienes que preocuparte por mí ni tampoco cuidarme, no soy tu responsabilidad —comenzó, enderezando la espalda—. Y si lo haces con la intención de ganar puntos para… —se calló súbitamente y apretó los dientes.

Ya no tenía por qué guardar las formas, no estaban en el restaurante del hotel ni estaba Carlota delante. Solo estaban Nathan y ella.

—No voy a ser tu amante, Nathan, ni tu querida, ni tu juguete cuando vengas a Madrid —aseveró con voz tensa, alzando ligeramente la barbilla.

Nathan reparó en la nota de orgullo que teñía la voz de Daniela.

—No quiero que seas mi amante, ni mi querida, ni mi juguete —le cortó, repitiendo sus mismas palabras.

Daniela sonrió amargamente.

—¿Vas a venirme de nuevo con el cuento de que las cosas no son lo que parecen? —le preguntó.

—No, no voy a decirte eso…

Daniela no le dejó hablar.

—¡Ah, espera! Me vas a decir que tu matrimonio no va bien, que ya no quieres a tu esposa, que te vas a divorciar… —continuó con burla. Soltó una carcajada amarga—. No, no, no… seguro que me vas a decir que ya te estás divorciando.

—No, Dani, no, tampoco voy a decirte eso —respondió Nathan.

—¿Entonces, qué explicación vas a darme?

—Ahora no puedo darte ninguna.

Daniela enarcó las cejas en un gesto de incredulidad y arrugó la nariz.

—¡¿Qué…?! ¡¿Qué coño quiere decir que ahora no puedes darme ninguna?! —exclamó—. Entonces, ¿cuándo? ¿Cuándo, Nathan? —le preguntó, abriendo los brazos de par en par.

—Cuando sea el momento —fue la misteriosa respuesta de Nathan—. Cuando…

Daniela esperó en vano que Nathan terminara la frase, pero no lo hizo, la dejó suspendida en el aire, para frustración suya.

—Cuando sea el momento… Cuando sea el momento… —repitió Daniela mecánicamente, sin dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Por qué Nathan le ofrecía siempre la misma respuesta? ¿Por qué siempre le decía que no era el momento?—. ¿Te crees que esto es un enigma o algo así? ¿No te das cuenta de que siempre me dices lo mismo? —dijo con frustración.

—Daniela, no… no lo entiendes —murmuró Nathan, cabizbajo.

—Pues explícamelo para que lo pueda entender —le apremió

Daniela—. Necesito entenderte. Necesito entender qué está pasando.

—No puedo… Ahora no puedo… —apuntó Nathan, tratando de convencerla.

Daniela sacudió la cabeza enérgicamente.

—No… No sé de qué va esto… No sé de qué va nada de esto… —dijo, presa del más absoluto desconcierto—. Pero no me gusta.

—Dani, solo te pido un poco de tiemp… —susurró Nathan.

Daniela levantó la mano para silenciarlo. Tenía que acabar con aquello de una vez.

—Te pido, por favor, que ordenes a alguna de las otras chicas que te atiendan el tiempo que dure tu estancia aquí. Yo no puedo hacerlo —le rogó. Ver a Nathan todos los días iba a ser una tortura—. Irene o Victoria estarán… estarán encantadas de ocuparse de lo que necesites.

—No voy a pedirle a ninguna de las otras chicas nada —negó Nathan, impertérrito.

Aquellas palabras cayeron como un pesado yunque sobre Daniela.

—Nathan, no me hagas pasar por esto —le pidió.

Sus ojos le enviaron una súplica muda.

—No quiero ver aquí a nadie que no seas tú.

Daniela no podía creer que Nathan hiciera uso de los juegos de poder y de su rol de jefe para obligarla a verlo todos los días. En esa ocasión le costó aceptar que era su empleada y que estaba a su servicio.

—¿Esto tiene que ver con esa costumbre tuya de hacerle la vida imposible a la gente? —le preguntó Daniela.

—No, Daniela, no. No tiene que ver con mi costumbre de hacerle la vida imposible a la gente —respondió Nathan con calma—. Tiene que ver con que quiero verte. Cada día, cada hora y casi cada minuto.

—Estás hecho de hielo, Nathan —lo acusó Daniela—. Nunca piensas en los sentimientos de los demás, y no lo haces porque no necesitas a nadie…

—Te necesito a ti —la interrumpió él.

Daniela se quedó mirándolo, mientras aquellas palabras resonaban una y otra vez en su mente. Movió la cabeza, negando. Estaba demasiado dolida para creerle.

Palabras, palabras, palabras…, se dijo.

—Eres como un niño egoísta y caprichoso que solo piensa en sí mismo. No te paras a recapacitar en el daño que puedes causar a la gente —le recriminó sin dar importancia a lo que le había dicho.

—Puede —pronunció Nathan con suficiencia. La expresión de su rostro era una máscara de indiferencia.

Daniela apretó los labios, tratando de reprimir las lágrimas que

pugnaban por salir. La sangre fría de Nathan la dejó pasmada. Sintió una mezcla de impotencia, frustración y rabia. En esos momentos tenía delante de ella al Nathan arrogante, reservado e insufrible del principio. A un Edward Hyde. ¿Dónde estaba el Doctor Jekyll? ¿Dónde estaba el Nathan dulce y comprensivo?

—Como quieras —claudicó, aunque estaba lejos de resignarse. ¿Por qué Nathan no se lo ponía más fácil? ¿No se daba cuenta de que le estaba haciendo daño?—. ¿Necesitas algo más? —le preguntó, utilizando de nuevo un tono impersonal.

—No.

—¿Puedo irme?

Nathan la contempló durante unos segundos, deleitándose con su exquisita belleza, mientras su cabeza se debatía entre dejarla ir, o retenerla y follarla contra la pared con la desesperación que sentía su cuerpo.

—Sí —respondió finalmente, apretando los puños.

Daniela se alisó la falda del uniforme y echó a andar.

—Que tenga buena tarde, señor Littman —se despidió con voz fría, enfilando los pasos hacia la puerta.

Nathan no dijo nada.

CAPÍTULO 16

«Te necesito a ti».

Aquellas palabras de Nathan le vinieron a la cabeza. Daniela se reprendió a sí misma por querer dotarlas de una verdad de la que con toda certeza carecían. Nathan no necesitaba a nadie.

—¿Te apetece que, en vez de quedarnos a comer en el hotel, salgamos a una hamburguesería o una pizzería? —sugirió Sú a Daniela, devolviéndole al presente.

—Me apetece mucho —respondió Daniela sin pensárselo dos veces—. Necesito salir del Eurostars. Estar entre estas cuatro paredes empieza a ser asfixiante.

—¡No se hable más! Marchando una de comida basura —bromeó Sú, como si fuera la comanda de un restaurante.

Daniela rio. Realmente necesitaba salir del hotel. Se había pasado los últimos días intentando esquivar a Nathan y eso, aparte de ser una tarea titánica, le estaba resultando estresante.

Ambas se cambiaron de ropa rápidamente y fueron a la recepción.

—Hasta luego, Cris —se despidieron.

—Hasta luego, chicas —correspondió Cris.

Cruzaron las puertas giratorias y salieron a la calle.

Hacía un día espléndido. El sol brillaba en lo alto del cielo como un enorme medallón de oro y el calor ya no era tan sofocante como lo había sido en julio y en agosto.

Daniela estaba metiendo el móvil en el bolso cuando sintió en el costado el pequeño codazo que le estaba dando Sú.

—Dani… —susurró su amiga disimuladamente, llamando su atención.

Daniela levantó la mirada y se encontró a unos pocos metros con la figura de Sergio, que avanzaba hacia ella con una sonrisa amable curvando las comisuras de sus labios.

—Sergio… —musitó, sin poder ocultar la sorpresa que le había causado verlo allí.

—Hola, Dani —la saludó él con voz dulce cuando la alcanzó. Seguidamente dirigió una mirada a Sú—. Hola, Sú —dijo.

—Hola, Sergio.

Daniela frunció un poco el ceño, sorprendida aún de ver allí a Sergio.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó descolocada.

Sergio se acarició la nuca con la mano.

—Estaba esperándote —respondió.

—¿Esperándome? ¿Para qué?

—He pensado que quizá podríamos comer juntos, si te apetece, claro.

¿Comer con Sergio?, repitió en su cabeza.

Daniela intercambió una mirada con Sú.

—Bueno, iba a comer con Sú —le explicó a Sergio.

—Oh, no te preocupes por mí —intervino rápidamente Sú, haciendo un ademán con la mano—. Iré a comer con Gus o con alguna de las chicas. Vete tú con Sergio.

—¿Estás segura? —quiso cerciorarse Daniela.

—Sí, claro. No hay problema.

—¿Entonces? —insistió Sergio, impaciente, ampliando la sonrisa en la boca.

Daniela giró el rostro hacia él.

Tardó unos segundos en responder.

—Vale —accedió finalmente—. ¿Te veo luego, Sú?

—¡Por supuesto! —sonrió ella.

Daniela se acercó a su rostro y le dio un beso en la mejilla a modo de despedida.

—Gracias —dijo en un susurro.

—Luego me cuentas —murmuró Sú en tono de complicidad.

—¿Vamos? —le preguntó Sergio a Daniela.

—Sí, vamos —respondió ella.

Nathan asió con fuerza el volante y contrajo las mandíbulas. Si en esos momentos hubiera habido alguien a su lado, hubiera oído como le rechinaban los dientes al apretarlos.

Al llegar al Eurostars en su coche, había reconocido a Sergio, que deambulaba de un lado a otro de la explanada de cemento que había antes de acceder a la entrada del hotel.

Nathan había aparcado su Audi R8 Spyder en la zona habilitada para ello y se había quedado esperando a ver qué sucedía, intuyendo que aquel mamarracho había ido a buscar a Daniela.

¿Habían quedado?

La simple pregunta le produjo una horrible punzada de celos.

Sus suposiciones se materializaron cuando contempló como se iban juntos. Era incapaz de apartar la mirada de ellos mientras se alejaban andando del hotel. Solo cuando desaparecieron de su vista, reaccionó.

¿Para qué había quedado Daniela con ese imbécil? ¿Había vuelto con él? No los había visto besarse, pero eso tampoco significaba que no hubieran retomado de nuevo la relación, o que no estuvieran pensando retomarla.

La sangre se le encendió de golpe.

Después de dejar caer un puñetazo en el volante, salió del coche dando un fuerte portazo y atravesó el trayecto hasta la puerta del hotel con unas zancadas con las que parecía querer romper el suelo.

—Buenas tardes, señor Littman —lo saludó Cris, la recepcionista, cuando entró en el Eurostars.

Pero él ni siquiera la oyó. Pasó de largo hacia los ascensores con cara de estar a punto de cargarse a alguien.

CAPÍTULO 17

—Me ha sorprendido mucho verte —le dijo Daniela a Sergio, sentada a la mesa del McDonald en el que habían decidido entrar a comer.

Sergio la miró y sonrió.

—Me apetecía verte, Dani —confesó.

¿Y a ella? ¿Le apetecía verle?, se preguntó.

Se sorprendió a sí misma respondiendo que sí.

Sergio había sido una parte muy importante de su vida. Habían compartido más de seis años y eso seguía teniendo aún mucho peso. Sergio era Sergio; su primer novio, el chico del que se había enamorado locamente cuando era una postadolescente, y la persona que más la había apoyado cuando murió su madre.

—Te echo de menos —dijo Sergio, volviendo a tomar la palabra.

Daniela alzó el rostro para mirarlo a los ojos. No se esperaba una confesión de ese calibre. Arrugó la nariz.

—No sé qué decir, Sergio, ya sabes lo que ha pasado entre nosotros, lo que yo… —habló su conciencia.

—Dani… —le cortó él. Se rascó la nuca mientras pensaba las siguientes palabras que iba a decir—. Creo que yo he tenido mucha culpa de… Bueno, de que… terminaras en brazos de otro —dijo finalmente—. Los últimos meses de nuestra relación no te he cuidado cómo debería. Me he dedicado a perderte, y no sabes lo que me pesa.

—Han sido tiempos difíciles para mí, Sergio, y todavía lo son. La recaída de Carlota está siendo un duro golpe…

—Lo sé, Dani, lo sé —se apresuró a decir él.

En un impulso, alargó el brazo y aferró su mano. Daniela sintió el calor que desprendía.

—Durante estas semanas he estado pensando… —comenzó Sergio —… quizá deberíamos replantearnos lo nuestro. No sé… darnos otra oportunidad.

—Sergio, yo te he querido mucho…

—Y yo a ti, Dani.

—Sí, lo sé, pero no sé si ahora tú y yo somos las mismas personas que se enamoraron hace seis años. Sergio, hemos cambiado mucho.

Sergio alzó los hombros.

—Bueno, las personas evolucionan y las relaciones también —dijo —. Es cierto que ya no somos aquellos adolescentes que se enamoraron perdidamente, pero eso no significa que no nos queramos.

Solo hemos pasado una mala racha…

Daniela suspiró. No sabía qué decir. Lo que menos se esperaba es que Sergio le fuera a proponer que volvieran juntos.

Sergio clavó los ojos en Daniela.

—¿Estás saliendo con ese hombre, con el que…?

Daniela no le dejó terminar la pregunta.

—No, no, no… —negó.

Lo mío con Nathan es imposible, pensó en silencio para sí. Y aquel pensamiento la hundió en un profundo abatimiento.

—Entonces solo fue una aventura… —supuso Sergio.

Sergio no había querido saber quién era el hombre con el que Daniela había tenido el desliz y ella no le contó que se trataba del insufrible empresario norteamericano que había comprado el Eurostars.

—Sergio, tenemos que pensar muy bien las cosas... Nos… Nos hemos hecho mucho daño —dijo, desviando el tema.

—Iremos con cuidado, no te preocupes. —Al ver la indecisión en el rostro de Daniela, Sergio dijo—: Piénsatelo, ¿vale? Hemos vivido muchas cosas juntos como para tirarlo todo por la borda solo por una mala racha.

Cuando acabó de hablar, se acercó despacio a Daniela y la besó, moviendo los labios delicadamente por los suyos, saboreando el momento. Ella inicialmente se quedó petrificada, sin reaccionar, pero después correspondió al contacto.

Tal vez Sergio tuviera razón. Tal vez solo hubieran pasado por una mala racha y la relación todavía tuviera salvación. Lo que había tenido ella con Nathan no había sido más que un error. Él estaba casado, tenía una hija, y eso no lo podía cambiar nadie. Ella jamás se entrometería en un matrimonio.

—¿Adónde vas? —preguntó Nicholas a Nathan cuando lo vio por el pasillo con el ceño fruncido con gravedad y una cara de muy pocos amigos.

—Voy a cambiarme y a ir al gimnasio del hotel —respondió Nathan, áspero.

—¿Te ocurre algo? —se interesó Nicholas.

—Necesito descargar energía de alguna forma.

—¿Por qué?

Nathan se detuvo de golpe y se giró hacia Nicholas.

—He visto a Daniela irse con el imbécil de su exnovio —explotó con rabia—. No soporto verla con él, Nicholas. No soporto verla con otro hombre que no sea yo. Es… —bufó exasperado, soltando el aire entre los dientes. Ni siquiera era capaz de verbalizar lo que sentía.

Tenía que liberar toda la energía, toda la rabia y toda la frustración que tenía acumuladas en su interior, o iba a estallar. La situación con Daniela estaba acabando con sus nervios.

—Venga, me cambio y te acompaño al gimnasio. Te vendrá bien —terció Nicholas, al ver el estado en el que se encontraba Nathan.

Nathan se quitó la camiseta blanca que llevaba puesta, dejando al descubierto su abdomen perfectamente definido, se vendó las manos con unas bandas blancas elásticas para protegerlas de posibles lesiones y sin perder tiempo comenzó a golpear el saco de boxeo que colgaba del techo del gimnasio.

Los puñetazos se sucedían uno tras otro mientras las imágenes de Daniela alejándose con Sergio viajaban sin control de un extremo a otro de su cabeza.

La sangre le bullía dentro de las venas como una olla a presión a punto de estallar. Pensar en la sola idea de que Daniela pudiera volver con él lo hacía enloquecer.

Ese tío era un cretino.

¿No entiende que yo la necesito?, se preguntó en silencio, sin dejar de golpear el duro saco con fuerza. *¿Es que no lo entiende?*

—¡*Fuck*! —siseó.

Gotas de sudor comenzaron a resbalar por sus sienes.

¿Es que no entiende que es mi trocito de cielo? ¿Que sin ella no soy capaz de encontrar la paz?

Llevado por la rabia dio un revés.

Y otro.

Y otro más.

¡Maldita sea!, exclamó para sus adentros.

Con cada golpe, sus músculos se tensaban como las cuerdas de una guitarra, acentuando su perfecto relieve y su cuerpo de atleta de élite. Un rato después una película de sudor envolvía su torso desnudo.

Nicholas lo observaba desde la cinta andadora. Nathan iba a volverse loco si no le confesaba a Daniela la verdad. Durante unos instantes sintió lástima por él. La vida le estaba dando una segunda oportunidad con ella y él la iba a echar a perder por sus putos miedos.

CAPÍTULO 18

Daniela empujó el carro de la limpieza por el pasillo enmoquetado. Sú hacía lo propio con el suyo mientras caminaba a su lado.

—Ayer me quedé flipada cuando vi a Sergio en la entrada del hotel —dijo Sú.

—Pues imagínate yo, mi sorpresa fue mayúscula —anotó Daniela —. Lo que menos me pensaba era que estuviera esperándome.

—¿Y qué tal estuvo la cita? —curioseó Sú.

Daniela se detuvo en mitad del pasillo y la miró.

—Sergio quiere que volvamos —respondió.

—¡¿Que quiere qué?! —gritó Sú.

—Shhh… —la silenció Daniela, tapándole la boca.

Daniela temió que los ojos de su amiga y compañera de trabajo se salieran de sus órbitas.

—Y además me besó —añadió.

—Vaya… Está poniendo toda la carne en el asador —comentó Sú —. ¿Y no le importa que tú… ya sabes…? —preguntó.

Daniela negó moviendo la cabeza.

—No. Ha reconocido que él ha tenido mucha culpa. Dice que me ha descuidado y que eso es lo que ha provocado que yo… bueno, que buscara a otro —trató de suavizarlo Daniela.

—Es muy caballeroso por su parte —apostilló Sú, no sin cierta burla en la voz—, pero eso no quita que los últimos meses de vuestra relación él se portara como un cerdo contigo.

—Ya, Sú, pero al final he sido yo la que he acabado metiendo la pata hasta el fondo; la que he sido infiel —repuso Daniela, dejando entrever en su tono de voz cierto sentimiento de culpabilidad. Guardó silencio durante unos instantes y echó a andar de nuevo con el carro de la limpieza—. Al menos me ha perdonado. Yo no sé si le hubiera perdonado a él que me hubiera puesto los cuernos con otra.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó Sú. Al ver que Daniela no respondía de inmediato, dijo—: ¿Te lo estás pensando, Dani? ¿Te estás pensando volver con Sergio?

Daniela suspiró.

—Sergio es Sergio —respondió —. Hemos compartido seis años de nuestra vida juntos, son muchos…

—¿Y qué? —le cortó Sú, ceñuda. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie la oyera—. Dani, tú estás enamorada de Nathan Littman —le recordó en voz baja.

—¿Y si también estuviera enamorada de Sergio? —planteó Daniela, para sorpresa de Sú—. ¿Y si estuviera enamorada de los dos?

—¿Me dejas que te diga algo? —le preguntó Sú.

—Vas a decírmelo de todas maneras —apuntó Daniela, con una resignación divertida en los labios.

—Ya me conoces… El caso es que una vez un sabio dijo…

—¿Un sabio? ¿Qué sabio?

—No sé…, Buda, Gandhi… Paulo Coelho… —bromeó.

—¿Paulo Coelho? —se mofó Daniela.

—¡Sí!, uno de esos. ¿Qué más da quién fuera? Ahora en serio —Sú cambió el tono de voz—. Un sabio dijo que, si estás enamorado de dos personas a la vez, quédate con la segunda…

—¿Cómo que me quede con…? —interrumpió Daniela.

Sú la silenció con un gesto de la mano.

—Quédate con la segunda —repitió Sú, para coger de nuevo el hilo de lo que estaba diciendo—, porque si realmente estuvieras enamorada de la primera, no te hubieras enamorado de la segunda. Lo que quiere decir esto es que…

—Sé lo que quiere decir —dijo Daniela.

Lanzó al aire un suspiro y dejó caer los hombros, como si acabara de regresar de un campo de batalla.

—Nathan y yo no tenemos ningún futuro —reflexionó—. Ninguno.

Daniela vio como Sú abría la boca para decir algo, pero de pronto advirtió que palidecía y que se quedaba paralizada, como si acabara de ver al mismísimo diablo, como si acabara de ver a…

Daniela volvió el rostro y miró hacia atrás por encima de su hombro.

Sú se había quedado paralizada como si acabara de ver a Nathan Littman, que en esos momentos se acercaba a ellas como un sargento de la marina: con paso firme y rostro severo.

—Señorita Martín, venga conmigo —dijo Nathan con voz severa cuando sus miradas se cruzaron, antes de que cualquiera de las dos pudiera reaccionar.

—¿Qué…? ¿Qué ocurre? —fue lo único que Daniela fue capaz de balbucear al reparar en su tono grave. Buscó alguna pista en su rostro, pero como siempre se mantenía impertérrito.

—Venga conmigo —volvió a decir Nathan con autoridad, ignorando su pregunta, cuando pasó delante de ella.

—Mándame un WhatsApp si sales viva —murmuró Sú en broma.

Daniela hizo una mueca de espanto con la boca y retorció las manos en un gesto que quería decir que, si salía viva, lo que haría sería retorcerle el cuello. Su broma no le había hecho ninguna gracia.

Después se giró y siguió dócilmente a Nathan por el pasillo hasta la suite. Él ni siquiera se había parado, lo había dicho todo mientras se dirigía a la habitación.

Está enfadado, presumió Daniela en silencio. *Mierda, está enfadado.*

Nathan deslizó la tarjeta-llave por la ranura.

—Pasa y cierra la puerta —le ordenó a Daniela, entrando en la suite en primer lugar.

Daniela cruzó el umbral y respiró hondo mientras cerraba la puerta tratando de hacer el menor ruido posible.

—¿Has vuelto con Sergio? —le preguntó de repente Nathan, girándose bruscamente hacia ella.

Daniela palideció. Nathan, tan elegante y atractivo como siempre, la miraba con el rostro desencajado.

CAPÍTULO 19

—¿De qué…? ¿De qué estás hablando? —tartamudeó Daniela, mirando a Nathan sin pestañear.

—Creo que la pregunta es clara —respondió él con la cara tensa—. ¿Has vuelto con Sergio? —repitió impertérrito en tono imperativo.

Daniela tuvo ganas de gritar. La arrogancia con que Nathan le estaba exigiendo que respondiera solo consiguió indignarla.

—No tengo por qué contestar a eso —le espetó, y viendo el motivo por el que la había llevado allí, dijo—: Lo mejor será que me vaya.

Nathan apretó las mandíbulas y le lanzó una mirada amenazadora.

Daniela se giró decidida hacia la puerta para abrirla e irse, pero Nathan aferró su brazo, tiró de ella y la obligó a darse la vuelta hacia él. Sus exóticos ojos verdes echaban chispas y Daniela sintió como se le secaba la boca.

—No me has respondido —gruñó Nathan.

En su mirada había un desafío velado y algo que parecía posesión.

—Eres un cínico —replicó Daniela, seca—. A ver si te entra en la cabeza que lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo —contestó finalmente, respondiendo a su reto.

—¡¿No te das cuenta de que los celos me están matando?! ¡¿Es que no te das cuenta?! —rugió Nathan.

—Ese es tu problema —dijo Daniela.

Tiró del brazo para tratar de zafarse de Nathan, pero antes de que se diera cuenta, estaba atrapada contra la puerta y su sólido cuerpo.

—Nathan… —lo nombró en un susurro por la sorpresa del envite.

Nathan la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí con tanta fuerza que Daniela notó que se le cortaba la respiración.

—Si supieras cómo me pone que digas mi nombre, no te atreverías ni siquiera a susurrarlo —siseó Nathan con voz grave y ronca sin apartar la mirada de la suya.

Aquellas palabras acariciaron la piel de Daniela como si fueran hilos de seda líquida. Sintió como se le ponía la carne de gallina. De pronto, sus sentidos se desbocaron.

El rostro de Nathan estaba tan cerca del suyo que pudo apreciar al detalle el intenso verde de sus ojos y las larguísimas pestañas que tan atractivas hacían su mirada. De inmediato sintió crecer el deseo en su interior y sus piernas temblaron como si fueran de plastilina y no pudieran sostenerla.

Se angustió al pensar que estaba empezando a perder el control.

Tragó saliva. Tenía un nudo en la garganta.

—Por favor, Nathan…

Cuando Nathan volvió a oír su nombre susurrado por la voz de Daniela, notó que toda su sangre se dirigía a su entrepierna. ¿Cómo podía excitarlo tanto que Daniela pronunciara su nombre? ¿Que simplemente lo pronunciara? Entonces recordó las veces que lo había gemido mientras hacía que se corriera, y su miembro se sacudió.

Si volvía a oírla pronunciar su nombre no respondería de sus actos.

Contrólate, Nathan, por Dios, contrólate, se pidió a sí mismo, mientras combatía el imperioso deseo que tenía de follarla contra la pared.

Apoyó la frente en la de Daniela.

—Dime que no has vuelto con Sergio, Dani —le dijo, haciendo uso de la poca cordura que le quedaba—. Dime que no has vuelto con él.

Daniela respiró en su boca.

—No… No tienes ningún derecho a meterte en mi vida —le recriminó, antes de quedarse sin fuerzas.

Pero Nathan ignoró su reproche.

—Respóndeme —demandó.

El silencio de Daniela iba a volverlo loco. En aquella ocasión no estaba tan seguro de resultar el ganador entre la batalla velada que había entre Sergio y él, y eso le exasperaba.

Guiado por el deseo que le quemaba las venas, agarró a Daniela por los glúteos y la levantó de un envite, haciendo que ella tuviera que abrir las piernas y rodearle con ellas las caderas.

—¿No ves que voy a enloquecer? —le preguntó a ras de la boca con voz sedosa. Juntó la nariz con la de Daniela y respiró hondo—. Dani, dime la manera de quitarme de encima la locura que siento por ti.

Daniela deslizó la mirada hasta los labios de Nathan; quería besarlo, pero temía lo que pudiera suceder después si lo hacía. Debía mantener la sensatez y recuperar la compostura lo antes posible.

Era tarde.

Nathan no pudo contenerse y se lanzó a la boca de Daniela como si le perteneciera. Una espiral de deseo se desencadenó en su interior. Los labios febriles devoraron los suyos con la pasión que llevaba tantos días reprimiendo. La desesperación por tocarla, por acariciar cada centímetro de su piel se convirtió en un impulso incontrolable, incapaz de ponerle freno.

Con la mano derecha fue subiéndole la falda del uniforme. Se estremeció cuando le tocó el muslo. Al contacto, Daniela dejó escapar un gemido y supo que estaba perdida. Todas las sensaciones que había

encendido Nathan en ella antes de irse volvieron de golpe.

Pero, de pronto, la imagen de la fotografía en la que Nathan aparecía felizmente con su mujer y su hija apareció traicioneramente en su cabeza y la golpeó con una fuerza súbita.

Ella no tenía que estar allí; aquello no debía suceder.

Y tomó conciencia de la realidad.

Se echó un poco hacia atrás y apartó su boca de la de Nathan.

—No. Suéltame —le pidió con voz estrangulada.

—Shhh… —la silenció él. Se inclinó hacia adelante y rozó suavemente sus labios con la boca mientras notaba como su entrepierna empezaba a torturarlo—. Mi cielo…

—Nathan, no hagas que me sienta peor de lo que ya me siento —murmuró Daniela, intentando que su voz sonara firme. Si quería volver con Sergio, tenía que frenar aquello.

El rostro de Nathan se ensombreció al escuchar esas palabras.

Alzó la cabeza y bajó a Daniela al suelo.

CAPÍTULO 20

Quizá era el momento de hablar, pensó Daniela, al ver la expresión de confusión de Nathan.

—Sergio me ha… me ha perdonado, y me ha pedido que vuelva con él —dijo, mientras se retiraba un mechón de pelo de la cara y se lo colocaba detrás de la oreja.

Aquellas palabras y el tono en el que estaban pronunciadas dolieron a Nathan como si le hubieran clavado un puñal. No era necesario preguntar a Daniela si iba a volver con él, la respuesta era clara.

—¿Que te ha perdonado? —dijo con burla.

—¡Sí, Nathan, sí, me ha perdonado! —saltó Daniela—. Y yo se lo agradezco —continuó—, porque en el fondo, yo soy tan miserable como tú, porque yo también engañé a mi novio, igual que tú engañaste a tu mujer, y me siento mal por ello. Muy mal —explotó, con las lágrimas a punto de desbordarse de sus ojos azules.

Nathan bufó indignado. Sergio no le había confesado a Daniela que él tenía otra con la que se manoseaba en las discotecas de Madrid.

Hijo de puta, pensó para sus adentros.

—No voy a permitir que te sientas mal por culpa de ese imbécil. Eso sí que no —ladró Nathan—. Tú te mereces a alguien mejor que él.

Daniela frunció el ceño, claramente perpleja.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

La idea de que Daniela pudiera volver con Sergio le provocaba náuseas.

—¿Te ha confesado ese cabrón que él estaba con otra al mismo tiempo que contigo? —explotó Nathan, sin poder contenerse ya.

Daniela palideció. En ese instante se quedó como si acabaran de echarle por la cabeza un jarro de agua fría. En algún momento había sospechado que Sergio pudiera andar con otra chica, incluso se lo había comentado a Sú, pero en el fondo nunca lo había creído posible. Sergio no era de esos. ¿O sí?

Y si era cierto, ¿por qué lo sabía Nathan? ¿Cómo se había enterado él?

—¿Cómo sabes tú eso? —exigió saber.

Nathan captó la confusión de su rostro.

—Porque lo vi, en una discoteca llamada Gabana Club —respondió—. Estaba enrollándose sin ninguna discreción en mitad de la pista con una chica a la que confundí contigo —añadió—. Hasta que las

luces dejaron ver que se trataba de otra.

Daniela sintió un nudo en el estómago.

—Pero ¿cuándo…? ¿Cuándo fue eso? —dijo, sin poder salir de su asombro.

—El día que tú y yo tuvimos aquel enfrentamiento tan duro por culpa de Jonas Matiland. Por la noche, después de la intensa tarde de reuniones, salí con Nicholas a dar una vuelta por Madrid y me lo topé en esa discoteca.

Daniela movió los ojos de un lado a otro, tratando de organizar el centenar de pensamientos que giraban sin rumbo por su cabeza. Se mordisqueó el labio inferior con nerviosismo.

—Por eso ese día no contestó a mi llamada ni me mandó un simple WhastsApp cuando le llamé llorando… —se dijo, manteniendo un diálogo consigo misma, ajena a que Nathan la escuchaba.

—El muy hijo de puta estaba demasiado ocupado para preocuparse de ti —intervino él en un tono entre mordaz y metálico.

Daniela parpadeó con incredulidad y se recostó en la pared. Necesitaba apoyarse en algo. El mundo pesaba demasiado en esos momentos. De pronto se sentía igual de cansada que si hubiera dado la vuelta al mundo corriendo.

—Ahora lo entiendo todo… —musitó, ausente—, la indiferencia, las llamadas de teléfono cuando estábamos juntos, las excusas, el viaje a Castellón… —fue enumerando—. ¡Dios!, ¡¿en qué clase de mentira he estado viviendo?!

Al contemplar los ojos llorosos y la expresión de consternación de Daniela, Nathan no pudo reprimirse y alargó la mano para acariciarle la mejilla.

—Dani, Sergio no te merece —dijo.

Daniela combatió el impulso de descansar el rostro en la mano que Nathan mantenía en su mejilla. Nathan se acercó un poco más a ella con la intención de abrazarla, pero Daniela apoyó las manos en su pecho antes de que lo hiciera y lo empujó ligeramente.

—¡Ni tú tampoco, Nathan! —protestó, mirándolo con furia impotente en los ojos. Enderezó la espalda y se cuadró de hombros—. ¿O se te olvida que tú también me has engañado? No eres la persona que creí —le echó en cara, dejando entrever su resentimiento—. Solo un niño mimado que te crees con el derecho de tener todo aquello que se te antoje simplemente con chasquear los dedos.

Levantó las manos y ocultó la cara detrás de ellas. Tenía unas terribles ganas de llorar.

—Daniela… —susurró Nathan con voz extremadamente suave, luchando contra el deseo de volver a besarla.

Daniela dejó caer los brazos a ambos costados.

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme, Nathan. Nada —le cortó. Nathan se puso rígido—. Estoy cansada de mentiras, cansada de engaños, cansada de… misterios, de secretos —murmuró entre dientes. Hizo una breve pausa—. Tengo que largarme de aquí —concluyó. Se dio la vuelta bruscamente.

Estaba harta.

De Nathan.

De Sergio.

De todo.

Con el picaporte de la puerta en la mano, dijo:

—Nathan, te pido por favor que mantengamos las distancias. Que mantengas la distancia conmigo. No… No me lo pongas más difícil. Esto ya es bastante complicado para mí.

Sin más que decir, abrió, salió de la suite y se fue. Estaba comenzando a sentir una opresión en el pecho que le impedía respirar; le faltaba el aire.

Nathan soltó un gruñido cuando la puerta se cerró y Daniela desapareció de su vista.

—¡*Fuck!* —exclamó.

CAPÍTULO 21

Daniela consiguió salir de la habitación sin llorar, pero las lágrimas empezaron a hacer surcos en su rostro cuando cerró la puerta. Echó a correr por el pasillo y no paró hasta refugiarse en uno de los rincones del patio trasero del Eurostars. Necesitaba respirar, y tenía que recomponerse antes de volver al trabajo.

Afortunadamente no había ningún empleado del hotel fumando, o tomando el aire, o bebiéndose un café, aprovechando los agradables días de principios de septiembre, lo cual agradeció. No le apetecía ver a nadie.

Cuando se aseguró de que no la veían, agachó la cabeza y rompió a llorar estrepitosamente.

Ya no aguantaba más.

Sentía tanta rabia que todo su cuerpo comenzó a temblar y tuvo que acariciarse a sí misma los brazos para tratar de calmarse.

¿Por qué tenía que haberse enterado precisamente por Nathan de que Sergio le había sido infiel con otra? ¿Qué clase de broma pesada de la vida era aquella?

Sergio con otra.

—¿De qué me sorprendo? —se preguntó entre sollozos con mordacidad—. Es algo que sospechaba desde hacía un tiempo.

Evidentemente ella no estaba en disposición de reprocharle nada, pero le indignaba que Sergio no se lo hubiera contado, mientras que ella sí le había confesado su *affaire* con Nathan, aunque él no había querido saber el nombre ni de quién se trataba.

Hizo cábalas.

Rio con amargura cuando llegó a la conclusión de que lo que Sergio tuviera o hubiera tenido con esa otra chica no había sido una aventura de un par de días como lo suyo con Nathan, Sergio había estado manteniendo una relación paralela con ella.

Y eso sí que le dolía.

—He sido una imbécil —masculló—. Una completa imbécil.

Levantó el rostro hacia el cielo. El sol le dio de lleno en los ojos, que en ese instante brillaban azules como piedras preciosas, a causa de las lágrimas, e inhaló una profunda bocanada de aire, llenándose los pulmones.

¿Qué estaba pasando?, se preguntó.

Todo se estaba desmoronando a su alrededor y no podía hacer nada para evitarlo, excepto contemplar con pasmoso horror como su

vida se venía abajo igual que un castillo de cartas.

—Tengo que hablar con Sergio —dijo, y su voz sonó como una sentencia.

—¡Hey, Dani!

La voz de Irene la sobresaltó.

Mierda…, farfulló para sus adentros, secándose con rapidez las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Hola —saludó.

Cuando volvió el rostro vio que Irene venía acompañada por Sú y por Victoria. Seguro que era la hora del café y habían salido a tomárselo fuera. Su suposición se corroboró cuando reparó en los vasos de cartón que llevaban en las manos.

—Dani, ¿qué te pasa? —se adelantó a preguntarle Victoria.

—¿Estás bien? —intervino Irene, preocupada.

Sú le dirigió en silencio una mirada de alarma. ¿Qué narices había pasado en la suite del señor Littman para que Daniela estuviera en ese estado?

Daniela no sabía qué responder a sus compañeras de trabajo, se había quedado bloqueada. Sú pareció notarlo y reaccionó enseguida.

—Es por Carlota, ¿verdad? Te ha dado un bajón al pensar en ella —dijo, echándole un capote a su amiga.

Daniela vio los cielos abiertos.

—Sí —afirmó.

—Todo va a salir bien, Dani —la consoló Irene, pasándole la mano por la espalda.

—Sí, ya lo verás —añadió Victoria.

Daniela asintió con la cabeza.

—Gracias, chicas —les agradeció, forzando una sonrisa. Terminó de limpiarse las lágrimas de los ojos—. Vuelvo al curro, mis cinco minutos de descanso han acabado —dijo.

—Vale —respondieron Irene y Victoria casi al unísono, al tiempo que sacaban un cigarrillo de la cajetilla.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

—Espera, Dani, voy contigo —dijo Sú, arrancándose a andar hacia su dirección.

Cuando la puerta del patio se cerró a su espalda y se aseguró de que ni Irene ni Victoria podían oírla, le preguntó a Daniela:

—¿Qué ha pasado ahí arriba?

Daniela se detuvo en mitad del pasillo. Tomó aire y lo expulsó en forma de suspiro.

—¿Te acuerdas cuando te dije que creía que había gata encerrada

en mi relación con Sergio? —le dijo a Sú.

—Sí —respondió ella. Ladeó la cabeza—. Dani, ¿tengo que asustarme?

—Pues la había, o la hay, o... —La voz de Daniela se fue apagando poco a poco.

Sú abrió sus ojos oscuros como platos.

—Joder, Dani, lo siento —dijo.

Daniela movió la cabeza, quitándole importancia al hecho.

—¿Y cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho Nathan.

CAPÍTULO 22

Sú enarcó las cejas con gravedad.

—¿Nathan? ¿Nathan, Nathan? ¿Nathan Littman? —preguntó asombrada.

—¿Qué otro Nathan conoces, Sú? —dijo Daniela.

—Ya… bueno… ¿Y él por qué lo sabe?

—Porque le vio.

—¡Hostia puta! Eso es casualidad y lo demás tontería —exclamó Sú sin poder evitarlo—. ¿Pero dónde le vio? ¿Cuándo?

—En la discoteca Gabana Club —respondió Daniela—. El día que Nathan y yo tuvimos la discusión tan fuerte por culpa del repúgnate ese de Matiland.

—Sergio no es más que un puto desgraciado —saltó Sú.

—Quizá yo no sea la más indicada para reprocharle nada, pero Sergio ha estado jugando a dos bandas, al parecer, durante bastante tiempo —apuntó Daniela.

—Claro que eres la más indicada para reprocharle lo que quieras —atajó Sú—. No me extraña que diga que en parte se siente culpable de que tú te liaras con Nathan. Él estaba haciendo lo mismo, o, mejor dicho, algo mucho peor —matizó—, porque estaba manteniendo dos relaciones al mismo tiempo.

—Sergio va a tener que darme muchas explicaciones —dijo Daniela, apretando los labios—. Lo que más me jode a estas alturas es que se lo haya callado. —Chasqueó la lengua—. Y yo sintiéndome mal por haberle engañado con Nathan. Me van a dar el premio a la tonta del año.

—Cielo, tú no lo sabías —trató de consolarla Sú.

Daniela dejó caer la frente contra la pared y resopló, agobiada.

—Voy a volverme loca, Sú —dijo.

Su amiga se acercó a ella.

—Y supongo que Nathan está contribuyendo a ello —presumió.

—Así es.

—¿Para qué te quería?

—Para preguntarme si había vuelto con Sergio —respondió Daniela—. Bueno, más bien para exigirme que le dijera si había vuelto con Sergio.

—Pero… ¿cómo cojones sabe él que Sergio te ha pedido volver? —lanzó al aire Sú.

Daniela se encogió de hombros mientras continuaba con la frente

apoyada en la pared.

—Supongo que nos vería y se lo ha imaginado… —conjeturó.

—Ese hombre no tiene precio como detective —bromeó Sú.

Daniela intentó sonreír, pero no lo consiguió. El gesto ni siquiera le llegó a los labios.

—Me ha besado, Sú —soltó.

Sú no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa de conclusión.

—¿No pensarías que iba dejarte salir de la suite sin besarte, o por lo menos sin intentarlo? —dijo.

—Sú… —trató de amonestarla Daniela, aunque lo hizo sin fuerzas.

—¿Y qué sentiste?

Daniela se incorporó y se dio la vuelta hacia su amiga.

—Todo —respondió en un arranque de franqueza. Alzó las manos —. Por dentro se me ha removido todo. Todo lo que sentí los dos días y las dos noches que estuve con él. Me da rabia decirlo, pero no puedo ignorar la atracción que ejerce sobre mí. Me resulta imposible. Y eso me asusta. Me asusta mucho, porque Nathan y yo no tenemos ningún futuro juntos —confesó. Se tomó unos segundos para reflexionar—. ¿Por qué cuando lo tengo cerca pierdo el norte? —se preguntó retóricamente poniendo voz a sus pensamientos.

—Porque Nathan Littman es capaz de hacer que cualquier mujer pierda el norte —respondió Sú—. Cualquier mujer y casi cualquier hombre —añadió.

Daniela se quedó mirándola unos segundos y no pudo evitar reírse. A pesar de todo, en medio de todo aquel drama, todavía tenía fuerzas para reírse. O quizá el mérito fuera de Sú, que era muy buena en ese cometido.

Estiró el brazo para pasar la mano por los hombros de Sú.

—Anda, vamos —dijo—. Si nos ve el señor Barrachina dándole a la lengua, la que nos va a caer va a ser histórica —agregó.

—No creo que se atreva a decir ni *mu* estando por aquí el señor Littman —dijo Sú en tono de broma.

—Mejor no le subestimemos —anotó Daniela.

CAPÍTULO 23

Daniela esperaba de pie a que llegara Sergio mientras caminaba impaciente de un lado a otro de la Plaza de Castilla, al final del neurálgico Paseo de la Castellana, donde había quedado con él. Le había enviado un WhatsApp a última hora de la mañana diciéndole que tenían que hablar cuanto antes.

Sergio apareció detrás de un grupo de chicas, con su habitual aire jovial y media sonrisa en los labios. Llevaba un pantalón vaquero lleno de rotos y una colorida camiseta de manga corta de Angry Birds, la famosa serie de videojuegos creada en 2009.

Daniela tomó una bocanada de aire cuando lo vio llegar y cogió fuerzas.

—¡Hola! —la saludó Sergio con visible entusiasmo.

Se acercó a ella dispuesto a darle un beso en la mejilla, pero Daniela giró la cabeza, apartando la cara de la trayectoria de sus labios.

Sergio arrugó el ceño hasta casi juntar las cejas.

—¿Ocurre algo? —preguntó, cortado por la cobra que le acababa de hacer Daniela.

Daniela se volvió de nuevo hacia él y clavó sus ojos azules, entornados en esos momentos en un gesto de hastío, en los de Sergio.

—¿Cuándo ibas a decirme que has estado manteniendo una relación paralela con otra chica mientras estabas conmigo? —le espetó sin preámbulos ni pérdidas de tiempo inútiles.

El rostro de Sergio se descompuso.

—¿Cómo te has enterado? —dijo.

—¿Eso es lo único que te preocupa? ¿Eso es lo único que vas a decirme? ¡Qué más da cómo me haya enterado!

—No, Dani, deja que te explique…

—¿Qué vas a explicarme, Sergio? —le cortó, alzando la voz unos cuantos tonos—. ¿Que fue un desliz de una noche? ¿Que ibas borracho y no sabías lo que hacías?

—Ha sido una equivocación —respondió Sergio, tratando de hacerse oír—. No sé qué me ha pasado por la cabeza para terminar liándome con otra tía, pero sí sé que ha sido una equivocación.

—¿Cuánto tiempo has estado con ella?

—Dani, es mejor no remover…

—¡¿Cuánto?! —le exigió saber.

Sergio dejó escapar el aire de los pulmones.

—Nueve meses.

Daniela frunció el ceño.

—Nueve meses… —repitió con incredulidad—. Nueve meses jugando a dos bandas. Eres un hijo de puta —le increpó apretando los dientes

—Entiendo que estés así, Dani, pero estoy arrepentido. Te lo juro —se apresuró a decir Sergio—. Me he dado cuenta de que es contigo con quien quiero estar, que te quiero. Te quiero, Dani —dijo, mirándola a los ojos, arrasados en amargas lágrimas.

—¿Y para darte cuenta de eso has necesitado nueve meses? —se burló Daniela, conteniendo la rabia como buenamente podía—. ¿Has tenido que follarte a otra durante nueve meses para darte cuenta de que me quieres? ¿De que quieres estar conmigo? ¡¿Te has creído que soy imbécil, o que me caí ayer de un guindo?!

—Lo siento.

Sergio levantó las manos para coger por los brazos a Daniela y acercarla a él.

—¡No me toques! —exclamó ella, dando un manotazo al aire—. Qué ni se te pase por la cabeza tocarme un solo pelo.

—Dani, tienes que creerme —le suplicó Sergio—. Tienes que creerme…

—¿Creerte? ¿Después de que me has estado engañando durante nueve meses? No, Sergio, no —negó, enfatizando la negación con la cabeza—. Ni lo sueñes. No después de cómo me has tratado… Y lo peor es que me estaba planteando volver contigo en serio, dejar toda la mierda atrás y dar una segunda oportunidad a lo nuestro, porque te he querido mucho, mucho…

—Déjame demostrarte que estoy arrepentido, que no volverá a pasar… Por favor, Dani —dijo Sergio, con voz suplicante.

Daniela sacudió la cabeza.

—No puedo —repuso—. No puedo porque no confío en ti. Estoy… demasiado decepcionada, demasiado dolida…

Apretó los labios y alzó los ojos para mirarlo. No sabía si era curiosidad morbosa o qué, pero quería saber más.

—¿Estás con ella ahora?

—No, Dani. Te juro que no —le aseguró Sergio.

—¿Quién lo dejó? —quiso saber Daniela, mirándolo de forma inquisitiva, como si pretendiera leer su mente y asegurarse de que no le iba a mentir en su respuesta.

—Ella.

Sergio bajó la cabeza.

Daniela hizo una conjetura de forma rápida.

Bufó.

—Entonces por eso quieres volver conmigo… porque te has quedado solo —afirmó.

—Eso no es así —contradijo Sergio—. Quiero volver contigo porque te quiero.

—Ya… —murmuró Daniela con voz carente de convicción.

—Dani, vamos a darnos una nueva oportunidad. A empezar de cero —comenzó Sergio—. Déjame demost…

—No vuelvas a buscarme —fue la respuesta de Daniela—, ni vuelvas a tratar de ponerte en contacto conmigo.

—Por favor, escúchame…

Daniela endureció la boca con una mezcla de tristeza y desdén.

—Has tenido mucho tiempo para enmendar tu error, y también muchas oportunidades, y ni siquiera has tenido las agallas de confesármelo cuando yo te dije que… que había estado con otro hombre… Te callaste como una pu… —se mordió la lengua para no soltar el exabrupto—. No sabes lo miserable que me he sentido con esto, pensando que te había engañado, y resulta que tú llevabas nueve meses haciéndolo. —Se colocó los mechones de cabello detrás de las orejas—. No sé cuál es la verdadera razón por la que quieres volver conmigo. No sé si es porque realmente te has dado cuenta de que me quieres o porque tienes miedo de estar solo, pero a estas alturas no voy a quedarme para comprobarlo. Es tarde para todo.

—Voy a luchar por ti, Dani —intervino Sergio con voz segura—. Da igual si no me quieres ver o si no quieres que te busque, voy a hacerlo de todas formas para demostrarte lo mucho que te quiero.

Daniela se acarició los brazos con las manos. Hacía calor, pero ella estaba helada.

—Puedes hacer lo que quieras —dijo.

—Dani… —la llamó Sergio, cuando vio que se había girado en redondo y que había echado a andar dispuesta a irse—. Te quiero —dijo, a pesar de que ella no se volvió.

Mientras se alejaba con cara de derrota, sorteando a la gente que caminaba por la Plaza de Castilla, Daniela sacudió la cabeza. ¿Que Sergio la quería? Ninguna de las dos veces que se habían visto, él se había fijado en el aspecto demacrado que tenía y el peso que había perdido en las últimas semanas. En cambio, Nathan… Nathan había sido en lo primero que había reparado cuando la había visto, incluso la había obligado a comer en el restaurante del hotel, alarmado de que pudiera acabar teniendo una anemia.

No podía negar que al menos él la cuidaba.

CAPÍTULO 24

Daniela frunció la boca en una mueca de desgana.

—No me apetece salir de fiesta —rezongó.

Sú apoyó las manos en sus hombros y la miró indulgente.

—Te divertirás. Te lo prometo —le dijo.

No lo creo, pensó Daniela.

—Y, por primera vez en no sé cuantísimo tiempo, saldrás —agregó Sú—. Dani, necesitas distraerte, divertirte un poco…

—En eso te tengo que dar la razón.

Sú sonrió.

—¿Hace cuánto que no sales de fiesta? —le preguntó.

—Ya ni me acuerdo —contestó Daniela, dejando escapar un suspiro.

—¿Por qué no te olvidas de todas tus preocupaciones, aunque solo sea por una noche, bailando un poco? —sugirió Sú. Daniela se mordió el labio, indecisa—. Vamos a corrernos una buena juerga, aprovechando que Javi tiene guardia y que mañana ninguna de las dos tiene que madrugar.

Tras pensárselo unos segundos, Daniela asintió con la cabeza al plan de Sú. No mentía cuando decía que tenía que distraerse y divertirse un poco. Hacía una eternidad que no salía, salvo a casa para ver a su padre y a su hermana, o al hospital para llevar a Carlota a las revisiones médicas y a las sesiones de quimioterapia.

Los últimos días estaban siendo terriblemente agobiantes. Había tenido que hacer malabarismos para compatibilizar las visitas al hospital con el trabajo en el hotel, sin tener que pedir a Nathan horas libres. No quería que le hiciera ningún favor. Pero sabía que, si seguía a ese ritmo frenético, iba a explotar en cualquier momento.

¿Qué le impedía divertirse un poco? ¿Aunque solo fuera por una noche?

—¡Perfecto! —exclamó Sú, antes de que a Daniela le diera tiempo a cambiar de opinión.

Unos nudillos golpearon la puerta de la habitación. Daniela se atusó por última vez el pelo frente al espejo del cuarto de baño y fue a

abrir.

—¡Estás guapísima! —dijo Sú al verla—. Vas a arrasar, nena —bromeó. Daniela puso los ojos en blanco—. ¿Preparada? —le preguntó después.

—Preparadísima —respondió Daniela.

Se disponía a salir, pero se acordó de que no había cogido el móvil.

—Espera —le dijo a Sú.

Se giró, se acercó a la mesilla, cogió el teléfono y lo metió en el bolso.

—Ahora sí —sonrió.

Apagó la luz de la habitación y cerró la puerta.

Rubén, el encargado de atender la recepción en el turno de noche, aprovechando que no había ningún cliente cerca, silbó cuando las vio aparecer en el vestíbulo.

—¿Dónde vais tan sexys? —les preguntó.

—A quemar la noche —bromeó Daniela.

Rubén soltó una carcajada.

—Vais a quemar la noche y Madrid entero —comentó.

—Gracias —dijo Sú.

—Tomaos una copa por mí —dijo Rubén.

—Una, y las que hagan falta —volvió a hablar Sú.

—Hasta luego —se despidió el recepcionista.

—Adiós —dijeron Daniela y Sú al mismo tiempo mientras agitaban la mano.

Nathan cogió la caja de *Ambien* (Zolpidem), sacó una de las tabletas y extrajo un par de pastillas. Sin pensárselo, se las metió en la boca a la vez y dio un sorbo de agua para tragárselas.

Necesitaba dormir algo. Desde que había regresado a Madrid no había sido capaz de pegar el ojo, y los pocos ratos que a duras penas lo había conseguido, sus sueños se habían plagado de pesadillas, como de costumbre.

Dejó el vaso encima de la mesilla y enfiló los pasos hacia el sofá de la sala de estar. Se tumbó bocarriba, mirando al techo, y metió un

brazo detrás de la nuca.

El beso que había dado a Daniela estaba vívido en su cabeza. Imposible borrarlo. Probar sus labios carnosos y rosados era como saborear el almíbar. Jamás hubiera pensado que besar a una mujer después de tantos años, en los que no se lo había permitido a ninguna, fuera tan placentero como lo era besarla a ella.

—¡Dios, la deseo! —exclamó en el silencio de la suite—. La deseo como no he deseado a ninguna mujer…

Su miembro se sacudió.

Nathan se revolvió impaciente en el sitio.

Respiró hondo y cerró los ojos, tratando de apaciguar la mente, y sin apenas darse cuenta, se sumergió en un sueño ligero.

—Fue tu culpa, Nathan. Fue tu culpa…

La voz parecía provenir de kilómetros de distancia. Sin embargo, la figura etérea de la mujer que había pronunciado aquellas palabras estaba allí, a solo unos metros de Nathan, envuelta en un vaporoso vestido blanco, y con un bebé en brazos.

Nathan alzó la vista y la miró con aprensión. Alargó la mano temblorosa deseando tocarla. Era tan real que le produjo un escalofrío. Pero la mujer se echó hacia atrás para evitar el contacto.

—No fue mi culpa. Yo no quería que pasara… ¡Oh, Dios!, ¡yo no quería que pasara…! —dijo al borde del llanto.

Sin embargo, la mujer no le escuchaba, seguía haciéndole reproches, una y otra vez, mientras lo miraba impasible. Las palabras se clavaban en el corazón de Nathan como afilados cuchillos.

—Tú fuiste el culpable, Nathan, el único culpable… Nos condenaste a esto…

Nathan cayó de rodillas al suelo de tierra negra, derrumbado por el peso del dolor y la culpa. Agachó la cabeza y hundió la cara entre las manos.

—Por favor, escúchame… Escúchame… —suplicó sollozante.

Pero de nada le valía rogar o implorar, la mujer no le escuchaba, continuaba acusándole con expresión inquisidora en el rostro de rasgos alados.

Nathan se descubrió la cara y estiró los brazos tratando de acariciar su figura.

—Sienna, por favor, escúchame… Yo no quería que pasara. No quería…

De pronto, los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas de sangre. Un instante después comenzaron a resbalar por sus mejillas lívidas, dibujando en el rostro surcos de un rojo dantesco.

—¡No! —gritó Nathan al contemplar la macabra imagen—. Por favor, no. No, no, no. Nooo…

Su propio alarido, que rasgó fantasmagóricamente el silencio de la suite, lo sobresaltó, haciendo que se despertara y se incorporara de golpe. Miró a su alrededor con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, y descubrió que estaba en el sofá. La claridad de la luna llena caía plateada sobre su cuerpo desde los enormes ventanales.

Un sudor frío le empapaba el rostro y la espalda y el pecho le subía y bajaba tan rápido que los pulmones no abarcaban a coger tanto aire como demandaba.

—Solo ha sido una pesadilla… —se dijo con la voz entrecortada y el corazón latiéndole a mil por hora—. Una maldita pesadilla.

Se pasó las manos por la cabeza, acariciándose el pelo, y cerró los ojos para regular la respiración. Las imágenes estaban todavía vívidas en su mente y eran tan reales que tenía la sensación de haberlo vivido de verdad.

—Dios santo, ¿cuándo se va a acabar esto? —murmuró impotente.

Lo mejor sería trabajar un poco para distraerse.

Miró el reloj. Apenas había dormido una hora. Se levantó del sofá y se dirigió hacia el escritorio de la zona de trabajo que poseía la suite. Se sentó y abrió el ordenador portátil.

CAPÍTULO 25

—¡Por nosotras! —brindó Daniela, alzando la copa.

—¡Por nosotras! —dijo Sú. Ambas se llevaron las copas a los labios después de chocar los bordes y bebieron—. ¿Cuántos brindis llevamos ya? —preguntó cuando dejó de beber.

—No lo sé, pero muchos —respondió Daniela con la voz ligeramente pastosa—. Hemos brindado por todas las personas del bar, también por los camareros, por la gogó, por el Dj, por el perro, aunque no sabemos si tiene, del Dj, por la chica a la que le hemos visto las bragas en el servicio, por las bragas de la chica… —fue enumerando en tono notablemente ebrio. Trató de contarlos con los dedos, pero perdió la cuenta y desistió en su intento.

Sú se echó a reír cuando la vio gesticular y Daniela la acompañó.

—¿Crees que estamos borrachas? —dijo Sú.

—Lo creo, lo creo… —masculló Daniela, inclinando la cabeza teatralmente—. Es más, estoy segura de ello.

—¿Pero no es muy pronto?

—Pues sí, pero no estamos acostumbradas Sú, y se nos ha ido la mano. Bien lejos además…

Las dos rompieron a reír en carcajadas.

—Será mejor que busquemos un taxi y que nos vayamos —sugirió Sú.

—Esa es una buena idea —suscribió Daniela—. Es mejor que nos vayamos antes de que la liemos parda.

Salieron del bar intentando no chocarse con la gente, se dirigieron a la parada de taxis que había un par de calles más allá y volvieron al hotel. Daniela había tratado de olvidarse de sus preocupaciones, y durante un rato lo consiguió.

Nathan miraba la pantalla de su portátil mientras tecleaba los últimos datos del informe en el que estaba trabajando. Los restos de un whisky con hielo que se había bebido languidecían en un vaso sobre la mesa.

Consultó el Rolex de su muñeca. Las manecillas doradas señalaban casi las tres de la madrugada. Aquella había sido otra de esas noches

de pesadillas, e invulnerable insomnio, que Nathan había aprovechado para trabajar.

Alguien tocó a la puerta.

Nathan apartó la vista de la pantalla del portátil y giró el rostro hacia ella.

—¿Quién cojones es a estas horas? —se preguntó de mal humor.

Se levantó de la silla y enfiló los pasos hacia la puerta con expresión de general en el rostro. Los rasgos de la cara se le suavizaron de inmediato cuando vio que quién estaba al otro lado era Daniela.

—Dani… —susurró.

—Solo he venido a decirte que ya te he olvidado —se arrancó a decir ella con voz pastosa—. Me colgué por ti, sí, pero ya te he olvidado, del todo —añadió, intentado enlazar todas las palabras correctamente.

Nathan enarcó una ceja.

—¿Estás borracha? —le preguntó.

—Es posible, es posible… Sú dice que sí —respondió Daniela, arrastrando las sílabas—. Y yo también lo creo, a juzgar por el mareo que tengo —concluyó, agarrándose al marco de madera de la puerta para no perder el equilibrio—. Pero ha sido por una buena causa, ¿sabes? Hemos brindado por todos y cada uno de los habitantes de Madrid. —Daniela abrió los brazos de par en par abarcando lo que le rodeaba—. Y de las provincias colindantes.

—¿Y te parece bonito? —la amonestó Nathan.

—Pues supongo que no —se rio Daniela—, pero es que no todos somos tan perfectos como usted, señor Littman. Además, no estoy en horario laboral y puedo emborracharme todo lo que me dé la gana.

Nathan apretó los labios para reprimir la sonrisilla que amenazaba con escapársele. A pesar de que no le gustaba que Daniela estuviera borracha, la lengua de trapo con la que se expresaba le resultaba divertida. Pero si lo hacía, sería como reírle las gracias a un niño.

—Ya veo —fue lo que dijo, tratando de sonar serio—. Pasa.

Daniela lo miró con los ojos entornados.

—No —negó—. Es mejor que me vaya. —Arrugó la nariz y se acarició la cabeza, metiéndose un mechón de pelo detrás de la oreja —. No he debido… No he debido venir… Joder, no sé qué hago aquí —musitó, echando una mirada al largo pasillo—. Mejor me voy.

—No vas a ir a ninguna parte —atajó Nathan, sujetándola sorpresivamente por la muñeca.

—Pero… —balbuceó Daniela.

Antes de que pudiera protestar, Nathan tiró de ella y la cogió en

brazos de un envite.

—Nathan, yo no…

—Shhh… —siseó Nathan mientras daba un golpe con el pie en la puerta para cerrarla—. Hoy vas a pasar la noche conmigo, mi cielo —susurró con voz extremadamente suave, avanzando hacia la cama.

Daniela abrió los ojos. El sol entraba con tanta fuerza por los ventanales de la habitación que la obligó a cerrarlos de nuevo, e irlos abriendo poco a poco para que las pupilas se adaptaran a tanta luz. Tragó saliva para intentar aliviar la sequedad de la boca.

Oh, no… Oh, no…, masculló en silencio, al darse cuenta de dónde estaba.

Lo reconoció de inmediato.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor pidiendo que el entumecimiento de la resaca le hiciera estar equivocada.

—Porras… —musitó.

Dejó caer el rostro contra la almohada y resopló. Quería que se la tragara la Tierra. ¿Cómo había llegado hasta la suite de Nathan? ¿Y qué cojones hacía en su cama?

—Buenos días.

La voz neutra de Nathan sonó a los pies de la cama. Daniela alzó el rostro de golpe, sorprendida, y se lo encontró semidesnudo, con una toalla blanca del hotel atada a la cintura y el pelo negro mojado echado hacia atrás. Los rasgos de su rostro permanecían ligeramente endurecidos y, aunque su cerebro estaba embotado por el alcohol, pudo percibir su olor a gel y limpieza.

—Buenos días —dijo en un susurro, con el corazón acelerado.

Aunque para mí no tienen nada de buenos, pensó para sí, al tiempo que se incorporaba y se sentaba en la cama. Tiró de la colcha para taparse los pechos. Estaba en bragas y en sujetador y no quería ni siquiera pensar que Nathan había tenido que desnudarla.

—¿Qué tal estás? —le preguntó él en un tono que contenía un viso inquisitivo.

—Bien… creo —respondió Daniela.

En esos momentos estaba experimentando un terrible dolor de cabeza, calor, resaca y vergüenza, mucha vergüenza.

De pronto se sintió como una niña pequeña ante la mirada que Nathan mantenía fija en ella. Quiso esquivarla, pero no pudo.

¿Qué estará pensando?, se preguntó. *Que soy una estúpida,* se

respondió a sí misma.

—¿Por qué estoy en tu suite? —se atrevió a preguntar, bajando la vista hasta las sábanas blancas.

—Viniste tú… —dijo—… voluntariamente —puntualizó.

Daniela no sabía dónde meterse. No se acordaba de nada. El último recuerdo que pululaba por su cabeza era el del taxi que las dejaba a Sú y a ella en el hotel. Después todo era vacío y olvido.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y mil veces mierda más!, se lamentó una y otra vez.

Tomó una bocanada de aire.

—¿Hemos…? —comenzó, intentando ocultar su alarma, pero no acabó la frase.

—¿Follado? —terminó la pregunta Nathan, impasible.

Daniela simplemente inclinó la cabeza, compungida, y asintió.

Nathan enarcó las cejas con gravedad.

—¿Crees que haría algo tan bajo, Dani? ¿Crees que me aprovecharía de ti estando borracha? —planteó Nathan, acusador.

Daniela notó de repente la cara acalorada; le estaba ardiendo. Seguro que en ese instante tenía el rostro rojo como un tomate. Carraspeó para aclararse la voz.

—No, Nathan —contestó, ajustándose la colcha al cuerpo—. No lo decía por ti —se justificó—, sino por si yo… bueno… —Se encogió de hombros.

Durante un momento Daniela temió haber sido demasiado provocativa o haberse lanzado a Nathan… Estando ebria podía ser capaz de cualquier cosa.

Nathan la contempló unos segundos. Quizá estaba siendo demasiado duro con ella. Lo único que había hecho Daniela era divertirse como cualquier chica de su edad, aunque se hubiera pasado con el alcohol.

—Además, cuando follo —tomó de nuevo la palabra sin dejar de mirarla—, me gusta que las mujeres estén en pleno uso de sus facultades, y no en un estado de semiinconsciencia —añadió mordazmente—. Tú lo deberías saber…

Daniela sintió que se le erizaba el vello de la nuca al oír aquella última frase. Cuando reunió el suficiente valor para mirar a Nathan, captó la burla que escondía el verde oscuro de sus ojos.

Genial, ha pasado de regañarme a reírse de mí, se dijo.

CAPÍTULO 26

—Lo siento —se disculpó Daniela con voz apocada.

—La verdad es que ha sido una noche muy interesante —comentó Nathan.

Daniela frunció el ceño. ¿Qué quería decir eso?

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Bueno, el alcohol te soltó la lengua… —respondió Nathan escuetamente.

¡Por Dios, Dani!, ¡¿qué narices le has dicho?!, se regañó a sí misma.

—¿Qué…? ¿Qué te conté? —quiso saber, aunque temía la respuesta.

—Algo muy… jugoso —contestó Nathan con una nota de misterio.

Se acercó a la cama y se sentó al lado de Daniela. Tan cerca que podía tocarla. Sin embargo, se mantuvo quieto. Daniela tragó saliva ruidosamente. Tenía la boca seca.

—Ahora yo sé su secreto, señorita Martín —dijo Nathan, lo suficientemente próximo al rostro de Daniela como para que ella sintiera que le faltaba el aire.

—Yo no tengo secretos —soltó Daniela con cierto reproche, tratando de hacerse con la conversación y no dejándose intimidar por Nathan.

—Pues anoche me confesaste uno —le contradijo él, con un brillo de burla en los ojos.

Daniela lo miró con expresión circunspecta.

—¿Y no me lo vas a decir? —insistió.

En esos momentos tocaron a la puerta, interrumpiendo la conversación.

—Servicio de habitaciones —dijo una voz femenina.

Daniela abrió los ojos de par en par. El corazón le dio un vuelco. ¿Era Victoria?

¡Lo que me faltaba!, se quejó.

—He mandado que te trajeran el desayuno —le informó Nathan.

—No tenías que haberte tomado tantas molestias —ironizó Daniela.

Su mañana empeoraba por momentos.

Nathan desplegó media sonrisa mordaz en los labios y se levantó.

—Tienes que meter algo en el estómago, si quieres deshacerte de esa resaca cuanto antes —dijo, mientras se dirigía a la puerta.

—¿Desde cuándo eres experto en resacas? —masculló Daniela en

un tono inaudible.

Estaba enfadada consigo misma. ¿Cómo había cometido la torpeza de presentarse en la suite de Nathan? ¿Y encima borracha?

Eres una idiota, Dani. Una completa idiota. Solo a ti se te ocurriría algo semejante, se reprendió. *¿Y qué diablos le habré dicho? ¿Qué le habré confesado?*, se preguntó, pasándose las manos por la cabeza en un gesto lleno de exasperación.

El sonido de las ruedas de un carro desplazándose por el suelo de la suite la hizo volver de inmediato al presente.

—¡Joder! —gruñó en voz baja, antes de tirar de las sábanas y cubrirse con ellas por entero.

Si Victoria la veía allí iba a montarse una buena en el hotel. Se convertiría en el cotilleo de los próximos cien años.

Aguzó el oído para ver si podía oír algo, pero solo alcanzaba a escuchar un leve murmullo ininteligible. Un minuto después notó un tirón en el borde de las sábanas.

—Ya puedes destaparte —dijo Nathan, a quien todo aquello le resultaba de lo más divertido.

A veces Daniela era como una niña pequeña, y eran esos comportamientos precisamente los que más le gustaban de ella, los que le hacían sonreír, los que más le gustaba consentirle. Le estaba tocando vivir una vida con demasiadas responsabilidades para una chica de veinticuatro años y esos momentos era los que quería preservar, los que quería que Daniela no perdiera nunca. Los que para él componían su esencia.

Daniela se descubrió la cara y arrugó la nariz.

—Yo no le veo la gracia, Nathan —trató de amonestarlo al reparar en el destello de diversión que reflejaban sus ojos—. ¿Tú sabes la que se podría montar si me ven aquí? Me tocaría… no sé, emigrar del país. Aquí la gente es muy cotilla.

Nathan dejó escapar una risilla.

—De verdad que las españolas sois muy exageradas —apuntó.

—No somos exageradas, lo que somos es muy cotillas —le aclaró Daniela.

Nathan negó con un ligero movimiento de cabeza.

—Dúchate y desayuna —indicó.

—No, Nathan, tengo que irme —objetó Daniela.

—No, Daniela, vas a ducharte y después vas a desayunar.

Daniela no podía creerlo. Nathan no era nadie para mandarle de aquella manera. ¿Con qué derecho le decía lo que tenía que hacer?

—No puedes darme órdenes, no estamos en horario laboral —se impuso—. En estos momentos no eres mi jefe.

Nathan le dirigió una mirada con los ojos entornados. Daniela trató de mantener la compostura, pero la expresión severa de Nathan no ayudaba nada. Entonces supo de inmediato que él no iba a ceder.

—Me da igual si estamos o no en horario laboral; vas a ducharte y vas a sentarte a la mesa a desayunar —arguyó Nathan en un tono que dejaba fuera de duda cualquier réplica—. Y no me mires como si hubiera ahogado a tu mascota —añadió.

Seguidamente se dio media vuelta, dando por zanjada la conversación.

Daniela apretó los dientes y bufó. ¿Por qué Nathan siempre se tenía que salir con la suya?

CAPÍTULO 27

Aprovechando que Nathan estaba de espaldas, Daniela apartó las sábanas de un tirón, se levantó de la cama, cogió el cubrecama de mala leche y se envolvió el cuerpo con él.

Nathan la miró de reojo por encima de su hombro mientras se internaba en el cuarto de baño y delineó en los labios media sonrisa de condescendencia.

Ya en el interior del lujoso servicio, Daniela se echó un vistazo en el espejo.

—¡Dios mío, estoy hecha un espanto! —exclamó.

Resopló abatida para apartarse un mechón de pelo de la cara. Tenía el cabello enmarañado, la piel pálida y las ojeras de sus ojos se veían más profundas que nunca.

—Soy patética. ¿De dónde saqué la maldita idea de venir a la suite de Nathan? ¿De dónde? Es como meterme en la guarida del león.

Sacudió la cabeza.

Se deshizo de la colcha y de la ropa interior, dio el grifo del agua caliente y se metió debajo de la alcachofa de la ducha. Mientras dejaba que el agua le refrescara el cuerpo y eliminara el embotamiento que tenía en la cabeza, un carrusel de imágenes apareció de forma traicionera en su mente.

Había sido allí mismo, contra aquella misma pared de pequeños azulejos negros, donde Nathan la había follado como si fuera un animal salvaje, con la pasión con la que solo él follaba, y también donde le había enjabonado el cuerpo con tanta delicadeza como si fuera una muñeca hecha de la porcelana más delicada.

De repente los ojos se le anegaron de lágrimas. Apretó los labios tratando de reprimir el llanto, pero le fue imposible. Un segundo después estaba llorando como una niña pequeña.

Cerró el grifo y sorbió por la nariz, a la vez que se limpiaba las lágrimas para que no le empañaran la vista.

Tenía que salir de aquella suite. Sentía que se le caía encima. Dentro de aquellas paredes había demasiados recuerdos, y estar cerca de Nathan era demasiado peligroso.

Salió del cubículo de la ducha, cogió el albornoz que estaba doblado perfectamente sobre una de las estanterías y se lo puso.

Cuando abandonó el cuarto de baño, Nathan dijo:

—Un poco de café te vendrá bien. —Cogió la taza de encima de la mesa, alargó el brazo y se la ofreció.

Daniela avanzó unos pasos.

—Quiero irme —atajó, intentando que la voz no le temblara. Estaba a punto de romper de nuevo a llorar.

—Antes tienes que tomarte el café —insistió Nathan.

Aunque Daniela mantenía la cabeza agachada, Nathan vio que la expresión de su rostro se había ensombrecido.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó.

—Sí —mintió ella, apretándose más el cinturón del albornoz.

Nathan advirtió que le temblaba la voz.

—Mírame, Dani —le pidió.

—Nathan, por favor, dime dónde está mi vestido para ponérmelo y poderme ir —le pidió Daniela.

Se pasó las manos con nerviosismo por los antebrazos, deseando poder alejar la impaciencia que sentía, y lo miró suplicante.

A Nathan se le encogió el corazón al comprobar que Daniela había llorado. Tenía los ojos ligeramente rojos y brillantes.

—Dani, ¿has llorado? —le preguntó en tono de alarma.

Daniela cambió el peso del cuerpo de un lado a otro, incómoda. Nathan, con pasos silenciosos y elegantes, se acercó a ella, apoyó los dedos en su barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Has llorado? —volvió a preguntarle, pese a que sabía perfectamente la respuesta.

Daniela tragó saliva para aliviar la sequedad que sentía en la boca. La extrema cercanía de Nathan y el suave roce de su mano le produjeron una oleada de calor que atenazó sus entrañas. Durante unas décimas de segundo se dijo que no tenía ningún sentido luchar contra la atracción que sentía por él.

Era algo tan fuerte que resultaba devastador, y doloroso, teniendo en cuenta las circunstancias. Teniendo en cuenta que al otro lado del charco había una mujer y una hija que esperaban a Nathan, y a quienes él se debía como esposo y como padre.

Aquel pensamiento la torturaba.

—Por favor, dime dónde está mi vestido —le pidió de nuevo.

Nathan se quedó unos instantes observándola. Daniela ni siquiera le miraba; estaba cabizbaja y al borde del llanto, y tuvo la total certeza de que él era el responsable. Se le rompió el corazón al ver la tristeza que reflejaba su rostro.

Bajó la mano, resignado, no quería causarle a Daniela más daño del que ya le estaba causando. En silencio, dio media vuelta y enfiló los pasos hacia el sillón en cuyo respaldo estaba el vestido. Lo cogió y volvió donde estaba Daniela. Extendió el brazo y se lo tendió.

—Aquí lo tienes —dijo.

—Gracias —respondió Daniela con voz suave.

Lo tomó de la mano de Nathan, con cuidado para no rozarle, y sin mediar más palabras se fue al cuarto de baño. Tenía que irse de allí cuanto antes o estallaría en cualquier momento.

Nathan no apartó la vista de ella hasta que su figura envuelta en el albornoz se perdió detrás de la puerta. Cuando Daniela desapareció de su campo visual, dejó escapar el aire de los pulmones.

Un breve rato después, Daniela salió con el vestido puesto y lo que pretendía ser un moño informal, que se había hecho muy deprisa con una goma que llevaba en la muñeca, en la cabeza.

Vio que las sandalias estaban a los pies de la cama, se dirigió a ellas sin mirar a Nathan, las cogió y sentada en el colchón se las abrochó.

—Aquí tienes el bolso —anunció Nathan, rompiendo el sepulcral silencio que reinaba en la suite.

—Gracias —le agradeció Daniela formalmente.

Por fin Nathan colaboraba.

CAPÍTULO 28

Daniela salió de la habitación despidiéndose con un escueto adiós. No tenía fuerzas para nada más. Era demasiado débil para resistir la atracción que Nathan ejercía sobre ella y temía que en cualquier momento él pudiera hacerle caer de nuevo en sus redes.

Y ya había cometido demasiados errores.

No se podía permitir uno más.

Tratando por todos los medios de que no la viera nadie y evitar líos, se subió en el montacargas que utilizaba el personal del hotel y se fue a su cuarto. Apenas le dio tiempo a abrir la puerta antes de dejarse caer sobre la cama y dar rienda suelta contra la almohada a las lágrimas que había estado conteniendo. Aquella situación empezaba a ser insoportable.

Nathan se quedó mirando la puerta por la que acababa de salir Daniela y se mantuvo así unos segundos, con la mirada fija en la madera, pensando en lo que acababa de pasar; seguro de que las lágrimas que Daniela había derramado en silencio en el cuarto de baño eran por su culpa.

—Le estoy haciendo sufrir… —se reprochó mortificado.

Quizá lo mejor sería volver a Nueva York y dejar que Nicholas gestionara el hotel, reflexionó. Su presencia, su mera presencia en el Eurostars estaba haciendo daño a Daniela y eso era lo que menos quería en el mundo.

—*¡Fuck!* —siseó apretando los dientes.

Se giró sobre sus talones mientras se pasaba las manos por la cabeza en un gesto de abatimiento. Cuando se sentó en el borde de la cama se preguntó con escepticismo si sería capaz de alejarse de Daniela y dejar a un lado lo que le hacía sentir.

No, desde luego que no, se respondió. *¿Cómo coño voy a vivir sin sus mil sonrisas? ¿Cómo?*, se preguntó abriendo los brazos.

Necesitaba verla, necesitaba olerla, necesitaba tocarla… Le había costado horrores reprimir las ganas de acariciarla mientras dormía en su cama presa del sopor de la borrachera, evidenciando que las duchas frías no servían de nada.

Se había acercado a ella y durante unos minutos la había contemplado como si fuera la criatura más fascinante del mundo, absorbiendo la paz que irradiaba. Con gesto devoto, había extendido

la mano para acariciarla, pero la había detenido en el aire, sin llegar siquiera a rozarla.

Tenía la esperanza de que con el transcurso de las horas el deseo de tocarla disminuyera, sin embargo, no fue así. Cuando despuntó la mañana, se había dado una ducha de agua fría de un cuarto de hora, pero solo necesitó ver a Daniela de nuevo para darse cuenta de que no había valido para nada. Ni un baño en el Ártico hubiera servido.

Se le había calentado la sangre hasta el punto de la ebullición cuando, en un determinado momento de la noche, Daniela se había dado la vuelta en la cama, con tan mala suerte que las sábanas se habían caído al suelo y habían dejado al descubierto su precioso cuerpo. Había tenido que arroparla rápidamente para no caer en la tentación de…

—Ufff… —bufó Nathan, al recordar la escena.

¿Cómo iba a vivir sin Daniela? ¿Cómo iba a vivir sin volver a acariciarla? ¿A besarla?

Durante un segundo sus pensamientos se detuvieron. No podía ser tan egoísta: tenía que pensar en ella y en su felicidad, y su felicidad no estaba junto a él. Él no era bueno para Daniela ni la mejor persona que quería para ella.

—Daniela no se merece estar con alguien como yo —murmuró a modo de sentencia—. Yo sigo siendo oscuridad… mucha oscuridad.

—¿Habéis visto qué rápido van las obras de la ampliación del hotel? —preguntó Irene a Sú y a Victoria, que en esos momentos estaban en la salita del personal tomándose un café.

—Es una pasada —respondió Victoria con asombro—. No he visto una cosa igual.

—Bueno, es normal, teniendo en cuenta que hay trabajadores las veinticuatro horas del día —intervino Sú.

—Por cierto, el otro día ya pude ver de cerca al señor Littman… —dijo Victoria, dejando la frase suspendida en el aire.

—¿Y? —se adelantó a curiosear Irene.

—Me queda claro que ese tío se folla todo lo que se mueve —contestó—. Cuando entré en su suite para llevarle el desayuno estaba con una mujer, a juzgar por el vestido y las sandalias que vi.

Sú tosió el café que tenía en la boca cuando escuchó a Victoria decir aquello. A punto estuvo de salírsele por la nariz. ¿Nathan estaba con una mujer? ¿Y en qué lugar quedaba Daniela?

¡Capullo!, dijo para sus adentros.

—¿Estás bien, Sú? —se interesaron Irene y Victoria, volviendo el rostro hacia ella.

—Sí, es que se me ha ido por otro lado —disimuló Sú, limpiándose la boca con una servilleta de papel.

—Bueno, el señor Littman lo vale. Es guapo, misterioso, tiene pasta… —enumeró Irene, retomando el tema—. ¡Lo tiene todo!

Sú puso los ojos en blanco, preguntándose si algún día Irene y Victoria iban a dejar de babear por Nathan Littman tanto como babeaban. Parecían dos caracoles.

¿Cómo le iba a decir a Daniela que Nathan andaba cepillándose a todo lo que se encontraba por delante? ¡Joder!, ¡¿es que no iba a salirle nada bien?! Ella no podría soportar otro golpe más.

CAPÍTULO 29

Sú vio a Daniela por el pasillo de la última planta de habitaciones del hotel.

—Chis… Chis… —la llamó.

Daniela giró el rostro.

—Sú…

—Ven —le indicó su amiga, haciendo un ademán con la mano.

Daniela miró a un lado y a otro para asegurarse de que no las veía nadie y se dirigió hacia donde estaba Sú.

—Hola, Sú —la saludó.

—Hola, Dani. Ven, tengo que hablar contigo —dijo Sú, cogiendo a Daniela del brazo y arrastrándola con ella hacia el cuarto de baño de una de las habitaciones que estaba limpiando.

—¿Qué pasa? —le preguntó Daniela.

—Siéntate —le indicó Sú, llevándola hasta el wc y casi obligándola a sentarse sobre la tapa.

—Sú, ¿estás bien? ¿Qué pasa? —volvió a preguntar Daniela en tono algo alarmado mientras tomaba asiento—. ¿Te ha ocurrido algo?

Sú agitó la mano.

—No es de mí de quien quiero hablar, sino de ti —respondió.

—¿Se ha quedado algún cliente? —supuso Daniela.

—No, no, no... —se apresuró a negar Sú—. Es sobre Nathan —dijo.

Daniela frunció el ceño.

—¿Qué ocurre con él?

Sú escogió con cuidado las palabras que iba a decir y el modo en que iba a decirlo, quería minimizar al máximo el daño que aquello causaría a Daniela.

—Cariño… Bueno, verás… —se interrumpió.

Se sentó en el borde del enorme jacuzzi que poseía el cuarto de baño, frente a Daniela.

—Sú, dime ya lo que sea que vas a decirme. Estás empezando a asustarme —la apremió Daniela.

—Esta mañana… he oído un comentario que ha hecho Victoria…

Daniela comenzó a mostrarse impaciente. ¿Nathan? ¿Victoria? ¿Qué tenía que ver Victoria con Nathan? ¿O viceversa? ¿Habría querido Nathan tener algo con su compañera de trabajo al ver que ella ya no estaba dispuesta a pasar por el aro?

—¿Y? —incitó a Sú.

Sú resopló y dejó caer los hombros

—Al parecer, llevó un desayuno a la suite de Nathan y cuando entró, vio un vestido y unas sandalias de mujer… —dijo al fin.

Daniela exhaló el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

—Ese tío es un capullo, Dani. Lo… —se apresuró a decir Sú.

—Ese vestido y esas sandalias eran míos —dijo Daniela, cortando a Sú.

Sú abrió la boca.

—¡Estás de broma! —exclamó.

—Ojalá —murmuró Daniela ligeramente avergonzada.

—¿Qué hacías a esas horas en la suite de…? Oh, oh, oh… ¿Pasasteis la noche juntos? Dani, ¿pasaste la noche con Nathan?

Daniela sacudió la cabeza, negando enérgicamente.

—No, no… Bueno, no en el sentido que tú lo estás dando.

—Entonces, ¿en qué sentido pasasteis la noche juntos? —preguntó Sú, a quien le estaba empezando a aguijonear la curiosidad.

Daniela se levantó y se apoyó en el borde de la encimera de mármol negro de los lavabos.

—Fue el día que salimos de fiesta.

—¿El sábado?

—Sí —asintió Daniela—. No sé cómo me las apañé, pero fui a la suite de Nathan.

—Pero ¿cómo?, si yo estuve contigo hasta que llegamos al pasillo de nuestras habitaciones.

Daniela lanzó al aire un suspiro.

—No lo sé, Sú. No sé qué me pasaría por la cabeza, pero terminé llamando a su puerta. Soy una descerebrada —dijo, con una nota de desesperación en la voz.

—No te castigues de esa manera, cielo. Todos, en algún momento, hemos mandado un inoportuno mensaje a las tantas de la madrugada, a un ex, o al chico que nos gusta, fruto de una borrachera.

—Ya, Sú, pero yo ya no soy una adolescente.

—Ni tampoco una vieja. Estás en edad de hacer esas cosas.

Daniela tomó aire y lo soltó con una exhalación ruidosa.

—Yo ya no sé en edad de qué estoy —dijo—. Solo sé que metí la pata al ir a la suite de Nathan.

—¿Pero os acostasteis?

—No —negó—. Pero no me acuerdo de nada y no sé lo que hice. ¿Y si me lancé a él? ¿O intenté besarlo? ¿O intenté… yo que sé… pegarle un bofetón por cabrón?

—Eso hubiera estado bien —intervino Sú en tono socarrón.

Daniela la amonestó con la mirada ligeramente. Sú ocultó una

sonrisilla con la mano.

—En serio, Sú, fue un desatino —dijo, colocándose detrás de la oreja un mechón de pelo que se le había soltado del moño. En la expresión de su rostro podía apreciarse un viso de agobio—. Igual que tampoco me acuerdo de nada de lo que le dije, y lo peor es que se me debió de soltar la lengua.

—¿Por qué dices eso?

—Nathan dice que le confesé un secreto.

—¿Un secreto? —Sú frunció los labios—. Si tú no tienes secretos. No los tienes, ¿no?

—No, claro que no —respondió Daniela como algo obvio—. No tengo ningún cadáver en el congelador.

Sú sonrió.

—¿No crees que pueda tratarse de un farol? ¿De una broma? —sugirió.

—Nathan no es de faroles, ni de bromas.

—¿Entonces?

Daniela se encogió de hombros.

—Eso es lo que me preocupa, que no sé qué… coño pude decirle.

Se irguió y comenzó a caminar de un lado a otro del amplio cuarto de baño.

—¿Y si…? ¿Y si le confesé que estoy enamorada de él, Sú? ¿O que soy demasiado débil para resistir su atracción? ¿Y si le dije eso, Sú? ¿Que no puedo resistirme a él? —dijo preocupada, sin dejar de pasear por el cuarto de baño—. ¡Joder, no voy a volver a beber en mi puñetera vida! —añadió—. ¡En mi puñetera vida!

—Venga, seguro que luego es una tontería.

—Preferiría haberle confesado que tengo instintos homicidas, que trituré al vecino y que eché sus restos al wáter, a que estoy enamorada de él.

Sú estalló en un coro de sonoras carcajadas.

—Qué gore puedes llegar a ser, Dani —dijo entre risas—. Eres una exagerada.

—No estoy exagerando —le contradijo ella—. A mí es que no me pasa nada normal, joder —se lamentó.

Sú negó con la cabeza y apretó los labios reprimiendo la risa.

—Entonces, ¿de follar nada de nada? —le preguntó a Daniela.

—Afortunadamente no. No me lo hubiera perdonado nunca.

—¿Por qué? ¿Porque tampoco te hubieras enterado? —se mofó Sú.

—Muy graciosa. Tu chispa me quema, Sú —ironizó Daniela.

—Dime una cosa, ¿el desayuno que llevó Victoria a la habitación…?

—Era para mí —se adelantó a responder Daniela—. Nathan está empeñado en que coma.

—Es que tienes que comer. Has adelgazado mucho en las últimas semanas —apuntó Sú protectoramente.

—¿Tú también, Sú?

—Sí. Además, si alguien puede conseguirlo es Nathan Littman.

Daniela suspiró.

—Volvamos al trabajo antes de que nos pillen —propuso.

—Vamos —dijo Sú. Mientras salían de la habitación, comentó—: En el fondo me alegro de que fueras tú quien estuviera con Nathan. No sabes de qué mala hostia me ha puesto pensar que había pasado la noche con otra. Lo más bonito que he dicho de él es que era un capullo.

Daniela sonrió.

—Ya me imagino... Conociéndote, seguro que has echado serpientes por la boca —dijo.

—No lo sabes bien. Le han tenido que sangrar los oídos —corroboró Sú.

Ambas rieron.

CAPÍTULO 30

Los días transcurrían uno tras otro, dejando atrás el verano y preparando el comienzo del otoño. Las obras de ampliación del Eurostars continuaban a paso de gigante bajo la estricta vigilancia de Nathan, que supervisaba los avances cada jornada, comprobando que todo iba como lo previsto, mientras decidía si después de la reinauguración del hotel, abandonaría Madrid y regresaría definitivamente a Nueva York.

Daniela lo evitaba a toda costa, hacerlo se había convertido en un hábito, en una tarea más del día, y Nathan, consciente de ello, no quería presionarla más con su sola presencia, porque sabía que le hacía daño.

—Espera, mi amor, que te lo ato yo —dijo Daniela, cuando vio que Carlota trasteaba con el pañuelo azul que había elegido.

Se acercó a ella y delante del espejo, se lo colocó alrededor de la cabeza y se lo anudó con cuidado en la parte de atrás.

—Me gusta el azul —dijo Daniela—. Te hace juego con el color de ojos —añadió con ternura.

Carlota le ofreció una sonrisa llena de cariño que Daniela correspondió con otra a través del espejo. Después se inclinó y depositó un beso suave en la cabeza de su hermana pequeña.

—¿Estás lista para ir a la exposición de Harry Potter? —le preguntó, sabiendo que Carlota estaba exultante ante la idea.

—¡Sí! —gritó ella con entusiasmo.

—Bien, entonces es hora de irnos —anunció Daniela—. Voy a por el bolso, las entradas y nos vamos.

Daniela dio media vuelta.

—Dani, ¿puedo echarme un poco de tu colonia? —le preguntó Carlota.

—Claro, cariño, eso no hace falta que lo preguntes —respondió Daniela, al tiempo que salía del cuarto de baño.

Carlota cogió el frasco de colonia que descansaba sobre la repisa y se roció la ropa con él. Le encantaba ese olor a flores frescas, porque le recordaba a Daniela. Ella siempre utilizaba esa colonia.

Daniela entró en la habitación, se colgó el bolso del hombro y se acercó hasta la mesilla para coger las entradas del acto. Cuando las tenía en sus manos, no pudo evitar que la imagen de Nathan viniera a su mente.

Aquel momento tan feliz para Carlota se lo debía a él. Eso era

indiscutible.

Suspiró vencida.

Todo seguía siendo demasiado difícil.

—¿Os vais ya?

La voz de Samuel, el padre de Daniela, la devolvió a la realidad. Daniela pestañeó un par de veces y lo vio en el umbral de la puerta, bajo el marco, esperando su respuesta.

—Sí.

—Carlota te está esperando en el salón.

—Ahora mismo voy.

Daniela y Samuel se dirigieron al salón, donde Carlota esperaba a su hermana sentada en el sofá. Su rostro infantil reflejaba una mezcla de impaciencia y emoción.

—Nos vamos —dijo Daniela, dirigiéndose a Carlota, que no veía llegar la hora de ir a la exposición.

—Pasadlo bien —les deseó Samuel.

—Luego te vemos, papá —se despidió Daniela, dándole un beso en la mejilla.

—Hasta luego, princesas —dijo él.

Se inclinó y dio un beso a Carlota. Esta respondió con un afectuoso abrazo que emocionó a Samuel. Su hija pequeña era puro amor.

—Disfruta mucho, mi vida —le dijo, intentando que su voz no sonara tomada.

Daniela alargó la mano y Carlota la cogió para salir de casa.

—Ah, papá, si tardamos, no te preocupes, no llames a los GEOS ni nada de eso —bromeó Daniela al abrir la puerta. Intercambió una mirada de complicidad con Carlota, que se echó a reír—, después de ver la exposición vamos a tomarnos un helado y a pasar una tarde de *hermanas Martín*.

Samuel esbozó una sonrisa e hizo un gesto enseñándoles las palmas de las manos.

—De acuerdo. Prometo estarme quietecito —repuso en tono distendido.

Mientras Samuel veía irse a sus hijas por el sendero de cemento, los ojos se le humedecieron. Intentaba ser fuerte delante de ellas, pero a veces el estado en el que se encontraba Carlota le hacía venirse abajo, aunque trataba de que nunca le vieran.

¿Cuándo superaría su pequeña la enfermedad? ¿Cuándo la dejaría atrás y podría vivir como una niña de once años normal?

Samuel se aferraba, como si fuera un clavo ardiendo, a la esperanza de que Carlota acabaría venciendo la leucemia. No se atrevía a pensar que pudiera ser de otro modo, que pudiera correr la

misma suerte que corrió su madre. La idea de perderla a ella también lo aterraba. Era un miedo que tenía metido en los huesos y que no era capaz de deshacerse de él. No soportaría que la vida le arrebatara también a su hija pequeña, y Daniela tampoco.

Ambos habían sufrido muchísimo con la muerte de Gemma, como se llamaba su madre. Y pese a que habían pasado más de seis años, Samuel seguía echándola de menos como el primer día, incluso más, si eso era posible.

Había sido el amor de su vida; la mujer a la que más había amado, pero el destino se la había llevado muy pronto.

Demasiado pronto.

Se dio media vuelta antes de que las lágrimas comenzaran a precipitarse por su rostro, se metió en casa y cerró la puerta a su espalda.

Daniela y Carlota pasaron una tarde maravillosa. Carlota disfrutó como una loca sumergida en el mundo mágico de Harry Potter, a lo largo de 1400 metros cuadrados en los que pudo disfrutar de los escenarios y pasearse por algunas de las localizaciones más populares de las películas, como el dormitorio de Gryffindor, la sala común, o el Bosque Prohibido. Admirar los cientos de trajes, objetos de atrezo y criaturas fantásticas que fueron utilizados para rodar la famosa saga de películas.

En una improvisada clase de Herbología, Carlota extrajo una mandrágora de una maceta con los ojillos brillantes, y lanzó una pelota Quaffle desde el campo de Quidditch.

Todo lo que había leído y visto en las películas, estaba allí, a un palmo de ella.

Iba de un lado a otro señalando con el dedo mientras decía entusiasmada:

«Mira esto, Dani…»

«¿Has visto esto?»

«Hala, ¿y esto de aquí?»

Daniela disfrutó con ella porque la veía feliz, y entonces volvió a caer en que todas aquellas sonrisas que había esbozado Carlota aquella tarde y el brillo de sus ojos eran gracias a Nathan.

De pronto se sintió mal consigo misma. Muy mal.

Le hubiera costado poco o mucho hacerse con ellas, Nathan se había molestado en conseguir dos entradas para la exposición, sin ni siquiera pedírselo, y se había encargado de llevárselas personalmente a su casa, y quizá ella no le había dado la importancia que tenía.

Chasqueó la lengua.

Le gustaría darle de nuevo las gracias, porque después de ver lo

feliz que había hecho a Carlota, se sentía tremendamente agradecida, pero tal vez no fuera buena idea... Llevaba días evitando a Nathan y tenerlo que ver no le hacía mucha gracia.

Sus pensamientos se detuvieron cuando Carlota le cogió de la mano y tiró de ella para llevarla hasta la cabaña de Hagrid y su sillón gigantesco.

CAPÍTULO 31

Daniela se pasó toda la noche dando vueltas al hecho de si debía o no dar de nuevo las gracias a Nathan por las entradas a la exposición de Harry Potter. Se había sentido de repente tan mal consigo misma, que la única manera de aliviar la desazón que sentía, entre otras cosas, era volviéndole a agradecer lo que había hecho por su hermana.

Se preguntó varias veces con qué estaría tranquila su conciencia, y la respuesta siempre era la misma.

La mañana siguiente desayunó rápidamente, se despidió con un beso de su padre y con un beso de esquimal, como era costumbre, de Carlota, y salió de casa rumbo al Eurostars.

Se iba a poner el casco cuando oyó el saludo de Sergio a su espalda.

—Hola, Dani.

Dani bajó el casco y giró el rostro.

—¿Qué quieres, Sergio? —le preguntó.

—Hablar —contestó él.

—No tenemos nada de qué hablar, Sergio —se apresuró a decir Daniela.

—Por favor, Dani, deja que te aclare las cosas.

—¿Que te deje que me aclares las cosas? —repitió Daniela con incredulidad—. ¿Qué coño hay que aclarar? Me la has estado pegando con otra tía durante nueve meses —le recriminó—. Está todo claro.

—Tú también te follaste a otro tío mientras estabas conmigo —le echó en cara Sergio en tono resentido—. No eres ninguna santa.

Daniela lo fulminó con la mirada antes de alargar el brazo y pegarle una bofetada. Algunos viandantes se quedaron mirándolos con asombro.

—No puedo creer que me estés diciendo algo así. Eso ha sido un golpe bajo —dijo Daniela, ignorando las miradas de los curiosos.

—Lo siento, lo siento mucho —se disculpó Sergio, con actitud estoica—. No quería decir eso, Dani… Sé que soy el menos indicado para reprocharte nada —rectificó después con voz suave.

Daniela quería terminar con aquella conversación ya.

—Sergio, estoy harta de tus juegos, así que márchate y déjame en paz —atajó—. ¿Por qué… no sé…? —Se encogió de hombros—. ¿Por qué no vas a tratar de convencer a esa otra para que vuelva contigo? —sugirió con extrema mordacidad.

Sergio palideció.

—Porque es a ti a quien quiero y es contigo con quien quiero estar —respondió.

Una sonrisa amarga asomó a los labios de Daniela.

—No —dijo—. No vas porque te ha mandado a tomar por culo, y has vuelto a mí con el rabo entre las piernas porque te has quedado solo. Te has debido de pensar que soy imbécil.

—No, Dani, no. Te juro que… —comenzó Sergio.

—Tengo prisa —le cortó Daniela.

Sin dejar que Sergio dijera nada más, se puso el casco, se lo abrochó y se montó en la moto. Unos segundos después se alejaba de allí ante la atenta mirada de Sergio, que veía como se iba mientras resoplaba impotente y se pasaba las manos por la cabeza.

Al llegar al Eurostars, Daniela aparcó su Vespa Piaggio amarilla en el sitio acostumbrado, al final de la flota de coches de lujo que llenaba el aparcamiento. Se quitó el casco y se bajó de la moto.

Corrió hacia la entrada del hotel cuando vio a Nathan cruzar casualmente la puerta giratoria y entrar en él.

—Hola, Gus —dijo al botones sin detenerse.

—Hola, guapa —respondió él, ofreciéndole una amplia sonrisa.

—Hola, Cris —saludó después a la recepcionista.

—Hola, Dani.

—¿Has visto hacia dónde se dirigía el señor Littman? —le preguntó, al no verle por ningún lado en el vestíbulo.

—Ha tirado para la sala de reuniones del fondo del pasillo —respondió Cris, apuntando al mismo tiempo con el índice.

—Gracias.

—¿Todo bien? —preguntó a su vez la recepcionista.

—Sí, todo bien —asintió Daniela.

—Si me necesitas, da un silbidito —bromeó Cris, por si Daniela fuera a tener un enfrentamiento con el señor Littman.

Daniela sonrió pillando la indirecta.

—Tranquila —dijo—. Todo está bien —repitió.

Sin más dilación, Daniela echó a andar. Al final del pasillo vio a Nathan, estaba de pie junto a los ventanales, regañando al señor Barrachina con expresión furiosa en la cara.

Al ver la escena, quiso darse la vuelta y hablar con él en otro momento, puesto que intuyó que aquel no era uno muy bueno, pero Nathan, que la había visto, dijo:

—Señorita Martín, espere.

CAPÍTULO 32

Daniela se mantuvo a una distancia prudencial para no escuchar la conversación, pero fue inevitable captar algunos retazos de la fuerte discusión que estaban manteniendo.

—¡¿Cuándo le va a entrar en la cabeza que soy el dueño absoluto del Eurostars?! —inquirió Nathan al señor Barrachina en tono sumamente acerado y con los músculos del rostro tensos.

El señor Barrachina abrió la boca para decir algo, pero Nathan no le dejó replicar.

—Y lo que yo ordeno se acata, le guste o no —prosiguió, con una firmeza incuestionable—. Usted no es nadie, óigame bien —enfatizó con el índice en alto—, nadie, para rebatir o cuestionar mis órdenes, y cuídese de volver a hacerlo otra vez —le amenazó.

Daniela no podía apartar los ojos de Nathan. Resultaba realmente intimidante cuando estaba enfadado o cuando discutía, como un león disputándose con otro el territorio.

Era una bestia parda.

Más alto que Pedro Barrachina, la agresividad que mostraba la pose de su cuerpo y la expresión severa, incluso ruda, de su rostro, serían capaces de amilanar a una horda de gente armada. Ella misma había podido comprobarlo el día que se enfrentó a él cuando tuvo lugar el desagradable suceso de Jonas Matiland. Pero visto desde fuera, seguía causando el mismo respeto, o incluso más.

Entonces le vino a la cabeza la dualidad que poseía. Los dos Nathan que parecían convivir dentro de su cuerpo. El ángel y el demonio.

La amabilidad, delicadeza y condescendencia con las que la trataba a ella y la agresividad, dureza y casi crueldad con que trataba a los demás.

Daniela advirtió como el señor Barrachina se movía incómodo en el sitio mientras intentaba aflojarse el cuello de la camisa.

—Lo siento, señor Littman —oyó que se disculpaba, aunque presumió que lo había dicho por obligación, no porque lo sintiera.

—Estoy teniendo mucha paciencia con usted, señor Barrachina —dijo Nathan a modo de advertencia—. La próxima vez no le voy a avisar, la próxima vez lo que voy a hacer es no permitirle estar en el hotel. Su presencia empieza a resultarme irritante.

La dureza con que pronunció esas últimas palabras era sobrecogedora. Daniela abrió los ojos de par en par. Nathan estaba

realmente enfadado.

De todos los momentos que tenía el día, había escogido el peor, pensó.

—¡Porras! —masculló en voz baja.

Nathan despachó al señor Barrachina con un gesto que hizo con la mano. Daniela vio pasar al gerente a su lado y dirigirle una mirada llena de desdén. ¿Por qué la miraba de esa manera tan despectiva si ella no tenía la culpa de lo que acababa de suceder? Durante una décima de segundo su parte diablilla pensó que se merecía que Nathan le pusiera en su sitio. Ese hombre tenía siempre los humos muy subidos.

Cuando volvió a poner la vista en Nathan, vio que le hacía una seña con los dedos para que se acercara. Mientras caminaba hacia él, Daniela observó el modo en que cambiaba la expresión de su rostro. Se estaba dejando de ver tensa y con el ceño fruncido, para suavizarse y adquirir cierta dulzura.

—He escogido un mal momento, Nathan, mejor vuelvo luego —dijo Daniela a la carrera.

Se giró sobre sus talones, dispuesta a marcharse, sin dejar siquiera que Nathan contestase.

—Vuelve aquí —dijo él.

—No es nada importante, de verdad…

—Dani, vuelve aquí —repitió Nathan en tono indulgente, dejando atrás cualquier rastro de la severidad que había utilizado con Pedro Barrachina.

Daniela dio media vuelta y desanduvo los pasos que había dado. Cuando tuvo a Nathan frente a ella, se mordió el labio inferior con una mezcla de timidez y nervios. Era imposible ignorar lo mucho que le afectaba Nathan a todos sus sentidos. Sobre todo, cuando lo tenía cerca.

—Solo quería darte las gracias —comenzó, intentando no perder la compostura. Nathan pareció sorprenderse. Daniela continuó hablando —. Ayer mi hermana y yo estuvimos en la exposición de Harry Potter. Fue fantástica.

—No tienes que darme las gracias, Dani —dijo Nathan, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón y adquiriendo una pose descansada. El mal humor que había aflorado con Pedro Barrachina se había esfumado como por arte de magia.

Daniela se sentía como si fuera una extraña, como las primeras veces que había hablado con Nathan.

—Sí tengo que dártelas —insistió—, porque pudimos ir gracias a ti.

—Ya me las diste cuando te llevé las entradas.

—Sí, pero no le di la importancia que realmente tenía. Fue… Fue todo un detalle. Así que gracias otra vez.

Nathan esbozó una sonrisa sin despegar los labios.

—De nada —dijo—. ¿Carlota lo pasó bien? —le preguntó, fijándose en su rostro.

Los ojos azules de Daniela, que en esos instantes resplandecían como dos trocitos de cielo por los rayos de sol que incidían en ellos, se iluminaron como gemas.

—Sí, muchísimo —respondió sin disimular su entusiasmo—. No sabes cómo disfrutó.

—Me alegro —asintió Nathan—. Eso es lo más importante.

—Sí…

Durante unos segundos se quedaron mirando uno al otro, hasta que finalmente Daniela apartó la mirada y rompió el contacto visual.

—Me voy, tengo que entrar a trabajar —dijo.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó Nathan de improviso.

—Sí —afirmó escuetamente Daniela, aunque el tono de su voz era vagamente convincente.

Nathan sabía que no era verdad, pero no quiso insistir. Le estaba costando demasiado no lanzarse a la boca de Daniela y robarle un beso. No tocarla era un tormento.

—Hasta luego, Nathan —se despidió finalmente ella.

—Hasta luego, Dani —correspondió él.

Nathan supo que aquella acción tenía que haberle costado un enorme esfuerzo. No por darle de nuevo las gracias, sino por buscarle para dárselas. Pero habían prevalecido los principios. En Daniela siempre prevalecían los principios, por encima de cualquier otra cosa, incluso de ella misma.

Sin duda, era la mujer más auténtica y noble que había conocido en su vida. Había pocas personas que contaran con su integridad.

CAPÍTULO 33

Daniela dejó el carro de la limpieza en el pasillo y entró en la suite de Nathan. Después de hacer la cama, como cada día, y de ordenar la habitación, se fue al cuarto de baño. Mientras cambiaba las toallas y ponía unas limpias, relampaguearon en su mente las imágenes de la mañana que, llevada por el entusiasmo, en aquel mismo cuarto de baño, se puso a cantar y a bailar la canción *Can´t stop the feeling* de Justin Timberlake.

—¡Oh, Dios! ¡Qué vergüenza! —musitó para sí.

¿Qué habría pensado Nathan al verla? ¿Qué se le habría pasado por la cabeza? Recordar aquella escena aún le ruborizaba las mejillas. Nunca había querido que le tragara la Tierra tanto como aquella vez.

Pero había trascurrido ya mucho tiempo de eso. ¿Mucho tiempo?, se preguntó. No, no había transcurrido tanto, lo que ocurría es que los días pasaban tan despacio que tenía la sensación de estar inmersa en una tediosa eternidad, que alargaba las jornadas como si fueran chicle.

Nathan entró en la suite para recoger unos documentos y sintió ruido en el cuarto de baño. ¿Sería Daniela? Le gustaría que fuera ella. No la había vuelto a ver desde el día que le había dado las gracias de nuevo por haber conseguido las entradas para la exposición de Harry Potter.

Cuando se asomó, se la encontró de espaldas, retocando las toallas del lavabo. Durante unos segundos se quedó en silencio, observándola, y deleitándose en ese extraño placer que sentía siempre que la veía. Qué pena que no estuviera bailando y cantando como aquella mañana que la sorprendió con los auriculares puestos.

Aquella escena fue el detonante de muchas cosas que vinieron después.

—Buenos días —la saludó al fin.

Daniela se quedó inmóvil al oír la voz profunda de Nathan detrás de ella. Levantó la vista y se encontró a través del espejo con sus exóticos ojos verdes mirándola fijamente. De pronto tuvo una extraña sensación de *déjà vu*, como si lo hubiera vivido antes. De hecho, había sido así, solo que en aquella otra ocasión se movía al ritmo de la canción de Justin Timerlake.

Tragó saliva.

—Buenos días —respondió. Se giró hacia él—. Ya he terminado aquí —anunció.

Nathan no dijo nada, se limitó a seguir mirándola con los ojos

entornados, incapaz de apartar la vista de ella y de su figura menuda. Resistirse a Daniela era cada vez más complicado. Le atraía como el mágico canto de una sirena.

—Voy a continuar con mi trabajo —dijo Daniela, cuando el silencio se hizo insoportable.

Avanzó unos metros hacia la puerta, pero cuando iba a salir, Nathan, que actuaba como un ser autómata, se puso en medio, bloqueándole el paso. Daniela lo intentó por el otro lado, pero Nathan hizo lo mismo, impidiéndole que abandonara el cuarto de baño. Daniela desvío un instante la vista y después volvió a mirarle.

—¿No me vas a dejar pasar? —le preguntó, humedeciéndose los labios nerviosamente.

A Nathan le había invadido de pronto una extraña calma, como la peligrosa tranquilidad que precede a la tormenta.

—No —contestó rotundo.

Sus ojos verdes brillaban burlones mientras negaba lentamente con la cabeza.

Daniela frunció el ceño.

¿De qué se sorprendía?, se dijo para sí. No tenía que haberse imaginado que le daría otro tipo de respuesta. Tragó saliva.

—Por favor, Nathan… —le pidió.

Y allí estaba de nuevo esa forma de pronunciar su nombre que tanto excitaba a Nathan. Un músculo se movió en su mandíbula contraída.

Viendo que Nathan no estaba dispuesto a dejarla salir, Daniela dio un par de pasos hacia atrás para poner distancia entre ellos.

La mirada de Nathan se oscureció y sonrió seductoramente.

—No te voy a dejar salir hasta que no te bese —afirmó con voz masculina y resonante.

El pulso de Daniela era fuerte y acelerado, y su corazón comenzó a latir violentamente, golpeando su pecho como si fuera un tambor.

Nathan empezó a avanzar hacia ella con decisión, sosteniéndole la mirada. Daniela permanecía paralizada en mitad de la estancia, como si tuviera los pies clavados al suelo.

Se encontraba ante el Nathan abrumador, exigente, avasallante... El Nathan que la miraba como si fuera la única persona en el mundo. De esa manera que hacía que su entrepierna se acalorara.

Durante un segundo pensó que no iba a poder moverse. Sus piernas no querían responder a las órdenes que les estaba dando el cerebro. Sin embargo, cuando quiso darse cuenta, estaba caminando hacia atrás.

Nathan dio un paso hacia ella mirándola fijamente, y Daniela

retrocedió. Nathan podía notar los nervios de Daniela y como su respiración agitada hacía que su pecho subiera y bajara. No podía negar que disfrutaba al ver cómo intentaba no reaccionar a él.

Dio otro paso, y ella volvió a retroceder, sintiendo que con cada metro que Nathan le ganaba a la distancia que los separaba, sus músculos se tensaban.

Daniela terminó escabulléndose al otro extremo del cuarto de baño, tanteando lo que pudiera encontrarse en su camino, hasta que de repente sintió en su espalda el frío borde de la encimera de mármol que sujetaba los lavabos.

A esas alturas Nathan ya no veía, ya no pensaba, solo respondía a lo que le pedía el deseo que hiciera. No podía seguir luchando contra sus impulsos.

Daniela notó que se le secaba la boca al contemplar que Nathan seguía avanzando, cercándola como un depredador a su presa. Tenía que parar aquella locura. Sí, tenía que acabar con ella, pero ¿cómo?, si no quería. Si todos sus sentidos le gritaban que dejara que Nathan la besara.

Levantó la cabeza para poder abarcarlo y alzó los ojos hacia él cuando finalmente la alcanzó. Nathan bajó la vista y le miró los labios. El tono rosado que poseían lo incitó más, y antes de que Daniela fuera consciente de ello, había entreabierto ligeramente la boca.

—Echo de menos acariciarte, tocarte, besarte… Estar dentro de ti. Me estás volviendo loco —susurró Nathan, bajando la vista hasta su escote.

La aferró por los muslos, de un envite la subió a la encimera de mármol y se colocó entre sus piernas, viendo cómo reaccionaba. Daniela dejó escapar un gemido. Nathan estaba tan cerca que notaba la calidez de su aliento en el rostro.

CAPÍTULO 34

Antes de que a Daniela se le ocurriera protestar, Nathan bajó la cabeza y atrapó su boca. Rápidamente, la lengua pasó la frontera de los labios hasta encontrarse con la de ella. Nathan sintió como una descarga eléctrica le recorría la columna vertebral.

Daniela solo necesitó que la rozase con los labios para temblar. Aquel contacto físico hizo que se estremeciera. Levantó los brazos, enterró los dedos en su pelo negro, y se dejó perder en la pasión de aquel beso.

Dejándose llevar por las demandas de su deseo, Nathan rodeó las nalgas de Daniela con las manos y la atrajo hacia él. Ella notó de inmediato la dureza de su miembro en el vientre.

Nathan rompió el beso, se separó unos centímetros y le retiró un mechón de pelo del rostro.

—*My heaven*… —susurró contra su mejilla con voz sedosa.

—Nathan, no podemos… No debemos… —trató de decir Daniela, aunque su protesta sonó carente de fuerza.

Los intensos ojos verdes de Nathan la hechizaban y la expectativa de estar entre sus brazos era demasiado tentadora.

Demasiado excitante.

Quería detenerlo, o al menos intentarlo.

Su sentido común le aconsejaba que lo hiciera, que parara aquello en ese mismo momento, pero el deseo se saltaba todas las barreras, dejándola indefensa.

—Shhh… —la silenció Nathan, mientras repasaba el perfil de sus labios con el pulgar.

—Esto no está bien… —dijo Daniela con voz entre trémula y titubeante.

No era capaz de hablar con naturalidad cuando lo único en lo que pensaba era en que Nathan la besase.

—Todo está bien, mi cielo —siseó Nathan, tranquilizándola—. Todo está bien…

Su mano descendió perezosa, lentamente por su cuello, y acarició su garganta con la yema de los dedos. Daniela tragó saliva y Nathan notó como su laringe subía y bajaba.

—Quiero follarte aquí, Dani. Quiero follarte ahora —siseó Nathan en tono rasposo—. Quiero hacerte gritar de placer.

La lujuria había comenzado a viajar por sus venas desde hacía un rato y en esos momentos era prácticamente incontrolable. Se inclinó y

su boca volvió a buscar la de Daniela una vez más. Atrapó su lengua entre los dientes y tiró ligeramente de ella. Algo que le encantaba hacer. Y Daniela se sintió de nuevo arrastrada por un torbellino violento y oscuro que no era capaz de dominar.

¿Por qué no podía detener la situación? ¿Por qué no podía decirle a Nathan que aquello era un enorme error, aunque su cuerpo revelase lo contrario? ¿Por qué era tan débil a su encanto y su carisma?

Su mente se quedó de pronto en blanco cuando notó la mano de Nathan acariciándole el escote y después descender con la punta de los dedos hacia sus pechos para pellizcarle uno de los pezones por encima del uniforme.

Daniela soltó un gemido ahogado.

—¡Dani!, ¿has terminado ya? ¿Bajamos a tomarnos un café?

La voz alborozada de Sú hizo que volviera de golpe a la realidad, como si hubiera recibido una bofetada en la cara.

Nathan dejó de besarla, giró el rostro y miró a Sú por encima del hombro. Sú tragó saliva ruidosamente al advertir que Nathan la estaba taladrando con los ojos. Si hubiera podido fulminarla, lo hubiera hecho.

—Lo… lo siento —tartamudeó en un tono apenas audible—. Será mejor que me vaya… —añadió con prisa.

—Sí, es mejor que se vaya —afirmó Nathan, mostrando una expresión severa en el rostro.

Sin embargo, Sú permanecía inmóvil, mirando, pero sin ver, como si alguien la hubiera hipnotizado.

—¡Lárguese! —ladró Nathan al comprobar que no se iba.

La voz ruda y altisonante de Nathan hizo que Sú finalmente reaccionara.

—Sí, sí… —balbuceó.

Se dio la vuelta en redondo y se encaminó hacia la puerta. Le ardían las mejillas.

—Sú, no… espera… —intervino Daniela—. Espera, me voy contigo.

Aprovechando el momento, Daniela se bajó de la encimera de mármol.

—Dani, no… —se arrancó a decir Nathan.

—No podemos hacer esto —replicó Daniela sin aliento, mientras se zafaba de él—. No está bien, Nathan.

Como buenamente pudo lo sorteó y echó a correr para ir al encuentro de Sú.

—¡Daniela! —gritó Nathan, con la pretensión de hacerla volver.

Pero Daniela ya había abandonado la suite y corría pasillo adelante

para alcanzar a Sú, que, muerta de vergüenza, no sabía muy bien dónde meterse.

—*¡Fuck!* —maldijo Nathan entre dientes, con toda la sangre agolpada en la entrepierna.

Se giró y, llevado por la rabia, dio un manotazo al jarrón y a los tarros de cristal que descansaban sobre la encimera de mármol del lavabo, tirándolo todo al suelo con un ruido estrepitoso.

Contrajo las mandíbulas con tanta fuerza que le rechinaron los dientes. Sentía la frustración en cada uno de sus huesos. ¿Por qué cojones la gente era tan inoportuna?

—Sú, espera… —dijo Daniela.

Sú se giró hacia ella.

—Lo siento, Dani, no pensé que… Siento haberos interrumpido —se disculpó.

—No tienes que disculparte por nada, Sú. Al contrario, te tengo que dar las gracias —respondió Daniela.

—¿Las gracias? ¿Por qué? —preguntó Sú, ceñuda.

—Porque si no nos hubieras interrumpido, hubiéramos acabado… ya sabes… Y no quiero, Sú. No quiero. A veces se me olvida que Nathan tiene una familia y que yo solo soy… —no terminó la frase.

Daniela soltó el aire de los pulmones, vencida.

Pensar en el papel que tenía en esos momentos en la vida de Nathan le repugnaba. Era la amante, la querida, la otra… Resultaba paradójico, pero ella estaba en la misma posición que la chica con la que había estado liado Sergio. Y lo que opinaba de ella, por mantener una relación con una persona con pareja, lo opinaba de sí misma. Y no era nada bueno.

—Bajemos a tomarnos ese café —sugirió, cambiando de tema.

CAPÍTULO 35

Daniela se llevó el vaso de cartón a los labios, sopló un poco y dio un sorbo a su café doble.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Sú, al ver su rostro apático.

—Me pregunto dónde está mi orgullo, dónde está mi dignidad… —dijo Daniela, dejando el vaso sobre la mesa de la salita del personal.

Sú movió la cabeza.

—¿De qué estás hablando? —dijo.

—Nathan está casado, Sú. Casado… y tiene una hija… —repuso Daniela, enfatizando lo que estaba diciendo con las manos—. Eso debería ser motivo suficiente para que yo evitara cosas como la que casi ha pasado hace un rato en su suite. Si no hubieras llegado, hubiéramos acabado follando en el cuarto de baño. —Guardó silencio unos instantes, reflexionando sobre lo que acababa de decir—. No debería prestarme a eso. No debería caer otra vez, y menos sabiendo que tiene una familia —concluyó, dando un trago del café—. ¿Dónde coño he perdido el sentido común?

Sú retiró una de las sillas y se sentó frente a Daniela.

—Dani, Nathan te gusta. Te gusta mucho. No es cuestión de orgullo o de dignidad. No en este caso. —Su voz sonaba indulgente—. La mayoría de las veces es muy difícil resistirse a la atracción que una persona ejerce sobre otra. Más teniendo en cuenta esa especie de… conexión visceral que hay entre vosotros.

—Eso es, Sú: atracción. ¿Por qué no soy capaz de controlarla? ¿De controlarme?

—Porque resistirse a Nathan Littman es misión imposible, cielo —le cortó Sú, como si fuera lo más obvio del mundo—. Ese tío tiene algo magnético… No sé… Es algo que no se puede explicar con palabras, pero que te atrae hacia él.

—A mí simplemente verle me da un calor… —anotó Daniela—, imagínate cuando lo tengo cerca.

—Te aseguro que no eres la única.

—¿Ah, no?

—No. Irene y Victoria beben los vientos por Nathan. No pierden oportunidad para comentar que les encantaría follárselo, qué cómo follará él y las veinte mil posturas en que lo harían… —dijo Sú, imitando sus voces. Daniela enarcó las cejas—. No me mires así, solo hay que ver los regueros de baba que van dejando por él.

Daniela se echó a reír.

—A partir de ahora tendré cuidado para no resbalarme —apuntó Daniela.

Sú soltó una carcajada y se unió a las risas de su amiga.

—Gracias por hacerme reír, Sú. No sabes cuánto lo agradezco en estos momentos. No lo estoy pasando nada bien —dijo Daniela.

Sú alargó el brazo por encima de la mesa y frotó la mano de Daniela afectuosamente.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Sé cuanto estás sufriendo.

Daniela chasqueó la lengua.

—Este tema de Nathan me va a volver loca.

Sú sonrió con condescendencia.

—Ya estás loca, Dani; loca por él —afirmó.

Daniela lanzó al aire un suspiro de frustración y se metió el pelo detrás de las orejas.

—Y luego está Sergio… —dijo.

—¿Qué pasa con él?

—Que no para de insistir. Me llama, me manda WhatsApp, me busca… No sé en qué idioma tengo que decirle que no quiero saber nada de él.

—Qué típico… —comentó Sú con ironía—. Solo te ha valorado cuando te ha perdido.

Daniela abrió la boca para decir algo, pero en esos momentos la puerta se abrió y Gustavo entró en la salita.

—Hola, chicas —las saludó.

—Hola, Gus —respondieron Daniela y Sú al unísono.

Casi de inmediato la puerta se volvió a abrir y asomó la cabeza de Irene.

—Sú, el matrimonio de la 1567 te está buscando y no tenían muy buena cara —dijo.

Sú puso los ojos en blanco.

—No me lo puedo creer —repuso impotente—. Otra vez no. ¡¿Qué cojones quieren ahora?! Gracias, Irene —le agradeció.

—De nada —dijo Irene, cerrando la puerta y desapareciendo tras ella.

—¿Pero no se habían ido ya? —preguntó Daniela.

—Sí, pero han vuelto —respondió Sú, al tiempo que se levantaba de la silla—. Ellos siempre vuelven, como un dolor de muelas, y cada vez son más quejicas.

—Madre mía, entre Dani con el señor Littman y tú con este matrimonio, os van a quitar la vida —intervino Gus en broma.

—Quitarla no sé, pero acortarla te aseguro que sí. Como este

matrimonio se quede mucho tiempo en el hotel, yo tengo los días contados —dijo Sú.

Daniela y Gus se echaron a reír.

—Me voy antes de que lleven su queja al señor Littman o al señor Barrachina.

Cuando Sú salió de la salita del personal, Gustavo se sentó en la silla que había ocupado ella apenas un minuto antes, y miró a Daniela, que en esos momentos terminaba de beberse su café.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó el botones—. Últimamente te veo muy triste.

—No estoy atravesando una buena época —respondió escuetamente Daniela.

—No me gusta verte así —apuntó Gustavo—. No sé… —Alzó los hombros—. Si puedo hacer algo, solo tienes que decírmelo, ¿vale? Me hiciste un favor enorme convenciendo al señor Littman para que no me despidiera y sabes que te estoy muy agradecido.

—No fue nada —dijo Daniela.

—Sí, sí lo fue. Fue mucho, así que, si un día quieres hablar o lo que sea, me lo dices —se ofreció Gustavo—. Sabes que me tienes a tus pies —bromeó.

Daniela rio.

—Además, no se me olvida que te debo una cerveza —añadió el botones.

—Esa cerveza no te la voy a perdonar —dijo Daniela, apuntándole con el dedo índice, fingiendo que lo estaba amenazando.

Después de decir esto se levantó.

—Mis minutos de descanso por hoy han terminado. Voy a volver al curro antes de que a algún cliente se le ocurra buscarme para quejarse —dijo Arrugó el vaso de cartón del café con la mano y lo tiró a la papelera.

—Que te vaya bien —le deseó Gustavo.

—Igualmente —correspondió Daniela—. Hasta luego —se despidió, saliendo por la puerta.

—Hasta luego.

CAPÍTULO 36

Daniela se pasó el día silenciosa y taciturna, pensando en lo que había tenido lugar por la mañana en el cuarto de baño de la suite de Nathan y en lo que había sentido.

En lo que ese hombre era capaz de hacerle sentir.

No había una sola célula de su cuerpo que fuera inmune a él; a su encanto, a su carisma, a su arrolladora personalidad. Nathan hacía que los sentidos se le pusieran en pie. Daniela se sentía como una pequeña limadura de metal tratando de resistirse a un imán de dimensiones gigantescas.

Pero tenía que resistirse. Como fuera. No podía bajar la guardia.

Convertirse en la amante de un hombre casado no entraba en sus planes. Y Nathan estaba casado, se recordó con amargura. Eso no se le podía olvidar nunca. Sería jugar con fuego, y eso solo podía acabar en desastre.

Y luego estaba ese secreto que supuestamente le había confesado. Daniela seguía dándole vueltas a qué podía ser sin llegar a una conclusión certera. Le angustiaba pensar que le hubiera podido confesar que estaba enamorada de él.

Era algo que Nathan no debería saber, porque la convertiría en una persona vulnerable frente a él.

El amor siempre vuelve vulnerables a las personas que lo sienten, pensó.

Al final de la jornada su mente era un caos, un severo desbarajuste de ideas que amenazaba con volverla loca y que le estaba provocando un terrible dolor de cabeza.

De pronto sintió la necesidad de escapar de sus pensamientos, y de la habitación, cuyas paredes en esos momentos parecían caerse sobre ella.

Se levantó de la cama, abrió el armario, se puso una chaqueta de punto fino y salió del hotel albergando la esperanza de que un poco de aire fresco la ayudara a deshacerse de las comeduras de cabeza y del sentimiento de culpabilidad.

Era una suave noche de finales de septiembre y la atmósfera, todavía tibia a esas alturas del mes, invitaba a la reflexión.

Daniela hubiera paseado sin rumbo por las calles de Madrid bajo el apacible cielo, pero estaba demasiado cansada. Así que se sentó en un escalón de piedra que hacía las veces de banco en el muro de hormigón que cercaba el Eurostars, sintiendo la cálida brisa en el

rostro.

Respiró hondo, tratando de sosegar su mente.

Cerró los ojos y se frotó las sienes para aliviar el fuerte dolor de cabeza que tenía. Un dolor de cabeza que en ese caso medía un metro ochenta y ocho, tenía intensos ojos verdes y ocupaba la mayor parte de sus pensamientos.

Sin darse cuenta lanzó al aire un suspiro y las lágrimas afloraron a sus ojos. Estaba tan cansada de todo.

—¿Está bien?

Daniela alzó el rostro en dirección a la inesperada voz masculina que le estaba preguntando. Nicholas, el asesor de Nathan, apareció en su campo de visión con un traje marrón oscuro y una camisa del mismo color. En aquella ocasión no llevaba corbata.

—Sí, perfectamente. Gracias —respondió Daniela en tono amable.

Volviendo la mirada al frente, inhaló una bocanada de aire para impedir que las lágrimas comenzaran a deslizarse por sus mejillas. Esperaba que Nicholas se fuera, sin más. Sin embargo, él permaneció de pie a su lado.

—No deseo meterme donde no me llaman, pero no lo parece —observó con un español claro y fluido.

Daniela se giró de nuevo para mirarlo. Antes de pensar lo que iba a decir y si era apropiado decirlo, soltó, como si las palabras ardieran dentro de su boca:

—Su jefe me está volviendo loca.

¡Mierda!, maldijo inmediatamente después para sus adentros. *Dani, ¿por qué mejor no te callas?*, se reprendió a sí misma. *¿Dónde ha quedado lo de dar un par de vueltas a las cosas antes de decirlas?*

—¿Puedo? —le preguntó Nicholas, señalando con el índice el sitio que había libre a su lado.

—Sí, claro —accedió Daniela de buena gana.

—Entiendo que esté así —comenzó Nicholas, sentándose en el enorme escalón.

—Por favor, tutéeme —le pidió Daniela, con una breve sonrisa.

—Si tú también me tuteas a mí. En el fondo nunca me han gustado los tratamientos —convino Nicholas.

Daniela asintió inclinando la cabeza levemente mientras se arrebujaba la chaqueta de punto contra el cuerpo.

—Como te decía —prosiguió Nicholas—, sé que Nathan puede llegar a ser un poco complicado.

—¿Solo un poco? —intervino Daniela, arrugando la nariz en un gesto divertido.

Nicholas delineó media sonrisa indulgente en los labios.

—Aunque a veces cueste reconocerlo como tal, Nathan es humano —dijo en tono distendido—. Es como cualquiera de nosotros, como cualquier mortal. Con sus virtudes, sus defectos, sus miedos…

Daniela fijó la mirada en el rostro de Nicholas.

—¿Miedos? —repitió con los ojos entornados—. ¿A qué le puede tener miedo Nathan Littman? —preguntó, dejando entrever cierta incredulidad en la voz—. Es un hombre demasiado seguro de sí mismo como para tenerle miedo a algo.

—Pues le teme a más cosas de las que parece —respondió Nicholas con franqueza. Al reparar en la expresión confusa de Daniela, añadió —: Los últimos años de Nathan no han sido fáciles.

—¿Por qué? —quiso saber Daniela.

—Eso es algo que le corresponde contarte a él. ¡Dios me libre de abrir la boca, me decapitaría! —bromeó Nicholas con sentido del humor.

Daniela no pudo evitar echarse a reír y Nicholas la acompañó.

—Sí, tienes razón —apuntó.

Tras unos segundos, el rostro de Nicholas adquirió un semblante ligeramente serio.

—Confío en que no tarde mucho en hacerlo —anotó crédulo—. Solo necesita un poco más de tiempo —concluyó.

Daniela sacudió la cabeza.

¿Tiempo? ¿Qué era eso que tenía que contarle Nathan y para lo que necesitaba tiempo? Cada vez estaba más confundida.

—No entiendo nada —suspiró frustrada.

—Lo entenderás, no te preocupes —dijo Nicholas—. Yo… Lo siento, pero no te puedo decir mucho más.

—Lo comprendo —asintió Daniela al cabo de unos segundos.

Sí, comprendía en qué posición estaba Nicholas en aquel asunto, y aunque se moría de ganas por saber qué era eso que le tenía que contar Nathan, sabía que no podía presionar a su asesor para que se lo dijera.

Nicholas se levantó del improvisado asiento de piedra.

—Tengo que irme —anunció.

—Gracias —dijo Daniela.

—Ha sido un placer hablar contigo.

—Igualmente.

—Que pases buena noche —se despidió Nicholas.

—Buenas noches —correspondió Daniela, que vio como la figura esbelta de Nicholas se alejaba en dirección a la puerta giratoria del hotel.

Cuando lo perdió de vista, lanzó al aire un suspiro.

No entendía nada.

No entendía a qué miedos hacía referencia Nicholas y, por más vueltas que lo daba en su cabeza, no lograba hacerse una idea de qué era lo que Nathan guardaba en su interior. ¿Había otro secreto aparte de que tenía esposa y una hija?

Agradecía la molestia que se había tomado Nicholas para hablar con ella, pero no podía decir que le hubiera aclarado las cosas. Al contrario, estaba más confundida que antes.

Chasqueó la lengua.

Nathan era un hombre muy complicado. Demasiado. Y ella no estaba para complicaciones en esos momentos.

CAPÍTULO 37

Las obras de ampliación del hotel terminaron entrado el otoño, cuando las hojas cambiaban de color y caían revistiendo el suelo con una alfombra de tonalidades tierra, y se hizo dentro de los plazos previstos y sin contratiempos. Nathan se había asegurado a conciencia de que nada hiciera que la reforma se retrasase. Tenía planes muy precisos para el Eurostars y no iba a permitir que no se llevaran a cabo.

—No me apetece nada tener que vestirme de tiros largos para ir a la reinauguración del hotel —comentó Daniela con expresión indiferente.

—Pues a mí me parece un puntazo que Nathan nos permita acudir como invitados y no como empleados —apuntó Sú, que estaba encantada con la idea.

—Sí, bueno, supongo que es un detalle por su parte, pero no tenía que habernos obligado a acudir.

—Tú mejor que nadie le conoce, y sabes que las cosas se tienen que hacer como él diga.

No, no le conozco. Nathan no se deja conocer…, pensó Daniela para sus adentros, con la sensación gravitando sobre su cabeza de que cada vez le conocía menos.

—A ver de dónde narices saco yo un vestido de noche —se quejó en voz alta.

—En una tienda de mi barrio, en la que venden vestidos de boda, de cóctel y trajes de noche, tienen rebajas por cambio de temporada, y no es muy cara, ¿por qué no vamos a echar un vistazo? Quizá pillemos algo interesante —sugirió Sú.

—Sí, podemos acercarnos. No vamos a perder nada por ir —accedió Daniela.

—Yo no me veo con un vestido así —dijo Daniela frente al espejo de cuerpo entero de su habitación.

Era como estar ante una extraña. Nunca se había visto tan elegante y… sexy.

—No tenía que habérmelo comprado —añadió.

Finalmente había encontrado un vestido de noche de un precio moderado en la tienda del barrio de Sú, y sin detenerse a pensarlo mucho, se había decidido a comprarlo, ya que estaba dentro de su presupuesto y no contaba con mucho tiempo para andar viendo más cosas. Pero ahora que tenían que verla con él, le parecía un tanto excesivo, acostumbrada a ponerse cosas más informales.

—¡Pero ¿qué dices?! —exclamó Sú, mirando a su amiga de arriba abajo—. Estás elegantísima. Vas a dejar flipado a todo el mundo, y a Nathan ni te cuento…

—Eso es precisamente lo que me preocupa; no quiero llamar su atención. Prefiero pasar desapercibida, pero me estoy dando cuenta de que este vestido no me va a ayudar mucho.

—Eso es imposible, cielo. Aunque fueras vestida de monja, tapada hasta el cuello, con bragas de color carne de abuela, seguirías siendo el centro de sus miradas.

Daniela resopló agobiada. El hecho de estar en una fiesta con Nathan le producía una tremenda inseguridad. No quería compartir espacio con él y menos en unas circunstancias tan triviales como la reinauguración del hotel.

—Además, ¿sabes qué? —volvió a hablar Sú, buscando la mirada de Daniela a través del espejo.

—¿Qué? —dijo ella.

—Yo creo que Nathan lo ha hecho a propósito.

—¿El qué? —Daniela no sabía a qué se refería Sú.

—Todo ese rollo de que los empleados vayamos como invitados a la reinauguración del Eurostars… —respondió Sú—. Estoy convencida de que lo ha hecho para tenerte cerca. —Sú guiñó un ojo a Daniela—. Por eso la asistencia es obligatoria. Así se asegura de que tú vas a ir —añadió en tono cómplice.

A Daniela le hubiera gustado rebatir aquella premisa, le hubiera gustado rebatirla con todas sus fuerzas, pero ella también lo pensaba. Era una conclusión a la que había llegado desde el primer momento. En ese sentido sí que conocía a Nathan, y sabía que era capaz de hacer cosas como esas, aparte de que se lo podía permitir. Era el dueño del Eurostars.

—Pues espero que no se pase de la raya —indicó en tono serio, transcurridos unos segundos—, porque si no, le daré un empujón para que vuelva a su sitio. Ya le he dejado claro que no voy a ser su querida, ni su entretenimiento cuando venga a Madrid.

Sú sonrió condescendiente. Daniela trataba de hacerse la dura. A veces lo conseguía, sí, pero por dentro se moría por Nathan. Estaba enamorada de él hasta las trancas y eso era algo que casi se podía

palpar.

—Pues no parece que él esté por la labor de entenderlo —comentó.

—Sí, para lo que quiere es duro de entendederas —dijo Daniela.

—Dani…, ¿no se te ha pasado por la cabeza que puede estar enamorado de ti? —le planteó Sú.

—Sú, ¡está casado! —exclamó Daniela, sin ni siquiera pararse a pensar en la pregunta.

—¿Y qué? ¿Qué tiene que ver? A lo mejor está enamorado de las dos.

Daniela apartó la vista del espejo y se volvió hacia Sú.

—Claro, y como egoísta de manual, quiere tenernos a las dos y no está dispuesto a renunciar a ninguna. Pues yo no soy partidaria del *poliamor* ni de la poligamia ni de nada que se le parezca —se apresuró a decir Daniela con mordacidad.

—Bueno, eso lo tendrías que hablar con él —bromeó Sú.

—¡Sú! —la amonestó Daniela, poniendo los ojos en blanco.

—Será mejor que sigamos arreglándonos —murmuró Sú, cambiando de tema, para que Daniela no terminara enfadándose con ella—. ¿Qué te vas a hacer en el pelo? —le preguntó.

—Me lo voy a dejar suelto.

—Yo también. Bastante lo llevamos ya recogido mientras trabajamos.

—¿Quieres que te lo alise con las planchas? —se ofreció Daniela.

—Sí, por favor, esos instrumentos no se me acaban de dar bien.

Cuando terminaron de arreglarse, Sú le mostró una barra de labios a Daniela.

—Y como toque final… esto —dijo.

—Nunca me he pintado los labios de rojo, prefiero el rosa —apuntó Daniela, poco convencida de que ese fuera el color que mejor le sentara.

—Nunca, hasta hoy —repuso Sú en tono divertido.

—No creo que me quede bien —insistió Daniela.

—¡Tonterías! —exclamó Sú, agitando la mano—. A todas las mujeres les sientan de muerte los labios rojos —arguyó—. Además, es de las cosas que más nos empodera.

—¿Empodera? —repitió Daniela ceñuda.

—Eso mejor te lo explico en otro momento. Ahora no tenemos tiempo —cortó Sú.

Daniela se quedó unos segundos mirando la barra, hasta que finalmente la cogió de los dedos de Sú. Se dirigió al espejo del cuarto de baño y se pintó los labios con ella, frunciendo la boca para ver el efecto.

No terminaba de convencerla, pero era mejor eso que aguantar un sermón de Sú, pensó en tono de broma para sus adentros.

CAPÍTULO 38

La suite se encontraba sumida en una luz ligera y tenue que creaba una atmósfera íntima y personal, como le gustaba a Nathan. El silencio era absoluto, excepto por el sonido lánguido que llegaba del Paseo de la Castellana y que apenas se apreciaba como un susurro a tantos metros de altura.

Nathan se dirigió con pasos largos al corbatero, lo abrió y durante unos segundos se quedó contemplando las decenas de corbatas. Sin embargo, finalmente se decidió por una pajarita de seda de color negro. Frente al espejo, subió el cuello de la camisa, la colocó alrededor de él y la anudó haciendo gala de ese escrupuloso método que lo caracterizaba.

Cogió la chaqueta del traje que descansaba sobre la cama y se la puso. De nuevo, delante del espejo, estiró el puño derecho de la camisa y se colocó meticulosamente el gemelo en el ojal. Después hizo lo mismo con el puño izquierdo.

Aquella noche vestirse estaba siendo una especie de ceremonia protocolaria de la que quería disfrutar mientras el rostro de rasgos suaves de Daniela centelleaba en su cabeza.

Unos nudillos tocaron a la puerta.

—Adelante —dijo Nathan.

—¿Estás listo? —le preguntó Nicholas, entrando en la suite.

—Sí —respondió Nathan.

Se echó un último vistazo en el espejo para comprobar que todo estaba perfecto y se dio media vuelta.

—Vamos —indicó a Nicholas.

Nada más de entrar en el enorme salón que se había dispuesto para acoger a los invitados, Nathan vio entre la gente que ya había llegado a Jorge Montenegro, el arquitecto que se había encargado de llevar a cabo la ampliación del Eurostars. Estaba compartiendo confidencias y risas con una chica muy guapa de pelo castaño y grandes ojos verdes.

—Buenas noches, señor Montenegro —lo saludó, dándole la mano —. Gracias por venir —le agradeció educado.

—Gracias a usted por invitarme, señor Littman —respondió Jorge

—. Le presento a mi esposa, Sofía —dijo seguidamente.

Nathan alargó el brazo y le ofreció la mano a Sofía.

—Encantado —dijo con voz formal.

—Igualmente —correspondió Sofía.

Mientras se daban la mano, Sofía observó a Nathan. Era un hombre muy atractivo, eso era indiscutible, pero el fondo de su mirada mostraba un matiz acerado que resultaba intimidante.

—Espero que disfruten de la fiesta —dijo Nathan.

—Gracias —respondieron casi a la vez Jorge y Sofía.

—Es un poco… serio —le comentó Sofía a Jorge cuando Nathan se alejó.

—Sí —afirmó él—. Es un hombre muy estricto y tiene fama de insufrible.

—¿De insufrible? —repitió Sofía—. ¿La gente no estará exagerando un poco? —lanzó al aire—. Si que da la sensación de ser un hombre muy serio y reservado, pero de ahí a que sea insufrible…

Jorge se encogió de hombros.

—Yo no he tenido ningún problema con él —aclaró—, pero sí es cierto que varias personas me han asegurado que tiene muy mal carácter y que a veces es intratable.

—Vaya… —murmuró Sofía.

Jorge la cogió de la cintura, la atrajo hacia él cariñosamente y la besó.

—Cuando te canses, me lo dices y nos vamos. No tenemos que quedarnos por obligación —le dijo Jorge.

—Tranquilo, la cosa está animada y el ambiente pinta muy bien —comentó Sofía sonriente—. Seguro que nos divertimos.

Sin soltarla, Jorge se inclinó sobre ella y la besó de nuevo.

—Deja de mirarte como si fueras un bicho raro y vámonos —le dijo Sú a Daniela.

Daniela dejó caer los hombros, rendida, y se giró hacia Sú.

—De acuerdo —accedió al fin.

Sú cogió a Daniela de la mano y tiró de ella para sacarla de la habitación.

—¡Vamos, vamos, vamos! —exclamó con prisa—. O llegaremos a la fiesta cuando se haya acabado.

Daniela puso los ojos en blanco con una sonrisa en los labios y cerró la puerta a la carrera.

Mientras se dirigían al salón, rezó para que la noche acabara pronto. No tenía ganas de fiesta.

Nathan había visto entrar en el enorme salón a todos los empleados del hotel, pero no había ni rastro de Daniela, pese a que las instrucciones que había dado eran muy claras: era obligatorio asistir, e ir vestidos de etiqueta, acorde con el estilo del Eurostars y con las importantes personalidades que iban a acudir al evento.

—Vas a desgastar las puertas de tanto mirarlas —bromeó Nicholas.

Se había acercado a la barra que habían dispuesto en el fondo de la estancia, donde se encontraba Nathan, y se había situado a su lado.

—Dani no aparece —dijo Nathan, impaciente.

—Vendrá —apuntó Nicholas, esbozando una leve sonrisa.

—Señor Littman…

Una voz femenina sonó por encima de la música a la espalda de Nathan, que se giró ligeramente al oír que lo llamaban. Delante de él tenía a una mujer de unos cuarenta años aproximadamente, de estatura normal, delgada, con media melena a mechas rubias.

—Soy Marta Hernández, la presidenta de la asociación de empresarios de la Comunidad de Madrid —se presentó la mujer, alargando el brazo hacia Nathan—. Para nosotros sería un placer contar con usted en nuestras filas —agregó.

Nathan le estrechó la mano sin perder de vista la puerta, que miraba de reojo.

—Encantado —dijo en un tono carente de emoción.

—Igualmente, señor Littman —dijo la mujer con voz sugestiva—. Quería decirle que tiene la asociación de empresarios de la Comunidad de Madrid para lo que necesite o…

Pero Nathan dejó de escuchar a la mujer justo en el instante en que las puertas del enorme salón se abrieron y apareció Daniela.

Durante unos segundos Nathan notó que se quedaba sin aliento.

Estaba… ¡Joder! No le salían las palabras.

Tragó saliva.

CAPÍTULO 39

Elegante y sexy.

Sí, estaba muy elegante y rabiosamente sexy.

La recorrió lentamente con la mirada, recreándose en cada línea y curva que trazaba su figura.

Llevaba un vestido negro, largo hasta los pies, que se ajustaba a su cuerpo como un pecado. Sin estridencias, muy sencillo, pero exquisito.

Si ya se había quedado sin aliento, cuando Daniela fue abriéndose paso entre la gente y vio que el vestido poseía una raja en uno de los laterales y que se abría sugestivamente hasta el muslo, dejando a la vista su fabulosa pierna y dándole un aspecto atrevidamente seductor, hizo que el corazón se le desbocara y que toda la sangre se le fue a la entrepierna.

La melena, lisa y suelta, le caía por los hombros como una cortina brillante, enmarcando su rostro de rasgos suaves, y aquella noche, ligeramente maquillado; a excepción de los labios, que se los había pintado de rojo. ¿Cómo era posible que le quedara tan bien ese color?

De pronto quería mordérselos.

Nicholas dio a Nathan un pequeño codazo en el costado.

—*¡Fuck!* —masculló Nathan, mirando fijamente a Daniela con fuego en los ojos.

A esas alturas se había olvidado de la presidenta de la asociación de empresarios y de lo que quisiera decirle. Apenas era consciente de la gente que había a su alrededor, de la música y del ruido. En el salón solo estaba Daniela, su trocito de cielo, su *Chica de las mil sonrisas*, impactándolo con su genuina belleza. Todo lo demás había desaparecido.

Daniela había respirado hondo al entrar en el salón, tratando de atenuar los nervios, pero no había funcionado. Los tenía a flor de piel.

Mientras avanzaba junto a Sú se dio cuenta de que varios hombres a los que no conocía se giraban para mirarlas, aunque los ojos se centraban en ella, y se preguntó en silencio si notarían lo nerviosa que estaba.

Gustavo se acercó a ellas en cuanto las vio.

—*Mamma mía*, ¿de qué pasarela os habéis bajado? —bromeó.

Daniela y Sú se echaron a reír.

—No seas exagerado —se adelantó a decir Daniela.

—No estoy exagerando. Estáis pibones.

—Gracias —dijo Sú.

Uno de los camareros del catering que había contratado Nathan para la ocasión, se acercó a ellos con una bandeja que portaba diferentes bebidas. Nerviosa, Daniela tomó una copa de champán. Sin esperar a brindar, se la llevó a los labios y dio un trago. El alcohol logró relajarla un poco y las risas hicieron que se tranquilizara.

Sin embargo, algo le hacía sentirse incómoda.

Y sabía lo que era.

Su sexto sentido le decía que Nathan estaba en alguna parte del salón observándola.

Levantó la mirada por encima de las cabezas de la gente y la paseó por el perímetro del salón, tratando de localizarlo, pero no tuvo suerte. Había demasiada gente y ni los diez centímetros de tacón que tenían los zapatos le hacían sobresalir lo suficiente como para poder saber dónde se encontraba. Aunque ella estaba segura de que se hallaba allí.

No seas paranoica. A lo mejor son solo imaginaciones tuyas, se reprendió a sí misma.

En lo que sí reparó, y que no lo había hecho hasta ese momento, fue en el salón. Era una de las salas nuevas que habían reformado durante la ampliación, situada en las plantas de la cúspide. Era enorme y espectacular. Con muebles de diseño y lámparas de araña de distintos tamaños que colgaban del techo como cascadas de diamantes.

Al fondo, encima de una tarima, un Dj pinchaba discos con diferentes tipos de música, delante de la improvisada pista de baile.

Nathan no había escatimado en gastos, pensó para sí.

—Increíble, ¿verdad? —le preguntó Sú.

Daniela se inmiscuyó de nuevo en la realidad.

—Ni que lo digas. Es alucinante —respondió—. Llevo un rato intentando cerrar la boca y no puedo. Con la ampliación, Nathan ha convertido al Eurostars en el mejor hotel del país.

—Y yo juraría que se va a colar entre los mejores de Europa —comentó Sú.

—Ufff… —bufó Daniela, echando un último vistazo a su alrededor.

Cuando bajó la mirada, se quedó petrificada. Desde la otra punta del salón, los ojos verdes de Nathan concentraban toda su atención en ella, contemplándola con una intensidad apabullante. Daniela notó

que se le aceleraba el corazón y que se le erizaba el vello de la nuca.

Tragó saliva.

Durante unos segundos, no pudo apartar la vista de él.

CAPÍTULO 40

Estaba devastadoramente guapo.

Por más que intentaba no mirarlo, le era imposible no hacerlo. El traje negro que llevaba puesto acariciaba su cuerpo, enfatizando su torso musculado, sus hombros anchos y su cintura estrecha. Estaba muy estirado y su uno ochenta y ocho hacía que sobresaliera entre el resto de los invitados. Permanecía con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la escrutaba sin perder un solo detalle. La había estado observando desde que había entrado en el salón.

Estaba tan quieto y su mirada resultaba tan intimidante que por un momento Daniela tuvo la sensación de que era frío e intocable como una figura de hielo. Y sin saber por qué, se vio obligada a apartar la mirada.

De un solo trago se bebió el champán que le quedaba en la copa y esperó a que ocurriese lo inevitable. Nathan se acercaría y la apartaría del grupo con cualquier excusa. Pero no lo hizo, siguió observándola desde el otro lado del salón.

Daniela se movió inquieta en el sitio. No era una paranoica ni se lo había imaginado. Nathan la había estado observando desde que había llegado.

—¿Todo bien? —le preguntó Sú.

Daniela asintió con una leve inclinación de cabeza y trató de meterse en la conversación que estaban manteniendo Sú y Gustavo y Victoria e Irene, que se acababan de unir al grupo.

—Dani, estás guapísima —la piropeó Irene, mirándola de arriba abajo.

—Gracias. Tú también estás muy guapa —correspondió Daniela, intentando arrastrar la imagen de Nathan al fondo de su mente.

—¿Has visto al señor Littman? —le preguntó Irene en tono de cotilleo.

—Sí —respondió sin más Daniela.

—No sé cómo me gusta más, si con corbata o con pajarita, como está hoy —comentó Irene.

Yo tampoco, se dijo Daniela para sus adentros, muy a su pesar.

—Nada que ver con el señor Barrachina —observó Irene con malicia, señalándolo disimuladamente con la barbilla.

Daniela siguió el movimiento de su cabeza. Irene tenía razón. El señor Barrachina era la antítesis de la elegancia. Aquella noche se veía como un bibliotecario rancio, como si acabara de salir de un cuento

del Medievo.

—No solo sus ojos son como los de un cuervo. Todo él parece uno —apostilló Daniela.

Ambas se echaron a reír.

Dos copas de champán después, Daniela se arriesgó a mirar un instante por encima del hombro. Le saltó el corazón cuando vio que Nathan estaba abriéndose camino entre la gente con paso decidido y avanzando hacia ella sin apartar los ojos de su rostro. Daniela miró a su alrededor, para ver de qué manera podía escapar.

—Voy a pedir una copa a la barra —dijo con prisa en la voz.

Se dio media vuelta sin esperar ninguna respuesta y caminó todo lo rápido que le permitían el gentío y los tacones, mientras lanzaba al Cielo una plegaria para que la tragara la multitud.

—¿Qué le pongo? —le preguntó servicial el camarero que se encontraba detrás de la barra.

—Un… Un… —Daniela estaba tan nerviosa que se quedó en blanco y ni siquiera se acordaba de lo que quería pedir—. Un vodka con naranja, por favor —dijo finalmente.

—Enseguida —dijo el camarero.

Daniela quería coger la copa y largarse de allí. De pronto notó una presencia. Contuvo la respiración en los pulmones porque sabía que tenía a Nathan detrás.

—Buenas noches, señorita Martín.

Daniela se quedó inmóvil al oír que la saludaba pegado a la oreja. Su cuerpo se tensó. Estaba tan cerca que pudo sentir su cálido aliento en la piel.

Su voz grave y profunda le provocó un estremecimiento.

—Hola —respondió sin apenas mirarlo, intentando no perder la compostura.

—Vengo a vigilar lo que bebes —dijo Nathan.

—¡¿Qué?! —balbuceó Daniela, con visible indignación en la voz.

Giró ligeramente el rostro y vio la diversión en los ojos de Nathan. De inmediato, apartó la vista y la volvió al frente, cuando el camarero ponía una copa de balón encima de la barra y le echaba unos cuantos hielos.

—Vistas las borracheras que te coges, tengo que tenerte vigilada —anotó Nathan, mordaz.

Daniela lanzó al aire un bufido mientras veía como el camarero

vertía el vodka.

—No soy una niña, Nathan. No tienes que ir detrás de mí. —se quejó enfadada.

Nathan se acercó aún más a ella.

—Me pones cuando te enfadas, Dani. Me pones mucho —le susurró al oído en tono insinuante y divertido a la vez.

Daniela no sabía dónde mirar ni qué decir. Aquellas palabras le pusieron nerviosa. El calor que desprendía el cuerpo de Nathan se deslizó provocador por el suyo. Al ir a coger la copa, la golpeó con la mano, con tan mala suerte que la tiró sobre la barra, volcando toda la bebida por la superficie.

—Lo siento… Lo siento mucho —se disculpó azorada con el camarero.

¡Joder, qué desastre!, se lamentó en silencio.

Nathan sonrió para sí.

—No importa. Tranquila —dijo el chico, amable—. Enseguida te pongo otra, no te preocupes.

Daniela dejó caer los hombros.

—Gracias —le agradeció.

—¿Te pongo nerviosa? —le preguntó Nathan, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—No. Ya estoy acostumbrada a ti —negó Daniela, tratando de dar firmeza y determinación a sus palabras. ¿Lo logró? No.

—¿De verdad? —El tono de Nathan sonaba serio y desafiante en esos momentos.

Vamos a comprobarlo, se dijo a sí mismo.

Se pegó a Daniela y apretó su cuerpo contra él y la barra. Daniela notó que el corazón le trepaba hasta la boca, desbocado, y que el vello de todo el cuerpo se le erizaba, y supo que aquello era peligroso. Muy peligroso.

—¡Nathan! —siseó con la voz entrecortada—. Nos van a ver.

—¿Y crees que me importa? —le preguntó Nathan en tono grave, fijándose en que a Daniela le temblaban los labios.

No, sé que a ti no, respondió Daniela con rabia en su fuero interno. *¿Por qué es tan descarado, joder?*

—A ti no, pero a mí sí —dijo.

Nathan obvió su comentario.

—Por cierto, estás preciosa —anotó sugestivo—. Ese vestido es… No tengo palabras.

Daniela se movió impaciente. Sentía fuego en las mejillas.

—Gracias —respondió con sarcasmo.

—No pareces muy tranquila ahora, Dani, y, además, he hecho que

te ruborices —afirmó Nathan, con una mezcla de satisfacción y arrogancia en la voz, al comprobar que el cuerpo le temblaba.

Esto está mejor. Mucho mejor, se dijo para sí, complacido de que Daniela estuviera en ese estado. No podía negar que le producía cierto morbo tenerla así.

—Ya, Nathan, por favor… —le rogó Daniela.

En esos momentos, el camarero terminó de servirle la nueva copa y se la acercó.

—Gracias —atinó a decirle Daniela, esbozando una sonrisa tibia en los labios.

Era mejor centrarse en no tirar la bebida otra vez y quedar como una patosa, pensó Daniela en silencio, que reconocerse a sí misma lo mucho que le estaba afectando Nathan a todos los sentidos.

—Nathan, tengo que irme —dijo decisiva, al tiempo que cogía la copa, aunque Nathan tuvo la sensación de que no estaba tan convencida de querer deshacerse de él.

Se mantuvo unos segundos en silencio, sopesando lo que iba a hacer. Podía dejarla ir, o podía arrastrarla hasta cualquier rincón del hotel y follarla con las ganas que tenía de hacerlo.

Optó por lo primero: quedaba mucha noche por delante todavía.

Se echó un paso hacia atrás, liberándola. Daniela soltó el aire que había estado conteniendo en los pulmones, claramente aliviada.

Nathan se inclinó hacia adelante, mirándola fijamente. Daniela tragó saliva.

—No le voy a quitar el ojo de encima, señorita Martín —le advirtió, cuando Daniela se dio media vuelta dispuesta a irse.

Daniela ni siquiera se atrevió a mirarlo, pero supo que Nathan la estaba observando con ojos burlones. A él siempre le divertían ese tipo de situaciones. De hecho, las provocaba. Sin embargo, en esos momentos, ella estaba demasiado nerviosa como para verle el lado divertido al asunto.

Pero a Nathan le gustaba ponerla contra las cuerdas, tentarla. Le gustaba jugar, porque sabía de antemano que tenía la partida ganada.

CAPÍTULO 41

Daniela trataba de divertirse; trataba de apartar todo de su mente. Deseaba demostrarle a Nathan que le era indiferente, que no le importaba, aunque nadie mejor que ella sabía que le costaba un enorme esfuerzo llevar a cabo su cometido, y que no siempre lo conseguía, y lo peor es que tenía la sensación de que Nathan era consciente de ello. Lo único en lo que podía pensar era en sus exóticos ojos verdes y en las promesas que había encerradas en ellos. Y que él la observase con aquella intensidad con la que lo hacía no ayudaba demasiado a su propósito. ¿Es que no se cansaba de mirarla? ¿Nunca?

—¿Me permites este baile? —le preguntó Gustavo en tono distendido.

Daniela asintió y cogió su mano.

Mientras se movía con Gustavo al ritmo de la canción que estaba sonando, vio que una mujer se acercaba a Nathan y que coqueteaba con él, con el mayor descaro del mundo. Daniela observó que lo miraba con deseo, como un ave rapaz miraría un suculento conejito.

Era una de esas tías con el rostro estirado a base de Botox, y silicona en todas aquellas partes del cuerpo donde podía meterse esa sustancia.

Y aunque Daniela empezó a creerse que podía tener alguna posibilidad con Nathan, él no le hacía el menor caso, y menos desde que había visto que el botones había sacado a Daniela a bailar.

Lo estaban llevando los demonios.

¿Por qué había accedido a bailar con él?

¿Por qué el botones apretaba el cuerpo de Daniela contra el suyo como si fuera a caerse por un precipicio?

Los celos empezaron a hacer de las suyas.

¿Por qué esa tía se acercaba tanto para hablarle? ¿Se creía que estaba sordo?

¿Y por qué Nathan se lo permitía?

¿Acaso…? ¿Acaso tenía alguna probabilidad real de pasar la noche con él?

No iba a quedarse a comprobarlo.

—Lo siento, Gustavo —comenzó, separándose de él—. Necesito tomar un poco de aire.

—¿Estás bien, Dani? —le preguntó él.

—Sí, es solo que estoy un poco mareada —mintió.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no… —negó Daniela reiteradamente—. Estoy bien, de verdad, solo necesito un poco de aire —dijo, restándolo importancia—. Vuelvo en cinco minutos.

Gustavo entendió que Daniela no quería compañía y no insistió.

—Está bien, pero si necesitas algo, ya sabes… —se ofreció.

Daniela le dio las gracias con una sonrisa.

Se recogió un poco la falda del vestido para poder andar mejor y dio media vuelta con los ojos anegados en lágrimas. Necesitaba salir de allí. Se ahogaba.

Se abrió paso entre la gente todo lo rápidamente que pudo mientras reprimía el llanto. Los ojos le ardían por el escozor. No podía más. Estaba demasiado sensible para ver según qué cosas. Tenía que escapar de aquel maldito salón.

La inercia la llevó a refugiarse en la azotea, situada un piso más arriba. Subió los escalones agarrándose a la barandilla y siguiendo el haz de luz de luna que se colaba por el hueco de la puerta, que estaba entreabierta. La empujó con las manos y salió a la enorme terraza.

Nada más de emerger a ella, un golpe de viento otoñal le agitó el cabello con fuerza, tapándole el rostro. Cogió los mechones con los dedos y se los colocó detrás de las orejas mientras avanzaba hacia el borde. El sonido acompasado de los tacones golpeando el suelo llenó el aire.

Se apoyó con las manos en el muro de hormigón, que hacía las veces de balaustrada, respiró profundamente, y contempló la panorámica que se extendía delante de sus ojos. A más de doscientos treinta metros de altura, Madrid apenas se intuía como un puñado de arterias anaranjadas en la melancólica oscuridad.

El bullicioso murmullo que podía oírse durante el día, a esas horas era prácticamente inexistente. El silencio, solo roto por el eco del viento que soplaba en esos momentos, resultaba mágico y tranquilizador.

Una ráfaga de aire sopló a su alrededor y a Daniela se le puso la carne de gallina. Se abrazó a sí misma y se acarició de arriba abajo los brazos para paliar el frío.

Y con la mirada azul vidriosa y perdida en un punto de la nada, rompió a llorar desconsoladamente.

Seguro que Nathan acababa revolcándose en la cama con esa tía. Él solo necesitaba desfogarse, satisfacer sus instintos, y para eso cualquier mujer era buena.

Dar cabida en su cabeza a esa posibilidad le produjo una punzada de dolor. ¡Joder, la situación ya era lo bastante complicada sin añadir los celos! ¿Pero cómo no iba a estar celosa? Deseaba a Nathan

desesperadamente. Solo tenía que verlo para darse cuenta de ello; pensar en él le nublaba la mente, y eso la consumía por dentro al igual que la rabia, porque estaba permitiendo que le desbaratara el mundo, su mundo, y eso nunca le había ocurrido antes.

—No puedo más… —musitó entre sollozos—. Ya no puedo más…

Las lágrimas corrían precipitadamente por sus mejillas, humedeciendo su rostro.

De pronto se quedó inmóvil, con el aire contenido en los pulmones, cuando notó que unas manos le ponían una chaqueta sobre los hombros.

De inmediato reconoció el olor de la colonia.

El corazón le dio un vuelco.

CAPÍTULO 42

—Señor Barrachina… —dijo, girándose de golpe hacia él.

La sorpresa asomó a su cara cuando alcanzó a ver su figura en la penumbra. ¿Qué hacía allí?

—Buenas noches —la saludó el gerente.

Daniela hizo un movimiento brusco con los hombros y se quitó de encima su chaqueta como si le diera calambre.

—No es necesario que me abrigue, gracias —indicó.

Pedro Barrachina desplegó en los labios una sonrisa maliciosa. Daniela vio algo en sus ojos que la inquietó.

—Está muy sola —comentó.

—Necesitaba tomar un poco de aire —respondió Daniela en tono formal—. Pero ya me voy.

Echó a andar, sin embargo, sus pasos se vieron interrumpidos cuando el señor Barrachina la asió del brazo con fuerza y la obligó a girarse hacia él.

—¿No quieres compañía? —le preguntó con una mueca de superioridad e hinchando el pecho como si fuera un pavo real.

Daniela frunció el ceño y miró al gerente, confusa. Sus ojos de cuervo brillaban como mármol negro.

—No, señor Barrachina, no quiero compañía —respondió con malas pulgas. Aquel comentario poseía una doble intención que no le sentó nada bien.

Los dedos del gerente se ciñeron con más fuerza alrededor del brazo de Daniela, que se puso tensa. ¿Qué pretendía?

—Me imagino que prefieres la de Nathan Littman —dijo el señor Barrachina con ironía en la voz.

Daniela palideció.

—¿Qué…? —balbuceó.

—¿Crees que me he caído de un guindo? —le cortó el gerente con burla—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo te mira? ¿De cómo le miras tú? Hasta un ciego lo vería —concluyó—. ¿Ya te ha metido en su cama?

—Suélteme, me hace daño —se quejó Daniela, ignorando su pregunta.

—Tienes que ser muy buena follando para que un hombre tan… hijo de puta como lo es él, se haya fijado en ti. —Pedro Barrachina se inclinó sobre Daniela, acercó el rostro al suyo y la miró con desdén—. Pero no te acostumbres —le dijo. Daniela torció el gesto, el aliento le

apestaba a tabaco y a alcohol—, puede que hayas conseguido liarte con un millonario, pero te pegará una patada en el culo en cuanto se canse de ti.

Daniela alzó la barbilla y lo miró directamente a los ojos con aire desafiante.

—No le voy a consentir que… —trató de defenderse.

—¡¿Qué es lo que no me vas a consentir? —la interrumpió seco el gerente—. No eres más que una puta, una vulgar perra, como todas —rezongó con visible desprecio.

—¡Qué me suelte! —gritó nerviosa Daniela.

La actitud de Pedro Barrachina y el cariz que estaba tomando la situación le gustaban cada vez menos.

Tiró del brazo para zafarse de él, pero le fue imposible. Su mano la sujetaba como si fuera un grillete de acero.

—Aunque, para serte sincero, no me extraña que te haya escogido a ti —continuó el gerente, desoyendo su petición. Su voz arrogante se transformó en un siseo ladino cuando se acercó a su oído—. Eres preciosa y siempre has tenido algo… especial. Y esta noche estás… —Dejó la frase suspendida en el aire.

Bajó los ojos negros y los clavó en sus pechos. De pronto sintió como el miembro se le ponía duro.

—Yo siempre te he querido tener en mi cama, sin embargo, parece que no soy tan interesante como Nathan Littman —dijo con despecho—. Pero no me voy a quedar con las ganas de probarte…

A Daniela se le heló la sangre en las venas al ver como la expresión del gerente pasaba de la ira a la lujuria.

Antes de que pudiera reaccionar, Pedro Barrachina le dio un fuerte empujón. Daniela trastabilló, dando unos cuantos pasos hacia atrás, hasta que finalmente perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—Vamos a ver qué es eso que tanto ha gustado a Nathan Littman —murmuró el gerente, con la voz colmada de lujuria.

Daniela trató de levantarse para echarse a correr y salir de allí, pero Pedro Barrachina, al intuir sus intenciones, la agarró por el tobillo y tiró de ella, arrastrándola por el cemento, lo que provocó que se arañara el muslo.

—¡Déjeme! ¡No se atreva a tocarme! ¡No se atreva a tocarme, hijo de puta! —gritó Daniela, mientras soltaba patadas y manotazos a un lado y otro.

Pedro Barrachina se colocó sobre ella y dejó caer el peso de su cuerpo para inmovilizarla.

—Estate quieta —le exigió, echándole el apestoso aliento en la cara.

Daniela notó que una náusea le ascendía por la garganta. Impotente, al comprobar que no tenía escapatoria y lo que se le venía encima, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡Socorro! ¡Ayuda! —gritó desesperada—. ¡Socorro!

Pedro Barrachina le tapó la boca con la mano para hacer que se callara, momento que Daniela aprovechó para darle un mordisco. El gerente lanzó al aire un aullido de dolor. Furioso, alzó la mano y le golpeó la mejilla.

Daniela sintió que el rostro le ardía. Un latigazo de escozor le subió hasta la frente como una lengua de fuego. La fuerza de la bofetada hizo que se mareara. Todo comenzó a dar vueltas a su alrededor.

—¡Cállate, maldita puta! ¡O te cerraré yo la boca a puñetazos! —rugió Pedro Barrachina.

Daniela vio que el gerente tenía los ojos inyectados en sangre y eso la aterró.

—Por favor, ayuda… —sollozó sin fuerzas. Intentaba moverse, intentaba huir, intentaba escapar de aquella pesadilla, pero no podía. El cuerpo del gerente era como una cárcel que la tenía atrapada contra el suelo—. Por favor… Que alguien me ayude… Por favor… —suplicó.

—¿Quién crees que te va a oír aquí? —se mofó Pedro Barrachina con saña—. Pobre Daniela, pobre niñita… —se rio.

Aturdida y envuelta en una especie de neblina mental, Daniela se escuchó a sí misma llamar a Nathan entre lloros, pero dudó de que lo hubiera dicho lo suficientemente alto como para que él la oyera.

—Nathan… Nathan, ven… Ven, por favor… —insistió sin darse por vencida mientras el gerente trasteaba con la bragueta del pantalón.

De repente, dejó de sentir el peso de Pedro Barrachina sobre su cuerpo. Gritos enfurecidos llegaron hasta sus oídos, y después un golpe seco contra algo que no supo identificar.

CAPÍTULO 43

—¡No la toques, cabrón! ¡No se te ocurra tocarla o te mato!

Daniela reconoció la voz grave de Nathan.

Giró el rostro y enfocó la vista con esfuerzo. Nathan había cogido a Pedro Barrachina por los hombros y lo había lanzado contra la enorme caseta de la electricidad situada a unos metros de ella.

Entornó los ojos. Nunca había visto a Nathan así. Estaba fuera de sí.

—¡Si le has hecho algo, te mato, hijo de puta! ¡Te juro que te mato! —ladró furioso.

Daniela se incorporó, se tapó las piernas con el vestido, y como pudo se arrastró hacia atrás hasta que la espalda tocó el frío muro de hormigón. Se recostó en él y trató de tranquilizarse respirando hondo. Se sentía confusa y ligeramente desorientada.

Pero Nathan estaba allí.

Ya estaba allí.

Y no iba a dejar que nada malo le pasase.

Nathan tenía a Pedro Barrachina contra el suelo, dándole puñetazos sin parar. ¿Cómo se atrevía a hacerle algo así a una mujer? ¿Y cómo se atrevía a hacérselo a Daniela? Era repugnante.

—¡Esto te va a costar caro, desgraciado! —le gritó, zarandeándole de un lado a otro.

El gerente trataba de defenderse, protegiéndose de los golpes con los brazos, y en un par de ocasiones intentó zafarse de Nathan, pero este era mucho más fuerte, más alto y más joven.

—¡Ya, Nathan! —intervino Nicholas, tirando de su amigo para separarlo de Pedro Barrachina. Al oír el revuelo y las voces, había acudido a la azotea a ver qué ocurría—. Yo me encargo de él… —añadió, al reparar en que Nathan no era en esos momentos responsable de sus actos y que sería capaz de casi cualquier cosa—. Ve a atender a Daniela —le indicó Nicholas.

—Llama a la policía antes de que lo mate con mis propias manos —le ordenó Nathan a Nicholas.

Antes de ir hacia donde estaba Daniela, se inclinó sobre Pedro Barrachina lentamente hasta que el rostro quedó a escasos centímetros del suyo.

—Te vas a pudrir en la cárcel —le amenazó entre dientes, con una gravedad en la voz que hizo que el gerente se sobrecogiera—. Te lo juro, como que me llamo Nathan Littman, que se te van a pudrir los

huesos entre rejas.

Se levantó, dio media vuelta y enfiló los pasos hacia Daniela. Se quitó la chaqueta del traje y se la echó por los hombros al tiempo que se sentaba a su lado.

—Ya estoy aquí, mi cielo, ya estoy aquí… —le susurró cariñosamente. La rodeó con los brazos y la estrechó contra él. ¡Dios Santo, estaba temblando de la cabeza a los pies!—. Ya estoy aquí… —repitió alentador, dándole un beso en la frente y meciéndola con ternura.

Cuando Nicholas se llevó arrastras a Pedro Barrachina de la azotea, Nathan cogió el rostro de Daniela entre las manos y la miró.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Daniela asintió con la cabeza.

—Sí —afirmó.

—¿Ese malnacido te ha hecho algo? —le preguntó Nathan.

—No.

Nathan respiró aliviado. Durante unos segundos escrutó los ojos de Daniela, llenos de pánico, y pasó cuidadosamente los pulgares por sus mejillas para enjugar las lágrimas que se deslizaban por ellas.

—Gracias —le agradeció Daniela con la voz tomada por la emoción.

—Shhh… —la silenció Nathan con dulzura.

Se quedó mirando su mejilla. Había comenzado a salirle un hematoma.

—*Fuck* —farfulló con el corazón encogido.

Chasqueó la lengua, enfadado consigo mismo. ¿Cómo había permitido que ese hijo de puta le hiciera eso? Y lo peor es que si no hubiera llegado a tiempo… No se atrevió a terminar la frase. Jamás se hubiera perdonado que le pasara algo a Daniela.

Jamás.

No podría vivir con ello.

En silencio, apoyó la cabeza de Daniela en su pecho y la abrazó con fuerza. Necesitaba sentirla y sobre todo que ella sintiera su protección y que supiera que todo iba a ir bien.

Daniela suspiró contra el pecho duro de Nathan. Sus brazos eran tan reconfortantes…

CAPÍTULO 44

—Dani, tienes que ir al hospital —dijo Nathan.

—No quiero ir al hospital. Estoy bien, Nathan —se apresuró a decir ella.

—Pero…

—De verdad, estoy bien. Solo quiero ir a mi habitación y… y descansar un poco —dijo Daniela.

Nathan negó con la cabeza.

—No voy a dejar que pases la noche sola. Quiero asegurarme de que estás bien —dijo rotundo—. Y, además, hay que ponerte algo frío en ese hematoma para que baje la inflamación —añadió—. Vamos a la suite.

—Es mejor que me vaya a mi habitación —repuso Daniela.

Nathan la miró a los ojos fijamente.

—Dani, no me quiero enfadar contigo —dijo con voz templada, tratando de ser indulgente, pero con un visible deje de seriedad—. No quiero discutir, no es el momento.

Daniela le sostuvo la mirada unos segundos. Nathan tenía razón: no era el momento de discutir. Estaba cansada, aturdida… Lo único que quería era olvidarse cuanto antes de todo lo que había ocurrido. Y en el fondo tenía que reconocer que solo quería estar con Nathan. Era con él con la única persona con la que se sentía protegida.

—Vale —accedió finalmente a media voz.

—Así está mejor —dijo Nathan, sonriéndole mientras le acariciaba suavemente la mejilla.

Nathan sacó la tarjeta-llave del bolsillo interior de la chaqueta y la pasó por la ranura de la puerta. La abrió y cedió el paso a Daniela.

—Entra —indicó.

Daniela se adentró en la habitación y los halógenos se encendieron de forma automática.

—Voy a ordenar que traigan un poco de hielo —anunció Nathan.

Daniela asintió.

Nathan descolgó el teléfono de la suite y mandó a uno de los empleados del turno de noche que le subiera una bolsa de hielos. Cuando colgó, Daniela estaba sentada en el borde de la cama con expresión meditabunda. Nathan se acercó y se puso de cuclillas frente a ella.

—¿Más tranquila? —le preguntó en tono suave.

—Sí —suspiró Daniela.

—¿No quieres que vayamos al hospital? —insistió, apartándole un mechón de pelo del rostro y metiéndoselo detrás de la oreja.

—No, estoy mejor aquí —respondió Daniela.

—Ven…

Nathan se sentó a su lado, la atrajo hacia él y la abrazó de nuevo. No quería soltarla.

—*My heaven*… —susurró en inglés.

Verla tan vulnerable e indefensa hizo que se estremeciera.

Unos nudillos golpearon la puerta un par de veces. Nathan se levantó y fue a abrir.

—Le traigo la bolsa de hielo que ha pedido, señor Littman —dijo Rubén, el chico encargado de la recepción en el turno de noche.

—Gracias —le agradeció Nathan, al tiempo que cogía la bolsa de su mano.

Rubén deslizó los ojos por encima del hombro de Nathan.

—Dani, nos acabamos de enterar de lo que ha pasado… ¿estás bien? —se preocupó.

—Sí, Rubén. Gracias —sonrió Daniela.

—Me alegro —comentó él, visiblemente afectado.

Después regresó la mirada a Nathan.

—Si necesita algo más, señor Littman… —se ofreció.

—Sí, tráigame uno de los botiquines, por favor —pidió él.

—Ahora mismo —dijo solícito Rubén.

—Gracias.

Eran imaginaciones suyas, ¿o Nathan cada vez era más amable con los empleados?, se preguntó Daniela, mientras veía como se acercaba a ella con un par de hielos en la mano que había envuelto en un pañuelo para que el frío no le quemara la piel.

Nathan volvió a colocarse de cuclillas frente a Daniela, que siguió su movimiento con los ojos, alargó el brazo y con cuidado le puso los hielos sobre el hematoma.

—Ay… —se quejó Daniela con voz queda.

—¿Duele?

—Un poco.

—Tienes que aguantar un ratito así —le indicó Nathan con una sonrisa.

Daniela asintió con la cabeza, conforme.

Los nudillos de Rubén volvieron a llamar a la puerta. Daniela cogió el pañuelo con los hielos y lo sujetó mientras Nathan iba a abrir.

—Aquí tiene —le dijo Rubén a Nathan, tendiéndole el botiquín.

—Gracias —respondió Nathan.

—¿Necesita algo más, señor Littman?

—Por el momento, no.

—Hasta luego —se despidió Rubén con voz formal—. Hasta luego, Dani —dijo más distendido, dirigiéndole una mirada.

—Adiós —dijo Daniela.

—Hasta luego —dijo Nathan, cerrando la puerta.

CAPÍTULO 45

Nathan se acercó de nuevo a la cama, apoyó el botiquín sobre ella y lo abrió.

—¿Son imaginaciones mías, o últimamente eres un poquito más amable con los empleados? —dejó caer Daniela, con una sonrisa asomando a los labios.

Nathan la miró de reojo mientras cogía el bote de agua oxigenada y una gasa.

—A veces un poco de amabilidad no está de más —dijo.

—Esa es una buena premisa —afirmó Daniela.

—Lo aprendí de una chica española muy especial —dijo Nathan en tono seductor.

—Vas a tener que presentarme a esa chica —bromeó Daniela.

—Estoy seguro de que te caerá muy bien —siguió la broma Nathan.

Destapó el agua oxigenada y vertió un chorro en la gasa.

—A ver los arañazos de ese muslo —dijo.

Daniela se tensó.

—Nathan, puedo curármelo sola, no te preocupes —se adelantó a decir, nerviosa.

—Vamos, Dani, ya he visto tus muslos —repuso Nathan, consciente de que esa era la razón por la que se negaba a que él le hiciera la cura.

Daniela notó que un golpe de rubor le llenaba las mejillas.

—Ya, bueno… —comenzó cabizbaja—. Pero eran otras circunstancias…

… *muy diferentes*, se dijo para sí. *Totalmente diferentes.*

—Dani —dijo únicamente Nathan, en tono de censura.

—En serio, Nathan, yo puedo hacerlo —trató de convencerlo.

—Dani —pronunció él por segunda vez.

—Solo son unos arañazos.

—Dani —dijo Nathan por tercera vez. Al ver que Daniela tenía la intención de seguir protestando, dijo con voz sedosa—. Déjame cuidarte, por favor.

Daniela se tomó un segundo para responder.

—De acuerdo —cedió finalmente con un suspiro.

—Date la vuelta —le indicó Nathan.

En silencio, Daniela se dio media vuelta y se tumbó bocabajo en la cama. El pulso se le aceleró al oír el sonido que hacían los zapatos de Nathan al acercarse a ella. Notó hundirse ligeramente el colchón al

sentarse a su lado y el corazón se le disparó cuando sus dedos retiraron con delicadeza la tela del vestido donde estaba la abertura.

Al ver los arañazos que se extendían por el muslo de Daniela, Nathan frunció el ceño con gravedad. No eran profundos, pero sí extensos. Pensar que se los había hecho el malnacido de Pedro Barrachina, provocó que le hirviera la sangre. Cogió el bote del agua oxigenada y echó un poco más en la gasa.

Alargó la mano y comenzó a pasar cuidadosamente la gasa por los largos rasguños para limpiarlos.

—Voy a hacer que ese miserable se pudra en la cárcel —dijo de pronto con los dientes apretados.

Daniela se aferró a la almohada.

—He pasado mucho miedo —confesó.

—Lo sé, cielo, lo sé —dijo Nathan con empatía—. Y por eso mismo lo va a pagar caro. Muy caro —enfatizó.

Después de limpiar la zona, tomó el bote de yodo, empapó una gasa nueva y la pasó por las heridas, con cuidado para que no le escociera, aunque fue inevitable.

Por tercera vez en la noche, unos nudillos llamaron a la puerta de la suite.

—Déjalo un rato así para que se seque —indicó Nathan a Daniela, al tiempo que se levantaba para ir a abrir.

—Vale —murmuró ella.

Cuando Nathan abrió la puerta, se encontró a Nicholas en el umbral.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Sí —respondió Nathan, echándose a un lado—. ¿Has estado con la policía? —quiso saber, cerrando la puerta y hablando en voz baja para que Daniela no pudiera escucharlos, aunque lo estaban haciendo en inglés, pero no quería preocuparla.

—Sí, ese cabrón ya está a disposición de las autoridades competentes —le informó Nicholas, utilizando el mismo tono de voz.

—Perfecto —asintió Nathan con expresión de satisfacción.

—Mañana vendrán a tomaros declaración a Daniela y a ti.

—Bien.

—¿Cómo está? —se preocupó Nicholas.

—A pesar de todo, bien. Daniela es una persona extraordinariamente fuerte. Es admirable —anotó Nathan, sin disimular la admiración que sentía por ella—. Por suerte, ese hijo de puta no llevó a cabo su propósito.

Pensar que Pedro Barrachina podía haber abusado de Daniela hizo que apretara los puños con rabia. Si lo tuviera delante sería capaz de

estrangularlo con sus propias manos. Quizá es lo que debería haber hecho cuando lo tenía contra el suelo, en lugar de haber dejado que Nicholas se lo llevara. Las ratas como él no merecían vivir.

—Llegaste a tiempo, Nathan —dijo Nicholas, poniéndole una mano en el hombro.

—Sí, justo a tiempo… —dijo él con alivio—. Vi salir a Daniela del salón y fui detrás de ella, sin embargo, la perdí de vista cuando abandoné la sala —comenzó a explicar a Nicholas—. La estuve buscando por toda la planta, pero no la encontré. Y cuando iba a bajar a buscarla a su habitación, pensando que habría ido allí, oí voces en la azotea… —Hizo una pausa y resucitó en su cabeza la escena—. Cuando llegué, ese miserable estaba encima de ella, tratando de forzarla… Y ya no vi. Una nube de ira me cegó. Me dirigí corriendo hacia él, le agarré por los hombros y le lancé contra la caseta de la electricidad. Quería matarlo, Nicholas —siseó entre dientes, mirándose las palmas de las manos—. Quería matarlo…, y creo que lo hubiera hecho si tú no hubieras llegado —concluyó.

—Lo sé, Nathan. Al llegar vi que estabas fuera de sí y también temí que se te fuera de las manos. Pedro Barrachina se merece la paliza que le diste, pero lo más sensato es que la justicia se encargue de él…

Nathan miró a Nicholas.

—Sí, tienes razón. Lo mejor es que te lo llevaras. Yo no era responsable de mis actos —afirmó.

Nicholas esbozó media sonrisa indulgente en los labios. Entendía perfectamente a Nathan. Él mismo, y cualquiera, hubiera actuado igual.

—Mañana hablamos —dijo.

Nathan asintió.

—Gracias, Nicholas —agradeció.

—No ha sido nada —dijo él, dándole una palmadita en la espalda —. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO 46

Nathan cerró la puerta de la suite, antes de dar media vuelta y enfilar los pasos hacia Daniela.

—Me acaba de decir Nicholas que Pedro Barrachina ya está… —comenzó, pero su voz se fue apagando poco a poco cuando vio que Daniela se había quedado dormida.

Una tierna sonrisa afloró a sus labios.

Se acercó, le colocó la tela del vestido sobre el muslo para tapar los arañazos, retiró el pañuelo con los hielos, cogió una manta y la cubrió cuidadosamente con ella para que no se quedara fría. Después se acuclilló a su lado y le retiró un mechón de pelo de la cara.

—Buenas noches, mi cielo. Que descanses —le deseó con voz cálida, mientras le acariciaba el rostro, con cuidado de no rozarle el hematoma de la mejilla.

Se inclinó y depositó un beso suave en su frente.

Seguidamente acercó a la cama uno de los sillones que tenía la suite y se sentó en él para observar en silencio a Daniela, como si fuera el guardián de sus sueños. Aquella noche lo sería.

Deshizo la lazada de la pajarita, se la quitó y la dejó en la mesilla, después se llevó las manos al pecho y se desabrochó un par de botones de la parte superior de la camisa.

Mientras contemplaba el rostro apacible de Daniela, pensó en la manera en que esa chica, en solo unas semanas, le había cambiado la vida, en cómo le había templado el corazón. Había ido a Madrid siendo un hombre resentido con el mundo; amargado, arrogante, cruel, y ahora empezaba a ser otro… Empezaba a ser el hombre que fue.

Daniela siempre lo conseguía, como si se tratara de un milagro. Con ella desaparecía la oscuridad, el dolor, el odio que sentía hacia sí mismo; esas nubes de tinieblas que se habían acomodado en su cabeza desde hacía tanto tiempo.

Jamás pensó que una sonrisa le pudiera cambiar la vida. Entonces se dio cuenta de que nada tenía sentido sin Daniela. Ni uno solo de sus días, ni una sola de las horas de sus días tenía sentido sin ella.

Alzó la vista y vio su imagen reflejada en el espejo que había al otro lado de la cama. Y, por primera vez en años, se reconoció. Reconoció en el Nathan que veía ahora, el Nathan que era antes. Vio al hombre que había sido; vio al Nathan justo, generoso e íntegro que un día fue y al que había enterrado en lo más profundo de su corazón.

Daniela me está convirtiendo en la persona que era hace años, en el Nathan de antes, el que pensé que no volvería nunca, se dijo.

Volvió la vista de nuevo hacia ella, suspiró y se retrepó en el sillón.

Nathan abrió los ojos y parpadeó un par de veces para enfocar la vista. La cama estaba vacía.

¿Daniela se había ido?

Giró el rostro hacia el llanto susurrante que comenzó a escuchar al otro lado de la suite. Entre la oscuridad, alcanzó a ver a Daniela, que estaba de pie mirando por los ventanales, abrazada a sí misma, y aunque trataba de reprimir las lágrimas, no podía.

—No, Dani, no… —masculló Nathan en tono inaudible.

Se levantó y con pies descalzos avanzó hacia ella por la semipenumbra de la habitación.

Daniela no sintió a Nathan hasta que él la abrazó por detrás.

—No llores, mi cielo. No llores, por favor… —le pidió con la voz llena de dulzura. Su cálido aliento le rozó la mejilla cuando susurró—: Todo está bien, Dani. Nicholas me ha dicho que Pedro Barrachina ya está a disposición de la policía.

—No lloro por eso —dijo Daniela, sorbiendo por la nariz mientras con prisa se enjugaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Nathan enarcó las cejas.

—¿Entonces, por qué? —preguntó. Daniela mantuvo silencio—. Dime por qué lloras, Dani —insistió.

Daniela tardó todavía unos segundos más en responder, mientras contemplaba la imagen que el reflejo del cristal le devolvía de Nathan abrazándola. La visión era tan dulce como utópica. Nathan no era suyo.

Y nunca lo sería. Él estaba casado.

Ese pensamiento la angustió.

Ya no podía más; todo aquello le pesaba demasiado.

—Estoy cansada de luchar… —dijo al fin.

Comprimió los labios tratando de controlar el llanto, pero no pudo y se rompió. Nathan la soltó para poder darle la vuelta entre sus brazos y mirarla a la cara.

—¿Contra mí? —le preguntó.

—No, contra mí misma —lloró Daniela.

Decir eso había sido un error. Un grave error. Estaba hablando de más.

¡Maldita sea! Estoy jugando de nuevo con fuego, y lo peor es que lo sé.

La atracción que sentía por él la aterraba, porque era incapaz de controlarla.

Nathan le sujetó el rostro entre las manos y le secó las lágrimas con los pulgares, teniendo cuidado de no hacer presión en el hematoma de la mejilla.

—Entonces no luches, Dani. Déjate llevar… —le susurró en la boca, deslizando suavemente la yema de los dedos por la línea de la mandíbula. Su voz se volvió más grave.

Daniela se descubrió apretando los puños, con tanta fuerza que las manos empezaron a dolerle por la tensión. De pronto había sentido el irresistible deseo de agarrarlo por las solapas de la chaqueta del traje, atraerlo hacia ella y besarlo hasta quedarse sin aliento.

Nunca había sentido una atracción tan fuerte. Pero no podía dejarse arrastrar por ella. La última vez que Nathan le había dicho que se dejara llevar habían terminado follando como dos animales en celo.

En ese momento se dio cuenta de que tenía que irse de la suite, pero, a la vez, sentía que no podía moverse, que no quería moverse. Levantó la mirada y se encontró con los intensos ojos verdes de Nathan. En el fondo de sus pupilas vibraba el deseo. El corazón le dejó de latir.

Nathan percibió su lucha interna, vio que su cercanía la estaba afectando. Parecía confusa, dividida… ¿Tenía miedo de dejarse llevar? ¿De perder el control? ¿Miedo de que él pudiera hacerle perder el control?

Eso era lo que Nathan deseaba, y era consciente de que la más mínima chispa podía causar un incendio entre ellos. Y sabía que Daniela también lo quería. Podía sentirlo.

—Nathan, ¿qué quieres de mí? —le preguntó Daniela con voz trémula.

—Todo —respondió él, tajante.

Hubo un silencio mientras Daniela absorbía aquella respuesta.

Todo.

La palabra reverberó en su cabeza.

Se estremeció.

—Pero…

El resto de la frase se perdió en la boca de Nathan, que se inclinó sobre ella y la besó.

CAPÍTULO 47

Daniela se puso tensa y trató de resistirse al beso, pero cuando la lengua de Nathan encontró la suya, la mente se le quedó completamente en blanco. Ya no era capaz de pensar en nada que no fuera en lo que Nathan le hacía sentir. La rabia, las dudas y las acusaciones desaparecieron; se olvidó de todo excepto de las sensaciones que habían comenzado a crecer en su interior.

Mientras se exploraban las bocas el uno al otro, escuchó un gemido. Se sorprendió al darse cuenta de que había sido suyo.

Daniela sabía que aquello no estaba bien, que no era correcto, pero su traicionero cuerpo estaba reaccionando al beso de Nathan como si no pudiera resistirse a él. Notaba la sangre palpitar en todo el cuerpo con deseo y deslizarse sigilosamente hacia el vértice de sus piernas.

Detenlo, se dijo a sí misma. *Detenlo antes de que cometas una estupidez como ya la cometiste antes.*

Apartó el rostro de él.

—No puedo, Nathan —dijo con lágrimas rodando por sus mejillas —. Estás casado —le recordó—. Casado…

—Shhh… —la silenció él.

Trató de besarla de nuevo, pero ella apartó la boca, aunque lo hizo poco convencida.

—No puedo… No podemos… No… —tartamudeó con la voz tomada por los sollozos.

—Dani, no aguanto más esta situación —dijo Nathan al borde de la desesperación—. Necesito acariciarte, necesito saborearte, oler tu aroma. Necesito… —apretó los dientes— …estar dentro de ti, necesito estar entre tus piernas y necesito tu sonrisa.

Respiró en su boca.

—Nathan, no… no puedes hacerme esto... —trató de hablar Daniela, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban para protestar —. No puedes decirme estas cosas...

—Entonces dime que pare, Dani. Dime que pare —la instó Nathan en tono serio, repasando con el pulgar el perfil tembloroso de sus labios.

Esperó unos segundos mientras estudiaba la expresión de su rostro. Una parte de Daniela, una parte racional que, a pesar de todo, intentaba desesperadamente no escuchar, le decía que ese era el momento de terminar con aquella locura.

—Te deseo… —dijo en un susurro Nathan, suspirando pegado a

sus labios—. Te deseo tanto que me duele… y sé que tú me deseas a mí.

Daniela dudó de nuevo, consciente de que estaba bajando la guardia.

Sí, le deseaba.

Debía irse, pero quería quedarse. Le costaría tan poco apoyar el rostro sobre su torso firme y musculoso y abandonarse al placer, como había soñado casi cada noche desde que se fue. En el fondo deseaba que Nathan la estrechara entre sus brazos y le volviera a hacer todas las cosas que le había hecho antes de descubrir su secreto.

Un fuerte deseo se apoderó de Nathan.

En un impulso irracional, sin dejar de mirar a Daniela intensamente y rígido por la excitación, la cogió por las nalgas y la levantó en vilo. El vestido se abrió y Daniela cruzó las piernas alrededor de su cintura, al tiempo que él la empujaba contra los ventanales.

Daniela sintió el frío del cristal en su espalda y cerró los ojos. Entonces supo que estaba perdida. Un escalofrío de placer le recorrió el cuerpo cuando Nathan se lanzó a ella como si estuviera poseído por algo que no pudiera controlar. Sin descanso, él exploró su boca con la lengua: saboreándola, acariciándola, devorándola…

Daniela tuvo la sensación de que Nathan iba, literalmente, a comerla viva. Llegado a ese punto ya no le importaba nada, excepto volver a estar entre sus brazos.

—Ahhh… —gimió con la respiración entrecortada, cuando sus labios comenzaron a descender sensualmente por el cuello.

Estaba abrumada por su intensa pasión. Ese hombre era capaz de prenderle fuego a su piel allí donde la besaba.

Mientras Nathan sujetaba a Daniela por la cadera con una mano, deslizó la otra por su escote, apartó el tirante del vestido, dejando al descubierto el pecho, y se inclinó para atrapar el pezón con los dientes. Tiró ligeramente de él, hasta que oyó a Daniela gruñir de placer. Después lo acarició suavemente con la lengua para calmar el pellizco de dolor.

De pronto le estorbaba el vestido. Quería ver a Daniela desnuda, en todo su esplendor.

—¿Te ha costado mucho el vestido? —le preguntó con intención.

—No mucho, estaba de rebaj… —comenzó Daniela a decir de forma mecánica, sin detenerse a pensar por qué Nathan le hacía esa pregunta en ese momento.

Sin pensárselo dos veces, Nathan lo agarró por el escote con las dos manos y tiró de la tela, haciendo que se rasgara de arriba abajo.

Daniela se quedó muda. Las palabras se le atascaron de golpe en la garganta.

Nathan había roto el vestido como quien rompe una hoja de papel.

—Te regalaré uno igual, mi cielo —musitó él con expresión traviesa en los ojos, al ver el rostro de asombro de Daniela—. Te regalaré todos los vestidos del mundo.

Sin dejar de mirarla, para observar su reacción, le rompió también las braguitas.

¡Dios mío!, exclamó Daniela para sus adentros.

Llevado por la pasión, se apretó contra ella, aplastándola aún más contra el cristal. Se sentía poseído, hambriento, ansioso… Quería que lo sintiera, que notara la erección que palpitaba en el interior de su pantalón, que supiera lo mucho que la deseaba; que supiera que quería todo de ella.

Y Daniela lo sabía. Lo sabía perfectamente.

Enredó los dedos entre los mechones de su pelo negro y estrechó su cabeza contra ella aún más, mientras él seguía devorándola como si el mundo se fuera a acabar en unos minutos.

Nathan estaba tan excitado, que apenas podía hablar, y aunque le costó un esfuerzo sobrehumano controlarse, finalmente dejó de acariciarla y alzó el rostro.

—Voy a por un preservativo —dijo, mirando a Daniela con ojos voluptuosos.

—Sigo tomándome la píldora —repuso ella.

Nathan le dio gracias a Dios por poder retomar las caricias sin más pérdidas de tiempo.

—Bien… —dijo.

Se bajó la cremallera del pantalón y sacó por la bragueta su miembro duro y erecto. Agarró a Daniela por las caderas y la hizo descender hasta que se introdujo profundamente en ella. Sus músculos estaban muy tensos y apretaban su pene a cada milímetro que avanzaba, produciéndole un placer sublime.

—Dios, Dani… —musitó él a ras de sus labios—. Dios… Tengo tantas ganas de follarte —siseó en tono sedoso.

Daniela gimió cuando lo sintió totalmente dentro.

Nathan comenzó a moverse en su interior, embistiéndola con fuerza una y otra vez contra el cristal de los ventanales mientras jadeaba en su oído.

—Oh, sí, Nathan… —suspiró Daniela con voz profunda y seductora, clavando las uñas en sus hombros.

—Eso es, di mi nombre. Di mi nombre, Dani —le pidió Nathan.

Y Daniela hizo lo que le solicitó.

—Nathan… Oh, Nathan… —gimió.

Nathan sintió como una corriente de placer le sacudía la columna vertebral como una descarga eléctrica. Se envileció al oír su nombre en la voz extasiada de Daniela, y aceleró aún más los envites. La respiración se hizo cada vez más difícil, jadeante.

Hasta sus oídos llegaron los gemidos de placer de Daniela mientras él seguía hundiéndose en ella una y otra vez. Notó como sus músculos se tensaban bajo su cuerpo, como temblaba y se aferraba a su espalda con fuerza al tiempo que el líquido de su placer lo empapaba.

—¡Nathan! ¡Ah, joder, Nathan! —exclamó Daniela con los ojos cerrados, sacudida por un intenso orgasmo.

Nathan ya no era capaz de pensar, solo de sentir. El placer le había nublado la mente. Y su cuerpo explotó de repente, saliendo catapultado al éxtasis con una violencia súbita que hizo que sus músculos se sacudieran una y otra y otra vez mientras su garganta se rasgaba en un profundo gruñido contra la mejilla de Daniela.

CAPÍTULO 48

Cuando Daniela abrió los ojos despuntaba un amanecer rosado con nubes algodonadas. En el silencio que reinaba en la habitación solo se oía el tic tac del reloj y la respiración pausada de Nathan. Estiró las piernas y se dio cuenta de que estaban enredadas entre las suyas.

De pronto se sintió mal consigo misma. Un sentimiento de culpa la invadió.

No debería estar allí; aquello no debería haber ocurrido. Había vuelto a caer; había vuelto a cometer una estupidez, debido a su increíble falta de sentido común. Movió los ojos y miró a su alrededor. El vestido, hecho un jirón, estaba tirado en el suelo al lado de los ventanales, junto con las bragas.

Chasqueó la lengua, molesta.

—Joder… —musitó.

Un beso en mitad de la espalda le produjo un escalofrío.

—Ya, Nathan —dijo en tono hosco, echándose hacia adelante para evitar el contacto con él.

Nathan se incorporó un poco para mirarla.

—Dani, ¿qué te pasa? —le preguntó con voz suave.

—No deberíamos haber hecho esto —dijo simplemente.

—¿Por qué? —preguntó Nathan.

—Porque no —atajó Daniela, áspera.

Se sentó encima de la cama, tiró de las sábanas y se cubrió los pechos con ellas.

—Los dos lo deseábamos —añadió Nathan.

Daniela bufó.

—Dani, dime qué te pasa.

—Lo de siempre, Nathan —saltó ella—. Me pasa lo de siempre desde que descubrí aquella fotografía. —Giró la cabeza hacia él—. Desde aquel día, no puedo dejar de pensar en tu mujer y en tu hija.

—Déjame que te explique… —comenzó Nathan.

—No quiero que me expliques nada —le cortó Daniela con los ojos arrasados en lágrimas—. Nada. No quiero que me cuentes mentiras ni que te inventes cuentos…

—Dani…

—No lo entiendes, ¿verdad? —inquirió con la voz quebrada—. ¡Me siento como una mierda, Nathan! ¡Como una auténtica mierda! —lloró—. ¡Por Dios! ¡Tienes mujer y una hija! Deberías estar con ellas y no revolcándote conmigo —le espetó.

La desesperación que se desprendía de las palabras de Daniela rompió el corazón a Nathan. Verla llorar y sufrir de aquella manera lo destrozaba por dentro.

Se incorporó en la cama y se sentó sobre sus muslos, frente a ella, le aferró el rostro con las dos manos y la acercó a él.

—No llores, Dani. No me llores así, cielo…

—Déjame —le pidió Daniela, tratando de zafarse de él—. No tenías ningún derecho a… a entrar en mi vida, a ponerlo todo patas arriba —continuó hablando—. Yo no necesito esto ahora. No te necesitaba, Nathan —lo increpó—. No necesitaba que te metieras en mi vida y arrasaras con todo. Estaba muy bien sin ti, ¿sabes? Muy bien.

A Nathan aquellas palabras le dolieron como si fueran puñales.

—Dani, escúchame…

Sin embargo, Daniela no quería escucharlo. Giró el rostro, pero Nathan la obligó a mirarlo.

—¡Dani!, ¡Dani!, ¡Dani…! —la llamó repetidamente para que le prestara atención—. ¡Escúchame! —le pidió, buscando su mirada. Tenía que hacerle entrar en razón, estaba muy alterada—. Escúchame, por favor… —Cuando Daniela por fin le miró, le dijo—: No estoy casado. Dani, no estoy casado. Estoy viudo.

Daniela frunció el ceño con gravedad mientras procesaba aquella información. Se quedó inmóvil, como si la sangre hubiera dejado de circular por sus venas. ¿Viudo? ¿Nathan Littman viudo? Pero si era muy joven para…

La cabeza comenzó a darle vueltas. No entendía nada.

—Sí tuve una mujer y una hija. Sí tuve una familia… pero hace tiempo… —Nathan bajó la cabeza y el tono de voz, avergonzado—. Ahora no hay nada… No tengo nada.

Dejó caer las manos sobre los costados con cansancio. De pronto se sentía como si hubiera hecho un esfuerzo muy grande. Daniela advirtió la expresión de derrota que reflejaba su rostro.

—Nathan, yo no… No pretendía… —No sabía qué decir. Se sentía confusa—. Lo siento —dijo, enjugándose las lágrimas que le caían por el rostro.

Nathan entendió que había llegado la hora de hablar, de poner las cartas sobre la mesa. Tenía que confesarle a Daniela la verdad, sino la perdería. Había visto el dolor que le suponía saber que estaba casado y que ella quedaba relegada a un segundo plano como amante, sin ser cierto. Lo había visto en su mirada azul y no lo había soportado.

Nathan alzó la vista. Una sonrisa amarga curvó sus labios.

—Soy yo quien debe disculparse —dijo. Alargó el brazo y acarició la mejilla de Daniela con suavidad, secándole con el pulgar las

lágrimas que aún quedaban en su rostro—. Soy yo quien debe pedirte perdón.

—¿Por qué? —preguntó ella, ingenua.

—Por haber sido un cobarde —respondió Nathan.

—Nathan, no entiendo… ¿Por qué dices que has sido un cobarde?

—Por no contarte antes lo que te voy a contar ahora. No tenía que haber dejado que pasara el tiempo.

Daniela se acordó de la conversación que había mantenido con Nicholas aquella noche sentados en el escalón de hormigón de la entrada del Eurostars.

—Nathan, sabes que puedes confiar en mí —dijo.

—No te lo he contado antes por falta de confianza, cielo, sino por falta de valor.

Daniela le cogió la mano y la envolvió entre las suyas.

—¿Qué hay en tu historia, Nathan? —lo animó en tono dulce para que se lo contara.

—Algo que me tiene muy jodido, Dani —respondió él—. Muy jodido.

—¿Cómo murieron tu mujer y tu hija? —se atrevió a preguntar Daniela, aunque lo hizo con cautela.

—En un accidente de coche… del que yo tuve la culpa —aseveró Nathan. Clavó los ojos en Daniela, que lo miraba expectante—. Yo las maté. A las dos. Y ese día el infierno se desató en mi interior.

CAPÍTULO 49

Daniela enarcó las cejas al captar su deje de condena.

Le sorprendió el soterrado tono de enfado hacía sí mismo, incluso de odio, que se ocultaba tras la mirada llena de tristeza de Nathan.

Se le encogió el corazón.

Ahora lo entendía todo. La melancolía, el silencio, las pesadillas…

Ese era el particular infierno de Nathan. Lo que lo atormentaba.

—No puedes culparte por lo que pasó. Fue un accidente —le dijo con voz condescendiente.

—No es fácil cuando quien conducía era yo —arguyó Nathan con desprecio—. Sus vidas se sesgaron en mis manos. Por mi culpa. Soy el único responsable.

—Nathan, un accidente no deja de ser un accidente. No puedes castigarte toda la vida por ello porque entonces nunca vas a ser feliz.

—Yo no merezco ser feliz, Dani.

Daniela frunció el ceño. La voz de Nathan sonó con tanta gravedad que ella no pudo casi ni respirar. ¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía ser tan duro consigo mismo? Su expresión torturada le encogió el corazón.

—Sí, Nathan, sí mereces ser feliz. Como cualquier otra persona —susurró compasiva.

Nunca había visto a Nathan tan derrotado. Durante unos segundos sintió una profunda compasión por él. Sus ojos mostraban tanta culpabilidad, tanto dolor, tanta tristeza...

—No. Yo tendría que haber muerto en ese accidente y no ellas —afirmó Nathan con dureza.

—No, Nathan, no —se apresuró a decir Daniela ligeramente angustiada—. No digas eso, por favor…

¿Qué haría ella ahora sin él?

Nathan la miró durante unos segundos y suspiró quedamente. Levantó la mano y se la pasó con ternura por la mejilla.

—Mi dulce Daniela —susurró—. Mi *Chica de las mil sonrisas*… —Ella sonrió al escuchar el apodo por el que la llamaba—. Si supieras cuanto bien me ha hecho tu sonrisa, cuanto bien me has hecho tú…

—Nathan… —dijo Daniela, poniendo la mano sobre la suya y recreándose en la caricia de Nathan.

—Eres tanta luz, Dani, y yo tanta oscuridad —dijo él con la voz afectada.

—Tú no eres oscuridad, Nathan —afirmó Daniela en tono tibio.

Nunca había visto tanta emoción en su rostro. Sus ojos duros se habían suavizado—. Tienes que superar lo que pasó y dejar de ser tu propio verdugo. Te estás flagelando de una forma inhumana —siguió hablando. No le gustaba ver a Nathan así. Sintió un enorme peso en el corazón. Alzó la mano y le acarició la mandíbula—. Estás siendo un juez demasiado duro…

Nathan negó con la cabeza.

—Me sentí devastado tras sus muertes… Mi vida se desestabilizó por completo. Durante estos años no lo he sabido llevar, y me he convertido en un hombre intratable y extraordinariamente duro; solo preocupado de ocultar y controlar mi dolor y mis sentimientos. —Entornó los ojos y continuó hablando con voz reflexiva—. He perdido los valores y los principios por los que antes regía mi vida, y he terminado transformándome en lo que siempre he aborrecido; en las personas que siempre he odiado y a las que siempre he evitado parecerme.

—Aún estás a tiempo de volver a ser el Nathan de antes —dijo Daniela.

—Ya no sé quién soy, Dani. No lo sé… —dudó Nathan en tono apesadumbrado.

—Yo sí lo sé, Nathan. ¿Quieres que te diga quién eres? —le preguntó Daniela retóricamente. Sin dejar que respondiera, dijo—: Eres el Nathan que se preocupa por mí, el Nathan que me cuida. El Nathan que me protege. El que me ordenó que me quedara a dormir en su suite cuando me caía de sueño, el que readmitió a Gustavo cuando se lo pedí, solo para verme sonreír —comenzó a enumerar con orgullo—; el que me dio libre todos los días que necesitara para llevar al médico a mi hermana, el que se empeña en que coma y me obliga a ir al restaurante del hotel a comer, el que consigue entradas que ya están agotadas para que Carlota pueda ir a ver una exposición de Harry Potter… Ese es el Nathan que eres.

—Y también soy el Nathan altivo, arrogante, insufrible, intratable.... —intervino Nathan—. El Nathan que te amenazó con echarte a la puta calle, el Nathan que juró que iba a acabar contigo, el que ni siquiera fue cordial el día que fuiste a presentarte…

—Pero ese Nathan queda muy lejos ya —dijo Daniela, arrugando la nariz de esa forma característica suya. Sonrió.

—Ay, esa sonrisa tuya —dijo Nathan, dándole un toque en la nariz con el índice.

La sonrisa de Daniela se diluyó en los labios.

—Nathan… ¿por qué no me lo has contado antes? ¿Por qué has dejado que… que pensara cosas que no son? —le preguntó—. ¿Que

creyera que… bueno, que eras un cabrón? —añadió algo avergonzada.

—Porque no he sido capaz de enfrentarme a ti, porque ni siquiera he sido capaz de enfrentarme a mí mismo en todos estos años. No he sido lo suficientemente valiente para encarar mis demonios —dijo Nathan. Hizo una breve pausa—. Tú lo eres mucho más de lo que lo soy yo, y mucho más fuerte —añadió—. Era mejor que pensaras que soy un cabrón a que soy un monstruo.

Daniela advirtió que una pesada oscuridad lo envolvía.

—No eres un monstruo —le rebatió en tono apesadumbrado. Y sin previo aviso, se lanzó a él para abrazarlo—. No digas eso… No eres ningún monstruo —repitió contra su hombro.

Nathan la acogió con una débil sonrisa, a su pesar. Su preciosa niña trataba de consolarlo. Eran ese tipo de cosas, espontáneas e ingenuas, las que adoraba de Daniela. Su mezcla de inocencia y franqueza lo hechizaba.

¡Y Dios, cómo lo hechizaba!, pensó para sí, apretándola contra su cuerpo.

—Me cobré dos vidas: la de mi mujer y la de mi hija, y la culpa es mi condena —refutó, volviendo al presente—. Y desde ese día no vivo en paz. No logro encontrar paz en mi infierno, ni siquiera un segundo. Solo cuando estoy contigo, Dani.

—Entonces agárrate a mí, Nathan. Agárrate muy fuerte a mí —dijo Daniela, apretándolo contra ella—. Déjame ser tu trocito de cielo.

—Ya eres mi trocito de cielo —afirmó Nathan con una sonrisa.

Se separó y cogió el rostro de Daniela entre las dos manos.

—No quiero perderte, Dani —le confesó en un arranque de sinceridad.

—No vas a perderme, Nathan.

—Dani, no quiero volver a prescindir de las emociones, como he hecho todos estos años, en los que he estado desconectado de mis sentimientos. No quiero prescindir de lo que tú me haces sentir. —Nathan guardó silencio unos segundos mientras repasaba con los ojos los rasgos llenos de dulzura del rostro de Daniela—. Dime que vas a ser mía para siempre —le pidió.

—Voy a ser tuya para siempre —afirmó Daniela con una sonrisa.

Nathan sujetó a Daniela por la nuca, se acercó a su cara y la besó en los labios con suma ternura. Después de saborear su boca, se retiró unos centímetros y la miró a los ojos.

—Tú has sido la primera mujer a la que he besado en la boca desde que besé por última vez a Sienna, mi mujer.

Daniela abrió los ojos, incrédula.

CAPÍTULO 50

—¿Lo dices de verdad?

Nathan inclinó ligeramente la cabeza.

—Sí —afirmó—. No se lo he permitido a ninguna otra mujer.

—¿A ninguna?

—A ninguna —contestó tajante—. No quería que ninguna otra borrara el recuerdo de Sienna; como si quisiera guardar el sabor de sus labios en los míos… hasta que llegaste tú.

Daniela cayó en algo.

—Claro, por eso a mí tampoco me besaste en la boca las primeras veces… Me acuerdo que me pregunté por qué no lo hacías. Me parecía tan extraño…

—Ese era el motivo, pero hubo un momento en que no pude resistirme —dijo Nathan.

Daniela delineó en los labios una sonrisilla. Se sentía extrañamente halaga.

—¿Quieres saber una cosa muy curiosa? —habló de nuevo Nathan.

—Sí, claro…

—Sienna colocaba las corbatas en el corbatero por colores, como lo haces tú.

Daniela entreabrió ligeramente los labios, sorprendida.

—Vaya… —musitó.

—¿Te acuerdas del día que ordenaste mi vestidor?

—Sí, fue el día que te pregunté que si me ibas a poner nota y tú me soltaste una de tus borderías —bromeó Daniela.

Nathan rio.

—Sí, ese mismo —dijo—. Cuando te fuiste de la suite abrí el corbatero… Y al verlo ordenado por colores sentí que algo se removía en mi interior —confesó—. Eres la única persona que conozco que coloca las corbatas así. Bueno, tú y Sienna.

—Es algo curioso, desde luego —comentó Daniela.

—La verdad es que sí que lo es.

Después de unos segundos de silencio, Daniela dijo:

—Nathan, ¿puedo hacerte una pregunta?

Nathan sonrió, acordándose de la vez que Daniela le pidió que readmitiera al botones y comenzó la conversación de aquella misma manera.

—Es retórico, ¿no? Porque me la vas a hacer de todos modos —respondió Nathan, utilizando las mismas palabras que utilizó en aquel

entonces.

Daniela arrugó la nariz.

—Solo si quieres que te la haga —anotó.

En esos momentos Daniela también tenía en la cabeza esa conversación.

—Quiero. Dime —respondió Nathan, asintiendo. En el fondo le resultaba difícil resistirse a la forma de preguntar que tenía Daniela.

Ella escogió con cuidado las palabras que iba a decir. No quería meter la pata.

—¿Crees que a… Sienna, tu mujer, le gustaría el hombre que has sido todos estos años?

Nathan nunca se había parado a pensar en ello, pero tenía clara la respuesta: no.

—No —negó rotundo—. Si algo caracterizaba a Sienna era su bondad. Sienna era una mujer íntegra, como tú. En el fondo os parecéis mucho. —Hizo una breve pausa antes de continuar—. Ella nunca se habría enamorado de un hombre tan déspota y arrogante.

—¿Y crees que a Sienna le gustaría ver el modo en que te castigas? ¿El modo en que te niegas a ser feliz? ¿O por lo menos a intentar ser feliz?

Nathan se encogió de hombros. Las preguntas que estaba planteándole Daniela le estaban descolocando.

—No, yo sé que no —dijo.

Daniela alzó las manos y mostró las palmas como si la conclusión fuera obvia.

—¿Entonces? ¿Por qué te empeñas en ser alguien que a ella no le gustaría que fueras?

Nathan tomó aire.

—Dani, cada noche, desde que tuvo lugar el accidente... Cada noche, desde hace seis años, ocho meses y dieciocho días, en mis sueños aparece Sienna, con Lucy, mi hija, en brazos, acusándome de que fue mi culpa, de que yo las maté, de que yo las condené a la muerte…

Daniela escuchaba atentamente a Nathan. Su relato la estaba conmoviendo sobremanera. Notó que se le encogía el estómago.

—Cada noche revivo lo que sucedió de una forma macabra y grotesca —continuaba Nathan—: llovía, llovía mucho. Perdí el control del coche por culpa de una balsa de agua que se había formado en la carretera, nos salimos, dimos varias vueltas de campana y nos estrellamos contra un árbol. Lucy… Lucy murió en el acto —dijo, con la voz tomada por la emoción y los ojos velados por las lágrimas—, y Sienna ni siquiera llegó al hospital. Yo vi sus cuerpos ensangrentados,

Dani, aplastados por el amasijo de hierros en el que se convirtió el coche —enfatizó—. A Sienna suplicándome, con las pocas fuerzas que le quedaban, que salvara a nuestra pequeña, que la salvara… Pero yo ya no podía hacer nada por nuestra hija, y tampoco pude hacer nada por ella —dijo con rabia.

—Nathan, esos reproches, esas acusaciones, no son de Sienna, ni de tu hija. No son de ellas, sino de tu conciencia. Es tu conciencia la que te acusa, la que te castiga… —afirmó Daniela con sensatez—. Por eso tienes que transformar el dolor en recuerdo, y no dejar que te pudra el alma. —Hizo una pausa y lo miró fijamente—. Nathan, es una herida que lleva mucho tiempo abierta, ¿no crees que es tiempo de cerrarla?

Nathan se quedó unos segundos observando a Daniela. Aferró su rostro, se acercó a él y apoyó la frente en la suya.

—Dios mío, Dani… Tu mirada me hace grande, muy grande… —susurró únicamente.

De pronto sintió como si unas manos invisibles le hubieran quitado de los hombros una carga demasiado pesada. Daniela esbozó una ligera sonrisa.

—Tienes que hacerlo por ellas. Nathan, tienes que dejarlas ir, tienes que dejarlas descansar en paz —continuó, respirando su aliento—. Y tienes que perdonarte los pecados del pasado, tienes que hacer las paces contigo mismo, sino no vas a tener futuro —le aconsejó, y añadió—: Permítete recordarlas con cariño y devoción y no con dolor.

—¿Crees que merezco una segunda oportunidad cuando ya creía que era imposible para mí? —dijo Nathan.

Daniela frunció el ceño. Nathan parecía un niño pequeño preguntando a sus padres si se merece que lo quieran.

—¿Cómo me puedes preguntar eso, Nathan? —dijo en tono casi maternal—. Sí, claro que sí. Claro que te mereces una segunda oportunidad.

Nathan inhaló una profunda bocanada de aire y lo soltó en forma de suspiro.

—Solo espero que algún día pueda llegar a ser el hombre que te mereces —dijo.

—Ya eres el hombre que me merezco. Eres perfecto, Nathan. Perfecto para mí —sonrió Daniela comprensiva, al tiempo que le acariciaba el rostro.

—Tenía tanto miedo de que me juzgaras, Dani —dijo Nathan, visiblemente aliviado—. De que pensaras que era un monstruo…

Le cogió la mano, se la llevó a los labios y le dio un beso.

—Yo no soy nadie para juzgarte. Nadie —arguyó Daniela—.

Nathan, te tiene que entrar en la cabeza que fue un accidente. Un terrible accidente, sí, pero un accidente, al fin y al cabo. No has cometido ningún crimen.

—Pero yo tengo la sensación de que sí —repuso él.

—Pero no lo has cometido. No lo has cometido —dijo Daniela, enfatizando sus palabras—. Tienes que verlo con objetividad. Yo entiendo tu dolor. Tiene que ser terrible, pero no creo que les gustara verte así. Estoy segura de que querías lo mejor para ellas, y estén donde estén, no dudes ni un segundo de que desearían que fueras feliz.

Nathan se permitió una sonrisa.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —le preguntó a Daniela.

Tenía la sensación de que los últimos años, desde que había tenido lugar el accidente, su vida había estado en suspenso, hasta que Daniela había entrado en ella.

—Creo que esperándote —respondió Daniela, arrugando la nariz en un gesto tierno.

Nathan sonrió agradecido.

—Gracias por aparecer en mi vida y por convertirte en mi trocito de cielo —dijo.

Daniela se acurrucó contra el cuerpo de Nathan, que la atrajo hacia él y la besó en el pelo. Al apoyar la cara sobre su pecho, Daniela oyó el latido acompasado de su corazón. Por fin había conocido al hombre que era en realidad. Un hombre que tenía miedos y que vivía atormentado por el dolor y la culpa. Nathan había sufrido mucho en el pasado. Aún seguía sufriendo por él, y ella también; la vida les había golpeado con dureza, pero juntos iban a tener una segunda oportunidad.

CAPÍTULO 51

Sin apenas ser conscientes de ello, el amanecer dio paso a la primera hora de la mañana con un resplandor amarillo que se colaba por los ventanales, formando halos de luz dorados a lo largo de la suite.

—Dani, ¿cómo estás? —se preocupó Nathan, refiriéndose a lo que había sucedido con Pedro Barrachina.

Daniela, que estaba apoyada sobre su torso, le acarició el pecho con la mano.

—Bien —respondió—. La verdad es que no me sorprende lo que hizo, las chicas y yo siempre hemos pensado que es un cerdo. Su forma de mirarnos, a veces, es… —Sintió un escalofrío y se acurrucó más contra Nathan—. Es un baboso, y desde que tú has comprado el hotel está más insoportable que nunca.

—Pues os aseguro que ya no os va a molestar más —aseveró Nathan—. Ese desgraciado ya está a disposición de la policía y me voy a encargar personalmente de que esté un buen tiempo en la cárcel. No voy a dejar que pise por aquí nunca más —atajó—. Por cierto, ayer me dijo Nicholas que hoy vendrá la policía a tomarnos declaración.

Nathan buscó la mano de Daniela y entrelazó los dedos con los suyos. Daniela abrió la boca para decir algo, pero en ese momento reparó en cómo tenía Nathan los nudillos. Estaban magullados y rojos. Al verlos, se incorporó con expresión de alarma en el rostro.

—Nathan, tienes los nudillos enrojecidos —dijo con aprensión, pasando suavemente las yemas de los dedos por ellos.

Una débil sonrisa asomó a los labios de Nathan.

—No es nada —murmuró, restándole importancia.

—Los tienes así de pegar a ese gilipollas, ¿verdad? —insistió Daniela.

—Ya, Dani, no te preocupes por mis nudillos. Están perfectamente —dijo Nathan. Tiró de ella y la acercó a él lo suficiente para depositar un beso en su cabeza—. Me partiría la cara por ti, si fuera necesario —añadió.

Daniela se llevó la mano de Nathan a los labios y besó cada nudillo suavemente. Nathan amplió la sonrisa en su boca. De un movimiento ágil, se puso encima de Daniela.

—Hay que curarte esos arañazos —dijo—, y este hematoma —agregó, inclinándose y dándole un pequeño beso en él.

—Luego —dijo Daniela.

—¿Quieres dormir un poco? Todavía es pronto —sugirió Nathan.

Daniela movió la cabeza de un lado a otro.

—No —negó.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le preguntó Nathan.

—Follar —respondió Daniela, al tiempo que alzaba las caderas y rodeaba fuertemente la cintura de Nathan con las piernas.

Nathan captó la impaciencia de su voz. Aquella actitud pícara de Daniela incendió su cuerpo. Durante unos segundos estudió su rostro en silencio; los ojos azules estaban expectantes, esperando su reacción; las mejillas sonrojadas por la timidez y los labios hinchados y entreabiertos.

—Cuando te ruborizas me dan ganas de comerte —dijo.

Se inclinó sobre Daniela con media sonrisa en la boca y comenzó a besarle el cuello. Daniela pasó las manos por su nuca y lo atrajo hacia sí.

—¿Me quieres ya dentro de ti? —le preguntó Nathan con voz seductora.

—Sí, ya —contestó ella, impaciente, elevando los brazos y acariciándole el rostro con manos temblorosas.

Nathan bajó la cabeza y atrapó sus labios, devorándolos. Daniela se estremeció al sentir su lengua acariciando el interior de su boca. Un deseo irresistible se apoderó de su cuerpo. Todos los pensamientos se borraron de su mente.

Mientras Nathan la besaba, entró de lleno en Daniela para darle lo que le estaba pidiendo.

—Ahhh… —gimió ella, al sentirlo completamente dentro, como si llevara esperando ese momento siglos.

Después de unos segundos en los que Nathan se quedó quieto, para que Daniela fuera acostumbrándose a su invasión, comenzó a moverse.

Salió de ella y volvió a entrar.

Una y otra vez, con embestidas lentas y sensuales.

Con cada movimiento la penetraba más y más profundamente, hasta casi formar parte de ella, hasta casi convertirse en un solo ser.

Daniela arqueó el cuerpo hacia arriba para que Nathan tuviera mejor acceso y apretó su pelvis contra él, mientras deslizaba las manos por su espalda, deleitándose con cada músculo que se tensaba bajo sus dedos, con el placer de sentir sus cuerpos pegados…

Nathan inhaló su aroma.

¡Joder, era como un afrodisíaco!

Daniela se movía debajo de él con un abandono que lo estaba volviendo loco. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo hacía para ponerlo así? ¿En

ese estado casi de enajenación mental? Ninguna mujer lo había llevado hasta ese extremo.

—Pídeme más, Dani. Cielo, pídeme más… —murmuró en su oído con voz voluptuosa.

—Quiero más, Nathan… —musitó ella como ausente—. Quiero más…

Nathan sintió que el cuerpo de Daniela comenzaba a tensarse bajo el suyo y aceleró las embestidas para que finalmente se corriera.

—Dani… Oh, Dani, mi cielo… —siseó entre dientes.

Su nombre, en la voz grave y rasposa de Nathan, susurrado contra su oído, le puso la carne de gallina, y fue la chispa que la hizo explotar lanzando al aire un coro de gemidos.

Convulsionándose, apenas fue consciente de cómo el cuerpo de Nathan se estremecía contra el suyo mientras la abrazaba.

—¡Joder! —exclamó Daniela, extasiada.

CAPÍTULO 52

Daniela se acercó al espejo del cuarto de baño, aproximó el rostro y se echó un vistazo al hematoma que coloreaba su mejilla. Pasó las yemas de los dedos por encima. ¿Qué iba a decir su padre cuando supiera lo que había pasado con el señor Barrachina? Resopló. No podía dejar de pensar en él.

Después de ducharse, Nathan le curó de nuevo los arañazos del muslo. Ella, con el albornoz puesto, se acercó al vestido hecho jirones y lo recogió del suelo.

—Nathan…

—¿Sí?

—Mi vestido ha quedado… inservible —dijo Daniela, mostrándoselo.

Nathan sonrió travieso.

—Tranquila, te compraré uno igual. Solo dime dónde lo has adquirido —apuntó, remangándose la camisa hasta los codos.

—No lo digo por eso… —comenzó Daniela—. Es que ahora mismo no tengo nada que ponerme. No puedo irme en albornoz.

—No quiero que te vayas —afirmó Nathan—. Ahora que te he recuperado, vas a pasar todo el tiempo conmigo.

—Pero tengo que irme, Nathan. No puedo quedarme aquí todo el día —le rebatió Daniela.

—Sí, sí que puedes —atajó él, terminando de abotonarse la camisa.

Daniela dejó el vestido, o lo que quedaba de él, sobre el respaldo del sillón, y suspiró.

—Nathan, tienes que hacerme un favor… —dijo, buscando sus ojos a través del espejo.

Nathan la miró con una sonrisa socarrona en los labios.

—Me encanta hacerte favores —bromeó.

—No hablo de ese tipo de favores —dijo Daniela, fingiendo enfado, porque Nathan no se estaba tomando en serio lo que le estaba diciendo.

—Dime.

—¿Podrías bajar a mi habitación y traerme algo de ropa?

Nathan se volvió hacia ella y ladeó la cabeza.

—La verdad es que me tienta mucho la idea de no traerte ropa, así no vas a tener más remedio que quedarte aquí —comentó—. Aunque siempre podrás ponerte una de mis chaquetas —planteó con sarcasmo, acordándose de la vez que encontró a Daniela con una de ellas y él se

quedó sin palabras.

Daniela sintió que una ola de calor se instalaba en su estómago al recordar la escena.

—Nathan, ¿se te olvida que la policía va a venir a tomarnos declaración? —le recordó, tratando de ser coherente.

—Te libras por eso —dijo Nathan, al cabo de unos segundos.

—Entonces, ¿me haces ese favor? —repitió Daniela con voz dulce. Arrugó la nariz.

—Sí —asintió Nathan.

Daniela se giró rápidamente y extrajo del bolso la llave de su habitación, antes de que a Nathan se le ocurriera cambiar de opinión.

—Hay una pequeña mochila encima del armario, cógela y mete en ella… no sé… lo primero que pilles. Un pantalón vaquero y una camiseta estará bien —le indicó, dándole la llave—. Ah, y una chaqueta. Ah, y algo de ropa interior…

—¿Algo más, jefa? —preguntó Nathan, tomando la llave de su mano.

Daniela dejó escapar una risilla.

—No —dijo.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Pero para Nathan no era suficiente. La cogió por la cintura, la atrajo hacia él y la besó apasionadamente. Daniela sintió que le faltaba el aire.

—Ahora vuelvo —dijo Nathan de camino a la puerta.

—Gracias —le agradeció Daniela antes de que saliera.

Nathan cerró la puerta a su espalda. Cuando Daniela se quedó a solas en la suite, sumergida en el silencio, se dejó caer encima de la cama bocarriba, con los brazos abiertos de par en par. Apenas pensaba en lo que había pasado con el hijo de puta de Pedro Barrachina después de la confesión de Nathan.

¡Había sido una noche tan intensa!

Sonrió ligeramente.

Nathan introdujo la llave en la cerradura y dio media vuelta. La puerta se abrió sin problemas y se adentró en la habitación de Daniela. Nada más de entrar su característico aroma le envolvió.

Alzó la vista, buscando la mochila. La divisó de inmediato encima del armario, tal y como le había dicho Daniela. Se aproximó y la cogió.

Tomó del armario un par de pantalones vaqueros, un par de jerséis y tres camisetas, que escogió sin pararse mucho a pensar en nada, y las metió en la mochila. Tuvo que abrir varios cajones hasta dar con el de la ropa interior. No pudo evitar sonreír al elegir un par de braguitas y curiosear el resto, mientras acariciaba la suavidad de la

tela y de los encajes, al igual que con los sujetadores.

Estaba lleno de color.

Antes de irse, se dio una vuelta por la habitación. Durante unos segundos contempló las fotografías que había sobre la cómoda. En una de ellas Daniela estaba abrazando a Carlota. Las dos miraban a la cámara con las mejillas juntas y una sonrisa de oreja a oreja que iluminaba sus rostros. En otra de las instantáneas posaban con los que presumió que eran sus padres.

Nathan la cogió entre las manos y la estudió durante unos segundos.

Los ojos se posaron en la madre de Daniela. Había sido una mujer muy guapa, como lo eran sus hijas. Carlota y Daniela tenían un extraordinario parecido físico con ella. Eran como la misma persona con tres edades diferentes. Las tres compartían ese color de ojos azul como el cielo y unos rasgos dulces y serenos.

Nathan repasó todo por lo que había pasado Daniela; la muerte de su madre, la dura enfermedad de su hermana, incluso el engaño de su novio; y le invadió una ola de ternura hacia ella.

—Demasiadas responsabilidades para una chica de solo veinticuatro años —murmuró.

Pero a partir de ahora él iba a ser su ángel de la guarda, su protector. Él se preocuparía por ella y procuraría que no le faltara de nada. Él se encargaría de hacerla feliz de la manera que se merecía.

Dejó de nuevo la foto en la cómoda y cogió uno de los dos libros que descansaban sobre la superficie de madera, justo al lado. Leyó los títulos: eran novelas románticas.

—Mi tierna Daniela —sonrió.

Lo dejó en su sitio y continuó su particular periplo por la habitación.

Sobre la cama había varios peluches de distintos tamaños y colores, dando un cierto toque infantil y a la vez entrañable a la estancia, y en la mesilla vio un par de revistas de decoración.

Por último, se dirigió al cuarto de baño y cogió el cepillo de dientes y un neceser que encontró en una de las estanterías y lo metió en la mochila. Seguro que dentro habría algo que a Daniela le vendría bien.

Echó un último vistazo al perímetro de la habitación y salió, cerrando la puerta a su espalda.

CAPÍTULO 53

Sú tomó aire cuando vio a Nathan cruzar el pasillo y reunió algo de valor.

—Señor Littman… —lo llamó. Nathan se giró al reclamo—. Señor Littman, perdone que le moleste… —comenzó Sú, acercándose a él. Al alcanzarlo, carraspeó para aclararse la garganta—. Solo quería preguntarle cómo está Dani. ¿Está bien?

—Sí —respondió él.

—Es que nos hemos enterado de lo que pasó anoche con el señor Barrachina y bueno… estamos preocupados por ella —dijo Sú.

Con una voz templada que en otras ocasiones no tendría, Nathan le preguntó a Sú, al reparar en la expresión mezcla de preocupación y angustia que mostraba su rostro.

—¿Quiere venir a verla?

El gesto de Sú se esponjó.

—Sí, claro que sí, me encantaría —se apresuró a decir.

—Venga conmigo —dijo Nathan.

Sú asintió con una sonrisa de agradecimiento.

El trayecto hasta la suite lo hicieron en silencio. Sú no se atrevía a mirarlo, casi no se atrevía ni hacer ruido al respirar. Pese a todo lo que le había contado Daniela sobre Nathan, a ella le seguía resultando un hombre demasiado intimidante, y más en un ascensor de poco más de un metro cuadrado.

Daniela se giró hacia la puerta cuando sintió que se abría.

—Ha venido alguien a verte —anunció Nathan nada más de entrar en la suite.

Daniela frunció el ceño, extrañada en un principio. Su rostro se iluminó de inmediato cuando vio a Sú aparecer detrás de Nathan.

—¡Sú! —dijo.

Corrió descalza y con el albornoz hacia donde se encontraba su amiga parada y se fundió con ella en un fuerte abrazo, como si no la hubiera visto en meses.

—Dani, ¿qué tal estás? —le preguntó Sú en un tono visible de preocupación—. ¡Oh, Dios mío! ¡Tienes un hematoma en la mejilla! —observó.

—Sí, pero tranquila, estoy bien —respondió Daniela.

Sú abrazó de nuevo a su amiga.

—Nos hemos enterado de lo que te quiso hacer ese… —dijo. Apretó los dientes con rabia—… cabrón. —Miró apocada a Nathan al

pronunciar el exabrupto. No era correcto hablar así, y menos delante del dueño del hotel, pero era lo que sentía en esos momentos.

—Estoy bien —volvió a decir Daniela—. Por suerte no… no pudo hacer nada. Nathan llegó justo a tiempo.

—Menos mal —suspiró aliviada Sú, llevándose las manos al pecho en un gesto de aprensión.

—Pero ven, pasa —dijo Daniela, cogiendo a su amiga de la mano y tirando de ella dentro de la suite.

—No me puedo entretener mucho, tengo que trabajar —repuso Sú, cohibida.

Sin querer, la mirada volvió a deslizarse hacia Nathan, que estaba dejando la mochila de Daniela sobre la mesa y cogiendo el móvil. No quería que la regañara por faltar al trabajo.

—No se preocupe… —comenzó a decir de pronto Nathan, al oírla.

—Nathan, Sú… se sentiría menos intimidada por ti si… la tutearas —intervino Daniela con un matiz de broma en la voz, al ver que Sú estaba pasando un mal rato. Le guiñó el ojo con complicidad.

Sú se sonrojó hasta la raíz del cabello. Nathan sonrió a la sugerencia de Daniela.

—De acuerdo… —accedió de buen grado—. No te preocupes, Sú —dijo, cambiando el tratamiento—. Puedes estar con Dani todo el tiempo que quieras. Nadie va a decirte nada, yo me encargo.

—Gracias, señor Littman —se apresuró a agradecerle Sú.

Nathan asintió ligeramente con la cabeza.

—Voy a bajar a ordenar que nos suban el desayuno —dijo seguidamente—. ¿Quieres algo especial, Dani? ¿Algún capricho? ¿Algún antojo? —le preguntó a Daniela con la voz más dulce que había usado nunca.

—No, gracias. Lo de siempre estará bien —respondió Daniela.

—Vale —dijo Nathan.

Se acercó a Daniela y cuando la alcanzó, se inclinó sobre ella y con total naturalidad, le dio un beso corto en los labios.

Cuando Nathan salió de la suite, bajo las atentas miradas de Daniela y Sú, Sú giró el rostro hacia su amiga.

—Jamás pensé que oiría a Nathan Littman, al implacable Nathan Littman, hablarle a alguien de una forma tan dulce como te ha hablado a ti —dijo con asombro—. Dios mío, Dani…

Daniela sonrió tímida.

—Tengo que contarte muchas cosas, Sú —dijo en tono apremiante.

—¿Nathan y tú estáis bien? —le preguntó ella.

—Sí —afirmó Daniela—. Si vieras de qué modo ha cambiado todo… Pero ven, será mejor que te sientes —le dijo a Sú, guiándola

hasta el sofá de la sala de estar.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí… Ahora no voy a entrar en detalles, porque Nathan no va a tardar en volver, pero… —Daniela miró fijamente a Sú—. Sú… Nathan no está casado.

—¿Ah, no? —dijo Sú, mostrando una expresión de extrañeza.

—No —negó Daniela con la cabeza—. Es viudo.

Sú abrió los ojos de par en par.

—¿Viudo? ¿Pero no es muy joven para estar viudo?

—Eso mismo pensé yo…

CAPÍTULO 54

—¡Madre mía, Dani! Lo que me estás contando es… ufff… —lanzó al aire Sú cuando Daniela le contó sucintamente la historia de Nathan—. Se me ponen los pelos de punta. Pobre Nathan…

—Nunca he visto a un hombre así… tan destrozado, con tanto dolor dentro… Solo a mi padre cuando murió mi madre —dijo Daniela, metiéndose un par de mechones de pelo detrás de las orejas—. Al final Nathan es una víctima de sí mismo, Sú. Es su propio verdugo. Cuando llegó al Eurostars era un hombre implacable con todo el mundo, pero con quien es más implacable es consigo mismo. La crudeza con la que se trata y con la que se juzga es…

Daniela no terminó la frase. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies. Se acarició los brazos con las manos para atenuar la sensación de frío.

—Pero ahora tú estás en su vida —dijo Sú—. Y le vas a hacer muy feliz.

—Y él está en la mía —apostilló Daniela con una sonrisa en la boca.

—Nathan no ha podido caer en mejores manos —bromeó Sú—. No sabes lo que me alegro por ti, cariño —añadió. Sú estrechó a Daniela entre los brazos—. Te mereces ser feliz, Dani, y Nathan también.

En ese momento, la puerta se abrió y Nathan entró en la suite.

—Es hora de irme —dijo Sú, levantándose del sofá.

—Ya te contaré con detalle —murmuró Daniela.

Sú sonrió cómplice con ella.

—Disfruta —le dijo al oído, cuando se despidió de Daniela con un beso en la mejilla.

—Hasta luego.

—Hasta luego. —Sú se volvió hacia Nathan—. Hasta luego, señor Littman —se despidió.

—Hasta luego —correspondió él.

Cuando Sú salió de la suite, Nathan se acercó a Daniela en silencio, apoyó las manos en el sofá y se inclinó sobre ella para robarle un beso.

—No me canso de besarte —susurró a ras de su boca—. ¿Qué tienes en los labios que me resultan tan adictivos?

Daniela se dejó caer poco a poco y se tumbó en el sofá, Nathan le desató el cinturón del albornoz, sin dejar de besarla, e introdujo la mano por la gruesa tela para acariciarle la tripa. Estaba encima de ella

cuando llamaron a la puerta.

—Servicio de habitaciones —anunció una voz masculina.

Nathan alzó el rostro.

—Salvada por la campana —bromeó.

Daniela soltó una carcajada, mostrando sus filas de dientes blancos y perfectamente alineados.

—Esa puta sonrisa tuya me mata, Dani —aseveró Nathan.

Volvieron a tocar a la puerta.

—Servicio de habitaciones —repitieron.

Nathan agachó la cabeza, le dio un beso rápido en los labios y finalmente se puso en pie de un salto.

—Voy a abrir —dijo.

Mientras Nathan se dirigía a la puerta, Daniela también se levantó, se anudó de nuevo el cinturón del albornoz alrededor de la cintura, cogió la mochila y se internó en el cuarto de baño.

Echó un vistazo a lo que Nathan había metido dentro. Agradeció que se hubiera acordado de llevarle el cepillo de dientes y el neceser con algunas cosas indispensables que siempre tenía en la estantería.

Se puso uno de los pantalones vaqueros y una camiseta básica de color verde.

—¿He hecho bien el recado? —le preguntó Nathan cuando salió del cuarto de baño.

—Sí, muy bien. Gracias —respondió Daniela, sonriente.

—Por cierto, tienes una colección de braguitas muy… interesante —comentó Nathan, dando un sorbo a su café.

—¿Te ha gustado? —dijo Daniela en tono travieso.

—Sí, tanto como la de los sujetadores.

Daniela dejó escapar una risilla. Se sentó a la mesa y vertió en la taza un poco de café con leche.

—Dani, quiero saber cómo estás —se interesó Nathan, hablando ahora en tono serio.

Daniela alzó los ojos para mirarlo.

—Estoy bien —dijo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Quiero que estés bien.

—Estoy bien. En el fondo estoy muy bien —se sinceró Daniela, al tiempo que echaba dos cucharadas de azúcar en la taza—. Saber que… bueno, que no estás casado ha sido un alivio para mí, una liberación. Me sentía muy culpable, Nathan.

—Lo sé, Dani… Y también sé que te tenía que haber dicho todo antes, cuando encontraste la foto, y no dejar que el tema llegara hasta

donde ha llegado.

Daniela alargó el brazo por encima de la mesa y acarició la mano de Nathan.

—No pienses en eso —dijo—. Tenemos que empezar de cero.

Nathan le cogió la mano, se la acercó a la boca, posó los labios en ella y le dio un beso suave. Después tiró de Daniela para sí y la sentó en su regazo.

—¡Nathan! —exclamó Daniela por la sorpresa del envite.

—Dani, eres la única mujer en el mundo a la que quiero besar el resto de mi vida —dijo él en tono serio.

Daniela sonrió y le acarició la mandíbula con dulzura.

—Y tú eres el único hombre en el mundo que quiero que me bese el resto de mi vida —repitió ella, jugando con las mismas palabras que había utilizado Nathan.

Nathan se fijó en lo grandes que eran sus ojos azules, en la forma en que lo miraban, brillantes y llenos de amor, y las palabras salieron solas de su boca, como si fueran notas musicales flotando en el aire.

—Te quiero, Dani.

Daniela entreabrió un poco los labios, fruto de la sorpresa. Sus pupilas vibraron.

—Yo también te quiero, Nathan. Mucho —dijo.

—Ya lo sabía —dijo él, mirando a Daniela con ojos divertidos.

Ella frunció el ceño, extrañada.

—¿Ah, sí?

—Sí —afirmó Nathan—. Fue lo que me confesaste el día que viniste borracha a la suite.

—Oh, Dios… —murmuró Daniela, tapándose la cara con las dos manos, muerta de vergüenza. Nathan sonrió ampliamente, dejando entrever sus dientes.

—No te avergüences —le dijo—. Fue precioso.

Cogió las manos de Daniela y se las retiró del rostro.

—Soy de lo que no hay —bromeó ella.

Pasó los brazos por el cuello de Nathan y se abrazó a él. Quería que la tragara la Tierra.

CAPÍTULO 55

—¿Qué tal ha ido? —le preguntaron a Daniela sus compañeros de trabajo cuando salió de declarar a la policía lo que había sucedido con el señor Barrachina.

Sú le pasó un café con leche que le acababa de sacar de la máquina de la salita del personal, donde se encontraban todos.

—Bien —respondió Daniela, cogiendo el vaso que le ofrecía su amiga—. He estado un poco nerviosa, pero bien.

—Es normal —dijo Sú, acariciándole el brazo afectuosamente—. Lo que sucedió fue muy desagradable. No tiene que ser fácil contarlo.

—Cuando nos enteramos de lo que había intentado hacerte ese cabrón, alucinamos —dijo Irene—. ¡Es muy fuerte!

—¡Menudo hijo de puta! —ladró Gustavo con rabia contenida, sin poder aguantarse—. Teníamos que haberle pegado una paliza entre todos —añadió.

—Ya le dio lo suyo el señor Littman —intervino Sú, dirigiendo una mirada cómplice a Daniela.

—Qué suerte que llegara a tiempo —apostilló Victoria.

—La verdad es que sí —suspiró Daniela—. Si no hubiera sido por él, ahora las consecuencias serían mucho peores.

—Lo importante es que no llegó a mayores —la animó Gustavo, apretándola el hombro con la mano.

—A mí no me sorprende que el señor Barrachina haya llegado hasta ese extremo. ¿Os dabais cuenta del modo en que nos miraba? —comentó Irene.

—Sí, era asqueroso —atajó Sú, haciendo una mueca de desagrado con la boca.

—¡Era repugnante! —opinó Victoria.

—Afortunadamente no vamos a volver a verlo —dijo Daniela, visiblemente aliviada.

—¡Mejor! —anotó Gustavo—. Qué se pudra en la cárcel. Es lo que se merece por hijo de puta.

—Yo no le voy a echar de menos —anotó Sú en tono distendido.

—Ni yo —dijeron Irene y Victoria a la vez.

—El señor Littman será todo lo insufrible y borde que quieras, pero al menos no nos mira como si fuéramos trozos de carne a su disposición —dijo después Irene.

Daniela miró su reloj de muñeca para consultar la hora.

—Tengo que seguir currando —anunció.

—Sí, yo también —dijo Sú.

—¿Vamos? —le preguntó Daniela.

Sú asintió.

—Sí —afirmó.

Daniela deslizó la tarjeta-llave por la ranura y abrió. Apenas había avanzado unos metros adentrándose en la suite, cuando oyó a su espalda el ruido del pestillo de la puerta al cerrarse. Se giró y vio que Nathan iba hacia ella con pasos apresurados y una mirada hambrienta en los ojos.

Oh, Oh…, se dijo.

Conocía esa mirada.

La conocía muy bien.

Sin mediar palabra, Nathan le cogió el rostro entre las manos y se abalanzó sobre su boca, devorándola con voracidad. Daniela abrió los labios para recibir su lengua con la respiración entrecortada. Los dientes entrechocaron por el impulso. De repente sintió que le faltaba el aire. La cabeza comenzó a darle vueltas como si estuviera en un tío vivo.

Notó que se quedaba sin aliento y se separó unos centímetros del rostro de Nathan mascullando un «joder» contra su boca. Aquel beso le sacudió todos los sentidos.

—Tengo que trabajar —le dijo, viendo que tenía la intención de follarla allí y en ese mismo momento.

—¿Se te olvida que soy el jefe? —le preguntó Nathan con suficiencia, lanzándose de nuevo a su boca.

—No, pero parece que a ti sí —rio Daniela.

Intentó apartarse de él, pero fue inútil.

—Esta vez no te vas a escapar —dijo Nathan con intención.

Alzó la mano, agarró la cinta que sujetaba el pelo de Daniela y se lo soltó.

—Ya sabes que me gusta suelto —murmuró, mirando sus enormes ojos azules.

—Nathan, no tengo tiempo… De verdad, tengo que seguir trabajando —trató de protestar ella.

—No te preocupes, acabaré contigo de manera rápida y limpia —ironizó él, como si fuera a cometer un asesinato.

Daniela echó la cabeza hacia atrás y volvió a reír.

—Nathan… —fingió amonestarlo.

—He estado toda la mañana pensando en ti —dijo Nathan—. Creo que nunca había cedido tanto en una negociación al cerrar un acuerdo como hoy… No podía concentrarme pensando en tu delicioso cuerpo —murmuró con voz voluptuosa.

Bajó las manos hasta su escote y empezó a desabrocharle el uniforme. Cuando quitó los suficientes botones, lo abrió y le acarició un pecho.

—Nathan… no podemos hacerlo ahora. No… —balbuceó Daniela, tratando de protestar.

—Shhh… —la silenció Nathan, besándola de nuevo—. Este momento es tan bueno para follarte como cualquier otro.

La arrastró con él hasta la cama, la dejó caer sobre el colchón y se tumbó encima. Llevó la mano a su espalda y le desabrochó el sujetador con un movimiento hábil. Los pechos quedaron al descubierto.

Inclinó la cabeza y la hundió entre los senos de Daniela. Tomó un pezón con la boca, lo chupó, lo succionó y jugó con él durante un rato. Lo mordisqueó suavemente con los dientes y después pasó la lengua por él, arrancando profundos gemidos de placer de la garganta de Daniela.

Nathan terminó de desabrocharle el uniforme, se lo quitó y lo tiró al suelo. Introdujo los dedos por debajo de las braguitas y las deslizó por sus piernas hasta que también se deshizo de ellas.

Después se irguió, se quitó la chaqueta del traje y volvió a prestarle toda su atención a Daniela.

Era tan deliciosa…

—Te deseo, Dani —dijo en un susurro, acariciándole los muslos.

—Y yo a ti, Nathan… No sabes cuánto… No lo sabes… —musitó ella, lanzando al aire un suspiro ahogado al notar que le acariciaba la entrepierna.

Nathan quería recorrer su cuerpo con la lengua, centímetro a centímetro, pero Daniela inclinó la cabeza, buscando su boca para besarlo en los labios, y Nathan correspondió como un ser autómata. No recordaba haber deseado besar tanto a una mujer en toda su vida, como en esos momentos deseaba besarla a ella.

Durante una décima de segundo creyó que perdería el sentido cuando notó las manos de Daniela descendiendo por su espalda, las suaves yemas de los dedos recorriendo su espina dorsal, hasta que se posaron en sus glúteos y lo apretó contra ella.

—Si sigues acariciándome así, no podré aguantar mucho más, cielo —le advirtió Nathan con voz rasgada.

Los labios de Daniela se curvaron en una sonrisa pícara mientras le pasaba la lengua por la mandíbula y lo apretaba aún más contra sí.

Nathan suspiró al sentir su cálido aliento sobre la piel cuando sonreía. Aquello terminó de encenderlo. Su niña se estaba volviendo muy traviesa.

—Está bien... Cómo quieras… —dijo maliciosamente contra su oído.

Le separó las piernas y la penetró de un solo envite. Daniela jadeó con impaciencia.

Nathan comenzó a moverse en su interior, besándola algunas veces, mirándola fijamente otras. Daniela cerró los ojos y se dejó envolver por la sensación de tenerlo dentro, en la comunión de sus cuerpos, en como encajaban tan perfectamente que parecía que estaban hechos el uno para el otro.

Mientras entraba y salía de ella, Nathan la observaba fascinado. Y se perdió en el sonido de sus jadeos durante unos minutos.

Al advertir que Daniela iba a correrse, le aferró con fuerza las nalgas y la apretó contra sí para hundirse más dentro. Ella echó la cabeza hacia atrás y gritó su nombre, como a él le gustaba.

Nathan notó que Daniela se tensaba como las cuerdas de una guitarra. La vio arquear la espalda bajo su cuerpo, contrayendo los músculos de su vagina y produciéndole un placer infinito, que lo llevó directamente a ese lugar de no retorno al mismo tiempo que lo hacía Daniela, que mientras se estremecía, cruzó las piernas alrededor de la cintura de Nathan y se aferró a él con fuerza gimiendo su nombre, hasta que los temblores cesaron.

Nathan permaneció un rato dentro de ella, respirando sus últimos jadeos, como si no quisiera dejarla marchar. Se sentía ligeramente aturdido.

Daniela suspiró entrecortadamente.

—¿Cómo voy a trabajar ahora después de dejarme así? —preguntó Daniela.

Nathan se retiró y se dejó caer a un lado de ella. Se puso de lado y se apoyó en un codo para mirarla. Sonrió.

—Ahora vas a trabajar mucho más relajada —dijo socarronamente.

—¡Nathan! —lo amonestó Daniela, dándole un pequeño golpe en el hombro.

Nathan pasó la mano por su cintura y le dio la vuelta hacia él.

—¿Crees que para mí es fácil concentrarme en algo cuando mi cabeza no deja de pensar en todas las cosas que quiero hacerte? —dijo.

—Supongo que no —respondió Daniela, arrugando la nariz.

—No, te aseguro que no —le confirmó Nathan en tono serio—. Te estás convirtiendo en una obsesión, Dani. En una puta obsesión… —añadió.

Se acercó a su rostro y le dio un beso en la punta de la nariz.

CAPÍTULO 56

—Nathan… no pensé que estuvieras aquí —dijo Daniela extrañada, al entrar en la suite para limpiarla, días después.

Nathan giró la cabeza y esforzó una sonrisa. Daniela percibió la expresión melancólica de su rostro y sus ojos verdes ensombrecidos. ¿Qué le pasaba?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, acercándose a él, que se encontraba sentado en la silla del escritorio, frente al portátil abierto.

—Sí —mintió Nathan.

Cuando Daniela llegó hasta el escritorio, vio sobre él una fotografía de la hija de Nathan.

—Hoy era su cumpleaños —dijo él con voz templada, tratando de contener la emoción.

Daniela tomó la instantánea en la mano.

—¿Cuántos años cumpliría?

—Siete.

—Era preciosa —observó Daniela—. Se parecía mucho a ti —añadió, esbozando una sonrisa en los labios.

Nathan no hizo ningún comentario.

Daniela se quedó mirándolo durante unos segundos. Se notaba que estaba bajo de ánimo. Inmerso en su mundo de sombras. En su particular infierno. La impresionaba tanto verlo así...

Le gustaría poder ayudarlo a salir de ahí.

Entonces se le ocurrió una idea.

—¿Haces algo esta tarde? —le preguntó.

—Tengo una reunión con Nicholas para hablar sobre unos presupuestos del hotel —respondió Nathan.

—¿Y no puedes cancelarla? —tanteó Daniela, arrugando la nariz.

—Sí, puedo dejarla para mañana —respondió Nathan.

—Pues entonces tienes planes nuevos —dijo Daniela.

—¿Ah, sí?

—Sí. Vas a pasar una tarde con las hermanas Martín —anunció Daniela. Nathan ladeó la cabeza—. Son las fiestas del barrio… —comenzó a explicar—… En el recinto ferial hay atracciones, tómbolas y todo ese tipo de cosas. Voy a ir con Carlota, y tú te vas a venir con nosotras. ¿Quieres?

Nathan alargó los brazos, cogió a Daniela por la cintura y la atrajo hacia sí.

—Me parece un poco peligroso meterme entre las hermanas Martín

—bromeó.

—Nah… Somos inofensivas —dijo Daniela, rodeándole el cuello con las manos—. Pero te prometemos diversión y muchas risas.

—Es toda una tentación —apuntó Nathan—. Me encantará ir con vosotras a la feria de tu barrio —repuso.

—¡Perfecto! —exclamó Daniela sin disimular su entusiasmo—. Eso sí, nada de trajes, ni de camisas, ni de corbatas —le advirtió en tono distendido.

—A sus órdenes, jefa —dijo Nathan.

Daniela soltó una carcajada. Se inclinó sobre Nathan y le dio un beso. Atrapó su labio inferior con los dientes y tiró de él. Notó como Nathan sonreía.

El timbre sonó.

Daniela consultó su reloj de muñeca. Las manecillas apuntaban las seis en punto. Era Nathan.

Se echó un último vistazo en el espejo de forma rápida, salió del cuarto de baño y corrió pasillo adelante. Cuando abrió la puerta y vio a Nathan en el umbral, las palabras se esfumaron de golpe de su boca. Se quedó muda durante unos segundos.

Madre mía…, alcanzó a musitar para sus adentros.

Tragó saliva e intentó controlar el pulso.

Nathan estaba apabullantemente atractivo. Iba vestido con un pantalón vaquero desgastado, que tenía algunos rotos situados en sitios estratégicos, y una sencilla camiseta negra ajustada. Encima llevaba una cazadora de cuero. Nunca, hasta ese momento, lo había visto vestido con ropa que no fuera uno de sus caros trajes hechos a medida.

No parecía un millonario, sino un hombre normal, con una vida normal y no con una vida extraordinaria. Aunque seguía manteniendo esa elegancia innata que poseía.

—¿He acertado con el atuendo? —preguntó Nathan, abriéndose un poco la cazadora.

Daniela logró esbozar una sonrisa nerviosa.

—Sí…, por supuesto que sí —pudo articular.

Ya lo creo que sí, se dijo en silencio.

Nathan se fijó en que Daniela iba apenas sin maquillaje; solo llevaba algo de brillo en los labios y poco más, y se había dejado la melena suelta, como a él le gustaba, cayéndole como una cortina por la espalda. Aquella naturalidad no hacía más que aumentar su deseo por ella.

—Pero, pasa. No te quedes ahí —dijo Daniela, con el pomo de la puerta en la mano. Se hizo a un lado y dejó pasar a Nathan—. Carlota,

¿estás lista? —le preguntó a su hermana.

—¡Sí! —contestó Carlota, apareciendo en ese momento en el pequeño hall.

—Hola —saludó a Nathan cuando lo vio.

—Carlota, él es Nathan. Nathan, ella es Carlota, la pequeñaja de la casa —dijo Daniela, haciendo las correspondientes presentaciones.

—No soy una pequeñaja —intervino Carlota con expresión infantil.

Daniela sonrió.

—Sí lo eres, solo tienes once años —repuso, para hacerle rabiar un poco.

Intercambió una mirada divertida con Nathan, que sonrió ligeramente.

—Tengo once y medio. Casi doce —protestó Carlota, mirando a su hermana con el ceño fruncido.

—Aún te faltan cinco meses para cumplir los doce —dijo Daniela.

Nathan se inclinó hacia Carlota para estar a su altura.

—Hola, Carlota —la saludó, alargando el brazo y ofreciéndole la mano—. Tienes toda la razón, no eres una pequeñaja, ya eres toda una mujercita —le dijo en tono cómplice.

Carlota lo miró con los ojos azules muy abiertos mientras le estrechaba la mano, obnubilada. De pronto se sintió mayor. Aquel gesto era de mayores, ¿no?

—Además, aparentas mucha más edad que once años y medio —añadió Nathan—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Carlota asintió.

—¿Eres una princesa? —dijo Nathan.

—No —negó Carlota, perpleja.

—Pues pareces una princesa —apuntó Nathan.

Carlota desplegó una gran sonrisa en la boca.

—¿Ves, Dani, como no soy una pequeñaja? —dijo—. Además, parezco una princesa.

Daniela puso los ojos en blanco y negó con la cabeza para sí. Carlota también había sucumbido al encanto de Nathan. ¿De qué se extrañaba? No se le resistía nadie.

—Será mejor que nos vayamos —sonrió.

Cerró la puerta tras de sí. Aprovechando que Carlota se había adelantado unos pasos, Nathan se acercó a Daniela y le dio un discreto beso en los labios. Ella sonrió.

CAPÍTULO 57

El recinto donde se encontraba instalada la feria estaba lleno de ruido, de luces multicolores y de gente. Los ojos de Carlota se iluminaron cuando vieron todas las atracciones en las que se podía montar. Prometía ser una tarde muy divertida.

—¿Dónde quieres subir? —le preguntó Daniela.

—En el Zigzag —respondió de inmediato Carlota, apuntando hacia la atracción con el índice. Era una de sus preferidas.

—¿Quieres montar con nosotras? —le dijo Daniela a Nathan.

—Será mejor que yo os vigile desde abajo —contestó él.

Daniela se acercó a la taquilla y compró dos fichas. Ayudó a Carlota a abrocharse el arnés de seguridad y después hizo lo mismo con el suyo.

—¿Preparada? —le preguntó.

Carlota asintió varias veces con la cabeza, afirmando, llena de entusiasmo.

—¡Allá vamos! —exclamó Daniela al oír la bocina que daba comienzo al viaje.

Carlota cerró los ojos y el cubículo en el que estaban sentadas comenzó a moverse, adquiriendo cada vez más velocidad.

Desde abajo, Nathan observaba a Daniela y a Carlota disfrutar como dos niñas pequeñas mientras la atracción les llevaba de un lado a otro. Escuchó las risas, los gritos y vio como el aire agitaba el largo pelo de Daniela, tapándole el rostro. Ambas agitaron las manos para saludarlo cuando pasaron a su lado. Nathan sonrió y les devolvió el saludo.

—¿Estáis bien? —les preguntó al bajar, aunque por sus caras la respuesta estaba clara.

—¡Muy bien! —dijo Carlota.

De camino al Saltamontes, la siguiente atracción en la que iban a subirse, Nathan se dio cuenta de que algunos niños miraban con curiosidad y asombro a Carlota, y como les preguntaban a sus padres el porqué de que un pañuelo cubriera su cabeza.

Miró a Carlota. Ella parecía estar acostumbrada a que la miraran de ese modo, a ser el centro de atención por donde pasara, porque no decía nada.

Nathan alzó las cejas. Era admirable.

Daniela le enseñó a Nathan una de las tres fichas que había comprado en la taquilla del Saltamontes.

—No, no… —dijo él al intuir la intención de Daniela.

—Sí, sí —refutó ella, delineando en los labios una sonrisa traviesa.

—No, ni hablar —volvió a negarse Nathan.

Daniela le cogió de la mano y tiró de él.

—Dani, yo ya no tengo edad para estas cosas… —arguyó Nathan.

—Para esto siempre se tiene edad. ¡Venga! —refutó Daniela, que seguía tirando de él, empeñada en hacerlo subir a la atracción—. De vez en cuando hay que volver a ser niños, Nathan —añadió.

Daniela tenía razón. ¿Cuánto tiempo hacía que no se divertía como un niño? ¿Cuánto tiempo hacía que no disfrutaba un poco de la vida? Tanto, que no se acordaba.

Finalmente, llevado por el entusiasmo de Daniela, sonrió, y se dejó arrastrar por ella hasta el Saltamontes.

La alegría de Daniela y Carlota era contagiosa, así que, sin apenas darse cuenta, se vio alzando los brazos con ellas y disfrutando de la atracción igual que si tuviera diez años.

Cuando bajaron, se acercaron a un puesto en el que hacían algodón de azúcar. En ese momento, el teléfono móvil de Nathan sonó.

Lo extrajo del bolsillo del pantalón y consultó la pantalla para ver quién era.

Bárbara.

Frunció el ceño.

¿Qué diablos hacía llamándole? De pronto le hirvió la sangre. El primer impulso fue no responderle. Pero conocía a Bárbara, no se cansaba fácilmente; se pasaría toda la tarde insistiendo, y no quería que nadie rompiera lo que estaba viviendo con Daniela y Carlota.

—Disculpadme un segundo —se excusó. Iba a cortar ese problema de raíz.

Daniela asintió conforme con la cabeza.

Nathan se alejó de ellas y descolgó la llamada.

—¿Qué cojones quieres, Bárbara? —le preguntó en tono áspero.

—¿Hoy tampoco te pillo de buen humor? —comentó ella.

Nathan resopló, tratando de armarse de paciencia.

—¡Maldita sea! —dijo entre dientes—. ¿Cómo tengo que decirte que me…?

—Te echo de menos —le cortó Bárbara en tono meloso.

Nathan soltó un bufido.

—¿Ya no tienes quien te divierta? —le espetó, consciente de que Bárbara era una depredadora.

—Nathan, por favor…

—¡Bárbara, ya! —la interrumpió severo—. Sabías perfectamente qué tipo de relación teníamos.

—¿Ya has encontrado fulana en Madrid? —le preguntó ella con mordacidad y una nota de despecho en la voz—. ¿Ya tienes quien te caliente la cama?

Nathan contrajo las mandíbulas.

—Si no quieres que esta conversación termine mal para ti, será mejor que te calles —le advirtió con dureza.

Bárbara frunció el ceño al otro lado de la línea. ¿Qué estaba sucediendo?, se preguntó en silencio.

Su sexto sentido le decía que Nathan ya había encontrado a otra a la que follar, a otra con la que pasar el rato. Pero ¿había algo más?

No, se negó con incredulidad para sí.

Nathan no podía estar enamorado. Eso era imposible. Entonces, ¿por qué se había puesto así? Quizá esa era la razón por la que había vuelto a España, pese a que en un primer momento solo iba a quedarse el mes que duraran las negociaciones para adquirir el hotel.

Pensar que se pudiera tomar en serio a otra mujer que no fuera ella, hirió su amor propio. Había deseado muchas veces ser más que una simple diversión para él, pero Nathan nunca se entregaba emocionalmente.

CAPÍTULO 58

Nathan colgó la llamada y, con el móvil todavía en la mano, alzo la vista y observó a Daniela y a Carlota, que se encontraban en el puesto de algodón de azúcar, esperando a que la dependienta les hiciera el último de los conos que habían pedido, mientras compartían sonrisas y complicidad.

Nathan descubrió, no sin cierta sorpresa, que había vida más allá del trabajo; y que más allá de su particular infierno, también había un cielo inmenso en los preciosos ojos azules de Daniela. Ninguna otra mujer había conseguido un cambio tan radical en él. Ninguna había conseguido templar su corazón.

Solo ella.

Solo Daniela.

Era tan diferente a Bárbara, tan diferente a cualquier mujer que hubiera conocido.

Y al verla allí, actuando con toda la naturalidad del mundo con su hermana; alegre, espontánea, sonriente, pensó que no quería perderla. Era la primera vez, después de Sienna, que una mujer despertaba aquel sentimiento en él.

No, por nada quería perderla.

Ahora sí que soy el hombre más rico del mundo, se dijo.

Sin desperdiciar más tiempo, pues quería aprovechar cada segundo para estar con Daniela y Carlota, guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y fue a su encuentro.

—¿Todo bien? —le preguntó Daniela, cuando llegó a ellas.

Nathan se quedó mirándola unos segundos, como si fuera la primera vez que la viera.

—Sí, todo bien —respondió con voz pausada.

Daniela sonrió.

—Este es para ti —le dijo, ofreciéndole el cono de algodón de azúcar que había comprado para él.

—Gracias —dijo Nathan. Bajó la vista—. ¿Está rico, Carlota? —le preguntó.

Carlota giró el rostro hacia él y en silencio afirmó reiteradamente con la cabeza. No podía hablar porque ya tenía la boca llena de algodón de azúcar.

Nathan se echó a reír.

Daniela no dijo nada, pero no pudo evitar sorprenderse cuando Nathan alargó la mano y acarició cariñosamente la mejilla de Carlota,

que le regaló una amplia sonrisa.

Había cambiado tanto...

Pese a todo, todavía había ocasiones en las que no lo reconocía. Nathan era ahora un hombre totalmente distinto al que llegó a Madrid la primera vez, por lo menos con ella, y con Carlota, como estaba comprobando. Cuando, al regreso de sus vacaciones de verano, el señor Barrachina reunió al personal para anunciar la llegada al hotel de un importantísimo empresario norteamericano, jamás pensó que ese hombre le cambiaría la vida del modo que lo había hecho.

—Dani, mira, un puesto de pañuelos. —La voz infantil de Carlota la sacó de su ensimismamiento—. ¿Me compras uno? —preguntó.

—Claro, cariño —respondió Daniela, acercándose al puesto—. Elige el que más te guste.

Carlota dio un repaso con la mirada a todos los pañuelos que estaban colgados en el tenderete. Los había de todos los colores y con diversos estampados. Carlota miraba a un lado y a otro sin decidirse.

Al reparar en su indecisión, Nathan se inclinó sobre ella y le dijo:

—Escoge todos los pañuelos que te gusten, yo te los regalo.

—¿Todos los que me gusten? —repitió Carlota, abriendo los ojos de par en par, asombrada.

—Todos los que quieras —enfatizó Nathan.

Daniela le dirigió una mirada de advertencia. Agradecía mucho el detalle, y ella era la primera que consentía a su hermana pequeña en lo que podía, más teniendo en cuenta las circunstancias en las que se encontraba, pero había que tener cuidado. No quería que Carlota fuera una malcriada el día de mañana.

—Carlota, es mejor que elijas uno, sino vamos a tenernos que salir de casa —dijo.

Carlota miró a Nathan y después volvió a mirar a su hermana.

—Tengo una idea —comenzó con su voz infantil—. ¿Por qué no donamos algunos de los que tengo, a niños que lo necesiten como yo? Así Nathan puede regalarme los que quiera y así no tenemos que salirnos de casa —concluyó con una ingenuidad adorable.

Nathan alzó la vista hacia Daniela y apretó los labios para reprimir la risilla que amenazaba con salir. Carlota era una buena negociadora.

—Por fi… —insistió la pequeña—. Por fi, Dani…

¿Cómo iba a decirle que no, si la miraba con carita de cordero degollado?, pensó Daniela.

—Por fi, Dani, por fi… —se unió al ruego Nathan.

Daniela levantó los ojos. En esos momentos Nathan también la miraba con cara de cordero degollado. Y entonces supo que no tenía nada que hacer. Por separado era casi imposible negarles nada, así que

juntos era imposible.

—No me puedo creer que os unáis para ir en mi contra… —suspiró, dejando caer los brazos, resignada—. Está bien —cedió finalmente.

—¡Bien! —exclamó Carlota, mientras daba palmaditas y pequeños saltitos en el sitio.

—Lo conseguimos —dijo Nathan.

Carlota se lanzó a Daniela y le dio un fuerte abrazo.

—Gracias, Dani —le agradeció contra su tripa.

Daniela le acarició la cabeza con ternura. Nathan se acercó a ella y le dio un beso en los labios.

Los minutos siguientes los pasaron eligiendo los pañuelos más bonitos del puesto.

—Gracias, Nathan —le dijo Carlota, con los ojos brillantes.

—De nada, princesa —respondió él, dándole un toque en la nariz con el índice.

CAPÍTULO 59

Mientras paseaban por la feria, comiéndose el algodón de azúcar, la tarde comenzó a caer. El cielo se sumió entre dos luces, confiriendo a la atmósfera un halo mágico.

—¿Estás bien? —le preguntó Daniela a Nathan, cuando Carlota se subió al Tren de la Bruja y se quedaron a solas, aunque estaban rodeados de gente.

—Muy bien —respondió él.

Daniela sonrió. Le gustaba ver a Nathan así: sonriente, tranquilo, sin esa sombra oscura y triste en el fondo de los ojos. Se preguntó en silencio si no estaría vertiendo en Carlota el amor de padre que no había podido darle a su hija.

Quizá quería vivir con Carlota y con ella lo que aquel trágico accidente le había impedido vivir con su mujer y su hija.

Aquella idea la alarmó en cierta manera.

—¿Y tú estás bien? —le preguntó a su vez Nathan.

—Sí, muy bien —contestó Daniela.

Nathan depositó un pequeño beso en su boca.

—¿Te has divertido? —le preguntó Daniela a Carlota, cuando bajó del vagón del Tren de la Bruja.

—Sí —respondió ella.

Sin embargo, de repente se sentía muy cansada, como si acabara de hacer un esfuerzo muy grande.

—¿Estás bien, mi amor? —se preocupó Daniela.

—Sí, es que estoy un poco cansada —dijo Carlota.

—Vamos a buscar un banco para sentarnos y a descansar, ¿vale?

Daniela le acarició amorosamente la mejilla.

—Vale.

Nathan observó a Carlota con cierta inquietud en el rostro. Se la veía pálida y realmente cansada. Sintió que se le encogía el corazón. Era muy pequeña para lidiar con todos los efectos que se derivaban de una enfermedad como la leucemia.

—¿Quieres que te coja? —se ofreció.

Carlota movió la cabeza.

—No —negó—. Estoy bien. Gracias.

Daniela miró a su alrededor, buscando un lugar en el que Carlota se pudiera sentar. Unos metros adelante había un banco de madera vacío.

—¿Tienes fuerzas para ir allí? —le preguntó a su hermana,

apuntando el sitio con el dedo.

—Sí —afirmó Carlota.

—Bien. Vamos.

Daniela dio la mano a Carlota y la guio hasta el banco. Carlota se sentó y Daniela se acuclilló frente a ella.

—¿Quieres un poco de agua? —le preguntó.

Carlota asintió en silencio.

—Voy a comprar una botella —se adelantó a decir Nathan.

—Gracias —agradeció Daniela.

Nathan se acercó a un kiosco de golosinas que había cerca, sacó un billete de diez euros de la cartera y compró un par de botellas de agua. Se dirigió de nuevo hacia donde estaban Daniela y su hermana y le ofreció una de ellas, abierta, a Carlota, que dio un trago largo.

—¿Te encuentras mejor? —se interesó, poniéndose de cuclillas junto a ella y pasándole la mano por el brazo.

—Sí —respondió Carlota.

—Cariño, ¿quieres que nos vayamos a casa? —le preguntó Daniela.

—No —rezongó Carlota—, quiero ver los fuegos artificiales.

—Pero estás cansada…

—Dani, ya sabes cuánto me gustan los fuegos artificiales.

—Puedo ir a buscar el coche y verlos dentro de él, así Carlota puede estar sentada —sugirió Nathan.

Daniela miró a su hermana.

—¿Quieres que lo hagamos así, mi amor? —le preguntó.

—Sí.

—Vale…

—Voy a por el coche —dijo Nathan.

—Te esperaremos a la entrada del recinto ferial —indicó Daniela.

—He comprado chucherías y palomitas de camino al coche —dijo Nathan, cuando Daniela y Carlota subieron al vehículo.

—¡Qué guay! —exclamó Carlota.

Nathan le pasó una bolsa con golosinas.

—¿Estás mejor? —le preguntó.

—Sí —dijo Carlota, hincándole el diente a una gominola con forma de fresa.

Nathan aparcó el Audi R8 Spyder al lado de otros coches que había estacionados en la explanada desde la que se iban a lanzar los fuegos artificiales.

La noche había caído ya sobre Madrid con su manto negro.

Unos minutos después el cielo comenzó a llenarse de color. Círculos, estrellas y fuentes, rojas, verdes, amarillas, naranjas… iluminaron la bóveda celestial, creando un espectáculo sin igual.

Daniela giró el rostro y miró a Nathan. Él la sonrió. Buscó su mano y se la cogió, entrelazando los dedos con los de Daniela.

—Carlota, ¿te gustan? —le preguntó.

Al ver que no respondía, Daniela volvió el rostro hacia los asientos de atrás, y vio que se había quedado dormida. El cansancio había terminado sumergiéndola en los brazos de Morfeo.

—Está dormida —le dijo en voz baja a Nathan.

—Creo que tengo una manta en el maletero —dijo él.

Se bajó y abrió el maletero para cogerla. Se la dio a Daniela, que lo esperaba fuera del coche.

—Aquí tienes.

Daniela la tomó y se introdujo en la parte trasera del vehículo. Le quitó la bolsa de gominolas de la mano a Carlota y la tumbó en los asientos con cuidado para que no se despertara. Después la tapó con la manta que le había dado Nathan. Antes de volver al lugar del copiloto, le acarició la mejilla.

—¿Cómo está? —se interesó Nathan, refiriéndose a la leucemia, ahora que no podía oírlo.

—Siguen dándole la quimio —comenzó a explicarle Daniela—. Pero han tenido que espaciar las sesiones en el tiempo porque tiene las defensas muy bajas. En esta ocasión el sistema inmunológico no está respondiendo tan bien como debería.

—¿Y la quimioterapia está dando resultado?

—Sí, de momento, ha vuelto a frenar el avance de la leucemia.

—Eso es lo más importante.

Daniela asintió en silencio.

—Me gustaría tanto que mi hermana pudiera llevar una vida normal, como la de cualquier niña de once años… —dijo en tono anhelante—. Lleva demasiados meses luchando contra el cáncer. Es tan injusto…

Su voz se tomó por la emoción. Chasqueó la lengua.

—Hey… —Nathan alzó su barbilla con la punta del dedo y le levantó el rostro para que lo mirara—. Y un día va a llevar una vida normal. Ya lo verás… —la animó—. Dani, Carlota es muy fuerte. Estoy seguro de que va a ganarle la lucha a la leucemia. Es una Martín. Sois unas *todoterreno* —afirmó.

Daniela no pudo evitar esbozar una sonrisa ante el comentario de Nathan.

Sin soltarla, Nathan acercó los labios a los suyos, y la besó.

—Todo va a ir bien está vez —dijo, apoyando la frente en la de Daniela.

Daniela lanzó al aire un suspiro, rodeó el cuello de Nathan y lo

abrazó. Él pasó los brazos por su espalda y la apretó con fuerza.

CAPÍTULO 60

Daniela dio un último beso a Nathan.

—Mañana te veo —se despidió.

Se bajó del coche y abrió la puerta de atrás.

—Carlota, cariño… —la llamó, tratando de despertarla—. Carlota…

Carlota abrió los ojos perezosamente.

—Estamos en casa —le anunció Daniela—. Venga…

Carlota se incorporó en el asiento y bostezó. Daniela la ayudó a bajarse del coche, ya que estaba adormilada.

—Adiós, Nathan —se despidió Carlota antes de salir del vehículo —. Gracias por los pañuelos.

—De nada, princesa —dijo él con una sonrisa, mirándola por el espejo retrovisor—. Adiós.

—Hasta mañana —dijo Daniela antes de cerrar la puerta.

—Hasta mañana —correspondió Nathan en tono cómplice.

Cuando se aseguró de que Daniela y Carlota habían entrado en casa, puso en marcha el motor del Audi y se marchó.

—Buenos días —dijo Daniela, al entrar en la cocina arrastrando los pies.

Bostezó.

—Buenos días —la saludaron Carlota y Samuel.

Dio un beso en la mejilla a su padre y un beso de esquimal a Carlota, como era la costumbre entre ellas.

—¿Tienes tiempo para desayunar? —le preguntó Samuel, consciente de que su hija mayor tenía un problema con la puntualidad y que siempre le pillaba el toro con la hora.

—Sí, hoy he estado lista —respondió Daniela, sentándose a la mesa.

Samuel le puso una taza delante y la llenó de leche.

—¿Quieres café? —le preguntó.

—Sí, por favor, sino no voy a ser capaz de despertarme —bromeó Daniela.

Carlota dejó escapar una risilla.

Samuel inclinó la jarra y vertió un chorrito de café en la taza.

—Gracias, papá —le agradeció Daniela.

Daniela echó un par de cucharadas de azúcar y cogió una tostada del plato que tenía al lado.

—¿Qué tal lo pasasteis ayer en la feria? —preguntó Samuel.

—Bien —respondió Daniela.

—¡Muy bien! —dijo Carlota, entusiasmada.

—¿Había mucha gente?

—Sí, estaba lleno —comentó Daniela.

—¿En qué atracciones te subiste, Carlota?

Carlota se metió una cucharada de sus cereales en la boca, los masticó rápidamente y se lo tragó.

—En el Zigzag, en el Saltamontes, en el Tren de la Bruja… —enumeró.

Samuel miró a Daniela con intención.

—Hace un rato ha estado aquí la señora Carmen —comenzó a decir—. Me ha dicho que ayer estabas en la feria con un hombre.

Daniela alzó los ojos, perpleja. Se sonrojó ligeramente. No había pensado que en las fiestas del barrio podría encontrarse con eso… con el barrio… entero.

—Vaya, no sabía que la señora Carmen fuera tan cotilla. Le ha faltado tiempo para venir a contártelo —dijo algo molesta por la indiscreción de la que hacía gala la gente.

—Ya sabes cómo es esto… —le restó importancia Samuel, esbozando una leve sonrisa en los labios. Hizo una breve pausa—. ¿Le conozco? ¿Es del barrio? —curioseó en tono cariñoso.

—No —negó Daniela.

—¿Trabaja contigo en el hotel? —insistió Samuel.

Daniela arrugó la nariz.

—No exactamente —repuso.

Dejó la tostada sobre el plato y se limpió las manos con una servilleta.

—¿Qué quiere decir eso?

A esas alturas, de nada servía ocultarle a su padre con quién estaba saliendo. Pero estaba segura de que no le iba a hacer mucha gracia, después del día que apareció en casa llorando porque Nathan la había amenazado con acabar con ella.

—Es… Es Nathan Littman —dijo finalmente en tono cauteloso.

Samuel contrajo las cejas hasta formar una línea.

—¿Nathan Littman? —repitió, haciendo memoria—. ¿El nuevo dueño del Eurostars? —preguntó, sin disimular la sorpresa que ese nombre le había producido.

Daniela carraspeó, nerviosa.

—Sí —respondió.

—Daniela, sabes que no me gusta meterme en tu vida, y que no lo he hecho nunca. Eres mayor y suficientemente responsable para tomar tus propias decisiones, pero…

—Papá, todo está bien —le cortó Daniela con suavidad, intuyendo por dónde iban los tiros.

Samuel soltó el aire que tenía en los pulmones.

—No quiero que te hagan daño, cariño —repuso.

—Vamos en serio, no hay problema —le aclaró Daniela para no preocuparlo.

Se hizo un silencio en la cocina.

—Nathan es muy guapo, papá —intervino Carlota, hundiendo la cuchara en sus cereales—. Se parece a Ken…

—¿A Ken? —dijo Samuel—. ¿Quién es ese tal Ken?

—El novio de Barbie, papá, que no te enteras de nada —le regañó en broma Carlota.

—Pensaba que era uno de esos cantantes de ahora, como Justin… Justin… —Samuel no se acordaba del apellido.

—Bieber, papá, Justin Bieber —matizó Carlota.

Daniela no pudo evitar reírse ante el diálogo de su padre y de su hermana.

—Y Nathan es muy bueno. Me regaló un montón de pañuelos —añadió Carlota—. Compró chucherías y me consiguió un peluche en una tómbola, y a Daniela otro…

Samuel apartó los ojos de Carlota para posarlos de nuevo en Daniela.

—Bien… —dijo—. Entonces tendrás que invitarlo a cenar una noche —sugirió, dirigiendo una mirada conciliadora a su hija mayor.

Daniela se bebió el café con leche de un trago y se levantó de la silla.

—Es muy pronto para presentaciones oficiales, papá —dijo, metiéndose el pelo detrás de la oreja, mientras se dirigía al fregadero, donde dejó la taza vacía—. Estamos empezando.

—Como quieras… —claudicó su padre—. Pero el día que te apetezca, puedes invitarlo. Será bienvenido.

—Gracias, papá —le agradeció Daniela.

CAPÍTULO 61

Nathan se echó hacia adelante en la silla.

—Fui muy considerado con Pedro Barrachina al dejarle quedarse en el hotel, pese a que, como dueño absoluto, yo ostento todo el poder y podía haberle largado a la puñetera calle. Pero lo que ha pasado el día de la reinauguración es algo intolerable —ladró con ira.

—Lo sabemos, señor Littman —dijo José Coch con voz amedrentada.

—He sido caritativo con ustedes al dejar que el antiguo Consejo de Administración mantuviera el diez por ciento de las acciones del Eurostars. Pero a partir de ahora… —comenzó de nuevo Nathan, golpeando la mesa con el índice—… no van a tener ninguna representación física en el hotel. No los quiero aquí. A ninguno de ustedes —sentenció en tono acerado.

—Pero, señor Littman, lo que ha hecho el señor B…

Nathan no le dejó terminar la frase.

—¡Pero nada! —le cortó con vehemencia—. No quiero a ninguno de ustedes en el Eurostars.

Un murmullo de malestar recorrió la sala de juntas. Pedro Barrachina les había vuelto a meter en apuros. Las cosas ya eran lo suficientemente delicadas y estaban lo suficientemente mal como para seguir enfadando a Nathan Littman. No convenía despertar a la bestia. Y Nathan lo era.

—Se les informará periódicamente de las cuentas, de los beneficios que se obtengan y de los presupuestos, pero nada más. A partir de ahora el puesto del señor Barrachina lo ocupará mi asesor, Nicholas Baumann. —Y para que ni a José Coch ni a ninguno de los otros miembros del Consejo de Administración se les ocurriera replicar, dijo —: Y si no están de acuerdo con esta decisión, pueden irse cuando quieran. No tendré ningún problema en comprarles sus acciones.

José Coch carraspeó para aclararse la garganta.

—No se preocupe, señor Littman —habló con voz conciliadora en representación de todos—, no… no volverá a tener ningún problema con nosotros.

—Eso espero —concluyó Nathan.

Daniela se llevó el vaso de cartón a los labios y dio un sorbo de café.

—A mi vecina le ha faltado tiempo para irle esta mañana con el cuento a mi padre de que ayer me vio en la feria con un hombre.

—La gente es muy chismosa —comentó Sú, bebiendo su descafeinado—. Las *viejas del visillo* proliferan como los champiñones —bromeó.

—¿Por qué no se meterá en sus asuntos? —preguntó retóricamente Daniela, molesta.

—¿Y qué le has dicho a tu padre?

—La verdad, que estoy saliendo con Nathan Littman. —Daniela aferró el vaso con las dos manos—. Conozco a mi padre y sé que no le hizo ninguna gracia.

—Los padres nunca ven con buenos ojos a los novios de sus hijas.

—Ya, pero el problema es que mi padre me vio llorando como una Magdalena por culpa de Nathan el día que pasó lo de Jonas Matiland —explicó Daniela—, y yo no pude echar más pestes de él —añadió.

—Pero eso era antes —puntualizó Sú—. Ahora las cosas han cambiado…

—Aun todo, mi padre está lleno de prejuicios contra los ricos en general y contra Nathan en particular.

—Ya verás que esos prejuicios desaparecen cuando lo conozca y vea el modo en qué te trata.

—Pues quiere conocerlo pronto —apuntó Daniela—. Me ha dicho que puedo invitarlo a cenar a casa cuando quiera.

—Bueno, eso ya es un paso —dijo Sú.

—Supongo —suspiró Daniela.

—¿Y cuándo se lo vas a presentar a tu padre?

—De momento, no se lo voy a presentar.

—¿Por qué?

—Porque es muy pronto. En realidad, solo llevamos saliendo unos días. Ni siquiera se lo voy a decir a Nathan. —Daniela miró el reloj—. ¡Mierda, tengo que volver al curro! —exclamó de pronto, al ver la hora que era. Se levantó de la silla de un salto y tiró sin querer sobre la mesa el sorbo de café que le quedaba en el vaso—. Porras… —masculló, chasqueando la lengua.

—Anda, vete, que lo recojo yo —se ofreció Sú.

—Millones de gracias —dijo Daniela, con la voz llena de agradecimiento. Se acercó a Sú y le dio un beso rápido en la mejilla a modo de despedida—. Te debo una —añadió mientras iba hacia la puerta.

Daniela salió de la salita del personal volando y corrió pasillo adelante casi sin que los pies tocaran el suelo. Llegó a la zona de los ascensores en un suspiro. Apretó el botón de llamada impaciente mientras se mordía el labio inferior. En cuanto las puertas metálicas se abrieron, entró dentro del cubículo como si le persiguiera el Diablo.

El ascensor iba a cerrarse cuando Nathan accedió a él justo por los pelos. Daniela lo miró con expresión de sorpresa en los ojos.

—Buenos días, señorita Martín —la saludó Nathan.

—Buenos días, señor Littman —correspondió ella, fingiendo formalidad.

Nathan ladeó la cabeza, sonriendo con picardía, y se aproximó a Daniela lentamente, estirándose la chaqueta del traje.

Mientras avanzaba hacia ella, observó embelesado la belleza de su rostro, como un depredador observaría a su preciada presa después de darle caza. Tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas de la carrera que se había pegado hasta el ascensor.

Se inclinó sobre ella y le lamió los labios, igual que si fuera un gato. A Daniela se le erizó la piel como si hubieran abierto una ventana y la corriente de aire frío le hubiera dado de lleno. Después, Nathan introdujo la lengua en su boca al tiempo que la aferraba por los brazos y la atraía hacia sí.

—Hoy tengo un día muy ocupado —dijo contra su cuello—, pero te veo esta noche. Ya sabes a qué hora…

—¿A las diez? —preguntó Daniela.

—En punto —susurró Nathan, besándole la garganta.

El ascensor se detuvo en esos momentos. A Daniela le dio un vuelco el corazón. Iban a pillarlos. Empujó ligeramente a Nathan para que se separara.

—Nathan, va a entrar alguien… —dijo nerviosa.

Nathan se apartó de ella a regañadientes. Las puertas del ascensor se abrieron y un grupo de ejecutivos de los que esos días se alojaban en el Eurostars se adentró en él.

—Buenos días —saludaron, haciendo que sus voces sonaran casi al unísono.

—Buenos días —respondió Daniela.

Nathan se mantuvo en silencio mientras cuadraba los hombros y volvía a estirarse la chaqueta, tratando de recuperar la compostura.

El ascensor se paró de nuevo unos pisos más arriba. Nathan se preparó para salir. Antes de irse se acercó al oído de Daniela para que nadie pudiera escucharlo y dijo:

—Te espero en mi suite a las diez. Se puntual.

El tono sensual y susurrante con el que pronunció Nathan aquellas palabras le produjo un escalofrío.

Cuando Daniela abandonó el ascensor tenía pintada en los labios una sonrisa bobalicona. Tuvo que centrarse y hacer un esfuerzo por poner sus pensamientos en orden. Todavía le quedaba un largo día de trabajo.

CAPÍTULO 62

Daniela se puso la camiseta por encima para ver cómo le quedaba y se miró en el espejo de la habitación. Arrugó la nariz con desagrado. Esa tampoco le gustaba. Había perdido ya el número de prendas que se había probado.

—¿Qué me pongo? —se preguntó, lanzando la camiseta sobre la pila de ropa que había encima de la cama. Resopló.

Consultó el reloj. Solo faltaban diez minutos para las diez.

—¡Mierda! —exclamó.

Se detuvo unos instantes a pensar. ¿Qué más daba con lo que se vistiera? No le iba a durar mucho puesto. Así que al final optó por un pantalón negro bajo de cadera y una camiseta de manga larga ajustada de color rosa. Se calzó las manoletinas y se cepilló la melena varias veces. Antes de salir, se roció con su fragancia habitual.

Salió de la habitación, cerró la puerta con llave y subió a la planta 27 por el montacargas que utilizaba el personal, para que no la viera nadie.

Frente a la puerta de la suite, respiró hondo y se atusó el pelo con dedos temblorosos. Después tocó ligeramente con los nudillos.

—Llega seis minutos tarde, señorita Martín —dijo Nathan al abrir la puerta.

Daniela sonrió.

—Ya se me ocurrirá alguna manera de recompensarle por la espera, señor Littman, no se preocupe —apuntó con expresión traviesa en el rostro, tirándole juguetonamente de la corbata.

Cuando Daniela pasó a su lado, Nathan olió su fragancia y sintió como el calor que desprendía su cuerpo le provocaba un pinchazo en la entrepierna. Apretó las mandíbulas mientras la veía caminar hacia el centro de la suite.

Empujó la puerta y dejó que se cerrara con la inercia, a medida que avanzaba por la habitación.

—¿Qué tal tu día? —preguntó a Daniela, abrazándola por detrás y apoyando la barbilla en su hombro.

—Bien, ¿y el tuyo? —se interesó a su vez Daniela, acariciándole los brazos con las manos.

—Muy largo sin ti —respondió Nathan.

Daniela sonrió complacida.

Nathan deshizo el abrazo, le cogió la mano y la guio hasta la sala de estar de la suite. Sobre la mesa había una botella y dos copas.

Daniela se sentó en el sofá y observó cómo Nathan descorchaba el vino y lo servía en las copas. Él cogió una de ellas y se la ofreció con una sonrisa.

—Gracias —dijo Daniela.

—¿Qué tal está Carlota? —quiso saber Nathan, sentándose a su lado.

—Bien. Últimamente está más cansada de lo normal, ya la viste en la feria…

Daniela se acercó la copa a los labios y dio un trago.

—Es lógico, el tratamiento que está recibiendo es muy agresivo y solo tiene once años —apuntó Nathan—. ¿Y tú cómo estás? —se preocupó, acariciándole la mejilla con ternura.

—Bien. Cansada, pero bien.

—¿Por qué no te tomas unos días libres? —le propuso Nathan.

Daniela negó con la cabeza.

—No, Nathan, prefiero estar trabajando. Eso me distrae…

—Pero necesitas descansar… —Nathan hizo una pausa para mirarla detenidamente—. Dani, tienes demasiadas cargas para tu edad —dijo.

—Ya descansaré, no te preocupes —se adelantó a decir ella.

—Cielo, déjame cuidarte —le pidió Nathan—. Siempre has cuidado de los demás, deja que yo te cuide a ti.

Ella blandió en los labios una leve sonrisa.

—Ya cuidas de mí —apuntó, como algo obvio.

Nathan buceó unos segundos en la calidez de su mirada. Después atrajo su rostro hacia sí y la besó.

—¡Porras! —dijo Daniela de repente.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Nathan, extrañado.

—Me he tirado encima un poco de vino y me he manchado. Soy un desastre —bromeó Daniela—. Voy a limpiármelo antes de que se seque.

—Vale —dijo Nathan.

Daniela se levantó del sofá y enfiló los pasos hacia el cuarto de baño. En esos momentos sonó su teléfono móvil.

—Dani, cielo, te están llamando —le informó Nathan.

Daniela asomó la cabeza por la puerta.

—Mira a ver quién es —dijo—. Aunque seguro que es Carlota. Nos solemos llamar a estas horas para desearnos buenas noches.

Nathan dejó la copa sobre la mesa, alargó el brazo y abrió el bolso de Daniela. Tras rebuscar unos segundos en su interior, finalmente dio con el móvil. Miró la pantalla.

—Sí, es Carlota —le dijo a Daniela.

—Cógeselo mientras termino, estará encantada de hablar contigo —sonrió Daniela.

—Hola, princesa —la saludó Nathan al descolgar.

—¿Dani?

—Soy Nathan.

—¡Nathan! —exclamó Carlota.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien.

—¿Cuándo vas a venir a cenar a casa? —le preguntó Carlota con ingenuidad.

—¿A cenar? —repitió Nathan.

Daniela alzó el rostro de golpe cuando oyó por dónde iba la conversación.

—No, no… —farfulló.

Salió corriendo del cuarto de baño.

—Ya estoy lista, pásame el teléfono, Nathan —le pidió.

Pero Nathan se levantó del sofá y echó a andar por la suite, alejándose de Daniela. La conversación que estaba manteniendo con Carlota era muy interesante.

—Sí, a cenar —continuaba Carlota—. Mi padre le ha dicho a Dani que puede invitarte cuando quiera.

—Nathan, pásame el teléfono, por favor… —volvió a pedirle Daniela.

Pero Nathan seguía hablando con Carlota, ignorando su petición.

—Vaya… pues Dani no me ha dicho nada —dijo, mirando a Daniela significativamente.

Daniela se mordió el labio.

—¿Pero vas a venir? —le preguntó Carlota a Nathan al otro lado de la línea.

—Por supuesto, iré encantado —sonrió él con mordacidad.

Daniela dejó caer los hombros al tiempo que expulsaba el aire en un sonoro suspiro.

—¡Qué bien! —exclamó Carlota—. Así te enseño mi colección de muñecos *Funko* de Harry Potter.

CAPÍTULO 63

—Buenas noches, cariño. Que descanses —se despidió Daniela de Carlota.

Colgó la llamada y se giró, consciente de que Nathan no le había quitado los ojos de encima mientras hablaba con su hermana.

—¿Cuándo ibas a decirme que tu padre me ha invitado a cenar en tu casa para conocerme? —le preguntó Nathan.

—No sé… Ahora —mintió Daniela—. Me lo ha comentado esta mañana.

—Ya… —dijo Nathan, sabiendo que Daniela estaba mintiendo.

—Una vecina le ha ido con el chisme de que ayer en la feria me vio con un hombre —añadió Daniela.

—¿Qué te parece si voy el sábado?

Daniela avanzó hasta la mesa sin decir nada y dejó el móvil encima. Ante su silencio, Nathan dijo:

—Dani, ¿qué pasa?

Daniela se volvió hacia Nathan.

—¿No te parece un poco… pronto? —dejó caer.

—Un poco pronto, ¿para qué?

Daniela se encogió de hombros y arrugó la nariz.

—Para las formalidades —respondió.

—Dani, simplemente voy a conocer a tu padre, no a pedirle tu mano —dijo Nathan.

—Ya, bueno… —titubeó ella—. Pero es que solo llevamos unos días juntos, Nathan. Yo ni siquiera sé si… si tienes hermanos, o si viven tus padres…

—De acuerdo, te contaré todo lo que quieras saber —dijo Nathan en tono indulgente—. Ven…

Llenó de nuevo la copa de Daniela y se la tendió cuando ella se sentó a su lado en el sofá. Hizo lo mismo con la suya.

—Pregúntame —la animó Nathan, echándose hacia atrás y recostando la espalda en el respaldo.

Daniela cogió la copa.

—¿Tienes hermanos? —dijo.

Nathan dio un trago de vino y negó con la cabeza.

—No, soy hijo único, y mis padres sí viven, los dos, pero están separados.

—¿Te llevas bien con ellos?

—Sí. Al principio lo pasé mal con su separación. Solo tenía ocho

años, pero después comprendí que prefería verlos por separado, pero felices, que juntos, y todo el tiempo discutiendo.

—Ese es un pensamiento muy sensato —comentó Daniela.

—Sí, lo es. La verdad es que siempre he sido un niño muy maduro.

Daniela lo miró durante unos segundos.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Me sigue sorprendiendo mucho el cambio que has dado en estas semanas —dijo Daniela—. Eres tan distinto al Nathan del principio.

—Sí, a mí también —confesó él—. Después de la muerte de Sienna y Lucy, y del vacío que he sentido dentro todos estos años, no pensé que nadie fuera capaz de templarme el corazón de la forma en que lo has hecho tú. Aquel accidente me deshumanizó casi por completo, me volví inaccesible; pero tú has conseguido lo que no ha conseguido nadie: abrirme del modo en que me he abierto, y convertirte en mi trocito de cielo.

Daniela sonrió.

Le quitó la copa a Nathan de la mano, la dejó junto a la suya en la mesa y se sentó a horcajadas encima de él.

—Señorita Martín, ¿no estará utilizando el sexo para desviar el tema y no responderme? —le preguntó Nathan con voz seductora.

—Responderte, ¿a qué?

—¿A la pregunta de si voy el sábado a cenar a tu casa? Carlota tiene muchas ganas de verme y de enseñarme su colección de muñecos *Funko* de Harry Potter.

—Sí, la tienes enamorada —afirmó Daniela en tono socarrón—. Dice que te pareces a Ken, el novio de Barbie.

Nathan estalló en una carcajada.

—Vaya… nunca me habían comparado con Ken —rio.

—Cosas de Carlota.

—¿Entonces…?

—Sí, el sábado vendrás a cenar a casa —contestó finalmente Daniela.

Nathan se echó hacia adelante.

—Bien, aclarado ese punto, pasemos al siguiente —dijo en tono sugestivo.

Hundió las manos en el pelo de Daniela, levantó el rostro hacia ella y la besó, explorando con la lengua cada rincón de su exquisita boca.

Y el tiempo pareció detenerse para Daniela, como siempre que Nathan la besaba.

Sin dejar de besarla, Nathan se puso en pie. Daniela rodeó su cintura con las piernas y él la llevó hasta la cama. La tumbó sobre el

colchón y le quitó la camiseta. Agachó la cabeza y comenzó a besarle el escote, el pecho, hasta bajar a la tripa, donde se deleitó un rato en el ombligo, arrancando un coro de risillas a Daniela.

Después le desabrochó el botón del pantalón y se lo bajó despacio por las piernas junto con las braguitas, mientras recorría su cuerpo con los ojos. Completamente desnuda, le dio la vuelta y la colocó bocabajo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Daniela, expectante.

Pero Nathan no contestó, se limitó a ponerse encima de ella y empezó a intercalar besos, lametazos y pequeños mordiscos arrastrando la boca por los hombros, la espalda, los costados y la columna vertebral.

Daniela sintió una oleada de escalofríos.

Cuando Nathan llegó al culo, le aferró la nalga derecha con la mano, la apretó y clavó los dientes en la carne.

—¡Ay! —se quejó Daniela entre un ronroneo de satisfacción.

Echó la cabeza hacia atrás.

Una ligera risa curvó los labios de Nathan sin dejar de morderla.

—Nathan… —susurró Daniela al borde del placer.

Nathan aflojó los dientes, pasó la lengua por el mordisco, y calmó la piel con unos besos húmedos.

—Sabes tan bien, Dani… —musitó a ras de su piel—. Mejor que antes, si es que eso es posible.

Daniela terminó de encenderse con esas palabras.

Manteniéndola en aquella posición, Nathan introdujo un dedo en su interior. Lo empujó con fuerza dentro y lo sacó después. Daniela profirió un gemido. Aquello le volvía loca, y Nathan lo sabía.

Metió otro dedo y movió los dos dentro.

—No sabes cómo me gusta esto —jadeó Daniela.

—Sí, sí lo sé —dijo Nathan.

La giró y, sin sacar los dedos de ella, se inclinó y comenzó a besar el interior de sus muslos.

—Nathan, por Dios…

Nathan situó el rostro entre sus piernas y le lamió el clítoris. Daniela echó la cabeza hacia atrás tomando aire. Aquel primer roce hizo que se estremeciera de placer.

—¡Joder, Nathan! —dijo, retorciéndose de un lado a otro.

Nathan sacó los dedos de su interior y sujetó su trasero con fuerza para que no pudiera moverse, mientras la asaltaba una y otra vez con la lengua. A Daniela aquello le volvía loca y a él le volvía loco que se corriera en su boca; poder degustar el sabor de sus entrañas.

Y aunque Daniela estalló en un intenso orgasmo entre fuertes

gemidos y arqueó el cuerpo formando un ángulo casi imposible, levantando las caderas y obligando a Nathan a levantar la cabeza, él no se retiró hasta que no dejó de estremecerse.

CAPÍTULO 64

Con la cabeza apoyada en el montón de almohadas, Nathan observó como Daniela se colocaba encima de él. Estaba desnuda y preciosa. Absolutamente preciosa.

Algo nerviosa, Daniela se inclinó sobre él, tomó su rostro de rasgos angulosos entre las manos y lo besó apasionadamente, atrapada por el seductor brillo de sus ojos verdes.

—Te quiero, Nathan —musitó en su boca.

—Y yo a ti, cielo —dijo él, apretándola contra sí.

Después de un rato de dulces besos, Daniela enderezó la espalda, irguiéndose sobre el torso de Nathan. Tomando el control, cogió su miembro y fue suavemente deslizándose por él, hasta que la llenó por completo.

Nathan cerró los ojos y suspiró. Daniela le estaba matando de placer.

Ella comenzó a mecerse encima de su cuerpo. Primero despacio, con movimientos lentos y sinuosos. Después más rápido. Nathan apoyó las grandes manos en sus caderas, buscando un ritmo salvaje, como les gustaba a ambos.

Daniela murmuró su nombre y cerró los ojos.

—Nathan… Nathan…

—Mírame, Dani —dijo Nathan en un tono que rayaba la exigencia —. Mírame, ahora.

Daniela obedeció. Abrió los ojos y los clavó en su profunda mirada verde mientras seguía balanceándose contra él, sintiéndolo cada vez más dentro, más suyo.

Se movían a un ritmo frenético, buscando esa promesa de placer infinito que se ofrecían el uno al otro. Los jadeos se multiplicaron, inundando la suite.

Nathan notó como los músculos de Daniela se contraían alrededor de su miembro y eso lo hizo estallar. Cuando ella estaba a punto de dejarse ir, se inclinó y lo besó de una forma arrebatadora. Nathan la apretó contra su cuerpo y empujó una última vez, hasta el fondo, más profundamente de lo que Daniela hubiera imaginado nunca.

—¡Dani!

—¡Nathan!

Los dos gimieron juntos el nombre del otro mientras se corrían y el placer sacudía cada una de las células de su cuerpo.

Nathan se incorporó ligeramente y levantó la cabeza para besar a

Daniela. Tenía que hacerlo; casi como una obligación, como si en su boca estuviera el oxígeno que los pulmones necesitaban para respirar.

Nathan apoyó la cabeza sobre el hombro de Daniela y ella le acarició el pelo con suavidad.

—Nathan, tienes que dormir —le aconsejó, al ver que su intención era quedarse despierto.

—Mi sueño siempre se llena de pesadillas —dijo él simplemente—. Y solo noto alivio al despertarme.

Daniela se inclinó y le dio un beso en la cabeza.

—Si las pesadillas te asaltan, recuerda que yo estoy aquí, contigo —le dijo en tono protector.

Nathan se acurrucó contra su cuerpo en silencio y cerró los ojos.

—No, Sienna, no… yo no quería… No quería… —balbuceaba Nathan, moviéndose inquieto en la cama—. Tienes que escucharme… Por favor…

Daniela se despertó, sobresaltada por la voz suplicante y casi agónica de Nathan. Se incorporó en la cama y reparó en que estaba teniendo una de sus horribles pesadillas. El resplandor plateado de la luna que entraba por los ventanales le permitía ver la expresión de angustia que mostraba su rostro y la tensión de sus músculos.

—Te lo suplico, no quise haceros daño. No… —continuaba mascullando Nathan, agitando la cabeza de un lado a otro.

—Nathan, mi amor… —susurró Daniela con suavidad. Alargó la mano y le acarició la mejilla. Tenía la piel brillante por las perlas de sudor que se deslizaban por su rostro—. Nathan… —insistió.

Nathan abrió los ojos de golpe y los clavó en el techo. El pecho desnudo le subía y le bajaba rápidamente por la agitada respiración.

—Dani —la llamó, pronunciando su nombre como si pidiera auxilio.

—Estoy aquí —respondió Daniela con voz suave, ofreciéndole una sonrisa cálida y una caricia cariñosa en la mejilla.

Nathan tomó noción de la realidad con aquel contacto y con la luz que desprendían sus ojos azules.

Daniela estaba allí. Con él.

Le cogió la mano, se la acercó a los labios y la besó, deteniéndose unos instantes en el gesto. Después inhaló una profunda bocanada de aire, tratando de regular la respiración.

—Ya está… Ya ha pasado —le alentó Daniela.

Se inclinó sobre él, depositó un beso tierno en su mejilla y lo abrazó para que sintiera la calidez de su cuerpo.

—Gracias —le agradeció Nathan contra su pecho.

—Shhh… —lo tranquilizó Daniela, meciéndolo entre sus brazos.

Nathan se dejó hechizar por la burbuja mágica que los envolvía en ese mundo donde solo existían ellos.

Daniela y él.

La burbuja donde el pasado, las pesadillas y el dolor dormían olvidados. Impronunciables.

CAPÍTULO 65

Nathan abrió los ojos poco a poco, de forma perezosa. Respiró profundamente y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Daniela dormía a su lado, envuelta en un sorprendente halo de paz.

Mientras la miraba, pensó que era la mujer más guapa del mundo, y que él era el hombre más afortunado del planeta por tenerla.

Para él.

Solo para él.

La rodeó con los brazos y la apretó con fuerza contra su cuerpo. Daniela se movió ligeramente, pero no se despertó. Y Nathan tenía ganas de ella… otra vez. ¿Cómo era posible? ¿Es que nunca iba a saciarse de Daniela?

Estiró las piernas y las enredó entre las suyas. Daniela abrió los ojos y no pudo evitar esbozar una sonrisa cuando notó la erección de Nathan en la parte baja de su espalda. Volvió la cabeza hacia él para buscar sus labios.

—Esto de despertar con un beso me gusta —murmuró Daniela.

—A mí también —dijo Nathan—. ¿Sabes que la fantasía de cualquier hombre es despertar al lado de una mujer desnuda? —comentó.

Daniela rio.

—¿Sabes que la fantasía de muchas mujeres en estos momentos es despertarse al lado de Nathan Littman? —apuntó ella a su vez.

—Vaya… no tenía ni idea —contestó Nathan, haciendo un gesto cómico con la cara.

—No sabes la de suspiros que levantas por ahí… —repuso Daniela —, pese a tu mal carácter —agregó en tono de broma.

Nathan se colocó encima de Daniela, apoyando las manos en el colchón, y se quedó mirándola durante unos segundos. Daniela tragó saliva. Le imponía reflejarse en aquellos hipnóticos ojos de color verde oscuro. Tan hipnóticos que la invitaban a abandonarse, a dejarse llevar por el placer que le ofrecía Nathan.

—Yo solo deseo que seas tú la mujer que fantasee con despertarse a mi lado —afirmó serio él—. Dani, quiero que te mueras por mí.

—Nathan, ya muero por ti —respondió sonriente ella, y lo dijo como una obviedad.

Nathan se inclinó y besó a Daniela durante un largo rato, apretando su miembro duro contra su estómago. El roce de los cuerpos hizo que aumentara la excitación de ambos. Daniela alzó las

caderas, para ponérselo más fácil a Nathan, que la penetró lentamente.

Follaron sin dejar de besarse ni acariciarse ni un solo segundo.

Daniela deslizó las manos por su torso, hundiendo las uñas en su espalda. Nathan empezó a moverse más rápido, más profundamente, clavando las caderas en las suyas, hasta que se corrió en su interior.

Cuando vio que Daniela se convulsionaba bajo su cuerpo, asaltada por un fuerte orgasmo, introdujo las manos por detrás de sus hombros y la abrazó con fuerza.

—Así, cielo… Córrete para mí —le susurró al oído.

Después dejó caer su peso sobre ella, jadeante y agotado. Hundió la nariz en su frondosa melena y aspiró el aroma a vainilla que desprendía.

Daniela se puso de lado, giró el rostro por encima del hombro y se miró en el espejo que tenía en la habitación.

—Madre mía… —masculló para sí con los ojos abiertos como platos, cuando vio la marca circular de los dientes de Nathan en su nalga derecha. Estaba perfectamente definida y poseía un color mezcla entre morado y rojo.

Pasó los dedos por ella. Tenía la piel sensible en esa zona y le dolía al tocarla. Resopló y la contempló durante unos segundos, hasta que finalmente se bajó la falda del uniforme y salió de la habitación.

—¿Qué tal lleváis la tarde? —preguntó Irene, metiendo el carro en el cuarto de la limpieza, donde estaban las chicas dejando los suyos.

—¡Yo hoy estoy harta! —se quejó Victoria—. Me ha caído bronca con el cliente de la 1515.

—¿El engominado, repeinado y chulo que vino nuevo el lunes? —curioseó Sú.

—El mismo —respondió Victoria.

—Tiene pinta de estirado —comentó Daniela.

—Lo es —afirmó Victoria—. Hasta cotas inimaginables y, además, sus extravagancias no tienen límite.

—Señorita Martín…

La voz grave y profunda de Nathan sonó en el cuarto de la limpieza.

Las chicas se callaron de golpe, conteniendo la respiración. Daniela se giró hacia él y le lanzó una breve mirada, esforzándose para no ruborizarse.

—¿Puede venir conmigo un momento? —le preguntó Nathan con expresión divertida en los ojos. Aunque más que una pregunta era una exigencia que no admitía réplica.

Tenía que reconocer que le encantaba poner a Daniela nerviosa

cuando él aparecía y ella estaba con sus compañeras de trabajo, o atendiendo a algún cliente del hotel. Era divertido y morboso verla intentando mantener la compostura. Era muy divertido y muy morboso. Además, le resultaba increíblemente sexy verla azorada.

—Por supuesto, señor Littman —dijo Daniela, echando a andar rápidamente para que las chicas no la vieran sonrojarse.

—Creo que no soy la única que hoy se va a llevar una bronca —dijo Victoria, cuando Nathan y Daniela salieron del cuarto de la limpieza y se perdieron por el pasillo.

CAPÍTULO 66

Al doblar la esquina de la galería, Nathan cogió a Daniela de la mano y tiró de ella.

—Nathan, puede vernos alguien —dijo Daniela, mirando a todos lados nerviosa, con el corazón latiéndole en la garganta.

—Me da igual quién pueda vernos —atajó Nathan sin ningún pudor.

Daniela intentó detenerlo, pese a que sabía que sería imposible.

—Esto no puede seguir así. Tienes que empezar a reprimir tus instintos —dijo en voz baja, poniendo algo de sentido común y prudencia a todo aquello, si es que eso era posible.

—¿Por qué? —preguntó Nathan ceñudo.

—Porque tengo la marca de tus dientes en mi nalga derecha, Nathan —respondió Daniela, tratando de que el tono de su voz sonara a reproche.

La comisura de los labios de Nathan se curvó en una sonrisa perversa.

—¿Quieres que te deje otra marca en la nalga izquierda? —ironizó.

—¡No! —negó Daniela.

¿O sí?

—No te veo muy convencida —se burló Nathan, al tiempo que abría la puerta de una de las salas de reuniones y la empujaba dentro.

—Por supuesto que no quiero, Nathan. Me duele —dijo Daniela, arrugando la nariz.

Nathan entornó los ojos y la miró con un brillo mordaz.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Daniela, a pesar de saber perfectamente la contestación.

—Lo que estás pensando —respondió Nathan, esbozando una sonrisa lenta y provocativa.

Lo siguiente ocurrió precipitadamente.

Sin darle tiempo a reaccionar, Nathan le cogió la mano, tiró de ella, la puso contra la pared, de espaldas a él y se acuclilló.

—Nathan, no puedes… no puedes marcarme la otra nalga —protestó Daniela, aunque en el fondo estaba relamiendo el momento como un niño pequeño una piruleta.

—Yo creo que sí —dijo él tajante, subiéndole la falda del uniforme hasta la cintura—. Así te acordarás de mí lo que queda de día.

—¿Lo que queda de día? —repitió Daniela con el ceño fruncido y las palmas contra la pared—. Dirás lo que queda de semana, o de

mes… —se quejó.

—Del día, de la semana, del mes… ¿Qué más da? El tiempo es tan relativo… —dijo Nathan con una nota de mofa en la voz mientras le bajaba las braguitas hasta la mitad de los muslos.

—¡Nathan! —exclamó Daniela.

—Shhh… No seas gruñona —la silenció él—. ¿Estas braguitas son nuevas? —le preguntó—. No recuerdo haberlas visto en el cajón de tu ropa interior el día que estuve en tu habitación…

—Ya, Nathan… —masculló Daniela, dudando de si quería que aquello terminara ya o de que durara eternamente.

—¿Son nuevas? —insistió él con calma, ignorando la impaciencia de Daniela.

—Sí, son nuevas —respondió finalmente ella, dándose por vencida.

—Me gustan. Son muy sexys —opinó Nathan, alargando el momento para poner más nerviosa a Daniela—. Siempre me ha gustado el color rosa.

Dejó de prestarle atención a las braguitas y observó la marca del glúteo derecho para asegurarse de que estaba bien. Sí, estaba perfecta y quedaba preciosa en su piel blanca. Se inclinó y le dio un suave beso.

Después, sin previo aviso, aferró la nalga izquierda con la mano y la apretó. Acercó la boca y la mordió, clavando los dientes en la carne.

—Nathan, por Dios… —farfulló Daniela en un suspiro.

Nathan no pronunció palabra, solo sonrió para sí satisfecho, y se limitó a pasar la lengua por el mordisco para calmar el leve dolor. Daniela notó la humedad cálida de la saliva de Nathan sobre su piel y se derritió por dentro, aunque nunca lo reconocería, y menos ante él.

—Es una lástima que ahora no tenga tiempo para… seguir jugando —dijo Nathan, subiéndole las braguitas y cubriendo el culo de Daniela con ellas—. Tengo una reunión de la que no me puedo librar —añadió con voz aburrida.

Daniela no sabía si resoplar de alivio o de frustración. Tenía ganas de más, de mucho más.

Nathan se incorporó, y mientras le colocaba la falda del uniforme, se aproximó a su oído y le dijo en un susurro: —Lista.

¿Lista? ¿Cómo que lista?, se preguntó Daniela a sí misma.

Se giró extrañada cuando vio que Nathan daba un par de pasos hacia atrás.

—¿No…? ¿No me vas a dar ni siquiera un beso? —le preguntó.

Nathan se abrochó el botón de la chaqueta del traje y negó con la cabeza lentamente.

—No —respondió.

—Pero, Nathan…

—Si quieres más, ya sabes dónde y a qué hora puedes encontrarme —dijo él en tono pausado.

Nathan se dio media vuelta sobre sus talones, exhibiendo una expresión impasible en el rostro, y con su acostumbrado paso seguro y determinante salió de la sala de reuniones, cerrando la puerta tras de sí como si nada.

Sumergida en el silencio que reinaba en la estancia, Daniela trató de ignorar el cosquilleo que recorría su entrepierna. Nathan había conseguido que mojara las braguitas otra vez con uno de sus asaltos sorpresivos.

—¡Joder! —profirió acalorada.

Echó la cabeza hacia atrás y lanzó al aire un suspiro sonoro. Una sonrisilla escapó de sus labios.

Daniela se bajó el pantalón hasta la mitad de la nalga derecha y le mostró a Sú una de las marcas que le había hecho Nathan con los dientes.

—¡Wow! —exclamó Sú, abriendo la boca con asombro.

—Y en la nalga izquierda tengo otro mordisco —dijo Daniela.

—¿Por qué Javi no me hace a mí estas cosas? —se preguntó Sú, dejando entrever un ligero matiz de frustración en la voz.

—Tal vez porque tiene un poco de sentido común —respondió Daniela con ironía.

—Pues te aseguro que a mí no me importaría que de vez en cuando dejara ese sentido común a un lado —repuso Sú, sin apartar la vista del mordisco que Nathan le había dado a Daniela en el culo—. Madre mía…

—Dice Nathan que así me acordaré todo el día de él —apuntó Daniela, subiéndose el pantalón—. Aunque más que todo el día, voy a acordarme todo el mes.

—Ya lo creo que te acordarás —afirmó Sú en tono obvio—. Cualquiera se olvida de él con la forma que tiene de hacerse recordar…

—Al parecer, le gusta dejar su presencia marcada en mi cuerpo para que piense en él cada minuto del día —comentó Daniela con una sonrisa.

—Yo pensé que este tipo de hombres solo existían en las películas y en las novelas eróticas —apuntó Sú con incredulidad.

—Y yo —apostilló Daniela.

—Pero ya veo que no —añadió Sú.

Daniela movió la cabeza mientras se dirigía a sí misma una sonrisilla perversa. En el fondo, aquellos mordiscos en el culo le

encantaban.

CAPÍTULO 67

Aprovechando que tenía la tarde libre, Daniela se dedicó parte del sábado a hacer la cena, junto con Carlota, que la ayudó en todo momento, y Justin Timerlake, que puso la banda sonora de fondo, mientras llenaban la cocina de cacharros.

Después de atarse el delantal y de poner uno a Carlota para que no se manchara, le costó horrores decidir qué hacer. ¿Qué le gustaría a Nathan? ¿Qué comía una persona acostumbrada a degustar los mejores y más exquisitos platos del mundo? Pensó que, hiciera lo que hiciera, no sería a lo que él estaba acostumbrado. Él no vivía de un sueldo. Así que al final se decantó por sopa y pollo asado al limón.

Nathan salió de la ducha, se secó el cuerpo y se colocó una toalla en la cintura. Frente al espejo del cuarto de baño se retocó la barba con el método con el que le gustaba hacerlo. Mientras se pasaba la maquinilla por la mejilla, se sorprendió al notar que estaba nervioso.

¿Cómo era posible?, se preguntó con el esbozo de media sonrisa en los labios.

Quería causarle una buena impresión al padre de Daniela y la fama de insufrible que lo precedía no ayudaba mucho. Seguramente él encarnara el novio que un padre nunca querría para su hija.

Suspiró y continuó afeitándose.

La corbata le daba demasiada formalidad, así que la desanudó y se la quitó. Estaba mejor solo con el pantalón y la camisa, que se arremangó hasta los codos, para darse un toque algo más jovial.

Cuando bajó a la recepción, se encontró a Nicholas.

—¿Dónde vas? —le preguntó el asesor.

—Voy a cenar a casa de Daniela y a conocer a su padre —respondió Nathan.

Nicholas enarcó las cejas en un gesto elocuente al advertir el tono impaciente en la voz de su amigo.

—¿No me irás a decir que estás hecho un flan, como si fueras un adolescente la primera vez que va a ver a los padres de su novia? —bromeó.

Las comisuras de Nathan se elevaron formando una sonrisa.

—No estoy como un adolescente, simplemente quiero causarle una buena impresión, Nicholas, y no las tengo todas conmigo —confesó.

—Si no le sueltas una de tus insolencias ni le miras como si le estuvieras perdonando la vida, todo irá bien —se mofó Nicholas.

—Muy gracioso —dijo Nathan, aunque no había ni rastro de

humor en su voz.

Nicholas apretó los labios para reprimir una sonrisa.

—Será mejor que me vaya —anunció Nathan—. No quiero llegar tarde.

—Suerte —le deseó Nicholas.

Nathan negó para sí mientras cruzaba la puerta giratoria del Eurostars.

—¡Yo abro! —dijo Daniela cuando oyó el timbre.

Mientras avanzaba por el pasillo camino de la puerta, alisándose el pelo con las manos, pensó que el corazón se le iba a salir por la garganta. Le latía a mil por hora.

Solo es una cena, Dani, se dijo para sí, tratando de tranquilizarse. *Solo es una cena con tu padre y con… Nathan.*

Decidió que lo más aconsejable era no pensarlo demasiado.

Giró el picaporte y abrió la puerta.

—Hola —saludó a Nathan con una sonrisa en la boca.

—Hola —dijo él, devolviéndole el gesto.

Al entrar y ver que nadie los veía, se acercó a su rostro y le dio un beso corto en los labios.

—Estás preciosa —le susurró antes de separarse.

Y lo estaba. Llevaba un vestido de punto rosa ajustado con un cinturón marrón y unas botas altas.

Daniela amplió la sonrisa ante su piropo.

—Tú también estás muy guapo —le dijo a Nathan.

Daniela lo guio hasta el salón, donde se encontraba Samuel, que se levantó del sofá para recibirlo.

—Papá, él es Nathan. Nathan, él es Samuel, mi padre.

Nathan alargó el brazo y Samuel imitó su gesto.

—Encantado, señor Martín —se adelantó a decir Nathan.

—Igualmente —correspondió Samuel—. Pero, por favor, llámame Samuel y tutéame.

—Como quieras —dijo Nathan, asintiendo.

—¡Nathan!

La voz infantil y alegre de Carlota inundó el salón. La pequeña corrió hasta él y lo abrazó.

—Hola, princesa —la saludó Nathan, acariciándole con ternura la cabeza—. ¿Qué tal estás? —se interesó.

—Muy bien —respondió Carlota—. ¿Quieres ver mi colección de

muñecos *Funko* de Harry Potter? —le preguntó seguidamente.

—Claro —dijo Nathan.

—Mi amor, mejor se los enseñas después de cenar —intervino Daniela—. Ahora vamos a sentarnos a la mesa, antes de que la comida se quede fría —dijo.

—Vale —se conformó Carlota, que se apresuró a sentarse al lado de Nathan, entusiasmada con la idea de que estuviera en su casa.

CAPÍTULO 68

Mientras Daniela miraba a Nathan siempre que podía para ver si se sentía cómodo, Carlota se peleaba divertida con su trozo de pollo, tratando de partirlo sin mancharse.

—¿Quieres que te ayude? —le preguntó Nathan, guiñándole un ojo.

—No, gracias. Yo puedo… —dijo Carlota. Pero no podía y al ir a cortar un trozo, se le escapó el tenedor y se manchó las manos—. A lo mejor sí que necesito un poco de ayuda —le dijo a Nathan, mirándolo de reojo con expresión ingenua.

—Corre a lavarte las manos —le dijo Daniela con una sonrisa.

Carlota asintió. Se levantó de la mesa y enfiló los pasos hacia el cuarto de baño.

—Daniela, ¿por qué no vas a la cocina a partir un poco de pan, que se ha terminado? —dijo Samuel en esos momentos.

Daniela frunció ligeramente el ceño, extrañada. Su padre nunca les mandaba nada, siempre lo hacía él mismo.

—Sí, claro —respondió, al tiempo que cogía el cesto vacío del pan y se dirigía a la cocina.

Cuando Daniela abandonó el salón y Samuel se aseguró de que no podía oírlo, giró el rostro hacia Nathan.

—Daniela y Carlota son mis tesoros —comenzó sin preámbulos—. Lo único que tengo en esta vida y lo único que me dejó Gemma, mi difunta esposa, y mi cometido es protegerlas, de todo y todos.

Nathan guardó un escrupuloso silencio y le dejó hablar, para que le dijera todo lo que quisiera decirle. Estaba en su derecho.

—Respeto las decisiones de Daniela —continuó Samuel—. Ella quiere estar contigo, pero, te voy a ser sincero, Nathan, a mí no me gusta. La he visto llorar por tu culpa… Una noche vino hecha un mar de lágrimas, dolida por el modo desdeñoso y humillante con que la habías tratado.

Nathan recordó ese día, ese maldito día. Fue la mañana que pasó todo lo de Jonas Matiland. Cuando él se puso hecho una furia con Daniela y llegó incluso a amenazarla diciéndole que acabaría con ella.

Se arrepentía tanto de aquello…

—Samuel…

Nathan intentó explicarse, pero Samuel levantó la mano para silenciarlo.

—Un momento… —le instó en tono templado—. A excepción de

cuando murió su madre y cuando le diagnosticaron la leucemia a Carlota, nunca he visto a Daniela llorar tanto ni tan desconsoladamente. —Samuel entornó los ojos—. Me da igual el dinero y el poder que tengas, no voy a dejar que le hagas daño. Daniela ya ha sufrido bastante este año con la enfermedad de su hermana, el engaño de Sergio y con ese desgraciado de Pedro Barrachina —añadió Samuel, apretando los labios al pronunciar el nombre del ex gerente del Eurostars.

—Entiendo perfectamente lo que dices y… lo siento. Lo siento mucho, Samuel —dijo Nathan—. Aquel día…

Soltó el aire de los pulmones. ¿Qué podía decirle? ¿De qué modo podía justificar el comportamiento mezquino que esa mañana tuvo con Daniela? Samuel era su padre. Debía protegerla. A Nathan no le sorprendió que le dijera todo aquello. No podía reprocharle nada. No le había dicho nada que él mismo no le hubiera dicho a un hombre como él, y menos si estuviera saliendo con su hija. De hecho, hubiera sido mucho más duro.

—¿Está todo bien? —preguntó Daniela cuando entró en el salón con el cesto del pan lleno.

Miró a Nathan, mostrando una expresión mezcla de expectación y de alarma en el rostro.

—Sí —afirmó él, con una sonrisa cariñosa asomando a los labios—. Todo está bien.

La mirada de Daniela se dirigió después a su padre. Aunque Nathan intentara aparentar que todo iba bien, sabía que su padre había hablado con él, por eso la había mandado a la cocina.

—Ya tengo las manos limpias —dijo Carlota, mostrando las palmas.

—Bien, cariño, termínate el pollo —dijo Daniela, sentándose a la mesa y dejando el cesto del pan sobre la superficie.

La casa de Daniela, que por fin vio más allá del pasillo, lo que había visto las anteriores veces que había estado allí, era pequeña, comparada con las ostentosas viviendas a las que estaba acostumbrado Nathan. Sin embargo, era un lugar cálido y amistoso, y aquello le hizo pensar que no la cambiaría por ninguna otra.

—Tu madre era muy guapa —comentó Nathan, observando la foto que había en una de las estanterías del salón.

—Sí, lo era —dijo Daniela sonriente, mientras recogía los últimos platos y hacía con ellos una pila encima de la mesa.

—Tú y Carlota os parecéis mucho a ella. Tenéis sus mismos ojos.

—Es cierto, aunque la que más se parece a ella es Carlota. Las dos son rubitas…

—Ya lo veo —dijo Nathan, al posar la mirada en la foto que había al lado y en la que salía Carlota con un pelo liso y largo.

—Yo tengo el pelo más oscuro que ellas —añadió Daniela.

Nathan se giró y se dirigió a Daniela.

—Trae, yo los llevo —dijo, adelantándose a coger la pila de platos que Daniela se disponía a llevar a la cocina.

—Te vas a manchar —apuntó ella.

—¿Y para qué están las tintorerías? —bromeó Nathan de camino a la cocina.

—¿Ha ido todo bien con mi padre? —le preguntó Daniela ya en la cocina, aprovechando que Samuel y Carlota se habían ido a llevar las sobras de la cena a D´Artacán, el perro San Bernardo de la vecina, y que se habían quedado solos en casa.

—Sí, Dani. Todo ha ido bien —respondió Nathan, dejando los platos en el fregadero.

—¿Por qué será que no te creo?

Nathan supo que no podría engañar a Daniela.

—Creo que a tu padre no le caigo muy bien —dijo, en un tono de voz que pretendía quitarle hierro al asunto.

—Ten un poco de paciencia con él… —le pidió Daniela, arrugando la nariz.

—Claro —dijo Nathan.

—Mi padre es… muy protector con nosotras.

Al percibir el viso de preocupación implícito en las palabras de Daniela, por si su padre había dicho algo inadecuado, Nathan dijo: —Cielo, es lógico que os proteja y es lógico que yo no le caiga bien. Soy el arrogante hijo de puta que hizo llorar a su hija.

—Nathan, no digas eso...

—Pero es la verdad. Yo, en su lugar, hubiera sido mucho más duro. Te lo aseguro.

—Pero tú ya no eres ese hombre que me hizo llorar, Nathan —se apresuró a decir Daniela.

Nathan se acercó a ella y le rodeó la cintura con los brazos.

—Dani, cuando tu padre vea cuánto te quiero, le voy a caer muy bien, ya lo verás… —le dijo en tono distendido.

Daniela se mordió el labio inferior

—Ya, pero...

Nathan posó el dedo índice en sus labios para silenciarla.

—No quiero que te preocupes por esto. Deja que yo me encargue, ¿vale? —dijo—. ¿Vale, Dani? —repitió, al ver que Daniela no respondía.

Lo que menos quería Nathan en esos momentos es que Daniela

tuviera otro quebradero de cabeza. Ya se encargaría él de que Samuel cambiara de opinión.

—Vale —contestó ella al cabo de unos segundos.

Nathan la estrechó contra él y la dio un beso.

CAPÍTULO 69

Nathan pasó la mano por el pelo de Daniela. Era tan suave…

—Dani, la próxima semana tengo que irme unos días a Nueva York.

Daniela, que tenía la cabeza apoyada en su pecho, se incorporó para mirarlo.

—¿Es imprescindible que sea la próxima semana? —preguntó.

—Sí, llevo meses tratando de adquirir un edificio en la Quinta Avenida para reformarlo y venderlo después y los dueños por fin han aceptado mi oferta.

—¿Y hasta cuándo vas a estar allí?

—Hasta el viernes, que es el día que firmamos el contrato. Antes tenemos que pulir ciertos aspectos.

Daniela hizo una mueca con la boca.

—¿Qué pasa? —le preguntó Nathan.

—El jueves es mi cumpleaños y… bueno, pensé que lo ibas a pasar conmigo —respondió Daniela en tono apagado.

Nathan chasqueó la lengua.

—Cielo, tenías que habérmelo dicho antes —dijo.

—Ya, pero quería darte una sorpresa invitándote a cenar a algún sitio.

—Lo siento, pero me es imposible retrasarlo más. Son personas muy exigentes —apuntó Nathan preso de la impotencia.

—Tranquilo, Nathan, lo entiendo. La culpa ha sido mía… —dijo Daniela, haciéndose cargo de la situación.

—¿Por qué no te vienes a Nueva York conmigo? —le propuso Nathan, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No puedo, Carlota tiene sesión de quimioterapia y ya sabes que a mi padre no le dan la mañana libre en el trabajo para poder acompañarla.

—Está bien…

Nathan apoyó la mano en el rostro de Daniela y le acarició cariñosamente con el pulgar la línea de la mandíbula.

—Te prometo que te lo compensaré a la vuelta —le dijo.

—De acuerdo —se conformó Daniela.

Nathan observó durante unos segundos sus preciosos ojos azules. De pronto se veían apagados y la desilusión titilaba en ellos.

—*My heaven*… —susurró en inglés, atrayéndola hacia él y abrazándola contra su torso desnudo.

—Te voy a echar de menos —dijo Nathan, de pie en mitad de la suite, junto a una de sus maletas.

Daniela lo abrazó.

—Y yo a ti —dijo contra su pecho—. Te voy a llamar todos los días —le advirtió como si fuera una amenaza.

—Eso espero, sino ajustaré cuentas contigo cuando vuelva —bromeó Nathan—. Y ya sabes cómo soy cuando me enfado.

Daniela sonrió ligeramente. Nathan tomó su rostro entre las manos, se inclinó y la besó.

—Te quiero, mi cielo —le susurró en la boca.

—Y yo a ti.

—El viernes celebraremos tu cumpleaños a lo grande.

Daniela inclinó la cabeza, asintiendo.

—Tengo que irme, Gustavo va a venir a recoger tu maleta —anunció.

—Te llamo en cuanto llegue a Nueva York —dijo Nathan antes de despedirse con otro beso.

Pero lejos de ser un beso inocente o fugaz, fue tomando consistencia y profundizándose hasta que Nathan se vio en la obligación, no sin esfuerzo, de detenerse.

—Será mejor que pare aquí, o terminaré follándote —afirmó con la frente apoyada en la de Daniela y casi sin aliento.

—Sí, será lo mejor… —musitó Daniela, suspirando.

Daniela se pasó el resto del día absorta en sus pensamientos. Había supuesto que el día de su cumpleaños lo pasaría con Nathan, pero no iba a ser así. En ningún momento se le había pasado por la cabeza que él tuviera que irse unos días a Nueva York.

Solo es un cumpleaños, se dijo a sí misma, intentando animarse. *Vendrán otros que podremos pasar juntos. Además, el viernes me ha prometido que lo celebraremos.*

Resopló tratando de resignarse.

CAPÍTULO 70

Solo había pasado un día desde que Nathan se había ido a Nueva York y ya lo echaba de menos. ¿Cómo era posible? Solo habían pasado unas horas… ¿Por qué tenía la maldita sensación de que las manecillas del reloj no se movían? ¿De que el tiempo no transcurría de modo normal?

Se preguntó si él también la estaría echando de menos, o si, por el contrario, estaría tan ocupado con el trabajo que ni siquiera tendría un segundo para pensar en ella.

Suspiró mientras rodaba por encima de la cama y se colocaba bocabajo.

Era una tonta. Parecía una adolescente enamorada por primera vez.

—¡Joder, estoy a punto de cumplir los 25! —se reprochó—. Ya no soy ninguna niña para andar así.

El sonido del móvil avisándole de una llamada la sacó de sus cavilaciones. Lo cogió de encima de la mesilla y consultó la pantalla. Los ojos le chispearon y el pulso se le aceleró cuando vio el nombre de Nathan en ella.

—Hola —lo saludó al descolgar.

—Buenos días —dijo Nathan.

—Aquí son buenas tardes. Ya hemos comido —bromeó Daniela.

—Solo te llamaba para decirte que te echo de menos —le dijo en un susurro Nathan.

A Daniela se le dibujó una sonrisa bobalicona en los labios, y ni siquiera fue consciente de que sus comisuras se elevaban. Se sentía como si estuviera caminando por las nubes.

—Yo también te echo de menos —afirmó con un suspiro de resignación.

—Necesitaba oír tu voz antes de comenzar el día —dijo Nathan, recostando la cabeza en el cabecero de la cama—. Tengo una tediosa junta ejecutiva que va a durar toda la mañana, y no quiero ir. Preferiría estar follándote —admitió con voz suave.

Daniela carraspeó entre nerviosa y tímida.

—Yo también —musitó, arrugando la nariz.

—¿Has arrugado la nariz? —le preguntó Nathan.

Daniela no pudo evitar dejar escapar una risilla.

—Sí —afirmó.

Nathan notó que su miembro se sacudía al escuchar la risa de

Daniela. De pronto sintió la imperiosa necesidad de estar dentro de ella.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—En casa. He venido a comer con mi padre y mi hermana.

—¿Estás en tu habitación?

Daniela frunció el ceño. ¿A qué venían tantas preguntas? ¿Estaba Nathan tratando de controlarla?

—Sí —contestó.

El tono de voz de Nathan cambió, volviéndose ronco.

—¿Has tenido alguna vez sexo telefónico?

Los ojos de Daniela se abrieron como platos.

—¿Sexo telefónico? —repitió, sorprendida—. No, nunca.

—Bien… —masculló Nathan al otro lado de la línea—. Porque tengo ganas de desayunar… Y ya sabes lo que me gusta desayunar a mí —dijo maliciosamente.

Las mejillas de Daniela se tiñeron de un ligero rubor acordándose de la vez que la subió encima de la mesa y se sentó entre sus piernas para hacerle el mejor cunnilingus que le habían hecho en su vida.

—En estos momentos me encantaría estar comiéndote el coño, Dani —soltó de pronto Nathan con voz envolvente.

Qué bien manejaba los términos y la entonación de las palabras sucias en español, pensó Daniela para sí.

—Nathan… —respiró anhelante.

—Quiero que bajes la mano hasta tu entrepierna y que te acaricies —le pidió Nathan—. Cierra los ojos y piensa que soy yo quien te está tocando.

Con la sangre encendida y como si fuera un ser autómata hipnotizado por la voz de Nathan, Daniela introdujo la mano que tenía libre por el pantalón y la braguita y la deslizó hasta su sexo.

—¿Te estás acariciando? —le preguntó Nathan en tono exigente.

—Sí —gimió Daniela, echando la cabeza hacia atrás.

—Sigue tocándote, cielo. Tócate para mí —susurró Nathan.

Un latigazo de excitación recorrió de arriba abajo a Daniela. ¿Cómo podía Nathan ponerla en ese estado sin ni siquiera estar presente en la habitación? ¿Sin ni siquiera tocarla con las manos? ¿Solo a través de la voz?

¡Joder!, exclamó en silencio.

Nathan advirtió que la respiración de Daniela se aceleraba llevada por el placer que se estaba dando. Sonrió para sí cuando la línea de teléfono se llenó de tenues gemidos.

—Así, Dani. Sigue así… Sigue acariciándote. Lo estás haciendo muy bien… —la animó sensual.

—Oh, Nathan… —jadeó Daniela, dejándose llevar por la excitación del momento.

—Métete el dedo y muévelo despacio en tu interior. Muy despacio… —le indicó él.

Daniela abrió más las piernas buscando mayor comodidad. De pronto los pantalones le estorbaban. Se movió un poco sobre la cama y comenzó a introducirse el dedo.

—¿Lo tienes dentro ya? —le preguntó Nathan con intención.

—Sí.

—Muévelo despacio en tu interior, como te he dicho. Despacio, Dani.

Daniela comenzó a balancear su dedo dentro de ella lentamente, como le había pedido Nathan que lo hiciera.

—Piensa que soy yo quien te lo está haciendo. ¿Estás pensando en mí? —le preguntó.

—Sí, Nathan, sí. Solo estoy pensando en ti —respondió Daniela en voz baja y entrecortada.

—Me gusta que pienses en mí mientras te masturbas—murmuró Nathan—. Que solo pienses en mí... Solo en mí. Quiero ocupar todos tus pensamientos, Daniela.

—Es lo único que hago todo el día: pensar el ti. No soy capaz de sacarte de mi cabeza —confesó Daniela entre jadeos.

—Yo tampoco soy capaz de sacarte de mi cabeza, cielo —dijo Nathan.

La respiración de Daniela volvió a cambiar, haciéndose más apremiante.

—Mueve el dedo más rápido —le pidió Nathan.

Daniela aumentó el ritmo y comenzó a mover el dedo más rápido en su interior.

—Nathan, me voy a correr —gimió Daniela en tono rasposo, arqueando la espalda.

—Eso es lo que quiero, cielo, que te corras.

Daniela no necesitó mucho más, la voz sensual y exigente, a ratos, de Nathan, la estaba volviendo loca.

—Déjate ir, Dani. Vamos… Déjate ir para que yo pueda escucharte. Para que pueda oír cómo te corres.

Cada fibra nerviosa del cuerpo de Daniela se sacudió como si estuviera recibiendo una pequeña descarga eléctrica, proporcionándole un placer inmenso, y haciendo que se retorciera de un lado a otro de la cama mientras trataba de ahogar los gemidos, apretando los labios.

—Ohhh, joder… Joder… —masculló en un tono apenas audible.

Nathan percibió al otro lado del teléfono los esfuerzos que hacía Daniela para que no la oyeran correrse.

De repente unos nudillos tocaron la puerta de la habitación. Daniela abrió los ojos de golpe, sobresaltada.

CAPÍTULO 71

—Mierda… —alcanzó a mascullar, al tiempo que sacaba la mano del pantalón como si acabara de recibir un calambre y volvía a la realidad con la sensación de que le habían echado un jarro de agua fría por encima.

—Daniela…

Era la voz de su padre. Sin saber la razón, Daniela tiró el móvil como si le quemara en los dedos. Al caer en el suelo de parqué, sonó con un golpe seco. En esos momentos Samuel abrió la puerta. Frunció el ceño.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó, al ver el rostro descolocado de su hija.

Daniela notó que las mejillas le ardían igual que si tuviera ascuas en la piel. El corazón le latía todavía a toda prisa debido al orgasmo que acababa de tener.

—Sí, sí, papá. Es que me estaba quedando dormida y me he… asustado —se excusó rápidamente, tratando de regular la respiración. Para disimular, se atusó el pelo, que lo tenía totalmente despeinado.

—Lo siento —se disculpó Samuel.

Dio un par de pasos, se agachó y recogió el móvil del suelo. Cuando se incorporó, se lo tendió a Daniela.

—Otro golpe como este y no sale vivo —bromeó.

—Es cierto… —sonrió Daniela.

—Venía a decirte que Carlota y yo ya nos vamos. Aprovechando que tengo el día libre, voy a pasar la tarde con ella —dijo.

—Perfecto —apuntó Daniela—. Yo en nada me voy para el hotel.

—Que tengas buena tarde —dijo Samuel, acercándose a su hija y depositando un beso en su frente—. Estás muy caliente, Daniela, ¿tienes fiebre? —le preguntó, poniendo la mano derecha sobre su frente.

—No, papá —se apresuró a negar Daniela—. Es que me he quedado dormida con la cara aplastada contra la almohada.

Samuel asintió, convencido.

—Me alegro de que solo sea eso —señaló con una sonrisa—. Bueno, nos vamos. Hasta luego, cariño.

—Hasta luego, papá —se despidió Daniela.

En cuanto Samuel salió de la habitación, Daniela se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Nathan…? ¿Nathan…? —lo llamó.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has caído de la cama? —preguntó él.

—No. Es que mi padre ha entrado justamente cuando estaba terminando de… —Daniela no acabó la frase porque la vergüenza la invadió.

—¿De correrte? —dijo Nathan, divertido.

—Sí —respondió Daniela en voz muy baja.

Nathan se echó a reír.

—Ahora entiendo por qué tu padre te ha preguntado que si tenías fiebre —comentó con ironía.

—Nathan, no tiene gracia, podría haberme pillado —repuso Daniela.

Nathan volvió a reírse.

—Dani, cielo, tengo que prepararme para la junta —dijo, mirando el reloj que había en la mesilla—, y creo que voy a tardar más de lo debido en la ducha. Oír cómo te corrías me la ha puesto dura —confesó sin titubeos.

Daniela notó que se le secaba la boca.

—Oh, vaya… —masculló sorprendida—. Bueno, así vas a ir más relajado y con un humor mejor del que normalmente tienes —bromeó después.

Nathan sonrió.

—Voy a ir muy relajado, sí —afirmó—, y en vez de aburrirme, pensaré en lo que acaba de suceder y dejaré que mi mente divague entre las cosas que haré contigo cuando regrese a Madrid.

Daniela también iba a divagar entre las cosas que Nathan iba a hacerle. Eso seguro.

—Te dejo, cielo. Tengo tarea que hacer —se despidió Nathan con voz traviesa.

Daniela se apartó un mechón de pelo de la cara, se lo metió detrás de la oreja y sonrió.

—Un beso, Nathan.

—Un beso, mi cielo.

Sú se echó hacia atrás y se recostó en el respaldo de una de las sillas de la salita del personal, muerta de risa.

—Me ardía el rostro —dijo Daniela—. No sabía qué decir…

—Ya me imagino. Vaya situación… Tu padre pillándote gimiendo en pleno orgasmo… ¡Hostias! —dijo, sin poder contener las carcajadas.

—Tenías que haberme visto. Me quería morir —añadió Daniela—. Hasta mi padre me preguntó si tenía fiebre.

—¿En serio?

—Te lo juro.

Sú estalló en un nuevo coro de carcajadas.

—Todo empezó como una tontería y terminé… corriéndome como si llevara sin tener sexo diez años —dijo Daniela.

—Bendito Nathan Littman. ¡Qué capacidad tiene el tío! —comentó Sú—. ¿Por qué Javi no me hace a mí esas cosas? Mordiscos en el culo, sexo telefónico…

—Lo que yo me pregunto es por qué no se lo haces tú a él —intervino Daniela.

Sú se quedó unos segundos reflexionando sobre ello.

—¿Pues sabes que tienes razón?

—¿Qué pasa porque las chicas llevemos la iniciativa de vez en cuando?

—Nada —respondió Sú.

—Ya verás qué maravillosa sorpresa se va a llevar Javi cuando le dejes marcados los dientes en el culo —rio Daniela.

—Va a alucinar —dijo Sú, con una sonrisa perversa que surgió en sus labios al imaginarse la situación—. Esta misma noche lo pruebo —concluyó.

A última hora de la noche, ya metida en la cama, Daniela cogió el móvil de encima de la mesilla, abrió el WhatsApp y envió un mensaje a Nathan.

—*¿Qué tal ha ido la reunión?* —le preguntó, con tres emoticonos con expresión intrigante.

Nathan apareció en línea de inmediato.

—*Tediosa* —respondió simplemente.

—*Nathan, ¿estás bien?* —se preocupó Daniela.

—*Sí* —fue la escueta respuesta de Nathan.

Pero Daniela sabía que no era verdad. Al percibir la apatía de Nathan, incluso se atrevió a afirmar que tristeza, se preguntó si estaría así por el fallecimiento de su mujer y su hija. Si tendría uno de esos momentos bajos de ánimo, en los que se sumergía en la oscuridad de su infierno, y se castigaba por sus muertes del modo tan duro en que lo hacía.

—*A ver si esto te anima un poquito…* —escribió.

Nathan esperó, mirando la pantalla con impaciencia, lo que fuera a

escribirle o a mandarle Daniela. Ella encendió la cámara del móvil, alargó el brazo, encuadró su cara, y se hizo un *selfie* esbozando una amplia sonrisa en los labios. Cuando el teléfono capturó la imagen, se la envió a Nathan. Él no pudo evitar sonreír al ver la instantánea. La preciosa sonrisa de Daniela en primer plano era sin duda uno de los mejores regalos que le podía hacer. Un tesoro. Un trocito de cielo.

Suspiró.

—*Tu sonrisa me da vida, Dani* —se apresuró a escribir—. *Es como un reconstituyente; un oasis.*

— *¿Estás más animado?* —le preguntó Daniela.

—*Mucho más animado* —respondió Nathan.

Y realmente lo estaba. La sonrisa de Daniela era capaz de hacer milagros en su estado de ánimo. Era prodigiosa.

—*Me alegro*.

—*Gracias*.

Daniela le envió una retahíla de emoticonos con la lengua fuera.

—

—*Te quiero, Dani* —tecleó Nathan sin dejar de sonreír.

—*Y yo a ti, Nathan* —respondió Daniela—. *Mucho, mucho, mucho.*

—*He quedado con un cliente. Besos, mi cielo*

—*Besos*

3
.

CAPÍTULO 72

—¡Felicidades!

Las voces a coro de Sú, Irene, Victoria y Gustavo, sonaron en el comedor del personal cuando Daniela entró para desayunar.

—¡Oh, gracias! —dijo, con los ojos brillantes por la sorpresa, llevándose las manos al pecho.

Sú se levantó de la silla, adelantándose a los demás, y le dio un afectuoso abrazo.

—¡Felicidades, cariño! Que cumplas muchos, muchos, muchos más.

—Gracias, Sú —le agradeció Daniela con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Felicidades! —la felicitó después Gustavo.

Se acercó a ella y le dio un par de besos en las mejillas.

—Gracias.

—¿Cómo te han caído los veinticinco? —le preguntó Irene.

—Bien. Ya sabes…

En esos momentos la puerta del comedor se abrió, interrumpiendo la conversación y el alboroto que habían montado, y Cris asomó la cabeza por ella.

—Dani, ¿puedes venir? —le preguntó.

—Sí, claro —asintió Daniela, sin ni siquiera sentarse a desayunar—. ¿Ocurre algo? —preguntó inmediatamente después con el ceño fruncido, extrañada por el tono indescifrable que había utilizado Cris.

—Todo está bien, pero será mejor que vengas —dijo la recepcionista, apretando los labios.

—Vale —respondió Daniela, al tiempo que se encaminaba hacia la puerta.

—¿Pasa algo, Cris? —insistió mientras avanzaban por el pasillo camino de la recepción.

—No, tranquila —respondió Cris—. Por cierto, felicidades, guapa —añadió, pasándole el brazo por el hombro y dándole un pequeño achuchón.

—Gracias —sonrió Daniela.

—Eso es para ti —susurró Cris cuando alcanzaron la recepción.

Daniela alzó la vista. Los ojos se le abrieron de par en par cuando vio a un mensajero con un enorme ramo de rosas rojas y un peluche. Entre las dos cosas apenas se le veía, y eso que era un chico alto y fuerte.

El corazón le dio un brinco.

—Dios mío… —pudo únicamente mascullar con el pulso a punto de estallarle en las venas.

Tragó saliva.

—¿Daniela Martín? —preguntó el mensajero.

—Sí, soy yo —dijo Daniela.

—Te traigo esto. —El chico se acercó a uno de los mostradores de la recepción y dejó sobre él el peluche y las rosas—. ¿Me puedes firmar aquí, por favor?

Las flores inundaron el hall con su suave aroma.

—Claro.

Daniela se acercó, cogió el bolígrafo que le ofreció el mensajero y firmó en el hueco que le indicaba con el dedo, bajo la atenta mirada de Cris, que no le quitaba ojo de encima.

—Gracias —dijo el chico en tono formal.

—A ti —respondió Daniela, que no podía apartar la mirada del ramo de rosas y del peluche.

Cuando el mensajero abandonó el hotel, Daniela cogió la tarjeta que tenía el ramo de rosas. Le temblaban las manos de la emoción.

Abrió el sobre, extrajo la pequeña cartulina que contenía su interior y la leyó.

*****Felicidades, my heaven.***
Gracias por demostrarme que el
Cielo sí que existe,
que lleva tu nombre
y que está entre tus brazos.
Te quiero.
Nathan. ****

El corazón de Daniela se saltó un latido.

Qué bonito, pensó con un nudo en la garganta.

—¡Madre mía! —exclamó Victoria.

Daniela giró el rostro. Todos los que antes estaban en el comedor ahora se encontraban en la recepción, contemplando con el asombro pintado en el rostro los regalos que el mensajero había dejado para Daniela.

—¿Rosas rojas? —dijo Irene insinuante—. Vaya… ¿No serán de Sergio? —preguntó.

—No, no… Sergio nunca haría este despliegue de medios —

bromeó Daniela mientras pensaba rápidamente una excusa creíble.

—Me las han enviado mi padre y Carlota —dijo—. Saben que las rosas rojas me encantan.

—Pues el ramo es precioso —observó Victoria.

—Y el peluche —añadió Irene.

Daniela intercambió una mirada muda con Sú, que sonrió para sí.

Mientras Daniela inhalaba el sutil aroma que desprendían las rosas, no pudo evitar preguntarse qué pensarían sus compañeros de trabajo si supieran que quien realmente le había enviado todo eso era Nathan Littman. El mismo Nathan Littman que con su sola presencia imponía tanto que hacía que les temblaran hasta las pestañas. El mismo que quiso despedir a Gustavo y amenazó con acabar con ella.

Habían pasado tantas cosas desde entonces…

CAPÍTULO 73

Daniela llevó a su cuarto el peluche y el ramo de flores, y mientras volvía a oler las rosas y se dejaba embriagar por su suave aroma, releyó por vigésima vez la nota que le había mandado Nathan, sin poder evitar dibujar una sonrisa bobalicona en los labios.

Era tan…

Suspiró.

No tenía palabras.

Antes de salir de la habitación, cogió el móvil y, aunque en un primer momento, llevada por el entusiasmo, iba a llamar a Nathan, haciendo un cálculo rápido reparó en que en Nueva York eran más o menos las tres y media de la madrugada. Mejor sería enviarle un WhatsApp para que lo leyera cuando se despertara.

Abrió la aplicación y comenzó a teclear, pero inmediatamente borró la escasa línea que había escrito. De pronto se dio cuenta de que no sabía qué ponerle. Quería decirle muchas cosas, pero las palabras no parecían ser suficientes para expresar todo lo que sentía.

Resopló y se metió un mechón de pelo detrás de la oreja, pensando. Tampoco podía estar todo el día decidiendo qué ponerle. Tenía que trabajar.

*****Gracias por las rosas y por el peluche.***
Son preciosos.
No podía empezar el día de mejor manera que con un mensaje tuyo.
Gracias a ti, por demostrarme que existen los ángeles de la guarda, por cuidarme y protegerme del modo que lo has hecho y lo haces.
Te quiero. **

Lo repasó un par de veces y sin pensarlo mucho más, lo envió. Inmediatamente después se guardó el móvil en el bolsillo del uniforme, abrió la puerta de la habitación y salió.

Al final de la mañana consultó el móvil, segura de que Nathan habría visto ya su WhatsApp y le habría contestado, sin embargo, no era así. No solo no tenía respuesta, sino que ni siquiera había leído el

mensaje. ¿Cómo era posible?

Conociendo a Nathan, ya tendría que haberse levantado. Devolvió el teléfono al bolsillo del uniforme y trató de ocupar la cabeza en las tareas que le quedaban por hacer. Pero, aunque intentaba concentrarse en ellas, no podía dejar de mirar el móvil una y otra vez.

Llevada por la impaciencia, lo llamó.

Nada. Parecía que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Tras insistir un par de veces más y recibir como respuesta un profundo silencio al otro lado de la línea, comenzó a preocuparse.

—¿Dónde estás? —se preguntó.

A mitad de la tarde seguía sin poder localizar a Nathan y el maldito WhatsApp continuaba con las dos palomitas grises. No lo había leído. Entonces decidió buscar a Nicholas y preguntarle si él tenía noticias de Nathan. Lo encontró de camino a su despacho.

—Nicholas… —lo llamó.

Él se giró en mitad del pasillo.

—Dime…

—Perdona que te moleste… —comenzó Daniela.

—No te preocupes, Daniela, tú nunca molestas —dijo Nicholas con una sonrisa amable—. Dime, ¿te ocurre algo?

—Nicholas, ¿sabes algo de Nathan? —le preguntó ella—. Me refiero a si has sabido algo de él en estas últimas horas…

—No —negó Nicholas—. ¿Por qué?

—He tratado de ponerme en contacto con él y no lo he conseguido. Ni siquiera ha leído el WhatsApp que le he enviado esta mañana a primera hora.

—¿Tienes algún problema? Quizá yo puedo ayudarte… —se ofreció Nicholas, pensando que igual Daniela quería comentarle a Nathan algo del hotel.

—No, no… Solo quería darle las gracias por… Bueno, porque esta mañana me ha enviado un ramo de rosas y un peluche como regalo de cumpleaños, y quería agradecérselo —le explicó Daniela, con un ligero sonrojo tiñendo sus mejillas.

—¿Es tu cumpleaños? —preguntó Nicholas.

—Sí —afirmó Daniela, asintiendo con la cabeza.

—Muchas felicidades.

—Gracias.

—No te preocupes, a veces Nathan silencia el móvil cuando está en una reunión importante —repuso Nicholas al advertir la expresión de inquietud que reflejaba el rostro de Daniela.

Ella apretó los labios. ¿No estaría dramatizando el asunto demasiado? Quizá Nicholas tuviera razón…

No tengo que ser tan alarmista, pensó para sus adentros.

—Sí, seguro que está reunido —masculló, esbozando media sonrisa.

—De todas formas, si hablo con él antes que tú, le diré que se ponga en contacto contigo —anotó Nicholas.

—Sí, por favor. Te lo agradecería.

—No te preocupes, lo haré.

—Gracias.

CAPÍTULO 74

Daniela trató de mantener la calma, pero al final de la tarde estaba desesperada. ¿Dónde narices se había metido Nathan? ¿Por qué no daba señales de vida?

Mientras dejaba con rostro apático el carro en el cuarto de la limpieza, el teléfono le avisó de la llegada de un WhatsApp. Lo cogió del bolsillo a la velocidad de la luz pensando que, de una vez por todas, sería Nathan. Chasqueó la lengua y dejó caer los hombros, decepcionada, al comprobar que se trataba de una amiga del colegio que la felicitaba por su cumpleaños.

Estaba tecleando la respuesta, cuando le llegó otro WhatsApp. El corazón le dio un vuelco.

Era Nathan.

Respiró con alivio.

—*Me alegro de que te hayan gustado* —dijo Nathan.

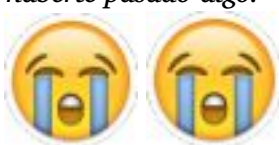
—*¿Dónde demonios estabas?* —le preguntó Daniela sin preámbulos.

—*He tenido una reunión muy importante* —respondió Nathan.

—*¿Y no podías haberme avisado?*

—*¿Estabas preocupada por mí?*

—*Claro que estaba preocupada por ti. Llevo horas tratando de hablar contigo. Podría haberte pasado algo.*



—*Lo siento* —escribió Nathan.

Al ver los emoticonos de las caritas llorando, Daniela no pudo evitar sonreír. No dejaba de ser tierno que alguien tan serio como Nathan utilizara emoticonos en sus mensajes.

—*Está bien… No importa* —tecleó, y seguidamente mandó unos cuantos emoticonos sonrientes—.

En el fondo estaba contenta. Había empezado a ponerse en lo peor.

—*Y dime, ¿qué tal has pasado el día, cielo?* —le preguntó Nathan.

—*Pues aparte de muy preocupada por ti, echándote de menos* .

—*Mañana solucionamos eso.*

—*Ya…*

—*¿Estas bien, Dani?*

—*Sí, lo que pasa es que me gustaría mucho que estuvieras aquí* —contestó ella. Durante unos segundos ninguno escribió nada—. *Tengo el día un poco tonto. Lo siento, no me hagas caso* —escribió Daniela.

Negó para sí. Era una tonta. ¿Por qué se ponía así si iba a ver a Nathan al día siguiente?

—Felicidades, mi cielo.

Daniela levantó los ojos, abiertos como platos, y los apartó de la pantalla del móvil. La voz de Nathan a su espalda le provocó un escalofrío que le recorrió la espina dorsal. Se giró rápidamente.

Y allí estaba Nathan, con su majestuoso porte y sonriendo de un modo irresistible. A solo unos metros de ella, dominando el espacio, y Daniela hubiera jurado que el tiempo, como Cronos. Echó a correr hacia él y se colgó de su cuello, enredando las piernas alrededor de su cintura. Nathan la cogió, sujetándola con los brazos sin ningún esfuerzo.

—Tenías ganas de verme, ¿eh? —bromeó, abrazándola.

—¡Muchas! —exclamó Daniela contra su mejilla—. Estos días sin ti han sido los más largos de mi vida. Pero ¿qué haces aquí? —preguntó confusa.

—¿Crees que no iba a estar contigo el día de tu cumpleaños? —dijo Nathan, estrechándola contra él.

—¿Y la reunión para firmar el contrato de la compra del edificio de la Quinta Avenida? —le preguntó Daniela, bajándose de sus brazos.

—Al final hablé con los dueños y les pedí que adelantásemos la firma, que tenía que volver a España urgentemente…

Daniela volvió a rodearle el cuello con las manos y lo besó apasionadamente.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —dijo repetidas veces, llevada por la alegría que le producía que Nathan estuviera allí.

Nathan sonrió.

—Vamos a la suite, vengo cargado de ganas de follarte —dijo en voz baja y seductora.

CAPÍTULO 75

Cuando salieron del ascensor, Nathan cogió a Daniela de un envite y mientras la llevaba en brazos hacia la suite, la llenó de besos.

—Nathan, pueden vernos —murmuró Daniela entre risas.

—Shhh… —dijo Nathan, silenciándola con una retahíla de besos.

Daniela escondió el rostro en su cuello y se echó a reír, cómplice. ¿Cómo no iba a echarlo de menos? ¿Cómo no iba a tener ganas de verlo?

Nathan la tumbó en la cama y se puso sobre ella.

—Te he echado de menos —dijo.

—Y yo a ti. Muchísimo —dijo Daniela.

—Eres tan suave, Dani… —susurró con voz voluptuosa, acariciando sus pechos por encima de la tela del uniforme.

—Me encanta que me toques, Nathan —suspiró Daniela.

—Y a mí me encanta tocarte, cielo —afirmó él.

Daniela metió las manos por debajo del pantalón para acariciarlo. Nathan sonrió pícaro cuando notó las manos de Daniela en su trasero.

—Dani… —susurró.

Nathan levantó la falda del uniforme y llevó los dedos hasta su sexo. Cuando lo acarició, se dio cuenta de que Daniela ya estaba preparada para él.

—Nathan, te necesito dentro. Ya.

Nathan no esperó ni un segundo. Tampoco podía. No podía hacer nada con el torrente de sangre que discurría a toda velocidad por las venas. Estaba a cien.

Se bajó la cremallera del pantalón, se sacó el miembro enhiesto y, apartando a un lado la tela de las braguitas, se enterró en Daniela, que echó la cabeza hacia atrás y alzó las caderas para profundizar la embestida.

—Oh, Nathan… —gimió con deseo, introduciendo las manos en su pelo negro y atrayéndolo hacia ella para besarlo.

—Oh, cielo… Mi cielo… —dijo Nathan contra su cuello, penetrándola una y otra vez.

El orgasmo de Daniela llegó precipitadamente, casi al tiempo que el de Nathan. Ambos se sacudieron el uno contra el otro mientras llenaban el aire de la suite de gemidos de placer.

—Esto es para ti —dijo Nathan, alargando el brazo y ofreciendo a Daniela una preciosa bolsa de cartón de color dorado.

—No tenías que haberme comprado nada más, Nathan —se

apresuró a decir ella, incorporándose en la cama mientras se cubría los pechos con la sábana—. Ya me has regalado las rosas y el peluche.

—Ábrelo —fue la respuesta de él, sentándose a su lado.

Daniela cogió la bolsa, se la acercó y la abrió. Envuelto en un fino papel de color blanco había un precioso vestido negro.

—Madre mía, Nathan… —musitó, sacándolo de la bolsa. La tela era tan suave que parecía agua—. Es… Es precioso.

—Te rompí el que te pusiste el día de la reinauguración del hotel… Así que te debía un vestido nuevo —dijo Nathan.

Daniela sonrió rememorando el momento.

—Gracias —le agradeció—. Es igual que el mío —observó, no sin cierto asombro.

Aunque seguro que mucho más caro, conjeturó en silencio para sí.

—Sí, me he asegurado de que también tuviera una abertura en uno de los laterales —apuntó Nathan con una sonrisa insinuante en los labios—. Estabas increíblemente sexy aquella noche.

Daniela se acercó a él, tomó su rostro entre las manos y lo besó.

—Muchas gracias —dijo contra su boca.

—Quiero que te lo pongas esta noche para ir a cenar.

Daniela abrió la boca para decir algo, pero Nathan puso el índice sobre sus labios.

—Y no me vengas con que nos pueden ver ni nada de esas cosas —añadió—. Me da igual, Dani. No estamos haciendo nada malo.

—Está bien, no diré nada.

—Además, ya es hora de que el hotel sepa que estamos juntos, y de que tu situación cambie dentro del Eurostars.

Daniela arrugó la nariz.

—Eso tenemos que hablarlo detenidamente —dijo.

El tono de voz le salió más serio de lo que pretendía.

—No hay nada que hablar, Dani —sentenció Nathan.

Daniela decidió no darle réplica de momento, pero era algo que tenían que hablar. ¿Cómo se tomarían sus compañeros de trabajo que estuviera saliendo con el jefe? ¿Con el dueño del hotel? Ni Nathan ni ella tenían nada que ocultar y era cierto que no estaban haciendo nada malo, pero, sin saber por qué, que sus compañeros se enteraran de que estaba saliendo con Nathan Littman le daba mucho reparo, incluso pudor. Por otro lado, era algo que no podían ocultar eternamente.

—¿Me recoges en mi casa a las diez? —sugirió, aprovechando la pregunta para cambiar de tema—. He dicho a mi padre y a Carlota que iría a verlos. Carlota quiere tirarme de las orejas en persona.

—Me parece perfecto —accedió Nathan.

—Entonces será mejor que me vaya, sino no me va a dar tiempo… —señaló Daniela.

—Pero antes un beso… —dijo Nathan, lanzándose a su boca y empujándola hacia atrás, hasta que cayó sobre el colchón.

—Nathan, tengo que irme —rio Daniela entre beso y beso—, o no me va a dar tiempo.

Apoyó las manos en su pecho y lo empujó ligeramente

—De acuerdo —dijo él, resignado, poniendo los ojos en blanco de forma teatral—. Pero todavía no he acabado contigo… —añadió con voz sugestiva—. Esta noche habrá más. Mucho más.

CAPÍTULO 76

—¡Hala, qué guapa! —prorrumpió Carlota con los ojillos brillantes cuando vio a Daniela con el vestido que le había regalado Nathan.

—Muchas gracias, mi amor —sonrió Daniela.

—Algún día, cuando ya sea mayor, me pondré un vestido igual de bonito —dijo Carlota.

—Y estarás preciosa —apuntó Daniela, inclinándose sobre ella y dándole un beso en la mejilla—. Porque eres la niña más guapa del mundo. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —respondió Carlota, asintiendo varias veces con la cabeza.

Al levantar la vista, Daniela se encontró con la expresión seria de su padre.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Sí —contestó Samuel escuetamente.

Daniela sabía que no le hacía gracia que saliera con Nathan. Ni siquiera la cena que habían compartido todos juntos le había hecho cambiar de idea respecto a él, y eso la mortificaba.

—Carlota, ¿puedes ir un momento a tu habitación? —La niña miró a Daniela extrañada—. Papá y yo tenemos que hablar —añadió Daniela.

En ese momento Carlota lo entendió.

—Vale —accedió de buena gana.

Cuando la figura menuda de Carlota desapareció tras la puerta del salón, Daniela tomó la palabra.

—Papá… sé que Nathan no es santo de tu devoción, pero… —Tomó aire—… él me quiere. Me quiere mucho. Y yo a él.

Samuel guardó silencio unos segundos.

—No quiero que te haga daño —dijo en tono parco.

—No me va a hacer daño —afirmó Daniela.

—Daniela, vuestros mundos son muy diferentes. Pertenecéis a clases distintas. Él es un hombre rico y tú una camarera de pisos.

—¿Y qué pasa con eso?

—Que terminará pasándoos factura. Estáis muy lejos el uno del otro.

—¿Por qué? ¿Por qué tiene que terminar pasándonos factura? No somos la primera pareja cuya clase social es diferente. Además, estamos en el siglo XXI, no en la Edad Media.

—Cariño, los finales felices solo existen en las películas y en los libros. Pero esto es la vida real, con problemas reales —dijo Samuel

tratando de abrirle los ojos.

Daniela sacudió la cabeza, negando.

—No estoy de acuerdo; yo ahora soy muy feliz con Nathan —repuso terca.

—Ahora… —farfulló Samuel con escepticismo—. Al principio todo es muy bonito, Daniela.

—¿Por qué no le das una oportunidad? ¿Aunque solo sea una? Nathan lo ha pasado muy mal…

—Lo sé. Ya me has contado lo que pasó con su mujer y su hija…

—Entonces, ¿por qué no le das una oportunidad? —repitió Daniela con voz impotente.

En esos momentos sonó el timbre.

—¡Yo abro! —exclamó Carlota, que salió disparada de la habitación y se dirigió a la puerta casi tan rápido como *Speedy Gonzáles*.

La conversación entre Daniela y Samuel se interrumpió.

—¡Dani, es Nathan! —gritó Carlota.

—Me voy —anunció Daniela a su padre.

Cogió el bolso de mano que estaba encima de la mesa y abandonó el salón. Samuel chasqueó la lengua cuando la vio irse.

Nathan alzó la vista al oír el ruido de los tacones de Daniela aproximarse. Se quedó boquiabierto cuando la vio aparecer en el pasillo. Un deseo espeso como la miel empezó a extenderse por su cuerpo a un ritmo incontrolable.

Con un suspiro, Daniela se detuvo frente a él y le sonrió.

—Estás preciosa, Dani —dijo Nathan.

—Gracias —respondió ella.

Nathan posó las manos en su cintura y la pegó a él. Antes de que Daniela pudiera avisarle que Carlota estaba delante, Nathan inclinó la cabeza y se apoderó de sus labios.

Carlota carraspeó divertida.

Nathan se apartó de Daniela y bajó la mirada hasta la niña.

—Lo siento, Carlota —se disculpó.

Carlota sonrió.

—Anda, corre con papá —dijo Daniela.

—Adiós —se despidió.

—Hasta mañana —se despidieron de ella Daniela y Nathan.

—¿Nos vamos? —le preguntó Daniela a Nathan.

—No, todavía no —respondió él.

Llevó la mano hasta el bolsillo interior de la chaqueta y extrajo de él una cajita alargada de terciopelo rojo.

—Nathan, no… —comenzó a decir Daniela, al ver que se trataba

de otro regalo.

—Shhh… —la silenció él con voz suave.

Daniela extendió el brazo y cogió el estuche. Con emoción en el rostro, lo abrió.

—Dios mío… —musitó, presa del desconcierto.

Los dedos le temblaban cuando cogió el fino colgante que había en el interior de la cajita. Se llevó una mano a la boca.

—Es… es como el que tenía mi madre —murmuró.

—Carlota me dijo que lo perdiste.

—Sí, mi madre me lo dejó a mí, pero hace unos años lo perdí sin querer —le explicó Daniela.

—Este no es el de tu madre, pero es igual. Lo he mandado hacer en una joyería de Nueva York.

—Pero… ¿cómo? ¿Cómo has sabido cómo era?

—Por una foto que me enseñó Carlota de tu madre en la que lo llevaba puesto y por las explicaciones que me dio —respondió Nathan.

—Nathan… —susurró Daniela al borde del llanto—. No sé qué decir.

—No digas nada. No es necesario que digas nada —habló él. Ver la expresión de alegría que exhibía el rostro de Daniela era suficiente—. Solo déjame que te lo ponga.

Daniela se giró para colocarse de espaldas a él y, frente al espejo que había encima del aparador del pasillo, observó con un nudo en la garganta como Nathan le abrochaba el colgante.

Realmente era una réplica exacta del que tenía su madre. La cadena era tan fina que apenas se apreciaba sobre la piel, dando la sensación de que, la piedra transparente engarzada en ella estaba suspendida en la nada, quedando a la altura del principio del cuello.

Daniela la acarició con las yemas de los dedos. Lo hizo suavemente, como si temiera que se desmenuzara en su mano. Solo había que echar un vistazo para saber que le tenía que haber costado una pequeña fortuna.

Cuando Nathan terminó, se giró con los ojos húmedos y lo abrazó.

—Gracias —le dijo con el corazón en la mano—. Muchas gracias.

Inmediatamente después, una lágrima se precipitó por su mejilla.

CAPÍTULO 77

Fueron a cenar al Ramses, donde había reservado mesa Nathan. Un restaurante para bolsillos abultados situado en la Plaza de la Independencia, frente a la emblemática Puerta de Alcalá.

El Ramses era un lugar íntimo y eminentemente vintage, con un marcado aire romántico en cada uno de sus detalles. Mientras cruzaban el comedor siguiendo al metre, Daniela observó las paredes revestidas de paneles blancos y los cuadros que colgaban de ellas. Las mesas estaban cubiertas con finos manteles azules y adornadas con velas encajadas en vasos de cristal; las sillas parecían haber salido de una casa victoriana.

El metre los acompañó al fondo del salón, donde había dispuesta una mesa para dos en un rincón con ambiente acogedor.

Nathan ladeó la cabeza y observó a Daniela unos segundos.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó.

Daniela afirmó haciendo un ademán con la cabeza.

—Sí —respondió.

Y, sin embargo, Nathan sabía que estaba mintiendo.

—Mientes muy mal, Dani —dijo.

Daniela levantó la vista del plato y miró a Nathan, que la contemplaba expectante, esperando la verdadera respuesta. Tomó una bocanada de aire y lo soltó en un suspiro.

—He discutido con mi padre —confesó al cabo de un rato.

Nathan supo de inmediato cuál había sido el motivo.

—¿Habéis discutido por mí? —supuso de manera acertada.

Daniela se limitó a asentir. Nathan vio de inmediato la preocupación en su rostro. Arrastró la mano por encima de la mesa y cogió la suya, acariciándola cariñosamente.

—Cielo, no te preocupes —dijo.

—Sí, sí me preocupo, Nathan. Mi padre no termina de… —buscó la palabra adecuada—… aceptarte.

—Pero me aceptará, ya verás. Solo necesita tiempo —argumentó él.

Daniela lo miró con ojos vidriosos.

—¿Tú crees? —preguntó con escepticismo.

—Estoy seguro —dijo Nathan, esbozando una breve sonrisa que trató de que fuera tranquilizadora—. Solo tenemos que dejar pasar el tiempo. Él se encargará de mostrarle a tu padre que te quiero y que sería capaz de dar mi vida por la tuya. Ya verás que el amor termina

imponiéndose a sus prejuicios —concluyó.

—Yo no estoy tan segura…

Daniela apartó la mirada del rostro de Nathan y dio un sorbo a la copa de vino.

—Dani, ponte en su lugar… —dijo él—. Carlota y tú sois lo único que tiene. Debe protegeros… Y yo no tengo muy buena reputación, que digamos.

—Le entiendo, de verdad que le entiendo. Pero me da rabia que no vea cómo eres realmente conmigo; cómo me tratas, cómo me cuidas…

Nathan amplió la sonrisa en la boca. Se acercó la mano de Daniela a los labios y la besó.

—El tiempo va a poner todas las cosas en su sitio. Hazme caso —repuso. Guardó silencio durante unos segundos antes de decir—: Y ahora disfruta de tu cumpleaños, por favor.

Daniela sonrió a modo de afirmación.

—¿Bien? —le preguntó Nathan después, apretándole la mano.

—Sí —respondió Daniela.

Cuando les llevaron el postre, Nathan abordó un tema que llevaba días queriendo hablar con Daniela.

—Dani, tenemos que hablar de tu situación en el hotel —comenzó, echándose hacia atrás para recostar la espalda en el respaldo de la silla.

Daniela arrugó las cejas, formando una línea con ellas.

—¿Qué pasa con mi situación? —preguntó confusa.

—No quiero que sigas siendo una de las camareras de pisos.

Daniela detuvo la cucharilla con un poco de helado a mitad de camino de la boca.

—Pero es lo que soy, Nathan —dijo—. No he trabajado en otra cosa.

—¿Y eso qué tiene que ver? Solo tienes 25 años. Eres muy joven. Dani, puedes trabajar en lo que quieras. Además, creo que eres capaz de hacer algo más creativo.

—No sé, Nathan…

—¿Cuántos años llevas en el hotel?

—Seis y medio. —Daniela se llevó el helado a la boca—. Empecé a trabajar en el Eurostars cuando terminé el instituto. Al principio era algo temporal, mientras decidía que quería hacer con mi vida y de paso me sacaba un dinerillo extra para mis gastos. Pero el mismo verano que empecé mi madre enfermó, a los tres meses murió y el tiempo fue pasando… —El resto del relato lo dejó suspendido en el aire. Se encogió de hombros.

—¿Qué querías estudiar cuando estabas en el instituto? ¿Qué te

gustaba? —se interesó Nathan.

Daniela se quedó unos segundos pensativa.

—Ya casi no me acuerdo —dijo con una nota de nostalgia en la voz —. Me gusta la decoración… Jugar con los espacios, llenarlos… Crear ambientes… Siempre tengo alguna revista de decoración en la habitación —concluyó.

Nathan se acordó entonces de las que vio encima de la mesilla la mañana que fue a su cuarto a buscarle algo de ropa.

—¿Por qué no haces un Curso o un Máster de Decoración, Interiorismo y Diseño de Interiores? —le sugirió.

A Daniela se le iluminó ligeramente el rostro.

—¿Crees que podría…? —No terminó la frase.

—Puedes hacer lo que te dé la gana, Dani. Lo que quieras —la animó Nathan—. Además, es una profesión con futuro —apuntó.

Daniela arrugó la nariz de esa forma característica suya.

—La verdad es que nunca me había planteado volver a estudiar, pero quizá no sea mala idea.

—Claro que no es mala idea. Incluso después, si quieres, puedes sacarte la titulación universitaria. —Nathan hizo una pausa antes de decir—: ¿Brindamos por ello?

—Sí.

Nathan cogió la botella de vino tinto y llenó la copa de Daniela antes de hacerlo con la suya. La levantó y brindaron por los nuevos proyectos.

—¿Sabes que hoy estás especialmente guapa? —comentó Nathan.

Dio un sorbo de vino, mirándola por encima del borde de la copa con los ojos entornados.

—Gracias —dijo Daniela.

—Te lo digo en serio, Dani, hoy estás…

Nathan resopló como si de pronto se sintiera agobiado.

—Nathan, ¿estás…? —le preguntó Daniela en voz baja.

Él le tomó la mano y en silencio se la puso en la entrepierna.

—¿Tú qué crees? —dijo.

A Daniela le cambió el ritmo de la respiración.

Dios mío… se dijo a sí misma, asombrada por la erección que había bajo la tela del pantalón.

Con las mejillas ligeramente ruborizadas, dirigió los ojos a un lado y a otro para asegurarse de que nadie les estaba mirando. Nathan dejó escapar una risilla.

—Tranquila, nadie se ha dado cuenta de que eres la culpable de que esté empalmado —repuso con una nota de burla, dando un trago a su copa de vino.

—Nathan… —lo reprendió Daniela, mascullando su nombre entre dientes.

Pero Daniela estaba juguetona y, como si su mano tuviera voluntad propia, la movió sobre su miembro para sentir su longitud, mientras le mantenía la mirada a Nathan.

—Dani, cielo, si sigues haciéndome eso, voy a terminar follándote encima de la mesa, sin que ni siquiera me importe que estemos en un lugar público —dijo él pausadamente.

Daniela retiró la mano de inmediato, como si le hubiera dado un calambre. Nathan se echó a reír. Sus carcajadas eran graves y profundas, y sexys, tremendamente sexys, pensó Daniela, observando su amplia sonrisa y sus dientes blancos y alineados.

—Que larga va a ser la noche —dijo Nathan.

CAPÍTULO 78

Daniela entró en la suite y caminó hasta el centro de la estancia con pasos cadenciosos. Se giró sobre sí misma al ver que Nathan no iba detrás de ella. Él había cerrado y la observaba con descaro con la espalda apoyada en la puerta y las manos metidas en los bolsillos, pensando que rezumaba sensualidad por todos y cada uno de los poros de su piel.

—¿Te vas a quedar ahí toda la noche? —le preguntó Daniela.

Inmerso en la semipenumbra íntima que confería la tenue luz de los alógenos, Daniela se dio cuenta de que era el hombre más atractivo del mundo.

Nathan no respondió, continuó contemplándola en silencio. Cuando Daniela empezó a morderse el labio inferior supo con certeza que la estaba poniendo nerviosa. Pero no podía evitarlo: le gustaba verla así: inquieta, tímida, excitada… expectante a lo que pudiera hacer él.

—No me canso de mirarte, Dani —confesó en un tono de voz que parecía estar rindiéndose ante ella y ante él mismo, pues le resultaba imposible controlar mínimamente lo que sentía por ella—. Es fascinante la paz que creas por dondequiera que pasas.

—Nathan… —sonrió Daniela.

Nathan se incorporó y echó a andar hacia ella lentamente con una elegancia sinuosa, al tiempo que sacaba las manos de los bolsillos. Daniela tragó saliva mientras lo veía acercarse. Las sombras que planeaban por la suite jugaban con los rasgos angulosos y serios de su rostro, logrando que pareciera un animal salvaje. Los ojos le ardían de deseo.

Sin pronunciar palabra, Nathan cogió su cara entre las manos y atrapó su boca rosada. Su lengua se abrió paso a través de los labios y la embistió con fuerza. Daniela le rodeó el cuello con los brazos, posando las manos en su nuca y lo apretó contra ella.

Nathan la besaba como si fuera la última oportunidad que tuviera de hacerlo, como si de ello dependiera su salvación.

—Joder, Nathan… —musitó Daniela, cogiendo un poco de aire. De repente se sintió mareada. ¿Se estaba moviendo el suelo bajo sus pies?

Pero Nathan, lejos de detenerse para que respirara, siguió besándola con más pasión todavía, si es que eso era posible.

Quería volverla loca.

Quedarse grabado en sus labios para que nunca se olvidara de él.

La enorme mano de Nathan la sujetó por la nuca mientras la otra descendió por la espalda hasta detenerse en la base, estrechando aún más el cuerpo de Daniela contra el suyo.

Súbitamente, Nathan apartó la boca de la suya y la miró fijamente con los ojos entornados. Las pupilas de Daniela estaban extraordinariamente dilatadas, haciendo que el iris se convirtiera en un fino anillo azul claro.

—Tengo que ir más despacio, o terminaré en un minuto —dijo Nathan con voz ronca y sedosa a un tiempo—. Y hoy quiero que dure toda la noche… Hoy quiero ir lentamente… Hoy quiero ir muy, muy lentamente… Quiero recrearme y disfrutar de ti y de tu cuerpo.

Daniela advirtió en su rostro el modo en que luchaba por controlarse.

Nathan tiró de ella hasta los pies de la cama y la hizo girarse para que se pusiera de espaldas a él. Alzó los brazos y despacio, fue bajando la cremallera del vestido, hasta que este cayó a los pies de Daniela hecho una maraña de tela, dejando al descubierto las braguitas de encaje negro.

A continuación, se acuclilló, aferró la banda elástica de las braguitas entre los dedos y las hizo descender suavemente por los muslos, al tiempo que depositaba una retahíla de besos y succiones por las piernas de Daniela, que sentía como su piel reaccionaba y como se le erizaba el vello allí por donde Nathan pasaba.

Nathan se incorporó y la abrazó por detrás. La sensación de tener a Daniela deliciosamente desnuda entre sus brazos mientras él seguía estando trajeado, le fascinó. Estaba tan vulnerable y, paradójicamente, tenía tanto poder sobre él... Se inclinó y le lamió el lóbulo de la oreja.

—Mi cielo… —susurró en su oído.

Daniela gimió al sentir su aliento cálido y echó la cabeza hacia atrás. Nathan comenzó a deslizar los labios por su cuello.

—Dios mío, Nathan, no sabes lo que eres capaz de hacerme sentir —suspiró Daniela.

—Sí, sí que lo sé, *my heaven*, porque es lo mismo que tú me haces sentir a mí —afirmó él. Pasó la punta de los dedos por su piel desnuda trazando una línea descendente a lo largo del costado y sintió como Daniela se estremecía.

Nathan buscó la mano derecha de Daniela, la cogió y la llevó hasta su entrepierna. Daniela suspiró de placer cuando sintió sobre su clítoris sus propios dedos. Guiada por Nathan, comenzó a acariciarse dibujando pequeños círculos.

Mientras jadeaba, sintiendo que los huesos se le derretían de placer, notó el excitado miembro de Nathan contra la parte baja de su

espalda.

Antes casi de que fuera consciente de ello, los músculos se le tensaron y una marea de calor se instaló en sus entrañas, haciendo que se convulsionara.

—Muy bien, cielo… Así, córrete… Muy bien —musitó Nathan contra su mejilla, a medida que su mano se empapaba de la humedad de Daniela.

Cuando el cuerpo de Daniela dejó de estremecerse contra el suyo, llevó la mano hasta su boca y le metió el dedo pulgar. Ella lo lamió y lo chupó con suavidad.

—Oh, Dani… —susurró Nathan con voz ronca, apoyando la frente en su cabeza—. Dani, Dani, Dani… —repitió—. ¿Qué me estás haciendo?

CAPÍTULO 79

Daniela se giró y cogió la mano de Nathan antes de arrastrarlo hasta la cama. Se sentó en el borde y comenzó a desnudarlo. Aunque las manos le temblaban, logró desabrocharle los pantalones y bajarle la cremallera sin ningún problema.

—No está mal. Ya estás cogiendo práctica —ironizó Nathan con una sonrisa mordaz en el rostro.

Daniela alzó los ojos y lo miró traviesa. Sin decir nada, siguió desvistiéndole. Cuando le bajó el bóxer, su erección despuntó soberbia. Desde esa altura el miembro de Nathan resultaba intimidante. Los ojos de Daniela brillaron como los de una niña pequeña esperando un cucurucho de gominolas.

Nathan sonrió satisfecho sin despegar los labios al ver la expresión de su cara.

Daniela se dejó llevar por el momento y pasó los dedos por la punta, recreándose en su suavidad. Nathan dejó escapar un gemido cuando cerró los dedos en torno a su miembro.

Después comenzó a subir y a bajar la mano por la enorme erección. Una y otra vez. Apretando un poco más en el extremo y aflojando la presión al continuar el recorrido. Levantó la vista, espiándolo a través de las pestañas, y vio como Nathan apretaba los labios. El placer delineaba cada una de las líneas de su rostro.

Sonrió satisfecha.

—Tienes unas manos maravillosas —masculló Nathan entre dientes.

Encantada, incluso orgullosa, de la reacción de Nathan y de los gemidos que estaba arrancando de su garganta, quiso ser más atrevida. Se inclinó y tocó la punta de su miembro con la lengua.

Nathan gruñó mientras un intenso estremecimiento recorría su cuerpo de la cabeza a los pies. Daniela volvió a alzar la mirada. Nathan tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás.

Volvió a pasar la lengua por la punta antes de abrir la boca e introducirse su miembro dentro, sin dejar de acariciarlo con la mano.

—Oh, Dani… —siseó Nathan, con la sensación de que su cuerpo se estaba deshaciendo por dentro—. *Oh, fuck*…

Daniela continuó dándole placer. Incrementó el ritmo; alternando la presión de la boca y las caricias con la mano, hasta que notó como se tensaban los músculos de Nathan.

Pero de repente él se retiró.

—No, cielo, quiero acabar dentro de ti —susurró, mirando a Daniela con ojos aturdidos.

La cogió por la cintura y la tumbó en la cama. Se colocó encima de ella y fue descendiendo por su escote hasta que atrapó un pecho con la boca. Cuando succionó el pezón, Daniela dejó escapar un suspiró.

¿Cómo era posible que estuviera preparada otra vez, si acababa de tener un orgasmo?

Después de juguetear con la aureola y con el otro pecho un rato, Nathan bajó la lengua por el torso, dibujando trazos de saliva sobre la piel, mientras la miraba de forma sensual por debajo del denso abanico de pestañas negras.

Cuando alcanzó el vientre, deslizó las manos por sus muslos y se los abrió con la rodilla. Tanteó la entrada y se dejó caer lentamente sobre Daniela. Ella echó la cabeza hacia atrás y gimió al sentir cómo la llenaba, mientras tenía la sensación de que el estómago se disolvía de placer.

Nathan embistió unas cuantas veces. No necesitaba mucho más para correrse. Daniela le había dejado al borde del abismo con la felación que le había hecho.

Daniela se olvidó de todo lo que podía haber a su alrededor. No era capaz de pensar en nada que no fuera Nathan cuando él se movía sobre ella, transportándola a ese mundo en el que todo desaparecía y solo estaban él, ella y el placer más intenso que se podía imaginar.

Cuando alcanzó el orgasmo y todas las fibras de su ser se estremecieron, Nathan la besó, presionando su cabeza contra la almohada. Daniela sintió el peso de su cuerpo y se aferró a sus hombros con fuerza mientras terminaba de agitarse.

—¡Dios Santo! —jadeó, cuando Nathan apartó la boca de la suya.

Daniela lo notó estremecerse encima de ella con la respiración entrecortada por los jadeos. Mientras las últimas oleadas de placer lo recorrían, Nathan hundió el rostro en su pelo dejándose ir en su interior.

Daniela experimentó un cosquilleo en el estómago cuando abrió los ojos y se encontró con la mirada verde de Nathan clavada en ella.

Sonrió.

Estiró el brazo por encima del colchón y entrelazó los dedos de la mano con los suyos. Nathan le devolvió el gesto.

Estaban encima de la cama, bocabajo, completamente desnudos, con los rostros girados el uno hacia el otro para poder mirarse y las piernas enredadas en un nudo interminable.

Durante un rato se contemplaron en silencio, sin otra razón más que la de deleitarse y admirarse mutuamente.

—Dani, ¿eres feliz conmigo? —le preguntó Nathan, rompiendo la mudez del momento.

—Por supuesto, ¿cómo puedes dudarlo? —respondió Daniela, apretando su mano.

Nathan buceó durante unos segundos en sus preciosos ojos azules.

—A veces creo que no estás a mi alcance —dijo—. Que no soy suficiente para ti.

Daniela no pudo evitar asombrarse. ¿Nathan estaba inseguro? ¿Por ella? ¿Nathan Littman? ¿El hombre más seguro de sí mismo sobre la faz de la Tierra?

—Nathan, eres perfecto para mí. Y te quiero. Te quiero como no he querido nunca a nadie, ni siquiera a Sergio, aunque haya estado con él seis años.

Nathan se acercó a su rostro y juntó la nariz con la de Daniela.

—Contigo me siento como en casa, Dani. Soy tan Nathan cuando te tengo cerca… Y le echado tanto de menos durante estos años. Me he echado tanto de menos… —confesó, enfatizando cada palabra que salía de su boca—. Gracias por mostrarme que soy capaz de amar de nuevo.

Daniela le acarició el rostro con los ojos llenos de amor.

—Ay, mi señor Littman… —dijo sonriente.

Nathan ladeó la cabeza y apoyó la mejilla en su mano, recreándose en el contacto.

—¿Qué ha hecho conmigo, señorita Martín? —susurró.

CAPÍTULO 80

Alguien tocó a la puerta de la habitación de Daniela. Ella saltó de la cama, donde estaba sentada consultando el móvil y, descalza, fue a abrir.

—Te traigo el portátil para que empieces a mirar los Cursos y Máster que hay de Decoración, Interiorismo y Diseño de Interiores —dijo Nathan, nada más de que Daniela abriera la puerta, levantando el ordenador que llevaba en las manos.

—Ay, millones de gracias —le agradeció ella—. Pasa.

Nathan cruzó el umbral y dio un beso a Daniela.

—¿Qué tal tu mañana? —le preguntó ella.

—Llena de aburridas reuniones, pero bien —respondió Nathan—. ¿Y la tuya? ¿Qué tal ha ido la quimioterapia de Carlota?

—Hoy ha salido mareada y cuando la ambulancia nos ha dejado en casa ha vomitado —dijo.

—¿Pero luego se ha recuperado?

—Sí, se ha metido en la cama y se ha quedado dormida.

Nathan hizo una ligera mueca con la boca. Le daba mucha pena la situación por la que estaba pasando Carlota. Le había cogido tanto cariño a esa niña que le dolía como si fuera su hija. Quizá viera en ella el reflejo de Lucy, su pequeña.

Se quitó la chaqueta del traje, dejándola sobre el respaldo de una silla, y se aflojó un poco la corbata para estar más cómodo. Se sentó encima de la cama y junto a Daniela, pasó buena parte de la tarde recopilando información para que ella comenzara sus estudios de Decoración.

El día comenzó a decaer y el cielo se tiñó de la luz anaranjada del crepúsculo. En la emisora de fondo que Daniela tenía puesta en la radio comenzó a sonar la canción *Perfect* de Ed Sheeran.

—Me encanta esta canción —dijo Daniela. Se puso en pie—. Vamos a bailar.

—No se bailar —respondió Nathan.

Daniela hizo como si no le hubiera oído. Alargó el brazo, cogió la mano de Nathan y tiró de él para levantarlo de la cama.

—Yo te enseño —dijo, con una sonrisa adorable adornando sus labios. Nathan se dejó arrastrar por Daniela y se puso en pie—. Déjate llevar… —le susurró con la voz suave como una pluma.

Daniela asió las manos de Nathan y las colocó en su cintura, se acercó a su pecho y apoyó el rostro en él, al tiempo que le rodeaba el

cuello con los brazos.

Y comenzaron a mecerse lenta y metódicamente al son de las notas melancólicas de *Perfect*.

Siguieron moviéndose por la habitación al son de la música mientras se miraban a los ojos y el resplandor acaramelado que entraba por la ventana los iluminaba. Nathan apretó a Daniela delicadamente contra sí, acariciándole la espalda lentamente, y se dejó embriagar por su contacto y por el ligero movimiento de sus cuerpos.

—¿Ves como no es tan difícil? —le preguntó Daniela, alzando el rostro para mirarlo.

Nathan sonrió, se inclinó hacia ella y la besó con ternura. Daniela cerró los ojos y disfrutó de la sensación de sentirse entre sus poderosos brazos.

—Ahora yo te voy a enseñar otra cosa… —dijo Nathan en tono perverso cuando la canción terminó. Sus ojos verde oscuro la miraban fijamente.

Daniela se dejó llevar hasta la cama por él, sosteniéndole la mirada.

—¿Has oído hablar del 68? —le preguntó Nathan mientras la desnudaba.

Daniela pestañeó un par de veces y arrugó la nariz.

—No —negó—. He oído hablar del 69 —dijo.

Las comisuras de Nathan se elevaron en una sonrisa ladina.

—El 68 te va a gustar más que el 69 —afirmó ante la expresión de expectación que reflejaba el rostro de Daniela.

Después de quitarse el traje bajo la atenta mirada de Daniela, que seguía cada uno de sus movimientos, se tumbó encima de la cama y le indicó que se colocara bocarriba sobre él, con la cabeza apoyada entre sus piernas, de tal forma que su sexo quedara en su boca.

Desnudo y expuesto a él.

Daniela, atónita, apoyó la cabeza entre sus muslos, abrió las piernas y las colocó a ambos lados del cuerpo de Nathan.

—¿Estás cómoda? —le preguntó él.

—Muy… muy cómoda —respondió Daniela, con el corazón latiéndole a mil por hora y una ola de excitación recorriéndole las venas en forma de torrente.

—Quiero que no pienses en nada, solo en el placer que te voy a dar —indicó Nathan.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —dijo Daniela, ligeramente desconcertada.

—Relajarte y disfrutar… —susurró Nathan.

Le separó los labios del clítoris suavemente con los dedos y pasó la

punta de la lengua de arriba abajo por él. Al contacto, Daniela dejó escapar un profundo suspiro.

—Nathan… —musitó, sintiendo un escalofrío por el cuerpo.

—¿Bien? —le preguntó Nathan, a pesar de que sabía perfectamente la respuesta.

—Joder, muy bien… —gimió Daniela. Sintió que la sangre le burbujeaba en las venas.

Nathan continuó con su cometido. Quería provocarle a Daniela uno de los orgasmos más intensos de su vida y sabía que con aquella postura lo conseguiría, ya que era una de las mejores para aumentar la intensidad del clímax.

Siguió jugueteando con su lengua y sus labios, acariciando, lamiendo y succionando el sexo de Daniela, que se sentía desfallecer de placer. Cuando las piernas comenzaron a temblarle, supo que iba a correrse.

—Nathan, voy a… —Las palabras apenas le salían, era incapaz de pronunciarlas—… Voy a correrme. Voy a… correrme ya.

Estaba disfrutando tanto que no pudo evitar gemir de placer sin ningún tipo de recato, sin importarle que alguien pudiera oírla al otro lado de la puerta.

Nathan aumentó el ritmo, moviendo la lengua con más rapidez; con más exigencia; hundiéndola en su vagina y devorándole después el clítoris como si fuera algo suyo, y empujando a Daniela una y otra vez hasta el borde del precipicio.

Daniela pensó que Nathan sabía cómo utilizar la lengua. ¡Desde luego que lo sabía!

Los músculos de su cuerpo se contrajeron mientras una dulce sensación empezaba a absorberla. Un segundo después estalló en una infinidad de estremecimientos, haciendo que sucumbiera a un intensísimo orgasmo mientras dejaba caer el peso sobre Nathan y se aferraba a las sábanas como si fuera a caerse de la cama.

—¡Santo Dios! —exclamó en voz baja, sufriendo aún los últimos espasmos del éxtasis al que acababa de llevarla Nathan.

—¿Qué te parece el 68? —le preguntó Nathan, con el inicio de una sonrisa maliciosa en los labios—. ¿Crees que es un buen número?

—¿Necesitas que te conteste? —le ofreció Daniela como respuesta, tratando de regular la respiración. Estaba sin apenas aliento.

Nathan le cogió las manos y tiró de ella hasta tumbarla en la cama y ponerse encima.

—Sigamos descubriendo números… —susurró, hundiendo el rostro en su cuello.

CAPÍTULO 81

La semana siguiente pasó volando. Las manecillas del reloj parecían girar más rápido de lo normal, devorando las horas, o esa es la sensación que tenían Nathan y Daniela cuando estaban juntos.

—Te estaba esperando —dijo Nathan a Daniela al entrar ella en la suite para limpiarla—. Ven, siéntate —le indicó, cogiéndola y arrastrándola hasta el sofá

—¿Qué pasa, Nathan? —preguntó Daniela ceñuda.

—Quiero que nos vayamos a vivir juntos —dijo Nathan.

Daniela enarcó las cejas.

—Nathan, es… es muy pronto —respondió al cabo de unos segundos en los que trató de asimilar la propuesta que le acababa de hacer.

—¿Pronto? Dani, yo te quiero y quiero estar contigo y tú también me quieres.

Daniela se levantó del sofá y acariciándose los brazos, comenzó a caminar de un lado a otro.

—Claro que te quiero y claro que quiero estar contigo, pero eso no es motivo para que irnos a vivir juntos me parezca precipitado. No quiero ni pensar qué diría mi padre…

—Tu padre terminará entendiéndolo… —dijo Nathan.

—No, Nathan, no —repuso Daniela, volviéndose hacia él—. Tenemos que ir con cuidado.

—¿Por qué? —preguntó él, endureciendo el tono de voz.

—Porque es muy pronto, apenas llevamos saliendo tres semanas, y porque tenemos a mi padre en contra. No quiero darle un disgusto. Bastante tiene ya. —Daniela tomó aire—. Y además porque… —se calló súbitamente.

Nathan supo entonces que había algo más.

—Sigue… —le exigió.

Daniela apretó los labios.

—Daniela —la incitó Nathan a hablar. Su voz sonaba tensa.

—Tengo la impresión de que quieres continuar conmigo la historia que quedó cortada de golpe con la muerte de tu mujer y tu hija —contestó ella al fin.

—¿Qué?

—Sí, Nathan. Por eso tienes tanta prisa por irnos a vivir juntos, cuando apenas llevamos tres semanas de relación. —Daniela fijó los ojos en los suyos. Nathan no tenía buena cara. Sus rasgos se habían

ensombrecido, pero se obligó a seguir hablando—. Tú y yo tenemos que empezar de cero. No podemos continuar la historia donde la dejaste con ellas, porque de otra forma no va a funcionar. Yo no puedo remplazarlas, a ninguna de las dos. Ni puedo… ni quiero —concluyó.

—¡¿De qué demonios estás hablando?! —saltó Nathan, irritado e incrédulo—. Deja de poner excusas, Dani. Simplemente di que no quieres vivir conmigo y punto. No es tan difícil.

—Quiero vivir contigo, pero más adelante —replicó ella—. Cuando la relación esté más afianzada y no tengamos a mi padre en contra.

Nathan bufó. La negativa de Daniela le había dejado descolocado. Había sido algo inesperado, puesto que había dado por hecho que accedería, y eso le puso de mal humor.

—¿Y si no contamos nunca con la aprobación de tu padre? —lanzó al aire.

Daniela lo miró con rostro de confusión.

—Tú mismo dices que tenemos que darle tiempo… —le recordó.

—Tiempo… —murmuró Nathan, pasándose la mano por la cabeza.

—Sí, tiempo. ¿Qué narices te pasa? —inquirió Daniela.

—Nada —contestó Nathan de mala gana.

Daniela se quedó mirándolo unos segundos. No había ninguna reacción en su rostro.

—Será mejor que hablemos de esto en otro momento en el que estemos más calmados, sino vamos a terminar diciendo algo de lo que nos arrepintamos —habló.

Nathan permaneció en silencio. Un silencio que lo decía todo. Daniela negó para sí, se giró y enfiló los pasos hacia la puerta. Cuando el sonido del pestillo llegó a los oídos de Nathan, levantó el rostro y dejó escapar algo que podría ser un gruñido.

Se giró sobre sus talones de mala hostia y se acercó a la sala de estar. Lanzó un vistazo por los ventanales. Mientras contemplaba cómo respiraba el Paseo de la Castellana, contrajo las mandíbulas enfadado.

CAPÍTULO 82

Daniela pinchó con el tenedor un par de macarrones con tomate y se los llevó a la boca.

—Dani… Dani… —La voz de Irene la devolvió de nuevo al presente.

—¿Sí?

—Te preguntaba si tú has visto alguna vez a la mujer que anda liada con el señor Littman —le repitió Irene.

—No —negó escuetamente Daniela, tratando de no ruborizarse.

—Victoria y yo tampoco… ¿No es raro? Parece que está con un fantasma. Nadie la ha visto nunca.

Daniela se encogió de hombros y se metió en la boca otro par de macarrones.

—Que se tira a una tía, se la tira. Eso es seguro —intervino Victoria—. Porque a veces pide dos desayunos, o dos comidas, o incluso dos cenas… Y eso es porque está con alguien —concluyó—. No creo que toda esa comida sea para él solo.

—A lo mejor está con un hombre —supuso Irene de pronto.

Daniela alzo la vista del plato y miró alternativamente a una y a otra, que se encontraban sentadas frente a ella en la mesa. ¿Estaba escuchando bien?

—¿El señor Littman gay? —apuntó Victoria con la frente arrugada.

—Sí, por eso a lo mejor nunca hemos visto a esa mujer fantasma —apostilló Irene, totalmente metida en la conversación.

¿Cómo les puede gustar tanto el cotilleo?, se preguntó Daniela para sus adentros.

—No creo que el señor Littman sea gay —comentó Victoria en tono escéptico—. Además, te olvidas del vestido y las sandalias que vi yo en su suite…

—Es cierto, se me había olvidado —apuntó Irene.

En esos momentos Sú entró en el comedor del personal. Cuando vio a Daniela, a Irene y a Victoria, se dirigió a la mesa en la que estaban sentadas.

—Hola, chicas —las saludó.

—Hola —respondieron Irene y Victoria al unísono.

—Hola, Sú —dijo Daniela después.

Sú reparó de inmediato en el rostro apático de Daniela, pero se abstuvo de preguntarle qué le pasaba delante de Irene y Victoria.

—Nosotras nos vamos a echar un cigarro —anunció Irene,

levantándose.

Victoria imitó su gesto. Ambas cogieron sus respectivas bandejas y las llevaron al *oficce*, para que lo recogieran las cocineras.

—Hasta luego —se despidieron, al pasar al lado de la mesa en la que un minuto antes habían estado sentadas.

—Hasta luego.

Cuando Irene y Victoria abandonaron el comedor, Sú miró a Daniela.

—¿Qué te ocurre, cariño? —se interesó.

—Para ti soy un libro abierto —dijo Daniela, forzando una débil sonrisa.

—Te conozco como si te hubiera parido —bromeó Sú—. Y ahora dime, ¿qué te pasa?

—He discutido con Nathan.

—¿Por qué?

—Quiere que nos vayamos a vivir juntos.

—¿No es un poco… pronto?

—Eso le he dicho yo, pero no se lo ha tomado demasiado bien —respondió Daniela, moviendo los macarrones de un lado a otro del plato—. Nathan no sabe gestionar sus enfados —agregó después.

—Pues eso es un problema —opinó Sú.

—Sí, lo es. —Daniela se limpió la comisura de los labios con la servilleta y la tiró ligeramente sobre la mesa—. No quiero irme a vivir con Nathan teniendo a mi padre en contra. No… No me sentiría bien —le explicó a Sú.

—Te entiendo, Dani. Yo tampoco lo haría.

Daniela guardó silencio unos segundos antes de decir:

—Puede parecer una locura, Sú, pero te juro que a veces tengo la sensación de que estoy luchando contra un fantasma.

Sú frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Creo que toda la prisa que tiene Nathan por irnos a vivir juntos, por avanzar en la relación, por… empezar a formar una familia, es porque pretende continuar en mí, la historia de su mujer y su hija. Incluso pienso que está vertiendo en Carlota el amor de padre que no le pudo dar a Lucy.

—Pero eso no es malo —arguyó Sú.

—No, desde luego que no. Además, Carlota está encantada con él. Ni siquiera ella ha sido capaz de resistirse a su encanto —apuntó Daniela—. Pero nosotros tenemos que empezar desde cero —continuó —. Mi relación con él no puede sustituir la relación que él tenía con Sienna, su esposa. Y creo que es lo que pretende; arrancar desde

donde lo dejó con ella. —Daniela expulsó un sonoro suspiro, visiblemente agobiada—. Cada vez estoy más confundida —dijo, apoyando el codo en la mesa.

—Dani, tienes que pensar bien las cosas —le aconsejó Sú.

—Lo sé… Tengo sentimientos encontrados y sensaciones a las que no logro dar explicación. Pero no puedo evitar sentirlas. Quiero a Nathan. Le quiero mucho —dijo—, pero tenemos que hacer bien las cosas. Nunca me iría a vivir con él teniendo a mi padre en contra. Él y Carlota son mi familia… No podría hacerles eso. —Guardó silencio unos segundos antes de decir—: No sé qué hacer… De verdad, Sú, no sé qué hacer…

—Tranquila, cielo. Ya verás como Nathan recapacita.

Daniela hizo una mueca con la boca. Ella no estaba muy segura de eso.

CAPÍTULO 83

Daniela cogió el casco de la Vespa y se dirigió al vestíbulo del Eurostars.

—Hasta luego, Cris —se despidió de la recepcionista antes de salir del hotel.

—Hasta luego, guapa —correspondió ella.

Cruzó la puerta giratoria y se dirigió al aparcamiento. Estaba trasteando con el casco, para ponérselo, cuando notó que una sombra se cernía sobre ella. Al alzar el rostro descubrió los insondables ojos verdes de Nathan. Lo miró con expresión nerviosa sin decir nada y luego apartó la mirada.

—Quiero hablar contigo —dijo él.

Daniela buscó un atisbo de afabilidad en su voz, pero no lo encontró. Nathan seguía enfadado. Su tono era tan monótono que más que un hombre parecía una máquina.

—¿Has cambiado de opinión? —le preguntó, en el tono más neutro posible.

—No —negó Nathan.

—Entonces no tenemos nada de qué hablar —se apresuró a decir Daniela.

—Dani, solo quiero que vivamos juntos.

—Nathan, ya sabes cuál es mi postura. Es demasiado pronto.

Nathan sacudió la cabeza con gesto severo.

—Solo vamos a vivir juntos —dijo—. No va a cambiar nada. Si quieres, puedo comprar un piso al lado de tu padre y de Carlota.

Daniela lo miró con incredulidad. En esos momentos Nathan estaba pensando solo en él, y nada más que en él. No se había parado a pensar ni un segundo en cómo se sentía ella con todo aquel tema.

—¿No te das cuenta de que no tiene nada que ver con eso? —comenzó—. ¿De que no tiene nada que ver con lo cerca o lejos que esté de ellos? ¿De que tiene que ver con que es muy pronto? ¿Que ni siquiera llevamos un mes saliendo? Y de que sigo creyendo que estás tratando de que sustituya a tu mujer y a tu hija… Y yo no puedo llenar su hueco.

—Yo no quiero que llenes su hueco. Eso es una tontería —dijo Nathan en un tono frío y diplomático.

—Para mí, no —contradijo Daniela.

Nathan bufó, exasperado. ¿Por qué se ponía así? ¿Quizá por la determinación de Daniela a no dejar que fuese él quien llevase las

riendas de la relación? No, aquella reacción no podía ser una simple cuestión de ego.

—Dani…

No puede ser…, masculló Daniela para sus adentros.

La voz de Sergio hizo que el corazón le diera un vuelco. Giró el rostro en la dirección de la que venía la voz y lo vio acercándose a ella.

¡Lo que me faltaba!

No sabía exactamente el motivo, quizá era algo que flotaba en el aire, pero presentía que se avecinaban problemas.

Sergio parecía que no había visto a Nathan, porque se dirigió directamente a Daniela.

—¿Podemos hablar? —le preguntó.

—No, Sergio. Entre tú y yo está todo claro.

—Por favor, Dani… Solo serán cinco minutos.

—He dicho que no —respondió ella.

Sergio dio un paso hacia adelante, pero Nathan le interceptó cogiéndole del brazo.

—¿Es que no le has oído? —le preguntó, fulminándolo con los ojos.

Sergio lo miró como si Nathan hubiera aparecido de la nada.

—¿Y quién cojones eres tú? —le increpó, soltándose de la mano de Nathan con un tirón.

—Sergio, cállate, por favor —le pidió Daniela.

—Alguien que te va a callar la boca como se te ocurra tocarla —dijo Nathan en tono de gravedad.

Sergio rodó la mirada de uno a otro, y de pronto cayó en algo. Clavó la vista en Daniela con expresión de conclusión en los ojos.

—¿Este es el tío que te has estado tirando? —preguntó, aunque no era una pregunta sino una afirmación.

—A ti no te importa quién coño sea —respondió Daniela.

Sergio recorrió de arriba abajo con la mirada a Nathan. Por el exquisito traje que llevaba tenía que ser alguien con dinero.

—¿Es un cliente de esos ricos que se alojan en el hotel? —siguió Sergio con su interrogatorio, pronunciando las palabras con visible desdén.

—Soy el dueño —contestó Nathan con mordacidad, adelantándose un paso y encarándole.

Sergio se irguió, como si tratara de sacar pecho, y pese a que no era un chico bajo, Nathan le sobrepasaba en más de diez centímetros. Su mente empezó a hacer cábalas con rapidez. Había hablado con Daniela de ese tío. El primer día de trabajo después de regresar de

vacaciones. ¿Cómo dijo que se llamaba…? Littman… Sí, Nathan Littman.

—Vaya… Sí que apuntas alto, sí —le espetó a Daniela—. ¿No quieres volver conmigo por este riquillo? No sabía que fueras de esas…

—No quiero volver contigo por ti —respondió Daniela—. ¿O se te olvida que…?

Nathan no medió con palabras y ni siquiera dejó que Daniela terminara la frase, se adelantó y agarró a Sergio de la pechera, empujándolo hacia atrás con un zarandeo, pero sin soltarlo.

—Ten cuidado con lo que dices, porque como no te calles, te vas a tragar los dientes —le amenazó.

Sergio le agarró las manos y de la manera que pudo intentó zafarse de él, pero no lo consiguió.

—¡No me toques, hijo de puta! —ladró.

—¡Ya basta! ¡Basta! —gritó Daniela desesperada, para detenerlos.

Se acercó a ellos con la intención de separarlos y durante el forcejeo de los dos, la empujaron. Se hubiera caído al suelo de no ser porque la Vespa frenó su golpe.

—¡Ay! —chilló, al clavarse el manillar en la espalda.

Al oír su quejido, Nathan soltó de inmediato a Sergio, y ambos fueron hacia Daniela.

—Dani, ¿estás bien? —le preguntó Nathan, con expresión de alarma.

—¿Ves lo que has provocado, cabrón? —le echó en cara Sergio a Nathan.

Nathan volvió el rostro hacia él con los dientes apretados y los ojos lanzando chispas.

—¡Ya! —gritó Daniela de nuevo, presintiendo que volverían a enzarzarse en una pelea—. ¡Maldita sea, ya! —Los ojos se le llenaron de lágrimas por la impotencia que sentía.

—Dani, cielo… —dijo Nathan con voz dulce al verla en ese estado.

—Dani… —la nombró Sergio también.

Cuando se acercaron para ayudarla, Daniela dio un manotazo a ambos. ¡Estaba harta! ¡Estaba cansada! ¡Estaba mal! ¿Por qué ninguno de los dos se ponía en su lugar?

—¿Por qué no os vais los dos a la puta mierda? —les dijo, mientras, sin perder tiempo, se ponía el casco.

—Dani, espera —trató de frenarla Nathan.

—¡Dejadme en paz! ¡Por favor, dejadme en paz los dos! —dijo, montándose en la Vespa.

Todo lo rápidamente que pudo y, bajo la atenta mirada de Nathan

y Sergio, giró la moto y se fue calle arriba.

CAPÍTULO 84

Nathan volvió lentamente el rostro hacia Sergio.

—¿Con qué derecho le recriminas algo a Daniela? —le inquirió con ferocidad.

Sergio bufó.

—¡Qué sabrás tú! —exclamó desdeñoso.

—Sé lo suficiente como para comprender que ha tardado mucho en dejarte —le escupió Nathan.

El rostro de Sergio adquirió un semblante de indignación. ¿Quién se creía ese gilipollas que era para reprocharle nada a él?

—Métete en tus asuntos —espetó Sergio.

—Da la casualidad de que mi asunto es Daniela, y no voy a dejar que vuelvas a hacerle daño —sentenció Nathan.

—Yo la quiero, no voy a hacerle daño —se defendió Sergio.

—Poco la querías cuando te restregabas con otra por las discotecas de Madrid.

—¿Qué…?

—El mundo es pequeño —dijo Nathan, al ver el rostro de desconcierto de Sergio—. Te vi, una noche, en Gabana Club, metiéndole mano a una chica en mitad de la pista, sin ningún pudor, sin pararte a pensar que tenías novia, sin pararte a pensar que Daniela te necesitaba en esos momentos… Con todo lo que tenía con su hermana…

—Y contigo —le espetó Sergio, aprovechando la oportunidad de meter ficha—. Por lo que sé, no tienes muy buena reputación. Tengo entendido que se te da muy bien hacerle la vida imposible a la gente. Daniela entraba en pánico cada vez que tenía que atenderte.

—Sí, y conmigo, no lo voy a negar —repuso Nathan—. No le he hecho la vida fácil, pero por suerte pude ponerle remedio a tiempo.

—Ohhh… El pobre niño rico salvado por la chica humilde. Ahora ya no eres un borde insufrible —se burló con desaire Sergio—. ¿Te crees que lo tienes todo ganado por ser rico? —le preguntó con visible despecho.

Nathan dejó escapar una sonrisa socarrona negando con la cabeza.

—Es increíble que después de haber estado seis años con Dani, no la conozcas. A ella no le impresionan ni el dinero ni el poder, prefiere cosas más sencillas. Es imposible que no sepas que es una de las personas más íntegras que puedes conocer.

Sergio se detuvo unos segundos a reflexionar. Aunque le costara

reconocerlo, ese hombre tenía razón. Él mejor que nadie sabía cómo era Daniela, y porque sabía cómo era, la quería. Pero se había dado cuenta demasiado tarde. Demasiado. Y después de haber cometido demasiados errores.

Y ahora era imposible recuperar lo que un día tuvo con ella. Si Daniela estaba con Nathan Littman era porque le quería, no por su dinero.

—Durante seis años has sido el hombre más afortunado del mundo por tenerla.

La voz de Nathan se convirtió de pronto en la de su propia conciencia. No había valorado lo que tenía, no había valorado a Daniela hasta que no la había perdido.

Se pasó las manos por la cabeza, acariciándose el pelo. Se sentía desolado. La verdad de la situación le acababa de dar un bofetón en plena cara. ¿Cómo había sido tan tonto? Nathan advirtió como la expresión de su cara cambiaba.

—Si me permites un consejo… —comenzó Sergio en tono templado—. Ve a por ella, y si la consigues, no la dejes escapar. Yo la he perdido por estúpido. Por ser un completo estúpido —añadió en un arranque de sinceridad. Hizo una pausa y lo miró—. Y, por favor, hazla feliz.

—Lo haré —respondió Nathan.

Sergio asintió mecánicamente y en silencio se dio media vuelta. Ya no tenía nada que hacer allí, ni qué decir. Era el flagrante perdedor de la batalla. Se dio cuenta de que nada de lo que hiciera o dijera iba hacer que Daniela regresara con él.

Ya no.

Era tiempo de pagar por los errores que había cometido y lamentarse por haberla perdido.

Nathan vio como Sergio se alejaba por el Paseo de la Castellana con paso apesadumbrado y las manos metidas en los bolsillos. En cuanto desapareció de su vista, sacó el móvil del bolsillo del pantalón y marcó el número de Daniela.

Tenía que hablar con ella.

Saber cómo estaba.

Pero no obtuvo ninguna respuesta. Solo el sonido monocorde y pesado del tono del teléfono. Lo intentó en un par de ocasiones más, pero no consiguió localizarla.

Chasqueó la lengua, impaciente.

Miró a su alrededor. ¿Dónde habría ido?

A su casa.

Inmediatamente se giró y se fue a buscar el coche.

CAPÍTULO 85

Cuando llegó al barrio donde vivía Daniela, aparcó en los estacionamientos situados frente a las verjas de hierro por las que se entraba al patio.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, bajó rápidamente del coche y se dirigió directamente al piso. Estiró la mano y tocó el timbre. Segundos después, oyó pasos al otro lado de la puerta y pidió que fuera Daniela. Sin embargo, quien abrió fue Samuel.

—Buenas tardes, Samuel —lo saludó Nathan.

—Buenas —correspondió él.

—¿Está Daniela? —preguntó impaciente Nathan.

—No, ha ido de compras con Carlota.

—¿Sabes dónde?

—¿Qué pasa? —quiso saber Samuel, al ver a Nathan tan intranquilo.

—Necesito hablar con ella.

—¿Por qué?

—Bueno… es que hemos discutido y…

Samuel frunció los labios.

—Te advertí que no le hicieras daño —dijo.

—Solo ha sido una discusión, Samuel. Pero voy a solucionarlo ahora mismo. ¿Sabes dónde están?

Samuel se quedó unos segundos mirando a Nathan, estudiando la expresión de su rostro mientras sopesaba si decirle dónde se encontraba Daniela o no. Dejó caer los hombros.

—Han ido a un centro comercial llamado Plenilunio. Lo encontrarás en la calle Aracne, en el Parque Empresarial Las Mercedes —respondió finalmente.

Nathan le ofreció una sonrisa conciliadora.

—Muchas gracias —le agradeció.

Samuel solo inclinó la cabeza.

Nathan no perdió un segundo de tiempo. La impaciencia por hablar con Daniela lo carcomía por dentro como una legión de termitas.

Cuando tecleó rápidamente la dirección que le había dado Samuel en el GPS que llevaba incorporado el ordenador de a bordo del coche, arrancó el motor y salió disparado para el centro comercial.

Al entrar en el enorme recinto se recolocó la corbata y comenzó a buscar a Daniela y a Carlota por él. Recorrió tiendas de ropa, de

complementos y se fijó en todas las terrazas interiores de las cafeterías, por si estuvieran sentadas en alguna mesa.

Por suerte las vio entrar al escape en una de las tiendas de ropa infantil de la planta de arriba. Subió por las escaleras mecánicas dando zancadas y entró en el comercio. Estiró el cuello y divisó a Daniela al fondo, al lado de una ruleta llena de cazadoras.

—Dani… —la llamó, a medida que avanzaba hacia ella.

Daniela levantó la vista y frunció ligeramente el ceño, extrañada de ver allí a Nathan.

—Nathan, ¿a qué…? ¿A qué has venido?

—He venido a hablar contigo.

—¡Nathan!

Carlota corrió hacia él y lo abrazó.

—Hola, princesa —la saludó.

—Dani no me ha dicho que fueras a venir.

Es que Dani no lo sabía, se dijo en silencio Daniela.

—Es que quería daros una sorpresa —dijo Nathan.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! —exclamó Carlota dando palmadas.

Daniela se quedó mirándola. Su rostro estaba iluminado y sus ojillos cansados titilaban con un brillo alegre. Desde luego no podía negar que Nathan le encantaba. Mucho más de lo que le había gustado Sergio durante los seis años que había durado su relación.

—Mi amor, ¿por qué no te vas probando esto? —le propuso Daniela a Carlota, dándole la ropa que tenía en las manos.

—Vale —respondió la pequeña, complacida.

Miró a Nathan y le sonrió. Él le devolvió el gesto.

Daniela no apartó la mirada de Carlota hasta que esta no entró en el probador. Cuando se aseguró de que no podía oírlos, giró el rostro hacia Nathan.

—No es un buen momento para discutir —dijo en voz baja, mirando a las dependientas que pululaban por la tienda. Una de ellas no le quitaba el ojo de encima a Nathan. Parecía hipnotizada por él.

—No quiero discutir —le aclaró Nathan en tono suave.

—Aún todo, no es un buen momento.

—Dani, solo quiero que sepas que no quiero perderte. Que te quiero. Te quiero mucho. Lo eres todo para mí. Por eso deseo que nos vayamos a vivir juntos. Esa es la única razón.

Daniela lo miró con los ojos entornados.

—¿Todavía sigues con eso? —le reprochó—. Nathan, ya sabes lo que opino. ¿Por qué…? ¿Por qué te empeñas en obligarme a hacer lo que tú quieres?

—No entiendo por qué eres tan testaruda —apuntó él.

—No soy testaruda —negó Daniela—. Lo que ocurre es que estás acostumbrado a salirte siempre con la tuya.

—Quizá —admitió Nathan—. Pero Dani, somos una pareja. Lo lógico es que…

—Una pareja que no lleva saliendo ni siquiera un mes —le cortó Daniela.

—Eso no importa —repuso Nathan.

La dependienta que actuaba como si estuviera hipnotizada por Nathan, pasó a su lado. Daniela estaba segura de que lo hizo con la intención de escuchar la conversación.

—A mí sí —objetó cuando la chica se alejó. Algo, no supo muy bien el qué ni el motivo, la llevó a pronunciar sus siguientes palabras —. Te quiero, Nathan, pero necesito tiempo…

De pronto, parecía que la temperatura había bajado hasta los cero grados.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó él en tono frío, sin apartar la mirada de la suya.

—Estoy confundida…

—¿No me quieres, Dani?

—Ya te he dicho que sí, y sabes que sí —recalcó ella—, pero no estoy dispuesta a que me impongas las cosas. Hay… Hay sensaciones con las que no me siento cómoda y necesito saber qué pasa.

—Pero…

—Solo te estoy pidiendo un poco de tiempo.

—Un tiempo en el que me vas a privar de ti —dijo Nathan con actitud egoísta. La expresión de su rostro estaba rígida.

—Por favor, Nathan… Es mejor así.

—No. No lo es —refutó él. Daniela bajó la mirada y guardó silencio—. ¿Quieres que me vaya? —le preguntó al cabo de unos segundos.

El mensaje mudo de sus ojos azul cielo le respondió.

—Dani, mira cómo me queda —dijo en esos momentos Carlota.

Daniela bajó la vista hacia ella.

—Estás muy guapa —opinó, haciendo de tripas corazón.

—¿A ti te gusta, Nathan?

—Mucho. Estás preciosa.

Aunque Nathan estaba dispuesto a cumplir la petición de Daniela, tenía que despedirse de Carlota.

—Tengo que irme —le dijo, poniéndose de cuclillas para estar a su altura.

—¿Tan pronto? —comentó la niña con expresión de desilusión—. ¿No te vas a quedar a tomar un helado con nosotras?

Nathan alzó la vista y miró a Daniela, que mantuvo silencio. Inspiró profundamente.

—Me ha surgido un imprevisto de trabajo que tengo que resolver —se excusó Nathan, devolviéndole la atención a Carlota—. Lo entiendes, ¿verdad? —añadió, esbozando una sonrisa para suavizar la decepción de la pequeña.

—Sí —afirmó ella.

Carlota se acercó a su rostro y le dio un beso en mitad de la mejilla a modo de despedida. Nathan correspondió con un abrazo. Era tan menuda que le daba miedo apretarla demasiado y hacerle daño.

Cuando se separaron le dio un cariñoso toque en la nariz con el índice y se incorporó. Miró a Daniela, y aunque sabía que no tenía que hacerlo, se aproximó a ella y depositó en su mejilla un beso suave.

—Adiós —murmuró.

—Adiós —respondió Daniela.

Carlota agitó la mano pálida mientras Nathan caminaba majestuoso hacia la salida de la tienda.

Daniela dejó escapar un suspiro lleno de tristeza.

CAPÍTULO 86

Nathan dio un sorbo de whisky y dejó el vaso sobre la barra.

—Yo solo quiero que vivamos juntos —dijo.

Nicholas giró el rostro hacia él.

—Nathan, es demasiado pronto. La has asustado —opinó.

—¿Tú también me vas a salir con esas? —le preguntó Nathan con ácida ironía.

—Sí, yo también. Por eso lo has estropeado, porque quieres ir muy deprisa.

—No lo he estropeado, solo me ha pedido tiempo…

Nathan volvió a dar otro trago del líquido ámbar.

—Sírveme otro —le ordenó al camarero.

—Ahora mismo, señor Littman —respondió solícito este. Echó un par de hielos en otro vaso, cogió la botella de Bruichladdich y lo llenó del caro whisky.

—¿Le pongo a usted otro, señor Baumann? —preguntó el camarero a Nicholas mientras le acercaba el vaso a Nathan.

—No, gracias —respondió él. Nicholas apoyó el brazo en la barra —. ¿Por qué tienes tanta prisa? —le dijo a Nathan.

—Porque quiero estar con ella.

—Ya estás con ella.

Nathan sacudió la cabeza con frustración.

—Necesito más —dijo. Se volvió hacia su amigo—. Nicholas, es la mujer de mi vida. Daniela es la única que me ha sonreído del mismo modo cuando era un borde insufrible que cuando hago que se corra en la cama. Es la única que, sin buscarla, me ha sabido encontrar, la única que ha sido capaz de despertar en mí sentimientos que pensé que nunca volvería a tener, y la única que me recuerda el hombre que he sido durante todos estos años para no volver a serlo.

—Nathan, lo entiendo, pero tienes que ir más despacio —le aconsejó Nicholas—. Daniela ha entrado en tu vida para ofrecerte una segunda oportunidad. Aprovéchala.

Nathan guardó silencio unos segundos mientras reflexionaba.

—Daniela cree que estoy tratando de continuar con ella la historia que tuve con Sienna… y puede que tenga razón —confesó, haciendo una mueca con los labios—. Quizá por eso tengo tanta prisa.

—¿Lo dices en serio?

—No sé, Nicholas, estoy confuso…

Daniela esperaba sentada en una de las sillas de plástico a que

Carlota saliera de la quimioterapia. Mientras hacía tiempo, pensaba en Nathan y en los últimos acontecimientos que habían tenido lugar. Hacía casi una semana que había decidido pedirle tiempo, es algo que necesitaba para aclararse, para poner todo en orden dentro de su mente.

Daniela le quería, de eso no tenía dudas, pero la prisa que demostraba él por precipitar la relación la confundía. Claro que ella también quería estar con él, pero no dejaba de gravitar por su cabeza la sensación de que Nathan pretendía que ella sustituyera a su mujer, y continuar la historia en el punto donde se había truncado con ella.

Algo a lo que no estaba dispuesta.

Daniela no podía sustituir a Sienna y tampoco podía sustituir a Lucy. No podía y no quería. La idea de tener que luchar contra los fantasmas de la mujer y de la hija de Nathan la aterraba.

Y tampoco podría irse a vivir con Nathan teniendo en contra a su padre. Samuel no terminaba de dar su beneplácito a la relación y eso no dejaba de ser un obstáculo. Daniela estaba segura de que si le decía que se iba a vivir con Nathan pondría el grito en el cielo.

Lanzó al aire un suspiro, agotada.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando se abrieron las puertas blancas de la sala de espera. Carlota entró en la pequeña estancia acompañada de Luis, uno de los enfermeros experto en la administración de los fármacos. Daniela se levantó con una sonrisa en la cara.

—¿Qué tal estás, mi amor? —le preguntó, acariciándole el rostro.

—Un poco mareada —respondió Carlota con voz débil.

Estaba pálida y se la veía cansada, como si llevara muchos días sin dormir. Los ciclos de quimioterapia la dejaban sin apenas fuerza.

—¿Quieres que nos sentemos un rato aquí en lo que viene la ambulancia? —sugirió Daniela.

Carlota asintió en silencio. Cuando se acomodó en la silla de plástico, sacó un par de piruletas del bolsillo del pantalón.

—Mira lo que me ha regalado Lucía —dijo.

—Lucía siempre guarda piruletas para ti —comentó Daniela—. Te quiere mucho.

—Sí, es verdad. Lucía es muy buena. ¿Puedo comerme una?

—Claro, cariño.

—Toma, está es para ti —le dijo Carlota a Daniela, ofreciéndole la otra piruleta.

—Gracias —le agradeció Daniela.

Mientras Carlota quitaba el papel de la piruleta y se la metía en la boca con toda la inocencia del mundo, Daniela la observaba. Cada día

estaba más pálida y las ojeras violáceas se acentuaban de forma casi grotesca debajo de sus preciosos ojos azules. Verla tan vulnerable hacía que se le encogiera el corazón. ¿Cuándo acabaría aquel calvario para ella? ¿Cuándo le daría un respiro la vida? ¿Cuándo conseguiría deshacerse de la maldita leucemia y vivir como una niña normal?

Un impulso hizo que le pasase el brazo por los hombros y la abrazara contra su cuerpo.

—Te quiero, Carlota. Te quiero mucho —le dijo, con un nudo en la garganta, tragándose las lágrimas.

—Y yo a ti también te quiero mucho, Dani —contestó Carlota.

Y aunque al salir del hospital de día, Carlota se sentía mejor, al llegar a casa, su estado empeoró.

—Dani, no me encuentro bien —dijo.

—Cariño, ¿qué te pasa? —le preguntó Daniela, alarmada.

—Estoy muy mareada y tengo ganas de vomitar.

—Ven.

Daniela la cogió de la mano y la llevó al cuarto de baño. A Carlota no le dio tiempo de llegar a la taza del wáter y vomitó en el suelo.

—Lo siento —se disculpó la pequeña.

—Tranquila, mi amor —le dijo Daniela mientras le sujetaba la frente—. Ahora mismo lo recojo. No pasa nada.

Cuando Carlota por fin terminó de vomitar y se incorporó, estaba lívida y una película de sudor le bañaba la frente.

—¿Estás mejor? —le preguntó Daniela, enjugándole cariñosamente las lágrimas que, del esfuerzo, se deslizaban por sus mejillas descoloridas.

Carlota movió la cabeza en un ademán de afirmación.

—Será mejor que te tumbes.

Daniela la acompañó al sofá, la ayudó a acostarse y la arropó con una manta para que no se quedara fría. Cogió una toalla pequeña, la empapó de agua helada y se la puso en la frente para que le refrescara.

Se sentó a su lado y le acarició la mejilla.

—Intenta dormir un poco, ¿vale? Cuando te despiertes vas a estar mejor —la animó.

—Vale —dijo Carlota.

Daniela se inclinó sobre ella y le dio un beso.

Carlota cerró los ojos y se dejó vencer por el sueño.

CAPÍTULO 87

Cuando Daniela comprobó que Carlota se había quedado dormida, se dirigió al cuarto de baño con el cubo y la fregona. Mientras limpiaba el suelo, se derrumbó llena de dolor y rompió a llorar angustiosamente.

Se sentó en el borde de la bañera y apoyándose en el palo de la fregona lloró por su hermana hasta que se quedó sin lágrimas.

Le recordaba tanto a su madre, a lo que había sufrido, al terrible desenlace que había tenido…

—Dios mío… —musitó con la voz quebrada—. Por favor, mamá, ayúdala. Ayúdala a salir de ello. Ayúdala, te lo suplico.

El móvil de Daniela sonó.

Era Samuel.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. ¿Ya habéis regresado? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y qué tal está Carlota?

—Hoy solo regular —respondió Daniela—. Cuando ha salido del ciclo de la quimioterapia estaba mareada y al llegar a casa ha vomitado.

Samuel chasqueó la lengua al otro lado de la línea.

—¿Cómo está ahora? —se interesó.

—Dormida.

—Bien… Seguro que cuando se despierte se encontrará mejor —dijo Samuel—. Daniela, me es imposible ir a casa. Estoy liado en el trabajo y tenemos aquí para toda la tarde.

—Entiendo… —comentó Daniela—. No te preocupes, llamaré a Nathan para pedirle la tarde libre, así puedo quedarme con Carlota.

—Muchas gracias, cariño —le agradeció Samuel.

—No tienes que dármelas.

—Luego te llamo para ver cómo sigue.

—Vale.

—Besos para las dos.

—Otro para ti, papá.

Con el móvil en la mano, llamó a Nathan. No le hacía gracia tener que pedirle favores, pero tampoco tenía otro remedio. Carlota no se podía quedar sola, y menos en el estado en que estaba.

Intentó ponerse en contacto con él un par de veces, pero no se lo cogió. Esperó un rato a que le devolviera la llamada, pero no

respondió.

La hora de entrar a trabajar se acercaba peligrosamente y seguía sin poder hablar con Nathan. Así que llamó a Sú.

—Dime, cielo… —dijo Sú al descolgar.

—Hola, Sú, ¿Has visto a Nathan por ahí? Estoy tratando de hablar con él, pero no lo localizo.

—Sé que Nicholas y él han estado toda la mañana en una reunión, porque Irene ha estado atendiéndolos. Quizá todavía estén reunidos. ¿Ocurre algo?

—Carlota ha llegado a casa mareada y ha estado vomitando.

—Oh, Dios, pobre… —murmuró Sú.

—Hoy la quimioterapia no le ha sentado bien —dijo Daniela—. Necesito contactar con Nathan para pedirle la tarde libre, porque mi padre anda muy liado en el trabajo. ¿Podrías buscarle y decirle que por favor me llame? —le preguntó.

Sú frunció el rostro de forma teatral.

—Dani, ¿es absolutamente necesario que hable con él? —preguntó, reticente.

—Sú, no te va a decir nada. Tranquila. No es un ogro.

—No es un ogro, pero lo parece.

—Sú, por favor…

Sú mantuvo silencio unos segundos.

—Está bien, lo haré. Lo buscaré y le diré que te llame —claudicó al final.

—Muchas gracias.

—De nada, cariño. Ya sabes que me tienes para lo que quieras —dijo Sú—. ¿Me das algún truco para que me resulte más fácil hablar con él? —bromeó después.

—Procura no mirarlo directamente a los ojos —siguió la broma Daniela.

—Lo tendré en cuenta.

—Un beso —se despidió Daniela—. Y de nuevo, gracias.

—Un beso, cariño —dijo Sú— Y da un beso a Carlota de mi parte.

Daniela colgó la llamada y Sú se dedicó los siguientes minutos a buscar a Nathan. Tras preguntar a Gustavo y a Irene por él, fue Cris quien le informó que había subido a la suite.

Antes de llamar a la puerta, respiró hondo un par de veces. Oyó los pasos de Nathan al otro lado.

—Buenas tardes, señor Littman —lo saludó cuando abrió la puerta.

—Buenas tardes —dijo Nathan en tono amable.

—Acabo de hablar con Dani —comenzó Sú—. Le ha estado llamando, pero no ha logrado contactar con usted. Me ha pedido que

le diga que, por favor, le llame.

Nathan metió la mano en el bolsillo del pantalón, extrajo el móvil y miró la pantalla. Maldijo por dentro cuando vio varias llamadas perdidas de Daniela. Levantó la vista y miró a Sú con el ceño fruncido.

—¿Le pasa algo? —le preguntó con un ligero matiz de alarma en la voz.

—Es mejor que hable con ella —indicó Sú con cautela.

Nathan asintió sin decir nada.

—Voy a volver al trabajo —dijo Sú a modo de despedida, ya que no sabía muy bien qué decir.

Dio media vuelta y echó a andar.

—Sú… —la llamó Nathan.

El pulso de Sú se aceleró. Se giró hacia él.

—Dígame…

—Gracias.

—De nada —respondió Sú, esbozando una leve sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 88

En cuanto Nathan cerró la puerta, le devolvió la llamada a Daniela. Esperó un tono, dos, tres…

—Hola, Nathan —lo saludó ella con voz apagada al descolgar al cuarto tono.

Nathan sitió un pellizco en el estómago cuando escuchó la voz de Daniela.

—Hola, Dani. Siento no haber respondido a tus llamadas. No las he visto —dijo—. Acabo de salir de una reunión…

—No importa —le disculpó Daniela.

—Dime, ¿qué ocurre? ¿Estás bien? —le preguntó Nathan, al reparar en su entonación tenue.

—Sí, es Carlota la que está pachucha —le aclaró Daniela—. Hoy le han dado el ciclo de quimioterapia y ha salido de él mareada, y cuando ha llegado a casa ha vomitado.

—Joder —masculló Nathan.

Daniela tenía la boca seca. Le costaba horrores pedir favores y más a Nathan. No quería deberle nada. Pero tenía que hacerlo.

—Nathan… —comenzó—, ¿podrías darme la tarde libre? Mi padre tiene mucho lío en el trabajo y no va a poder venir a casa, y necesito quedarme con mi hermana.

—Por supuesto, Dani. No es necesario que me pidas la tarde, sabes que puedes cogerte lo que quieras —contestó él.

Daniela respiró aliviada. Agradecía mucho que Nathan le facilitara de ese modo las cosas.

—Recuperaré las horas cuando me digas.

—Dani, no tienes que recuperar nada. Estate tranquila, por favor.

—Vale. Gracias.

—¿Qué tal estás tú? —se interesó Nathan.

Daniela permaneció en silencio. El nudo de la garganta no le dejaba hablar.

—Dani… —la incitó Nathan.

—Bien —respondió Daniela, mordiéndose el labio para no arrancarse a llorar.

—¿Por qué no me dices que no estás bien? ¿Por qué no te permites admitir que estás mal? —dijo Nathan.

Daniela se echó a llorar. Era cierto, estaba mal, muy mal. Cuando Nathan la escuchó, se le rompió el corazón.

—Cielo… —susurró, llenando la palabra con todo el amor del

mundo.

Fuck…, soltó para sus adentros.

Quería abrazarla. Rodearla con sus brazos y decirle que todo iba a salir bien.

—Nathan, tengo que dejarte, Carlota se ha despertado —cortó Daniela, que no quería alargar más aquella conversación—. Adiós.

—Dani…

Pero Daniela ya había colgado.

Nathan exclamó una maldición en alto y apretó los dientes. ¿Por qué cojones era tan endiabladamente orgullosa? ¿Por qué le costaba reconocer que estaba mal? ¿Que necesitaba ayuda? No había conocido a nadie igual en toda su vida.

Después de comer con Nicholas en el restaurante del Eurostars, Nathan seguía pensando en la llamada telefónica que había mantenido con Daniela. No se le iba de la cabeza. Le encogía el corazón saber que lo estaba pasando mal, pese a que no lo quisiera reconocer, aunque las lágrimas que había derramado al otro lado de la línea hablaban por sí solas, sin necesidad de pronunciar palabra.

—Nathan, ¿dónde vas? —le preguntó Nicholas al ver que se había levantado de la mesa.

—No puedo quedarme aquí sabiendo que Dani está mal. Necesito verla —respondió, cogiendo el móvil de encima de la mesa y guardándoselo en el bolsillo del pantalón—. Nos vemos luego —se despidió con prisa en las palabras.

—Hasta luego —dijo Nicholas, consciente de que sería imposible hacer cambiar de opinión a Nathan—. Que no se te olvide que en dos horas tenemos una reunión con el presidente del banco… —le recordó.

—No se me olvida —repuso Nathan sin dejarle terminar mientras caminaba hacia la salida del restaurante.

Nicholas se quedó mirando a través de los ventanales al tiempo que removía su café.

Nathan bajó hasta el estacionamiento, cogió el coche y se fue Paseo de la Castellana abajo.

Daniela había conseguido a duras penas que Carlota comiera una tortilla francesa. No tenía apetito. Después, la pequeña había vuelto a quedarse dormida en el sofá, y ella se había preparado un café con leche que estaba tomándose sentada en el sillón, arropada con una manta, mientras contemplaba la foto de su madre.

Pasó los dedos por su rostro. La echaba tanto de menos. ¡Tanto!

Los ojos se le empañaron.

A veces le costaba horrores hacer frente a la enfermedad de

Carlota. Le resultaba sumamente duro. Los ciclos de quimioterapia en el hospital; sus terribles efectos secundarios: los mareos, los vómitos, el deterioro físico que cada día se hacía más visible en el cuerpo menudo de su hermana…

Cerró los ojos y recostó la cabeza en el respaldo del sillón, deseando que todo aquello pasara, deseando con toda su alma que Carlota venciera la leucemia y pudiera por fin vivir como una niña de su edad.

El timbre de la puerta la sobresaltó.

Abrió los ojos y miró a Carlota. Ella seguía dormida. Echó a un lado la manta, dejó la taza sobre la mesita auxiliar y fue a abrir.

El corazón le saltó dentro del pecho cuando vio a Nathan en el umbral de la puerta.

CAPÍTULO 89

¿Cómo no se le había pasado por la cabeza, conociendo lo impulsivo que era, que acabaría presentándose en su casa?

—No he venido a hablar de nosotros. Sé que no es el momento —se adelantó a decir Nathan, antes de que Daniela abriera la boca—. Vengo en calidad de amigo.

—No era necesario que vinieras, Nathan. Tendrás cosas que hacer —dijo Daniela.

—Sí que era necesario, Dani —aseveró él en tono serio—. No puedes pasar por esto tú sola. Tienes que apoyarte en alguien; tienes que dejarte cuidar…

Daniela soltó el aire de los pulmones imperceptiblemente. No iba a discutir.

—¿Quieres pasar? —le preguntó.

—¿Quieres que pase? —preguntó Nathan a su vez en tono suave.

—Sí —afirmó Daniela, apretando los labios.

Se hizo a un lado y le cedió el paso.

—¿Qué tal está? —se interesó Nathan por Carlota al entrar en el salón y ver a la niña dormida en el sofá.

—Un poquito mejor —contestó Daniela—. Tiene muy poco apetito, pero he conseguido que se comiera una tortilla francesa y parece que le ha sentado bien. Al menos no lo ha vomitado.

Nathan giró el rostro para mirar a Daniela.

—¿Y tú cómo estás? —le preguntó.

Daniela se encogió de hombros.

—Me duele mucho verla así —dijo con expresión apesadumbrada en el rostro.

Nathan advirtió que los ojos de Daniela estaban anegados de lágrimas. Una ola de ternura lo invadió. Sin pronunciar palabra, se aproximó a ella, salvando la distancia y el silencio que los separaba, y la abrazó. Daniela se sorprendió, pero no rechazó el contacto. Al contrario, cerró los ojos durante unos instantes y se deleitó en la sensación de protección que le proporcionaba Nathan.

—Gracias —le agradeció.

—Shhh… —susurró Nathan, acariciándole la cabeza protectoramente—. Shhh… Todo va a salir bien, Dani. Ya lo verás. Todo va a salir bien.

—¿Quieres un café? —le ofreció Daniela al deshacer el abrazo.

—No te molestes —dijo Nathan.

—No es ninguna molestia. Yo me estaba tomando uno —repuso Daniela, señalando con la mano la taza que había dejado sobre la mesa auxiliar—. Vamos a la cocina.

Nathan la siguió hasta la cocina. Daniela sacó una taza del armario y vertió en ella un poco de café.

—¿Lo quieres con leche? —le preguntó a Nathan.

—No, así está bien —respondió él, sentándose a la mesa.

Al girarse Daniela, Nathan vio que un hilo de sangre se deslizaba por su nariz.

—Cielo, te está sangrando la nariz —dijo en tono dulce.

Daniela se llevó la mano de inmediato.

—Oh… —musitó sorprendida, al tiempo que palpaba con los dedos el líquido cálido.

Se miró las yemas. Las tenía manchadas de rojo. Mientras, Nathan se había levantado a coger una servilleta de papel que había visto sobre la encimera.

—Tranquila, a veces la nariz sangra en momentos de presión y estrés… —dijo, limpiándole la sangre con la servilleta—. ¿Tenéis botiquín?

—Sí, en el cuarto de baño.

—Será mejor que vayamos allí.

—Está en el armario que hay al lado de la bañera —le indicó Daniela, sentándose en un taburete.

Nathan abrió la puerta, echó un vistazo de arriba abajo, hasta localizar el pequeño botiquín situado en el último estante, y lo cogió. Lo puso sobre el lavabo, quitó el cerrojo y buscó en su interior una gasa y el agua oxigenada.

—Te voy a poner un tapón empapado en agua oxigenada para cortar la hemorragia —le explicó a Daniela.

—Vale.

Enrolló un trozo de gasa y la mojó. Se acercó a ella y con mucho cuidado introdujo el pequeño tapón en la fosa nasal que sangraba.

—¿Te molesta? —le preguntó.

—No —respondió Daniela.

—Bien. —Nathan buscó la mirada de Daniela—. Dani, quiero que te cojas unos días libres. —Daniela abrió la boca para decir algo, pero Nathan le cortó—. Y no es una opción —dijo tajante.

—Pero, Nathan…

—Aprovecha para estar con Carlota; para cuidarla, para llevarla al cine… para ir de compras, para pasear… Lo que sea, pero no te quiero en el hotel.

—¿Cuántos días? —preguntó Daniela.

—Los que sean necesarios —respondió Nathan—. Hasta que Carlota mejore... Así tu padre no tendrá que estar pendiente de si le dejan salir del trabajo o no. Y tú tampoco. Ya tenéis suficiente de lo que preocuparos.

Daniela meditó sobre ello unos segundos. Nathan tenía razón. Ya no podía más. Estaba al límite de sus fuerzas.

—Gracias —dijo, a modo de respuesta.

Nathan trató de reprimir las ganas que tenía de acariciarle el rostro. Sin embargo, al final no pudo contenerse y terminó estirando el brazo y pasándole la mano por la mejilla mientras sus miradas se encontraban.

—Dani…

La voz débil de Carlota se escuchó desde el otro lado de la casa.

CAPÍTULO 90

—Voy a ver qué quiere Carlota —dijo Daniela, apartando la mirada en primer lugar.

Se levantó del taburete y se dirigió al salón.

—Cariño… —murmuró, sentándose en el sofá al lado de Carlota—. ¿Qué tal estás?

—Bien.

—Mira quién ha venido a verte —le anunció Daniela a su hermana, segura de que ver a Nathan le iba a alegrar.

Nathan apareció por detrás de Daniela con una sonrisa prendida en los labios.

—¿Qué tal está la niña más preciosa del mundo? —le preguntó.

—Hola, Nathan —lo saludó la niña—. Estoy bien.

Nathan se acuclilló a su lado, a la altura de la cabeza, y le dio un toque en la nariz.

—¿Has venido a verme? —le preguntó Carlota con voz ingenua.

—Sí, Dani me ha dicho que estabas un poco pachucha…

—Sí, pero ya estoy mejor.

—Me alegro. —Nathan amplió la sonrisa.

Carlota giró el rostro hacia su hermana.

—Dani, ¿qué te ha pasado? ¿Por qué…? ¿Por qué tienes un tapón en la nariz?

—Me ha salido un poquito de sangre, pero no ha sido nada.

—¿Te duele? —preguntó Carlota, inocente, acariciándole la mejilla.

—No, mi amor —negó Daniela, cogiéndole la mano menuda y besándosela.

—Princesa, tengo que irme —intervino Nathan—. Tengo que ir a una aburrida reunión —le explicó.

—¿Vas a venir otro día a verme? —le preguntó Carlota.

Nathan dirigió una mirada a Daniela antes de decir:

—Claro.

Nathan se despidió de Carlota con un beso en la mejilla, y Daniela lo acompañó a la puerta.

—Nathan…, muchas gracias por venir, y… —comenzó Daniela—… por darme esta tarde libre y también por…

Nathan no dejó que terminara.

—Ya, Dani —le cortó—. No tienes que darme las gracias por nada.

—Yo creo que sí —insistió ella.

Nathan se limitó a sonreír.

—Mantenme al tanto de la evolución de Carlota —le pidió simplemente.

Daniela asintió en silencio mientras se pasaba la mano por la nuca.

—Nos vemos —se despidió finalmente Nathan.

—Nos vemos.

Nathan se giró para irse.

—Nathan, espera… —dijo Daniela y, sin pensárselo dos veces, se lanzó a sus brazos y lo abrazó.

Nathan no pudo evitar sorprenderse. Sonrió para sí en silencio. Cuando salió y Daniela cerró la puerta tras él, ella apoyó la espalda en la madera y lanzó al aire un suspiro, agobiada.

¿Qué iba a hacer con Nathan?, se preguntó. ¿Por qué le había abrazado de aquella forma? Debería haberse contenido. Debería haber dado una vuelta a ese impulso.

Mierda…

Un pensamiento angustioso atravesó su mente con la fuerza de un relámpago. Le quería. Mucho. Muchísimo. Se esforzaba por no pensar en él, pero tenía que reconocerse que lo echaba de menos. Sin embargo, no podían estar juntos mientras tuviera esa molesta sensación de que Nathan pretendía que sustituyera a su mujer, de continuar la historia donde lo había dejado con ella, porque eso terminaría en desastre.

La semana siguiente Carlota mejoró, aunque muy lentamente. Una tarde, Daniela le propuso salir a dar un paseo. Llevaba días sin que le diera el aire, y le convenía salir un poco a la calle y dejar atrás las cuatro paredes de casa.

Refrescaba, así que Daniela se puso un pantalón vaquero, un jersey de lana verde y se calzó sus zapatillas deportivas, y Carlota la imitó.

—¿De qué color quieres hoy el pañuelo? —le preguntó Daniela frente al espejo del cuarto de baño.

Carlota movió la boca de un lado a otro, pensando.

—Este —dijo, cogiendo un pañuelo blanco estampado con flores naranjas —. Así me hace juego con la cazadora.

Daniela la miró a través del espejo.

—Eres un poquito coqueta, ¿no? —bromeó.

Carlota se echó a reír. Daniela le puso el pañuelo alrededor de la cabeza y se lo ató en la nuca.

—Voy a por mi cazadora y nos vamos —dijo.

—¿Puedo echarme un poco de tu colonia? —le preguntó Carlota.

Daniela sonrió mientras salía del cuarto de baño. Carlota sabía que siempre le decía que sí, pero aún eso, le gustaba preguntárselo. Era

como una especie de protocolo que le gustaba seguir.

—Ya sabes que no hace falta que me lo preguntes —respondió Daniela por el pasillo.

Estaba poniéndose la cazadora en la habitación cuando llegó hasta sus oídos el sonido de cristales rompiéndose contra el suelo, seguido de un golpe seco.

El corazón le dio un vuelco.

—Carlota —dijo, mientras echaba a correr.

CAPÍTULO 91

Al llegar al cuarto de baño se encontró a Carlota desplomada en el suelo. La escena era macabra. Había caído entre el lavabo y la bañera, blanca como el mármol más puro, y presentaba un corte en la frente por culpa de los cristales del frasco de colonia que se había hecho mil pedazos.

—No, no, no… —masculló.

Daniela corrió hacia ella con el pulso tañendo a cien por hora en sus venas.

—¡Carlota…! ¡Carlota…! —la llamó, arrodillándose a su lado y tocándole el rostro—. Carlota, mi amor…

Pero Carlota no reaccionaba.

—No, por favor… —sollozó Daniela.

Se incorporó rápidamente, abrió el grifo del agua fría del lavabo, metió las manos debajo y se las pasó a Carlota empapadas por las mejillas y la frente para refrescarla.

—Mi amor… Carlota, mi amor…

Sus ojos se mantenían cerrados y el cuerpo estaba inerte, como el de una muñeca de trapo. Cogió unos cuantos pañuelos de papel y le limpió la herida de la frente sin dejar de llamarla.

Al ver que no le volvía la consciencia, sacó el móvil del bolsillo de la cazadora y llamó al 112.

—Necesito… Necesito una ambulancia —dijo, cuando le respondió la operadora—. Mi hermana se ha desmayado. Está inconsciente… —Trataba de hablar despacio para hacerse entender, pero los nervios y el miedo que le atenazaban el alma en esos momentos, hacía que las palabras le salieran de la boca atropelladas—. Sí… Sí… Once… Ahora mismo… Tiene leucemia y últimamente ha estado muy débil. Sí… Calle Evangelios, número 4 —les indicó la dirección—. Por favor, vengan cuanto antes.

Cuando colgó, guardó el móvil, introdujo la mano por detrás de la espalda de la niña y la arrastró hasta poner la cabeza en su regazo.

—Carlota… Carlota… —la llamó de nuevo, dándole pequeños golpecitos en las mejillas—. Carlota, cariño, tienes que abrir los ojos. Venga, abre los ojos.

Se desesperó al ver que sus intentos por reanimarla eran inútiles.

—¡Joder! —exclamó impotente.

De repente se acordó de su padre.

Tenía que llamarlo.

Volvió a coger el móvil del bolsillo de la cazadora y tecleó el número de teléfono de su padre.

—Daniela, cariño… —respondió Samuel.

—Papá, Carlota se ha desmayado.

A Samuel se le paró el corazón.

—¿Está inconsciente? —preguntó.

—Todavía sí. Ya he llamado al 112. Están de camino.

—Bien, hija. Has hecho muy bien.

—No hace nada, papá —rompió a llorar Daniela, desesperada por ver a su hermana en aquel estado—. No se mueve, no abre los ojos, no dice nada, no…

—Daniela, tranquila. —Samuel temió por un momento que a su hija mayor pudiera darle un ataque de ansiedad—. Ya sé que es difícil guardar la calma, pero tienes que intentar tranquilizarte. Sabes que le ha pasado otras veces. Seguramente vuelva a tener las defensas bajas… Quédate con ella y espera a que la ambulancia llegue. Yo iré directamente al hospital, porque no me da tiempo a ir a casa, ¿vale?

—Vale —murmuró Daniela entre sollozos.

—Cariño, todo va a salir bien. Carlota es muy fuerte —la animó Samuel, aunque las palabras también iban dirigidas a sí mismo—. Solo es un desmayo.

Daniela intentaba asimilar lo que le estaba diciendo su padre y pensar que Carlota se recuperaría.

—Daniela, tengo que dejarte —volvió a hablar Samuel—. Voy a hablar con mi jefe para que me deje salir. Quiero estar con vosotras lo antes posible.

—Vale —repitió ella mecánicamente.

—Nos vemos en un ratito —se despidió Samuel.

—Vale.

Daniela colgó la llamada y esperó a que llegara la ambulancia mientras continuaba llamando a Carlota para ver si abría los ojos.

Consultaba el reloj casi cada minuto. Las manecillas se movían tan despacio que ni se notaba. ¿Por qué el tiempo no corría más deprisa? ¿Por qué el 112 tardaba tanto?

¡Maldita sea…!, se quejó para sus adentros.

Un tiempo indeterminado después oyó el sonido de unas sirenas y sintió un enorme alivio. La ambulancia había llegado.

—Aguanta, Carlota. Aguanta, mi amor… Ya están aquí los médicos —le dijo, antes de levantarse y dirigirse a la puerta.

Al abrir, se encontró en el umbral a una médica y a una enfermera. Detrás de ellas, a un paso, se acercaba el conductor de la ambulancia.

Daniela les guio hasta el cuarto de baño, donde atendieron

debidamente la herida que Carlota tenía en la frente y le asistieron. Cuando la subieron en la camilla, le habían puesto una vía para el suero y una mascarilla de oxígeno rodeaba su pequeño y demacrado rostro.

—¿Se va a poner bien? —preguntó impaciente Daniela, ya en la ambulancia.

—Confiemos en que sí —respondió la médica—. Probablemente le hayan bajado las defensas. Ocurre a menudo en pacientes con leucemia.

Daniela asintió con una inclinación de cabeza.

—Gracias —le agradeció.

De camino a La Paz, Carlota recobró la consciencia. Daniela respiró aliviada.

—Carlota, mi vida… —murmuró con una sonrisa asomando a los labios, al verle abrir los ojos.

Carlota trató de decir algo a través de la mascarilla de oxígeno.

—Cariño, no hables… —se lo impidió Daniela con voz suave—. Es mejor que estés tranquila y guardes energías. Todo está bien, no te preocupes.

Carlota movió la cabeza. Daniela le buscó la mano y se la apretó ligeramente, aunque su hermana ni siquiera tenía fuerzas para coger la suya. Se inclinó sobre ella y depositó en su frente un beso muy suave, como si temiera que se fuera a romper.

La médica se acercó a Carlota.

—Carlota, respóndeme con la cabeza —le indicó con dulzura—. ¿Estás mareada? —le preguntó.

Carlota hizo un ademán de afirmación.

—¿Mucho?

Carlota volvió a asentir. La médica alargó la mano y le acarició la frente. Sonrió.

—Te vas a poner bien, tranquila —le dijo—. Es normal que estés mareada.

Alzó la vista y consultó que todo estuviera correcto en el panel donde se reflejaban las constantes vitales.

—Mira, te he traído a Dobby —dijo Daniela, mostrándole a Carlota su adorado muñeco de peluche.

Carlota esbozó una débil sonrisa. Daniela se lo puso debajo del brazo y ella lo apretó contra su cuerpecito menudo.

CAPÍTULO 92

Daniela se dejó caer agotada en una de las sillas azules de la sala de espera de urgencias, donde en un box acababa de dejar a su hermana rodeada de médicos y enfermeras. Apoyó la espalda en el incómodo respaldo, se llevó las manos al puente de la nariz y lo apretó tratando de calmarse.

Respiró hondo con los ojos cerrados.

El fuerte olor a antiséptico que había en el ambiente le embriagó las fosas nasales hasta darle náuseas. Ignorándolas, se masajeó las sienes, haciendo círculos con los dedos.

Toda la tensión por la que había pasado la última hora le cayó encima a plomo. La idea de que a Carlota le pudiera pasar algo la aterraba.

Al oír el ruido de la puerta de la sala de espera, alzó la mirada y vio acercarse a su padre. Por fin. Se levantó de inmediato de la silla de plástico y corrió hacia él.

—Papá… —sollozó, lanzándose a sus brazos.

—Cariño, ya estoy aquí —dijo Samuel, acariciándole la cabeza—. Tranquila, ya estoy aquí…

Las horas de la tarde transcurrían parsimoniosamente por el reloj. Tan despacio que resultaba desesperante.

Alguien abrió la puerta del box en el que estaba Carlota. Al levantar la vista, Daniela y Samuel vieron salir a la médica que había estado atendiéndola. La expresión de su rostro era indescifrable cuando se acercaba a ellos.

—Hemos llamado al oncólogo de Carlota —les informó.

Daniela frunció el ceño y Samuel movió ligeramente la cabeza.

—¿Por qué? —preguntó.

—No les voy a mentir —comenzó la médica, mirando a uno y a otro—. Carlota tiene las defensas extremadamente bajas debido al tratamiento que se ha seguido para atajar la leucemia. Su sistema inmunológico ha dejado de responder de forma correcta, por lo que se va a suspender la quimioterapia, pero será su oncólogo quien lo decida en última estancia.

Daniela se llevó las manos a la boca.

—Dios mío… —susurró, consciente de lo que eso significaba.

—¿Y cuál es la solución? —intervino Samuel.

La médica tomó aire.

—El oncólogo les informará de todo —dijo con voz templada en

tono conclusivo—. Es a él a quien le corresponde.

—Gracias —le agradeció Samuel.

—En cuanto el doctor Morales la reconozca, hablará con ustedes —añadió la médica, antes de darse media vuelta y volver a entrar en el box.

Cuando la puerta de la sala se cerró, Daniela miró a su padre.

—Papá, ¿qué va a pasar con Carlota? —le preguntó angustiada, sin poder contener las ganas de llorar.

Samuel la estrechó contra él.

—No lo sé —respondió apesadumbrado—. Me gustaría saberlo; me gustaría poder decirte qué va a pasar, pero no lo sé.

—No… No puede suceder lo mismo que sucedió con mamá —lloró Daniela en su hombro. Se estremeció con un intenso escalofrío solo imaginándoselo—. Papá, no puede suceder lo mismo. La vida no puede ser tan cruel con nosotros, ni con Carlota. No se lo merece… No se lo merece…

—Cálmate, Daniela —susurró su padre—. Todo va a ir bien, mi vida. Todo va a ir bien…

Y aunque Samuel lo repetía una y otra vez, ni siquiera él mismo terminaba de creérselo. Todo era tan parecido a lo vivido seis años atrás, con Gemma, que estaba tan aterrado como en aquel entonces.

Daniela tenía razón: no podía pasar lo mismo que con su madre. La vida no podía ser tan cruel. Pero ¿qué sabía esta de crueldad o misericordia? ¿De justicia o injusticia? Si, por lo general, y Samuel sabía muy bien de lo que hablaba, la vida quitaba más de lo que daba.

Daniela alargó el brazo y pasó a Samuel uno de los vasos de cartón que llevaba en la mano.

—El tuyo lleva doble de café —dijo.

—Gracias —susurró Samuel.

Daniela se sentó en la silla de al lado y lanzó una mirada ansiosa a la puerta blanca del box.

—¿Por qué no nos dicen nada? —preguntó con un viso de exasperación en la voz—. ¿Por qué ni siquiera nos dejan verla?

—Debemos tener paciencia —dijo Samuel, dando un sorbo de su café.

Daniela chasqueó la lengua.

Cuando se terminó su café, posó de nuevo los ojos en la puerta, esta se abrió y el doctor Morales, el oncólogo de Carlota, emergió de la sala.

—Buenas noches —los saludó.

—Buenas noches —respondieron Daniela y Samuel al unísono.

—Vamos a hablar a mi despacho —indicó el médico.

Aunque el rostro del doctor Morales se mantenía inescrutable, como el de la médica que había hablado con ellos antes, un mal presentimiento se cernió sobre la cabeza de Daniela. Una extraña inquietud fue invadiéndola.

CAPÍTULO 93

—Tomad asiento —dijo el doctor Morales, señalando los sillones que había delante de su escritorio con un ademán de la mano.

—Juan, ¿cómo está mi hija? —preguntó Samuel en confianza, nada más de sentarse.

El médico guardó silencio unos segundos, eligiendo con cuidado las palabras que iba a decir. Conocía a Samuel y a Daniela desde hacía años. Él mismo había seguido la enfermedad de Gemma hasta su fatídico desenlace, y no estaba convencido de que estuvieran en condiciones de soportar otro duro golpe de la vida.

—Carlota está mal —respondió con voz templada—. Muy mal. Tengo que ser sincero, Samuel, en estos momentos la única oportunidad que tiene es un trasplante de médula ósea.

Daniela recibió aquellas palabras como un puñetazo en el estómago. Ya no fue capaz de oír nada más. Sintió que el mundo se le venía encima igual que una brutal avalancha de nieve.

El doctor Morales siguió hablando.

—Con el tratamiento de la quimioterapia no estamos consiguiendo que la leucemia remita y su sistema inmunológico está tan deteriorado que es imposible que aguante un solo ciclo más.

Samuel se pasó los dedos por la frente con expresión angustiada en el rostro, y Daniela hundió la cara entre las manos, haciendo un esfuerzo ingente por contener el llanto.

—Dios mío… —murmuró Samuel.

Su peor pesadilla acababa de convertirse en realidad. Su hija pequeña estaba al borde de la muerte, como lo estuvo Gemma, su mujer. La historia se repetía grotescamente con la misma crudeza.

—Daniela… —La voz del oncólogo la hizo reaccionar. Aquella noticia la había dejado como anestesiada. Levantó la vista y miró al médico con expresión consternada. El doctor Morales continuó hablando—. El protocolo dicta que primero se comprobará si la médula de los hermanos del paciente es compatible con la suya. En este caso, tú eres la única hermana de Carlota, así que empezaremos contigo.

—Sí, sí, claro… —dijo Daniela, solícita, viendo de pronto un destello de esperanza.

—¿Qué ocurre, Juan? —le preguntó Samuel al doctor Morales, al advertir su rostro serio.

—Lamentablemente, las posibilidades de que Daniela pueda ser la

donante de Carlota son solo de un 25% —contestó.

—¿Solo de un 25%? —repitió Daniela con incredulidad en la voz.

—Sí. Solo en el caso de tener un hermano gemelo idéntico la compatibilidad es del 100%.

Daniela dejó caer los hombros y suspiró. Samuel giró el rostro hacia ella.

—Cariño, al menos tenemos un 25% de probabilidades al que aferrarnos —dijo.

—Es cierto —repuso Daniela, blandiendo en los labios una leve sonrisa—. Al menos tenemos un 25% al que aferrarnos.

Aquella misma madrugada, mientras le extraían una pequeña muestra de sangre para estudiar sus características de histocompatibilidad, es decir, para ver la semejanza o identidad inmunológica entre ella y Carlota, elevó una plegaria al Cielo rogando que su médula estuviera dentro de ese 25% de posibilidades.

Cuando salió de la sala sujetándose el trozo de algodón en el brazo, su padre le dijo que el doctor Morales les había dado permiso para ver a Carlota, aunque solo sería durante unos minutos, ya que se encontraba en la UCI y estaban fuera del horario oficial de visitas. Pero entendía que llevaban muchas horas sin verla y que a ella también le vendría bien estar un ratito con ellos.

Antes de entrar en la habitación en la que se encontraba, una de las enfermeras de guardia les indicó que tenían que ponerse unos patucos, una bata y una mascarilla en la boca para evitar en lo posible cualquier infección que pudiera contraer.

Daniela contempló impotente la parafernalia de cables y máquinas que rodeaban a Carlota y a Dobby, al que abrazaba bajo el brazo. Su hermana se encontraba inmóvil, con los ojos cerrados. Tenía los labios agrietados por la sequedad, y la piel del rostro estaba más pálida que nunca, hundiendo aún más sus ojos. Su cuerpo menudo hacía que la cama pareciera enorme. Era terrible ver a una niña de solo once años, con toda la vida por delante, en ese estado.

Al sentirlos, Carlota abrió los ojos y sonrió a través de la mascarilla de oxígeno.

—¿Cómo estás, mi vida? —le preguntó Samuel.

Alargó el brazo y le acarició suavemente la mejilla.

—Bien —respondió Carlota en tono débil.

Daniela notó que se le cerraba la garganta y que apenas le salían las palabras. Sin embargo, se tragó las lágrimas. No quería que Carlota la viera llorar. Borró la expresión de dolor de su rostro con una sonrisa y cambió de tema.

—No te podemos besar, cariño, porque hay que evitar que cojas

una infección —habló por la mascarilla de papel, pasándole el dorso de la mano cariñosamente a lo largo de la mejilla, como antes había hecho su padre—. Pero sabes que te queremos, ¿verdad?

—Te queremos mucho, Carlota —intervino Samuel.

—Yo también os quiero mucho —respondió ella.

—¿Te han hecho muchas pruebas? —se interesó Daniela.

—Sí —afirmó Carlota.

—Y las has aguantado todas como una auténtica campeona —comentó Samuel, dejando entrever su orgullo.

Carlota sonrió.

En esos momentos la enfermera de guardia que les había atendido a la entrada apareció en la habitación.

—Solo podemos estar unos minutos contigo, pero no nos vamos a ir del hospital —le informó Daniela a su hermana—. Estaremos al otro lado de la puerta, ¿vale?

—Vale —asintió la niña.

—Si necesitas algo o quieres vernos, díselo a la enfermera —agregó Samuel, antes de despedirse—. Hasta mañana, mi vida.

—Hasta mañana, cariño —dijo Daniela, agitando la mano.

—Hasta mañana —respondió Carlota.

CAPÍTULO 94

En algún momento de la todavía larga madrugada que quedaba por delante, Samuel y Daniela rezaron en silencio pidiendo de nuevo que la médula de Daniela fuera compatible con la de Carlota. Ninguno de los dos se atrevía a concebir la idea de que no fuera así.

Pero, a primera hora de la mañana, con los resultados que habían arrojado los análisis en las manos, el doctor Morales les dio la peor noticia que podían recibir, dadas las circunstancias: Daniela no podía ser la donante de Carlota, su médula era incompatible con la de su hermana pequeña. Las estadísticas ganaban, y la realidad caía sobre padre e hija como una bofetada en plena cara, sumiéndolos en una desolación tan profunda que no veían el fondo.

—Lo siguiente es recurrir a una donación anónima —les informó el oncólogo.

Encontrar un donante no emparentado era como buscar la aguja de oro en un pajar. Quizá se acababa hallando uno, pero con el tiempo. Y tiempo era lo que menos tenía Carlota.

Después de que Samuel entrara en la UCI para ver a su hija pequeña, se fue a casa a ducharse, cambiarse de ropa y de paso traer algunas cosas para Daniela. Después de él, fue Daniela quien visitó a su hermana.

—Me ha dicho papá que tu médula no es compatible con la mía —dijo Carlota.

Daniela se mordió el labio.

—Así es. No puedo ser tu donante, mi amor —dijo, tratando de mantener un tono templado.

No podía derrumbarse delante de Carlota. Tenía que ser fuerte. Respiró hondo para recuperarse y se dijo a sí misma que no era momento de venirse abajo.

—Pero ya están buscando un donante anónimo en el registro internacional —añadió.

Carlota no dijo nada. Daniela le cogió la mano que no tenía la vía y se la apretó afectuosamente.

—No tengas miedo, ¿vale, cariño? Todo va a salir bien. Te lo prometo —le dijo.

Daniela consiguió esbozar una sonrisa, aunque el esfuerzo estuvo casi a punto de acabar con ella. Aquello era demasiado difícil.

Carlota asintió, devolviéndole el gesto.

—No puedo salvar a mi hermana, Sú. ¿Te das cuenta? No puedo

salvarla —lloró Daniela desconsoladamente.

—Cariño, tienes que calmarte —le aconsejó Sú desde el otro lado del teléfono.

—No puedo… —dijo Daniela—. Estamos desesperados… Desesperados. Me aterra pensar que pueda pasarle a Carlota lo mismo que le pasó a mi madre. No aguantaría su pérdida… No… —Su voz se apagó.

—Dani, tienes que dejar esos pensamientos a un lado y tratar de ser positiva. Todavía hay esperanza. Sé que es difícil, pero tienes que intentarlo. Carlota no te puede ver así.

Daniela se enjugó las lágrimas y respiró hondo repitiéndose que debía mantener la calma.

—Tienes razón —repuso.

—Tengo que entrar a trabajar —anunció Sú—. En cuanto salga voy a verte al hospital, ¿vale?

—Gracias, Sú.

—Te veo luego, cielo.

—Hasta luego.

Daniela paseó la mirada por el pasillo por el que médicos y enfermeras iban de un lado a otro sin parar. De pronto un miedo casi inhumano se apoderó de ella. La vida de su hermana pendía de un hilo, tan sumamente fino, que en cualquier momento podría romperse. ¿Cómo iban a superar la muerte de Carlota, si apenas seis años antes había fallecido su madre?

No podía soportar sentirse tan impotente. La persona a la que más quería se debatía entre la vida y la muerte, en una carrera a contrarreloj, y lo único que podía hacer era rezar.

Rezar a un Dios que nunca la escuchaba.

A un Dios que no la escuchó cuando su madre murió.

A un Dios que no la escuchó cuando le diagnosticaron a Carlota la leucemia.

Y que tampoco la escuchó cuando le rogó que la quimioterapia venciera a la enfermedad y permitiera vivir a su hermana como una niña normal de once años.

—Dios mío… —susurró angustiada. Un nudo se formó en su estómago.

Entre toda aquella vorágine de pensamientos, tristeza y sentimientos encontrados, la imagen de Nathan surgió en su cabeza.

Lo necesitaba.

Le gustaría que estuviera allí con ella, que la abrazara al tiempo que le susurraba palabras de consuelo y le aseguraba que todo iría bien… Parecía que había pasado un siglo desde que no lo veía.

Suspiró, vencida.

—Nathan… —musitó.

¿Y si le mandaba un WhatsApp?

Sacó el móvil del bolso y se quedó mirando un rato la pantalla. Se recostó en el asiento y pensó muy bien el mensaje que iba a escribir. Trataría de ser lo más aséptica posible.

Comenzó a teclear con dedos temblorosos, pero antes de escribir la despedida, borró todo y salió de la aplicación. Negó para sí y guardó el teléfono en el bolso.

No era una buena idea.

Sú vio entrar a Nathan en el Eurostars. Tras vacilar unos segundos, finalmente se decidió por llamarlo.

—Señor Littman…

Nathan se giró. Sú echó a andar hacia él con pasos apresurados.

—¿Tiene un minuto? —le preguntó.

—Claro, Sú, dime… —respondió Nathan.

Sú no pudo evitar sorprenderse ante la amabilidad que mostraba Nathan. Era tan poco habitual verle así.

—No debería decirle esto… —comenzó titubeante—. Dani me va a matar, pero sé lo importante que ella y Carlota son para usted y…

Sú se calló, dudando si debía seguir o no.

—¿Qué ocurre con Dani y Carlota? —la incitó Nathan ceñudo.

Sú se mordió el labio inferior. Después tomó una bocanada de aire.

—Ayer Carlota sufrió un desmayo… Está… Está muy grave —dijo finalmente.

—¿Cómo de grave? —quiso saber Nathan.

—Le han suspendido los ciclos de quimioterapia porque el cuerpo no aguanta más… El sistema inmunológico está muy dañado. La única solución en estos momentos es un trasplante de médula —le explicó—. Dani está desesperada —añadió—. Se ha hecho las pruebas de compatibilidad y han dado negativo.

Nathan se acarició el pelo y resopló.

—Pobre Carlota… —susurró.

—Quizá no haya sido buena idea habérselo contado, pero creo que Dani le necesita. Aunque no lo reconozca, en estos momentos le necesita —dijo Sú.

—Has hecho muy bien en contármelo —afirmó Nathan—. ¿En qué hospital está?

—En La Paz —respondió Sú—. ¿Va…? ¿Va a ir a verla? —se atrevió a preguntarle.

—Por supuesto. No puedo dejar sola a Dani en estos momentos.

Sú sonrió. Seguro que Daniela se enfadaba con ella por haberle

contado a Nathan lo que estaba sucediendo con Carlota. Pero estaba convencida de que, pese a que no lo reconociera, necesitaba tenerlo a su lado. Estaba siendo un momento muy duro para ella.

—Gracias, Sú —le agradeció Nathan.

CAPÍTULO 95

Daniela paseaba de un lado a otro del pasillo con un nudo en el estómago. De pronto sintió una opresión en el pecho. Tan fuerte que apenas le dejaba respirar. Toda aquella situación la estaba desesperando. Se sentía desbordada, sola y perdida.

Se giró sobre sí misma y se dirigió a los servicios públicos. Necesitaba refrescarse la cara. Al entrar, dio el grifo del agua fría, se mojó las manos y se las pasó por el rostro. Cerró los ojos e inhaló aire hasta llenarse los pulmones. Cuando los abrió, vio su imagen reflejada en el espejo. Tenía la piel pálida y opaca y unas profundas ojeras.

Las lágrimas comenzaron a rodar precipitadamente por sus mejillas.

—Tengo miedo… —dijo. Alzó la vista—. Mamá, dame una señal. Haz algo. ¡Mamá, haz algo! Por favor, mamá… Tengo miedo. Tengo mucho miedo —repitió afligida—. No permitas que Carlota muera. Por favor... Por favor, mamá…

Dejó caer la espalda contra la pared alicatada y fría del servicio y fue resbalando hasta sentarse en el suelo. Hundió la cara entre las rodillas y hecha un ovillo rompió a llorar estrepitosamente. La sola idea de perder a Carlota le partía el corazón.

Daniela miraba fijamente la pantalla del móvil con los ojos empañados. Había vuelto a escribir un WhatsApp para Nathan más de una docena de veces, y ninguna de ellas se había atrevido a dar a la tecla de envío.

Soy una tonta, pensó para sí.

El repiqueteo cadencioso de unos zapatos aproximándose la hizo levantar la vista. Un escalofrío le recorrió la espalda al descubrir la persona que se acercaba a ella enfundada en un abrigo de paño negro tres cuartos, con aire regio y elegante. El corazón comenzó a latirle como un loco.

—Nathan…

Se incorporó de la silla con una mezcla de emociones y se echó a sus brazos sin pensar en nada.

—Se muere, Nathan. Mi hermana se muere —sollozó desolada en su hombro.

Nathan reaccionó al instante, la estrechó con fuerza contra su pecho y le dio un beso protector en la frente.

—Ya, cielo, ya… —le susurró.

Al advertir su fragilidad y su expresión de angustia se le rompió el

corazón. Nunca había visto a Daniela tan rota de dolor como en esos momentos en que su hermana se debatía entre la vida y la muerte.

—Le he prometido que todo va a salir bien, pero no estoy segura de que vaya a poder cumplirlo —continuó Daniela, soltando las palabras como si fueran las balas de una metralleta, mientras se entregaba al calor reconfortante del abrazo de Nathan—. ¿Qué voy a hacer, Nathan? ¿Qué voy a hacer?

Él le tomó el rostro entre las manos y la obligó a mirarlo.

—Eh, eh, eh… —dijo—. Cálmate. No quiero que estés así. Cálmate.

—Pero es que Carlota se muere. Si no aparece un donante, se muere… —afirmó Daniela, estremeciéndose, presa de los nervios.

—Dani, cálmate. Shhh… Shhh… Escúchame… —le pidió Nathan, tratando de tranquilizarla con la voz—. He estado hablando con los médicos que están llevando el caso de Carlota, voy a hacerme las pruebas de histocompatibilidad…

Daniela se quedó entre perpleja y desconcertada, mirando a Nathan fijamente a los ojos, sin saber qué decir.

—¿Qué…? —balbuceó.

—Si mi médula es compatible con la de Carlota, yo seré su donante.

—Nathan… —dijo Daniela en un hilo de voz—. Oh, Nathan…

Sin soltarle el rostro, él le enjugó las lágrimas con los pulgares.

Pese a la alegría y la sorpresa inicial, Daniela no pudo evitar dejarse golpear por la realidad. Una desconcertante inquietud la invadió. Más calmada, habló razonadamente.

—Las posibilidades de que tu médula sea compatible son… casi nulas. Hay miles de alelos diferentes… —dijo desesperanzada mientras se frotaba las manos.

Nathan no pudo reprimirse y le acarició la mejilla.

—Sé que estadísticamente es muy difícil que comparta alelos parecidos con Carlota, que los números están en nuestra contra, pero al menos tenemos que intentarlo.

Daniela blandió una débil sonrisa en los labios.

—Tienes razón. Tenemos que intentarlo —dijo, pasándose la mano por la cabeza.

—Señor Littman…

Una enfermera con una carpeta en la mano se acercó a ellos.

—Cuando quiera —le indicó.

Nathan acarició una última vez la mejilla de Daniela, se dio media vuelta y se fue con la enfermera.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó Daniela cuando salió.

Nathan asintió con la cabeza.

—Sí —sonrió.

Daniela se quedó mirándolo unos segundos.

—Gracias —dijo, rompiendo el silencio.

El nudo que tenía formado en la garganta le hacía difícil hablar.

—No tienes que darme las gracias por nada, Dani —dijo Nathan.

Daniela se mordió el labio, nerviosa.

—Me alegro de que estés aquí —confesó en un suspiro, tratando de evitar que Nathan leyera en su rostro cuánto lo necesitaba.

Nathan le dedicó una cálida sonrisa.

—Sabes que cuando me necesites, podrás contar conmigo —afirmó.

Daniela esbozó una sonrisa amarga, dejando caer los hombros. Antes de que Nathan continuara, dijo, bajando la cabeza con expresión de arrepentimiento:

—He sido una completa idiota…

—No has sido una idiota… —se apresuró a hablar él. Hizo una breve pausa para apoyar los dedos en su barbilla y obligarla a mirarlo —. Dani, no pretendo que sustituyas a Sienna ni tampoco a Lucy. No hay fantasmas. Ya no. Te quiero a ti. Ahora tú eres mi vida. Ya no entiendo mi existencia sin ti —afirmó contundente.

Las siguientes palabras las escogió con cuidado. No quería que la verdad se volviera contra él, como se había vuelto ya, pero tenía que ser honesto.

—Aunque reconozco que quizá sí intentaba comenzar a vivir la historia donde la dejé con ellas, formar una familia... —confesó—. Estos días que hemos estado separados me he dado cuenta de que nuestra relación está empezando, como tú bien me has dicho, y de que necesita tiempo.

Daniela sintió un enorme alivio al escuchar aquello. Sabía que Nathan estaba siendo sincero porque lo veía reflejado en sus ojos.

Nathan guardó silencio durante unos segundos antes de decir.

—Te prometo que voy a tratar de ser el hombre del que te puedas sentir orgullosa.

—Nathan, no tienes que prometerme nada. Yo ya me siento orgullosa de ti. Eres lo mejor que me podía haber pasado. Lo mejor —aseveró Daniela. Le acarició la mejilla mientras le miraba a los ojos—. No quiero estar sin ti —afirmó.

—Ni yo sin ti, mi cielo —dijo él—. Estoy seguro de que estás hecha para mí, Dani.

—Y yo estoy segura de que tú estás hecho para mí, Nathan —susurró ella.

Las comisuras de los labios de Nathan se curvaron en una sonrisa.

Aproximó su rostro al de Daniela y la besó suavemente. Después se fundieron en un abrazo.

—Por cierto, ¿cómo has sabido que estaba aquí? —le preguntó Daniela con curiosidad.

—Me lo ha dicho Sú —respondió Nathan.

—¿Sú? ¿Mi amiga Sú? —repitió Daniela, extrañada.

—¿Conocemos a otra Sú que no sea esa?

—No, pero es que… Bueno, Sú te tiene… mucho respeto.

—Pero eso era antes —matizó Nathan en tono distendido.

—Antes y ahora —apuntó Daniela—. Nathan, tienes que reconocer que a veces puedes ser insufrible y que das un poquito de miedo.

—¿A ti te doy miedo? —le preguntó él.

Daniela esbozó una breve sonrisa.

—A mí no —respondió.

Nathan se inclinó y depositó un beso en su hombro.

CAPÍTULO 96

Daniela vio por encima del hombro de Nathan que su padre se acercaba a ellos con expresión de extrañeza en el rostro.

—Papá, Nathan se ha hecho las pruebas de histocompatibilidad para ver si puede ser el donante de Carlota. Estamos esperando los resultados —se adelantó a decir Daniela cuando Samuel los alcanzó, rompiendo el abrazo con Nathan.

Samuel entornó los ojos y miró a Nathan ligeramente sorprendido. Alargó el brazo y le ofreció la mano.

—Muchas gracias, Nathan —le agradeció—. Es un gesto muy generoso por tu parte.

—No tienes que darme las gracias por nada, Samuel —dijo él, estrechándole la mano—. Solo espero que la compatibilidad de los alelos sea lo suficientemente alta como para poder donarle mi médula a Carlota.

Samuel le dio unas palmaditas afectuosas en el hombro. Daniela intercambió una mirada cómplice con Nathan.

—Pasad a mi despacho, por favor —les indicó el doctor Morales.

El corazón de Daniela estaba en vilo cuando se sentó frente al escritorio del oncólogo. Al igual que el de Samuel y el de Nathan.

—La ciencia está reñida con los milagros —comenzó el médico, hablando con cierta perplejidad—, pero hoy me he dado cuenta de que existen. La médula de Nathan es compatible con la de Carlota.

Daniela cerró los ojos y exhaló el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

—Dios mío… —musitó sin poder casi articular palabra.

Al abrir los ojos los tenía llenos de lágrimas.

Samuel se echó hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla, como si no pudiera mantener erguido su propio cuerpo, al tiempo que lanzaba al aire un profundo suspiro de alivio. Nathan sonrió.

—Ya está, cielo —le dijo a Daniela, volviéndose hacia ella—. Ya está…

Estiró los brazos y la abrazó.

—Gracias, gracias, gracias… —susurró ella una y otra vez contra su cuerpo.

Nathan «El Todopoderoso», dijo Daniela para sus adentros, pensando que él lo podía todo. Todo, como un Dios.

—Tengo que consultarte algo, Nathan —intervino el doctor

Morales, adoptando un tono formal en la voz—. Normalmente, la donación se hace mediante citoaféresis o donación de sangre periférica. Lo que hacemos en ese caso es extraer las células madre hematopoyéticas, lo que comúnmente llamamos médula ósea, a través de la selección de las células madre que hay en la sangre —explicó el oncólogo—. Cuatro o cinco días antes administramos al donante un medicamento llamado factor de crecimiento hematopoyético para que mueva hacia la sangre las células que hay en el interior de los huesos y de este modo poder extraerlas con una máquina que centrifuga la sangre.

Nathan escuchaba la explicación con suma atención.

—Pero en el caso de Carlota es demasiado arriesgado —prosiguió el doctor Morales—, ya que no podemos esperar los cuatro o cinco días que se requieren para administrar en el donante el medicamento que permite que las células emerjan a la sangre para después extraerlas. Su cuerpo en general y su sistema inmunológico en particular están demasiado debilitados… —argumentó—. Necesitamos extraer la médula ósea de una forma más rápida y eso se hace a través de la punción de las crestas ilíacas situadas en los huesos de las caderas. La punción se hace en el quirófano bajo anestesia general, lo que implica el riesgo que conlleva cualquier operación de corta duración con anestesia general. Por eso el donante es quien tiene la última palabra.

—Entiendo que por protocolo haya que preguntarlo, pero lo tengo claro —dijo Nathan—. No tengo ningún problema en someterme a la punción. Todo lo contrario, cuanto antes sea el trasplante de médula mejor, porque antes comenzará la recuperación de Carlota.

Daniela buscó su mano y se la apretó cariñosamente.

—Gracias —le susurró con la voz tomada por la emoción.

Nathan alargó el brazo y le enjugó la lágrima que se deslizaba por su mejilla.

—Muchas gracias, Nathan —dijo Samuel en tono de profundo agradecimiento.

—Bien. Si no tienes ninguna pregunta, traeré los correspondientes consentimientos para que los firmes —concluyó el médico.

—¿Qué efectos secundarios va a tener para Nathan la donación de su médula ósea? —quiso saber Daniela, que también estaba preocupada por él.

—En el caso de la punción, un dolor en la zona en la que se realiza. Este dolor normalmente remite a las 48 horas y se controla con analgésicos sin mayor inconveniente —respondió el doctor Morales.

—Gracias —dijo Daniela.
—¿Podemos decírselo a Carlota? —preguntó Samuel.
—Por supuesto. Ahora mismo podréis pasar a verla.

CAPÍTULO 97

Samuel fue el primero que entró a ver a Carlota, aunque dejó que fueran Daniela y Nathan quienes le dieran la buena noticia.

—Cariño… —la llamó Daniela al acercarse a la cama. Carlota sonrió con las pocas fuerzas que le quedaban—. Ha venido a verte Nathan —dijo.

Los ojos alicaídos de la niña se iluminaron con un destello.

—Hola, Nathan —lo saludó con un hilo de voz al verlo.

—Hola, princesa —correspondió él.

Aunque Carlota no podía ver la sonrisa de Nathan, porque la mascarilla ocultaba su boca, sabía que estaba sonriendo.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó él, acariciándole la frente cariñosamente.

Carlota asintió moviendo un poco la cabeza, pues no le quedaban fuerzas ni siquiera para hablar.

—Tranquila, mi amor —le dijo Daniela al reparar en el esfuerzo que estaba haciendo—. Carlota, Nathan va a ser tu donante —le anunció, con los ojos húmedos por las lágrimas—. Se ha hecho las pruebas y es compatible con tu médula. Pronto todo esto va a quedar atrás.

El rostro de Carlota se esponjó, tomó aire y en un resuello dijo:

—Gra… Gracias.

Nathan negó con la cabeza.

—No tienes que darme las gracias, princesa.

La niña buscó su mano. Nathan se la rodeó con los dedos y la apretó con suavidad para no hacerle daño.

De pronto algo dejó de ir bien.

A Carlota se le eclipsaron los ojos y el monitor que mostraba las constantes vitales empezó a hacer un ruido monótono y ensordecedor.

Daniela frunció el ceño con gravedad. ¿Qué pasaba?

—¡Carlota! —exclamó con los ojos llenos de pánico—. ¡Carlota, mi amor! ¡Carlota!

Miró a Nathan, pero él ya se encontraba en la puerta de la habitación llamando a los médicos.

—¡Ayuda, por favor! ¡Ayuda! —gritó.

—Carlota, no te mueras. No puedes hacerme esto… —dijo Daniela, tocando su carita demacrada—. Carlota, por favor… Tienes que aguantar un poco más. Solo un poco más.

Pero Carlota no reaccionaba a sus súplicas.

Una de las enfermeras entró corriendo. Al ver la raya plana del monitor, cogió el desfibrilador y lo hizo rodar hasta la cama.

—Ha entrado en parada cardiorrespiratoria —dijo el médico de guardia cuando llegó a la habitación.

Un médico y una enfermera más entraron detrás de él. El primer médico cogió las paletas del desfibrilador manual.

—Cincuenta —indicó la descarga a la enfermera que había entrado en primer lugar.

Ella cargó el aparato y el médico colocó las paletas sobre el pecho de Carlota.

—¡Carlota! ¡Carlota abre los ojos! ¡Abre los ojos, por favor! —suplicaba gritando Daniela.

—Por favor, salgan de la habitación —les pidió una de las enfermeras, dirigiendo su petición a Nathan.

Él cogió a Daniela de la cintura y tiró de ella para sacarla de la sala.

—No quiero irme —dijo Daniela, tratando de zafarse de los brazos de Nathan—. Quiero quedarme con ella. Carlota, por favor. No puedes irte ahora… No ahora que faltaba tan poco…

—Ya, Dani… Tenemos que dejar que los médicos hagan su trabajo —dijo Nathan, arrastrándola con él fuera de la habitación.

—No, Nathan. Déjame estar con ella. Quiero estar con ella…

Mientras Daniela seguía intentando liberarse de Nathan y correr al lado de su hermana, el tiempo pareció ralentizarse. Todo comenzó a ir a cámara lenta y justo antes de salir, vio que el torso menudo de Carlota se sacudía con la descarga eléctrica del desfibrilador, y a Dobby cayendo al suelo. Sintió un escalofrío gélido en la espalda.

Nathan por fin pudo sacarla de allí.

—Cielo, cálmate. Cálmate… —le susurró.

Quería abarcarla por entero para consolarla. Evitarle ese dolor; que no tuviera que pasar por él. Un brazo le rodeaba el torso y la mano del otro, abierta de par en par, le sujetaba la cabeza apretándola contra él. Estaba tan nerviosa, llorando sin parar, que temía que pudiera darle un ataque de ansiedad.

—No quiero perderla. No quiero que se muera… —sollozó Daniela.

—Shhh… —siseó Nathan, acunándola entre sus brazos—. Shhh…

En esos momentos Samuel entró en la sala de espera de la UCI, al observar a Nathan abrazando a Daniela de ese modo y a su hija desgarrada por el llanto, supo que algo iba mal.

—Papá, Carlota… —comenzó Daniela con la voz quebrada, al ver por encima del hombro de Nathan que avanzaba hacia ellos.

El vaso de cartón que llevaba Samuel en la mano cayó

estrepitosamente al suelo, derramando por las baldosas todo el café que contenía. Miró a Nathan, que apretó los labios.

—No… —farfulló—. No puede ser… Mi pequeña no… No, ella no…

Daniela se liberó del cálido abrazo de Nathan y dejó que su padre la estrechara entre sus brazos.

—Papá… —lloró.

CAPÍTULO 98

Un silencio sepulcral y espeso como la miel, solo roto por los sollozos intermitentes de Daniela, inundaba la sala de espera de forma macabra, mientras trataba de controlar el terrible miedo que le atenazaba el corazón.

Los ojos de los tres se centraron en los dos médicos que salieron de la habitación de Carlota. Al verlos, se pusieron de pie y el mundo pareció quedar suspendido en el aire.

—Hemos estado a punto de perderla —dijo el que se había encargado de llevar a cabo la desfibrilación—. Pero afortunadamente hemos conseguido reanimarla y ahora mismo está estable, aunque no está fuera de peligro.

—Bendito sea Dios… —se oyó mascullar a Samuel.

—Dios mío… —susurró Daniela con incredulidad.

Después de que padre e hija se fundieran en un abrazo, Nathan ayudó a Daniela a sentarse de nuevo en la silla. Le temblaba todo el cuerpo.

—Gracias por los esfuerzos —agradeció Samuel a los médicos—. Gracias por devolverle la vida a mi hija.

Uno de ellos frotó la tensa espalda de Samuel. Después dirigió una mirada a Nathan.

—¿Es usted el donante? —le preguntó.

—Sí —afirmó él.

—¿Tiene algún problema en que la extracción de médula ósea se lleve a cabo hoy mismo?

—No, ninguno.

—Entonces vamos a empezar a hacerle las pruebas de la anestesia.

—Perfecto.

—Venga con nosotros, si es tan amable.

Cuando Nathan desapareció con los médicos, Daniela giró el rostro hacia Samuel.

—Todavía hay una esperanza, papá —dijo con los ojos arrasados en lágrimas.

—Sí, cariño. Todavía hay una esperanza —repitió, dejando escapar una sonrisilla de alivio—. Carlota tiene que salir de esta. Nuestra pequeña no se puede dar por vencida.

—Te quiero, Nathan —dijo Daniela, mientras esperaban en una habitación para llevarlo al quirófano.

—Y yo a ti, mi cielo —correspondió él.

Daniela se acercó y lo besó. Le estaba tan agradecido... ¿De qué forma le pagaría lo que estaba haciendo por su hermana?

En esos momentos la puerta se abrió y una enfermera alta con el pelo fosco moreno entró.

—Señor Littman, ¿está preparado? —le preguntó amable.

—Sí —afirmó él.

—Bien. Vamos.

Nathan echó a andar detrás de la enfermera y Daniela no le soltó la mano hasta que no le quedó más remedio que separarse de él. Necesitaba sentir su contacto.

Cuando se quedó sola, Daniela se abrazó a sí misma, se giró y miró por la ventana. La puerta de la habitación se volvió a abrir.

—Mira a quién me he encontrado en el pasillo. —La voz de Samuel se oyó a su espalda.

Daniela giró el rostro y miró por encima de su hombro.

—¡Sú! —exclamó, al verla aparecer en su campo de visión.

—Cariño…

Daniela dio media vuelta sobre sus talones y avanzó hacia ella.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó Sú al tiempo que la abrazaba.

—¿Enfadada? ¿Por qué?

—Por haberle contado a Nathan lo que le estaba pasando a Carlota.

Daniela movió la cabeza, negando.

—No —dijo—. Al contrario, tengo que darte las gracias.

—Dime que habéis vuelto —se adelantó Sú.

—Sí —afirmó Daniela, arrugando la nariz.

—¡Por Dios, no sabes cómo me alegro!

—Y no solo eso… Nathan se ha hecho las pruebas de histocompatibilidad y su médula es compatible con la de Carlota.

Sú abrió la boca de par en par.

—¡¿Qué me dices?! —expresó cuando fue capaz de cerrarla.

—Ahora mismo lo están interviniendo —le explicó Daniela.

—Dios mío…

—Es un milagro, Sú. Todo lo que está pasando es un milagro.

—Esa es la mejor noticia que podías darme, cielo. Incluso mejor que la de que Nathan y tú habéis vuelto —bromeó ella—. Yo me hubiera hecho las pruebas, pero ya sabes que tuve hepatitis B de pequeña, y eso me impide donar médula.

—Sí, lo sé, tranquila —sonrió Daniela. Su rostro adoptó una expresión seria—. Lo peor es el susto que nos ha dado Carlota esta mañana.

—¿Qué ha pasado?

—Que ha entrado en parada cardiorrespiratoria.

—¡No me jodas! —susurró Sú.

Los ojos de Daniela se anegaron de lágrimas.

—Pensé que se había muerto —comentó Daniela, acariciándose los brazos con aprensión—. Me puse histérica… —Se estremeció al recordarlo.

—No es para menos…

—Afortunadamente los médicos llegaron a tiempo y le practicaron una desfibrilación. Eso es por lo que mi hermana aún está viva.

—Ya, cariño… —dijo Sú en tono consolador, abrazándola de nuevo y acariciándole cariñosamente la espalda.

—Tengo ganas de que todo esto acabe, Sú, porque no puedo más. Estoy exhausta —confesó Daniela en un hilo de voz.

—Y va a acabar —murmuró Sú—. Esta pesadilla por suerte está tocando fin, Dani.

Daniela sonrió para sus adentros.

Sí, por suerte estaba tocando fin.

—¿Cuál es el siguiente paso? ¿Carlota tiene que entrar en el quirófano también? —preguntó Sú.

—No. Gracias a Dios, no. Las células madre que le están extrayendo a Nathan se inyectarán en el torrente sanguíneo de Carlota a través de un catéter, y estas viajarán por la sangre hasta la médula ósea, donde comenzarán a producir células sanas y a sustituir a las que están dañadas —le explicó Daniela—. Aunque se llama trasplante, en realidad es un proceso similar a una trasfusión de sangre.

—Mejor así —dijo Sú.

—La verdad es que sí. Porque no sé si mi hermana estaría preparada para soportar una anestesia y una intervención invasiva, por pequeña que fuera —opinó Daniela—. Está extremadamente débil. —Hizo una pausa—. ¿Te apetece un café? —le preguntó a Sú, cambiando de tema.

Ella asintió. Salieron de la habitación y se dirigieron a la máquina de café que había al final del pasillo. Daniela introdujo un euro en la ranura para que Sú eligiera el suyo.

—Dani, ¿en algún momento se te habría pasado por la cabeza pensar que el Nathan Littman que nos revolucionó a todas, el día que llegó al Eurostars, acabaría salvándole la vida a tu hermana? —lanzó al aire Sú, no sin cierto asombro.

—Te juro que no —respondió Daniela mientras esperaba a que se preparara su café doble—. Como tampoco me hubiera imaginado que Sergio y yo romperíamos y que Nathan terminaría siendo mi pareja.

Durante seis años he creído que Sergio tenía todo lo que buscaba en un hombre… Sin embargo, no era así.

—¿Te das cuenta de las vueltas que da la vida? ¿De las sorpresas que nos tiene preparadas a veces?

—Sí, resulta sorprendente.

CAPÍTULO 99

Nathan abrió los ojos y se encontró con la mirada azul de Daniela contemplándolo como si fuera un animal en peligro de extinción.

—Me encanta despertarme y que lo primero que vea sean tus ojos —dijo con voz somnolienta.

—He estado mirándote desde que te han traído a la habitación —le confesó Daniela con los ojos húmedos.

Nathan alargó la mano y le acarició el rostro.

—No vayas a llorar, ¿eh? —dijo—. Ya has llorado bastante, cielo.

Daniela le cogió la mano, se la llevó a la boca y la besó suavemente.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó.

Nathan se incorporó en la cama. Tenía la cabeza algo aturdida por la anestesia, pero estaba bien.

—Muy bien. Todavía tengo algo de sueño, pero me encuentro muy bien —respondió—. ¿Qué tal está Carlota? —quiso saber.

—La están preparando para el trasplante.

Nathan delineó una sonrisa en los labios y respiró satisfecho.

—Bien —murmuró. Miró a Daniela—. ¿Y tú cómo estás? —le preguntó.

—Feliz —respondió simplemente ella—. No sé de qué manera te voy a agradecer lo que has hecho por mi hermana —añadió.

—No tienes que agradecerme nada —comenzó Nathan—. Soy yo quien os va a estar eternamente agradecido.

Daniela frunció el ceño, ligeramente desconcertada.

—¿Qué?… ¿Qué quieres decir, Nathan?

—Es la primera vez desde que tuvo lugar el accidente de Sienna y Lucy que me siento en paz conmigo mismo —respondió él—. Es extraño, Dani… No soy un hombre creyente ni nada que se le parezca, pero creo que han sido ellas, Sienna y Lucy, las que te han puesto en mi camino. A ti y a Carlota… Para que ocurriera lo que ha ocurrido, para que yo pudiera salvarla y así reconciliarme conmigo mismo y con el mundo. Es como si a través de vosotras me hubiera redimido. Por fin vuelvo a ser el Nathan de antes, liberado del peso de la culpa —concluyó.

—¿Lo dices en serio?

A Daniela no dejaban de sorprenderle los términos en los que estaba hablando Nathan.

—Nunca he dicho algo tan en serio en mi vida —afirmó él—. Es

como si el pasado hubiera dejado de perseguirme. Y ahora lo único que me pregunto es qué hubiera sido de mí si no te hubiera encontrado, Dani. —Guardó silencio unos instantes antes de continuar—. Durante todos estos años he estado escapando del dolor y del remordimiento que me reconcomía de la forma más cruel; siendo inmune a los problemas emocionales de la gente que me rodeaba, como si el mundo tuviera la culpa del infierno en el que se había convertido mi vida y tuviera la obligación de tolerar mi comportamiento por el sufrimiento que me consumía por dentro. —Miró a Daniela a los ojos—. Soy yo quien os tiene que dar las gracias. Tú y Carlota habéis sido el camino para expiar mis pecados. —Daniela no sabía qué decir, así que lo abrazó. Nathan apoyó la barbilla en su hombro—. Ahora tengo más corazón que nunca —añadió—. Más alma que nunca.

Daniela sonrió.

—¿Sabes una cosa? —dijo, separándose unos centímetros de él—. Justo antes de que tú llegaras al hospital, le pedí a mi madre que no dejara morir a Carlota, que hiciera algo, que la ayudara a salir de esto… Y apareciste tú diciendo que te ibas a hacer las pruebas de histocompatibilidad… y resultó que, casi como un milagro, tu médula era compatible con la suya…

Daniela no pudo evitar volver a emocionarse.

—Ven aquí —dijo Nathan, y llevado también por la emoción, la abrazó de nuevo.

La puerta de la habitación se abrió.

—Lo siento… —se disculpó Samuel—. No quería interrumpiros.

—No pasa nada, papá —se adelantó a decir Daniela.

—Ya están haciendo el trasplante a Carlota —les informó.

—Espero que todo vaya bien y que no haya ningún contratiempo —murmuró Daniela.

—No lo habrá —atajó Nathan—. Ya lo verás…

Samuel se adentró unos pasos en la habitación.

—¿Qué tal estás? —le preguntó a Nathan.

—Muy bien, gracias —respondió él.

—Quiero pedirte perdón —comenzó Samuel con el corazón en la mano—. No he sido muy amable contigo durante este tiempo ni con la relación que mantenías con Daniela. Lo siento. Solo pretendía proteger a mi hija. Pero lo que has hecho por Carlota…

La voz de Samuel se fue apagando. Le faltaban palabras para describir lo agradecido que le estaba.

—Samuel, no tengo nada que perdonarte —le cortó suavemente Nathan en tono conciliador—. Yo hubiera hecho exactamente lo

mismo. Bueno, para ser sincero, yo hubiera sido bastante peor que tú.

Samuel blandió una leve sonrisa. Nathan alargó la mano hacia él y Samuel se la estrechó afectuosamente, rodeándosela con las dos suyas.

—Bienvenido a la familia —dijo.

—Gracias —sonrió Nathan.

—Por fin los dos hombres de mi vida entierran el hacha de guerra —intervino Daniela.

Nathan giró el rostro hacia ella.

—Te dije que cuando tu padre viera todo lo que te quiero acabaría aceptándome —bromeó.

—Es cierto, lo dijiste —comentó Daniela.

Los tres se echaron a reír.

—¿Cómo ha ido el trasplante? —preguntaron impacientes Daniela y Samuel.

—Perfectamente —respondió el doctor Morales—. No ha habido ninguna complicación.

Daniela se llevó las manos al pecho y suspiró aliviada.

—¿Podemos ver a Carlota? —dijo.

—Sí —afirmó el médico—. En estos momentos, tenemos que evitar que coja cualquier virus o infección, así que la hemos aislado en una habitación especial, pero podréis veros a través de los cristales.

La enfermera, con una vestimenta especial, descorrió las cortinas, y Carlota apareció al otro lado de la enorme cristalera. Daniela la saludó con la mano, entusiasmada por verla de nuevo con los ojos abiertos. Era un milagro después de haber sufrido una parada cardiorrespiratoria y haber acariciado el rostro de la muerte como lo había hecho ella.

—Hola, cariño —vocalizó para que la entendiera.

Carlota alzó el brazo y movió un poco la mano. Samuel y Nathan también la saludaron del mismo modo.

—Te queremos —dijo Daniela, dibujando un corazón con el dedo en el cristal.

Carlota sonrió pasando la mirada por cada uno de ellos.

—Y yo a vosotros —susurró.

Estuvieron un rato allí, contemplándola, mientras la enfermera acondicionaba la cama para que estuviera lo más cómoda posible, y le daba de comer un par de gelatinas, que Carlota se terminó haciendo un esfuerzo.

Todos estaban emocionados, conteniendo las lágrimas en los ojos. Carlota había vuelto a nacer. Para ella empezaba una nueva vida. Todavía quedaban por delante semanas de cuidados y recuperación, pero nada con lo que ella no pudiera.

CAPÍTULO 100

—¿No crees que te has pasado un poco? —le preguntó Daniela a Nathan, arrugando la nariz.

Ambos estaban de pie, en el umbral de la puerta de la habitación de Carlota. Nathan recorrió el perímetro de la estancia con los ojos.

—No —negó.

—Nathan, ni siquiera hay espacio en la cama para poder sentarse —apuntó Daniela.

Nathan había ido a una tienda especializada en la saga de Harry Potter y Daniela podía asegurar que había comprado toda la tienda. No había un solo hueco en la habitación en el que no hubiera un peluche, un muñeco *Funko*, una taza, una barita mágica, una capa, un sombrero, o cualquier otro artilugio relacionado con la saga del pequeño niño mago. Por no hablar de las decenas de ediciones nuevas y recopilaciones de libros que llenaban el escritorio y la silla.

—Bueno, a lo mejor sí que me he pasado un poco —reconoció Nathan.

Daniela puso los ojos en blanco.

—No te puedo dejar solo —bromeó. Le lanzó una mirada de soslayo—. ¿Vas a ser igual con nuestros hijos? —le preguntó.

Nathan se giró hacia ella con una sonrisa arrebatadora elevando las comisuras de sus labios, la cogió por la cintura y la acercó a él.

—Sí, y contigo también —dijo—. Te voy a dar todos los caprichos que me pidas. Te voy a mimar como nadie.

Daniela sonrió.

—¡Ya estamos en casa!

La voz de Samuel sonó al otro lado del pasillo. Daniela y Nathan salieron juntos de la habitación para recibirlos.

—¿Cómo está la niña más guapa del mundo? —dijo Daniela, poniéndose de cuclillas para poder abrazar a Carlota.

—¡Muy bien! —dijo ella.

Acercó su nariz a la de su hermana mayor y le dio un beso de esquimal.

Después de unas cuantas semanas de recuperación en el hospital, por fin el doctor Morales le había dado el alta, aunque tendría que volver para hacerse las revisiones rutinarias.

Durante ese tiempo, Carlota había recuperado parte del color del rostro. Ya no se la veía tan pálida; el sol había devuelto una tonalidad saludable a la piel, las ojeras violáceas habían desaparecido y un

incipiente pelo rubio teñía su cabeza de un dorado brillante, así que había dejado de cubrirla con pañuelos. Por lo que, aquella misma tarde, los metió todos en una caja y los llevó con Daniela a la Asociación Española Contra El Cáncer, para donarlos a otros niños a los que les hicieran falta.

—Bienvenida a tu nueva vida, princesa —murmuró Nathan.

Se agachó y Carlota lo abrazó.

—Gracias, Nathan —dijo.

—Estás preciosa —comentó, acariciándole la cabeza.

—Ven, ya verás lo que te ha comprado Nathan —dijo Daniela.

—¿Me has comprado una cosa? —le preguntó Carlota a Nathan con los ojillos brillantes.

—Más bien te ha comprado muchas cosas —puntualizó Daniela, dejando escapar una risilla.

Carlota miró a Nathan con el ceño fruncido. No entendía nada. ¿Muchas cosas?

—Será mejor que lo veas —le dijo Nathan al ver la expresión de su rostro.

La cogió de la mano y la llevó hasta su habitación.

—¡Virgen Santa! —exclamó Samuel desde el umbral.

Daniela arrugó la nariz.

—Es que Nathan no… no se decidía por una sola cosa —bromeó.

—Ya veo… —dijo Samuel.

—¿Es todo para mí? —preguntó Carlota con voz ingenua.

—Absolutamente todo —respondió Nathan.

—¡Gracias! —gritó Carlota, a quien los ojos no le daban de sí yendo de un muñeco a otro, de una cosa a otra.

Se adentró en la habitación y se dejó caer sobre la cama. Varios peluches cayeron sobre ella. Daniela, Nathan y Samuel intercambiaron miradas cómplices mientras contemplaban la felicidad que irradiaba Carlota.

Después de llevar los pañuelos a la Asociación Española Contra El Cáncer, Daniela fue a inscribirse como donante de médula ósea. Al salir, se acercó con Carlota a una de las peluquerías solidarias de las 1200 repartidas por el país y se cortó la larga melena a la altura de los hombros, para donar el pelo a *Mechones Solidarios* y que con ello pudieran fabricar pelucas para quienes lo necesitaran.

—¿Te gusta cómo me queda este corte de pelo? —le preguntó a Nathan.

—Me encanta —respondió él. Le cogió el rostro entre las manos y mirándola le dijo, con un deje de admiración en la voz—: ¿Quieres saber lo orgulloso que estoy de ti, Dani?

Daniela sonrió tímida.

Ella también se sentía muy orgullosa de él. Conmovido por la historia de Carlota, Nathan también se había inscrito como donante de médula ósea y, además, había donado una generosísima cantidad de dinero para la investigación del cáncer infantil, y otra no despreciable cantidad para la investigación del cáncer en general, y tenía la pretensión de hacerlo todos los años.

—Yo también estoy muy orgullosa de ti, Nathan —dijo.

Se acercó a su boca y lo besó, embriagándose con el sabor de sus labios.

EPÍLOGO

—Papá, Carlota, nos vamos —anunció Daniela.

—Qué tengáis buen viaje —les deseó Samuel.

—Qué lo paséis bien —dijo Carlota.

—Gracias —dijo Daniela, dando un beso en la mejilla a su padre y despidiéndose de Carlota con un beso de esquimal.

Nathan bajó la mirada hasta Carlota.

—Y usted, señorita, vaya preparando la maleta. Ya sabe que cuando Dani y yo regresemos de Nueva York, iremos a Eurodisney —le dijo.

—Ya casi la tengo hecha —dijo Carlota.

—Tendremos que comprar un billete a Dobby —bromeó Daniela.

—Por supuesto. Sin Dobby no voy a ninguna parte —anotó seria Carlota.

Todos se echaron a reír.

Mientras Nathan trabajaba en unos informes en su portátil, Daniela dormía recostada en su hombro.

—Cielo… Cielo… —la llamó Nathan. Daniela abrió los ojos—. Cielo, hemos llegado.

—Mmmm… —ronroneó Daniela, dándole un beso—. Tengo muchas ganas de ver Nueva York.

—¿Sí? Pues estos días te lo voy a enseñar de norte a sur y de este a oeste.

Daniela sonrió.

—*Welcome, Mr. Littman* —le dio la bienvenida en inglés su chófer cuando bajaron del yet privado.

—*Thank you* —dijo Nathan.

—*Good night* —saludó el hombre a Daniela—. *Welcome.*

—*Thank you* —chapurreó Daniela.

Nathan la miró y le sonrió. Le gustaba mucho su forma de pronunciar el inglés.

Dentro del coche, mientras el chófer atravesaba las luminosas calles de Nueva York y tomaba Columbus Circle, Nathan recibió una llamada de Nicholas.

—Gracias, Nicholas —le agradeció Nathan con voz de satisfacción.

Cuando colgó, se volvió hacia Daniela.

—Acaba de salir la sentencia del juicio contra Pedro Barrachina… —comenzó. Daniela lo miró a los ojos, interrogante—. Lo han condenado a ocho años de cárcel por intento de violación —dijo

finalmente.

Daniela respiró aliviada.

—Por fin —masculló.

Nathan la atrajo hacia él y la abrazó en silencio.

Daniela bajó del lujoso coche con la boca abierta y los ojos llenos de admiración, y paseó la mirada de abajo arriba por el *Time Warner Center*, el impresionante edificio que se erguía como una bestia de acero delante de ella, recortado contra el azul oscuro del cielo y el resplandor multicolor de la Gran Manzana.

—¿Vives aquí? —le preguntó a Nathan.

—Sí —afirmó él—. En uno de los áticos.

—Wow —exclamó Daniela atónita.

Cuando por fin pudo cerrar la boca, miró a su alrededor. ¡Estaba en pleno Columbus Circle! Nathan le cogió la mano y tiró de ella.

—Vamos —dijo.

Dejaron atrás las calles agitadas y cosmopolitas de Nueva York y entraron en el edificio. Daniela apenas podía pestañear. Todo era… ¡No tenía palabras! Las mujeres con las que se cruzó eclipsaban con su elegancia y glamur. La mayoría estaban cubiertas de joyas y maquillaje y tenían la piel excesivamente bronceada para la época del año en la que se encontraban.

—La Warner tiene algunos de sus estudios en el subsuelo —le comentó Nathan, mientras el ascensor los subía al ático.

—¿De verdad? —balbuceó Daniela.

—Y la CNN también tiene uno —añadió Nathan.

—Madre mía…

Nathan sonrió para sí al observar las reacciones de Daniela. Parecía una niña pequeña que está por primera vez en un parque de atracciones.

—Nunca pierdas la inocencia que tienes, Dani. Nunca —dijo de pronto.

Ella lo miró con los ojos llenos de timidez y sonrió sin apenas despegar los labios. Nathan la rodeó con los brazos y la estrechó contra él.

El ático de cristal y acero de Nathan era tan enorme como frío. Todo tenía una seña indiferente e impersonal, a lo que contribuía un mobiliario excesivamente minimalista e inmaculado. Daniela tuvo la sensación de que estaba visitando una exposición de muebles de unos almacenes de lujo. Lo único que fue capaz de contemplar con admiración fueron los libros que llenaban las altas estanterías que revestían las paredes del salón.

Al advertir su reacción, Nathan le preguntó:

—¿Qué te parece?

Daniela arrugó la nariz.

—Un poco… frío —respondió—. ¿En serio vives aquí? —añadió después.

—Sí. ¿Tan horrible te parece? —dijo Nathan.

—No, no. No es eso… Mucha gente vendería un riñón por tener una casa como esta… —se adelantó a decir Daniela, que seguía mirando a su alrededor—. Pero todo es tan aséptico, está tan impoluto, tan… ordenado; perfectamente colocado en su sitio, que parece sacada de un catálogo.

—Yo también lo pienso —opinó Nathan.

—¿Ah, sí?

Daniela se extrañó de aquella respuesta.

—Ahora sí. Por eso quiero ponerlo a tu disposición para que lo decores a tu gusto.

—¿Qué? —dijo Daniela.

—Ya has empezado el Curso de Decoración, Interiorismo y Diseño de Interiores, así que puedes ir practicando.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Claro, ¿quién mejor que tú para darle a este lugar ese toque cálido y agradable que necesita?

Daniela se lanzó a él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por confiar en mí.

Nathan sonrió y le dio un beso en los labios.

—Ven, quiero enseñarte algo —dijo de pronto.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Daniela con curiosidad.

—Al borde del cielo, para mirar juntos el mundo —respondió Nathan.

Con ella de la mano, subió hasta la azotea. Al emerger a la cúspide del edificio, un golpe de viento agitó el pelo de Daniela. Se llevó las manos al rostro y se tapó la boca.

—¡Madre de mi vida! —exclamó al contemplar la impresionante panorámica que se reflejaba en sus ojos azules—. Es… es maravilloso, Nathan —susurró, girando la cabeza hacia él, que la observaba embelesado.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Es precioso —respondió.

El *skyline* que se extendía ante ellos era una de las imágenes más impresionantes que Daniela había visto en su vida. Nueva York, a más de 200 metros de altura, le dejó sin aliento. Era simplemente

espectacular.

—Sé que te gustan este tipo de vistas, y esta noche quería regalarte esta —dijo Nathan.

Daniela pensó que realmente parecía que estaban en el borde del cielo, ya que desde allí podían contemplar el mundo a sus pies.

—No me has podido hacer mejor regalo —afirmó sonriente.

—Yo creo que se puede mejorar —repuso Nathan.

Daniela enarcó las cejas. Los profundos ojos de Nathan se veían de un verde más intenso del habitual.

—¿Sí? —preguntó.

Nathan asintió con un ademán afirmativo. En silencio, extrajo el móvil del bolsillo del pantalón, y tras tocar un par de veces la pantalla, comenzaron a sonar las primeras notas de la canción *Perfect* de Ed Sheeran. Daniela sonrió al acordarse de que era la misma canción que habían bailado juntos en su habitación, el día que la ayudó a buscar el Curso de Decoración e Interiorismo en su portátil.

Nathan alargó los brazos, invitándola a bailar.

—Pensé que no sabías bailar —bromeó Daniela.

—Y no sabía, pero me enseñó una preciosa chica española, que tenía la sonrisa más maravillosa del mundo —susurró él con voz sensual, tomándole las manos y pegándola a su cuerpo.

Al son de la música empezaron a mecerse. Daniela rodeó el cuello de Nathan con las manos, se puso de puntillas y lo besó. Nathan profundizó el beso, apretando a Daniela contra él. Atrapó su lengua entre los dientes y tiró ligeramente de ella, como tanto le gustaba hacer.

Sus siluetas oscuras, recortadas contra el *skyline* multicolor de Nueva York como telón de fondo, se convirtió en una estampa preciosa y llena de romanticismo. Absorta en el momento, Daniela apoyó la cabeza sobre el pecho de Nathan, aspirando su olor limpio y masculino. Al escuchar el latido acompasado de su corazón, sonrió.

—Te quiero, mi trocito de cielo —susurró él, de un modo que parecía un ronroneo—. Te quiero más de lo que creía posible.

Daniela alzó la mirada hacia Nathan y se miró en la profundidad de sus ojos verdes.

—Y yo a ti —dijo.

Y volvieron a besarse mientras las notas de *Perfect* de Ed Sheeran flotaban en el aire y les envolvían en un marco mágico, con la sensación de que en esos momentos estaban solos en el mundo.